

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS LLEGA A SU MAYORÍA DE EDAD

una breve historia de A. A.

A. A. LLEGA A SU MAYORÍA DE EDAD

BREVE HISTORIA DE A.A.

* * *

VERSION EN ESPAÑOL

CONTENIDO (al final del libro)

SUCESOS SIGNIFICATIVOS EN LA HISTORIA DE A.A.

PREFACIO

pág. 3

- I. Cuando A.A. Llegó a su Mayoría de Edad, por Bill W., cofundador de Alcohólicos Anónimos** **pág. 4**
- II. Los Tres Legados de Alcohólicos Anónimos: Recuperación (p. 52), Unidad (p. 78), Servicio (p. 151)** **pág. 37 – 56 - 103**
- III. Domingo a las Cuatro de la Tarde** **pág. 161**
- IV. Un médico opina sobre Alcohólicos Anónimos, por el Dr. W. W. Bauer y el Dr. Harry M. Tiebout** **pág. 170**

- V. **Alcohólicos Anónimos visto por la Religión, por Edward Dowling, S. J., y el Rev. Samuel Shoemaker**
- VI. **Un amigo opina sobre Alcohólicos Anónimos, por el Dr. Bernard Smith**

APRENDICES

Apéndice A: Cómo ponerse en contacto con Alcohólicos Anónimos y los Grupos familiares de Al-Anón

Apéndice B: Por qué Alcohólicos Anónimos es Anónimo, por Bill

Apéndice C: Carta de la Conferencia

Apéndice D: Texto del Premio Lasker

Apéndice E: Informes sobre A.A.

- a. **Un nuevo Enfoque en la Psicoterapia del Alcohólico Crónico, por el Dr. William D. Silkworth**
- b. **El Mecanismo terapéutico de Alcohólicos Anónimos, por el Dr. Harry M. Tiebout, M.D.**
- c. **Ponencia ante la Sociedad Médica del estado de Nueva York, por el Dr. Foster Kennedy**
- d. **Reseña del libro *Alcohólicos Anónimos* (en 1939), por el Dr. Harry Emerson Fosdick; también una cita tomada de su autobiografía**

Apéndice F: Lista de Publicaciones

INDICE

Las Ilustraciones están en la página

ACONTECIMIENTOS SIGNIFICATIVOS EN LA HISTORIA DE A.A.

ALCOHOLICOS ANONIMOS LLEGA A SU MAYORÍA DE EDAD

Copyright © 1986 Alcoholics Anonymous World Services, Inc., New York, New York

Todos los derechos reservados

Traslated from English. Copyright in the English language version of this work is also owned by A.A.W.S., New York, New York. All rights reserved. No part of this translation may be duplicated in any form without the written permission of A.A.W.S.

Traducido del inglés. El original en inglés de esta obra también es propiedad literaria ©, de A.A.W.S., New York, New York. Prohibida la reproducción parcial o total de esta traducción sin permiso escrito de A.A.W.S.

Dirección postal: Box 459

Grand Central Station

New York, New York 10163

ISBN 0-916856-10-0

PREFACIO

Este libro se ha escrito para los miembros y amigos de A.A. Es para todos aquellos que están interesados en conocer la historia de cómo empezó A.A. y cómo fueron desarrollándose los principios de Recuperación, Unidad y Servicio, y los medios por los cuales esta comunidad ha crecido y llevado su mensaje a todo el mundo. Aquí se encuentra una visión interna y amplia de lo que es Alcohólicos Anónimos.

La primera parte de este libro presenta un esquema panorámico de la histórica Convención de San Luis en la cual la comunidad de Alcohólicos Anónimos llegó a su mayoría de edad y asumió la responsabilidad total de sus asuntos.

La segunda parte incluye tres charlas, adaptadas y ampliadas, acerca de la historia de las bases de A.A., (Recuperación, Unidad y Servicio), charlas que fueron dadas por el co-fundador Bill W. en la reunión de San Luis.

La tercera parte se dedica a alocuciones de algunos amigos de A.A., todos ellos notables en sus campos de acción respectivos: el Dr. Harry M. Tiebout, siquiatra; el Dr. W. W. Bauer de la Asociación Médica Americana; el Padre Edward Dowling de la Orden Jesuita; el Dr. Samuel M. Shoemaker, clérigo Episcopal; y el Sr. Bernard B. Smith, abogado de Nueva York y presidente original de la Junta de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos. Estos amigos hablan acerca de sus relaciones con Alcohólicos Anónimos, la parte que les correspondió en el desarrollo de esta comunidad, y sus puntos de vista acerca de lo que el futuro puede representar para esta sociedad.

Queridos amigos:

A medida que ustedes lean las páginas siguientes, observarán que el contenido histórico no ha sido ordenado en una secuencia cronológica convencional y continua.

Para los propósitos limitados de este libro, pareció mejor colocar nuestro énfasis especial en los Legados de A.A. de Recuperación, Unidad y Servicio, narrando separadamente las historias de estos desarrollos cruciales. En esta forma se logra enfocar la atención sobre ellos, uno a uno. Sin embargo algunas personas pueden preferir empezar a leer en la página 51, que conduce directamente a la historia de los primeros tiempos de A.A. en la medida en que se relaciona con nuestro programa actual de recuperación.

El título de este volumen, A.A. Llega a su Mayoría de Edad, ha representado alguna controversia porque puede sugerir a algunas personas la idea de que nosotros los A.A. realmente pensamos que hemos “crecido”; y que hemos alcanzado ya una gran madurez emocional.

En realidad, la expresión “llegar a su mayoría de edad” la usamos nosotros en un sentido muy diferente. Simplemente decimos que hemos llegado al período de la vida en que las responsabilidades adultas deben afrontarse y manejarse en la mejor manera de que somos capaces. Con esta finalidad tratamos de confiar en nosotros mismos y en Dios.

*Cordialmente,
Bill W.*

Marzo, 1967

I CUANDO AA. LLEGÓ A SU MAYORÍA DE EDAD

**Por Bill W.
Co-fundador de Alcohólicos Anónimos**

Durante los tres primeros días de julio de 1955, Alcohólicos Anónimos tuvo una Convención en San Luis, para conmemorar el vigésimo aniversario de su fundación. Allí nuestra comunidad declaró por sí misma haber llegado a la edad de asumir la plena responsabilidad, y allí recibió de sus fundadores el y miembros antiguos, el cuidado permanente de sus tres grandes legados de Recuperación, Unidad y Servicio.

Siempre recordaré aquellos tres días como una de las mayores experiencias de mi vida.

A las cuatro de la tarde del último día, cerca de 5,000 miembros de A.A. y sus familias y amigos tomaban asiento en el Auditorio Kiel de San Luis. Estaban representados todos los estados americanos y las provincias canadienses. Algunas personas habían viajado desde tierras muy lejanas para encontrarse en este evento. En el proscenio del auditorio estaba reunida la Conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos, incluyendo unos setenta y cinco delegados de los Estados Unidos y el Canadá, los Custodios de la Junta de Servicios Generales de A.A., los directores y personal administrativo de nuestros servicios mundiales de Nueva York, mi esposa Lois, mi madre y yo.

La Conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos estaba a punto de asumir las custodia de las Doce Tradiciones de A.A. y el cuidado de sus servicios mundiales. Iba a ser nombrada como la sucesora permanente de los fundadores de A.A. Hablando en nombre del co-fundador Dr. Bob y de todos los miembros antiguos de A.A. de todas partes, hice la entrega de los tres legados de A.A. a la sociedad como un todo y a su Conferencia representativa. Desde aquel momento A.A. se dirigió a sí misma, para servir los propósitos divinos durante tanto tiempo como sea destinada, bajo Su providencia, a perdurar.

Muchos eventos en los días precedentes habían conducido a este momento. El efecto total fue que 5,000 personas adquirieron una visión de A.A. tal como nunca antes la habían conocido. Les fueron explicadas las bases y lineamientos de la historia de A.A. Con algunos de nosotros los antiguos, revivieron las emocionantes experiencias que llevaron a la creación de los Doce Pasos de recuperación y del libro *Alcohólicos Anónimos*. Escucharon cómo fueron martilladas las Tradiciones de A.A. en los yunques de la experiencia de grupo. Escucharon la historia de cómo A.A. había logrado

establecer sus avanzadas en setenta países extranjeros. Y cuando vieron los asuntos de A.A. dejados enteramente en sus propias manos, experimentaron una nueva idea de la responsabilidad que tiene cada individuo respecto a toda la comunidad.

En la Convención pudo apreciarse ampliamente por primera vez que nadie inventó a A.A. que muchas corrientes de influencia y muchas gentes, algunas no alcohólicas, habían ayudado, por la gracia de Dios, a alcanzar el propósito de A.A.

Algunos de nuestros amigos no alcohólicos de los campos de la medicina, la religión y de la Junta de Custodios de A.A. habían efectuado el largo y penoso recorrido a San Luis para compartir aquella feliz ocasión y para comentarnos su propia experiencia de participación en el crecimiento de A.A. Había hombres como el clérigo Sam Shoemaker, cuyas primeras enseñanzas tanto inspiraron al Dr. Bob y a mí. Estaba también nuestro amado Padre Dowling cuya inspiración personal y cuya recomendación de A.A. al mundo hizo tanto para lograr que nuestra sociedad llegara a ser lo que es. Estaba el Dr. Harry Tiebout, nuestro primer amigo en la siquiatria, quien muy temprano empezó a usar los conceptos de A.A. en su propia práctica profesional, y cuyo buen humor, humildad, visión penetrante y valor tanto han significado para nosotros.

El Dr. Tiebout, ayudado por el Dr. Kirby Collier de Rochester y Dwight Anderson de Nueva York, fueron quienes persuadieron a la Sociedad Médica del Estado de Nueva York en 1944 y posteriormente a la Asociación Psiquiátrica Americana en 1949, para que permitieran que un hombre común y corriente como yo, leyera ponencias acerca de A.A. en sus reuniones anuales, acelerando así la aceptación del, por entonces, muy poco conocido grupo de A.A. a los médicos del mundo entero.

El valor de la contribución del Dr. Tiebout, entonces y desde entonces, se escapa a cualquier medida. Cuando primero conocimos a Harry, servía como Siquiatra Jefe de uno de los más importantes hospitales americanos. Su conocimiento profesional era entonces ampliamente reconocido por los pacientes y colegas. En aquel entonces el arte moderno de la psiquiatría estaba superando su etapa juvenil y había empezado a llamar la atención universal como uno de los grandes avances de nuestros tiempos. El proceso de exploración de los misterios y motivos de la mente inconsciente del hombre se encontraba ya en pleno desenvolvimiento.

Naturalmente, los investigadores que representaban las diferentes escuelas de psiquiatría, tenían desacuerdos considerables respecto al significado real de los nuevos descubrimientos alcanzados. Mientras los seguidores de Carl Jung veían valor, significado y realidad en la fe religiosa, la gran mayoría de los psiquiatras de aquella época no aceptaban tales valores y significados. Principalmente se aferraban al punto de vista de Sigmund Freud de que la religión era una fantasía confortable de la inmadurez del hombre; que cuando alcanzara la madurez, a la luz del conocimiento moderno, el hombre no necesitaría más el soporte de la religión.

Tales eran los antecedentes contra los cuales en 1939, el Dr. Harry había observado dos recuperaciones espectaculares a través de A.A. en sus propios pacientes. Estos pacientes, Marty y Grennie, estaban entre los más difíciles en su carácter de alcohólicos y de neuróticos. Cuando después de una breve influencia de A.A., ellos suspendieron abruptamente la bebida, y de inmediato empezaron a mostrar un cambio impresionante de actitudes y aspecto físico, Harry se sorprendió grandemente. También tuvo una grata sorpresa cuando descubrió que como psiquiatra podía ahora realmente hacer contacto con ellos, a pesar del hecho de que unas pocas semanas antes habían presentado férrea resistencia aun a sus más leves insinuaciones. Para Harry estos eran hechos, hechos novedosos. Como científico y hombre valeroso que es, Harry se enfrentó con ellos llanamente y no siempre en el secreto de su oficina. Tan pronto como llegó al

pleno convencimiento, logró que A.A. se incrustara en su profesión y fuera conocido por el público. (En el índice de este libro se encuentran sus escritos médicos). ¹Aun tomando un riesgo considerable respecto a su posición profesional Harry Tiebout ha continuado desde entonces apoyando a los A.A. y al trabajo que efectúan, ante la profesión psiquiátrica.

Al lado del Dr. Tiebout, en la mesa redonda médica de la Convención, se encontraba el Dr. W.W. Bauer de la Asociación Médica Americana, quien extendió la mano de la amistad a A.A. y nos recomendó calurosamente.

Estos buenos amigos médicos no fueron sorprendidos por el testimonio del Dr. Earle M., el miembro de A.A. de aquella mesa redonda. Persona muy notable en los círculos médicos de lado a lado de nuestro país, el Dr. Earl estableció sencillamente que a pesar de su conocimiento médico, incluyendo la psiquiatría, se había visto obligado a aprender humildemente sus principios de A.A. de un carnicero. Así confirmó todo lo que el Dr. Harry nos había dicho acerca de la necesidad de reducir el ego inflado del alcohólico antes de entrar a A.A. y después de hacerlo.

Las inspirativas charlas de aquellos doctores nos recordaron toda la ayuda que los amigos de A.A. en la medicina nos han proporcionado a través de los años. Muchos miembros de la Convención habían estado en el Teatro de la Opera de San Francisco en la tarde de 1951 cuando los Alcohólicos Anónimos recibieron el Premio Lasker ² (regalo de Albert y Mary Lasker) adjudicado por los 12,000 médicos que conforman la Asociación Norteamericana de Salud Pública.

Las alocuciones que el Reverendo Samuel Shoemaker, el Padre Edward Dowling, el Dr. Harry Tiebout y el Dr. W.W. Bauer hicieron ante la Convención se encuentran posteriormente en este libro. Junto con ellas publicamos la charla de otro amigo, Bernard B. Smith, el abogado neoyorquino que nos ha prestado servicios fiel y brillantemente en los años recientes como Presidente de la Junta de Custodios de A.A. Será recordado por siempre como el no alcohólico cuyas prácticas singulares y habilidad para reconciliar los diferentes puntos de vista fueron factores decisivos en la formación de la Conferencia de Servicios Generales sobre la cual depende el futuro de A.A. en forma tan importante. Al igual que los oradores mencionados, Bernard Smith expresa no sólo lo que A.A. significa a los alcohólicos y al mundo en general sino también lo que los principios de A.A. han significado para él a medida que los ha practicado en su propia vida.

Varios otros de nuestros amigos de los tiempos iniciales hicieron valiosas contribuciones a la reunión. Sus charlas, como todas las que se escucharon en las reuniones de San Luis, fueron grabadas en cinta y por consiguiente pueden adquirirse. [Estas cintas ya no están disponibles]. Lamentamos que la necesaria limitación de este volumen no permita la inclusión de todas ellas.

El primer día de la convención, por ejemplo, uno de los más antiguos y más valiosos amigos de A.A., el señor Leonard V. Harrison, coordinó una sesión llamada "A.A. y la Industria". Leonard, quien todavía es Custodio, ha colaborado con nosotros durante un período de más de diez años de servicio en nuestra Junta de Custodios. Precedió a Bernard Smith como Presidente de la Junta y conoció el período de adolescencia de los A.A., un período impresionantemente frágil, cuando nadie podría decir si nuestra sociedad habría de unirse o se quebraría completamente. Lo que

¹ Apéndice E:b

² Véase el Apéndice D

significó su sabio consejo y su mano protectora para todos nosotros en A.A. en aquel turbulento período se encuentra más allá de cualquier medida humana.

El señor Harrison presentó a un amigo más reciente, Henry A. Mielcarek, quien está contratado por Allis-Chalmers para atender el problema alcohólico en aquella gran compañía. Hábilmente secundado por Dave, un miembro de A.A. que ocupa una posición similar en Du Pont, el señor Mielcarek abrió los ojos de su audiencia a las posibilidades de aplicación de A.A. y de sus principios en la industria. Nuestra visión de A.A. en la industria fue incrementada por el orador final, el Dr. John L. Norris de la Eastman Kodak Company, quien vino a la Convención en un doble papel. Además de ser uno de los pioneros en la introducción de A.A. en la industria, fue también Custodio durante mucho tiempo en la Junta de Servicios Generales y como tal un trabajador desinteresado y devoto. De nuevo aquellos de nosotros que nos sentábamos en la audiencia nos preguntamos: ¿Qué hubiéramos podido hacer sin amigos como éstos?

Durante el segundo día de la Convención tuvo una reunión acerca de "A.A. en las Instituciones". Los oradores nos guiaron en una jornada a lo que constituyeron en una ocasión las dos más profundas simas en las cuales el alcohólico se podía encontrar, es decir la prisión y el hospital mental. Se nos enseñó que una nueva esperanza y una nueva luz habían entrado en aquellos lugares que en un tiempo fueron la oscuridad. La mayor parte de nosotros fuimos sorprendidos al conocer la extensión que ha logrado A.A. con grupos en 265 hospitales y 335 prisiones a través del mundo en la actualidad. Antiguamente sólo un 20 por ciento de los alcohólicos dados de alta de las instituciones y prisiones alcanzaban algún grado de abstinencia. Pero desde el advenimiento de A.A., el 80 por ciento de tales personas ha encontrado una libertad permanente.

Dos A.A. brillaron en aquella mesa redonda y de nuevo nuestros fieles amigos no alcohólicos se hicieron presentes. Estaba el Dr. Arnold Kilpatrick, psiquiatra a cargo de una institución mental del Estado de Nueva York, quien nos habló acerca de los maravillosos progresos anteriormente Comisionado de Corrección en la ciudad de Nueva York y ahora Profesor de Criminología en la Universidad de California. Aquí había ciertamente un antiguo amigo, un amable y devoto colaborador quien había desempeñado un papel considerable como custodio en los días de la Fundación Alcohólica de A.A. Cuando se trasladó al oeste fue una ganancia para California y una pérdida correspondiente para la Oficina de A.A. Y aquí se encontraba de nuevo diciendo cómo se ha mantenido en contacto con autoridades de la justicia a través de toda América. Así como el Dr. Kilpatrick había confirmado el progreso de A.A. en las instituciones mentales, también Austin MacCormick, con la autoridad nacida de la experiencia, informó acerca de la permanente y siempre creciente influencia de los grupos A.A. en las prisiones. Nuevamente nuestra visión se expandió y nuestros espíritus adquirieron renovados motivos de regocijo.

Durante la Convención hubo muchas reuniones de tipo corriente en A.A. En aquellas reuniones, así como en los corredores, las cafeterías, en los alojamientos y en todas partes, tuvimos constante y gratamente el recuerdo de nuestros amigos y de todo lo que la Divina Providencia les había señalado para que hicieran por nosotros. Nuestros pensamientos se dirigieron frecuentemente a quienes no estaban en la Convención, bien sea porque hubieran fallecido, porque estuvieran enfermos o porque sencillamente no pudieron asistir. Entre estos últimos, echamos de menos a los Custodios Jack Alexander, Frank Amos, al Dr. Leonard Strong, Jr., y Frank Gulden.

Es de suponer que la mayor parte de nuestras conversaciones fueron dedicadas a nuestro co-fundador el Dr. Bob y a su esposa Anne. Unos pocos de nosotros podíamos recordar aquellos primeros días del año de 1935 en Akron cuando se encendió la chispa

que habría de constituir el primer grupo de A.A. Algunos de nosotros podíamos narrar historias que habían sido contadas en la sala de la casa del Dr. Bob en Armore Avenue. Y podíamos recordar a Anne sentada en un rincón de aquella sala junto a la chimenea, leyéndonos de una Biblia la advertencia de Santiago de que “la fe sin obras está muerta”. Ciertamente, estaban con nosotros en la Convención Bob y Sue, hijos del Dr. Bob, quienes habían presenciado el nacimiento del primer grupo de A.A. El esposo de Sue, Ernie, el A.A. número cuatro, también se encontraba presente. Y Bill D., el A.A. número tres, estaba representado por su viuda Henrietta.

Para todos constituyó una gran alegría el ver a Ehel, la dama de sobriedad más antigua en la región de Akron, Cleveland, cuya conmovedora historia puede leerse en la segunda edición del libro *Alcohólicos Anónimos*. Ella nos recordó a los primeros veteranos de Akron, los diez y ocho compañeros cuyas historias constituyeron la espina dorsal de la primera edición del libro *Alcohólicos Anónimos* y quienes, en compañía del Dr. Bob, crearon el primer grupo de A.A. en el mundo.

A medida que los recuerdos continuaron vimos al Dr. Bob entrar por las puertas del Hospital de Santo Tomás, el primer hospital religioso que recibió miembros potenciales de A.A. para tratamiento regular. En aquel hospital se desarrolló la gran asociación entre el Dr. Bob y la incomparable Hermana Ignacia, de las Hermanas de la Caridad de San Agustín. El nombre de aquella dulce monjita trae a nuestra memoria la clásica anécdota acerca del primer borracho que ella y el Dr. Bob trataron. El supervisor nocturno de Sor Ignacia no era muy “afectuoso” con los alcohólicos, especialmente con aquellos aquejados de delirium tremens, el Dr. Bob había llegado con una solicitud de un cuarto privado para su primer paciente. Sor Ignacia le dijo: “Doctor, no tenemos camas y mucho menos cuartos privados, pero voy a hacer lo que pueda”. Luego, con astucia, introdujo a la floristería del hospital a aquel vacilante paciente, el primer candidato de A.A. para admisión. A partir de aquel incierto comienzo de hospitalización en nuestros tiempos pioneros, vimos agrandarse la procesión de pacientes alcohólicos para ser admitidos en el Hospital de Santo Tomás y su reingreso a mundo, para no retornar al hospital sino posteriormente como visitantes en la mayoría de los casos. Desde el año que 1939 hasta 1950, cuando el Dr. Bob se despidió de este mundo, fueron tratados más de 5,000 pacientes. Así, el apostolado del Dr. Bob, de su esposa Anne, de Sor Ignacia y de los fundadores en Akron, sentó un gran ejemplo en la práctica de los Doce Pasos de A.A., ejemplo que permanecerá para siempre.

Esta gran tradición vive aún en la persona de Sor Ignacia. Ella continúa actualmente su amorosa labor en el Hospital de Caridad de aquella área han contribuido con dinero y esfuerzos para reconstruir un viejo pabellón que ha sido bautizado “Pabellón del Rosario” y destinado para el uso especial de la Hermana y sus colaboradores. Cinco mil casos han sido tratados hasta el presente. ⁽³⁾

Muchos de los actuales miembros de A.A. creen que entre las mejores vías hacia la sobriedad están los pabellones de alcohólicos de los hospitales religiosos que cooperan con nosotros. Con toda seguridad aquellos que han pasado por Santo Tomás en Akron y San Vicente en Cleveland están totalmente de acuerdo con esta afirmación. Tenemos la esperanza de que a su debido tiempo los hospitales religiosos de todas las denominaciones seguirán el ejemplo de estos dos hospitales mencionados. Lo que han hecho Sor Ignacia y sus asociados en Santos Tomás constituye un comienzo muy estimulante. Pero el futuro les hará honor en mucha mayor medida por las grandes obras que, debido a su ejemplo, se pongan en ejecución.

³ en 1957.

En 1949, diez años después del comienzo de la colaboración entre el Dr. Bob y Sor Ignacia, la importancia de este trabajo fue profundamente considerada por los A.A. del estado de Ohio. Se formó un comité para colocar una placa conmemorativa en el pabellón alcohólico del Hospital de Santo Tomás, un recuerdo para expresar claramente aquello que tantos de nosotros sentíamos y pensábamos. Se me pidió redactar la inscripción y presidir la ceremonia de dedicación. A pesar de que Anne había fallecido recientemente, el Dr. Bob pudo estar con nosotros. En un rasgo acorde con su personalidad, la Hermana Ignacia no permitió que su nombre apareciera en la inscripción. El 8 de Abril de 1949, un sábado por la tarde, descubrimos y entregamos al hospital la placa conmemorativa. Su inscripción reza así:

EN GRATITUD
LOS AMIGOS DEL DR. BOB Y ANNE S.
DEDICAN AFECTUOSAMENTE ESTE HOMENAJE
A LAS HERMANAS Y AL PERSONAL DIRECTIVO
DEL HOSPITAL SANTO TOMAS.
EN AKRON, LUGAR DE NACIMIENTO DE ALCOHOLICOS
ANONIMOS, EL HOSPITAL SANTO TOMAS SE CONVIRTIÓ
EN LA PRIMERA INSTITUCION RELIGIOSA
QUE ABRIERA SUS PUERTAS A NUESTRA SOCIEDAD.
QUE LA AMOROSA DEDICACION DE QUIENES
TRABAJARON AQUI EN NUESTROS COMIENZOS
CONSTITUYA UN EJEMPLO LUMINOSO Y ESTIMULANTE
DE LA GRACIA DE DIOS, COLOCADO ANTE NOSOTROS
PERPETUAMENTE.

Todos recordamos la famosa admonición final del Dr. Bob a Alcohólicos Anónimos: “No permitamos que esto se deteriore; mantengámoslo simple”. Y yo recuerdo mi propio tributo a su gran simplicidad y fortaleza en al AA. *Grapevine* . . .

Después de comentar tranquilamente a su enfermero “creo que éste ya es el fin”, el Dr. Bob se alejó para siempre de nuestra vista, al mediodía del 16 de noviembre de 1950. Así terminó la enfermedad bajo cuya tortura nos había mostrado el Dr. Bob las alturas que puede alcanzar la fe sobre cualquier penoso padecimiento. Tal como había vivido, así murió, convencido firmemente de que en la casa de su Padre hay muchas mansiones.

En todos sus amigos personales, su recuerdo estaba siempre presente. Pero ¿quién podría expresar realmente los sentimientos y pensamientos de los cinco mil pacientes a quienes él personalmente trató y a quienes dio gratuitamente atenciones médicas? ¿Quién podría registrar las reflexiones de sus conciudadanos que lo habían visto hundirse casi hasta el fondo, para luego levantarse hacia un renombre anónimo mundial? ¿Quién podría expresar la gratitud de aquellas decenas de miles de familias A.A. que tan frecuentemente habían oído hablar de él pero que nunca lo habían visto cara a cara? ¿Cuáles fueron las emociones de sus más cercanos allegados cuando, en forma agradecida, ponderaban el misterio de su regeneración quince años atrás, y todas las vastas consecuencias que se habían originado desde entonces? Sólo podría comprenderse la más mínima fracción de esta gran bendición. Sólo podríamos afirmar: “En verdad que Dios ha hecho maravillas”.

Nunca quiso el Dr. Bob que lo considerásemos como un santo o un superhombre. Ni le hubiera gustado que lo alabásemos o que lloráramos su fallecimiento. Casi nos parece oírlo cuando nos decía: “Me parece que ustedes están despistados respecto a mí. Yo no debo ser tenido en cuenta en la forma tan seria como ustedes lo hacen. Yo sólo fui el primer eslabón en aquella cadena de circunstancias providenciales que hoy llamamos A.A. Por la gracia de Dios y por buena suerte mi eslabón no se rompió, a pesar de que mis defectos y fallas hubieran podido fácilmente hacerlo llegar a ese infeliz resultado. Yo sólo fui otro alcohólico tratando de seguir adelante, bajo la gracia de Dios. Olvídense de mí; sigan ustedes adelante y traten de hacer otro tanto. Añadan un eslabón más a nuestra cadena y, con la ayuda de Dios, hagan que esa cadena sea forzada en forma fuerte y verdadera”. De esta manera, aunque no con estas palabras exactas, se estimaba a sí mismo y nos aconsejaba.

En una reunión celebrada pocos meses después de la muerte del Dr. Bob, la primera Conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos, aprobó en 1951 presentar a los dos herederos del Dr. Bob, sus hijos Bob y Sue, un pergamino que decía:

IM MEMORIAM DR. BOB

Alcohólicos Anónimos expresa su gratitud imperecedera por la vida y obras de su co-fundador, el Dr. Robert Holbrook S.

Conocido afectuosamente como “el Dr. Bob”, se recuperó del alcoholismo el 10 de junio de 1935; en aquel año ayudó a formar el primer grupo de A.A.; esta luz encendida por él y por su esposa Anne ha atravesado el mundo entero. El día de su partida final, el 16 de noviembre de 1950, eran incontables los compañeros de aflicción a quienes él había ayudado espiritual y científicamente.

Suyas eran la humildad que declina todo honor, la integridad que no admite componendas; suya era la devoción al hombre y a Dios que con brillante ejemplo alumbrará por siempre.

La Comunidad Mundial de Alcohólicos Anónimos presenta este testamento de gratitud a los herederos del Dr. Bob y Anne S.

El recuerdo de los primeros años en Akron trajo también a nuestra memoria los tiempos iniciales en el Este; las luchas necesarias para iniciar el Grupo Número Dos de A.A. en Nueva York en el otoño de 1935. A principios de ese año, antes de conocer al Dr. Bob, yo había trabajado con muchos alcohólicos pero no había tenido éxito en Nueva York hasta mi regreso en el mes de septiembre. Ya dije en la Convención cómo empezó a cristalizar la idea: las primeras reuniones en la sala de la casa 182 de la Calle Clinton en Brooklyn; las correrías por los hospitales de Nueva York, El Calvary y el Towns, en nuestra febril búsqueda de nuevos pacientes; el renacer de aquellos que lograron la sobriedad y los fracasos de los muchos que cayeron. Mi esposa Lois recordó que durante tres años nuestro hogar de la Calle Clinton se vio lleno del ático al sótano con alcohólicos de todas clases y nuestra frustración cuando ellos volvían a la bebida, fracasando ante nuestros ojos (Algunos de ellos lograron la sobriedad posteriormente, tal vez a pesar de nosotros mismos).

En Akron, por el contrario, en las casas del Dr. Bob y Wally el tratamiento casero resultó mucho mejor que el nuestro. En efecto, Wally y su esposa sentaron

probablemente una marca imbatible de casos de tratamiento y rehabilitación de recién llegados en A.A. Su porcentaje de éxito fue enorme y su ejemplo fue seguido durante algún tiempo en hogares de otros miembros de la ciudad de Akron. Como dijo Lois en alguna ocasión, era un laboratorio en el cual experimentábamos y aprendíamos por la vía más difícil.

Yo les recordé a los oriundos de Nueva Jersey en la Convención, las primeras reuniones en Upper Montclair, South Orange y en Monsey en Nueva York, cuando Lois y yo nos trasladamos allí más o menos por la época en que el libro de A.A. salió de la imprenta durante la primavera de 1939, luego de haber cerrado la casa que los padres de Lois tenían en Brooklyn, y donde nosotros habíamos estado residiendo. El clima era cálido y nosotros vivíamos en una quinta de veraneo cerca de un tranquilo lago al oeste de Nueva Jersey, que amablemente nos prestaron un buen amigo A.A. y su madre. Otro amigo nos permitía usar su automóvil. Recordé cómo ese verano lo habíamos pasado tratando de arreglar el desastroso estado financiero del libro de A.A., el cual había fracasado en la parte económica tras su publicación. Tuvimos tiempos difíciles rehuyendo los alguaciles en nuestra pequeña oficina del número 17 de la Calle William en Newark, donde se había escrito la mayor parte del volumen.

Asistimos a la primera reunión A.A. en Nueva Jersey, y tuvo lugar en el verano de 1939, en la casa de Henry P., mi socio en la débil empresa editorial del libro de A.A. Allí conocimos a Bob y a Mag V., que habrían de convertirse en grandes amigos nuestros. Cuando cayó una nevada el día de Acción de Gracias en nuestra casa de campo, estos amigos nos invitaron a pasar el invierno con ellos en su casa de Monsey, Nueva York.

Aquel invierno con Mag y Bob fue a la vez difícil y excitante. Ninguno tenía un centavo. La casa era una antigua mansión a punto de derrumbarse. El horno y la bomba del agua se dañaban por turnos. En tiempos anteriores algún pariente de Mag había construido una adición de dos enormes cuartos, uno arriba y otro debajo, que no tenían ninguna clase de calefacción. El cuarto superior era tan frío que lo llamábamos "Siberia". Le instalamos una estufa de carbón de segunda mano que nos costo \$3.75. Continuamente amenazaba explotar, y nunca pude explicarme por qué no se incendió aquella casa. Pero fue un tiempo feliz; además de compartir todo lo que tenían con nosotros, Bob y Mag eran muy animados y agradables.

El momento más emocionante vino cuando se empezó el primer grupo en hospitales mentales. Bob había hablado con el Dr. Russell E. Blaisdell, director del Hospital Estatal Rockland de Nueva York, una institución mental de las cercanías. El Dr. Blaisdell había aceptado inmediatamente la idea de utilizar a A.A. para sus internos alcohólicos. Nos dio libre acceso a pabellón y rápidamente nos permitió iniciar una reunión dentro del establecimiento. Los resultados fueron tan buenos que pocos meses después permitió que enviáramos autobuses llenos de sus pacientes para que fueran a las reuniones de A.A. que ya por entonces habían sido establecidas en South Orange, Nueva Jersey y en la ciudad de Nueva York. Esto era extraordinario tratándose de un superintendente hospitalario. Pero los alcohólicos no lo hicieron quedar mal. En la misma época las reuniones de A.A. se establecieron en forma regular en el mismo Hospital Rockland. Los casos más desesperados que pudieran imaginarse empezaron a restablecerse y a continuar en esa forma cuando fueron dados de alta. Así empezó la primera relación de trabajo de A.A. con un hospital mental, y desde entonces se ha multiplicado más de 200 veces. El Dr. Blaisdell había escrito así una página brillante en los anales del alcoholismo.

A propósito, debemos hacer notar que tres o cuatro alcohólicos habían sido previamente dados de alta de los asilos de Greystone y Overbrook en Nueva Jersey, donde algunos médicos simpatizantes nos habían recomendado. Pero el Hospital Estatal de Rockland del Dr. Blaisdell, fue el primero en cooperar en gran escala con A.A.

Lois y yo finalmente volvimos a cruzar el Río Hudson para establecernos en la ciudad de Nueva York. En aquella época tenían lugar pequeñas reuniones de A.A. en la sastrería del recién llegado Bert. Posteriormente estas reuniones se trasladaron a un pequeño salón en Steinway Hall y de allí a las oficinas permanentes cuando se abrió el primer club de A.A., “El Viejo de la Calle Veinticuatro”. A esa misma casa fuimos a vivir Lois y yo.

A medida que miramos atrás a aquellas primeras escenas en Nueva York, nos encontramos a menudo en la penumbra de ellas al benigno doctorcito que amaba a los borrachos, el Dr. William Duncan Silkworth, por entonces Médico Jefe del Hospital Towns de Nueva York, un hombre que fue prácticamente un fundador de A.A. De él aprendimos la naturaleza de nuestra enfermedad. Nos suministró las herramientas para perforar el más acendrado ego alcohólico, aquellas frases de impacto con las cuales describió nuestra enfermedad: la obsesión de la mente que nos obliga a beber y la alergia del cuerpo que nos condena a la locura o a la muerte. Estas eran contraseñas indispensables. El Dr. Silkworth nos enseñó a cultivar el fértil campo de la desesperanza, sobre el cual ha florecido desde entonces cada uno de los despertares espirituales de nuestra comunidad. En diciembre de 1934, este hombre de ciencia se había sentado humildemente junto a mi cama, en observación de mi experiencia espiritual repentina y abrumadora, y me había animado así: “Bill, usted no tiene alucinaciones. Sea lo que sea lo que le haya acontecido, es mejor que usted se aferre a eso. Esto es mucho mejor que lo que usted tenía hace sólo una hora”. Estas fueron grandes palabras para el porvenir de A.A. ¿Quién más pudiera haberlas dicho?

Cuando yo deseaba ir a trabajar con los alcohólicos, el Dr. Silkworth me conducía a ellos directamente en este hospital, afrontando un riesgo considerable para su reputación profesional.

Después de seis meses de fracasos por mi parte tratando de lograr la abstinencia de los alcohólicos con que yo trabajaba, el Dr. Silkworth me recordó la observación del Profesor William James de que las experiencias espirituales verdaderamente transformadoras, casi siempre están basadas en un estado de calamidad y colapso total. “Deje de predicarles”, me dijo el Dr. Silkworth, “y deles en primer lugar hechos médicos. Esto puede ablandarlos profundamente de manera tal que se encuentren deseosos de hacer cualquier cosa que sea necesaria para recuperarse. Luego ellos podrán aceptar esas ideas espirituales, y aun un Poder superior”.

Cuatro años más tarde, el Dr. Silkworth había ayudado a que el señor Charles B. Towns, propietario del hospital, se convirtiera en un entusiasta de A.A. y lo había animado a prestar US \$ 2,500 para empezar la preparación del libro *Alcohólicos Anónimos*, una suma, a propósito, que fue posteriormente incrementada a más de US \$ 4,000. Entonces, y siendo el único amigo médico que teníamos por esa época, nuestro buen doctor escribió la presentación de nuestro libro, donde permanece aún y donde intentamos dejarla para siempre.

Tal vez ningún médico prestará tan devota atención a tan gran número de alcohólicos como lo hizo el Dr. Silkworth. Se estima que durante su vida trató al sorprendente número de 40,000 enfermos. En los años precedentes a su muerte en 1951, en estrecha cooperación con A.A. y nuestra pelirroja enfermera Teddy, logró tratar a cerca de 10,000 alcohólicos en el Hospital Knickerbocker de Nueva York. Ninguno de

aquellos a quienes trató olvidará jamás la experiencia, y la mayoría de ellos continúan sobrios. Silky y Teddy se inspiraron en el trabajo del Dr. Bob y de la Hermana Ignacia en Akron y siempre serán considerados como el contraparte oriental de aquella pareja de Akron en nuestros comienzos. Estas cuatro personas fundaron el brillante ejemplo y cimentaron las bases para la maravillosa colaboración con la medicina de que hoy gozamos.

No podríamos dejar de hablar de Nueva York, sin pagar agradecido tributo a aquellos que hicieron posible el servicio mundial actual: los primeros pioneros de la Fundación Alcohólica, antecesora de la actual Junta de Servicios Generales de A.A.

El primero en orden de aparición fue el Dr. Leonard V. Strong, Jr., mi cuñado. Cuando Lois y yo estuvimos solos y abandonados, él, junto con mi madre, veló por nosotros durante las peores épocas de mi alcoholismo activo. Fue el Dr. Strong quien me presentó al señor Willard Richardson, uno de los más consagrados servidores de Dios y del hombre que yo haya conocido. Esta presentación condujo directamente a la formación de la Fundación Alcohólica. La fe permanente, la sabiduría y las cualidades espirituales de Dick Richardson fueron nuestras anclas principales para soportar las tormentas que recayeron sobre A.A. y sus centros de servicio embrionarios durante los primeros años, y él transmitió su convicción y entusiasmo a otras personas que trabajaron por y para nosotros en tan buena forma. Con cuidado y devoción altruistas, el Dr. Strong sirvió como secretario de nuestra Junta de Custodios desde su iniciación en 1938 hasta su retiro en 1955.

Dick Richardson era viejo amigo y confidente de los Rockefellers, John D., padre, y John D., hijo. El resultado fue que el señor Rockefeller, hijo, llegó a interesarse profundamente en A.A. Cuidó de que tuviéramos la pequeña suma necesaria para poner en operación nuestro proyecto de servicios, a la vez que no fuera una suma lo suficientemente grande como para profesionalizarnos, y ofreció una comida a muchos de sus amigos en 1940 para que ellos conocieran a algunos de nosotros y vieran por sí mismos lo que era A.A. Esta comida, en la cual fueron oradores el Dr. Harry Emerson y el neurólogo Dr. Foster Kennedy, constituyó una importantísima recomendación de nuestra comunidad en una época en que todavía éramos escasos y desconocidos. El patrocinio de dicha comida hubiera podido traerle un gran ridículo al señor Rockefeller, y sin embargo la ofreció regalando muy poco de su fortuna personal pero mucho de su propia persona.

El señor Richardson trajo aún más amigos para ayudarnos, entre ellos el Sr. Albert Scott, jefe de una firma de ingeniería y Presidente de la Junta de Custodios de la Iglesia Riverside en Nueva York, quien presidió la famosa reunión a finales de 1937 en la oficina del Sr. Rockefeller, y que fue el primer encuentro que tuvimos algunos de nosotros los alcohólicos con nuestros nuevos amigos. En aquella época el Sr. Scott hizo la inquietante e histórica pregunta: “¿No dañará todo esto el dinero?” El Dr. Bob, el Dr. Silkworth y yo asistimos a aquella reunión donde también estaban presentes dos amigos del Sr. Richardson que estaban destinados a ejercer gran influencia en todos nuestros asuntos.

Al iniciarse la primavera de 1938, nuestros nuevos amigos nos ayudaron a organizar la Fundación Alcohólica, y el Sr. A. LeRoy Chipman sirvió incansablemente durante muchos años como su tesorero. En 1940 pareció aconsejable que la Fundación se hiciera cargo de Works Publishing, Inc., la pequeña compañía que habíamos formado para los negocios relacionados con el libro, y dos años más tarde el Sr. Chipman efectuó la mayor parte del trabajo de conseguir US \$ 8,000 que se necesitaban para pagar a los accionistas y al Sr. Charles B. Towns, logrando así que la Fundación fuera la única

propietaria del libro A.A. y que la custodia del libro estuviera en manos de nuestra sociedad en forma vitalicia. Hace poco el Sr. Chipman tuvo que retirarse de la Junta de Custodios a causa de una grave enfermedad y con mucho pesar de su parte no le fue posible venir a San Luis. Tampoco Dick Richardson pudo estar con nosotros, ya que había fallecido unos años atrás.

Presente en aquella reunión de 1940 se encontraba también otro amigo del Sr. Richardson, Frank Amos, un dirigente publicitario y periodista, y Custodio de A.A., retirado hace poco tiempo. En 1938 Frank fue a Akron para conocer al Dr. Bob y llevar a cabo una encuesta cuidadosa de lo que allí había sucedido. Su sincero informe acerca del Grupo Número Uno y del Dr. Bob, fue lo que logró atraer el interés del Sr. Rockefeller y lo que posteriormente animó la formación de la Fundación. Esta Fundación habría de convertirse en el punto focal de los servicios mundiales de A.A., a los cuales se debe la mayor parte de la unidad y el crecimiento que ha logrado nuestra comunidad. Frank Amos era accesible a cualquier hora del día o de la noche tanto en su oficina como en su casa de Nueva York, y su consejo y fe fueron de inmensa ayuda para nosotros.

A medida que los neoyorquinos continuamos haciendo reminiscencias durante aquellas horas de San Luis, recordamos a Ruth Hock, durante meses había mecanografiado y vuelto a mecanografiar durante la preparación del libro *Alcohólicos Anónimos*. Frecuentemente se quedaba sin cobrar, y gentilmente aceptaba que le pagáramos en acciones, por entonces prácticamente sin valor, de Works Publishing. Recuerdo con profunda gratitud la frecuencia con que su sabio consejo, su buen humor y su paciencia contribuyeron a esclarecer las interminables discusiones que se formaban acerca del contenido del libro. Muchos de los antiguos de San Luis también recordaron con gratitud las afectuosas cartas que Ruth les había escrito cuando aquellos eran solitarios luchando por permanecer sobrios, alejados de todo contacto con nosotros.

Ruth fue nuestra primera secretaria nacional, y cuando ella se retiró a principios de 1942, Bobbie B. tomó su lugar. Bobbie afrontó durante varios años casi sin ayuda la tremenda cosecha de problemas de grupo que se presentaron como consecuencia de la publicación del artículo de Jack Alexander sobre A.A. en el *Saturday Evening Post*. Escribió miles de cartas tanto a personas que se iniciaban en la lucha por su sobriedad como a grupos nuevos y vacilantes, ella logró que avanzáramos durante aquella época en que parecía tan incierta la posibilidad de que A.A. pudiera sobrevivir.

Mientras yo estaba recordando los antiguos tiempos en Nueva York, surgieron en mi memoria los nombres de algunos más de mis amigos alcohólicos. Recordé a Henry P., mi socio en Works Publishing y en la empresa editorial del libro. Entre todos los posibles pacientes que el Dr. Silkworth me había señalado en el Hospital Towns, Henry fue el primero en lograr su sobriedad en 1935. Había sido un poderoso vendedor y ejecutivo de empresa, y dirigió su prodigioso entusiasmo a la formación del grupo de Nueva York. Muchos de Nueva Jersey pueden también recordar su impacto sobre aquella región. Cuando en 1938 la Fundación se dio cuenta de que no podría conseguir el dinero que necesitaba para publicar el libro de A.A., la influencia que tuvo Henry para lograr que se estableciera Works Publishing, Inc. fue definitiva, y mientras estábamos trabajando en el libro, su interminable búsqueda de suscriptores de acciones de Works Publishing hizo que llegara el dinero suficiente (escasamente el suficiente) para terminar el trabajo.

Más o menos por la misma época apareció en la escena neoyorquina otro protagonista, Fitz M., una de las personas más amables que A.A. pueda haber conocido. Fitz, hijo de un ministro, era profundamente religioso, y este aspecto de su naturaleza se

revela en su historia llamada “Nuestro Amigo Sureño”, que se encuentra en el Libro Grande. Fitz llegó inmediatamente a discutir acaloradamente con Henry acerca del contenido religioso del volumen que estábamos preparando. Un recién llegado de nombre Jimmy B., antiguo ateo quien al igual que Henry era ex-vendedor, intervino también en la querrela. Fitz quería que el libro fuera un documento enfáticamente religioso; Henry y Jimmy no quisieron tal cosa. Según ellos, el libro debía tener un esquema psicológico que atrajera al lector, y una vez que éste llegara a nosotros, tendríamos entonces el tiempo suficiente para mostrarle el carácter espiritual de nuestra sociedad. A medida que trabajábamos febrilmente en este proyecto, Fitz hizo repetidos viajes a Nueva York desde su casa en Maryland para insistir en que se elevara el tono espiritual del libro A.A. El resultado de este debate fue la forma y la substancia espiritual del documento, y notablemente la expresión, “*Dios como cada cual lo concibe*”, que llegó a ser un lema de éxito. Como árbitro de estas discusiones, me vi obligado a permanecer en un punto medio, y escribí en términos espirituales en vez de hacerlo en términos religiosos o puramente psicológicos.

Fitz y Jimmy fueron igualmente entusiastas para llevar el mensaje de A.A. Jimmy comenzó el grupo de Filadelfia en 1940, a la vez que Fitz llevaba las buenas nuevas a Washington. La primera reunión en Filadelfia tuvo lugar en la casa de George S. quien fue uno de los primeros miembros solitarios de A.A. Él había logrado la abstención después de la lectura del artículo “Los Alcohólicos y Dios”, escrito en 1939 por Morris Markey y publicado en el número del mes de Septiembre de la revista *Liberty* por el entonces editor Fulton Oursler, quien posteriormente habría de prestarnos muchos servicios. El caso de George fue muy grave, aun medido en aquellos días de “fondos profundos”. El día que le llegó el número de *Liberty*, George estaba en cama bebiendo whisky para su depresión y tomando láudano para su colitis. El artículo de Markey logró en George un impacto tan fuerte que éste inmediatamente dejó la bebida y el láudano. Escribió a Nueva York, nosotros le dimos su nombre al vendedor Jimmy quien recorría aquel territorio, y en esa forma empezó A.A. en la ciudad del amor fraternal.

Los A.A. de Filadelfia atrajeron rápidamente la atención de tres eminentes médicos de aquella ciudad, los doctores A. Wiese Hammer, C. Dudley Saul y John F. Stouffer, este último del Hospital General de Filadelfia. El resultado de este interés fue el mejoramiento del cuidado hospitalario para los alcohólicos y el establecimiento de una clínica. Y gracias a la amistad del Dr. Hammer con el Sr. Curtis Bok, propietario del *Saturday Evening Post*, se abrió el camino para la publicación del artículo de Jack Alexander en 1941. Estos amigos no hubieran podido hacernos un favor más grande.

Fitz, quien vivía cerca de Washington, no tuvo tantas facilidades. El fracaso estuvo rondando sus esfuerzos durante varios años. Pero él finalmente logró plantar la semilla que produjo sus frutos y antes de su muerte en 1943 alcanzó a ver florecer aquella semilla. Su hermana Agnes se alegró mucho por ello. Ella nos prestó a él y a mí US \$ 1,000 de sus modestos recursos cuando, después del fracaso del libro en 1939, el futuro nos parecía más oscuro que nunca. A ella le envió nuestras gracias imperecederas.

En el año 1939 llegó a nosotros un personaje inolvidable, una mujer alcohólica conocida por tantos de nosotros como Marty. Había sido paciente del Dr. Harry Tiebout en el Sanatorio Blythewood de Greenwich, Connecticut, y el doctor le había entregado una copia manuscrita del borrador del libro de A.A. La primera lectura la hizo rebelar, pero la segunda logró convencerla. Vino a una reunión en nuestra sala de 182 en Clinton

Street, y de allí volvió a Blythewood llevando a un compañero paciente del mismo sanatorio el clásico salud: “Grennie, ya no estamos solos”.

Marty inició un grupo en Greenwich a comienzos de año de 1939 que, según la opinión de algunas personas debería estar clasificado como el Grupo Número tres de A.A. Apoyada por el Dr. Harry y por la señora Wylie, propietaria del sanatorio, las primeras reuniones tuvieron lugar en salones del mismo hospital. Mary fue una de las primeras mujeres que probaron A.A., y se convirtió en los años posteriores en una de las más activas trabajadores que hemos tenido, así como también en una pionera en el campo de la educación y la rehabilitación de los alcohólicos. Hoy en día ostenta la sobriedad más antigua dentro de A.A. entre los miembros de su sexo. Existió otra mujer en aquellos primeros tiempos, Florence R., quien llegó a nosotros en 1937. Su historia se incluyó en la primera edición del libro *Alcohólicos Anónimos*. Con gran valor trató de ayudar a Fitz en Washington, pero resultó envuelta en la primera ola de fracasos que hubo en la ciudad y murió de alcoholismo.

Los miembros antiguos de la región del medio oeste presentes en la convención pudieron recordar que mientras todo esto sucedía en Akron y Nueva York, se encendían luces en Cleveland, que posteriormente se convirtieron en una antorcha que pudo ser observada por toda la nación. Unos pocos oriundos de Cleveland recordaron que habían asistido a las reuniones de Akron, que por entonces tenían lugar en la casa de T. Henry y Clarece Williams, miembros de los Grupos Oxford. En aquel lugar conocieron al Dr. Bob y a Anne y habían tenido la oportunidad de mirar asombrados a alcohólicos que habían permanecido sobrios durante uno, dos o tres años. Habían conocido y escuchado a Henrietta Seiberling, la persona no alcohólica que nos había reunido al Dr. Bob y a mí en su casa tres años antes – una persona que había entendido profundamente, se había preocupado suficientemente, y era ya considerada como uno de los eslabones más valiosos en la cadena de eventos que la Providencia había desarrollado. En otras tardes, aquellos antiguos de Cleveland habían ido a la casa del Dr. Bob en Akron y habían compartido con Anne en la mesa de su cocina sendas tazas de café. Ansiosamente habían absorbido el conocimiento de su problema y sus soluciones, y habían respirado profundamente la notable atmósfera espiritual de aquel lugar. Se convirtieron en amigos del viejo Bill D., el A.A. número tres. En ocasiones el Dr. Bob los había llevado al Hospital de Santo Tomás, donde conocieron a la Hermana Ignacia, la vieron trabajar, y a su vez conversaron con los pacientes que estaban bajo tratamiento. A su retorno a Cleveland, empezaron a buscar sus propios contactos y empezaron a conocer por primera vez las penas, las alegrías y los beneficios de los Doce Pasos de A.A.

Clarence S. y su esposa Dorothy estuvieron entre el primer contingente que vino de Cleveland a las reuniones de Akron. Al principio del verano de 1939, se empezó a formar un grupo alrededor de ellos, el cual, hacia el otoño contaba con una veintena o más de promisorias recuperaciones.

En este punto el *Cleveland Plain Dealer* publicó una serie de artículos que iniciaron un nuevo período para Alcohólicos Anónimos, o sea la producción masiva de sobriedad.

Elrick B. Davis, un escritor editorialista de profunda comprensión, fue el autor de una serie de artículos que se publicaron en la parte central de la página editorial del *Plain Dealer*, artículos que iban acompañados cada dos o tres días por titulares en rojo que los mismos editores colocaban. En efecto el *Plain Dealer* decía: “A.A. es bueno y funciona. Venga y aprovéchese”.

El conmutador del periódico se vio inundado. Día y noche, las llamadas se pasaban a Clarence y Dorothy y de éstos a los miembros de su pequeño grupo.

Previamente en aquel año, gracias a los buenos oficios de la enfermera Edna McD. Y del reverendo Kitterer, Administrador del Hospital Deaconess, se había logrado que esa institución tuviera una sala para A.A. Pero este único hospital no podía dar abasto en la situación que confrontaba. Durante varias semanas los miembros de A.A. corrían de un lado a otro para hacer visitas de duodécimo Paso a la ingente lista de personas interesadas. Un gran número de éstas se enviaron a otros hospitales de Cleveland tales como Post Shaker, East Cleveland Clinic, y varios más. Cómo se pagaron las cuentas, nadie lo supo.

Alentados por Clarence y Dorothy, los clérigos y médicos empezaron a proporcionar bastante ayuda. El Padre Nagle y la Hermana Victorine en el Hospital de Caridad de San Vicente recibieron la nueva oleada con amor y comprensión, así como lo hizo la Hermana Merced en el Hospital de San Juan. El Dr. Dilworth Lupton, notable clérigo Protestante, predicó y escribió calurosamente acerca de nosotros. Este amable caballero había tratado en una ocasión de ayudar a Clarence y cuando vio los resultados de A.A. en aquella persona. Publicó un folleto ampliamente usado en Cleveland, titulado “El Sr. X y Alcohólicos Anónimos”. “El Sr. X” era Clarence, por supuesto.

Pronto se hizo evidente que debería idearse un esquema de apadrinamiento personal para las personas nuevas. A cada nuevo miembro se le asignó un A.A. de mayor antigüedad, que lo visitaba en su casa o en el hospital, lo instruía sobre los primeros de A.A., y lo llevaba a su primera reunión. Pero teniendo tantos centenares de peticiones de ayuda, el suministro de miembros antiguos no podía suplir la demanda. Por lo tanto, miembros muy recién llegados, que tenían sólo un mes o una semana de sobriedad, tuvieron que apadrinar a alcohólicos que estaban todavía en el hospital.

Las casas particulares se abrieron para efectuar reuniones. La primera reunión en Cleveland se hizo en junio de 1939, en la casa de Abby G. Y su esposa Grace. A aquella reunión asistieron Abby y para asistir a las reuniones en casa de la familia Williams. Pero rápidamente el grupo de Abby necesitó mayor espacio. Entonces una parte empezó a reunirse en la casa de un financiero de Cleveland, el Sr. T. E. Borton, quien generosamente los invitó. La otra parte del grupo se estableció en un salón del barrio Lakewood de Cleveland y tomó el nombre de Grupo Orchard Grove. Un tercer ramal de las reuniones de Abby se reunió bajo el nombre del Grupo Lee Road.

Estos grupos en continua expansión y multiplicación fueron a su vez necesitando mayor espacio y empezaron a desperdigarse en pequeños salones y sacristías parroquiales. Afortunadamente el libro de A.A. había salido de la prensa seis meses antes, y ya podían obtenerse algunos de nuestros folletos, los cuales fueron las guías que lograron mantener aquella situación que hubiera podido ser confusa y anárquica, dentro de unos lineamientos ordenados.

Nosotros los antiguos de Nueva York y Akron habíamos mirado el fantástico fenómeno con profunda aprehensión. Si a nosotros nos había tomado cuatro largos años, para lograr un centenar de buenas recuperaciones, habiendo tenido incontables fracasos, ¿cómo podrían veinte miembros en Cleveland, que no tenían experiencia suficiente, afrontar repentinamente el reto de centenares de recién llegados resultantes de los artículos del Plain Dealer? ¿Cómo irían a defenderse? Nosotros no lo sabíamos.

Pero un año más tarde lo supimos; porque para entonces Cleveland tenía unos treinta grupos y varios cientos de miembros. Los dolores de crecimiento y los problemas de grupo habían sido tremendos, pero ningún problema había logrado debilitar la demanda masiva de la búsqueda de la sobriedad. Realmente, los resultados de Cleveland fueron los mejores. De hecho sus resultados fueron tan buenos, y el número de

miembros de nuestra comunidad era tan pequeño en otras partes, que muchos miembros de Cleveland llegaron a pensar que A.A. había comenzado en aquella ciudad.

Los pioneros de Cleveland habían probado tres cosas esenciales: el valor del apadrinamiento personal; la utilidad del libro de A.A. para la instrucción de los recién llegados, y finalmente, el hecho tremendo de que A.A., una vez que el mensaje logró difundirse, podría sólidamente crecer hasta un tamaño considerable.

Muchos de los principios de A.A., tal como ahora los entendemos, se encontraban ya en los grupos iniciales de Akron, Nueva York y Cleveland desde 1939. Pero aún quedaba mucho por hacer y muchas preguntas por resolver. Por ejemplo, ¿qué éxito podrían tener los miembros de grupos originales que trataran de llevar el mensaje a las ciudades y pueblos donde tuvieron que trasladarse? En aquellos días los primeros viajeros de A.A., impulsores de muchos miles de recuperaciones, estaban empezando a moverse.

Observamos a uno de ellos llamado Earl T., quien sólidamente enseñado por el Dr. Bob y los miembros de Akron, había regresado a su casa de Chicago en 1937. Con gran preocupación habíamos estado al tanto de sus constantes pero infructuosos esfuerzos para empezar un grupo allí, una lucha que duró dos años completos, a pesar de la ayuda de Dick R., su primer “convertido”, y Ken A., quien había sido iniciado en el grupo de Akron en 1938. Entonces, a mediados de 1939, dos médicos de Chicago entraron a la escena. Un amigo de Earl, el Dr. Dan Craske, le presentó a dos pacientes. Uno de ellos, Sadie, empezó a lograr la abstinencia.

Poco tiempo después un tal Dr. Brown de Evanston le llevó varios pacientes a Earl. Entre ellos estaban Sylvia, Luke y Sam y su esposa Tee, los cuales han permanecido sobrios hasta el presente. Sylvia, con todo, empezó muy lentamente. En su desesperación visitó Akron y Cleveland, los centros fundadores en Ohio. Aquí fue presentada a Henrietta y al Dr. Bob, y tuvo contacto con Clarence y Dorothy, los miembros más antiguos de Cleveland. Sin embargo, seguía bebiendo. Por lo tanto retornó a su casa en Chicago, donde por razones que sólo conocen Dios y ella misma, repentinamente dejó de beber y logró permanecer sobria.

Chicago tenía ya el sólido núcleo del cual emergió un sorprendente crecimiento. Continuamente animados por el Dr. Brown, ayudados por la secretaria no alcohólica de Sylvia, Grace Cultice, y por Katie la esposa de Earl, los miembros de Chicago empezaron a buscar nuevos miembros potenciales. Y rápidamente empezaron las reuniones, tanto en la casa de Earl como en la de Sylvia.

A medida que A.A. crecía y prosperaba lentamente en Chicago, Grace estaba continuamente ocupada en el teléfono de Sylvia y vino a convertirse en la primera secretaria de grupo. Cuando, en 1941, apareció el artículo del *Saturday Evening Post*, la actividad se volvió muy pesada. La casa de Sylvia se convirtió en una especie de Grand Central de Chicago y otro tanto aconteció con Earl y Katie. Algo tenía que hacerse. De manera que alquilaron una oficina de un cuarto en el Loop, y la secretaria Grace se instaló allí para dirigir la corriente de peticiones para atención del Duodécimo Paso, hospitalización u otro tipo de ayuda. Este fue el primer centro de servicios locales organizado como tal en A.A., y precursor de las innumerables asociaciones intergrupales que hoy en día existen en las grandes ciudades. Muchos grupos de A.A. en una distancia de varios centenares de kilómetros alrededor de Chicago, pueden señalar su origen como debido al trabajo de aquel centro; entre éstos podemos mencionar como los primeros el de Green Bay, en Wisconsin, y el de Minneápolis en Minnesota.

Entre tanto, Katie se dio cuenta de que muchas familias de miembros de A.A. necesitaban el programa tanto como los mismos alcohólicos, y emprendió

vigorosamente la tarea que ya habían iniciado Anne y Lois quienes, en sus hogares, en sus viajes con el Dr. Bob y conmigo, y aun en el piso superior del viejo Club de la Calle Veinticuatro de Nueva York, habían recomendado los Doce Pasos de A.A. a los cónyuges no alcohólicos como un método de restaurar la vida familiar a un estado normal.

Nadie sabe exactamente cuándo empezó el primer Grupo Familiar como tal. Uno de los más grandes, más prósperos y mejor aceptados de los primeros centros familiares se desarrolló en Toronto, Canadá. Allí tuvieron tanta acogida que muchos grupos de A.A. de la región tienen la costumbre de invitar oradores de los Grupos Familiares a sus reuniones. Hacia 1950, el Grupo Familiar de Toronto había causado tan amplia y profunda impresión que sus oradores fueron invitados especialmente a la Convención Internacional de A.A. en Cleveland aquel año. Y lo que se ha dicho de Toronto era igualmente valedero para Long Beach, California, y Richmond, Virginia. En realidad, algunos de estos últimos Grupos Familiares pueden posiblemente haber sido anteriores al de Toronto. De todas maneras es positivamente cierto que Anne, Lois y Katie hace mucho tiempo plantaron las ideas que han florecido desde entonces en centenares de Grupos Familiares de Al-Anon, lo cual constituye uno de los más emocionantes desarrollados en la imagen global de A.A. en los años recientes.

Otro de los primeros viajeros de A.A. fue Archie T. Este había sido cariñosamente tratado y devuelto a la sobriedad en casa del Dr. Bob y Anne en Akron. Todavía en estado de debilidad, enfermedad y temor, regresó a su ciudad natal, escenario de su derrota, y donde su reputación personal y financiera estaba todavía en su más bajo nivel. Vimos a Archie reparar las ofensas siempre que le fue posible. Le vimos entregar los despachos de una lavandería en una cafetera que se acercaba a las puertas del servicio de sus antiguos amigos de la alta sociedad en Grosse Pointe. Le vimos ayudado por una persona no alcohólica, Sarah Klein, empezar un grupo que se reunía en el sótano de la casa de la señora Klein. Archie y Sarah lograron ayudarlo a un hombre llamado Mike, un pequeño industrial, y a una dama de la sociedad llamada Anne K. Estos fueron los cuatro iniciadores de la gran cantidad de personas que han adquirido la sobriedad en Detroit en los años posteriores.

Luego estuvo Larry J., un periodista que había escapado milagrosamente de la muerte por delirium tremens y agotamiento. A pesar de un problema pulmonar que le exigía permanecer mucho tiempo en una cámara de oxígeno, él valientemente se las arregló para ir de Cleveland a Houston, Texas, y en el tren experimentó el despertar espiritual que le hizo sentirse, como diría posteriormente, “en una sola pieza”. A su llegada a Houston, Larry escribió una serie de artículos para el *Houston Press* que atrajeron la atención de la ciudadanía y del obispo Quinn, y así finalmente, después de penosas dificultades, emergió el primer grupo en Texas. Los primeros contactos afortunados de Larry fueron el vendedor Ed, quien llevaría el mensaje a Austin; el Sargento del Ejército Roy, quien inició el programa en Tampa y posteriormente tuvo una gran influencia en Los Angeles; y Esther, quien después se trasladó a Dallas, ciudad donde fundó A.A. con sus características de entusiasmo y energía, y se convirtió en la decana de las damas alcohólicas de la sorprendente Texas.

Entre tanto los A.A. de Cleveland habían ayudado a adquirir la sobriedad a Rollie H., un famoso atleta. Las informaciones periodísticas acerca de este suceso fueron sensacionales y atrajeron muchos interesados. Sin embargo, este acontecimiento fue uno de los primeros que alcanzaron a crear profundas preocupaciones acerca de nuestro anonimato personal a nivel público.

Hubo otro famoso viajante llamado Irwin M., un miembro de Cleveland que había llegado a ser un campeón de ventas de cortinas de persiana para grandes almacenes en el sur. Tenía que recorrer un territorio muy extenso, limitado por Atlanta y Jacksonville por un lado, e Indianápolis, Birmingham, y Nueva Orleans por el otro. Irwin pesaba 250 libras y estaba lleno de energía y entusiasmo. La idea de Irwin como misionero nos asustó un poco. En la Oficina de Servicios en Nueva York teníamos una larga lista de personas de muchas ciudades y pueblos de los estados sureños, personas que no habían sido visitadas personalmente. Irwin siempre había quebrantado todas las reglas de precaución y de contacto discreto con los recién llegados, de suerte que le entregamos la lista con alguna reticencia por nuestra parte. Luego esperamos los resultados pero no por mucho tiempo, Irwin llegó rápidamente a ellos, uno por uno, con su técnica de vendaval. Día y noche además, escribió cartas a estas personas y consiguió que empezaran a escribirse unas con otras.

Asombrados pero felices los sureños empezaron a enviar sus agradecimientos a la Sede Central. Y como Irwin informó, la mayor parte de las familias que primero visitó habían sido fáciles de conquistar. Había abierto así el territorio y empezado o estimulado muchos grupos originales.

Sin salirnos del Sur recordamos a los miembros de A.A. de Richmond que creyeron que la fórmula consistía en separarse de sus esposas y beber únicamente cerveza, pero que se volvieron más ortodoxos gracias a las instrucciones del virginiano, Jack W., y algunos viajeros de A.A. Recordamos también al inspector de calderas de Jersey, el incansable Dave R., quien había viajado hacia Charlotte, Carolina del Norte, y Fred K., otro nativo de Jersey, quien sembró la semilla de A.A. en sus viajes a Miami; y al superpromotor Bruce H., quien, trabajando en Jacksonville y sus alrededores, fue el primero en utilizar la radio para transmitir el mensaje.

Poco después de la iniciación de A.A. en Atlanta, aquel escaso grupo se iluminó por la aparición de Sam, un predicador yanqui de alto vuelo, quien temporalmente había abandonado el hábito y el sueldo, Sam hablaba con la misma efectividad desde un púlpito como desde una tribuna de una reunión de A.A. Él creó una forma de A.A. (que fue llamada “Chautauqua”), que fue criticada por algunos miembros pero muy celebrada por otros. Sam ya murió, pero recordamos su trabajo gratamente.

Muchas más de aquellas personas y anécdotas siguieron llegando a mi memoria a medida que en San Luis continuamos revisando la historia del crecimiento de A.A. Recordamos la formación del primer grupo A.A. exclusivamente por correo en Little Rock, Arkansas, el primer grupo canadiense en Toronto y luego aquellos de Windsor y Vancouver, B.C.; los primeros comienzos en Australia y Hawaii, que crearon un modelo que fue posteriormente seguido en setenta países distintos y posesiones de los Estados Unidos, recordamos también la conmovedora historia del joven noruego de Greenwich, quien había vendido todo lo que tenía para ir a Oslo a ayudar a su hermano y así empezar el grupo en aquella ciudad, al grupo de Alaska que se había formado gracias a que un explorador de petróleo en la tundra encontró un libro de A.A. dentro de un barril de petróleo; a los alcohólicos de Utah que alcanzaron la sobriedad en A.A. y durante el proceso encontraron uranio; la difusión de A.A. en Sur Africa, Puerto Rico, sur América, Inglaterra, Escocia, Irlanda, Francia, Holanda y luego al Japón y aun a Groenlandia, Islandia; la historia del Capitán Jack en un buque cisterna de la Standard Oil, quien extendía el mensaje de A.A. a medida que iba navegando. En tales felices reminiscencias nosotros en San Luis recordamos la forma como A.A. cruzó las barreras de la distancia, la raza, el credo y el lenguaje y vimos nuestra comunidad alcanzar las cuatro esquinas de nuestro planeta.

Aquellas historias trajeron a Lois y a mí maravillosos recuerdos de nuestro viaje al extranjero durante seis semanas en 1950.

Pudimos recordar los acalorados argumentos entre los suecos de Estocolmo y los suecos de Goteborg acerca de si A.A. debiera basarse en los “Siete Pasos” de Estocolmo o los “Doce Pasos” americanos. Recordamos el encuentro con el fundador del maravilloso grupo de Helsinki, Finlandia. Pudimos ver todavía a los daneses en Copenhague en su grupo “Ring i Ring”, preguntándose si la respuesta era el Antabuse o A.A. Recordamos a Henk Krauweel, en cuya casa fuimos huéspedes mientras estuvimos en Holanda. Henk, un trabajador social no alcohólico, fue contratado por la ciudad de Amsterdam para ver qué podía hacerse por los alcohólicos de aquella ciudad. Era muy poco lo que había logrado hasta que un día encontró los Doce Pasos de A.A. Los tradujo al holandés y se los entregó a algunos de sus pacientes. Con gran asombro suyo, algunos casos muy severos lograron la abstinencia. Y para la época en que nosotros llegamos pudo mostrarnos muchos casos más. A.A. ya era sólido en los Países Bajos e iba progresando. Nuestro gran amigo Henk Krauweel ha llegado a convertirse desde entonces en una de las principales autoridades del problema alcohólico.

En París encontramos unos pocos americanos A.A. que actuaban principalmente como comité de recepción para viajeros A.A., algunos abstemios y otros con grandes problemas. Los franceses en París todavía eran muy tímidos acerca de A.A. y estaban poseídos por la curiosa idea de que el vino no era licor de ninguna clase y por lo tanto era una bebida completamente inocua.

En Londres y Liverpool encontramos unos ingleses realmente anónimos. En aquellos días sus reuniones tenían una atmósfera definitivamente parlamentaria, inclusive con un mazo que golpeaban en los momentos apropiados. A.A. en Irlanda era tal como nosotros esperábamos y mucho más. Los A.A. de Dublin se llevaban muy bien con los irlandeses A.A. del norte de Belfast, a pesar de que ocasionalmente sus compatriotas se enfrentaban con grandes pedreas en las calles. Tuvimos la oportunidad de ver como se sembraba la semilla de A.A. en Escocia, y cuando gozamos de la hospitalidad escocesa, dimos por sentado que los A.A. escoceses no son ni tacaños ni melancólicos.

Para Lois y yo aquella experiencia en el extranjero fue como darle cuerda atrás al reloj y recordar los primeros tiempos en nuestro país. Dependiendo de su estado de progreso, los grupos extranjeros de aquella época estaban o volando a ciegas, o avanzando esperanzadamente, o ya habían alcanzado el peligroso y a veces problemático estado de adolescencia. Estaban renovando todas nuestras experiencias de América de quince, diez y cinco años, atrás. Regresamos a casa con la segunda convicción de que nada podría detener su progreso, de que podrían sobrepasar todas las barreras de castas sociales o lenguaje. En los siete años transcurridos desde nuestra visita en 1950, los logros alcanzados por A.A. en el extranjero han excedido por completo nuestras mayores esperanzas.

He dejado para la parte final de este recuento extranjero mis impresiones sobre Noruega, porque es clásica la forma como empezamos en aquel país. Todo comenzó en Greenwich, Connecticut, en una cafetería cuyos propietarios eran un noruego pequeño y tranquilo y su esposa. El grupo de Greenwich lo habían ayudado a adquirir la sobriedad y su cafetería se había convertido en un lugar de reunión para ellos.

El pequeño noruego no había escrito y no había sabido nada de su familia en los veinte años en que había sido prácticamente un vagabundo. Pero ahora, sintiéndose seguro de sí mismo, envió una carta con noticias para su familia y contándoles todo lo que le había sucedido y su escape de la maldición alcohólica gracias a A.A. Pronto

recibió una carta emocionada y suplicante, en la cual le informaban la desastrosa situación de su hermano, un linotipista de un periódico de Oslo. Según contaban los familiares, el hermano no estaba asistiendo a su trabajo y probablemente no duraría mucho en este mundo. ¿Qué podía hacerse?

El noruego de Greenwich conversó con su esposa. Vendieron su cafetería que era todo lo que tenían y compraron un billete de ida y vuelta a Oslo, quedándoles poco dinero para sus gastos. Unos días después llegaron a su tierra natal. Del aeropuerto salieron rápidamente hacia la parte oriental del fiordo de Oslo donde estaba la casa de su hermano. La situación era tal como les había sido descrita; el hermano estaba muy próximo a un desenlace fatal.

Pero el hermano era obstinado. Nuestro hombre de Greenwich contó y recontó su historia de A.A. Tradujo los Doce Pasos y un pequeño folleto que había traído consigo. Pero no tuvo ningún éxito; el hermano no quiso saber nada de eso. Le preguntaron entonces los viajeros, “¿Hemos hecho un viaje tan largo hasta Oslo para encontrarnos con esto? Nuestro dinero se acabará muy pronto y tendremos que volvernos a Estados Unidos”. El hermano no contestó.

De manera que le noruego de Greenwich empezó a conversar con clérigos y algunos médicos en Oslo. Estos fueron corteses pero no se interesaron. Con un sentido de frustración, el A.A. y su esposa planearon regresar a América.

Entonces sucedió lo increíble. El hermano llamó repentinamente y dijo, “Explíquenme más acerca de esos A.A. de América y vuélvannos a explicar esos Doce Pasos”. Dejó de beber prácticamente en forma inmediata y pudo acompañar a su hermano a tomar el avión de regreso a Nueva York. Había recibido el mensaje, muy bien, pero se encontraba solo nuevamente. ¿Qué podía hacer?

En el momento en que llegó al trabajo empezó a colocar pequeños anuncios en su propio periódico, diariamente durante un mes. No pasó nada hasta el último día. Entonces la esposa de uno de los floristas callejeros de Oslo le escribió una carta pidiéndole ayuda para su esposo. Cuando el florista oyó la historia y estudió los Doce Pasos dejó de beber también. El grupo de dos hombres continuó suscribiendo avisos en el periódico anunciando que A.A. había llegado a la ciudad. Pronto se presentó un tercer miembro. Entre otros que siguieron estaba un paciente del Dr. Gordon Johnson, quien era el psiquiatra más conocido de Oslo. El Dr. Johnson, hombre profundamente religioso, vio inmediatamente las implicaciones de los Doce Pasos de A.A. e inmediatamente colocó todo el peso de su reputación profesional amparando el incierto y pequeño grupo que se había formado.

Tres años después Lois y yo encontramos tras de las puertas de la aduana en el aeropuerto de Oslo una grandiosa delegación de bienvenida. Pocas palabras de inglés podían decirnos, pero no las hubieran necesitado. Pudimos ver y sentir lo que ellos tenían. En cambio hacia el hotel supimos que Noruega tenía ya centenares de miembros de A.A. distribuidos en muchos grupos. Era increíble, pero real.

¿Qué le sucedió al noruego de Greenwich? Volvió a su casa y de alguna forma logró empezar otro negocio de cafetería. Cuatro años después sufrió un ataque al corazón y murió. Pero pudo darse el gusto de saber que A.A. continuaba creciendo en su país.

Una palabra más acerca de Noruega. Un grupo había empezado en Bergen más o menos por la misma época en que empezó el grupo de Oslo. Hans H., un escandinavo-americano, había vuelto a su ciudad natal con un libro de A.A. Como tenía un completo dominio del inglés, pudo traducirlo al noruego a medida que lo leía en voz alta a un pequeño grupo de alcohólicos que se las había arreglado para reunir. Con el beneficio de

este auspicioso comienzo algunos lograron alcanzar su sobriedad y empezaron a extender el mensaje en esta ciudad con tan buenos efectos que Berger puede hoy en día señalar dieciséis grupos de A.A. como su notable resultado.

En muchas de las reuniones de la Convención se desarrolló el panorama de A.A. en su acción presente. Los clubes de A.A., que ahora suman centenares, vieron ventilados sus problemas y sopesados sus aciertos y desventajas. Hubo una viva transmisión de la experiencia de la mejor forma en que podríamos dar a nuestros hermanos y hermanas que sufren en hospitales mentales y prisiones, una ayuda mucho mejor mientras ellos están en esos lugares y luego de que salgan de ellos. Un gran número de aquellas personas ya estaban logrando su bienestar y se habían convertido en nuestros amigos y colaboradores fuera de las instituciones, y nos dimos cuenta de nuestra tontería en los iniciales temores acerca de los alcohólicos que llevaran un doble estigma. En otros seminarios unos cuantos secretarios y miembros de comité de centros locales de servicios, las llamadas Asociaciones Intergrupales, expusieron sus múltiples problemas para buscar el consejo de los demás, y buscando también el remedio para la debilidad funcional de los muchos cuerpos de servicio que están empezando a funcionar.

En otra reunión se trató y tuvo una saludable discusión el tema del dinero en A.A. El principio de A.A. de que “no hay cuotas ni contribuciones obligatorias” puede constreñirse y racionalizarse como “no hay responsabilidades individuales o deberes de grupo de ninguna especie” y esta falsedad fue totalmente eliminada en aquella reunión. Hubo la unanimidad total de que a través de contribuciones voluntarias, las cuentas por pagar de los grupos, de los servicios de zona y de A.A. como un todo, deben pagarse o de otra forma no podríamos llevar nuestro mensaje apropiadamente. Hubo completo acuerdo de que ninguna tesorería de A.A. debe volverse muy complicada o muy rica. Sin embargo, se hizo notar que era absurda y peligrosa la idea de que A.A. se mantuviera “simple” y “espiritual” eliminando servicios vitales que probablemente cuestan un poco de tiempo, trabajo y dinero. Fue opinión de la reunión que la extrema simplificación podrían conducirnos a disminuir nuestro trabajo del duodécimo Paso, en nuestra comunidad o en el mundo entero y por tanto no podría ser llamada simple o espiritual.

Después hubo una reunión muy conmovedora de miembros solitarios de A.A. que habían venido de sitios muy lejanos y asilados para compartir esa perspectiva inusitada de nuestra comunidad que nos proporcionó la Convención de San Luis. Para nadie tuvo la convención mayor significado para que estos miembros solitarios. Tuvieron la sensación de pertenecer y se dieron cuenta de que su aislamiento no era tan completo como en ocasiones lo sentían. Sabían como pocos, la enorme ayuda que puede proporcionar la literatura y nuestros servicios mundiales, puesto que su sobriedad había dependido del Libro Grande y de aquellas cartas que constantemente les llegaban de la Sede Central y de los compañeros solitarios. Ellos habían desarrollado toda clase de trucos y disciplinas para ayudarse a sí mismos y para perfeccionar su contacto consciente con Dios quien, según ellos, habían descubierto, podía sentirse y escucharse ya fuera que uno habitara en un iglú en el polo o en un barco cruzando el ecuador.

Una de las historias típicas de los solitarios fue la del pastor de ovejas australiano que vivía a dos mil millas del pueblo más cercano a donde iba cada año a vender su lana. Para conseguir los mejores precios del mercado tenía que ir a ese pueblo en un determinado mes del año. Pero cuando supo que iba a celebrarse una gran reunión regional de A.A. en una fecha posterior cuando ya los precios de la lana habrían bajado, asumió una pérdida monetaria para hacer su viaje para la reunión. He aquí lo mucho que

significaba una reunión de A.A. para este hombre, Esto fue algo que todos los miembros solitarios pudieron comprender perfectamente.

En otra reunión muy importante los fundadores de muchos grupos tuvieron la oportunidad de compartir información acerca de la mejor forma de lograr establecer A.A. en una localidad. Puesto que ya se habían fundado más de 7,000 grupos con un total de más de 200,000 miembros, y se iban formando nuevos grupos en todo el mundo todos los días, hubo una gran cantidad de experiencias para compartir.

En otra sección de la Convención hubo mucho que aprender acerca del A.A. *Grapevine*, nuestra revista con circulación de más de 40,000 ejemplares mensuales y que es nuestro mayor y mejor medio de comunicar el pensamiento y la experiencia actuales de A.A. para permanecer sobrios, unidos y en servicio. Entre los miembros directivos del *Grapevine* estaban el editor Don, tres ayudantes editoriales, un fotógrafo y algunos artista y expertos en la materia. Por medio de charlas y muestras fotográficas enseñaron la forma en que las bien ilustradas páginas del *Grapevine* podían ser un medio vivido y convincente para presentar A.A. al miembro nuevo o potencial, y la forma en que sus artículos podían suministrar material fundamental para reuniones cerradas y de discusión. El *Grapevine* fue visto como un espejo mensual de A.A., siempre el mismo en sus principios y sin embargo siempre creciendo y siempre encontrando mejores maneras de actuar y pensar en los nuevos frentes de nuestra excitante aventura de vivir y trabajar juntos.

Luego hubo una sesión llamada “Presentación del Personal de la Oficina de Servicios”. Entre los directivos, encabezados por el gerente Hank G., estaban compañeros trabajadores con conocimientos de finanzas, relaciones públicas y materias similares, y cinco capacitadas mujeres A.A. miembros del personal. Hubo una extensa muestra fotográfica que indicaba la amplia diversificación de actividades de nuestros servicios principales. Para los observadores, la Sede Central de A.A. ya no siguió siendo la fuente de pesadas estadísticas acerca de toneladas de literatura, miles de llamadas en solicitud de ayuda o cartas de respuesta, centenares de problemas de grupos o de información pública, o únicamente la fuente de solicitudes de contribuciones voluntarias. Aquí estaban personas de carne y hueso que hacía realmente el trabajo y un grupo bien entrenado, ansioso y dedicado como era, en la misma forma que la directiva del *Grapevine*.

Incontables miembros de A.A. en la convención conocieron a nuestros custodios, aquellos fieles amigos alcohólicos que nos habían servido durante tanto tiempo. Muchos miembros “del montón” pudieron hablar con Archie Roosevelt y supieron que este hombre exuberante y genial había ingresado recientemente a la Junta y había asumido la tarea, en ocasiones ingrata y siempre difícil, de ser el tesorero. Estas gentes empezaron a comentar, “Bien, si nuestro nuevo amigo no alcohólico Archie puede dedicar varios años a cuidar las finanzas generales de A.A., entonces nos damos cuenta de que nosotros podremos seguramente conceder el minuto que nos toma dos veces al año el sondear nuestros bolsillos en busca de los dos dólares que Archie necesita para equilibrar el presupuesto de A.A.”.

Entre las reuniones de la Convención que mayor información nueva suministraron, estuvieron las reuniones de los Grupos Familiares Al-Anon, que llevaban títulos tales como: “Conozca a las Directivas”, “Los Hijos de los Alcohólicos”, “El Reajuste entre los Esposos”, “Los Doce Pasos”. En San Luis muchos miembros escépticos tuvieron la oportunidad de dar una ojeada a este movimiento dentro del movimiento, y descubrieron con asombro que los Grupos Familiares habían crecido de 70 a 700 en tres años, y que en la actualidad se formaba diariamente un grupo nuevo en

alguna parte del mundo. Lois y los oradores de muchas regiones distintas nos dijeron que los Grupos Familiares tenían una Oficina Mundial muy parecida a la Oficina de Servicio de A.A., y que ya tenían literatura, estaban iniciando una revista y además, se encontraba en preparación un nuevo libro.

Muchos A.A. se habían preguntado de qué trataban estos Grupos Familiares. ¿Eran clubes de chismosos o sociedades de mutua conmiseración? ¿O, simplemente servicios auxiliares de café y pasteles? ¿O desviaban a A.A. de su propósito primordial de sobriedad? Las reuniones de los Grupos Familiares suministraron las respuestas precisas. Estos grupos nuevos ni eran paralelos a A.A. ni se trataba de fábricas de chismes. Las familias de los alcohólicos (esposas, esposos, madres, padres, hijos) estaban dirigiendo los principios de A.A. directamente hacia ellos mismos y hacia nadie más.

Los oradores de los Grupos Familiares hicieron y contestaron muchas preguntas como éstas: “¿No éramos nosotros tan impotentes ante el alcohol como los mismos alcohólicos? Claro esté que sí. ¿Y cuando nos dimos cuenta de ello, no nos sentíamos llenos de tanta amargura y auto-compasión como el alcohólico siempre se había tenido? Sí, esto fue muchas veces una realidad. Después del primer alivio tremendo y la felicidad que resultaron cuando A.A. se hizo presente, ¿no hemos nosotros en ocasiones recaído en resentimientos secretos y profundos por el hecho de que A.A. haya logrado hacer lo que a nosotros no nos fue dado? Para muchos de nosotros, también eso fue así. No habiéndonos dado cuenta de que el alcoholismo es una enfermedad, ¿no hicimos muchas veces que nuestros niños tomaran partido contra el miembro alcohólico? Sí, a menudo hemos hecho esto, perjudicando así al miembro alcohólico. No nos maravillamos pues de que cuando llegó la sobriedad, los disturbios emocionales frecuentemente se presentaran en nuestros hogares con la misma o con peor intensidad”.

Y mientras los A.A. escuchaban, los oradores de los Grupos Familiares continuaban: “¿Podíamos encontrar una respuesta para todo esto? Al principio no. Las reuniones de A.A. en ocasiones nos ayudaban pero no lo suficiente. Adquirimos una mayor comprensión del problema alcohólico pero no la suficiente de nuestra propia condición. Pensábamos que los Doce Pasos de A.A. eran maravillosos para los alcohólicos, pero no creíamos que *nosotros* también debíamos tomarlos muy seriamente. Después de todo, habíamos tratado de hacer lo mejor que estaba a nuestro alcance. No era mucho lo que había de malo en nosotros. Así razonábamos, y así nos quejábamos cuando las cosas continuaban presentándose mal en nuestros hogares. O frecuentemente, si las cosas empezaban a marchar bien, nos volvíamos complacientes o a veces celosos de todo el tiempo que nuestros familiares alcohólicos dedicaban a A.A.

“Pero cuando los Grupos Familiares se formaron, estas nociones y actitudes empezaron a cambiar, y el cambio se hizo principalmente dentro de nosotros. La transformación realmente tomó forma cuando empezamos a practicar los Doce Pasos en nuestro vivir cotidiano, en todos nuestros asuntos, y en la compañía de aquellos que eran capaces de entender nuestros problemas como ningún alcohólico podía comprenderlos”.

“En los Grupos Familiares vemos hombres y mujeres, aún aquellos cuyos parientes alcohólicos son todavía activos, olvidarse de sus miserias y empezar a vivir serenamente y sin recriminación o vergüenza. Hemos visto muchos esposos o esposas cuyos cónyuges se mantenían abstemios gracias a A.A., pero con quienes se hacía todavía muy difícil el vivir, lograr alterar completamente su actitud mental, finalmente hemos visto niños sumamente desorientados y que han empezado a organizar sus ideas y han empezado a respetar y amar a sus padres nuevamente. Hemos visto muchas clases de orgullo, de miedo, de dominación, de actitudes posesivas irracionales, de actitudes

regañonas que ase han desvanecido con la práctica de los doce Pasos en el hogar. Así como nuestros cónyuges, los miembros de los Grupos Familiares estamos recibiendo el enorme dividendo derivado de la práctica del Duodécimo Paso, “llegar el mensaje”. Y el mensaje de nuestros Grupos Familiares es éste: “Usted puede lograr más que la simple sobriedad del alcohólico en su familia. Usted mismo también puede tener sobriedad emocional. Aún si el resto de la familia no ha encontrado la estabilidad, usted puede lograr su propia estabilidad. Y su sobriedad emocional puede frecuentemente acelerar la llegada del día feliz de cambio para toda su familia”.

“Muchos miembros de A.A. que vieron los Grupos Familiares en acción en la convención de San Luis dijeron posteriormente, “Este es uno de los mayores acontecimientos que han sucedido desde que empezó A.A.”.

Muchos visitantes al ver el salón de prensa de la Convención, cayeron en cuenta por primera vez que las buenas comunicaciones tanto internas como externas, constituían las reales arterias por las cuales circula la sangre vital de A.A. entre nosotros y de aquí al hermano y a la hermana que sufren en todas partes del mundo. Se ha necesitado obviamente algo más que una lenta transmisión verbal del mensaje. En verdad no hubiera podido hacerse mucho trabajo del Duodécimo Paso si los enfermos y sus familiares no hubieran sido localizados y persuadidos de que A.A. podría ofrecer alguna esperanza para ellos. Esta clase de comunicación necesitó frecuentemente la buena voluntad de clérigos, médicos, patronos y amigos, ciertamente la buena voluntad del público en general. Durante años la Sede Central de A.A. ha utilizado todos los medios posibles para conseguir esta buena voluntad, y adicionalmente a nuestros propios esfuerzos, nuestros amigos de la prensa, periódicos, revistas, radio y televisión, han contado fielmente nuestra historia y han informado sobre las ocasiones especiales de A.A. donde quiera que hubieren sucedido. En esta forma han atraído miles de alcohólicos a nuestra sociedad y continúan haciéndolo así.

Ellos no hicieron esto sin nuestra ayuda. Hace años encontramos que la publicidad segura y efectiva acerca de A.A. no se fabrica a sí misma. Nuestras relaciones públicas generales no pueden dejarse enteramente al azar o a encuentros fortuitos entre los reporteros y los miembros de A.A. quienes podrían o no estar bien informados acerca de nuestra comunidad como un todo. Esta clase de “simplicidad” desorganizada a menudo desvirtuó la verdadera historia de A.A. y evitó prolongar sufrimientos fácilmente evitables y aún ocasionar muertes innecesarias.

Cuando, en 1941, el *Saturday Evening Post* entregó a Jack Alexander la tarea de investigar a los A.A. para un artículo editorial, ya nosotros habíamos aprendido nuestra lección, y por consiguiente no dejamos nada al azar. De haberle sido posible a Jack asistir a la Convención de San Luis, él mismo hubiera podido contarnos el escepticismo con el cual empezó aquella tarea. Acababa de terminar una historia acerca de las cuadrillas de bandoleros en Jersey, y no hubiera creído nada, aunque lo jurasen sobre un montón de Biblias de un kilómetro de alto.

Después de que Jack se presentó en la Sede Central, le tuvimos durante un mes completo con nosotros. Para poder escribir su artículo, é debía obtener nuestra esmerada atención y una ayuda cuidadosamente organizada. Le entregamos nuestros archivos, abrimos nuestros libros, le presentamos a los custodios no alcohólicos, le conseguimos entrevistas con miembros A.A. de todas clases, y finalmente le mostramos todos los aspectos de A.A. desde Nueva York y Finlandia hasta Chicago, pasando por Akron y Cleveland. Aunque no era alcohólico, Jack se convirtió rápidamente en un A.A. de espíritu. Cuando por fin se sentó a escribir, su corazón estaba con nosotros. Ya no miraba a A.A. desde un punto de vista extraño o exterior; realmente nos estaba

observando desde adentro. Tan pronto como apareció el artículo, 6,000 cartas de solicitud de ayuda llegaron a nuestra oficina postal de Nueva York. El reportaje de Jack hizo que A.A. fuera una institución nacional, y lo hizo a él convertirse en uno de nuestros mejores amigos y finalmente, en uno de nuestros custodios.

La clase de Ayuda que le proporcionamos a Jack Alexander, es decir, nuestro servicio organizado de información pública, es un ingrediente vital en nuestra relaciones públicas que la mayor parte de los A.A. nunca han visto. Pero en el salón de prensa de San Luis, los visitantes vieron un aspecto del servicio, trabajando en esta oportunidad para la misma convención. Allí estaba Ralph, manejando nuestros contactos con la prensa. Se encontraba rodeado de teléfonos y mecanógrafas, cantidades impresionantes de despachos de prensa, comunicados, telegramas que entraban y salían, todos los apartados de su oficio. Ahora bien, ¿qué estaba haciendo y por qué? ¿Podría ser esto una alharaca publicitaria, algo distinto o totalmente contrario a las Tradiciones de A.A.?

Nada de eso. Ralph estaba atendiendo este trabajo simplemente para ayudar a nuestros amigos de la prensa, la radio y la televisión. El mundo entero deseaba saber acerca de nuestro vigésimo aniversario. Los periódicos y revistas deseaban entrevistas y despachos de prensa. Los locutores de radio y televisión querían también sus reportajes. La gente deseaba que nosotros explicáramos lo que queríamos decir cuando afirmábamos que A.A. había “llegado a su mayoría de edad”.

Nuestros amigos en A.A. y millones que no eran de la comunidad deseaban leer, escuchar y ver, y ciertamente nos correspondía a nosotros suministrar esa información. No siempre se trataba de comunicarnos *con ellos*; muchos de ellos querían comunicarse *con nosotros*, especialmente alcohólicos y familiares que todavía se encontraban sufriendo. Los padres de familia de la ciudad de San Luis enviaron sus más calurosas congratulaciones, y esto nos recordó su generosidad al proporcionarnos el Auditorio Kiel en forma gratuita. Además recordamos la maravillosa cordialidad de los grupos locales de la ciudad, los hospitalarios clubes y las muchas fiestas que se organizaron.

Al auditorio Kiel nos llegaron telegramas de la gente A.A. y de los grupos de todas partes. Uno de los momentos culminantes de la Convención tuvo lugar cuando apareció este mensaje.

Lugar de origen: La Casa Blanca; Remitente: El Presidente de los Estados Unidos.

Por favor, comuniquen a todos los participantes en su reunión del vigésimo aniversario mis buenos deseos por el éxito de su Convención. La historia de crecimiento y servicio de su sociedad es una inspiración para aquellos que, a través de la investigación, la perseverancia y la fe, se mueven en busca de la solución de muchos serios problemas de salud personal y pública.

Dwight D. Eisenhower

Cuando se leyó este telegrama a la Convención, experimentamos una gran emoción mezclada con una profunda humildad. A.A. había llegado verdaderamente a su mayoría de edad. A los ojos del mundo habíamos vuelto a ser ciudadanos completos y responsables.

El último día de la Convención se movió de un crescendo matinal a un clímax vespertino. A las 11:30 de la mañana empezamos la reunión denominada “Dios como nosotros lo concebimos”. A medida que el orador A.A., Dr. Jim S., narró las experiencias de su vida y el problema de bebida que lo condujo a la crisis que había ocasionado su despertar espiritual, un profundo silencio llenó la sala. Él revivió para nosotros su lucha por empezar el primer grupo entre la gente de su raza negra. Ayudado

por una esposa animosa e incansable, él había convertido su hogar en una combinación de hospital y lugar de reuniones de A.A., gratuito para todos. Cuando nos contó cómo los fracasos iniciales habían sido transformados por la gracia de dios en éxitos impresionantes, aquellos que le escuchábamos nos dimos cuenta de que A.A. no sólo podía cruzar montañas, océanos y fronteras de lenguaje y nacionalidad, sino remontar también obstáculos de raza y credo.

Un caluroso saludo de bienvenida recibió el Padre Edward Dowling cuando, haciendo caso omiso de su penosa cojera, hizo el esfuerzo para subir a la tribuna. El Padre Dowling de la orden Jesuita en san Luis es íntimamente conocido por los miembros de A.A. de muchos kilómetros a la redonda. Muchos de la audiencia de la convención recordaron con gratitud su apostolado respecto a sus necesidades espirituales. Los miembros antiguos de san Luis recordaron cómo ayudó a empezar su grupo. Inicialmente aquel grupo tenía una gran mayoría protestante, pero este hecho no lo amedrentó en absoluto. Algunos pudimos recordar su primer artículo acerca de nosotros en la revista "Las Obras de la Reina". Él había sido el primero en notar el gran paralelismo que tenían los Doce Pasos de A.A. con una parte de los Ejercicios de San Ignacio, disciplina básica espiritual de la orden Jesuita. Él había escrito a todos los alcohólicos y especialmente a aquellos de su propia religión: "Amigos, A.A. es bueno. Vengan y aprovéchense". Y esto seguramente lo habían hecho. Sus primeras palabras escritas fueron la iniciación de una influencia que nadie será capaz de medir en su totalidad.

La charla que nos dirigió el Padre Ed en la Convención aquel domingo por la mañana estuvo matizada con humor y profundidad. A media que hablaba, vino a mi memoria la primera aparición de este sacerdote en mi vida, tan nítidamente como si hubiera sido ayer. Una noche invernal de 1940 en el Viejo Club de la Calle Veinticuatro de Nueva York yo me había ido a acostar más o menos a las diez de la noche con una severa manifestación de auto-compasión y molestias por una úlcera imaginaria. Lois había salido a alguna parte. El granizo y la llovizna golpeaban el tejado de lata; era una noche horrible. El Club estaba desierto, salvo por el viejo Tom, bombero jubilado, aquel diamante en bruto salvado a última hora del asilo de Rockland. El timbre de la puerta sonó y un momento después Tom abrió la puerta de mi dormitorio. Dijo, "Hay un tipo San Luis abajo que quiere verte". ¡Ay, Dios mío!, dije. "No más. ¡Y a esta hora de la noche! Bueno, dile que suba".

Escuché unos pasos vacilantes en la escalera. Luego, equilibrado precariamente su bastón, entró a mi habitación llevando en sus manos un sombrero negro magullado, informe y cubierto de aguanieve. Se sentó en una silla, y cuando abrió su sobretodo vi su cuello de sacerdote. Con la mano se alisó un mechón de pelo blanco y me miró con los ojos más notables que yo haya conocido. Hablamos acerca de un montón de cosas, y mi espíritu se fue elevando poco a poco hasta cuando empecé a comprender que este hombre irradiaba una gracia que llenaba el salón con la sensación de su presencia. Esta sensación me impresionó con gran intensidad; fue una experiencia misteriosa y conmovedora. En los años posteriores he visto muchas veces a este buen amigo, y ya sea que me encontrara alegre o triste siempre me trajo la misma sensación de gracia y de la presencia de Dios. Mi caso no es una excepción. Muchos que conocen al Padre Ed experimentan este toque de lo eterno. No es por tanto de admirar que hubiera sido capaz de inundarnos a los que estábamos en el Auditorio Kiel con su espíritu inimitable en aquella maravillosa mañana dominical.

Enseguida subió a la tribuna una figura que muchos A.A. no habían visto antes, el clérigo Episcopal Sam Shoemaker. De él aprendimos el Dr. Bob y yo, al comienzo, la

mayor parte de los principios que fueron posteriormente incluidos en los Doce Pasos de A.A., pasos que expresan el corazón de la forma de vida de A.A. Es verdad que el Dr. Silkworth nos dio los conocimientos básicos de nuestra enfermedad, pero Sam Shoemaker nos dio el conocimiento concreto de lo que podíamos hacer acerca de ella. El uno nos mostró los misterios de la cerradura que nos mantenía aprisionados; el otro nos entregó las llaves espirituales por medio de las cuales obtuvimos la liberación.

El Dr. Sam parecía escasamente un día mayor que hacía veintiún años cuando lo conocí en su dinámico grupo de la Casa Parroquial del Calvary en Nueva York. Cuando empezó a hablar, su impacto cayó sobre nosotros en el auditorio Kiel, tal como había caído sobre Lois y yo años atrás. Como siempre, llamaba al pan pan y al vino vino, y su ánimo, su entusiasmo y su diáfana claridad transmitieron su mensaje punto por punto. Con todo su vigor y poder de expresión, Sam logró mantener su charla a nuestro nivel. He ahí a un hombre deseoso de hablar acerca de sus propias faltas como nadie más. Nos dio un testimonio del poder y el amor de Dios tal como ningún A.A. hubiera podido entregarnos.

La presencia de Sam ante nosotros fue una evidencia adicional de que la Providencia ha usado muchos caminos para la creación de A.A. Y ninguno más vitalmente necesario que el camino abierto a través de Sam Shoemaker y sus asociados de los Grupos Oxford de una generación atrás.

Los principios básicos que los Grupos de Oxford habían enseñado eran antiguos y universales, propiedad común de toda la humanidad. Algunas de las actitudes y aplicaciones de los Grupos Oxford habían sido desechadas para los propósitos de A.A., y las propias convicciones de Sam acerca de estos aspectos menores de los Grupos de Oxford habían cambiado posteriormente y llegado a ser más parecidos a nuestros puntos de vista actuales de A.A. Pero lo importante es esto: los A.A. iniciales recibieron sus ideas de auto-examen, el reconocimiento de los defectos de carácter, la restitución por los daños causados y el trabajo con otras personas afligidas por la misma enfermedad, directamente de los Grupos Oxford y de Sam Shoemaker, su líder inicial de América, y de nadie más. Siempre se encontrará en nuestros anales al Dr. Shoemaker como la persona cuyo inspirado ejemplo y cuyas enseñanzas nos mostraron la forma de crear el clima espiritual en el cual nosotros los A.A. podemos sobrevivir para proceder a crecer. A.A. mantiene una deuda de gratitud eterna por todo lo que Dios nos envió a través de Sam y sus amigos en los días de la infancia de A.A.

A medida que se acercaba nuestra última sesión, permanecía en la mente colectiva de la convención un gran número de preguntas. ¿Qué pasará cuando los creadores y miembros antiguos de A.A. desaparezcan? ¿Podrá continuar creciendo y prosperando nuestra comunidad? ¿Podremos seguir funcionando como un todo, a pesar de los peligros que el futuro nos presente? ¿Es verdad que A.A. ha llegado realmente a la edad de plena responsabilidad? ¿Podrán los miembros y los grupos del mundo entero asumir ahora, en forma segura, el completo control y cuidado de los asuntos principales de A.A.? ¿Estará dispuesto ya A.A. para recibir la responsabilidad de los antiguos, del Dr. Bob y de Bill? Y si esto es así, ¿en qué forma, y por qué medios?

Durante largo tiempo estas preguntas se habían hecho ansiosamente, y por más de cinco años se habían buscado afanosamente soluciones a estos problemas, especialmente por parte de miembros antiguos de A.A., gente como yo que debería pronto entregar su guardia de veinte años y confiar la custodia a la vasta familia que ahora nos seguía. Había llegado el momento para responder.

Bien alto en la pared del gran salón del Auditorio Kiel colgaba un escudo en el cual todos podíamos ver el nuevo símbolo de A.A., el triángulo dentro del círculo. En el

escenario debajo del emblema, a las cuatro de la tarde del Domingo, nuestra sociedad iba a declarar que había llegado a su mayoría de edad. La Conferencia de Servicios, ya elegida, al asumir el mantenimiento de nuestras Tradiciones y la custodia de los servicios mundiales, se convertiría en la sucesora de los fundadores de A.A. Miles de nosotros estábamos unidos en un solo espíritu y con gran expectación cuando empezamos a sentarnos para esta última reunión. Es difícil explicar y especialmente para una sola persona, lo que pensamos y sentimos. Sería mucho mejor si alguien pudiera hablar por todos nosotros, y tal vez esto sea posible en alguna forma . . .

Todos los días durante la Convención yo había hablado con muchos A.A., personas de todas las descripciones y convencimientos. Gente común y corriente, campesinos, habitantes de ciudades y pueblos, trabajadores y hombres de negocios, maestros de escuela y profesores universitarios, clérigos, médicos, agentes publicitarios, periodistas, artistas, constructores, empleados, banqueros, gente de alta sociedad y de los más bajos estratos, mujeres profesionales y amas de casa, gentes de otros países que hablaban con acentos extraños y lenguas diferentes, católicos, protestantes, judíos y hombres y mujeres sin ninguna denominación religiosa.

A muchos de ellos les hice las mismas preguntas: ¿Qué piensa usted de esta Convención? ¿Qué piensa del futuro de A.A.? Cada uno e ellos reaccionó de acuerdo con su propio punto de vista, pero me sorprendió palpar la unanimidad de sentimientos y opiniones que podía observarse en todos ellos. Sentí y todavía siento esto tan profundamente que creo que podríamos aquí presentar a un portavoz de toda la Convención, una especie de personaje compuesto que sin embargo puede realmente mostrar lo que prácticamente todos en San Luis vieron, oyeron y sintieron. Llamemos a nuestro portavoz anónimo, El Sr. Fulano de Tal. Viene de Pueblomedio, EE.UU., y esto es lo que tiene que decir:

“Fui al Auditorio Kiel con tiempo suficiente para la última reunión. Mientras esperaba pensé en lo que me había sucedido en los últimos tres días. Yo vengo de un pueblo pequeño. Nací y fui criado allí, donde empecé a beber y donde tuve mis problemas, y ya estaba listo para darme por vencido cuando A.A. llegó a mi pueblo. Varios años atrás un compañero viajero había sembrado la idea entre nosotros, y desde entonces una docena de alcohólicos de mi pueblo habíamos logrado asirnos a esta forma de vida.

“Los grupos en mi estado son muy pequeños y distanciados, y por lo tanto no tenemos muchas oportunidades de vernos unos a otros. Yo nunca había estado en un congreso regional. Nuestro grupo había sido hasta ahora mi única experiencia de A.A., también. Por supuesto tenemos el Libro grande y algunos folletos, nos llega la revista *Grapevine* y de vez en cuando algún visitante nos ha contado algo acerca de A.A. en otras partes del mundo. Fue maravilloso saber que otras gentes como nosotros estaban aprovechando su oportunidad también. Pero nuestro interés principal se centraba en los miembros del grupo y en los borrachos de mi pueblo que todavía no habían recibido el mensaje. El resto de A.A. nos parecía muy lejano. También nos parecía que era muy poco lo que podíamos hacer, aun en el caso de desearlo. Esto era todo lo que me acompañaba antes de venir a San Luis.

“Estas Convención ha sido una experiencia impresionante. Conocía centenares de A.A. y sus familiares registrándose en los hoteles. Luego vi a millares en el gran Auditorio. Aunque yo soy un poco tímido me sobrepuse y me vi mezclado con gente que estaba viviendo momentos muy importantes de sus vidas, gente que había venido de quinientos, mil o cinco mil kilómetros, de lugares que uno escasamente oye mencionar

en la prensa. Muy pronto me encontraba yo contándoles acerca de A.A. en mi pueblo, y charlando con ellos tan feliz como cualquiera otra persona.

“Estas gentes no eran forasteras para mí. Pareciera que yo las hubiera conocido, apreciado y amado durante toda mi vida. Yo ya había tenido esa sensación acerca de mi grupo local, pero ahora sentía lo mismo con todos los A.A. y con A.A. como un todo. Era una fraternidad real. Esta era mi gente, de mi misma clase y condición. Yo les pertenecía y ellos me pertenecían. Cada barrera, cada pensamiento de raza, credo o nacionalidad se desvanecieron de mi mente. Todas estas cosas tremendas me sucedieron en un lapso de unas pocas horas.

“Asistí a todas las reuniones que pude. Escuché a aquellos médicos explicarnos lo mucho que su profesión podía hacer por nosotros. Fui a la reunión de Al-Anon y me di cuenta por primera vez que A.A. puede aplicarse a toda la familia también. Las sesiones acerca de las instituciones carcelarias y mentales me convencieron de que como bebedor yo había sido afortunado y que casi ningún desastre alcohólico era demasiado grave para que A.A. no pudiera intervenir. En otras reuniones vi que A.A. había afrontado y resuelto una serie de problemas que nunca imaginé que existieran; problemas en las grandes ciudades y en todo el mundo. Me di cuenta de que todavía hay mucho por mejorar en nosotros, pero adquirí la seguridad de que nuestros problemas actuales también podrán solucionarse así como se han resuelto otros anteriormente.

“La noche del viernes aprendí cómo empezó A.A. Cuánta gente, amigos no alcohólicos y compañeros alcohólicos habían sido necesarios para poner en marcha esta comunidad; supe la gran cantidad de ocasiones que nos habíamos desviado del camino para dirigirnos hacia fracasos completos, y que sin embargo nunca habíamos llegado a ellos gracias a haber dado el viraje oportuno. La mano de un Poder Superior había manejado el timón permanentemente.

“En la noche del sábado me preocupé siguiendo la explicación de Bill acerca de cómo é y el Dr. Bob habían trabajado permanentemente desde 1939 a 1945, preguntándose si A.A. iba finalmente a unirse, preocupándose por los problemas de los miembros, los grupos y los comienzos en los países extranjeros. Sentí una sacudida cuando escuché que el libro A.A. y la Sede Central de Nueva York habían sido en una ocasión los principales problemas que se habían afrontado. Probablemente en el futuro volverán a presentarse esta clase de cosas. Pero me calmé cuando se aclaró que esta gran preocupación antigua había traído mucho bien para nosotros, y que tal vez sin aquella experiencia las Doce Tradiciones de A.A. nunca se hubieran escrito. Y me sentí mucho mejor cuando oí que para 1950 la mayor parte de todas estas dificultades eran cosas del pasado y que las Doce Tradiciones habían sido adoptadas en forma unánime por la Convención Internacional de Cleveland en 1950 cuando el Dr. Bob hizo su aparición final y habló en forma confiada de su fe en el futuro de A.A.

“El domingo por la mañana, último día de la convención, descubrí que las Doce Tradiciones estaban todavía en mi mente. Vi a cada una de ellas como un ejercicio de humildad que puede salvaguardarnos en todos los asuntos cotidianos de A.A. y protegernos de nosotros mismos. Si los A.A. se guiaran realmente por las Doce Tradiciones, no sería posible que nos apartaran discusiones de política, de religión, de dinero, o miembros antiguos que pudieran tener la noción de ser los dueños de la comunidad. Si ninguno de nosotros trata de llevar el peso en apariciones públicas, nadie podrá explotar a A.A. en beneficio personal, y esto lo digo con toda seguridad. Por primera vez vi el anonimato de A.A. como es realmente. No es algo que únicamente nos salve de la vergüenza y el estigma alcohólicos; su propósito profundo es realmente mantener nuestros egos alocados bajo control, evitando que nos vayamos en pos del

dinero o la fama a costa de A.A. Significa realmente el sacrificio personal y colectivo en beneficio de A.A. como un todo. En estos momentos resolví aprender nuestras Doce Tradiciones de memoria, así como me había aprendido los Doce Pasos. Si cada miembro de A.A. hiciera lo mismo y tratara realmente de practicar estos principios, podríamos permanecer unidos para siempre.

“Observé como se fue llenando el Auditorio Kiel. Miles de mis nuevos amigos se iban aglomerando para la sesión final. Logré ver al Padre Ed cuando descansaba en un sillón al otro lado del pasillo. El Padre Ed fue un maravilloso recordatorio de nuestra sesión matinal acerca de la parte espiritual del programa. En aquella sesión me sucedió algo que nunca olvidaré.

“Yo siempre había tenido una gran cantidad de prejuicios contra la iglesia, los clérigos y su concepto de Dios. Al igual que muchos A.A. mis ideas acerca de Dios eran todavía sumamente vagas.

“Pero cuando hablaron estos dos hombres pude convencerme de que la mayor parte de los principios espirituales de A.A. nos habían llegado a través de los clérigos. Sin ellos, A.A. nunca hubiera podido iniciarse. Mientras yo alimentaba todas mis ideas contra la religión el Padre Ed y el Dr. Sam habían estado trabajando para nosotros. Esto fue una revelación nueva para mí. De repente me di cuenta de que ya era hora de que yo empezara a apreciarlos, en la misma forma en que ellos me habían amado a mí y al resto de mis compañeros.

“Cuando supe que ahora podría hacer esto, comencé a sentir un cálido y claro pensamiento. La convicción de que el amor es una cosa estricta y poderosamente personal. Luego me vino la sensación de que probablemente mi Creador realmente me conocía y me amaba. Entonces ahora podía empezar a amar a El también. Esta fue una de las mayores cosas que me sucedieron en San Luis, y debe haber muchos compañeros que tuvieron la misma experiencia.

“Finalmente empezó nuestra última reunión, y se abrió con un silencio cargado de esperanza, confianza y fe. Supe que nuestra comunidad era una asociación espiritual y que la gracia de Dios se encontraba presente”.

Aunque éstas son palabras colocadas en boca de nuestro personaje imaginario, el Sr. Fulano de Tal, ellas representan mucho del espíritu y la verdad que se vivió en el corazón de los A.A., mientras la convención de San Luis se aproximaba a su culminación.

Desde el escenario del Kiel observé el mar de rostros agrupados allí y me sentí profundamente conmovido por la maravilla de que todo aquello hubiera sucedido en los increíbles veinte años que ahora llegaban a su zenit. Aunque este lugar de reuniones hubiera sido cien veces más grande, todavía no hubiera sido capaz de alojar a todos los miembros de A.A., a sus familiares y amigos.

¿Quién pudiera rendir una información de todas las miserias que tuvimos en alguna ocasión? Y ¿quién pudiera estimar el descanso y la alegría que estos últimos años nos habían traído a todos nosotros? Dios a través de A.A. había puesto en movimiento? Y ¿quién pudiera penetrar el profundo misterio de nuestra liberación total del alcoholismo, de la esclavitud por una obsesión desesperada y fatal que durante siglos había poseído las mentes y los cuerpos de hombres y mujeres iguales a nosotros?.

Puede ser posible encontrar explicaciones de experiencias espirituales similares a las nuestras, pero yo he tratado frecuentemente de explicar la mía propia y sólo ha sido posible narrar la historia de ella. Conozco la sensación que me dio y los resultados que me ha traído, pero me doy cuenta de que nunca podré entender completamente sus implicaciones más profundas.

Nosotros los A.A. hemos ensayado una fórmula radical y antigua, probablemente pasada de moda hoy en día y nos ha funcionado. “Admitimos que éramos impotentes – y que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables” e “decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios **como cada una de nosotros Lo concebía**”. Cada uno de los que hemos logrado mantener en forma más o menos adecuada esta humilde admisión y esta decisión radical, ha encontrado alivio de la obsesión y ha empezado a crecer en una existencia total y maravillosamente diferente en sus aspectos mentales, físicos y espirituales.

El recuerdo del Dr. Foster Kennedy cruzó mi mente. Años atrás este notable científico había preguntado si alguno de los primeros amigos psiquiatras de A.A. pudiera venir a la Academia de Medicina de Nueva York para explicar en qué consistía A.A., ante la sección neurológica de la Academia. Puesto que varios médicos nos habían apoyado públicamente, algunos de ellos en el artículo del *Saturday Evening Post* de 1941, yo supuse que no habría dificultad a este respecto. Pero todos aquellos amigos nuestros rechazaron la inusitada oportunidad.

En síntesis, esto fue lo que dijeron: “En A.A. vemos un buen número de fuerzas sociales y psicológicas que trabajan en el problema alcohólico. Aunque nos damos cuenta de esta nueva ventaja, todavía no podemos explicar la *velocidad* de los resultados. A.A. logra en semanas o meses lo que podría tomar varios años. No solamente el beber se detiene abruptamente sino que siguen grandes cambios en la motivación del alcohólico en unas pocas semanas o meses. Hay algo en el funcionamiento de A.A. que nosotros no comprendemos. Lo llamamos “factor X”. Ustedes lo denominan Dios. Ustedes no pueden explicar a Dios y nosotros tampoco – especialmente ante la Academia de Medicina de Nueva York”.

Tal^{23/II} es^{19/VI} la paradoja de las sugerencias en A.A. la fortaleza que se levanta de la derrota y la debilidad completa; la pérdida de la vida antigua como condición para encontrar una nueva vida. Pero nosotros en A.A. no necesitamos entender esta paradoja; sólo tenemos que estar agradecidos por ella.

Presente en el escenario del Auditorio se encontraba mi madre, quien me había traído a la vida cincuenta y nueve años antes y había esperado un tiempo largo y ansioso por el cumplimiento feliz de todos mis años de frustración y fracaso. A su lado estaba mi esposa Lois, quien había permanecido constante cuando la esperanza se había desvanecido, quien había atendido mi segundo nacimiento y quien en total solidaridad había compartido conmigo las penas y alegría de nuestra apasionante vida los pasados veinte años.

^{23/II} ¡Qué misterios más gloriosos son las paradojas! Con la lógica no las podemos solucionar, pero cuando las reconocemos y las aceptamos, reafirman algo en el universo que sobrepasa la lógica humana. Cuando me enfrento con algún temor, se me da ánimo; cuando presto ayuda a un hermano o a una hermana, se aumenta mi capacidad para amarme mí mismo; cuando acepto el dolor como parte de la experiencia de desarrollarme en la vida, experimento una felicidad más grande; cuando miro mi lado oscuro me veo bañado en una nueva luz; cuando acepto mis debilidades y me entrego a un Poder Superior, la gracia me infunde una fortaleza imprevista. Llegué tambaleando a A.A., en desgracia, no esperando nada de la vida, y se me ha dado la esperanza y la dignidad. Milagrosamente, la única forma de guardar las dádivas del programa es la de seguir pasándolas a otros.

^{19/VI} Los miles de palizas que me dio el alcohol no me animaron a admitir mi derrota. Yo creía que conquistar a mi “enemigo-amigo” era mi obligación moral. En mi primera reunión A.A. fui bendecido con el *sentimiento* de que estaba bien que admitiera mi derrota ante una enfermedad que no tenía nada que ver con mis “fibras morales”. Instintivamente supe que estaba en presencia de un gran amor cuando crucé las puestas de A.A. Sin ningún esfuerzo de mi parte llegué a darme cuenta de que era bueno y apropiado amarme a mí mismo, como Dios lo ha dispuesto. Mis pensamientos me habían tenido cautivo y mis sentimientos me liberaron. Estoy agradecido.

Allá estaba también mi padrino Ebby, quien había sido el primero en traerme el mensaje que me rescató de la vorágine alcohólica. Me alegré con toda la Convención de que pudiera estar con nosotros y recordé muchos amigos alcohólicos de los tiempos primigenios. Sin ellos no hubiera podido existir A.A. Nos habían dado ejemplos maravillosos de devoción desinteresada. Fueron los prototipos de millares de hombres y mujeres de buena voluntad que habían colaborado desde entonces para que nuestra comunidad fuera lo que hoy es.

Uno tras otro miré a mis amigos y colaboradores en las Oficinas de A.A. – custodios, directores, miembros del personal ejecutivo – cuya dedicada labor había sido entregada durante años para perfeccionar la estructura que ahora iba a ser entregada al cuidado de la misma comunidad.

Entre la multitud del Auditorio pude ver muchos miembros antiguos. Esta fue realmente una reunión de veteranos, que habían llevado las primeras antorchas, y pude sentir el profundo afecto que siempre estará presente y será muy especial entre nosotros. Recordé también, como las tropas habían disminuido en número y reflexioné que en un poco más de tiempo todos los que habíamos sido pioneros de A.A. perteneceríamos a su pasado. De repente me sobrevino un deseo de que el tiempo regresara. Sentí la nostalgia de los viejos días mezclada extrañamente con mi gratitud pro el día grandioso que estaba viviendo ahora.

Bernard Smith, nuestro presidente, me pidió que hablara. Recordé y reviví la historia de los diez y siete años de la elaboración de la estructura de servicios mundiales de A.A. esta charla junto con un recuento completo de nuestras actas de aquel histórico día pueden leerse posteriormente en este mismo libro.

La concurrencia total de miles de Alcohólicos Anónimos en San Luis, que representaban una muestra de la opinión de A.A., estaba sentada en convención ante nosotros. En el Auditorio estaba la conferencia de Servicios de A.A., cerca de cien hombres y mujeres que fueron nombrados y escogidos como representantes de toda la comunidad. La Conferencia, que había completado el quinto año de período experimental con un éxito enorme, ya no era un experimento. Era el instrumento destinado a convertirse en el corazón del Tercer Legado de Servicio de A.A. y la conciencia mundial de A.A.

En la sencilla ceremonia siguiente, propuse una resolución para el efecto de que nuestra sociedad asumiera la responsabilidad de sus asuntos y para que la conferencia se convirtiera en sucesora permanente de los fundadores de A.A.

Por aclamación, la Convención aprobó mi propuesta. Se efectuó un silencio y luego escuchamos al presidente Smith pedir a la Conferencia la confirmación de mi propuesta. Con un aplauso se expresó el consentimiento de la Conferencia y se marcó el momento exacto en que A.A. llegó a su mayoría de edad. Eran las cuatro de la tarde.

A continuación intervino Bernard Smith. Gracias a su práctica y a la devoción que había resuelto las diferencias de opinión entre los custodios de A.A., muchos de los cuales habían expresado serias dudas, se había logrado que la Conferencia fuera propuesta en primer lugar. Y así supimos que éste era un día tan maravilloso en la vida de Bernard Smith como lo fue en las nuestras.

Así aquellas horas que hicieron historia prácticamente terminaron de correr. Sólo restaba que Lois y yo dijéramos algunas palabras de despedida.

La Convención escuchó con gran afecto cuando Lois recordó algunas de las anécdotas de otros días y dio las gracias por las bendiciones que los años habían traído para nosotros y para ella. Para todos los presentes ella era el símbolo de lo que cada familia había sufrido bajo el látigo del alcohol, y también el símbolo de lo que cada

familia unida en A.A. había encontrado y había llegado a ser desde entonces. Lois nos hizo sentir sumamente reconfortados.

Dirigiéndome a la Convención por última vez, sentí lo mismo que sienten los padres cuando sus hijos e hijas deben empezar a tomar sus propias decisiones y vivir sus propias vidas. En adelante yo ya no actuaría, ni decidiría, ni protegería a Alcohólicos Anónimos. Vi que los padres bien intencionados que se aferran a su autoridad y permanecen más tiempo del necesario, pueden ocasionar muchos daños. Nosotros los antiguos nunca deberíamos hacer esto a la familia de A.A. cuando en el futuro lleguen a preguntarnos, gustosamente les ayudaremos en sus dificultades. Pero nada más. Esta nueva relación era en verdad el significado central de lo que había ocurrido en la Convención.

Al igual que la mayoría de los padres en ocasiones igualmente ansiosas, no pude resistirme a efectuar algunas admoniciones que pueden leerse en la tercera parte de este libro.

A medida que hablaba sentí de nuevo la opresión de aquel deseo de volver el reloj atrás, y por un momento me asaltó el temor de los cambios que se estaban efectuando, como a muchos de los que estaban allí. Pero esa sensación pasó rápidamente y entendí que toda preocupación como padre, debía terminarse. Podíamos confiar en la conciencia de A.A. movida y guiada por Dios para asegurar el futuro de A.A. Claramente mi labor de aquí en adelante era dejar hacer y dejar que Dios hiciera. A.A. se encontraba a salvo – aun de mí mismo.^{NOTA}

II

LOS TRES LEGADOS DE ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS

Las herencias principales de los veinte primeros años de Alcohólicos Anónimos son los Legados de Recuperación, de Unidad y de Servicio¹. Por el primero nos recuperamos del alcoholismo; por el segundo permanecemos juntos en la unidad; y por el tercero nuestra sociedad funciona y sirve su propósito primordial de llevar el mensaje a todos aquellos que lo necesitan y lo desean.

La siguiente sección de este libro se basa en tres charlas dadas por Bill, un cofundador, en la celebración del vigésimo aniversario de A.A. La primera narra la historia de las personas y las corrientes de influencia que hicieron posible la *recuperación* en A.A. La segunda muestra la experiencia de la cual fueron formadas las

^{NOTA} En este libro se emplean varios nombres (por ejemplo, las Oficinas Centrales, la Sede, las Sedes Centrales, la Oficina de Servicio) para referirse a lo que hoy en día se conoce como la Oficina de Servicios Generales.

¹ Ver pág. 76; Servicio, pág. 221.

Tradiciones de A.A., tradiciones que hoy sostienen la *unidad* de A.A. La tercera explica la forma en que A.A. desarrolló los *servicios* que llevan el mensaje a los más remotos rincones de la tierra.

PRIMER LEGADO: RECUPERACIÓN

Estamos reunidos aquí en San Luis para celebrar el vigésimo aniversario de A.A. Hemos venido a dar gracias a Dios de que haya liberado a tan gran número de nosotros de nuestro cautiverio. Estamos aquí para expresar a los innumerables amigos de A.A. nuestra gratitud por todo lo que ellos han hecho para ayudarnos en este impresionante milagro de recuperación y para compartir con ellos y con todos la segura evidencia de la gracia de Dios dentro de nosotros.

Cercanos a muchos de nosotros en esta tarde se encuentran esposas, esposos, madres, padres, hijos e hijas, que vivieron la oscura noche del alcoholismo con nosotros, que esperaron con devoción y esperanza una mañana más brillante en el provenir. Su fe y lealtad por fin han sido justificas y ciertamente han hecho posible esta ocasión. Nuestra gratitud es algo que ninguno de nosotros puede expresar con palabras, pero esperamos que todos aquellos seres cercanos y queridos se darán cuenta del inmenso agradecimiento que existe en nuestros corazones.

Deseamos rendir tributo especial a nuestros amigos de la medicina y la religión que invirtieron sus conocimientos, su fe y ayuda sin límites en la formación de nuestra sociedad y en su crecimiento a través de los veinte años transcurridos.

Y no podemos olvidar a los heraldos de A.A., hombres y mujeres de la prensa y de toda clase de sistemas de comunicación, que han transmitido el mensaje de A.A. a los alcohólicos que sufren y a sus familias. Solamente Dios conoce la inmensa cantidad de miserias que ellos han evitado al contar al mundo la historia de A.A.

Nos hemos reunido en San Luis para un propósito adicional, como es el declarar que A.A. ha llegado a su mayoría de edad. No estamos afirmando que hemos llegado finalmente a la madurez, pero estamos aquí para considerar aquello que los veinte años de experiencia nos han enseñado, cuáles son los legados de esta experiencia y cuáles las responsabilidades hacia la preservación de esta herencia tan valiosa. Estamos aquí para repasar el conocimiento que hemos adquirido acerca de la manera de recuperarnos de nuestra enfermedad, la forma de permanecer juntos en la unidad, y la forma de servir en la transmisión del mensaje de A.A. a todos aquellos que todavía sufren esta enfermedad extraña y fatal llamada alcoholismo.

LOS DOCE PASOS

1. **Admitimos que éramos impotentes ante el alcohol, que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables.**
2. **Llegamos a creer que un Poder superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio.**
3. **Decidimos poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios, *como nosotros lo concebimos.***
4. **Sin miedo hicimos un minucioso inventario moral de nosotros mismos.**
5. **Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos, y ante otro ser humano, la naturaleza exacta de nuestros defectos.**
6. **Estuvimos enteramente dispuestos a dejar que Dios nos liberase de nuestros defectos.**
7. **Humildemente le pedimos que nos liberase de nuestros defectos.**
8. **Hicimos una lista de todas aquellas personas a quienes habíamos ofendido y estuvimos dispuestos a reparar el daño que les causamos.**
9. **Reparamos directamente a cuantos nos fue posible el daño causado, excepto cuando el hacerlo implicaba perjuicio para ellos o para otros.**
10. **Continuamos haciendo nuestro inventario personal y cuando nos equivocábamos lo admitíamos inmediatamente.**
11. **Buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con Dios, *como nosotros lo concebimos*, pidiéndole solamente que nos dejase conocer su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para cumplirla.**
12. **Habiendo obtenido un despertar espiritual como resultado de estos pasos, tratamos de llevar el mensaje a los alcohólicos y de practicar estos principios en todos nuestros asuntos.**

En A.A. es tradicional no hacer discursos, solamente hablamos

de nuestras propias experiencias y las experiencias de aquellos que nos rodean. Mi charla no será una excepción.

A mediados del verano de 1934, yo estaba recluido en el Hospital Charles B. Towns de Central Park West. Ya había estado allí anteriormente. Ya conocía a nuestro querido Dr. Silkworth. En alguna ocasión él había llegado a pensar que yo podría recuperarme. Pero yo había continuado mi pendiente descendiente, y ahora me

encontraba en el piso superior del hospital, reconociendo por primera vez que estaba absolutamente desesperado.

Lois estaba en el primer piso, y este amable doctor estaba tratando con sus gentiles modales de darle las malas noticias que tantos esposos y esposas han recibido. Trataba de explicarle cuál era mi problema y decirle que yo no tenía esperanza. Lois exclamó: “Pero Bill tiene una tremenda fuerza de voluntad. Nunca he visto un hombre tan obstinado cuando pone su corazón en algo. El ha tratado desesperadamente de reformarse. Lo hemos ensayado todo. Doctor, ¿por qué no puede parar?”. El caballeroso doctor explicó que mi deseo de beber, que en una ocasión fue habitual, se había convertido en una obsesión, una verdadera locura que me condenaba a beber contra mi voluntad. Ella dijo: “Doctor, ¿qué podemos hacer entonces?”. Él tuvo que decirle que yo debería estar recluido o me iba a enloquecer o a morir.

Arriba en mi habitación, ya sabía la historia. Era el fin de un largo camino. Para beneficio de nuestros amigos que no conocen la forma como los alcohólicos llegan a ese estado, permítanme retroceder a la época en que yo era niño, época en la cual adquirí algunos de los rasgos característicos que tuvieron tanto que ver con mi ansiedad insaciable por el alcohol.

Crecí en un pueblecito de unas cincuenta casas llamado East Dorset, en Vermont. Nací bajo la sombra de una montaña llamada Monte Eolo. Uno de mis primeros recuerdos trata del momento en que yo estaba observando aquella enorme y misteriosa montaña y día de trepar a un punto tan alto. En esos momentos mi atención fue distraída por mi tía quien me había traído un pastel de chocolate, como regalo por mi cuarto cumpleaños. Durante los siguientes treinta y cinco años yo perseguí los chocolates de la vida y me olvidé totalmente de la montaña.

Cuando tenía diez años fui a vivir con mis abuelos. Eran yanquis anticuados, de una clase de gente que prácticamente no existe hoy en día. Yo era un muchacho alto y desgarbado, lo cual me molestaba mucho porque niños más pequeños siempre me aventajaban en las peleas. Recuerdo que estuve muy deprimido durante un año o más y luego se me empezó a desarrollar una tremenda resolución de ganar. Decidí ser el Número Uno en todo.

Mi abuelo llegó un día con un libro y me dijo: “Este libro trata sobre Australia. Dice que nadie que no sea australiano sabe fabricar y disparar un boomerang”. Yo pensé para mis adentros, “aquí está mi oportunidad. Seré el primer hombre en América en construir y disparar el boomerang”. Bien, cualquier muchacho hubiera tenido una idea semejante, y hubiera durado dos o tres días o dos o tres semanas con la idea. Pero yo tenía una fuerza motivadora que se mantuvo durante seis meses, y no hice nada más durante todo ese tiempo sino trabajar en aquellos infernales boomerangs. Corté de la cabecera de mi cama un pedazo de madera que consideré adecuado y lo formé pacientemente en un viejo taller de carpintería, por las noches a la luz de una linterna. Y finalmente, claro esté, hice un boomerang que pude arrojar en el parque al frente de mi casa y casi golpeó a mi abuelo en la cabeza cuando regresó.

Emocionalmente había empezado a crecer dentro de mí otra clase de boomerang, que casi llegaría a matarme posteriormente. En aquella época de mi vida tenía que ser atleta porque no era atleta. Tenía que llegar a ser músico porque no podía entonar la más simple melodía. Tenía que ser el presidente de mi clase en la escuela primaria. Tenía que ser el primero en todo porque en mi perverso corazón me sentía la última de las criaturas de Dios. Yo no podía aceptar esta profunda sensación de inferioridad, y por lo tanto logré convertirme en capitán del equipo de béisbol, aprendí a tocar el violín lo suficientemente bien como para dirigir la orquesta de la escuela secundaria, aunque

fuera una orquesta sumamente mala. Yo era el jefe y tenía que dirigir, y si no . . . Y así fue. Todo debía ser el Número Uno.

Luego cambió la escena. En la escuela secundaria tuve mucho éxito. Me sentía seguro con la generosa mesada que me daba mi abuelo y con el cariño y respeto de mis compañeros de clase. Yo era alguien substancial y real y la vida sólo carecía de un ingrediente: el romance. Luego se presentó la hija del pastor, y a pesar de mi adolescencia las cosas se me completaron. Tenía romance, seguridad y aplausos. Era prácticamente feliz.

Entonces una mañana el monitor de la escuela llegó con una cara larga a anunciarme que mi chica había muerto repentinamente la noche anterior. Caí en una depresión que duró tres largos años. No me gradué; me sentí incapaz de terminar porque no podía aceptar la pérdida de una parte de lo que yo consideraba que me pertenecía. Cualquier muchacho sano se hubiera sentido mal también, pero nunca hubiera caído tan bajo o permanecido sumergido durante tanto tiempo.

Luego llegó Lois, y yo sentí repentinamente que renacía de nuevo, y me sentí una vez más con ánimos de continuar. Nos casábamos durante la Guerra Mundial, en aquel tiempo yo era un joven suboficial en New Bedford. Allí tuvimos oportunidad de incluirnos dentro de la sociedad del pueblo. Por primera vez en mi vida fui a una fiesta atendida por camareros. Sentí nuevamente aquella terrible sensación de incomodidad, aquella tímida inhabilidad de hablar más de dos o tres palabras juntas. Me sentí sobrecogido. Pero una noche alguien me alargó un cóctel Bronx. El licor había matado muchos de mis parientes y a mí se me había advertido repetidamente de sus peligros. Sin embargo, tomé aquella primera bebida y luego otra y otra más. ¡Ah, qué magia! Había encontrado el elixir de la vida. Se derrumbó aquella extraña barrera que siempre me había separado de la gente que me rodeaba. Mis nuevas compañías se me acercaron y yo empecé a acercarme a ellas. Yo era parte de la vida por fin. Podía hablar fácilmente, podía comunicarme. ¡Había encontrado el eslabón perdido!.

Cuando terminó la guerra, regresé de Francia y Lois y yo fuimos a vivir a la ciudad. Yo, que había sido oficial, tenía que empezar a trabajar como dependiente. Pero con esto logró reanimarse mi antigua obsesión de poder. Aunque sólo era un empleado de la Estación Central de Ferrocarriles de Nueva York, puse mi ideal en convertirme en presidente de una compañía de aceros. Cuando el ferrocarril me echó por ser un mal empleado, juré que haría arrepentirse a aquel ferrocarril y a todo el mundo con él.

Finalmente llegué a Wall Street, aquel famoso atajo hacia la riqueza y el poder – o la pobreza. En pocos años había logrado acumular demasiado dinero para una persona tan joven. No me preocupaba mi bebida, aunque Lois había empezado a sufrir por ella. En aquella época yo bebía para soñar con grandes fantasías de un poder cada vez mayor. Deseaba ser el director de muchas grandes empresas. Efectivamente estaba a punto de convertir en realidad mis ambiciones por la época de la crisis de 1929 cuando todo se desvaneció. Aunque yo debía varios miles de dólares, mi arrogancia era suprema. Miraba con disgusto a la gente que por causa de su bancarrota financiera se arrojaba de las ventanas de los altos edificios. Me dije y lo creía, que yo podía reconstruir todo una vez más. Yo lo había hecho y podía volver a hacerlo.

Pero no puede lograrlo. Mi obsesión alcohólica ya me había condenado. Yo no tenía la capacidad para subir siquiera el primer peldaño de la escalera hacia mi reconstrucción. De manera que empecé a hundirme. No pude conseguir ninguna ayuda y me volví un trashumante de Wall Street. Por todas partes estaba desacreditado ya que no tenía dinero ni sobriedad. La gente se daba cuenta perfectamente de la persona en que

me estaba convirtiendo. Finalmente llegué a un estado en que ya no bebía para albergar sueños de poder. Bebía para ahogar la pena, para olvidar.

Repentinamente, en la época más aguda de la depresión, me llegó una oportunidad de negocio que hubiera significado millones de dólares para Lois y yo. Pero tuve que firmar un contrato que me prohibía legalmente que volviera a beber. Durante el lapso de dicho acuerdo que hubiera podido ser largo, me comprometí a no probar el alcohol. Aquella oportunidad era colosal desde cualquier punto de vista. Me dije: “Pronto podré sacar a Lois de aquel almacén donde está trabajando para mantenerme y haré más dinero del que nunca he conseguido. ¡En esta oportunidad vamos realmente a llegar a la meta!”.

Los oriundos de Vermont tenemos tradicionalmente gran respeto por la palabra empeñada, y realmente yo quería mantener mi promesa. Durante dos o tres meses estuve absolutamente sobrio. Empezó la nueva operación comercial, y yo fui a viajar en busca de una industria para comprar.

Una noche estaba reunido con unos ingenieros en un cuarto del hotel. Ellos destaparon una botella. Con gran alivio, me di cuenta de que fácilmente podía rechazar la bebida. Podía pensar en mi contrato, podía pensar en Lois. Pero a medida que fue pasando la noche, yo empecé a sentirme aburrido. La botella continuaba circulando hasta cuando alguien dijo: “Bill, esto es sidra, Jersey Lightning. ¿Por qué no tomas un trago?”. De pronto me di cuenta de que en toda mi carrera alcohólica nunca había probado aquel licor. Y respondí: “Bueno muchachos, *un traguito no me hará daño*”. Inexplicablemente, Lois y mis promesas de negocios se evaporaron. Sólo podía pensar en la sidra. En aquel momento mi insana obsesión se alzó ante mí. Siguió tres días de completa oscuridad y luego mis nuevos socios de negocios me llamaron por teléfono y me dijeron que el contrato había sido rescindido.

Ahora empecé realmente a perder la esperanza. Mi desintegración mental siguió avanzando rápidamente e implacablemente. Muy pronto me encontré en un hospital, en la primera de muchas “curaciones” que me hicieron en los dos años siguientes. Pero no fue sino hasta aquella noche de Septiembre de 1934, cuando Lois y yo supimos por el Dr. Silkworth cuál era realmente mi estado.

Después de abandonar el hospital en aquel mes, me mantuve sobrio durante algún tiempo gracias a un miedo cervical y a una constante vigilancia. Llegó noviembre y todavía no había tomado nada de licor. Esto era algo completamente inusitado. El miedo de emborracharme iba siendo cada vez más vago. No tenía que esforzarme mucho para resistir. Inclusive empecé a hablar de alcoholismo con la gente. Cuando se me ofrecía bebida, voluntariamente suministraba la información que ya había adquirido acerca de la naturaleza de mi enfermedad. Encontré que ésta era una defensa para no beber y también una justificación por la condición anterior en que me hallaba. La confianza empezó a crecer rápidamente y por consiguiente el temor fue desapareciendo. En alguna forma logré reunir unos pocos dólares. Tal vez mi caso, después de todo, no era tan serio. Yo estaba probando que podía parar a voluntad. Y ya había aprendido a controlarme.

El día de la celebración del armisticio de 1934, Lois había tenido que ir a su trabajo en el almacén de Brooklyn. Wall Street estaba todo cerrado y yo empecé a preguntarme qué iba a hacer. Pensé en el golf, que no había jugado hacía mucho tiempo. Ya que nuestro presupuesto familiar era tan escaso, sugerí a Lois que me iría a Staten Island donde había una cancha pública. Aunque no pudo ocultar totalmente su recelo, me dijo alegremente: “Claro Bill, vete. Eso será maravilloso”. Crucé en el ferry y tomé un bus. A mi lado se sentó un hombre con un rifle de tiro al blanco. Aquello me recordó

la carabina Remington que mi abuelo me había regalado cuando yo tenía once años. Empezamos a conversar sobre el tema.

De pronto nuestro bus chocó con el que iba delante de nosotros. Realmente no hubo muchos daños. Mi amigo y yo nos dispusimos a esperar que llegara el próximo bus. Hablando continuamente acerca del tiro al blanco, vimos algo que parecía como un bar. Él me dijo: “¿Qué tal si nos tomamos un refresco?” Yo contesté: “Muy bien, vamos”. Entramos al lugar. El ordenó un whisky y yo pedí una ginger ale. “¿Usted no bebe?”, me preguntó. “No. Yo soy una de aquellas personas que no pueden manejar el licor”. A continuación empecé a hablar acerca de la alergia, la obsesión y todo lo concerniente al alcoholismo. Le conté los tiempos terribles que había tenido con el licor y la forma en que lo había abandonado para siempre. Cuidadosamente le expliqué toda la enfermedad.

Conseguimos otro bus y llegamos frente a una taberna campestre situada en el corazón del Island. Yo me disponía a partir hacia la cancha de golf, y mi nuevo amigo debía tomar otro autobús para continuar hacia el campo. Pero ya era mediodía y él dijo: “Entremos a comernos un sándwich. Además, me gustaría tomarme otro trago”. Nos sentamos en la barra en esta ocasión. Como dije anteriormente, era el día de armisticio y el lugar se estaba llenando tanto como los propios clientes. Se escuchaba el rumor que despierta la concurrencia que está bebiendo. Mi amigo y yo continuamos charlando, todavía sobre el tema de la caza, las armas, etc. Sándwichs y otro trago para él, sándwichs y ginger ale para mí.

Mi mente volvió nuevamente al día del armisticio en Francia, a toda la alegría de aquellas horas, a la gran celebración. No seguí escuchando lo que mi amigo decía. De pronto el dependiente irlandés llegó a nuestra mesa, sonriente y con un trago en cada mano. “Por cortesía de la casa, muchachos”. “¡Es el día del Armisticio!” Sin vacilar un solo instante, recibí mi trago y lo bebí de un golpe. Mi amigo me miró sorprendido. “Por Dios”, exclamó. “¿Es posible que usted pueda tomarse un trago después de todo lo que me ha dicho? ¡Usted debe estar loco!” Mi respuesta fue: “Sí, lo estoy”.

A las cinco de la mañana del día siguiente, Lois me encontró inconsciente en las cercanías de mi casa. Me había caído contra una verja de hierro y estaba sangrando por una grave herida en la cabeza. En mis manos todavía estaba mi bolsa de golf. Cuando volví en mí no se dijeron muchas cosas. En realidad había muy poco que decir. Ambos llegamos a un fondo que nunca habíamos tocado. Volví a beber – una, dos, tres botellas diarias de ginebra casera. Yo no podía parar, y lo sabía.

Entonces una tarde sonó mi teléfono. Era mi antiguo compañero de escuela secundaria y de tragos, Ebby. Aun por el teléfono alcancé a darme cuenta de que estaba sobrio. No podía recordar ninguna ocasión en que él hubiera estado sobrio en la ciudad de Nueva York. Hacía mucho tiempo yo lo había señalado como un caso desesperado. Inclusive había oído que lo iban a recluir en un asilo a causa de su locura alcohólica. Ansiosamente le dije: “Vente para acá y charlamos acerca de los buenos tiempos pasados”. ¿Por qué dije eso? Porque mi presente era insoportable y yo sabía que no tenía futuro. Poco después Ebby se encontraba sonriente ante mi puerta, y luego se sentó frente a mí en la mesa de la cocina. Coloqué en medio de nosotros una enorme jarra de ginebra con jugo de piña.

Inmediatamente noté que había algo distinto en él. No solamente que estaba sobrio. No podía realmente imaginarme en qué consistía la diferencia que observaba. Le ofrecí un trago y rehusó. Entonces le pregunté: “Veamos de qué se trata. Dices que no estás bebiendo pero dice también que no estás contra las bebidas alcohólicas. ¿Cómo es eso?”.

“Bien”, dijo Ebby, “tengo religión”.

Me quedé con la boca abierta. ¡Ebby con religión! Probablemente su locura alcohólica se había convertido en locura religiosa. Era una sorpresa abrumadora. Yo había sido educado en una maravillosa facultad de ingeniería de donde había obtenido la impresión de que el hombre era Dios. Pero por cortesía le pregunté: “¿Qué clase de religión tienes, Ebby?”. Y me respondió: “Bueno, yo no creo que tenga un nombre especial. Simplemente me encontré con un grupo de gente denominado Grupos Oxford. Por supuesto que no estoy de acuerdo con todo lo que ellos enseñan, pero me han dado ideas maravillosas. Aprendí que tenía que admitir que estaba derrotado; vi que tenía que hacer un inventario personal y confesar mis defectos a otra persona en forma confidencial; aprendí que necesitaba restituir el daño que en forma confidencial; aprendí que necesitaba restituir el daño que había causado a otras personas. Se me dijo que debía practicar una forma de entrega personal absolutamente desinteresada, como es el darse por entero a otras personas. Ahora bien, yo sé que vas a sorprenderte, pero me enseñaron que debería intentar comunicarme con el Dios que yo aceptara y pedirle la fuerza suficiente para cumplir estos simples preceptos. En caso de que yo no creyese en ningún dios, se me aconsejó hacer el experimento de rezarle al dios que “pudiera existir”. Tú sabes Bill, que es aparentemente cómico, pero aun antes de que hubiera empezado todo esto, tan pronto como decidí probar con mentalidad abierta, me pareció que mi problema alcohólico desaparecía de mi vida. Ya no se trataba simplemente de una lucha contra la bebida. En esta ocasión me sentí completamente liberado del deseo y no he tomado una sola copa durante varios meses”.

Ebby no trató de hacerme presión o de evangelizarme, y se fue rápidamente. Yo continué bebiendo durante varios días. Pero en ningún momento logré olvidar a mi amigo. No podía sacar de mi mente lo que me había dicho. En la comprensión del sufrimiento común, *un alcohólico había estado hablando con otro alcohólico*.

Mis estados emocionales fluctuaron desde la rebeldía contra Dios hasta la esperanza una y otra vez. Un día que me encontraba particularmente sensible tuve una gran idea. Supuse que era ya tiempo de que hiciera alguna investigación religiosa por mi propia cuenta. Recordé que Sam Shoemaker tenía una misión en la Iglesia del Calvario donde los amigos del Grupo Oxford habían alojado a Ebby; pensé ir allá a cerciorarme de lo que se trataba. Me apeé del subterráneo en la esquina de la cuarta Avenida con la Calle Veintitrés. Desde allí hasta el sitio de la iglesia había una larga caminata, de manera que empecé a hacerla por etapas entrando a los bares que encontraba en mi itinerario. Gasté la mayor parte de la tarde en esos bares y se me olvidó lo que tenía pensado acerca de la misión. Al caer la noche me encontraba en animada conversación en un bar con un finlandés llamado Alec. El me contó que había sido pescador y fabricante de aparejos de navegación en su país. La palabra “pescador” me trajo por asociación de ideas el recuerdo de la misión en la Iglesia del Calvario. Allí encontraría pesadores de hombres. Aunque parezca extraño, era una idea maravillosa.

Conseguí que Alec viniera conmigo, y pronto estuvimos frente a la puerta de la misión a cuyo cargo estaba Tex Francisco, un ex-alcohólico. No solamente manejaba el lugar. También se propuso echarnos a nosotros. Esto nos disgustó bastante teniendo en cuenta nuestras buenas intenciones.

En ese momento apareció Ebby, sonriente como siempre. Nos invitó a comer un plato de frijoles. Después de la comida, Alec y yo teníamos un poco más despejados nuestros cerebros. Ebby nos dijo que en contados instantes se iniciaría una reunión en la misión, por si deseábamos asistir. Naturalmente que sí, a eso íbamos. Los tres nos sentamos en una de aquellas duras bancas que llenaban el recinto. Nunca había visto una

misión anteriormente y temblaba un poco al mirar la audiencia congregada. El olor de sudor y alcohol penetraba el ámbito. Pude perfectamente imaginarme cuánto sufrimiento se hallaba representado en esa congregación.

Hubo inicialmente himnos y plegarias. Luego Tex, el líder, empezó su exhortación, diciendo que sólo Jesús podría salvarnos. No sé por qué esta afirmación no me molestó. Algunos de los presentes empezaron a levantarse y a declarar sus testimonios. a pesar de que yo estaba un poco confuso, me sentí interesado y mi excitación creció poco a poco. Luego vino la llamada. Algunos de los hombres empezaron a caminar hacia el púlpito con una motivación extrañamente magnética. Yo también me acerqué al púlpito arrastrando a Alec conmigo. Ebby alcanzó a tirarme del abrigo pero ya era muy tarde. Me arrodillé entre los temblorosos penitentes. Algo me había tocado. Creo que fue más que eso. Me sentí abrumado, con un salvaje impulso de hablar y poniéndome de pie, empecé a hacerlo.

Después no pude recordar lo que dije. Sólo supe que hablé con sinceridad y que la gente parecía prestarme atención. Ebby, quien al principio se había sentido muy embarazado, me dijo con alivio que todo había salido bien y que yo había “entregado mi vida a Dios”.

Después de la reunión subí al segundo piso a mirar el dormitorio donde se alojaban los miembros de la misión. Me encontré con algunos que estaban muy recuperados. Unos de ellos vivían en la misión, y trabajaban en el día en sus oficios. Ansiosamente escuché sus historias. Muy rápidamente yo mismo empecé a sentirme mejor y me pareció que la carga se me había quitado. Con alarma recordé a Lois. No le había telefonado y ya debía estar preocupada. Debía informarle acerca de todo esto. Fue muy grato escuchar su suspiro de alivio al otro lado del teléfono.

Calmadamente y con mucha confianza hice mi camino de retorno por la Calle veintitrés hasta el subterráneo. A medida que bajaba las escaleras me sorprendí al darme cuenta de que no había pensado siquiera en entrar a ninguno de los bares. Esto era algo nuevo, muy nuevo. ¿Sería que a mí también me estaba llegando la gracia?

Antes de acostarnos, Lois y yo tuvimos una larga conversación. Había esperanza en cada palabra. Sin una gota de ginebra dormí como un niño. Se suponía que iba a tener una terrible resaca a la mañana siguiente, pero casi no tuve ningún malestar. Sin embargo, ese pequeño malestar fue mi perdición una vez más. Creí que sería más placentero ver levantarse el sol con una copa en la mano. Tal vez una o dos. Sin decirle nada a Lois, bebí un par de ginebras y enseguida me enjuagué la boca. Ella no notó nada y yo me sentí muy bien.

Después de que ella salió para el trabajo el malestar se me acrecentó. Como ésta iba a ser la última oportunidad, empecé a razonar que tal vez tendría una justificación el aliviarlo de la manera conocida. Como siempre, se me fue la mano en el alivio y a las seis de la tarde la pobre Lois, me encontró dormido, totalmente borracho, en mi cama.

Sin embargo, alguna luz se había filtrado en mi mente y aunque permanecí bebiendo tres días más, siempre estaba ponderando mi experiencia en aquella misión. En ocasiones me parecía real; luego la alejaba de mi mente suponiendo que se trataba de mi imaginación encendida por el alcohol.

En la mañana del tercer día mis confusos pensamientos se concretaron en una sola idea. Recuerdo que me comparé con una víctima de cáncer. Si yo tuviera cáncer, con toda seguridad haría todo lo posible para aliviarme. No permanecería sentado en mi casa poniéndome hielo en las partes afectadas. No, por supuesto que no. ¿Qué haría entonces? Iría a visitar el mejor médico que encontrase, le rogaría que destruyera u operara esas células enfermas. Tendría que depender de él, mi dios de la medicina, para

que me salvase. Mi dependencia sería absoluta, puesto que por mí mismo no podría hacer nada.

El alcoholismo era mi enfermedad, no el cáncer, pero no había diferencia. El alcoholismo era también algo que consumía el cuerpo y la mente. Tomaba más tiempo pero el resultado era el mismo. De manera que si *existía* un gran Médico que pudiera curar la enfermedad del alcoholismo, lo mejor que yo podría hacer era buscarlo de una vez. Debería encontrar lo que mi amigo había encontrado. Al igual que la víctima del cáncer, haría cualquier cosa que estuviera a mi alcance para recuperarme. Si esa recuperación requería el rezar a la luz de la luna llena en las plazas públicas con otros pacientes, ¿me tragaría mi orgullo y haría lo que fuese necesario?. Mientras tanto, sin embargo, iría al Hospital Towns donde el Dr. Silkworth podría desintoxicarme de nuevo. Entonces podría mirar claramente a la fórmula de Ebby para la sobriedad. Tal vez yo no tenía ninguna necesidad de conversión emocional. Probablemente un agnóstico, conservador como yo, podría arreglárselas sin esos problemas espirituales. De todas maneras me encaminé hacia el hospital.

A lo largo de la Calle Clinton hacia el subterráneo, conté seis centavos en mi bolsillo. Con cinco centavos tendría el boleto para el subterráneo que me llevaría al hospital. Pero tal vez había olvidado algo. Me encontraba en camino hacia la curación; pero, alcohólico típico como yo era, quise pasarlo lo más confortablemente posible hasta llegar al hospital. De suerte que entré a una tienda donde todavía tenía algún crédito. Recuerdo que le expliqué al dependiente que yo era un alcohólico en camino hacia la recuperación. ¿Podría fiarme cuatro botellas de cerveza?

Me bebí una botella en la calle y otra en el subterráneo. Mi espíritu se levantó cuando le ofrecí la tercera botella a un pasajero. El rechazó mi ofrecimiento, entonces yo apuré su contenido en la plataforma de la estación cercana al hospital. Con la última botella en mi mano, me encaminé hacia el hospital, donde el Dr. Silkworth me recibió en la sala principal.

Encontrándome ya bastante achispado, lo saludé con la mano que sostenía la botella gritándole: “¡Por fin, doctor, encontré algo!” A pesar de mi ebriedad pude ver alargarse la cara del querido doctor. Logré ver por fin el gran cariño que tenía para mi. Ahora comprendo cuánto lo lastimó esta salida exabrupta. Traté de explicarle las novedades que creía haber encontrado. El me miró, moviendo tristemente su cabeza, y después de un instante me dijo calmadamente: “Bueno, joven, yo creo que es tiempo de que suba a acostarse”.

Yo no estaba en muy malas condiciones. A los tres o cuatro días ya no necesité más los sedantes que me administraba, pero me sentía muy deprimido. Todavía estaba rumiando el problema del Poder Superior. Una mañana, mi amigo Ebby apareció y permaneció de pie en la puerta de mi habitación, sonriendo ampliamente. Yo no podía encontrar qué le parecía tan gracioso. Entonces tuve la sospecha de que tal vez fuera ésta la ocasión en que Ebby me trataría de evangelizar. “Tal vez este amigo venía a hablarme de bellezas y dulzuras”. Pero no, él me hizo esperar hasta cuando le pregunte: “¿Bueno, cuál es la formulita?. Explícamela una vez más”. Con todo su buen humor, me la suministró de nuevo: “Tú admites que estás derrotado. Tratas de ser honrado contigo mismo; hablas de ello con alguien más. Tratas de restituir los daños que hayas causado. Tratas de dar de ti mismo sin avaricias, sin pedir recompensa. Y, rezas al Dios que tú creas que exista, aunque sea en forma experimental”. La fórmula fue así de simple y así de misteriosa. Después de alguna pequeña conversación, se fue.

Mi depresión se profundizó en forma insoportable hasta que finalmente me pareció estar en el más oscuro fondo de mi vida. Todavía me rebelaba contra la noción

de un Poder superior a mí mismo, pero finalmente el último vestigio de mi orgullosa obstinación se quebrantó. De pronto me encontré exclamando: “¡Si existe un dios, que se me muestre! ¡Estoy listo para hacer cualquier cosa, cualquier cosa!”.

De repente la habitación se llenó de una luz blanca. Me sumergí en un éxtasis que no hay palabras para describir. Me pareció, con los ojos de mi mente, que yo estaba sobre una montaña y que soplaba un viento, no de aire sino de espíritu. Y luego surgió de mí la idea de que yo era un hombre libre. Lentamente el éxtasis se fue desvaneciendo. Yo estaba acostado pero en este momento, durante un tiempo, me sentí en otro mundo. Un nuevo mundo de realidad consciente. A mi alrededor y dentro de mí había una maravillosa sensación de Presencia, y pensé para mis adentros: “De manera que éste es el Dios de los predicadores”. Una gran paz me sobrevino y pensé: “No importa lo extraña que parezca esta experiencia, para mí es perfectamente adecuada. Todas las cosas están bien con Dios y con Su mundo”.

Luego, poco a poco, empecé a sentirme atemorizado. Mi educación moderna se despertó para decirme que estaba sufriendo alucinaciones y que lo mejor era llamar al doctor. El Dr. Silkworth me hizo un gran número de preguntas y después me explicó: “No, Bill, usted no está loco. Aquí ha sucedido algún evento básico psicológico o espiritual. He leído acerca de estos fenómenos en los libros. Hay ocasiones en que las experiencias espirituales realmente alivian del alcoholismo a la gente”. Inmensamente reconfortado empecé a preguntarme qué era lo que mas había acontecido. ⁽²⁾

El día siguiente tuve más luces acerca de esto. Creo que fue Ebby quien me trajo una copia del libro de William James “**Varietades de la Experiencia Religiosa**”. Era una lectura algo difícil para mí, pero lo devoré de pasta a pasta. James pensaba que las experiencias espirituales podían tener realidad objetiva; casi como dones de lo alto, podían transformar a las personas. Algunas eran iluminaciones brillantes, iluminaciones repentinas; otras se presentaban en forma gradual. Algunas afloraban de sentimientos religiosos, otras no. Pero casi todas tenían denominadores comunes de dolor, sufrimiento y calamidad. Casi siempre eran necesarias la completa desesperación y la derrota total para lograr que el paciente estuviera en situación de recibir dichas experiencias. La significación de todo esto me abrumó. Derrota total, eso era exactamente lo que a mí me había sucedido. El Dr. Carl Jung le había dicho a un amigo de Ebby del Grupo Oxford lo desesperada que era su situación alcohólica, y en la misma forma el Dr. Silkworth me había dicho exactamente lo mismo. Entonces Ebby, quien también era un alcohólico, me había dado una dosis idéntica. Es probable que el solo testimonio del Dr. Silkworth no hubiera logrado que yo aceptase el veredicto, pero cuando Ebby vino a mí y, un alcohólico empezó a conversar con otro alcohólico, se logró el milagro.

Mis pensamientos empezaron a correr cuando imaginé la reacción en cadena que podría suscitarse entre los alcohólicos, cuando uno pasara el mensaje y estos principios al siguiente y así en forma sucesiva. Más de lo que nunca podía desear otra cosa sabía positivamente ahora que yo deseaba trabajar con otros alcohólicos.

Tan pronto como fui dado de alta del hospital, ingresé a los Grupos Oxford. Trabajábamos en la misión del Calvario de Sam Shoemaker y también en el Hospital

(2) Casi todos los A.A. tienen experiencias espirituales que transforman totalmente sus actitudes.

Ordinariamente, tales ocurrencias son graduales y pueden tener lugar en períodos de meses o aun de años.

Un considerable número de miembros de A.A., incluyendo a Bill, quienes han tenido la experiencia espiritual en forma repentina, no ven mayor diferencia en cuanto concierne al resultado práctico entre la iluminación repentina y el despertar espiritual mucho más lento y mucho más típico.

Towns. Ebby vino a vivir con Lois y mi en Brooklyn. Empecé a buscar borrachos con mi propulsión a chorro.

Mi experiencia espiritual repentina tuvo, sin embargo, algunas desventuras. Empecé a decir que yo iba a mejorar a todos los borrachos del mundo, aunque esto no había sido posible para nadie en los últimos cinco mil años. Los miembros de los Grupos Oxford habían tratado de hacerlo, habían fallado en la mayoría de los casos y estaban al borde del desencanto. Sam Shoemaker estaba pasando por un período de mala suerte. Había albergado un grupo de alcohólicos en un apartamento vecino a su iglesia, y uno de aquellos hombres que todavía se resistía a ser salvado, había quebrado con los zapatos uno de los hermosos vitrales de la iglesia de Sam.

No era de maravillarse que mis amigos del Grupo Oxford me aconsejaran que me olvidase de los alcohólicos. Pero yo todavía era bastante presumido y no hice caso de sus consejos. Tenía dos poderosos motores dentro de mí, el uno compuesto por genuina espiritualidad y el otro por mi antiguo deseo de ser el Número Uno de todo. Esta actitud no me servía. Transcurridos seis meses no había logrado que nadie adquiriera la sobriedad. Y, créanme, que había trabajado con muchas personas. Lograba que tuvieran unos pocos días de abstinencia y luego recaían lastimosamente. Naturalmente los amigos del Grupo Oxford empezaron a enfriar su ánimo respecto a mi tarea de salvación de los alcohólicos.

Lois continuaba entre tanto trabajando en el almacén y la gente empezó a murmurar: “¿Y es que este amigo Bill quiere volverse un misionero para toda la vida? ¿Por qué no empieza a trabajar?” Aun para mí, esta idea empezó a tomar forma. Comencé a visitar Wall Street y, a través de una persona que conocí casualmente, logré que una agencia comisionista me diera la representación para una asamblea en la cual se buscaba el control de una pequeña industria de juguetes en Akron, Ohio. En Mayo de 1935 fuimos varias personas a Akron, a tratar de obtener el control de la compañía. Ya podía verme en el puesto de presidente. Pero cuando llegó la hora de la votación, la parte contraria resultó con un mayor número de votos y nuestro bando fue derrotado. Mis amigos recién conocidos se desanimaron y me dejaron en el Hotel Mayflower de Akron con diez dólares en el bolsillo.

Ellos se fueron un viernes. El sábado, víspera del Día de la Madre, estaba paseando de arriba abajo por el pasillo del hotel, preguntándome qué podía hacer. el bar, que se encontraba a un extremo de mi recorrido, se estaba llenando rápidamente. Podía escuchar el ruido de las conversaciones en su interior. Al otro extremo del pasillo me paré frente a la lista de las iglesias. Entonces me vino un pensamiento: voy a emborracharme. O no, tal vez no me emborrache. Solamente voy a entrar en el bar a tomarme una ginger ale y tratar de buscar conversación con alguien. Entonces me entró el pánico. Esto era realmente una sorpresa, ya que nunca antes había sentido pánico ante el deseo de beber. Probablemente esto significaba que mi salud había sido restablecida. Recordé que tratando de ayudar a otras personas, yo mismo había logrado mantenerme abstemio. Por primera vez lo seguí *profundamente*. Pensé: “Necesitas como alcohólico con quien conversar. Necesitas otro alcohólico tanto como él te está necesitando”.

Entonces sobrevino una extraña cadena de acontecimientos. Escociendo al azar la lista de iglesias, llamé a un padre Episcopal de nombre Walter Tunks, hoy en día un gran amigo de A.A. con toda ansiedad le conté mi problema. Le pregunté si él por casualidad conocía a alguien que pudiera ponerme en contacto con otro alcohólico. Pensé que de pronto él podría saber acerca de los Grupos Oxford en Akron. Cuando aquel buen hombre supo que yo era un alcohólico buscando a otro alcohólico, al principio se imaginó que iba a haber dos borrachos en lugar de uno, pero finalmente

entendió de qué se trataba y me suministró la lista de unas diez personas que posiblemente podrían ayudarme.

Inmediatamente empecé a llamarlos. Como era sábado por la tarde, algunos no estaban en casa. otros no mostraron interés y salieron con disculpas. La lista rápidamente se redujo a un solo nombre que figuraba al final. Ese nombre era Henrietta Seiberling. Yo tenía un vago recuerdo de mis días de Wall Street en que conocí al Sr. Seiberling, fundador y presidente de la Goodyear Rubber. No acertaba a hallar la forma de llamar a su esposa y decirle que yo era un borracho de Nueva York buscando a otro borracho para trabajar con él. Entonces bajé las escaleras nuevamente y empecé a caminar por el pasillo del hotel. Sin embargo seguía dentro de mí la idea de hacer esa llamada. finalmente tomé el teléfono y, para mi sorpresa, me contestó una voz juvenil con acento sureño que pertenecía a la nuera del Sr. Seiberling. Le expliqué que yo era un alcohólico de los Grupos Oxford de Nueva York que necesitaba ayudar a otro alcohólico para poder permanecer sobrio. Muy rápidamente ella comprendió lo que yo estaba explicándole, y me dijo: “Yo no soy alcohólica, pero he tenido mis dificultades. cuando usted habla acerca de asuntos espirituales, yo creo entenderlo. Conozco a alguien que podría ayudarle. ¿Por qué no viene ahora? Yo vivo en la casa de la Quinta Seiberling”.

Cuando llegué encontré a una persona encantadora y comprensiva. Me dijo que había tenido problemas muy serios a los cuales había encontrado respuesta en los Grupos de Oxford. Entendía el sufrimiento profundo. cuando le hube contado mi historia dijo: “Conozco el hombre preciso para usted. Es un médico, lo llamamos ‘Dr. Bob’. su esposa, Anne, es una gran persona. Bob ha luchado mucho. Sé que desea dejar de beber. Ha ensayado curaciones médicas, ha tratado distintos métodos religiosos, incluyendo los Grupos Oxford. Ha luchado con la mejor voluntad, pero parece que no puede lograr nada. ¿Qué tal el parecería a usted conversar con el Dr. Bob y Anne?”.

Muy pronto Anne, la bien amada por todos los A.A., estaba en el teléfono. Rápidamente Henrietta le habló acerca de mí, un alcohólico de Nueva York que deseaba conversar acerca de su problema de bebida. ¿Podrían venir ella y el Dr. Bob? Anne contestó: “Lo siento Henrietta. No creo que nos sea posible hoy. Bob siempre me hace grandes agasajos el Día de la Madre. Acaba de llegar trayéndome una maceta de flores”. Lo que Anne no añadió era que la maceta estaba sobre una mesa y que Bob estaba debajo de la mesa, tan embriagado que no podía levantarse. Henrietta dijo: “Bueno. Entonces mañana vengan ustedes a cenar”. Anne contestó que haría todo lo posible.

A las cinco de la tarde del día siguiente aquella maravillosa pareja, el Dr. Bob y Anne, tocaron la puerta de la casa de Henrietta.

Este era el hombre que habría de ser mi socio y fundador del Grupo Número Uno. Con la inolvidable Hermana Ignacia, habría de cuidar 5,000 casos de alcoholismo en la época en que A.A. era muy joven todavía. Este era el amigo maravilloso con quien nunca habría yo de tener una palabra dura. Este era el Dr. Bob, quien sería el cofundador de A.A.

Pero a las cinco de la tarde de aquel domingo, Bob no tenía la apariencia de un fundador. Estaba temblando terriblemente. Afanosamente nos dijo que sólo podría estarse quince minutos con nosotros. Aunque parecía muy desasosegado, se animó un poco cuando dije que creía que él necesitaba una copa. Después de la comida, que él no probó, Henrietta nos condujo discretamente a sus biblioteca. Allí nos dejó el Dr. Bob y yo estuvimos conversando hasta las once de la noche.

Poco antes de salir hacia Akron, el Dr. Silkworth me había dado un gran consejo. Sin é, es posible que A.A. nunca hubiera existido. “Mire Bill, usted sólo está consiguiendo fracasos porque está predicándoles a esos alcohólicos. Les está hablando

acerca de los preceptos del Grupo Oxford de la honestidad absoluta, la pureza absoluta, el desinterés absoluto y el amor absoluto. Eso es mucho pedir. Luego lo complementa añadiendo esa misteriosa experiencia espiritual que tuvo. Con razón ellos hacen un ademán y continúan bebiendo. ¿Por qué no cambia su estrategia? ¿No es usted la misma persona que en una ocasión me mostró aquel libro del sicólogo James en el que habla de que la derrota total es la base de la mayoría de las experiencias espirituales? ¿Se olvidó de todo esto? ¿Olvidó también que el Dr. Carl Jung dijo en Zurich a cierto alcohólico, el mismo que después ayudó a su amigo Ebby a adquirir la sobriedad, que la única esperanza de salvación era una experiencia espiritual? No, Bill, no siga colocando la carreta delante del caballo. Usted tiene que lograr que esa gente se sienta derrotada. Déles entonces los hechos médicos e insista en ellos. Explíqueles la obsesión que condena al alcohólico a beber y la sensibilidad o alergia física del cuerpo que los condena a enloquecer si continúan bebiendo. Viniendo de otro alcohólico, de un alcohólico hablando con otro alcohólico, es probable que esa idea agriete el ego duro de esas personas. Solamente entonces usted podrá empezar a ensayar su otra medicina que consiste en los principios morales que ha aprendido de los Grupos Oxford”.

Ahora, al conversar con el Dr. Bob, recordé todo lo que el Dr. Silkworth me había dicho. Entonces traté muy cuidadosamente la experiencia religiosa. Empecé a hablarle acerca de mi propio caso hasta que él empezó a identificarse conmigo diciendo: “Sí, así es. Me parezco a usted, a mí me pasa lo mismo”.

A su vez, el Dr. Bob habló conmigo acerca de sí mismo como nunca había hablando antes. El también era del estado de Vermont. Su padre había sido un juez severo y profundamente respetado en San Johnsbury. También, como en mi caso, la inclinación del Dr. Bob hacia la bebida se había manifestado muy temprano. De hecho, había fracasado en el Colegio Dartmouth por esta razón. En alguna forma había logrado seguir su carrera en la facultad de medicina y en el internado en Chicago. A pesar de su problema alcohólico, había mostrado un talento excepcional para la cirugía. Después de su matrimonio con Anne, se había establecido en Akron donde había nacido posteriormente su hijo Bob, y donde habían adoptado una hija, la hermana Sue.

El Dr. Bob tenía cincuenta y cinco años en la época de nuestro primer encuentro, unos quince años más que yo. Debió gozar de una constitución de hierro. Dijo que a través de los años su bebida había sido prácticamente continua. Cuando llegaba a estar muy tembloroso para operar, o visitar a sus pacientes, se administraba fuertes sedantes. Cuando este recurso le fallaba, entonces desaparecía durante una semana para ir a algún lugar de desintoxicación, y así volvía a empezar el mismo ciclo una y otra vez. En aquellas raras ocasiones en que pudo permanecer sobrio, la necesidad insaciable del alcohol nunca lo abandonó. Este fue un fenómeno físico que lo molestó aun durante sus primeros años en A.A., época en la que solamente pudo olvidarlo porque se dedicó día y noche a transmitir el mensaje a otros alcohólicos. Aunque esa necesidad era muy difícil de soportar, sin duda tuvo mucho que ver en la intensa motivación y la energía que aportó para formar el Grupo Número Uno de Akron. La liberación espiritual de Bob no llegó fácilmente; fue penosamente lento. Siempre tuvo el Dr. Bob que dedicar el trabajo más duro y la vigilancia más atenta. Y sin embargo nunca pareció sufrir de dificultades neuróticas. Como él mismo comentaba: “Es que, francamente, a mí me fascinaba el licor”.

En la época en que lo conocí, este amor fascinante casi lo había liquidado. Aunque su práctica quirúrgica todavía era muy apreciada, muy pocos colegas o pacientes se atrevían a confiar en él. Había perdido un puesto en el hospital municipal de Akron y subsistía precariamente gracias a un esporádico ejercicio de su profesión.

Endeudado hasta el máximo, estaba a punto de ser embargado por el atraso en los pagos de su hipoteca. Anne estaba a punto de sufrir un colapso nervioso y sus dos niños estaban muy afectados. Tal era el beneficio de veinticinco años de alcoholismo. La esperanza era una palabra que ellos evitaban totalmente.

En mi primera conversación insistí fuertemente en la gravedad desesperada del caso del Dr. Bob, usando libremente las palabras con que el Dr. Silkworth describió el dilema del alcohólico, la obsesión más la alergia. Aunque Bob era médico, estas fueron noticias nuevas para él y malas noticias. Siempre mucho más versado que yo en temas espirituales, prestó muy poca atención a ese aspecto de mi relato. Aunque no le había sido posible utilizarlas en su favor, conocía perfectamente las respuestas espirituales. Lo que realmente lo golpeó fue el aspecto médico, el veredicto de la aniquilación inevitable. Y el hecho de que yo era un alcohólico y sabía por experiencia propia lo que estaba diciendo, hizo que el impacto fuera demoledor.

En la historia del Dr. Bob que se escribió posteriormente para el libro de A.A., y años después en su última charla de Detroit, él hizo que este punto fuera muy claro: No fue mi explicación espiritual sino aquellos dos monstruos de la locura y la muerte, la alergia más la obsesión, lo que hizo que él adoptara una nueva vida. Fue la idea del Dr. Silkworth confirmada por William James, lo que logró que él llegara a su fondo.

Como ustedes ven, nuestra conversación fue una cosa completamente mutua. Yo había dejado de predicar. Sabía que yo necesitaba a este alcohólico tanto como él me necesitaba a mí. Esto era lo fundamental. Y este dar y tomar mutuo es el corazón de todo el trabajo de Duodécimo Paso en A.A. hoy en día. Esta era la forma de llevar el mensaje. El eslabón que faltaba lo encontramos aquí en mi primera conversación con el Dr. Bob.

Inesperadamente me llegó un dinero que me enviaron mis asociados de Nueva York, de manera que permanecía en Akron aquel verano de 1935 para continuar buscando la forma de continuar el negocio de la compañía de juguetes. Anne me invitó a que me fuera a vivir con ellos a su casa del número 855 de la Avenida Ardmore, ya que todavía estaba preocupada por el Dr. Bob. Recuerdo muy bien nuestras meditaciones matinales, cuando Anne se sentaba en la esquina, cerca de la chimenea y empezaba a leer la Biblia, y luego todos permanecíamos en silencio en busca de inspiración y guía.

Tres o cuatro semanas después de la debacle del Día de la Madre, el Dr. Bob me dijo una mañana: “Bill, durante muchos años yo he asistido a Atlantic City a nuestra convención médica. No me he perdido ni una durante mucho tiempo. ¿Crees conveniente que yo vaya ahora?” Muy atemorizada, Anne replicó: “Oh, no, no”. Pero viendo que él tendría que afrontar su problema repliqué: “Bien, ¿por qué no vas? Después de todo, tenemos que aprender a vivir en un mundo que está lleno de alcohol”. Lentamente Bob dijo: “Sí, creo que puedes tener razón”.

De suerte que se fue para la convención médica de Atlantic City y no volvimos a saber nada de él en varios días. Una mañana, la enfermera de su oficina llamó y nos dijo: “Aquí está en mi casa. Mi esposo y yo lo recogimos en la estación del tren a las cuatro de la mañana. Por favor vengan a ver qué pueden hacer”. Trajimos a Bob de regreso a casa y lo acostamos, y entonces nos dimos cuenta de un hecho alarmante. El había programado cierta operación que solamente él podría hacer, para tres días después de aquella fecha. Tenía que hacer ese trabajo y aquí estaba, temblando como una hoja. ¿Podríamos lograr que se recuperase a tiempo? Anne y yo nos turnamos tratando de cuidar a nuestro amigo. El día de la operación estaba prácticamente sobrio. La noche anterior yo había dormido en el mismo cuarto. Mirándolo desde mi cama, vi que él estaba bien despierto pero todavía muy tembloroso. Nunca olvidaré la mirada que él me

dirigió cuando me dijo: “Bill, voy a llevarlo a cabo”. Pensé que se refería a la operación. “No. Quiero decir esto de lo que hemos venido conversando”.

Anne y yo lo condujimos al hospital a las nueve de la mañana. Le di una botella de cerveza para calmar sus nervios a fin de que pudiera sostener el bisturí, y entró. Regresamos a la casa y nos sentamos a esperar. Después de lo que nos pareció un lapso interminable, llamó por teléfono; todo había salido bien. Después de eso tardó varias horas en llegar a casa. a pesar de la gran tensión en que se encontraba, al dejar el hospital subió a su auto y comenzó a visitar a sus acreedores y a todas aquellas personas a quienes había ofendido con su conducta. Esto fue el día 10 de junio de 1935. Hasta el día de su muerte, quince años después, el Dr. Bob nunca volvió a probar una gota de alcohol.

Al día siguiente dijo: “Bill, ¿no crees que es muy importante trabajar con otros alcohólicos, y que sería mucho más seguro para nosotros si nos pusiéramos manos a la obra?” Yo le contesté: “Claro, eso sería lo correcto. ¿Pero dónde podemos encontrar alcohólicos?” El me dijo: “Siempre ha habido unos cuantos en el hospital municipal de Akron. Voy a llamar a ver qué podemos conseguir”. Comunicándose con una enfermera amiga suya del pabellón de recepción del hospital, el Dr. Bob le explicó que un hombre de Nueva York había encontrado una nueva curación para el alcoholismo. (En aquellos días todavía llamábamos “curación” a nuestro sistemas). Pero la enfermera conocía de tiempo atrás al Dr. Bob y le replicó. “¿Es verdad eso Dr. Bob? ¿No me estará diciendo usted que usted mismo lo está ensayando?” “Sí”, dijo, “yo también lo he ensayado”.

El nuevo paciente no estaba en condiciones de recibir visitas. Pero dos días después, el Dr. Bob y yo estábamos viendo la cara del primer paciente “acostado”. Se trataba del viejo Bill D., el A.A. número tres, cuya historia puede leerse en la segunda edición del Libro Grande. Bill estaba todavía muy demacrado, con los ojos nublados. Cuando el Dr. Bob y yo le explicamos las malas noticias médicas acerca de la alergia y la obsesión, el viejo Bill mostró enorme interés. Pero cuando empezamos a describirle nuestro sistema espiritual, Bill negó con su cabeza y dijo: “No, yo ya estoy muy viejo. Siempre he creído en dios. En otra época yo fui miembro activo de la iglesia. Pero, muchachos, yo he entrado y vuelto a salir de este lugar seis veces en los últimos cuatro meses. En esta ocasión entré con delirium tremens y golpeé tremendamente a una de las enfermeras. Yo sé que no soy capaz de llegar a mi casa sobrio cuando salgo de aquí. Tengo miedo de salir. Es demasiado tarde para mí. Yo todavía creo en Dios, pero ahora sé muy bien que el ya no cree más en mí”.

“Está bien, Bill”, le dijimos, “¿podemos regresar a visitarlo mañana?” “Sí claro”, contestó, ustedes son amigos que realmente comprenden. Claro que me gustaría volver a verlos”. Al llegar al día siguiente, lo encontramos conversando con su esposa Henrietta. Bill nos señaló y le dijo: “Estos son los amigos de quienes te contaba. Son los que saben de qué se trata. Ellos comprenden cómo es esto”.

Luego Bill nos contó que durante la noche la esperanza se había manifestado en él. Si Bob y yo lo habíamos logrado, él también podría. Tal vez entre todos podríamos hacer lo que ninguno había podido separadamente. Dos días después, Bill dijo de repente: “Henrietta, tráeme mis vestidos. Me voy a levantar y a salir de este hospital”. Bill salió de este establecimiento convertido en un hombre libra y nunca volvió a tomar una copa. Se había originado así la chispa que iba a encender la llama del primer grupo de A.A.

El Dr. Bob, Bill D. y yo empezamos frenéticamente a trabajar con otros personajes alcohólicos en el Hospital Municipal. Hubo una larga cadena de fracasos. Entre los más notables de éstos estuvo Eddie. De hecho, el Dr. Bob y yo habíamos

conversado con él mucho antes de nuestra primera visita a Bill D. siempre que Eddie se embriagaba quería saltar de uno de los muelles de Cleveland. Una vez que estaba airado trató de enfatizar un punto de la discusión esgrimiendo un cuchillo ante Anne y yo. Finalmente logró enderezar sus pasos y recientemente me escribió que había logrado permanecer sobrio durante siete maravillosos años. Así Eddie, quien fue nuestra primera “falla”, es hoy todo un éxito.

Después logramos tener otro éxito que creo fue el comienzo de la sección juvenil de la gente de A.A. Este nuevo converso, Ernie, había sido un caso terriblemente salvaje y sin embargo, se convirtió rápidamente en el A.A. número cuatro. Si mal no recuerdo, sólo logramos la abstención de dos personas más durante todo el verano de aquel año en Akron. Hacia septiembre, mis socios en el negocio de la compañía de juguetes se cansaron nuevamente y tuve que regresar a Nueva York.

En este punto deseo dejar sentada la gratitud imperecedera que los A.A. siempre tendremos para Henrietta Seiberling, que fue la persona que nos reunió al Dr. Bob y a mí. De las diez personas que me habían sido indicadas por el Reverendo Walter Tunks, Henrietta fue la única que tuvo suficiente cuidado y comprensión. Y esto fue sólo la iniciación de su misión. Durante aquel primer verano en Akron, con todo afecto aconsejó a muchas familias de alcohólicos, al igual que hacía Anne. A pesar del hecho de que ella no tenía experiencia directa con el alcoholismo, Henrietta tenía una rara capacidad para identificarse con nosotros. Por consiguiente se le buscó ansiosamente por su gran intuición espiritual y la ayuda que podría proporcionar, lo que A.A. debe a su voluntad. Y las deudas de gratitud del Dr. Bob y mía son las mayores de todas.

Por la época en que regresé a Nueva York poseía un poco más de humildad, un poco más de comprensión y mucha más experiencia. Muy lentamente empezó a formarse un grupo en Nueva York. Lois, no contenta con haberme mantenido durante todos esos años, pensó que sería maravilloso si lográramos llenar de alcohólicos nuestra vieja casa de la Calle Clinton. Su madre había fallecido recientemente y su padre, un médico, se había trasladado a otra parte.- Por lo tanto pensó que podíamos hacernos cargo de aquellos alcohólicos a muy bajo costo adquiriendo con ello un gran conocimiento acerca del alcoholismo. Ocurrió que no logramos la abstención de ninguno, pero realmente aprendimos una gran cantidad. Solíamos tener hasta cinco personas en nuestra casa simultáneamente, y en ocasiones los cinco estaban borrachos. Un día al llegar a nuestro hogar, encontramos un borracho golpeando terriblemente a otro. No recuerdo cuál fue la causa de su resentimiento. En otra ocasión en que estuvimos fuera durante una semana, dejamos en casa solamente a un bebedor problema y a nuestro regreso lo encontramos muerto. Se había suicidado.

Continuamos nuestro trabajo con los alcohólicos, algunos de ellos en los Grupos Oxford de Sam Shoemaker, otros en la misión del Calvario, otros en el Hospital Towns, donde el buen Dr. Silkworth arriesgaba su fama permitiéndonos que los visitáramos. Lois y yo continuamos encontrando, sin embargo, que si permitíamos que los alcohólicos se volvieran muy dependientes de nosotros, no avanzaban en su lucha por estar sobrios. En el otoño de 1935, empezó a formarse una reunión semanal en la sal de nuestra casa de Brooklyn. A pesar de los muchos fracasos, finalmente se desarrolló un grupo realmente sólido. Allí estaban al principio Henry P., luego Fitz M., ambos salidos del Hospital Towns. Y siguiéndoles a ellos, muchos más empezaron a obtener recuperaciones verdaderas.

Hasta mediados de 1937, nosotros los de Nueva York habíamos estado trabajando paralelamente con los Grupos Oxford. Pero a finales de aquel año, tuvimos que empezar a apartarnos de estos grandes amigos. Con toda razón, ellos no tenían en

mucho aprecio nuestro objetivo, limitado únicamente a los alcohólicos. Desde nuestro punto de vista, nosotros teníamos la seguridad de que no podríamos ayudar mucho a los Grupos Oxford para la salvación de la humanidad. Pero poco a poco íbamos teniendo la certeza de que podríamos ayudar a alcanzar la sobriedad de muchos alcohólicos.

Los miembros de los Grupos Oxford nos habían mostrado claramente el camino a seguir. E, igualmente importante, también nos habían enseñado lo que no debíamos hacer en cuanto se refería a los alcohólicos. Habíamos visto que algunas de las ideas y actitudes de Oxford simplemente no las aceptaban los alcohólicos. Por ejemplo, los bebedores no aceptaban ningún tipo de presión, excepto la presión ejercida por el mismo alcohol. Este tipo de personas sólo podía ser conducido pero nunca empujado. No podían soportar el evangelismo agresivo de los Grupos Oxford, y tampoco podían aceptar el privilegio de “orientación de equipo” para sus propias vidas personales. Esto era demasiado autoritario para ellos. En otros aspectos vimos también que teníamos que trabajar más lentamente. Al hacer el primer contacto, la mayoría de los alcohólicos sólo desean hallar la abstinencia y nada más. Se aferran a sus otros defectos, trabajando en su mejoramiento poco a poco. Simplemente no desean volverse muy buenos en muy poco tiempo. Los conceptos de los absolutos en los Grupos Oxford (pureza absoluta, honradez absoluta, desinterés absoluto y amor absoluto) con frecuencia eran demasiado para los bebedores. Estas ideas debían entregarse por cucharadas y no por galones.

Por otro lado, los “absolutos” eran expresiones peculiares de los Grupos Oxford. Se trataba de una terminología que podría continuar identificándonos en el ambiente público con los Grupos Oxford, aunque nosotros ya nos habíamos separado completamente de esa asociación.

Había otra dificultad adicional. A causa del estigma generalmente anexo a la condición, la mayor parte de los alcohólicos querían permanecer anónimos. Temían también que se desarrollaran personajes públicos que, en caso de romper su anonimato, podrían volver a beber en público y así destruir la confianza en nosotros. Los Grupos Oxford, por el contrario, dependían en gran escala del uso de nombres prominentes, algo que sin duda era muy bueno para ellos, sin embargo, fue y es inmensa y por ello el rompimiento final fue muy penoso.

En Akron continuaron apareciendo maravillosos amigos. Al frente de todos estaban T. Henry Williams y su esposa Clarece, también miembros del Grupo Oxford. Ellos y Henrietta habían tratado repetidamente de ayudar al Dr. Bob. En varias ocasiones habían llegado incluso a hablar de sus propios defectos personales en su presencia tratando de buscar una identificación con él. Esto lo había impresionado en gran medida y sin duda lo hizo más accesible cuando yo me presenté a conversar con él. Yo había conocido a T. Henry a raíz de las asambleas de la compañía de juguetes, y como resultado de esas discusiones había perdido su trabajo. Pero tenía un gran corazón y permitió a los alcohólicos que fueran a reunirse a su casa junto con los amigos del Grupo Oxford. Me temo que aquellos primeros bebedores problema ocasionaron a los Williams tiempos difíciles, ya que les hicieron toda clase de males, desde dejarlos vislumbrar la vida en bruto hasta quemarles los tapetes con cigarrillos.

Pero T. Henry y Clarece siempre nos trataron con generosidad y amabilidad extremas, y ninguno de nosotros podrá nunca olvidar la atmósfera inspiradora de su hogar y su influencia espiritual en aquel atemorizado y pequeño grupo de alcohólicos de Akron, que se preguntaban quién sería el próximo en recaer. No fue sino hasta mucho tiempo después de que el libro de A.A. se había publicado, que nuestros miembros de Akron se apartaron de los Grupos Oxford y finalmente de la casa que los había

albergado con tanto cariño. T. Henry y Clarace Williams siempre se contarán en la lista más importante de los pioneros de A.A.

Gradualmente los grupos de Nueva York y de Akron llegaron a multiplicarse. Desde Nueva York empezaron a irradiar hacia Filadelfia y Washington. En Akron empezaron a tener visitantes de Cleveland: Clarence, Dorothy, Abby y todos aquellos grandes amigos. El fermento de A.A. había empezado a crecer y multiplicarse.

En 1937 regresé a Wall Street por un breve periodo de tiempo. En el otoño de aquel año se presentó en los Estados Unidos otra depresión y me vi nuevamente sin trabajo. Fui hacia el oeste donde en Detroit y Cleveland busqué posibilidades, de trabajo en el negocio financiero. No conseguí nada, pero este viaje me dio la oportunidad que tanto necesitaba de visitar al Dr. Bob en Akron. En un día de noviembre de aquel año el Dr. Bob y yo nos sentamos en la sala de su casa, contándonos las peripecias de nuestra recuperación. Había muchos fracasos que contar, pero ya podíamos observar también éxitos sorprendentes. Un puñado de casos se habían ya mantenido sobrios durante un par de años, desarrollo que hasta ahora había sido inusitado. Había veinte o más de tales personas. Haciendo nuestras cuentas, nos imaginamos que ya había más o menos cuarenta alcohólicos que estaban totalmente sobrios.

A medida que revisamos esta cifra, nos dimos cuenta con alegría de que estaba brillando una nueva luz en el oscuro mundo del alcoholismo. A pesar del hecho de que Ebby había recaído, había empezado una benigna reacción en cadena, de un alcohólico llevando las buenas noticias a otro, iniciada por el Dr. Bob y yo. Esta cadena podría llegar a dar la vuelta al mundo algún día. ¡Qué tremenda idea! Por fin estábamos seguros. Ya no habría necesidad de continuar totalmente ciegos. Lloramos de alegría y Bob, Anne y yo inclinamos nuestras cabezas en silencioso agradecimiento.

Luego sobrevino un pensamiento molesto. Este conocimiento, este saber cómo se hacen las cosas, todavía estaba en manos de muy pocas personas. ¿Debería cada alcohólico venir a Nueva York o a Akron para poderse recuperar? No, eso nunca se lograría; sería imposible. Entonces, ¿cómo podríamos difundir nuestro mensaje? Recordamos sobrecojidos que los alcohólicos aun cuando están abstemios se alejan mucho de lo que puede considerarse como personas totalmente maduras. Todos nosotros podríamos seguir siendo errátiles. ¿Podrían las fuerzas que por todas partes dividen a la sociedad invadirnos y destruirnos así como habían invadido y destruido al promisorio grupo de Washington, movimiento que había agrupado a los alcohólicos hacía un siglo? ¿Cómo podríamos permanecer juntos y agarrarnos a nuestra nueva cuerda de salvamento, cuyas fibras fueron obtenidas de la medicina, la religión y nuestra propia experiencia? ¿Podríamos llevarle el mensaje al alcohólico distante? ¿Podríamos crecer rápida pero sólidamente?

Vimos que teníamos una gran responsabilidad. Afortunadamente también contábamos con la fe, una gran fe de que podríamos continuar mucho más allá. Pero debo confesar que cuando estábamos sentados en la sala del Dr. Bob aquella tarde no podíamos imaginarnos la forma en que todas aquellas dificultades podrían resolverse. Y sin embargo esta noche, a sólo diez y ocho años de aquella, miles de nosotros en este vasto auditorio pueden ver, oír y tocar a sus compañeros. Unidos en la inquebrantable comunidad de un sufrimiento y de una salvación comunes, a nivel mundial, sabemos al fin que Alcohólicos Anónimos está segura. Aun esta gran reunión es sólo una pequeña representación de todos nosotros, de los miles de grupos de A.A., de nuestros 200,000 miembros en setenta países extranjeros y posesiones de los Estados Unidos. Esta multitud creo yo, es únicamente la primera fracción de las que están por venir.

Desearía que el Dr. Bob pudiera estar entre nosotros esta noche para expresar aquello que todos nosotros sentimos tan profundamente. En verdad, aquellos que lo conocimos bien, casi podemos verlo y escucharlo ahora. con nosotros, sabemos que está exclamando: “¡Las maravillas que Dios ha hecho!”.

LAS DOCE TRADICIONES DE A. A.

- 1.- Nuestro bienestar común debe tener la preferencia; la recuperación personal depende de la unidad de A.A.
- 2.- Para el propósito de nuestro grupo sólo existe una autoridad fundamental: un Dios amoroso tal como se exprese en la conciencia de nuestro grupo. Nuestros líderes no son más que servidores de confianza. No gobiernan.
- 3.- El único requisito para ser miembro de A.A. es querer dejar la bebida.
- 4.- Cada grupo debe ser autónomo, excepto en asuntos que afecten a otros grupos o a A.A., considerado como un todo.
- 5.- Cada grupo tiene un solo objetivo primordial: llevar el mensaje al alcohólico que aún está sufriendo.
- 6.- Un grupo de A.A. nunca debe respaldar, financiar o prestar el nombre de A.A. a ninguna entidad allegada o empresa ajena, para evitar que los problemas de dinero, propiedad y prestigio nos desvíen de nuestro objetivo primordial.
- 7.- Todo grupo de A.A. debe mantenerse completamente a sí mismo, negándose a recibir contribuciones de afuera.
- 8.- A.A. nunca tendrá carácter profesional, pero nuestros centros de servicio pueden emplear trabajadores especiales.
- 9.- A.A. como tal nunca debe ser organizada; pero podemos crear juntas o comités de servicio que sean directamente responsables ante aquellos a quienes sirven.
- 10.- A.A. no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades; por consiguiente su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas.
- 11.- Nuestra política de relaciones públicas se basa más bien en la atracción que en la promoción; necesitamos mantener siempre nuestro anonimato personal ante la prensa, la radio y el cine.
- 12.- El anonimato es la base espiritual de todas nuestras Tradiciones, recordándonos siempre anteponer los principios a las personalidades.

SEGUNDO LEGADO: LA UNIDAD

Hoy en día estamos unidos en A.A., y sabemos que vamos a permanecer unidos. Estamos en paz con nosotros mismos y con el mundo que nos rodea. Hemos resuelto tantos de nuestros conflictos que nuestro destino parece asegurado. Los problemas del ayer han producido las bendiciones de hoy.

La nuestra no es una historia rutinaria de éxitos; es más bien la historia de cómo, por la gracia de Dios, ha surgido de nuestra debilidad una fortaleza insospechada; de cómo, bajo las amenazas de la desunión y el colapso, se han forjado una unidad y una hermandad universales. En el curso de esta experiencia hemos desarrollado una serie de principios tradicionales por los cuales vivimos y trabajamos unidos y nos relacionamos como comunidad con el mundo que nos circunda. Estos principios se llaman las Doce Tradiciones de Alcohólicos Anónimos. Representan la destilación de la experiencia de nuestro pasado, y confiamos en ellas para que nos conduzcan en unidad a través de los obstáculos y peligros que el futuro nos pueda proporcionar.

No fue siempre así. En los primeros días vimos que era muy distinto el hecho de que unos pocos alcohólicos se recuperaran, al problema de vivir y trabajar juntos. Por consiguiente fue un futuro sin orientación el que vimos desde la ventana de la sala del Dr. Bob en 1937 cuando nos dimos cuenta por primera vez que los alcohólicos podrían estar capacitados para recuperarse en cifras importantes. El mundo de gente más normal estaba siendo destrozado. ¿Podríamos nosotros los alcohólicos recuperados permanecer unidos? ¿Podríamos llevar el mensaje de A.A.? ¿Podríamos funcionar como grupos y como un todo? Nadie podría decirlo. Nuestros amigos, los psiquiatras, con alguna razón habían empezado a advertirnos: “Esta comunidad de alcohólicos es dinamita emocional, su contenido neurótico puede explotar y hacerla añicos”. Cuando estábamos bebiendo en realidad éramos muy explosivos. Ahora que estábamos sobrios, ¿tendrían las mismas características explosivas nuestros desórdenes temperamentales y emocionales?

Cuando pienso en explosiones siempre me acuerdo de mi amigo Icky. En Houston, Texas, lo llamaban el “Hombre Dinamita”. Icky es un experto en explosivos y demoliciones. Durante la guerra estuvo en la retaguardia de la retirada rusa dinamitando puentes. Después de la guerra comenzó el mismo negocio, y creo que cometió el mismo error que tuvo un pobre amigo en Londres en una ocasión. Este londinense alcohólico tuvo que presentarse ante un juez. Había sido arrestado totalmente borracho. Su botella estaba vacía. El juez le preguntó: “¿Usted se la bebió toda?” “Sí, claro”. “¿Y por qué se la bebió toda?” “Porque se me perdió el corcho”. Allá en Houston, pudo habersele perdido el corcho también a nuestro amigo Icky cuando se le encargó la demolición de un determinado espolón en los muelles de Houston, y él dinamitó un muelle distinto.

La gran pregunta en los días iniciales era ésta: “¿explotaríamos o podríamos permanecer unidos? Hoy en día ya tenemos respuestas. Esta reunión de aniversario de San Luis es un testimonio del hecho de que hemos podido permanecer unidos.

Es claro que el trabajo pionero de A.A. no se ha detenido y espero que nunca se detenga. Estamos seguros hoy aquí, pero todavía existen lugares en el frente de A.A. en tierras distantes donde en estos momentos se están afrontando todas las penalidades y errores de nuestros primeros días. Por ejemplo, recientemente la Oficina de Nueva York recibió una carta escrita por un sacerdote jesuita residente en India. Contaba la historia de un maestro de escuela hindú que poseía una vaca y una mísera parcela para su subsistencia. Su esposa estaba totalmente sorda y tenía una hermana que, al igual que el maestro, bebía como una esponja. Su jornal como maestro era aproximadamente cincuenta centavos de dólar por día. El jesuita tradujo los Doce Pasos de A.A. para él. Y, a pesar de su pobreza, de la sordera de su esposa, a pesar de su hermana, dominante y alcohólica, él permanecía sobrio. Sabemos que este solitario hindú puede estar sintiendo

las mismas preocupaciones que tuvimos el Dr. Bob y yo en la sala de Akron. Este pionero hindú se estará preguntando: “¿Puedo mantenerme en esto? ¿Puedo transmitir el mensaje? ¿Seré capaz de formar un grupo?” Sí, él debe estar haciéndose las mismas preguntas. Pero pronto estará en comunicación con nuestra oficina mundial y podemos enviarle la seguridad de que aun en esa localidad tan lejana estamos con él todos nosotros y que nuestra experiencia está a su disposición para que la use en su beneficio.

Casi en la misma entrega de correo, llegó una carta de un ministro Presbiteriano localizado en otro frente de A.A. que decía: “Durante un largo tiempo he estado tratando de empezar un grupo aquí en Tailandia. Recientemente llegó un Tailandés de educación superior y hablando un inglés muy fluido. Tenía un terrible problema de alcoholismo y desesperadamente deseaba aliviarse. Ahora tiene un período muy alentador de sobriedad y está ansioso por traducir al siamés toda la literatura de A.A. El y yo hemos estado trabajando en la iniciación de grupos. ¿Podrían ustedes ayudarnos?” Y continuaba el ministro: “Llevamos los Doce Pasos de A.A. al mayor monasterio Budista de esta provincia. Se los mostramos al monje director. Después de que los hubo terminado de leer, el monje nos dijo: “¡Pero, son estupendos! Puesto que como nosotros los budistas no entendemos a Dios como ustedes lo comprende, sería más aceptable para nosotros si ustedes insertaran la palabra “El Bien” en lugar de “Dios”. Sin embargo, ustedes dicen en estos Pasos que es un Dios *como cada cual lo concibe*. Esto aclara el punto para nosotros. Los Doce Pasos de A.A. seguramente serán aceptados por todos los budistas de esta región”.

A algunos de nosotros, la idea de sustituir a “Dios” por “el Bien” en los Doce Pasos tal vez nos parezca que podría restar fuerza al mensaje de A.A. Pero debemos recordar que los Pasos de A.A. son únicamente sugerencias. De ninguna manera se requiere, para pertenecer a esta sociedad, que se crea en los Doce Pasos tal como están escritos. Esta libertad ha facilitado la disponibilidad de A.A. para miles de personas que nunca lo hubieran intentado en caso de haber nosotros insistido en la obligatoriedad de los Doce Pasos. Pero los cambios que se les han efectuado, raramente han subsistido. Y la versión original usualmente termina por imponerse. Lo que ha sido probado como efectivo aquí en América, probablemente se probará en muchos otros países. Los alcohólicos pueden orientarse a creer en Dios, pero ninguno de ellos puede ser forzado a esta creencia.

¿Y qué significa todo esto? Significa que podrá haber grupos de A.A. en India, en Tailandia y en muchos otros lugares distantes donde habiten alcohólicos. Probablemente tendrán al principio los mismo temores, pero podremos ayudarles y confortarles.

Hablando de temores, la siguiente anécdota ocurrió en nuestra oficina. Parece que A.A. había logrado iniciarse en Tokio. Como generalmente acontece, empezó entre los borrachos americanos, pero se expandió hacia los japoneses. Rápidamente hubo un contingente japonés muy numeroso del cual tuvimos muy buenos informes. un día se nos apareció un japonés en la oficina de Nueva York. Había sabido que los compañeros de su país natal tenían grupos A.A. y había empezado a escribirles para enterarse de su progreso. Ahora, en estado de alarma total nos dijo: “¡Están pasando cosas deplorables allá en el Japón! ¿Sabían ustedes que hay dos clases de A.A. en mi país? Por supuesto que ellos tienen los Doce Pasos tal como los tenemos aquí. Pero hay otro líder de A.A. que ha escrito Diez Pasos y cobra 100 yens por asistir a las reuniones”.

En una época esta herejía nos hubiera asustado terriblemente. Hoy en día sólo nos divierte. Sabemos que pronto los japoneses serán influidos por el sentido común y la experiencia. Hallarán que nadie puede profesionalizar el Duodécimo Paso de A.A., y

que el miembro antiguo, que a pesar de su buena intención actúa en forma equivocada, acabará por corregir sus procedimientos. Aquel miembro antiguo llegará a ver finalmente que el alcoholismo es una lucha por la supervivencia en la cual lo bueno es en ocasiones enemigo de lo mejor, y que únicamente lo mejor puede traer como resultado el bien verdadero.

Muchas más cosas podríamos contar acerca de A.A. y de los esfuerzos de sus frentes pioneros. Por ejemplo, existe una comunicación por radio que día y noche pasa de los buques-tanques del Atlántico a los del Pacífico. Está el buen Capitán Jack en su buque de la Standard Oil que toca todos los puertos del mundo; él deja literatura de A.A. dondequiera que desembarca y mantiene comunicación con dueños de bares, médicos y predicadores para que le informen acerca de personas que puedan tener dificultades con el alcohol. Un grupo de A.A. empezó a funcionar recientemente en Florencia, Italia, debido a que un marinero A.A. desembarcó y conoció a un bebedor problema que le presentó un tabernero. Muchos grupos comienzan en formas casi fantásticas e increíbles. Se ha convertido en un hecho literalmente cierto el que cuando dos o tres de nosotros se reúnen en Su nombre, se empieza a formar un nuevo grupo.

Permítanme contarles la leyenda maravillosa acerca del grupo que se formó en Point Barrow en Alaska. Dos prospectores de petróleo salieron juntos con una tienda de campaña y una caja de whisky. El tiempo se puso muy tempestuoso, la temperatura descendió a 20 grados bajo cero y ellos estaban tan embriagados que dejaron apagar el fuego que los calentaba. A punto ya de morir por congelamiento, uno de ellos se despertó a tiempo para reavivar el fuego. Salió a buscar algo de combustible y mira dentro de una caneca vacía que tenía agua congelada. Allí sobre el hielo vio un objeto rojizo-amarillento. Lo sacaron y resultó ser el libro de A.A. Uno de los dos leyó el libro y dejó de beber. La leyenda es que aquel hombre se convirtió en el fundador de uno de nuestros más lejanos grupos, tal vez el grupo que actualmente está lleno de esquimales. Lo último que supe de los grupos de Alaska fue que ellos estaban en comunicación por radio todos los días con el grupo A.A. que funciona en el extremo norte de Groenlandia, entre los hombres de nuestra base aérea de aquel lugar.

Alcohólicos Anónimos se inició en Irlanda en 1946 cuando Connor F., propietario de una taberna de Filadelfia y miembro de A.A., decidió pasar las vacaciones con su esposa en la verde Erin. Cuando llegaron a Dublín se dijeron: “Olvidémonos de las vacaciones y tratemos de empezar un grupo aquí”. Buscaron contacto con el hospital mental de la localidad, fundado por el autor y clérigo Swift y allí encontraron a su primer hombre, Richard P. En esa forma A.A. empezó a echar raíces en Irlanda. El grupo de Dublín, a propósito ha alcanzado renombre especial debido a su corresponsal mundial, Sackville M., secretario del grupo. Si se trata de ayudar a alcohólicos por correo, Sackville es, sin lugar a dudas, el campeón mundial.

Los comienzos de A.A. en Inglaterra a principios de 1947 fueron sorprendentes. Algunos años antes, Bob B., ingeniero de minas canadiense, fue a Londres donde se encontró con Bill H., un verdulero alcohólico. Por medio de la correspondencia con Nueva York había dos o tres ingleses que ya estaban empezando la lucha por su sobriedad. Pero la aparición de estos dos en escena trajo como resultado el nacimiento de un activo grupo de A.A. Como consecuencia de ello, Londres y toda Inglaterra hoy en día están llenos de grupos. Al principio, sin embargo, encontraron tanta resistencia en la Gran Bretaña que en una ocasión solamente el periódico *Financial Chronicle* quiso publicarles un aviso acerca de A.A. Todos los otros periódicos ingleses tuvieron el temor de que se tratara de un fraude.

Un proceso inverso se vio cuando Philip, un noble escocés viajó a América. Vino a informarse sobre el Movimiento de Liderazgo Cristiano Internacional, donde encontró a un grupo de hombres de negocios que estaban interesados en incorporar a Dios dentro de la industria a través de reuniones matinales de oración y planeamiento. Philip pensó que él probablemente podría introducir la idea de clubes matinales en Escocia, con la esperanza de que un trabajo tan noble pudiera ayudarle en su obsesión fatal por la bebida. En la primera sesión conoció a un miembro veterano de A.A. en Filadelfia, George R., quien le proporcionó las directrices espirituales de A.A. El jefe de uno de los más antiguos clanes de Escocia adquirió la sobriedad inmediatamente. Llevó a A.A. de regreso a su lugar nativo y pronto los alcohólicos escoceses estaban recibiendo el mensaje, desde obreros de los astilleros en Glasgow hasta miembros de la sociedad de Edimburgo.

A.A. en Canadá es de lo mejor. Hacia 1940 un trabajador social en el ramo de la abstinencia en Toronto, le mostró el libro de A.A. a un alcohólico que había resistido toda clase de intentos de rescate. Nuevamente el libro de A.A. logró obtener su cometido, y estas dos personas sometieron al contagio de A.A. a muchos bebedores problemáticos en Toronto, y el proceso de multiplicación llevó eventualmente a A.A. a todos los pueblos y ciudades de la provincia de Ontario. Este buen amigo, George Little, ministro religioso y trabajador social en abstinencia, se mostró desanimado cuando observó que su nueva congregación mostraba escaso interés en lograr que todo el mundo se abstuviera de la bebida. Aquellas personas insistían en que sólo les preocupaban los bebedores locales que deseaban probar A.A. Aquí se demostró definitivamente por primera vez, que A.A. nunca podría ser una cruzada de abstinencia, hecho que ha intrigado desde entonces a muchos trabajadores de dicha causa. El primer cruce de la frontera con el Canadá fue seguido por otro en 1941 cuando se inició el grupo número dos en el Canadá en Windsor, Ontario, al otro lado del río, frente a Detroit.⁴

En Vancouver, Columbia Británica, una persona no alcohólica se juntó con un alcohólico para iniciar nuestra difusión. En esta ocasión se trató de un fabricante de confites quien suministró el libro a Charlie B., un agente inmobiliario. Inspirados con el mensaje y llenos de energía, estos dos amigos recorrieron la ciudad de Victoria y la mitad de la provincia de la Columbia Británica rápidamente, y muy pronto A. A. era una realidad. Después de algún tiempo el mensaje continuó hacia las praderas de Alberta, Saskatchewan, y Manitoba.

Entre tanto Montreal había empezado a actuar. Dave B., el fundador del grupo en Montreal, quien efectuó muchos trabajos de Duodécimo Paso, había logrado la sobriedad gracias a la lectura del libro A.A. que le envió su hermana. Aquí supimos de los primeros miembros de A.A. de habla francesa. Siempre recordaré aquella reunión provincial bilingüe cuando escuché por primera vez el Padre Nuestro en francés. A su debido tiempo, A.A. empezó a florecer en Terranova y las Provincias Marítimas. Y fue sólo cuestión de tiempo para que la ciudad de Quebec y Trois-Rivers, tuvieran también sus propios grupos. El clero de Quebec que al principio se mostró muy dudosa, se cuenta hoy entre los más calurosos apoyos que tiene A.A. Así también muchos funcionarios públicos. Nunca olvidaremos la fiesta con que el Alcalde Houde de Montreal nos obsequió en una ocasión. Probablemente fue la primera recepción *oficial* que tuvo A.A. en su historia.

⁴ Aunque tuvieron lugar algunas reuniones en 1941 y 1942, el nacimiento del Grupo Windsor, data de octubre de 1943.

Como sabemos, la literatura de A.A. ha aparecido en los lugares más sorprendentes. Un corredor de seguros de Johannesburgo, Sudáfrica, leyó un artículo en *Reader's Digest* sobre nosotros y pidió un folleto a Nueva York, el cual lo impresionó tanto que empezó como una abeja a buscar laboriosamente a todos los bebedores de su ciudad. Se sintió llamado a esculcar todas las posibilidades. Como atractivo adicional ofreció a sus clientes una cierta cantidad de dinero por cada rehabilitación. Naturalmente, se vio inundado de peticiones de ansiosos aspirantes que, como se vio posteriormente, estaban mucho más interesados en las propinas que en la sobriedad. Bordeando casi el fracaso esta empresa se salvó por la oportuna llegada de otro bebedor, Val D., quien había obtenido una copia del libro A.A. y con su sola lectura había logrado la abstinencia. Casi al mismo tiempo, otro sudafricano oriundo de Perth, había dejado de beber por medio del libro y había empezado a trabajar con alcohólicos de su propia ciudad. Gracias a los métodos más ortodoxos de estos devotos del Libro Grande de A.A., con las cartas de ayuda que recibieron de la Sede en Nueva York, las cosas empezaron a funcionar mejor en Sudáfrica. Todo un volumen podría escribirse ahora acerca de nuestro progreso en aquel país, narrando la forma en que A.A. se ha extendido a partir de aquellos comienzos tan sumamente frágiles.

A finales del año de 1942 empezamos a recibir nuestras primeras cartas enviadas desde Australia, remitidas por S. J. Minogue, psiquiatra asociado con el Hospital Mental de Rydalmere en Sidney, y por un sacerdote, el Padre Dunlea, de la misma institución. Les suministramos literatura, el libro de A.A. y empezamos una correspondencia con el Dr. Minogue que ha continuado desde entonces.

Mes tras mes, el doctor y el sacerdote trabajaban con sus casos más difíciles ayudados por un auxiliar llamado Arch McKinnon. Las cartas del Dr. Minogue nos informaban acerca de los nulos progresos obtenidos; en realidad les tomó dos años para que empezara a formarse algo que pudiera ser considerado como un grupo de A.A. Estos no alcohólicos habían encontrado mucha dificultad en identificarse con sus propios pacientes, pero a finales de 1944 lograron tener éxito con dos de ellos, Ben y Rex, siendo este último el primer secretario de A.A. que hubo en Australia.

En marzo de 1945, Rex le escribió a Bobbie de la oficina de Nueva York una carta cuyo resumen dice así: "Querido Secretario: El Dr. Minogue me ha facilitado toda la correspondencia que ha tenido con ustedes, puesto que se encuentra muy ocupado con su trabajo de superintendente en Rydalmere para contestarla personalmente. No deben ustedes creer, sin embargo, que el interés del Dr. Minogue ha decrecido, sino todo lo contrario. Les agradecerá saber que se ha formado un nuevo grupo, cuya dirección está en el encabezamiento. El movimiento aquí se empezó con el Dr. Minogue, el Padre Dunlea y el Sr. McKinnon, ayudante del hospital. Ellos no son alcohólicos pero han logrado reunir a su alrededor unos siete u ocho pacientes, entre los cuales estoy yo, y estamos consiguiendo nuevos miembros todos los días. Creemos que nuestro movimiento está empezando a formarse en Australia y por consiguiente deseamos solicitar la afiliación formal con A.A. . . . Atentamente, Rex A., Secretario".

Los australianos ya estaban caminando. Australia ahora tiene millares de miembros de todas condiciones y por todas partes se benefician de la más afectuosa acogida pública. Nuestro desarrollo en Australia será recordado seguramente como un ejemplo inigualable de fortaleza y fe en la labor de los pioneros.

Estos detalles de la historia de A.A. a través del mundo revelan la distancia increíble que ha recorrido A.A. desde aquel día de Junio de 1937 cuando el Dr. Bob y yo mirábamos aprensivamente hacia el futuro. Por entonces teníamos solamente un programa verbal, la substancia de la fórmula para alcanzar la sobriedad que Ebby me

había suministrado. Todavía no habían sido escritos los Doce Pasos de A.A. y el libro Alcohólicos Anónimos era apenas una idea. Los servicios mundiales y la unidad eran sueños casi imposibles.

La primera manifestación de desarrollo nacional en A.A. de alguna importancia llegó en 1939. En septiembre de aquel año, Fulton Oursler, por entonces director de la revista *Liberty*, publicó un artículo llamado “Alcohólicos y Dios”, escrito por Morris Markey. Cerca de 800 solicitudes de ayuda nos llegaron inmediatamente y nosotros contestamos personalmente cada una de ellas.

Luego tuvo lugar la cena del Sr. Rockefeller en 1940. Aquella fue seguida por otro gran número de cartas pidiendo ayuda. Pero la mayor difusión del mensaje se obtuvo en marzo de 1941, cuando apareció el artículo editorial de Jack Alexander en el *Saturday Evening Post*. Una catarata de solicitudes nos abrumó y nos vimos inundados de cartas y de alcohólicos que llegaban por millares.

Con este súbito crecimiento comenzó un período de lamentable incertidumbre. La gran prueba de la unidad de A.A. empezó en serio. Estábamos operando únicamente con el beneficio de contactos casuales, de viajeros que iban de un lado a otro, de las cartas de la oficina, teníamos un folleto y un libro. ¿Seríamos capaces entonces, con tan endeblés bases, de formar grupos que pudieran funcionar y permanecer unidos en forma autónoma? Simplemente no lo sabíamos. Los alcohólicos, en grupos de dos o tres, ya eran difíciles de por sí. Y ¿cómo serían cuando las reuniones fueran de números mucho mayores? Ya se nos habían presentado problemas difíciles en los grupos que se estaban iniciando. Controversias acerca de liderazgo, el dinero, el ingreso, los clubes, la explotación del nombre de A.A., la recolección de contribuciones, y aun los romances entre los miembros. A medida que la cosecha de alcohólicos que trajo el artículo del *Saturday Evening Post* empezó a reunirse en centenares de grupos nuevos, los espectros de la desunión y el colapso adquirieron proporciones aterradoras. Lo único que nosotros podíamos hacer era lo que estaba a nuestro alcance y dejar el resto en manos de Dios.

Poco antes de que aquella enorme prueba cayera sobre nosotros, uno de los miembros de Nueva York de nombre Ray W., fue a San Francisco en 1940 para tomar un curso sobre ventas. Este fue otro de aquellos comienzos increíbles. Ray había sido ateo y todavía continuaba siéndolo. Sin embargo había estado sobrio durante un par de años y era lo suficientemente liberal como para llevar el libro de A.A. dentro de su equipaje a San Francisco. Le entregamos una lista de personas con las cuales habíamos tenido contacto por correo. Cuando llegó a San Francisco Ray empezó a llamar a todas esas personas y logró reunir a algunas en el hotel. Les dijo: “Ahora muchachos, A.A. es algo que realmente vale la pena. Eso salvó mi vida. Pero hay un aspecto que no me gusta. Quiero decir, este tema de Dios. Cuando vayan a leer este libro, pueden saltarse toda esa parte si así lo desean”. Diez días después, Ray regresó a Nueva York dejando en San Francisco un grupo desunido y confuso en su iniciación.

Pero aquellas personas pronto encontraron dos amigos maravillosos, la señora de Gordon Oram y el Dr. Percy Poliak, psiquiatra que había sido favorablemente impresionado con A.A. cuando nos vio trabajar en el Hospital Bellevue de Nueva York. Ahora en el Hospital del condado de San Francisco, el Dr. Poliak le dio al grupo todo su apoyo y continuó soportándolo desde entonces. La señora Oram tenía un inquilino, Te, a quien ella le había entregado una copia del libro A.A. Ella ofreció su apartamento para que tuviera lugar la primera reunión de A.A. a finales de 1939, donde los futuros contactos del vendedor Ray se reunieron con Ted.

Ted nunca logró tener éxito en el programa. Pero un tal John C. sí lo tuvo, y ha permanecido sobrio desde entonces. Muy pronto a Ted y John se les unieron Fred y

Amy C. y poco después King, Ned y otros. en aquella etapa hubo muchas recaídas y trabajo perdido. Pero animados por la señora Oram y el Dr. Poliak, el grupo de alguna forma logró sobrevivir.

Desde Nueva York empezamos a escribir cartas a San Francisco, pero las respuestas eran esporádicas e inciertas. Al final del primer año una señora alcohólica se presentó en nuestra oficina de Nueva York en la Calle Vesey. Estaba un poco achispada y llorando. Aunque claramente vimos que estaba exagerando un poco, me dijo: “Bill, hemos estado todo un año tratando de adquirir la sobriedad en San Francisco y hacia la Navidad todos nos emborrachamos”.

Unos pocos años después, en 1951, el Premio Lasker fue concedido a Alcohólicos Anónimos en la Opera de San Francisco. La noche siguiente a la entrega del premio hubo una reunión de A.A. ese enorme lugar se llenó completamente. Los alcohólicos sobrios estaban en número incontable. Aquello que una vez pareció una débil semilla había producido un árbol gigantesco.

Ya para 1941 el grupo contaba con miembros de recuperación muy sólida como Nic N., Ray H., y Warren T. Otros contactos se habían iniciado en el área, siendo los más notables Nic en Oakland y Vic M. y el Dr. P. en Sacramento.

Esto alistó aquella región para el impacto del artículo de Jack Alexander. Warren estaba trabajando en el astillero Kaiser, cuando se convirtió en el primer miembro de A.A. empleado como especialista en alcoholismo en la industria. Y tal vez aun más importante, Warren y los otros consiguieron el permiso para iniciar el primer grupo institucional en la penitenciaría de San Quintín.

Por la época del otorgamiento del Premio Lasker, el recuento emocionado de la fundación del primer grupo de A.A. detrás de las barras de una prisión (San Quintín), era una anécdota familiar para la mayor parte de nuestros miembros.⁵

El alcaide de San Quintín, Clinton T. Duffy, hombre inteligente y generoso, había pensado, antes de 1942, en la urgencia y necesidad de una reforma en las prisiones, incluyendo las necesidades especiales de los reclusos que habían sido condenados por crímenes cometidos en estado de embriaguez. Como dijo el alcaide Duffy, el programa que ahora había propuesto “incluiría la educación, el entrenamiento vocacional, la medicina, la psiquiatría y la religión. Pero el alcohólico no parece ajustarse completamente a este programa. Todo lo demás no serviría de nada si los problemas que lo llevaron a cometer sus crímenes no fueran resueltos. Si cada uno de los transgresores de la ley fuera a recibir todas las ventajas del nuevo programa, entonces el alcohólico también debería recibir la ayuda y la comprensión de todo el conocimiento y los procedimientos disponibles. Y para estar de acuerdo con esta nueva filosofía de rehabilitación, me di cuenta que los A.A. podrían ser una útil herramienta para la reconstrucción de las vidas”.⁶

A la ayuda del alcaide Duffy vinieron Warren y otros miembros del área de San Francisco y así empezó la iniciación del primer grupo institucional en 1942. Como dijo el alcaide Duffy: “De no haber sido por la ayuda continuada y la comprensión que nos dieron nuestros amigos de A.A. de fuera, el capítulo de A.A. en San Quintín hubiera fracasado con toda seguridad. Y en el mismo orden de ideas, de no haber sido por la persistencia de aquel primer grupo de reclusos alcohólicos que se dieron cuenta de la

⁵ Leo F. del grupo de Los Angeles tuvo una participación destacada en la llegada del mensaje de A.A. a San Quintín, junto con los otros miembros del Grupo de San Francisco. También Ricardo, uno de los prisioneros, ayudó continuamente desde el principio.

⁶ “La Prisión de San Quintín y Alcohólicos Anónimos” por Clinton T. Duffy, escrito en 1950.

seriedad de su problema y de la necesidad de ayuda para solucionarlo, nunca hubiéramos continuado más allá de las primeras reuniones”.

Pero aun con tanto entusiasmo y buena voluntad, había formidables problemas por resolver. El establecimiento de reuniones periódicas significaría que mucha gente de fuera entraría y saldría libremente de la prisión. Podría también atraer el ridículo de los prisioneros. Aquellos penalistas que todavía pensaban que la única forma de tratar a los penados era con métodos rigurosos, y aquellos escépticos que pensaban que A.A. sólo era una moda pasajera e inútil, se opondrían a esta idea. Habría también reuniones numerosas de prisioneros sin vigilancia por parte de los guardias. Los riesgos eran grandes, pero el alcaide Duffy los afrontó y su fe se vio justificada. A.A. pronto se hizo merecedora al respecto de los otros prisioneros y muchos de ellos, aunque no eran alcohólicos, manifestaron su deseo de asistir a las reuniones. La moral de esta institución realmente progresista, sentó un alto precedente. Los miembros de A.A. entraban y salían. Las reuniones sólo tenían un guardián, ubicado fuera del salón de reuniones, y presente allí, principalmente para atender las necesidades de los visitantes A.A. en las reuniones.

Cuando las cifras de regreso a la prisión de aquellos reclusos puestos en libertad condicional bajaron abruptamente de un 80 por ciento al espectacular 20 por ciento, y siguieron manteniéndose en ese orden de magnitud, los escépticos empezaron a convencerse. Esta nueva iniciativa hizo historia. Desde entonces se han establecido más de 300 grupos carcelarios dentro de las instituciones. Sabemos que millares de antiguos penados tienen hoy una vida normal en libertad.

Warren, a quien mencionamos como uno de los creadores del Primer grupo en prisión, fue también el primer iniciador de A.A. en la industria. Por la época de la iniciativa carcelaria, Warren estaba empleado en los astilleros Kaiser con el objeto de supervisar el problema alcohólico en esa empresa. Aunque su éxito fue muy notable, se trató sólo de una iniciación. Unos pocos años después él y su esposa Alicia, también miembro de A.A., persuadieron a las altas directivas de uno de los más importantes ferrocarriles de los Estados Unidos para que hicieran algo respecto al alcoholismo tanto en las oficinas como en el personal de línea. Esto fue tal vez el avance más importante del año. Continúan hoy en día en su trabajo, y Warren y Alicia pueden contar las recuperaciones entre sus amigos del ferrocarril por centenares. Y no es coincidental el hecho de que este sistema de transporte haya logrado alcanzar una marca de seguridad que no ha sido batida. Seguramente las demás empresas de transporte algún día harán uso de este medio sobresaliente para la rehabilitación de los trabajadores alcohólicos.

Antes de retornar a las consecuencias del artículo del *Saturday Evening Post*, volvamos nuestra memoria hacia Los Angeles. Poco antes de que el Libro Grande se editara en 1939, hicimos una copia mimeografiada de él. Se pusieron entonces en circulación 400 libros entre toda clase de gente, con el objeto de poder corregir los errores y tener en cuenta las sugerencias que se nos hicieran. A finales de aquel año yo efectué un viaje de negocios a Cleveland para mejorarlo y le entregué una de esas copias en mimeógrafo a un fiscal amigo. Sucedió que este amigo era también abogado de un rico hombre de Cleveland que por entonces vivía en la costa, donde, a causa de la bebida, había estado creándose multitud de dificultades.

Este abogado le envió a su cliente la copia de borrador del Libro Grande, y éste prácticamente lo devoró, Insistió en ir directamente a Akron donde se colocó bajo la tutela del Dr. Bob y la benigna influencia de Wally G., en cuya casa se alojó durante algún tiempo. Su ex-esposa Kaye M. no era alcohólica pero llegó a nosotros en Nueva York llena de entusiasmo acerca de lo que A.A. podía hacer por su problema personal.

Se inspiró en el mismo espíritu que se encuentra hoy en día en los Grupos Familiares de Al-Anón.

Ella tomó un barco para la costa occidental, llegó a Los Angeles y lo próximo que supimos fue que había visitado a Johnny Howe del Departamento de Libertad Vigilada de la ciudad. El Sr. Howe tenía muchos bebedores a su cargo, tanto pacientes de hospitales como ex-convictos. Johnny había estado trabajando duramente con las personas a su cargo pero sin ningún resultado. Cuando Kaye le mostró el libro A.A. y le contó lo que había visto en Akron y Nueva York, Howe se llenó de esperanza y pidió a Kaye que uniera las fuerzas con él, pero bajo ciertas condiciones. Johnny había estado dando clases instructivas para sus clientes alcohólicos con una base estrictamente psicológica. La idea central era: “Conózcase a sí mismo y sea libre”. El libro de A.A. era una revelación para él, pero al principio no le gustó mucho. No pudo aceptar la idea de rendirse a un Poder superior. Simplemente no le cayó bien el lado espiritual de A.A.

Según los rumores, él y Kaye habían llegado a un acuerdo, Johnny continuaría sus conferencias a los reclusos como antes. Pero él y Kaye ensayarían ciertas ideas de A.A. en algunos de los ex-convictos. A éstos se les dijo que podrían ensayar las ideas de Kaye, o las de Johnny o ambas. Naturalmente esta clase de alternativa no era muy ortodoxa como A.A., y sin embargo produjo algunos buenos resultados. Por ejemplo, algunos conocidos residentes de Los Angeles y las vecindades habían caído en manos de la ley a causa de la bebida y por consiguiente estaban bajo la supervisión de Johnny. Gozando de libertad bajo palabra, algunos de ellos empezaron a conocer las nuevas disposiciones ofrecidas por Kaye y Johnny. Hal S. fue el primero. Este más tarde habría de convertirse en el fundador del grupo de San Diego. Otros, que llegaron por el mismo camino fueron Marshall B., Barney B., y el Dr. Forrist H., quien habría de efectuar enorme trabajo de Duodécimo Paso en los años subsiguientes en la ciudad de Los Angeles. Habiendo cumplido esta labor Kaye y Johnny lograron un comienzo definitivo en Los Angeles y deseamos registrar nuestro agradecimiento a aquellas dos personas no alcohólicas que tanto bien hicieron por nosotros.

Entre tanto, la oficina de Nueva York anunció a los miembros de la costa la llegada de Chuck, un artista, y de su esposa Lee, quien en aquella época, era el miembro A.A. de la familia, el primer alcohólico en llegar procedente del este. Lee era una trabajadora incansable. Ella y Chuck llegaron a Los Angeles justo a tiempo para asistir a la primera de las reuniones llamadas “hogareñas”. Esta reunión particular tuvo lugar en la casa de Kaye en la Avenida Benecia el 19 de diciembre de 1939. Asistieron Kaye, Johnny, Lee, Chuck y un número de candidatos. Lee se puso de acuerdo con Kaye en enfatizar los aspectos espirituales del programa de A.A., y leyeron un capítulo del libro A.A. en esta reunión. Johnny dictó su conferencia y un artículo médico sobre el alcoholismo.

Durante las siguientes semanas hubo más reuniones de este tipo en diferentes hogares. Kaye y Lee hablaban del “Poder superior”, y Johnny se aferraba únicamente al aspecto psicológico.

Por esta época Lee consiguió que se hiciera en los periódicos de Los Angeles alguna publicidad que trajo muchos interesados y que finalmente condujo a la amistad de los A.A. con Ted Le Berthon, un prominente columnista de Los Angeles cuyos artículos subsiguientes hicieron un gran trabajo en nuestro favor.

Como era de esperarse, este pequeño grupo pionero tuvo muchas dificultades de orden personal y doctrinal. Cartas ansiosas de los diferentes interesados empezaron a llegar a nuestra Sede en Nueva York. Por último Lee empezó a beber. Pidió a Johnny que la ayudara a hospitalizarse y en pocos días se encontraba nuevamente bien. Pero, sin

embargo, esto fue un pésimo ejemplo para todos. A pesar de ello el grupo logró sobrevivir. Lee y Chuck retornaron al este para vivir felizmente y ambos están sobrios desde entonces.

Mientras todo esto acontecía, un residente de Denver llamado Mort J. compró el libro de A.A. en noviembre de 1939. sin ojarlo siquiera, Mort lo metió en su maleta e inició una borrachera que duró varias semanas. Finalmente llegó a Palm Springs y descubrió leerlo. Esto fue en noviembre de 1939 y desde entonces no ha vuelto a probar el licor. Mort fue un convertido por el libro llana y simplemente.

En marzo de 1940, Mort se trasladó a Los Angeles. Buscó el grupo Benecia y encontró que se había disgregado. Los primeros valientes como Hal y el Dr. H eran vistos muy raramente. Kaye estaba muy desanimada y dijo que iba a viajar a Honolulu. Pero antes de viajar le dio a Mort una pequeña lista de personas que todavía no habían sido visitadas. Aquella primera luz de Los Angeles estaba titilando pero nunca se apagó totalmente.

Mort empezó a trabajar inmediatamente. De la lista de Kaye muy pronto logró ponerse en contacto con un interesado llamado Cliff W. Este agarró la cuerda de salvamento, y muy pronto adquirió la sobriedad.

A su costa, Mort alquiló un lugar de reuniones en el Hotel Cecil de Los Angeles. Allí llegó otro salvado por el libro, Frank R. Cliente de muchos hospitales, Frank había leído el libro de A.A. en Arizona y a sugerencia de la Oficina de Nueva York, había viajado a Los Angeles a verificar si era cierto lo que en el libro argumentaba.

Este trío de fundadores, Mort, Frank y Cliff, pronto se vio acompañado en las reuniones del Cecil. Mort insistía en leer partes del Capítulo V del libro A.A. al comienzo de todas las reuniones. Así se estableció una costumbre que es notable en toda la costa occidental y se logró una costumbre que es notable en toda la costa occidental y se logró con ello que el grupo Cecil adquiriera una sólida fundamentación. Se terminó el debate acerca de si la reunión habría de centrarse alrededor de términos psicológicos o en el concepto de "Dios como cada uno lo concibe". La primera cimentación sólida de A.A. en California del sur se construyó en esa forma. De hecho, el grupo del Hotel Cecil llegó a conocerse en Los Angeles como "Grupo Materno".

Desde Nueva York tratamos de mantener a Los Angeles frecuentemente animados y bien aconsejados. El libro de A.A. se convirtió en su texto, casi su Biblia. Aquellas personas no habrían de conocer a un miembro de A.A. sobrio y experimentado que no fuera de su área durante mucho tiempo. En una ocasión se quejaban a nosotros: "Bien, nosotros hemos conseguido a una gran cantidad de personas aquí para nuestros grupos. Pero nos hemos preguntado si hay alguien que esté sobrio más allá de las Montañas Rocosas. No conocemos a uno solo procedente del este que esté realmente seco. Todos ellos han estado borrachos, todos los que han venido".

Dirigidos por Mort, los tres antiguos continuaron empujando, y así lo hicieron sus esposas. Frances, la esposa de Mort, tomó a su cargo la tremenda cantidad de trabajo de Duodécimo Paso que Mort empezó a efectuar. Frank estaba continuamente afligido por una fiebre recurrente y su esposa Eleanor se hacía cargo de todos sus amigos y candidatos, y mantenía la correspondencia con la Oficina de Nueva York. Cuando apareció el artículo del Saturday Evening Post, Cliff tenía registrado un teléfono en su casa a nombre de A.A., para atender la gran demanda que se presentó. Dorothy, esposa de Cliff, asumió la tarea a un punto tal que la dejó completamente exhausta. Los esfuerzos de aquellas seis personas siempre serán bien recordados en los anales de A.A.

El artículo de Jack Alexander no solamente nos trajo grandes cantidades de nuevos miembros, sino que también añadió muchos magníficos trabajadores de todas

clases y condiciones. Nunca Los Angeles hubiera podido prosperar como lo hizo sin sus esfuerzos en los años que siguieron. Es lamentable que el limitado alcance de este libro no nos dé margen para detallar todos sus maravillosos servicios.

Regresemos una vez más a las consecuencias del artículo del *Saturday Evening Post*. Lois y yo visitamos Los Angeles en 1943 y los grupos efectuaron una reunión pública en el Hall de la Legión Americana. Cuando atisé por detrás del telón, vi un millar de personas sentadas allí. Era increíble, aquí estaba la evidencia de que A.A. podía cruzar mares y montañas por sí mismo. En el futuro no habría necesidad de temer porque A.A. se suspendiera por falta de heraldos.

El rápido crecimiento y los problemas resultantes en Los Angeles habían sido impresionantes. Parecía imposible que pudieran resolver la confusión y mantener el paso constante. Antes de concluir aquella primera visita, empecé a preocuparme por este hecho, suponiendo que tal vez no podrían afrontar con éxito la situación. Y sin embargo en 1950, sólo siete años después, hablé ante una audiencia A.A. en el Auditorio Shrine, donde se habían reunido 7,000 miembros con sus familiares. Por entonces, el Condado de Los Angeles representaba la región más densamente poblada de A.A. en toda nuestra comunidad. Hoy alberga 14,000 miembros que son tan sólidos como el Peñón de Gibraltar.

En aquel primer viaje a la costa en 1943 Lois y yo visitamos a Doc H., un quiropráctico, en Oregón; quien estaba trabajando con los beodos de Portland. Y en Seattle, estado de Washington, conocimos al negociante Dale A., quien con coraje estaba esforzándose muy duro por mantener unido un pequeño grupo en aquella ciudad. El fue capaz de hacerlo y al final el éxito los favoreció.

Entretanto, A.A. empezó en Minneapolis. Chan F. y Bill Y. de Chicago se vieron sorprendidos en 1940 por una fuerte nevada, y aprovecharon el tiempo para transmitir el mensaje a un alcohólico llamado Par C. Par se echó encima la difícil tarea de tratar de empezar simultáneamente un grupo y un club A.A. Persuadió a uno de los magnates de la harina de la ciudad que vendiera a los A.A. su casa de campo por una ganga. Hoy en día no existen en A.A. grupos con más mentalidad de club que éste. La vida de A.A. en aquella ciudad todavía se centra en aquel momento pionero. Y, aunque parezca increíble, los alcohólicos de Minneapolis amortizaron la hipoteca de aquella casa en un lapso de sólo tres años.

Si mal no recuerdo, Buffalo y Pittsburgh empezaron muy poco después. Y en el centro del país el apreciado vendedor, Johnny P., se dio trazas de implantar A.A. en Kansas City, Missouri. Esto hizo que se formara otro grupo al otro lado del río en Kansas City, Kansas. Su animador constante fue uno de los primeros médicos miembros de A.A., Miles N., quien posteriormente se convirtió en un trabajador prodigioso de A.A. y autoridad nacional en la fisiología de los borrachos.

Por aquellos mismos años, los "Irlandeses de Boston" habían unido sus fuerzas con un grupo llamado Back Bayers y se habían asido tenazmente a la cuerda de salvamento de A.A., formando así aquel maravilloso núcleo del cual emergió brillantemente A.A. en Nueva Inglaterra. El grupo de Boston nos proporcionó una grata sorpresa y al mismo tiempo un dolor enorme. Su fundador nunca pudo adquirir la sobriedad y murió finalmente de alcoholismo. Paddy estaba demasiado enfermo para apropiarse del programa. Tuvo recaída tras recaída, pero en cada ocasión volvía al grupo a continuar transmitiendo el mensaje de A.A. en lo cual era sumamente exitoso. En cada ocasión el grupo lo devolvía a la vida. Por último, vino la última recaída fatal y murió. Este hombre tan enfermo dejó detrás de sí un gran grupo y una calificación sobresaliente

por su valor. Sus primeros dos ahijados, Bert C. y Jennie B., continúan hoy en día fieles al programa.

Esa fue nuestra adolescencia. Espero que algún día puedan contarse muchas más de estas maravillosas historias. de ese torbellino de experiencias excitantes y temerosas fueron saliendo las doce Tradiciones de A.A. que por primera vez se escribieron en 1946. Teniendo estos antecedentes vamos ahora a considerar las Doce Tradiciones, que son los principios vitales sobre los cuales descansa la supervivencia de A.A.

En las Tradiciones de A.A. está implícita la confesión de que nuestra comunidad tiene sus fallas. confesamos que tenemos defectos de carácter como sociedad y que estos defectos nos amenazan continuamente. Nuestras Tradiciones son una guía hacia mejores formas de trabajo y de vida, y son al mismo tiempo un antídoto para nuestras diversas enfermedades. Las Doce Tradiciones son para la supervivencia y armonía del grupo lo que los Doce Pasos son para la sobriedad y la paz mental de cada uno de los miembros.

Pero las Doce Tradiciones también puntualizan muchos de nuestros defectos individuales. Implican que cada uno de nosotros tiene que poner a un lado su orgullo y su resentimiento. Piden sacrificios personales y comunes. Nos piden que nunca usemos el nombre de A.A. en ninguna iniciativa que busque poder personal, fama o dinero. Las Tradiciones garantizan la igualdad de todos los miembros y la independencia de todos los grupos. Nos muestran la forma en que mejor podemos relacionarnos entre nosotros mismos y con el mundo que nos rodea. Nos indican la mejor forma de funcionamiento y armonía como un gran todo. Con el propósito del bienestar de toda nuestra comunidad, las Tradiciones piden que cada individuo, cada grupo y cada región de A.A. deponga todos sus deseos, ambiciones y acciones que pudieran ocasionar serias divisiones entre nosotros o la pérdida de la confianza que nos tiene el mundo en general.

Las Doce Tradiciones de Alcohólicos Anónimos simbolizan el carácter de sacrificio de nuestra vida en común y son la mayor fuerza de unidad que conocemos.⁶

Veamos la Primera Tradición. Dice que *“Nuestro bienestar común debe tener la preferencia; la recuperación personal depende de la unidad de A.A.”*. Probablemente no exista ninguna sociedad que tenga en tan alta apreciación el bienestar personal de los miembros individuales como A.A. Pero hace mucho tiempo aprendimos que el bienestar común debiera tener preferencia, ya que sin él podría haber muy poco bienestar personal. Al principio nos sentimos muy parecidos a Eddie Rickenbacker y su compañía cuando el avión en que viajaban tuvo un accidente en el Pacífico. Aunque se salvaron de la muerte, se vieron flotando en un mar muy peligroso. No existió ninguna duda en sus mentes de que el bienestar común tenía prioridad. Ninguno de ellos se atrevió a mecer la balsa por temor a que todos perecieran. El pan y el agua se compartieron equitativamente y no hubo glotonas.

Nuestro caso fue muy similar. Pero algunos de nuestros miembros más enfermos o descuidados se pusieron a mecer la balsa y con ello nos hicieron atemorizar. Hoy, en día pueden parecer casi cómicos algunos de nuestros temores iniciales. Por ejemplo, el más grande de todos que fue el temor a las recaídas. Al principio prácticamente todos los alcohólicos con quienes tratábamos empezaban a recaer y esto cuando lograban tener sólo algunos días de abstinencia. Otros podían permanecer abstemios seis meses, tal vez un año y luego resbalaban. Esto siempre fue para nosotros una catástrofe. Nos mirábamos unos a otros y decíamos: *“¿Quién será el próximo?”* Teníamos miedo de que el alcohol pudiera vencernos completamente. Pero hoy en día vemos decenas de miles de miembros completamente sobrios durante cinco, diez, quince y aun veinte

⁶ Véase las Doce Tradiciones de A.A.

años. Las recaídas son dificultades muy serias, pero como grupo las tomamos con calma. El miedo se ha evaporado. El alcohol siempre amenaza a las personas pero ya sabemos que no puede destruir el bienestar común.

Otro de los grandes temores fue el de los adulterios (los famosos triángulos amorosos). En más de la mitad de los casos de los miembros de nuestra comunidad, las relaciones familiares se habían destruido. La bebida había convertido al esposo en el niño malo del hogar y a la esposa en una madre protectora y posesiva. cuando esta relación siguió persistiendo después de aparecer A.A. en escena, el esposo en ocasiones, siguió con sus aventuras. Aquellas mujeres alcohólicas cuyos esposos las habían hecho a un lado, trataron de hacer valer sus derechos. Aquí y allá empezamos a observar explosiones que se agrupaban alrededor de estas situaciones. La gente empezó a formar bandos violentamente. Grupos enteros empezaron a disolverse y un gran número de personas volvió a beber. A los pecadores empezaron a señalarlos. Y, nosotros a temblar por la buena fama y la supervivencia de A.A. Pero al final nos dimos cuenta del hecho de que no teníamos más dificultades a este respecto que otras sociedades, y posiblemente nuestros problemas eran en menor número. Encontramos que estas situaciones poco a poco se iban corrigiendo a medida que las tratábamos con paciencia y generosidad. Tanto los pecadores como los excesivamente correctos iban viendo eventualmente lo exagerado de sus posiciones. La mayoría de los alcohólicos cuyas esposas los habían visto durante aquellos terribles días, volvieron al buen camino. Los Grupos Familiares de Al-Anón aparecieron y empezaron a hacer maravillas en las relaciones domésticas de los A.A. De manera que estas experiencias todas fueron configurando un buen fin. En la actualidad el porcentaje de divorcios entre miembros de A.A. está entre los más bajos del mundo. Pronto se hizo aparente que las relaciones entre los sexos no iban a perjudicarnos notoriamente y todos nuestros temores a este respecto se desvanecieron.

Pero al igual que otras sociedades, nosotros pronto encontramos que había fuerzas entre nosotros que podían amenazarnos en forma mucho más peligrosa que el alcohol o el sexo. Estas eran los deseos de poder, dominación, gloria o dinero. Estos deseos eran mucho más peligrosos porque invariablemente eran motivados por la auto-justificación, el fariseísmo o la fuerza destructiva de la ira que usualmente se disfraza como indignación frente al mal.

El orgullo, el temor y la ira son los enemigos primordiales de nuestro bienestar común. La hermandad verdadera, la armonía y el amor, fortificados por prácticas y actitudes claras y correctas, son las únicas respuestas. El propósito de los principios tradicionales de A.A. es reunir estas fuerzas, traerlas a la cima y tenerlas allá. Sólo entonces podremos servir a nuestro bienestar común; sólo entonces la unidad podrá volverse permanente.

Pensemos ahora en la Segunda Tradición: *“Para el propósito de nuestro grupo sólo existe una autoridad fundamental: un dios amoroso que puede manifestarse en la conciencia de nuestro grupo. Nuestros líderes no son más que servidores de confianza. No gobiernan”*. Nosotros en A.A. hemos aprendido este principio de la manera más difícil. Pocos obstáculos han sido más arduos de remover que aquellos que bloqueaban el camino hacia la idea fundamental de que la conciencia de grupo puede ser la única autoridad en nuestros asuntos.

Yo creo que hay todavía muchos antiguos que no creen esta proposición. Ellos podrán pensar que son más viejos y con más experiencia que las generaciones recientes de A.A. y que estas nuevas generaciones pudieron volver a la vida gracias a la dirección y liderazgo que los antiguos ejercieron oportunamente. Nosotros los veteranos muy

frecuentemente quisimos ver nuestra mayor experiencia como un derecho de investidura, o una licencia ilimitada para manejar indefinidamente a A.A. Cuando nos sentimos enfermos, cansados o viejos, nos creemos con el derecho de escoger a nuestros propios sucesores. Porque, ¿quién podría saber más que nosotros?.

Pero, a medida que ha pasado el tiempo, la mayor parte de nosotros nos hemos enfrentado a algunas duras realidades de la vida de A.A. Reticentemente descubrimos que los grupos, aparte del cariño y el respeto que nos tengan, sencillamente no desean que nosotros seamos los gobernadores por derecho de conquista de los asuntos de servicio y de orientaciones generales, para siempre. Tampoco quisieran ellos permitirnos que escojamos a nuestros sucesores para que hagan el trabajo que al grupo le corresponde. Ellos quieren nombrar sus propios comités de servicio. Una y otra vez nos han probado que la autoridad final debe manifestarse a través de los grupos. Para algunos de nosotros esto fue una píldora muy amarga.

Mucho más duro de aceptar fue el hecho ahora comprobado de que la conciencia del grupo, cuando está debidamente informada de los hechos, antecedentes y principios involucrados, ha sido frecuentemente mucho más sabia que cualquier líder, bien sea nombrado o no. Gradualmente nos fuimos dando cuenta de que el antiguo, en ocasiones, tiene juicios erróneos. A causa de la posición autoritaria que ha asumido, con demasiada frecuencia se verá afectado por prejuicios e intereses personales. A pesar de su gran experiencia y las magníficas obras que ha ejecutado, continúa siendo cierto el hecho de que no es infalible.

Esto no quiere decir que los antiguos miembros seamos inútiles. Por el contrario, una vez que nos hemos sometido a la conciencia del grupo nos sorprende agradablemente el observar que los grupos cuando se encuentran en serias dificultades, se volverán hacia nosotros en busca del consejo y la orientación que sólo nuestra mayor experiencia puede proporcionar.

Recuerdo muy bien cuando tuve que tragar mi primera dosis de esta difícil pero saludable doctrina.

En 1937 estábamos pasando apuros financieros en el 182 de la Calle Clinton. Algunos alcohólicos estaban viviendo con nosotros, y la mayoría de ellos no pagaba un centavo por su alojamiento. Lois todavía trabajaba en un gran almacén y su sueldo era la única entrada que teníamos. Entretanto, muchos de los miembros recuperados que asistían a nuestras reuniones semanales ya estaban encarrilados nuevamente y ganando muy buen dinero.

Un día en el Hospital Towns, Charlie, el propietario, me llamó a su oficina para una de sus charlas. “Mire Bill”, me dijo, “tengo la corazonada de que este asunto de A.A. va algún día a llenar el Madison Square Garden. Yo no soy un hombre religioso y usted debe saber de que yo era muy escéptico respecto a ustedes cuando vinieron aquí por primera vez. Silkworth alcanzó a asustarme cuando empezó a cooperar con ustedes. Pero todo esto ha cambiado. Tengo confianza en ustedes; sus métodos van a funcionar”. Y añadió: “Vea, Bill, ¿usted no se da cuenta de que está llevando la peor parte en todo este asunto? Mientras usted está pasando hambre y su esposa se mata trabajando, todos los que se hallan a su alrededor están recuperándose y consiguiendo dinero, mientras usted les dedica la jornada completa y continúa en bancarrota. Esto no es justo”.

Charlie buscó dentro de su escritorio y me alargó un balance antiguo. Entregándomelo, continuó diciendo: “Aquí puede observar las utilidades que este hospital tenía a principios del año 1930. Miles de dólares mensuales. Debiéramos estar produciendo resultados similares y podríamos hacerlo si usted quisiera ayudar. ¿Por qué no empieza a trabajar con nosotros aquí? Yo le proporciono una oficina, unos gastos de

representación y una sustanciosa participación en los beneficios. Lo que yo le propongo es perfectamente ético. Usted puede convertirse en terapeuta sin diploma y tener mucho más éxito que cualquiera de los que están en este oficio”.

Me quedé asombrado. La conciencia me mortificó un poquito. pero al fin vi que lo que Charlie proponía era algo muy honrado. No había nada de malo en que yo me volviera un terapeuta sin diploma. Pensé en Lois llegando a casa cada noche, exhausta de su trabajo en el almacén, a preparar la comida para una multitud de borrachos que no pagaban nada por su alimentación. Pensé además en la gran cantidad de dinero que aún adeudaba a mis acreedores de Wall Street. Pensé en algunos de mis amigos alcohólicos, que seguían ganando tanto dinero comí siempre. ¿Por qué no podía yo hacer otro tanto?

Aunque le pedí a Charlie un palco para considerar lo que me proponía, ya tenía resuelto lo que iba a hacer. Yendo muy de prisa en el subterráneo con destino a Brooklyn, sentí algo que me pareció una revelación divina. Fue apenas una sola frase pero harto convincente. En realidad, tomada precisamente de la Biblia. Una voz me repetía: “El trabajador merece su salario”. Al llegar a casa, encontré a Lois cocinando como de costumbre, mientras tres borrachos la contemplaban hambreados desde la puerta de la cocina. La llamé a un lado y le di la gloriosa noticia. Pareció interesada, pero no se emocionó tanto como yo lo esperaba.

Esa noche teníamos reunión. Aunque pocos de los alcohólicos que alimentábamos parecían volverse hombres sobrios, otros sí lo estaban. Se hallaban en nuestra sala con sus respectivas esposas. Me apresuré a contarles la historia de la oportunidad que se me presentaba. Nunca olvidará sus caras impasibles, ni lo fijamente que me miraron. Casi sin entusiasmo acabé mi historia. Hubo un prolongado silencio.

Casi tímidamente, uno de mis amigos empezó a hablar: “Bien sabemos qué tan necesitado estás, Bill. Eso nos preocupa mucho. A menudo nos hemos preguntado si no fuera posible que hiciéramos algo para remediar las cosas. Pero creo que expreso la opinión de todos cuando digo que mucho más nos preocupa lo que acabas de decirnos”. La voz del interlocutor se volvió más confiada. “¿No vez, - continuó – que nunca podrás volverte profesional? Por más generoso que Charlie haya sido con nosotros, ¿no ves que esta cosa no puede amarrarse con su hospital ni con ningún otro? Dices que la propuesta de Charlie no tiene nada de inmoral; claro está, es moral, pero lo que tenemos no funciona sólo con el fundamento de la moral; tiene que ser algo mejor. Claro que la idea de Charlie es buena, pero no lo suficientemente buena. Esta es una cuestión de vida o muerte, y sólo lo mejor puede servirnos”. Mis amigos me lanzaban miradas desafiantes a medida que el orador continuaba. “Bill, nos has dicho tú mismo a menudo en estas reuniones, que lo bueno es enemigo de lo mejor.^{30/III} Pues, bien, éste es sencillamente un caso de lo mismo. No puedes hacernos tal cosa”.

^{30/III} NUESTRA CONCIENCIA DE GRUPO.

Yo creo que estas palabras se aplican a todos los aspectos de los Tres Legados de A.A.: Recuperación, Unidad y Servicio. Yo quiero que ellas se queden grabadas en mi mente y en mi vida a medida que yo “vaya por el camino del Destino Feliz”. (Alcohólicos Anónimos, pág. 151). Estas palabras, frecuentemente pronunciadas por el co-fundador Bill W., le fueron apropiadamente dichas a él como resultado de la conciencia de grupo. Esto hizo que Bill se diera perfecta cuenta de la esencia de nuestra Segunda Tradición: “Nuestros líderes no son más que servidores de confianza. No gobiernan”. Así como originalmente se la hizo recordar a Bill, yo creo que en nuestras discusiones de grupo nunca debemos quedarnos con lo “bueno”, sino siempre esforzarnos por lograr lo “mejor”. Este esfuerzo común es otro ejemplo más de un dios bondadoso, tal como lo concebimos, que se expresa a través de la conciencia de grupo.

Así habló la conciencia de grupo. El grupo tenía razón y yo estaba equivocado; la voz que sentí en el subterráneo no era la voz de Dios. Aquí estaba la verdadera voz, fluyendo de mis amigos. La escuché. Y, gracias a Dios, la obedecí.

Tres golpes fuertes y abrumadores había dado el yunque de la experiencia del grupo. Estos golpes resonaron en mi conciencia. “El bienestar común debe tener la preferencia”. “A.A. no puede tener terapeutas profesionales de ninguna clase”. Y “Dios cuando habla en la conciencia del grupo es nuestra autoridad final”. Implícito claramente en estos tres principios embrionarios de tradición se encuentra un cuarto principio que es: “Nuestros líderes son únicamente fieles servidores; no gobiernan”.

La Tercera Tradición fue un rompecabezas durante mucho tiempo. “*El único requisito para ser miembro de A.A. es querer dejar de beber*”. Nos preocupó mucho la afiliación de los miembros. En realidad, cuando se nos presentó por primera vez una gran publicidad, nos aterró pensar: “¿Qué clase de gente rara nos irá a llegar? Se presentarán complicaciones; el alcohol mezclado con otras cosas”. En aquellos días siempre estábamos hablando de un personaje hipotético al que llamábamos el alcohólico puro, sin complicaciones, es decir, un borracho únicamente. En realidad, nosotros creíamos ser así. Por consiguiente, cuando los miembros empezaron a invadirnos, nuestras preocupaciones aumentaron. Nos preguntábamos: “¿Es que nos vamos a llenar de homosexuales, o criminales o indeseables sociales?” Mezclado con una cierta cantidad de esnobismo y timidez, había también físico miedo. Simplemente no sabíamos dónde y cómo íbamos a parar.

Desde aquellos tiempos iniciales prácticamente toda clase de gente ha encontrado su camino a través de A.A. En la actualidad no somos nada exclusivistas. Por ejemplo, hace poco tiempo estuve conversando en mi oficina con una señora miembro de A.A. que ostenta el título de condesa. Esa misma noche fui a una reunión de A.A. Estábamos en invierno y a la entrada había un caballero de baja estatura y mirada apacible recibiéndonos los abrigos. No estaba cobrando nada por ese servicio; lo hacía simplemente por cordialidad. Pregunté: “¿Quién es ese tipo?” Alguien me contestó: “Ha estado aquí durante mucho tiempo. Todo el mundo lo aprecia. Era uno de los guardaespaldas de Al Capone”. ¿Qué les parece? así somos de universales en A.A. hoy en día.

Pero nos tomó mucho tiempo volvernos realmente democráticos. En una ocasión hubo tantas reglas para la afiliación en los grupos que si hubieran sido puestas en práctica simultáneamente, nadie, absolutamente *nadie*, hubiera podido unirse a A.A. Pero, a medida que nuestros temores desaparecieron, finalmente empezamos a preguntarnos: “¿Quiénes somos nosotros para impedir que alguien ingrese? Para muchos alcohólicos desesperados, A.A. es su último recurso. ¿Cómo podemos cerrar la puerta en la cara de alguien que desee entrar? No, nunca podremos hacer eso. Siempre debemos asumir el riesgo sin importarnos quien sea la persona”. Siempre debemos afrontar el riesgo sin importarnos quien llegue. Es probable que nuestras relaciones públicas sufran algún daño debido a que algunos pocos personajes extraños se nos inmiscuyan. Naturalmente que nuestras relaciones públicas son importantes, pero mucho más importante aún es el carácter real de esta sociedad. ¿Quién de nosotros se atreve a decir: “No, usted no puede entrar”, asumiendo así el papel del juez, jurado y tal vez verdugo de su propio hermano alcohólico? De manera que la experiencia obtenida a

través de los años y que ahora se decanta en la Tercera Tradición, dice: “Usted es un miembro de A.A. si usted mismo lo manifiesta. No importa lo que haya hecho o continúe haciendo, usted es un miembro de A.A. mientras usted lo diga”.

Viene ahora la Cuarta Tradición. *“Cada grupo debe ser autónomo, excepto en asuntos que afecten a otros grupos o a A.A., considerado como un todo”*.

Por ser yo una de las personas que ayudaron a iniciar este movimiento, pensé durante mucho tiempo que debería permitírseme manejarlo desde Nueva York. Pero muy pronto me di cuenta de que no podía hacer tal cosa, como tampoco ninguno en la Sede de Nueva York. Los grupos nos dijeron: “Nos gusta lo que ustedes están haciendo. En muchas ocasiones las sugerencias o consejos que nos dan son buenos. Pero tenemos la prerrogativa de decidir si seguimos sus consejos o no. Dentro de los grupos, nosotros vamos a manejar nuestros propios asuntos. No estamos dispuestos a tener un gobierno en Nueva York, ni en ninguna parte. Damos la bienvenida a los servicios pero rechazamos el gobierno”.

De aquí se extiende la Tradición de A.A. de la autonomía de grupo. No tuvimos que esperar mucho tiempo para formularla. Ellos nos dijeron lo que deseaban, y en eso estaba incluido el derecho a equivocarse.

Por ejemplo: Hace años en una cierta población llegó a A.A. un super-promotor. Inmediatamente empezó a concebir ideas grandiosas, naturalmente para el beneficio de A.A. Tal como él lo veía, la meta ideal sería construir un gran edificio para lo cual se necesitaba una tremenda cantidad de dinero. En el primer piso se tendría un club. En el siguiente un gran salón de reuniones; en el piso siguiente una clínica y centro de rehabilitación. En el último piso se establecería una agencia de préstamos para facilitarle a los alcohólicos indigentes el dinero que iban necesitando para sus gastos. Tal era la concepción del nuevo centro. Era muy buen promotor. Y llegó a vender la idea a sus conciudadanos. Naturalmente, él sería gerente general de la empresa. Redactó los estatutos de tres sociedades distintas, una parte el club, otra para la clínica y otra más para la agencia de préstamos. En total, escribió sesenta y una normas, regulaciones y estatutos para lograr que estas corporaciones llevaran adelante su trabajo.

Con excepción de unos pocos reticentes, los compañeros A.A. lograron convencerse. Era el hombre preciso. Pidió a Nueva York que se le enviara una autorización legal. Apenas supieron esto, algunos de los disidentes nos escribieron. Tuvimos que decirles que cada grupo A.A. podía manejar sus propios asuntos en la forma que a bien tuviese, siempre y cuando no se perjudicaran los grupos circundantes. Pero, atreviéndonos a ser un poco más explícitos, puntualizamos que anteriormente habían fallado, en muchas partes, proyectos similares pero mucho menos grandiosos que éste. Haciendo uso de su derecho, este grupo tan autónomo hizo caso omiso de nuestra advertencia.

Probablemente ustedes habrán adivinado lo que sucedió. Después de una gran conmoción llegó el colapso. Fue como la explosión de una caldera en una fábrica. Pudo oírse a millas de distancia el trueno de los egos en colisión.

Pero las cosas se fueron calmando y después de un largo intervalo volvimos a saber del promotor. Nos escribió. “Ustedes nos dijeron que las empresas ajenas a nuestros propósitos pueden ser magníficas y muy convenientes. Pero también nos advirtieron que no deberían mezclarse con A.A. Yo me imaginé lo contrario y creí que podía hacerlo. Bien, ustedes, los amigos de la Sede, tenían razón y yo estaba equivocado”.

Con esta carta, el promotor nos enviaba una tarjeta que ya había enviado por correo a todos los grupos de los Estados Unidos. Estaba doblada y en la carátula se leía:

“grupo tal, dirección tal, Regla N° 62”. Al desdoblar la tarjeta se podía leer una interesante frase: “No te tomes a ti mismo demasiado en serio”.

Así, por medio de la cuarta Tradición, un grupo de A.A. había ejercitado su derecho a equivocarse. Más aun, había prestado un gran servicio a A.A., puesto que tuvo la humildad de aplicar las lecciones que había aprendido. Había tomado su fracaso con buen humor y se dispuso a hacer cosas mejores. Aun el gran arquitecto, de pie sobre las ruinas de sus grandiosos sueños, pudo reírse de sí mismo, y eso es el colmo de la humildad.

^{29/IV} Algunos pueden pensar que hemos llevado al extremo el principio de la autonomía de los grupos. Por ejemplo, en su forma original “larga”, la Cuarta Tradición declara: “Dos o tres personas que se reúnan con el propósito de adquirir la sobriedad, pueden llamarse a sí mismas un grupo de A.A., siempre y cuando que como grupo no tengan afiliaciones distintas”. Esto significa que los dos o tres alcohólicos podían buscar su sobriedad en la forma que quisieran. Podrían estar en desacuerdo con algunos o con todos los principios de A.A. y continuar llamándose grupo A.A.

Pero esta libertad extrema no es tan peligrosa como parece. A la larga, los innovadores tenían que adoptar los principios de A.A. (Por lo menos algunos de ellos) para poder permanecer sobrios. Si por otro lado, encontraban algo mejor que A.A. o se sentían capaces de mejorar nuestros métodos, entonces con toda probabilidad nosotros adoptaríamos los descubrimientos efectuados para usarlos en todas partes. Esta clase de libertad también proviene que A.A. se convierta en una serie rígida de principios dogmáticos que no puedan cambiarse en caso de estar obviamente equivocados. En A.A. siempre ha habido lugar para el ensayo y la equivocación. Por supuesto aconsejamos que los grupos disidentes no tengan otra afiliación. (Aconsejamos pero no obligamos). Es lógico que no nos queda bien tener grupos Católicos, grupos Protestantes, grupos Republicanos, grupos Demócratas o Comunistas, simultáneamente con A.A. Ni tampoco un grupo de A.A. debiera aliarse con cualquier forma o método particular de tratamiento médico o psiquiátrico. Podemos cooperar con cualquiera pero el nombre de “Alcohólicos Anónimos” lo debemos reservar únicamente para nosotros.

Muchas gentes se maravillan de que A.A. pueda funcionar con una anarquía aparente. Otras sociedades necesitan tener leyes, sanciones, regulaciones y castigo, administrados por personas autorizadas. Felizmente para nosotros, encontramos que no tenemos necesidad de autoridad humana. Nosotros tenemos dos autoridades que son mucho más efectivas, la una benigna, la otra maligna. Tenemos a Dios, nuestro Padre, quien en forma muy simple nos dice: “Espero que usted cumple mi voluntad”. La otra autoridad se llama Alcohol que nos dice: “O usted cumple la voluntad de Dios o lo mato”. Y en ocasiones, realmente nos mata. Así, cuando tenemos que resolver en definitiva, nos adaptamos a la voluntad de Dios o perecemos. A este nivel, la sentencia de muerte cuelga sobre el mundo de A.A., sus grupos y A.A. como un todo. Por consiguiente, tenemos todos los beneficios de las dictaduras políticas asesinas de hoy en día pero ninguna de sus desventajas. Existe suficiente autoridad, suficiente amor y

^{29/IV} AUTONOMIA DE GRUPO.

Como alcohólico activo, yo abusé de todas las libertades que la vida me ofrecía. ¿Cómo podía A.A. esperar que yo respetara la “libertad extrema” concedida por la Tradición Cuatro?. Aprender a respetar se ha convertido en un trabajo para toda la vida.

A.A. ha hecho que yo acepte completamente la necesidad de la disciplina y que, si no me la impongo desde dentro, pagaré las consecuencias. Esto se aplica también a los grupos. La Tradición Cuatro me encamina en una dirección espiritual a pesar de mis inclinaciones alcohólicas.

REFLEXIONES DIARIAS – 29/IV.-

suficiente castigo, sin que ninguna persona humana esté manejando las claves del poder. Tal es el freno de A.A. contra la disolución y la garantía definitiva de supervivencia bajo cualquier condición. Para nosotros el asunto es actuar o morir.

Pero esto no es todo. A medida que progresa el desarrollo individual y de grupo, empezamos a obedecer las Tradiciones de A.A. por otras razones. Empezamos a obedecerlas porque creemos que son convenientes para nosotros. Acatamos estos principios porque creemos que son buenos, aun cuando podamos tener algunas dudas. Luego llegamos a un nivel final de obediencia que es el mejor de todos, y en el cual ^{27/VI} seguimos los Pasos y las Tradiciones de A.A. porque realmente deseamos aprovecharlos. Ya no se trata de decidir entre el bien o el mal; nos amoldamos porque sinceramente deseamos amoldarnos. Tal es el proceso de crecimiento en la unidad y en servicio. Tal es la evidencia de la gracia de dios entre nosotros.

Gran parte de la argumentación anterior nos conduce directamente a la Quinta Tradición que establece: *“Cada grupo tiene un sólo objetivo primordial: llevar el mensaje al alcohólico que aún está sufriendo”*.

Nosotros creemos que es mejor hacer bien una cosa que hacer varias cosas para las cuales no estamos preparados. Esa es la idea central de esta Tradición. Nuestra sociedad se agrupa en unidad alrededor de este concepto. La vida misma de nuestra comunidad requiere su preservación. El proverbio “Zapatero a tus zapatos” no es una frase hueca en A.A. Juntos hemos encontrado un remedio substancial para una terrible enfermedad. Naturalmente podemos interesarnos particularmente en los campos de la educación, la investigación, la psicología y asuntos similares. Pero, ¿debemos hacerlo como sociedad? Nuestra experiencia dice que definitivamente no debemos. Podemos ayudar como individuos, y lo hacemos en aquellos campos. Eso está bien. Pero como asociación sabemos que no debemos diversificar nuestros esfuerzos. Nuestra experiencia como alcohólicos nos indica que tenemos un valor definido en el sector que nos corresponde de la lucha alcohólica. Nadie puede llegar a los alcohólicos como nosotros. Por consiguiente, sobre nosotros pesa la más fuerte compulsión moral y ética para que hagamos esto y nada más. Si hubiéramos descubierto una curación de aplicación universal contra el cáncer, se nos rogaría que atendiéramos única y exclusivamente ese campo. No deberíamos tratar de curar tumores o tuberculosis o enfermedades distintas. En tal caso, seguramente nos dedicaríamos únicamente al cáncer. Aunque A.A. tiene deuda con la medicina y con la religión, no podemos convertirnos en expertos en ninguna de las dos materias. Sabemos que la teología es para los clérigos y que la práctica de la medicina y la psiquiatría es para los médicos. Ciertamente, unidos podemos lograr más que separados, y por tanto debemos siempre cooperar pero nunca competir. Debemos dirigir nuestra energía hacia el punto donde pueda ser mejor aprovecharla.

Afirmamos entonces enfáticamente que A.A. no tiene sino un solo propósito: *llevar el mensaje al alcohólico que todavía sufre*. Este es nuestro objetivo básico y nuestra razón de existir.

Una consecuencia lógica de la Tradición Quinta, es la Tradición Sexta que dice: *“Un grupo de A.A. nunca debe respaldar, financiar o prestar el nombre de A.A. a*

^{27/VI} CONFORMIDAD CON LA MANERA DE A.A.

Me encanta verme a mí mismo crecer en A.A. Me resistía a conformarme con los principios de A.A. desde el momento que ingresé, pero del dolor de mi beligerancia llegué a saber que, al elegir practicar la manera de vivir en A.A., me abría para recibir la gracia y el amor de Dios. Entonces empecé a conocer el significado completo de ser un miembro de Alcohólicos Anónimos.

ninguna entidad allegada o empresa ajena para evitar que los problemas de dinero, propiedad y prestigio nos desvíen de nuestro objetivo primordial”.

En los tiempos antiguos nuestra Fundación (que ahora es nuestra Junta de Servicios Generales) se diseñó originalmente en forma tal que podía cumplir con cualquier tarea menos tomar partido en la legislación sobre la prohibición alcohólica. En los estatutos se contemplaba que podíamos actuar en la educación, investigación y prácticamente todos los campos. Y solíamos pensar que necesitábamos una gran cantidad de dinero para llevar a cabo una gran cantidad de cosas. En los grupos prevalecían frecuentemente las mismas ideas.

En aquella época los hospitales no nos querían, entonces pensábamos que deberíamos construir y operar nuestros propios hospitales. Necesitábamos informar a la gente lo que era el alcoholismo, y por tanto pensábamos que podríamos educar al público, tal vez imprimiendo nuevos libros de texto para las escuelas de medicina. Pensábamos que deberíamos revisar las leyes del país y hacer que se declarara a los alcohólicos como personas enfermas. Llevaríamos a A.A. a los oscuros campos de la adicción a las drogas y la criminalidad. Formaríamos grupos de personas paranoicas y depresivas y, a mayor neurosis, mayor éxito podríamos tener.

Si podríamos tratar el alcoholismo, entonces podríamos afrontar cualquier problema. La honradez absoluta de los A.A. muy pronto se introduciría en la política. Llegaríamos a lograr que los obreros y los empresarios hicieran las paces en la industria. Ya que habíamos aprendido a vivir felizmente, podíamos mostrarle a todo el mundo nuestra forma de vida. Pensábamos que nuestra sociedad de Alcohólicos Anónimos muy pronto probaría ser la chispa de un nuevo avance espiritual. ¡Nuestros principios podían transformar al mundo!

Sí, realmente albergamos aquellos fantásticos sueños. Lo cual era muy natural, puesto que la mayoría de los alcohólicos son idealistas en bancarrota. Casi todos nosotros habíamos deseado llevar a cabo grandes ideas, ejecutar grandes acciones y llevar adelante grandes ideales. Eramos perfeccionistas que, con nuestro fracaso al buscar la perfección, nos habíamos ido al otro extremo para conformarnos con la botella y el olvido. La Providencia a través de A.A. nos había vuelto a colocar en situación de buscar nuestras más altas esperanzas. Entonces, ¿por qué no podíamos compartir nuestra forma de vida con toda la humanidad?

Entonces, tratamos de formar hospitales de A.A. Todos fracasaron porque no se puede lograr que un grupo de A.A. entre en negocios; muchos cocineros echan a perder la sopa. Los grupos de A.A. probaron entrar en el campo de la educación y cuando empezaron públicamente a ensalzar los méritos de tal o cual sistema, la gente se vio confundida. ¿A.A. era un tratamiento de sobriedad para los alcohólicos o un proyecto educacional? ¿Era A.A. espiritual o médica? ¿O se trataba más bien de un movimiento reformista? Consternados nos vimos en toda clase de actividades, algunas buenas y otras no muy buenas.

Cuando vimos que los alcohólicos eran considerados indiscriminadamente en las prisiones y asilos, empezamos a decirnos que tendría que haber una legislación distinta. A la vista de todo el público, algunos miembros de A.A. empezaron a dar pupitrazos en las corporaciones legislativas y a agitar el ambiente en busca de reformas legales. Con ello, lograron salir en las primeras páginas de los periódicos pero nada más. Vimos que muy pronto estaríamos involucrados en la política. Nos dimos cuenta que era imperativo aun dentro de A.A. remover el nombre de A.A. de los clubes y Casas del Paso Doce. Aquellas fatigosas aventuras implantaron la profunda convicción de que en ninguna circunstancia deberíamos apoyar a empresas allegadas o ajena, no importa lo buenas que

fueran. Nosotros, como Alcohólicos Anónimos, no podíamos solucionar todos los problemas de todos los hombres, y no deberíamos tratar de hacerlo. en el momento en que prestamos el nombre de A.A. para cualquier empresa ajena, nos vimos envueltos en dificultades, en ocasiones muy graves.

En una oportunidad, casi llegamos a vernos comprometidos en la controversia entre abstencionistas y no abstencionistas. Una asociación de comerciantes de licores quiso contratar a un miembro de A.A. para el campo de la información pública. Los socios deseaban enseñar a la gente que el excesivo licor era perjudicial para todos y que los alcohólicos no deberían beber en absoluto. Hasta aquí, muy bien. Pero más adelante dijeron que deseaban que en toda la publicidad debía hacerse constar de que el informante, el Sr. X, era un miembro de A.A. Esto ya era otra cosa. El público inmediatamente pensaría que A.A. se había metido en el campo de la educación, gracias a la industria licorera. Si eso llegaba a suceder, los abstencionistas contratarían inmediatamente a otro miembro de A.A. para sus “propósitos educativos”. Esto haría que nosotros nos viéramos en medio del campo de batalla de una controversia indefinida. Simplemente no podíamos tomar partido en esta lucha y tratar al mismo tiempo con los alcohólicos enfermos.

El miembro de A.A. que iba a ser contratado fue a nuestra oficina de Nueva York a pedirnos opinión. Por supuesto le dijimos que pensábamos que le informar la verdad al público era una buena idea y que él, como experto en relaciones públicas y como ciudadano, tenía un perfecto derecho para hacer el contrato. Pero ¿había pensado que él iba a publicar su afiliación en A.A. al nivel del público en general?.

Nuestro miembro vio el punto inmediatamente y dijo: “A.A. salvó mi vida. Está en primer lugar. Yo no voy a ser la persona que meta a A.A. en grandes dificultades y este trabajo probablemente llegue a proporcionar esas dificultades”. Nuestro amigo había resumido todo el problema de la afiliación. vimos, como nunca antes, que no podíamos prestar el nombre de A.A. a ninguna causa distinta a la nuestra. Tiempo después vimos algo más. vimos que mientras más nos preocupábamos por ceñirnos a nuestros propios asuntos, mayor podría ser nuestra influencia general. La medicina, la religión y la psiquiatría empezaron a hacer uso de algunas de nuestras ideas y experiencias. Así también con los campos de investigación, rehabilitación y educación. Empezaron a crearse grupos terapéuticos de toda clase. Trataban problemas de juego, divorcio, delincuencia, adicción a las drogas, enfermedad mental y similares. Ellos también tomaron ideas de A.A. pero haciéndoles sus propias adaptaciones. Esos grupos se ajustaron a sus propios propósitos, y nosotros no tuvimos la necesidad de apoyarlos o decirles cómo orientar sus vidas.

Nuestra influencia no ha estado confiada a estos únicos campos de acción. Empieza ahora a ser general. Florece en la vida política y financiera. La gente que conoce a los alcohólicos y a sus familias ha sido profundamente afectada. Aun los progresos que una vez estuvimos intentando forzar, han empezado a suceder espontáneamente.

Hoy en día comprendemos y aceptamos esta paradoja: ^{30/V}Mientras más se aferre A.A. a su propósito fundamental, mayor será la influencia bienhechora en todas partes.

^{30/V} NUESTRO OBJETIVO PRIMORDIAL.

Reflexiono con gratitud sobre los primeros años de nuestra Comunidad y aquellos sabios y cariñosos “pioneros” que proclamaron la necesidad de no desviarnos de nuestro objetivo primordial, el de llevar el mensaje al alcohólico que aún sufre.

Deseo mostrar mi respeto a aquellos que trabajan en el campo del alcoholismo, teniendo siempre en cuenta que A.A. no apoya causas ajenas.

Hablemos ahora acerca del dinero y de la actitud de A.A. hacia dicho aspecto. La riqueza ha arruinado hombres y países. ¿Podría arruinarnos a nosotros también? Especialmente en América, el dinero ha sido un símbolo de prestigio, poder y comodidad. El dinero puede hacer mucho bien, aunque prácticamente no existe mal que no pueda acarrear. ¿Debería nuestra espiritualidad en A.A. mezclarse con el dinero? O, por otro lado, ¿deberíamos no tener mucho dinero para llevar a cabo grandes obras? ¿Este fue el dilema siempre antiguo y la tentación que tuvimos que afrontar.

Los conservadores decían: “¿Para qué nos sometemos a la tentación del dinero? No lo necesitamos; podemos reunirnos en casas particulares e manera que ningún grupo necesite tesorería. ¿Para qué necesitamos libros, oficinas y servicios mundiales? Un alcohólico transmite el mensaje a otro alcohólico. Dejemos que esto continúe así de simple y mantengámonos alejados de los problemas que ocasiona el dinero”. Los radicales, por el contrario, argumentaban: “No solamente necesitamos servicios esenciales, sino mucho más. Necesitamos hospitales, terapeutas a sueldo, conferencistas viajeros, centros de rehabilitación. Dios sabrá cuántas cosas más. Para ello serán necesarios muchos millones. Y ¿dónde vamos a conseguir ese dinero? Pues de la misma fuente de donde lo obtienen otras instituciones benéficas, del público”.

Después de un corto tiempo hallamos el hecho agradable de que A.A. como tal, no necesitaba manejar mucho dinero. cuando nos desembarazamos de nuestras ideas grandiosas acerca de hospitales, centros de investigación, rehabilitación y educación, no quedaban muchas cuentas que pagar. Otro tipo de empresas necesitaba grandes sumas. Pero no la nuestra. Podíamos evitarnos un dolor de cabeza.

Un factor que influyó en nuestra manera de pensar de esa época fue la filosofía de san Francisco de Asís. Su movimiento empezó también en forma sencilla, un hombre llevando el mensaje a otro. en su época era muy común que las personas hicieran voto de pobreza. Pero era poco usual, cuando no extraordinario, que una organización o comunidad hiciera lo mismo. Para los propósitos de su sociedad, San Francisco pensó que era fundamental la pobreza de la comunidad. Mientras menor fuera el dinero y las propiedades sobre las cuales pudieran presentarse discusiones, menor sería el riesgo de la desviación de sus propósitos primordiales. Y al igual que A.A. hoy en día, no se necesitaba mucho dinero para cumplir la misión trazada. ¿Para qué tener tentaciones y desviaciones si no eran necesarias?.

Por consiguiente A.A. adoptó como propia la sabiduría de San Francisco. No solamente tendríamos la menor organización de servios posible, sino que usaríamos la menor cantidad de dinero posible. Para nosotros esto no significa que no manejemos ningún dinero. Quiere decir solo el dinero necesario para llevar adelante y bien hecho el trabajo. Este es el sentido por el cual A.A. se ha decidido por el principio de la pobreza comunitaria. Es la principal clave de seguridad de nuestro futuro.

A pesar de nuestra temprana Tradición de mantener pobre a A.A. para su propia seguridad, íbamos a tener todavía tres tentaciones.

La primera llegó cuando conocimos a John D. Rockefeller y sus amigos en el otoño de 1937. En aquella época las posibilidades que se nos presentaban para tener respaldo financiero ilimitado nos distaban mucho de compartir las visiones de San Francisco. El Dr. Bob y yo, al igual que la mayoría de nosotros, estábamos prácticamente en la quiebra. Nuestra imaginación se elevaba con ilusiones de trabajos

Debo recordar que A.A. no tiene el monopolio de hacer los milagros, y sigo insistiéndome humildemente agradecido al Dios bondadoso que hizo que A.A. fuera posible.

Reflexiones diarias – 30/V

confortables y bien pagados, cadenas de hospitales A.A., toneladas de literatura gratuita para los alcohólicos que sufrían. Pero el Sr. Rockefeller tenía otras ideas. Nos dijo: “Yo creo que el dinero puede echar a perder todo esto”. Actuó de acuerdo con su idea, y A.A. permaneció pobre. San Francisco nos había dado la política a seguir, pero John D. sabiamente nos forzó a seguirla. Estas dos personas, tan dispares, fueron las responsables reales de la Tradición de A.A. acerca del dinero. gracias a dios por esa pareja que tanto bien nos hizo.

La segunda tentación nos llevó al extremo opuesto. Llegamos a tener tanto miedo del dinero que nos volvimos tacaños, rehusando casi sostener los servicios simples pero esenciales de A.A. a nivel regional y mundial, sin los cuales habríamos fallado en nuestro funcionamiento y crecimiento. Aún hoy no ha sido posiblemente erradicar totalmente este prejuicio. todavía vacilamos cuando se pasa el sombrero con destino a las oficinas de Intergrupos o de Servicios Generales. Y esta vacilación no se debe a que nos falte dinero. El ingreso colectivo de los miembros de A.A. (la suma de nuestros sueldos, salarios y otros emolumentos) puede hoy en día alcanzar un total de 1,000 millones de dólares anuales. Una vez que se encuentran sobrios y trabajando, muy pocos alcohólicos tienen problemas económicos. Nuestro potencial de ganancia individual puede llegar a doblar el potencial general promedio de la nación. Las ganancias materiales, así como las ganancias espirituales de la forma de vida de A.A. son increíbles. Sin embargo, todavía no somos muy generosos cuando se trata de pagar los costos muy razonables de los servicios de A.A. en ocasiones creo que esto puede ser bueno. ¡No existe el más remoto peligro de que A.A. llegue a enriquecerse gracias a las contribuciones voluntarias de sus propios miembros!.

Hay una historia simpática y muy reveladora acerca de esto. Y la anécdota es mía. Fue en 1941, poco después de aparecer al artículo del *Saturday Evening Post*. Los ingresos provenientes del libro de A.A. no alcanzaban a pagar la necesaria correspondencia de los millares de solicitudes que se presentaron, y tuvimos que establecer una contribución de un dólar por año por miembro como una manera de que las contribuciones voluntarias equilibraran el déficit. Fue la primera vez que la Sede de A.A. pidió ayuda a los grupos.

Por aquella época, Lois y yo recibíamos treinta dólares semanales como resultado de la cena del Sr. Rockefeller. Vivíamos en una pequeña habitación del club de la Calle Veinticuatro. Todos nuestros muebles estaban almacenados y pasábamos muchas dificultades. Una mañana se presentó a la oficina de Vesey Street un amigo que acababa de salir de una racha alcohólica. Yo me paseaba de arriba abajo criticando a los alcohólicos por su lentitud en enviar su contribución voluntaria anual. Me encontraba de muy mal genio, de manera que le di a mi amigo de los ojos llorosos una larga disquisición acerca de lo avaros que eran los borrachos. Naturalmente, él me dio la razón. Para sentirme generoso saqué un billete de cinco dólares y se lo alargué. Era dinero que Lois necesitaba para el mercado, y yo sabía muy bien que este amigo saldría directamente a beber con ese billete. Pero este acto grandioso me hizo sentir bien. Yo, siendo tan pobre, podía regalar cinco dólares cuando aquellos tipos de los grupos no eran capaces ni siquiera de enviar un dólar.

Muy contento conmigo mismo fue a la reunión de aquella noche en el club. El club se encontraba atrasado en el pago del arrendamiento. en aquellos días no se podían mezclar los asuntos materiales con los espirituales. el dinero era un tema que muy difícilmente se podía mencionar. en el intermedio mi viejo amigo Tom B., que coordinaba la reunión, dijo tímidamente: “Ahora muchachos, les ruego que carguen la mano un poco en el sombrero. Estamos atrasados en los pagos”. Tal fue su anuncio;

como disculpándose. Yo estaba sentado en las escaleras conversando con un recién llegado. sin embargo pude escucharlo y saber que el club necesitaba dinero. finalmente llegó el sombrero hacia donde yo estaba, introduje la mano en el bolsillo y saqué una moneda. cuando la observé vi que era medio dólar. Casi sin pensarlo, volví a echar al bolsillo el medio dólar y saqué diez centavos que sonaron tristemente en el sombrero. Un minuto después me di cuenta de mi acción. Yo que había hecho alarde de mi generosidad esa mañana, estaba tratando a mi propio club en peor forma que los alcohólicos que habían olvidado enviar su contribución a la Fundación. Me di cuenta de que mi regalo de cinco dólares al recaído era un acto de alimentación de mi ego, malo para él y malo para mí. Había un lugar en A.A. donde se mezclaban la espiritualidad y el dinero y ese lugar era el sombrero. Nunca desde entonces he criticado a nadie por olvidarse de enviar un dólar a la Oficina de Servicios Generales.

Nuestra tercera tentación financiera fue la más peligrosa de las tres.

Una noche los custodios de la fundación celebraban su reunión trimestral. La agenda incluía un asunto crucial: Cierta señora había fallecido dejando en su testamento una donación a A.A., en custodia de la fundación, de 10,000 dólares. Se discutía si deberíamos o no aceptar dicha donación.

Hubo un debate muy acalorado. La fundación estaba atravesando tiempos difíciles; los grupos no enviaban dinero suficiente para el mantenimiento de la oficina, y a pesar de que habíamos utilizado todos los ingresos del libro, aún continuábamos en déficit. Los fondos de reserva se derretían como la nieve en primavera. Necesitábamos urgentemente aquellos 10.000 dólares. Alguien dijo: “Es probable que los grupos nunca lleguen a mantener totalmente la oficina. No podemos permitir que se cierre. Es muy importante para nosotros. Recibamos el dinero. Aceptemos todas las donaciones similares, porque vamos a necesitarlas”.

Luego intervino la oposición. Puntualizaron que la Junta de la fundación sabía ya que en los testamentos de personas que aún vivían se habían establecido donaciones para A.A. por valor de medio millón de dólares, y eso sin contar con los datos que todavía no se conocían. Si las donaciones de extraños no se rechazaban totalmente, la fundación podría llegar en el futuro a ser muy rica. Más aún, con la más leve insinuación al público en general de que necesitábamos dinero, podíamos convertirnos en una fundación inmensamente solvente. comparada con esta perspectiva la donación de 10.000 dólares no era gran cosa. Pero lo mismo que el primer trago para un alcohólico, podría, si lo aceptábamos, desencadenar inevitablemente una desastrosa reacción que no podríamos imaginar a dónde nos llevaría. Quien paga al músico tiene derecho a escoger la canción, y si la Fundación A.A. obtenía dinero de fuentes extrañas a nosotros mismos, sus custodios podrían verse tentados a manejar nuestros asuntos sin tener en cuenta los deseos de A.A. como un todo. Cada uno de nosotros al sentirse aliviado de la responsabilidad, encogería los hombros al decir: “La Fundación es muy solvente. ¿Para qué me preocupo yo?”. La presión ejercida por una poderosa tesorería seguramente tentaría a la Junta para inventar toda clase de esquemas de inversión de los dineros, desviando así a A.A. de su propósito fundamental. En el momento en que aquello llegase a suceder, temblaría la confianza de nuestra comunidad. La Junta podría aislarse y caer bajo los fuertes ataques y críticas de los miembros de A.A. y del público en general. Tales eran las posibilidades en pro y en contra.

Entonces nuestros custodios escribieron una página brillante de la historia de A.A. Optaron por el principio de que A.A. siempre deberá permanecer pobre. De ese momento en adelante, la política financiera de la Fundación fue mantener lo necesario para los gastos razonables de funcionamiento más una prudente reserva. A pesar de las

necesidades que existían en ese momento, los custodios declinaron las necesidades que existían en ese momento, los custodios declinaron oficialmente la donación y adoptaron una resolución formal de que en el futuro todas las donaciones y regalos serían igualmente rechazados. en ese momento el principio de la pobreza colectiva fue embebido firme y definitivamente en la tradición de A.A.

Cuando los periódicos se percataron de estos hechos, hubo una profunda y favorable reacción. La gente familiarizada con interminables solicitudes para instituciones de caridad, veía en A.A. un espectáculo extraño y sedante. Aparecieron editoriales en todas partes aprobando nuestro gesto. con ello se generó una nueva oleada de confianza en la integridad de A.A. Aquellos editoriales hicieron hincapié en que los irresponsables se habían vuelto responsables, y que al convertir la independencia financiera en parte vital de su tradición, A.A. había revivido un ideal casi completamente olvidado en este época. *“Todo grupo de A.A. debe mantenerse completamente a sí mismo, negándose a recibir contribuciones de afuera”.*

La Octava Tradición dice que *“Alcohólicos Anónimos nunca tendrá carácter profesional, pero nuestros centros de servicios pueden emplear trabajadores especiales”.*

A.A. nunca tendrá una clase profesional. Hemos entendido hasta cierto punto el muy antiguo dicho “puesto que tan libremente se nos ha dado, libremente debemos dar”. Para nuestro propósito, hemos descubierto que en lo tocante al profesionalismo, el dinero y la espiritualidad *no* se pueden mezclar. No pretendemos criticar el profesionalismo en otros campos, pero aceptamos el hecho real de que a nosotros no nos sirve. Cada vez que hemos tratado de profesionalizar nuestro Duodécimo Paso, el resultado ha sido exactamente el mismo. Nuestro propósito fundamental ha salido quebrantado.

Ustedes recuerdan que a mí la conciencia de grupo me dijo que no debería ir a trabajar al Hospital Towns como terapeuta profesional. Y eso estuvo bien. Muy temprano descubrimos que bajo ninguna condición debiera un miembro de A.A. recibir pago por llevar este mensaje a alguien más, de persona a persona y cara a cara. Eso está fuera de toda consideración. Si el profesionalismo llegara a invadirnos a ese nivel, nos derrumbaríamos.

Pero el tema del profesionalismo tiene otros aspectos. Durante años estuvimos tratando de definir lo que era y lo que no era profesionalismo dentro de A.A. Este problema surgió de la necesidad que teníamos de contratar trabajadores asalariados en nuestros centros de servicio. La necesidad de emplear gente que se encargase de los trabajos que los voluntarios no podían o no querían hacer. ¿Estos trabajadores de servicio eran profesionales o no? Este era nuestro dilema.

La primera situación de esta naturaleza que yo puedo recordar se presentó en la antigua casa de la Calle Veinticuatro, el club de Nueva York. Los voluntarios habían pintado y arreglado el lugar, y además estaban atendiendo las llamadas telefónicas y eso estaba bien. Cuando regresaban a su casa entregaban numerosas llaves para que se beneficiaran los visitantes nocturnos. Pero algunos de aquellos visitantes nocturnos tenían el hábito de emborracharse y dormirse en el local en toda clase de condiciones y a toda horas y eso ya no estaba muy bien. Los voluntarios también se cansaban de estar haciendo el aseo, de manera que el local permanecía muy sucio la mayor parte del tiempo. A ojos vistas necesitábamos alguien que se encargara de las tareas domésticas.

Entonces conseguimos al viejo Tom, un bombero que había salido recientemente del asilo Rockland. Nosotros éramos muy listos y ya sabíamos que Tom tenía una pensión de jubilación como bombero. De manera que le dijimos: “Tom, ¿te gustaría

venirte a vivir al club? Hay una habitación estupenda para ti”. contestó: “¿De qué se trata?”. “Bueno Tom, te vamos a dar una habitación y tú vas a cuidar el local”. Tom replicó: “¿Durante siete días a la semana?” “Sí, por supuesto” “¿Y qué es lo que voy a hacer?” “Bueno Tom, tú vas a preparar el café y encargarte de sacar a los borrachos que se pongan pesados y mantener limpio el lugar”. “¿Durante siete días a la semana? Lo que ustedes necesitan es un conserje”. “Sí, claro, nosotros necesitamos un conserje”. “Bien, ¿y no me van a pagar nada?”. “No, esto te convertiría en profesional. Estamos en A.A., no debemos mezclar el dinero con la espiritualidad”. A lo cual respondió: “Sin dinero no hay trabajo. Yo hago mi labor de Duodécimo Paso en forma gratuita, pero si ustedes quieren que yo les sirva de conserje, tienen que pagar”. Muchos de nosotros estábamos trabajando y ganando dinero en esa época. Pero, aunque parezca increíble, realmente queríamos que aquel anciano aportara aquel trabajo tan pesado sin recibir un solo centavo.

Pero el viejo Tom tenía razón. Para que A.A. pudiera funcionar, teníamos que conseguir ayuda y pagar por ella. A todo lo ancho y lo largo de A.A., entre los 200,000 o más miembros que tenemos, existen dos o tres centenares de empleados a sueldo. Entre ellos se incluyen cocineros en los clubes, conserjes que limpian los lugares de reunión, mujeres que atienden el teléfono en nuestras Oficinas, y también estoy incluido yo. En una ocasión escribí literatura para ustedes y por ello se me paga una regalía por el hecho de haber sido el escritor. Este es el lugar donde la línea queda finalmente demarcada: En el tratamiento persona a persona y cara a cara de un alcohólico, no debe haber recompensa económica. Pero A.A. necesita gente a sueldo para poder funcionar dondequiera que haya trabajos legítimos que ejecutar.

Aun después de que hubiera sido establecida la Octava Tradición, duramos varios años para lograr definir sus aplicaciones. Se presentaron toda clase de casos dudosos que siempre ocasionaron arduos debates.

Por ejemplo, ningún individuo ha sufrido tantos embates de esas tempestades emocionales como los que han soportado aquellos socios de los A.A. que se han aventurado a aceptar empleos de entidades extrañas que tuvieran que habérselas con algún problema de alcoholismo. Una universidad quería que un miembro de A.A. educase al público sobre el alcoholismo. Una corporación deseaba emplear un director de personal bien familiarizado con el asunto del alcoholismo. Una granja de beodos perteneciente al estado necesitaba un administrador capaz de lidiar con los borrachos. Una ciudad necesitaba un experto en asuntos sociales que entendiese bien lo que el alcohol puede hacerle a una familia. Una comisión del estado necesitaba un investigador a sueldo. Esos son apenas unos pocos de los empleos que se les ha pedido que acepten a algunos socios de A.A. como individuos. En algunas ocasiones, ciertos miembros de A.A. han comprado granjas o casas de reposo donde pueden dar asilo a algunos alcohólicos en estado avanzado. La cuestión era, y aún lo es a veces, ¿pueden tales actividades calificarse de profesionalismo según la tradición de A.A.?

Creemos que la respuesta es “no”. Los miembros que escojan esas actividades como su única ocupación no profesionalizan las tareas del Duodécimo Paso. El camino que nos condujo a esa conclusión fue largo y escabroso. En un principio no nos dábamos cuenta cabal de la naturaleza del problema. Antiguamente, en cuanto un A.A. se empleaba en alguna de esas empresas, se sentía inmediatamente tentado a usar el nombre de A.A. con fines de publicidad o para allegar fondos. Las granjas de beodos, empresas educativas, los gobiernos de los estados y sus comisiones hacían alarde de que miembros de A.A. les estaban sirviendo. Indiscretamente, los A.A. así empleados, rompían el anonimato para hacerles la propaganda a la actividad de su preferencia. Por

tal razón, no pocas causas dignas de encomio, y todos sus allegados, fueron víctimas de la crítica injusta por parte de algunos grupos de A.A. Con mucha frecuencia esos ataques iban encabezados por el grito de “¡Profesionalismo! ¡Ese tipo se está beneficiando a costa de A.A.!”. Pero ninguno de ellos había sido contratado para hacer trabajos del Duodécimo Paso.

PERSONAJES Y LUGARES

El primer amigo de A.A. en el campo de la medicina, Dr. William Duncan Silkworth. fue el médico que trató a Bill al principio y lo acompañó durante su experiencia espiritual del Hospital

FOTO
en archivo
pág. 114-115

Towns. “Silky” tuvo mucha más fe en nuestra Comunidad de la que nosotros mismos teníamos en nuestros comienzos. Nos animó y apoyó públicamente cuando todavía éramos casi desconocidos. Nos proporcionó el conocimiento acerca de la naturaleza de nuestra enfermedad, con las palabras: “Alergia física más obsesión mental”. Contribuyó en forma importante al desarrollo de nuestro programa de recuperación. Durante su vida, este “benigno doctorcillo” trató a 40.000 alcohólicos. El Dr. Silkworth personifica la decisiva comprensión y ayuda que Alcohólicos Anónimos ha recibido de la profesión médica. (Ver páginas: 19, 53, 63 y 67 del libro; de Word, páginas:).-

“La Incomparable Hermana Ignacia”, colaboradora del Dr. Bob en la campaña para conseguir la hospitalización de los miembros potenciales de A.A. “El apostolado

FOTO
en archivo
pág. 116

del Dr. Bob, su esposa Anne, la Hermana Ignacia, y los primeros miembros de A.A. en Akron estableció un ejemplo para la práctica del Duodécimo Paso que habrá de durar para siempre”. (Ver páginas: 14, 15, 151 y 206 del libro y de Word páginas:).-

En este sitio del salón de recepción del Hotel Mayflower en Akron, se tomó la *decisión histórica* para el futuro de A.A. Aquí uno de los cofundadores rechazó la idea de tomarse una copa y prefirió hacer una llamada telefónica que lo condujo al otro cofundador, y de ahí a la gran cadena de recuperación que se ha extendido por todo el mundo. (Ver páginas: 65 y 66 del libro y de Word páginas:).-

FOTO
en archivo
pág. 117

FOTO
en archivo
pág. 118

FOTO
en archivo
pág. 119

El primer psiquiatra en reconocer la labor de Alcohólicos Anónimos y utilizar los principios de A.A. para su práctica profesional, fue el Dr. Harry Tiebout (izquierda). Desde su primer contacto con nuestra comunidad en 1939, el Dr. Harry nos ha apoyado ante la profesión psiquiátrica. Junto con los Drs. Kirby Collier, Foster Kennedy, A. Wiese Hammer, Dudley Saul y otros, el Dr. Tiebout ha acelerado y profundizado la aceptación universal de A.A. entre sus colegas de la medicina. (Ver páginas: 10, 205, 232 et seq., 309 en libro y en Word páginas:).

El Símbolo del reconocimiento de A.A. por parte de la profesión médica es el Premio Lasker (derecha), otorgado a Alcohólicos Anónimos en San Francisco en 1951, donado por Albert y Mary Lasker, por recomendación de los doce mil médicos de la Asociación Norteamericana de Salud Pública. (Ver paginas 12 y 293 del libro y del Word páginas:).-

FOTO
en archivo
pág. 120

FOTO
en archivo
pág. 120

FOTO
en archivo
pág. 121

Aquí fue donde empezó nuestra historia. La casa donde vivían el Dr. Bob y Anne en Akron (derecha). Aquí fue donde Bill y el Dr. Bob aplicaron los primeros principios de recuperación, donde Lois y Anne sentaron las bases de lo que más tarde vino a ser conocido como Grupos Familiares de Al-Anón. La cafetera (izquierda) que Anne utilizó para preparar las primeras tazas de café en reuniones de A.A. El primer encuentro entre el Dr. Bob y Bill tuvo lugar en la casa de entrada a la hacienda Seiberling, en Akron (medio). (Ver páginas: 14, 25, 36, 37 y 66 del libro y de Word páginas:).-

FOTO
en archivo
pág. 122

FOTO
en archivo
pág. 123

FOTO
en archivo
pág. 124

FOTO
en archivo
pág. 124

FOTO
en archivo
pág. 125

La casa de la calle Clinton en Brooklyn (derecha). En el

sótano se encuentra la cocina a cuya mesa se encontraba sentado Bill cuando recibió el mensaje de Ebby. Aquí se efectuaron las primeras reuniones de Nueva York. En esta casa vivieron Bill y Lois, y fueron desahuciados cuando se venció la hipoteca. La última residencia de Bill, y donde vive Lois actualmente, en Bedford Hills (Nueva York), se muestra arriba. Esta casa ha sido visitada por millares de miembros de A.A. En su cercanía queda la choza que Bill habilitó como estudio. Su escritorio (centro) de trabajo. (Ver páginas: 17, 94 y 177 del libro y de Word páginas:)-.

FOTO
en archivo
pág. 126

Este es Sam Shoemaker, el clérigo Episcopal cuyas enseñanzas inspiraron a los cofundadores y primeros miembros de A.A. Bill dijo: “La honradez a toda prueba de Sam, su sinceridad casi terrible, su forma de ser directa y digna me conmovieron profundamente. De él absorbimos el Dr. Bob y yo la mayor parte de los principios que posteriormente quedarían involucrados en los Doce Pasos . . . Sam Shoemaker nos dio el conocimiento concreto acerca de lo que podíamos hacer para combatir nuestra enfermedad . . . nos suministró las llaves espirituales que nos abrieron las puertas de la liberación”. (Ver páginas: 42, 64 y 254 del libro y del Word páginas:)-.

FOTO
en archivo
página 127

Durante los días en que Sam estuvo colaborando más asiduamente con A.A., se efectuaban las reuniones en casas de personas amigas, tales como T. Henry y Clarace Williams, en Akron. Con las reuniones en esta casa se inició el Grupo de A.A. Número Uno. (Ver pagina: 73 en libro y en Word página:)-.

FOTO
en archivo
pág. 129

Este es el Padre Ed, el sacerdote católico cuya influencia personal y colaboración con A.A. han significado tanto para que nuestra Comunidad pudiese alcanzar el estado actual. El Padre Edward Dowling, de la Orden Jesuita, ayudó a iniciar el primer grupo de A.A. en San Luis. Amigo, consejero, ejemplo, todo esto ha sido para nosotros, y

mucho más. Según palabras de un miembro de A.A., “Ya sea que me encuentre triste o alegre, el Padre Ed siempre me ha hecho sentir la gracia y la presencia de Dios. Está formado del material de los santos”. Muchos de quienes han conocido al Padre Ed Dowling han experimentado este mismo toque de lo eterno. Entretanto, sus propias palabras son: “Si alguna vez llego al cielo, será de huida del infierno”. (Ver páginas: 41, 42 y 247 del libro y de Word páginas:).-

FOTO
en archivo
pág. 128

La casa donde funcionó el Viejo Club de la Calle 24, en Manhattan, Nueva York. Es este el famoso corredor de entrada al salón de reuniones. (Ver página: 183 del libro y del Word página:).-

FOTO
en archivo
pág. 130

“Uno de los mejores servidores de Dios y de la humanidad que yo haya conocido”. En estos términos se ha descrito maravillosamente a Willard Richardson. El “Tío Dick” Richardson fue un personaje clave en el crecimiento de A.A. y de su Sede hasta su muerte en 1952. (Ver páginas: 21 y 155 del libro y del Word páginas:). Representa la clase de personas a las cuales A.A. debe tanto: aquellos no alcohólicos entusiastas y desinteresados que desde nuestras épocas iniciales han aportado su interés, tiempo, dedicación, apoyo y trabajo para ayudarnos a resolver nuestros problemas y solucionar nuestros asuntos. Son los viejos amigos como Frank Amos, John D. Rockefeller, Jr., A. LeRoy Chipman, el Dr. Leonard Strong, Jack Alexander, Leonard Harrison, amigos más recientes como Fulton Oursler, Bernard Smith, Frank Gulden, el Dr. Jack Norris, o viejos amigos en nuevos desempeños, como el Dr. Harry Tiebout, quien actúa en nuestra Junta de Custodios. A través de estas personas no alcohólicas, que nos han ayudado desde su campo de acción (medicina, religión, comunicaciones, etc.), Dios nos ha bendecido y ayudado a los alcohólicos, por lo cual nos sentimos profundamente agradecidos.

● * * * * *

En esos casos, las infracciones no podían calificarse de profesionalismo, sino de violación del anonimato. Se comprometía el objetivo primordial de A.A. y se usaba incorrectamente el nombre de Alcohólicos Anónimos.

Es muy significativo que, hoy en día, casi ninguno de los A.A. rompe el anonimato a nivel del público, que casi todos esos temores han desaparecido. Vemos que no tenemos ni el derecho ni la necesidad de desautorizar a los A.A. que deseen obrar como individuos en actividades más amplias. En realidad sería antisocial que se lo prohibiésemos. No podemos declarar a A.A. una sociedad tan exclusiva como para que todos nuestros conocimientos y nuestra experiencia sean secretos de estado. Si un miembro de A.A., actuando en su calidad de ciudadano, puede convertirse en mejor investigador científico, educador, jefe de personal, etc., ¿por qué no permitirselo? Todos salimos así ganando, y nada se pierde. Si bien es cierto que algunas de las empresas a las que los A.A. se han afiliado han resultado mal concebidas, eso no tiene nada que ver con el principio de que se trata.

Esa es pues la cadena de circunstancias que vino finalmente a amoldar la tradición de no profesionalizar a A.A. Nuestro trabajo del Duodécimo Paso nunca debe recibir compensación económica. Pero quienes nos prestan sus servicios profesionales merecen que se les pague por su trabajo.

La Novena Tradición expresa: *“A.A. como tal, nunca debe ser organizada, pero podemos crear juntas o comités de servicio que sean directamente responsables ante aquellos a quienes sirven”*. Esta Tradición todavía intriga a muchas personas. ¿Cómo pueden tener una sociedad desorganizada y al mismo tiempo tener servicios organizados? Y sin embargo A.A. ha logrado esta paradoja.

Cuando la Novena Tradición se redactó por primera vez decía: “Alcohólicos Anónimos necesita la menor organización posible”. Años después, hemos aprendido a pensar de otra manera. Hoy en día podemos decir con certeza que Alcohólicos Anónimos, A.A. considerada como un todo, nunca debe organizarse. Entonces, en aparente contradicción con lo dicho, procedemos a crear juntas de servicios especiales y comités organizados. ¿De modo que, es posible que tengamos un movimiento sin organización, pero que sea capaz de crear y que cree una organización de servicios para sí mismo? Estudiando esa paradoja, hay quienes preguntan: “¿Qué quieren decir con eso de que no tienen organización?”.

Lo que queremos decir, naturalmente, es que A.A. nunca puede tener una dirección o gobierno organizados. ¿Quién ha oído de alguna nación, religión o partido político, o aun más, de alguna asociación de beneficencia que carezca de reglas para sus asociados? ¿Quién ha oído hablar de alguna sociedad que no pueda imponer castigos a sus miembros ni exigir la obediencia de sus reglas. Casi todas las sociedades confieren a algunos de sus miembros de autoridad para imponer esta obediencia y castigar o expulsar a los infractores. Por consiguiente, toda nación, toda sociedad, sea cual fuere su clase, tiene que ser un gobierno administrado por seres humanos. La facultad para dirigir o gobernar es la base de la organización en todas partes.

Sin embargo, Alcohólicos Anónimos es la excepción. No se ajusta a ese molde. Ni su Conferencia de Servicios Generales, ni la Junta de Servicios Generales, ni el más humilde comité de grupo pueden dar órdenes a miembro de A.A. y hacer que se cumplan, ni mucho menos castigar sus infracciones. Muchas veces lo hemos intentado, pero siempre hemos fracasado. Algunos grupos han tratado de expulsar a algún miembro o miembros, pero los expulsados siempre han regresado a las reuniones, diciendo: “De esto depende nuestra vida; ustedes no pueden expulsarnos”. Los comités han dado a veces instrucciones a muchos grupos de A.A. para que suspendan sus

servicios a algún infractor consuetudinario, sólo para que se le conteste: “La manera como yo hago mis tareas de Duodécimo Paso sólo a mí me concierne. ¿Quiénes son ustedes para juzgarme?” Eso no quiere decir que los grupos de A.A. no estén dispuestos a recibir consejos de los miembros más experimentado pero, con toda seguridad, no aceptarán órdenes de ellos. ¿Hay alguien menos popular que el antiguo A.A. rebosante de sabiduría, que se muda a otro vecindario y trata de decirle a un grupo cómo debe de comportarse? El y todos sus semejantes que “se sienten alarmados por el bien de A.A.” no encuentran sino resistencias o, peor aún, risas. De hecho, A.A. es tan desorganizado que alguien sugirió en cierta ocasión que colocáramos un aviso en todos los clubes de A.A. diciendo: “Aquí se puede hacer de todo, menos fumar opio en los ascensores”.

Pudiera pensarse que la Sede y la Conferencia de Servicios Generales podrían ser la excepción. Con seguridad que debieran tener cierta autoridad. Pero desde hace mucho tiempo, los custodios y el personal descubrieron que tan sólo pueden dar consejos y eso con moderación. Hasta tuvieron que inventar un par de frases que aún aparecen en la mitad de las cartas que se escriben: “Claro está que usted es perfectamente libre de manejar este asunto como mejor la plazca. Pero la experiencia de la mayoría en A.A. parece indicar que . . .” Tal actitud dista mucho de la de un gobierno central. ¿No es verdad? Reconocemos que a los alcohólicos no se les puede exigir obediencia ni individual ni colectivamente.

En esta coyuntura nos parece oír a un buen religioso decir: “Están convirtiendo la desobediencia en virtud”. Lo secunda un psiquiatra que agrega: “¡Chiquillos desobedientes! Nunca llegarán a conformarse con las reglas de la sociedad”. El hombre de la calle dice: “No los comprendo, deben ser todos unos locos”. Pero todos esos observadores no han descubierto que hay algo que es peculiar en Alcohólicos Anónimos. A menos que cada uno de los miembros de A.A. siga como mejor pueda los Doce Pasos hacia la recuperación, es muy seguro que está firmando su propia sentencia de muerte. Su embriaguez y sus vicios no son castigos impuestos por ninguna autoridad. Tenemos que acatar ciertos principios espirituales o, de lo contrario, moriremos.

La misma severa amenaza se cierne sobre el grupo mismo. A menos que exista conformidad aproximada a las Doce Tradiciones de A.A., el grupo también está expuesto a deteriorarse y a extinguirse. Por eso nosotros los miembros de A.A. tenemos que obedecer a principios espirituales, primero porque es forzoso que lo hagamos, y finalmente porque nos agrada la clase de vida que nos trae esa obediencia. Los grandes sufrimientos y el gran amor son los disciplinarios de los A.A.; no necesitamos tener otros.

Es evidente ahora que nunca debemos formar una junta que nos gobierne, pero también es claro que siempre hemos de necesitar trabajadores que nos sirvan. Esa es la diferencia entre el espíritu de autoridad conferida y el espíritu de servicio; dos conceptos que, a veces, son polos opuestos. Es por ese espíritu de servicio que elegimos a los comités rotatorios informales de los grupos de A.A., el grupo de asociación de intergrupo para cada área, y la Conferencia de Servicios Generales para A.A. como un todo. Aun nuestros Custodios, que antes formaron una junta independiente, dependen ahora directamente de nuestra asociación. Ellos son los guardianes y dispensadores de nuestros servicios mundiales.

De la misma manera que cada A.A. persigue su sobriedad personal, el objeto que persigue cada uno de los servicios es hacer asequible esa sobriedad a cuantos la deseen. si nadie se encarga de los trabajos de un grupo, si su teléfono carece de quien lo conteste, si nadie contesta las cartas, la sociedad de Alcohólicos Anónimos, tal como la

conocemos, dejaría de existir. Nuestras líneas de comunicación con el mundo exterior quedarían interrumpidas y no podríamos ayudar a quienes necesitan nuestra ayuda.

La sociedad de A.A. necesita funcionar, pero al mismo tiempo tiene que evitar los peligros de gran riqueza, prestigio e influencia que necesariamente sirven de tentación a otras asociaciones. A pesar de que la Novena Tradición pareciera a simple vista referirse a un asunto meramente práctico, al funcionar demuestra que es profundamente espiritual. A.A. es una sociedad que carece de organización y que está animada tan sólo por el espíritu de servicio, que es el verdadero compañerismo.

La forma como se desarrolló esta situación tan especial puede verse en el siguiente ejemplo: Fulano de Tal va a Pueblochico, EE.UU. Es un miembro de A.A. en buen estado de recuperación, obtenido en otra ciudad. En Pueblochico no hay grupo de A.A. Fulano se siente solitario y un poco atemorizado. También desea transmitir el mensaje. Probablemente ponga un aviso en el periódico informando que A.A. ha llegado al pueblo. También probablemente se dirija a los sacerdotes, los médicos y taberneros, y tal vez busque por sí mismo unos cuantos candidatos. Muy rápidamente se ha formado un grupo pequeño. Al principio fulano es el dictador y estos primeros miembros forman literalmente su jerarquía. Tienen prácticamente toda la autoridad. Este fundador y sus primeros amigos enseñan los principios de A.A. y organizan todo el funcionamiento del grupo. Este grupo empieza a crecer y a extenderse por su base. durante algún tiempo los nuevos miembros aceptan todo lo que dicen Fulano y sus amigos. Obedecen las instrucciones debido a que en esta etapa no existe otro camino.

Pero poco a poco algo empieza a suceder. Puede ser que Fulano y sus amigos tengan alguna disputa, o tal vez algún promotor de las nuevas generaciones empieza a murmurar: “¿Durante cuánto tiempo van a continuar estos antiguos manejando nuestros asuntos?”.

Entre tanto el fundador y sus amigos viven un poco en las nebulosas. Se dicen unos a otros: “Tal vez sería buena idea que nosotros continuáramos manejando firmemente los asuntos de A.A. en esta localidad. Después de todo, tenemos la experiencia. Además, observemos el bien que les hemos hecho a estos borrachos. Debieran estar agradecidos”. En verdad, los fundadores y sus amigos son, en muchas ocasiones, más sensatos y más humildes de lo que aquí decimos, pero también frecuentemente en esta etapa no lo son.

Los dolores de crecimiento empiezan a molestar al grupo. Los pedigüeños empiezan a pedir. Los corazones solitarios a quejarse. Llueven los problemas. Empiezan a oírse nuevamente las murmuraciones de los politiqueros que gradualmente se convierten en grito: “¿Es que estos viejos creen que van a seguir manejando nuestros asuntos en forma vitalicia? Hagamos una elección”. El fundador y sus amigos se sienten heridos y deprimidos. Van de crisis en crisis y de miembro en miembro, implorando. Pero sin conseguir resultado. La revolución está en marcha, y el grupo se acerca a un cambio. Si el fundador y sus amigos sirven bien, es probable que, para su sorpresa, los vuelvan a elegir para otro período. Si, por el contrario, se han resistido a la creciente manera de democracia, pueden ser destituidos sumariamente. En cualquier caso, el grupo tiene ahora un comité rotativo con autoridades definidas muy precisamente. En ningún sentido pueden sus miembros gobernar o dirigir el grupo. A ellos pertenece el privilegio, tan ingrato a veces, de hacer las tareas del grupo. Este comité únicamente puede hacer los arreglos necesarios de servicio para que el grupo pueda operar. No puede dar consejo espiritual, ni juzgar la conducta de nadie, ni dar órdenes. Cualquier miembro del comité puede ser destituido en la siguiente elección si trata de hacer valer el peso de alguna supuesta autoridad. Los miembros se dan cuenta plenamente de que en

realidad son servidores y no senadores. Estas son experiencias universales de A.A. Así, a través de toda nuestra comunidad, la conciencia de grupo decreta las directrices bajo las cuales cumplieran su servicio los líderes elegidos.

Esto nos lleva directamente a la pregunta de si A.A. tiene un liderazgo real. La respuesta es: “Sí, a pesar de la falta aparente de dicho liderazgo”. Volvamos al fundador y a sus amigos depuestos. ¿Qué les ha sucedido? A medida que la pena y la ansiedad van disminuyendo, empieza un cambio sutil. Al final se dividen en dos clases conocidas en el diccionario de A.A. como “ancianos estadistas” y “viejos resentidos”. El estadista anciano es aquel que observa la sabiduría de la decisión de grupo, que no guarda resentimiento por tener su status reducido, aquel cuyo juicio, fortificado por su considerable experiencia, es sólido y desea sentarse calmadamente a esperar que se desenvuelvan los acontecimientos. El viejo resentido es aquel que permanece convencido de que el grupo no puede caminar sin su presencia, aquel que constantemente exige que se le reelija y que continúa siendo consumido por la auto-conmiseración. Algunos de estos viejos resentidos sufren tanto que empiezan a perder todo el espíritu y los principios de A.A. y vuelven a emborracharse. En ocasiones el paisaje de A.A. parece estar lleno de chatarras de aquellas antiguas máquinas que funcionaban tan bien. Casi todos los miembros antiguos de nuestra sociedad han atravesado por estas etapas en una u otra forma. Yo mismo he tenido este proceso. Felizmente la mayor parte sobrevive y continúa como estadista anciano. Esta es la forma real y fortificante del liderazgo en A.A. A ellos pertenece la opinión serena, el conocimiento seguro y el ejemplo humilde que resuelven las crisis. Cuando el grupo está confuso y perplejo, vuelve inevitablemente hacia los estadistas ancianos en busca de consejo. Ellos se convierten en la voz de la conciencia de grupo, y son en efecto, la voz verdadera de Alcohólicos Anónimos. Ellos no gobiernan por mandato, sino que conducen por el ejemplo. En esta forma se desarrolló la Novena Tradición, y es por ello que A.A. no puede organizarse bajo ninguna forma conocida de gobierno.

Pero también permanece sumamente claro que podemos y debemos crear juntas o comités de servicio que son directamente responsables ante aquellos a quienes sirven.

Mañana por la tarde, en este auditorio, será revivido el mismo drama del liderazgo en A.A., para nuestra comunidad como un todo. La conciencia de grupo de A.A., representada por la Conferencia de Servicios Generales que ustedes mismos eligieron, tomará a su cargo el cuidado y la custodia permanente de la organización de los servicios mundiales para toda la Comunidad. Y, de acuerdo con el espíritu de la Novena Tradición, nosotros los antiguos nos haremos a un lado, permaneciendo con ustedes solamente para ofrecerles nuestro consejo siempre y cuando ustedes lo deseen. De ahora en adelante no vamos a gobernar o a dirigir, como nadie lo hará tampoco. A.A. como tal debiera siempre permanecer sin estructura formal de organización. Recaerá sobre ustedes la salvaguardia de este valioso principio.

Creemos que la seguridad futura de A.A. dependerá en gran porcentaje de la Décima Tradición, que es el principio de no tener controversias a nivel público. Esta Tradición dice. *“Alcohólicos Anónimos no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades; por consiguiente su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas”*.

Desde su fundación, Alcohólicos Anónimos nunca se ha visto dividida por ninguna polémica de importancia. Ni tampoco ha terciado nuestra sociedad ninguna vez en controversias mundanas. Esto, sin embargo, no ha sido una virtud adquirida a fuerza de trabajo. Podría casi decirse que nacimos con ella, porque, como lo ha expresado uno de nuestros miembros hace poco: “Casi nunca me ha tocado oír ninguna acalorada discusión religiosa, política o de reformas entre los miembros de A.A. Como quiera que

no discutimos esos asuntos en privado, se cae de su peso que nunca lo haremos en público”.

Como guiados por un profundo instinto, nosotros, los A.A., comprendimos desde muy temprano en nuestra historia que nunca debemos, aunque se nos provoque, terciar en ninguna discusión, por más que nos parezca digna de encomio. La historia nos da infinidad de ejemplos de naciones esforzadas y de grupos que acabaron por ser destruidos porque se les indujo o se les tentó hasta hacer que tomaran parte en alguna controversia. Otros fueron destruidos porque la creencia en sus propias virtudes los llevó a imponer sobre el resto de la humanidad su propio modo de pensar u obrar. En nuestros tiempos hemos visto morir a millones de personas, víctimas de las guerras políticas o económicas, a menudo impulsadas por diferencias de raza o de religión. vivimos contemplando la inminente posibilidad de un nuevo holocausto para determinar cómo debe gobernarse a la humanidad y cómo repartir los productos de la naturaleza y del esfuerzo humano. Ese es el clima espiritual en que nació la sociedad de Alcohólicos Anónimos y, gracias a Dios, ha seguido progresando.

Volvemos a insistir en que la repugnancia que sentimos hacia la lucha entre nosotros o contra cualquier otro no debe considerarse como virtud especial que nos haga sentir superiores a los demás. Tampoco quiere eso decir que los miembros de A.A., restaurados como ciudadanos del mundo, vayan a rehusar cumplir sus obligaciones individuales de obrar como les parezca correcto sobre los asuntos de nuestra época. Pero en cuanto se refiere a A.A. considerado como un todo, eso es algo diferente. A ese respecto rechazamos los intentos de hacernos entrar en controversias públicas, porque sabemos que nuestra sociedad perecerá si así lo hace. Creemos que la conservación y la extensión de la sociedad de Alcohólicos Anónimos es algo aún más importante que la influencia que pudiéramos tener colectivamente para respaldar cualquier otra causa. Puesto que nuestra recuperación del alcoholismo es para nosotros nuestra propia vida, es imperativo que preservemos en toda su plenitud nuestros medios de supervivencia.

Esto puede parecer que deseamos insinuar que los miembros de A.A. nos hemos dedicado repentinamente al pacifismo y nos hemos convertido en una gran familia alegre y regocijada. Obviamente eso no es así. Somos tan humanos como los demás, y no dejamos de tener nuestras desavenencias. Antes de normalizarnos un poco, la sociedad de A.A. más bien parecía una prodigiosa tremolina que cualquier otra cosa, por lo menos en la superficie. Un director de una gran corporación, que acababa de votar el gasto de varios centenares de miles de dólares para su empresa, era capaz de armar un gran escándalo durante una reunión en que se discutiese el gasto de veinticinco dólares para comprar sellos de correo que tanto necesitábamos. Disgustados con las intenciones de algunos sobre la administración de su grupo, la mitad de los miembros se retiraban airados para formar un nuevo grupo más de acuerdo con sus ambiciones. Algunos antiguos socios, temporalmente convertidos en fariseos, han lanzado acusaciones. se han dirigido enconados ataques contra personas que se sospechaba tenían malas intenciones. Pero a pesar de todo ese ruido, nuestras insignificantes desavenencias nunca hicieron a A.A. el menor daño. También debemos dejar constancia de que sólo estábamos aprendiendo a vivir juntos y de que todas nuestras discusiones tenían que ver siempre con la manera de hacer más eficaz nuestra sociedad y poder servirles mejor a un mayor número de alcohólicos.

La Sociedad Washingtoniana, una asociación de alcohólicos de hace un siglo, estuvo a punto de descubrir una respuesta para el alcoholismo. En un principio se componía sólo de alcohólicos que trataban de ayudarse unos a otros. Los primeros socios sentían que era necesario dedicarse exclusivamente a ese fin. En muchos

aspectos, los Washingtonianos se parecían a los A.A. de ahora. El número de socios llegó a pasar de quinientos mil. Si los hubieran dejado solos y si ellos hubieran perseverado en perseguir el fin que se proponían, hubieran hallado la solución. Pero no fue así. Muy al contrario, los Washingtonianos permitieron que los políticos y los reformadores, tanto los alcohólicos como los no-alcohólicos, se valieran de la sociedad para sus propios fines. La abolición de la esclavitud por ejemplo, era un enconado punto de la política de aquellos tiempos. No tardaron los Washingtonianos en terciar de uno o de otro lado de la contienda. Tal vez la sociedad hubiera podido sobrevivir la controversia de la abolición de la esclavitud, pero estaba perdida desde el momento en que resolvió reformar las costumbres del país con respecto a la bebida. Cuando los Washingtonianos se convirtieron en cruzados, tardaron pocos años en perder por completo su eficacia como aliviadores de los alcohólicos.

Alcohólicos Anónimos no ha echado en saco roto la lección que aprendió de los Washingtonianos. Estudiando las ruinas de esa sociedad, los A.A. originales decidieron mantener siempre a A.A. lejos de toda clase de controversias.

Teniendo en cuenta lo mucho que hemos amado la controversia, el negarnos el privilegio de atacar algo o alguien en público es un logro muy grande para la agresividad natural que tenemos. Para asegurar nuestra supervivencia como comunidad o como asociación, en ocasiones hemos ido muy lejos en la dirección opuesta. Hace años, por ejemplo, vacilamos con gran temor acerca del uso equivocado del nombre de A.A. por parte de los grupos A.A. o extraños que deseaban usarlo para propósitos de colectas de dinero, polémicas o campañas publicitarias. Llegamos a la conclusión de que mientras más creciera A.A. mayor iba a ser esta tentación; por consiguiente pensamos que debíamos buscar una forma legal de proteger el precioso nombre de nuestra sociedad.

Nuestros Custodios recibieron el consejo de que la única forma legal era por medio de la patente del nombre de A.A. en todos los estados de la Unión y en todos los países extranjeros. En realidad empezamos esta diligencia prolija, complicada y costosa que se ahogó finalmente en un mare magnum de papeleos, estatutos, autenticaciones, etc.

Pero este asunto revivió explosivamente cuando uno de los mayores productores de cine tuvo repentinamente la idea de filmar una película con el título de *El Señor y la Señora Anónimos*. Este supuesto retrato de A.A. nos pareció muy desatinado y de muy mal gusto. Aunque la compañía convino en cambiar el título, rehusó hacer modificaciones en el guión propuesto. ¿Qué podíamos hacer, entonces?.

Nuestra conclusión fue que debíamos presentar una demanda contra la compañía por el abuso del nombre del A.A. Este proyecto de acción legal motivó a la compañía para revisar el guión de acuerdo con nuestro parecer. De otra manera, hubiéramos entablado la demanda, olvidando todos nuestros principios de evitar controversias públicas. A tal punto llegaba nuestra excitación.

Después de este incidente, nuestro presidente, Bernard Smith, sugirió lo que nos pareció una idea maravillosa. Como abogado que era, pensó que A.A. podría obtener fácilmente personería jurídica del Congreso, lo cual protegería el nombre de A.A. en todas partes. Esto nos colocaría en la misma situación legal de la Cruz Roja y algunas otras organizaciones igualmente notables. Se pensó que la mera existencia de la personería jurídica refrenaría a todos aquellos que pudieran estar tentados de hacer uso del nombre de A.A. además un soporte legal de tal magnitud podría usarse fácilmente contra cualquiera que se atreviese a intentarlo. Nos pareció una gran idea y en la Sede estuvimos todos de acuerdo.

Pero la conciencia de A.A., representada en la Conferencia de Servicios Generales, tenía otras ideas. La Conferencia nos demostró lo insensato que sería incorporar legalmente la forma de vida de A.A. como instrumento jurídico con el cual se pudiera atacar a alguien sin tener en cuenta la gravedad de la ofensa. No nos contentaríamos con un instrumento de tanta magnitud para propósitos defensivos o preventivos únicamente. En caso de haber suficiente provocación, nos sentiríamos tentados a entablar demandas públicas y entrar así en el campo de la polémica a nivel público. Sería como construir un tanque de guerra con la hipótesis de que siempre estaría guardado y nunca saldría a pelear. Significaría también la organización legal de una comunidad cuyas Tradiciones insistían en que fuera sencilla y sin organización. La Conferencia pensó que deberíamos olvidar las ventajas dudosas de la legalidad y la controversia y confiar en la opinión del grupo y del público como nuestra protección definitiva. Después de un largo debate, nosotros en la Sede vimos que la conciencia de A.A., actuando por medio de los delegados, era mucho más sabia que nosotros. Por ello nunca se pidió al Congreso de los Estados Unidos la incorporación legal de A.A.

La resolución adoptada por la conferencia para esta acción merece ser registrada en este recuento. Fue propuesta por el delegado Bob T., abogado de Mississippi. En su informe al comité, decía:

“Hemos considerado todos los argumentos en pro y en contra de este asunto, que ha sido discutido también con muchos miembros de A.A. dentro y fuera de la Conferencia, y hemos llegado a las siguientes conclusiones:

1. Las causas que originaron este debate se han visto notoriamente disminuidas.
2. Una incorporación jurídica por medio del Congreso, crearía, por ley, un poder para gobernar que sería contrario a, y violaría, nuestras Tradiciones.
3. Tal acción implementaría el poder espiritual de A.A. con un poder legal, el cual creemos que tendería a debilitar su fortaleza espiritual.
4. Al pedir que se nos concedan derechos jurídicos que nos defiendan ante los tribunales, por el mismo acto estamos siendo sujetos de una posible regulación legal.
5. Podríamos involucrarnos indefinidamente en litigios que, junto con la publicidad y los gastos que ocasionarían, podrían seriamente amenazar nuestra misma existencia.
6. La incorporación de A.A. podría convertirse en la iniciación de alegatos políticos y luchas internas dentro de nuestras propias filas.
7. Continuamente, desde su iniciación hasta el presente, A.A. ha sido una comunidad y no una organización. La incorporación necesariamente nos convierte en una organización.
8. Creemos que la “fe espiritual” y la “forma de vida” no pueden ser incorporadas.
9. A.A. podrá sobrevivir mientras continúe siendo una fe espiritual y una forma de vida abiertas a todos los hombres y mujeres que sufren del alcoholismo.

Por consiguiente, y teniendo en cuenta los altos propósitos de la Conferencia de Servicios Generales, expresados por el Presidente en la reunión del año pasado cuando dijo: “No buscamos un término medio sino una seguridad”, este comité recomienda unánimemente que A.A. no se incorpore en forma oficial”.

Así se estableció la Décima Tradición: *“Alcohólicos Anónimos no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades; por consiguiente su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas”*.

La Undécima Tradición nació y creció como consecuencia de una experiencia larga y penosa en relaciones públicas. En la actualidad se enuncia así: *“Nuestra política de relaciones públicas se basa más bien en la atracción que en la promoción;*

necesitamos mantener siempre nuestro anonimato personal ante la prensa, la radio y el cine”.

De no contar con sus legiones de gentes de buena voluntad, A.A. nunca hubiera llegado a tener la importancia que hoy en día tiene. En todo el mundo es inmensa la publicidad favorable y muy diversa que ha venido a servir como medio principal para atraer alcohólicos a nuestra sociedad. En las oficinas y clubes de A.A. suena constantemente el teléfono. Una voz dice: “Leí un artículo en la prensa . . .”. Otra: “Oímos un programa de radio . . .”. Y aun otra: “Vimos una película . . .”. O: “Vimos algo sobre A.A. en la televisión . . .”. No es exagerado decir que la mitad de los miembros de A.A. nos han llegado en esa forma.

Y no todos los que preguntan sobre nuestra sociedad son alcohólicos o sus parientes. Los médicos leen artículos en sus revistas y llaman a pedirnos más informes sobre A.A. Los clérigos leen artículos en los periódicos de su congregación, y también nos hacen preguntas. Los patronos de fábricas o directores de grandes empresas aprueban nuestras actividades y desean averiguar cómo pueden luchar contra el alcoholismo en sus propias empresas.

Por consiguiente, nos vimos confrontados por la gran responsabilidad de organizar la mejor política de relaciones públicas para Alcohólicos Anónimos. Después de pasar por muchos períodos de dolorosa experiencia hemos resuelto ya lo que esa política debe ser. Es todo lo contrario de la costumbre corriente en cuanto a promoción. Descubrimos que teníamos que depender del principio de la atracción como contrario al de la promoción.

Veamos en qué forma esas dos ideas tan contrarias, la atracción y la promoción, funcionan en la práctica. Cuando un partido político desea ganar una elección, se dedica a hacer alarde de sus virtudes como conductor, para así obtener más votos que el contrario. Una entidad de beneficencia que desee conseguir dinero, pone en los membretes de sus cartas el nombre de las personas distinguidas que puedan apoyarla. La mayor parte de la vida política, económica y religiosa en el mundo depende del dominio de la publicidad. La gente que simboliza causas e ideas llena una profunda necesidad humana. Los A.A. no dudamos eso, pero tenemos que convenir en que estar ante los ojos del público es peligroso, especialmente para nosotros. Por temperamento, casi todos nosotros hemos sido impetuosos promotores, y la idea de una sociedad compuesta casi exclusivamente de promotores nos atemorizaba. Considerando ese factor tan explosivo, sabíamos que era necesario dominarnos a nosotros mismos.

Maravillosa ha sido la forma en que esa restricción de nuestras ambiciones ha venido a beneficiarnos. Le ha traído a A.A. publicidad más favorable que la que hubiésemos podido obtener por todas las artes y habilidades del mejor de los propagandistas. No hay duda de que A.A. necesitaba publicidad en alguna forma, y por eso nos valimos de la idea de que era mucho mejor para nosotros que nuestros amigos nos la dieran. Y eso precisamente fue lo que sucedió, hasta un extremo casi increíble. Los veteranos de la prensa, acostumbrados a dudar de todo, han hecho cuanto han podido para diseminar el mensaje de A.A. Para ellos, nosotros somos algo más que una mina de buenas crónicas. En casi todas partes, los periodistas, hombres y mujeres, han venido a unírse nos como amigos. En un principio ellos no podían comprender nuestros motivos para rechazar toda publicidad personal. Se mostraban sinceramente maravillados ante nuestra insistencia por conservar el anonimato. Pero al fin vieron la luz. Se encontraron con algo inusitado en este mundo: una sociedad que alegaba querer darle publicidad a sus principios y a sus obras, pero no a sus miembros individuales. Esa

actitud los llenó de agrado. Desde entonces, esos amigos han escrito crónicas sobre A.A. con un entusiasmo del que no sería capaz el más fogoso de nuestros socios.

Hubo, eso sí, una época en que la prensa de los Estados Unidos era más partidaria de que nuestra identidad personal permaneciese anónima, de lo que lo eran algunos de nuestros miembros. en una ocasión, como un centenar de nuestros socios optó por hacerse conocer del público. Con muy buenas intenciones, declararon que eso del anonimato era cosa muy anticuada, digna sólo de los primeros tiempos de A.A. Tenían la seguridad de que la sociedad progresaría más rápidamente y avanzaría más si se empleaban los modernos métodos de publicidad. A.A. decían, incluía a muchas personas de fama local, nacional e internacional. Si todos estábamos dispuestos, y muchos lo estaban, ¿por qué no hacer públicas las listas de los miembros y en esa forma darle aliento a otros para que se nos unan? Los argumentos sonaban bien, pero afortunadamente nuestros periodistas amigos no eran de la misma opinión. Anteriormente la fundación había dirigido cartas a casi todos los periódicos de los Estados Unidos, explicando nuestra política en cuanto a relaciones públicas fundadas en la atracción más bien que en la promoción, y haciendo hincapié en que el anonimato personal era la mejor protección para A.A. Desde ese entonces, los redactores eliminan constantemente nombres y fotos en los artículos que escriben sobre A.A. Con frecuencia han tenido que recordar a algunos individuos ambiciosos que la sociedad de A.A. tiene la política de no revelar los nombres de sus asociados. Por este motivo han sacrificado muchas buenas crónicas. La fuerza de su cooperación ha ayudado mucho. Sólo quedan unos pocos miembros que deliberadamente ponen sus nombres en conocimiento del público.

Una antigua historia que revela varios aspectos del problema de las relaciones públicas de A.A. llega a mi memoria. Uno de nuestros primeros miembros concibió la idea de empezar un grupo por radio en su ciudad. La emisora local que tenía un alcance de ciento sesenta kilómetros se ofreció para ayudar. Nuestro amigo promotor elaboró una serie de “Doce Conferencias acerca de A.A.” Eran una extraña mezcla de los principios de A.A. y de sus ideas religiosas personales. Pronto las puso en el aire con todo el vigor de un orador Chautauqua. Contrariamente a lo que esperábamos, el resultado fue muy modesto. Llegaron algunas solicitudes y él empezó un grupo.

Alentado sin embargo por este éxito, concibió otra visión maravillosa. Escribió a la Sede informando que una importante compañía de seguros de vida lo iba a patrocinar para difundir sus “Doce Conferencias” en una cadena nacional de radio. El aparecería con su nombre completo e identificándose como miembro de A.A. Por hacer tan magnífica tarea recibiría unos honorarios generosos.

Nosotros tratamos de disuadirlo pero no tuvimos éxito. Le hicimos notar que los custodios consideraban que su mensaje era inapropiado para exponerlo a toda la nación. Su contestación vino en una airada carta que decía más o menos: “Al diablo con los custodios; el mundo espera mi mensaje. Yo tengo el derecho de expresarme libremente y voy a difundir por radio mi mensaje aunque ustedes no estén de acuerdo”.

Este ultimátum nos alarmó. Nos pareció ver en él la promoción, el profesionalismo y la ruptura del anonimato, todo en un sólo paquete. En caso de tener éxito esta aventura, desde el punto de vista del promotor, todos los vendedores y publicistas que se encontraban en A.A. empezarían a vender, de grado por fuerza, su mercancía A.A., y nosotros perderíamos todo control de nuestras relaciones públicas.

Entonces la Sede adoptó su posición. Le aseguramos a nuestro bien intencionado amigo que respetábamos su derecho a la libre opinión. Pero añadimos que nosotros también haríamos uso de ese derecho. Le informábamos que en caso de que sus

“conferencias” fueran radiodifundidas, nosotros avisaríamos a los grupos de lo que acontecía y les pediríamos que escribieran cartas a la compañía patrocinadora, cartas tan fuertes que a ningún patrocinador le gustaría recibir. La transmisión nunca se efectuó. Como resultado de este incidente, los Custodios de A.A. recibieron la autorización para dirigir todas nuestras relaciones públicas, y se estableció el principio de *atracción antes que promoción* como la clave de nuestra relación con el mundo circundante. No es un accidente que la “forma larga” original de la Undécima Tradición añada la aseveración de que “es mejor que nuestros amigos nos recomienden”.

Esa en resumen es la manera como se desarrolló la Tradición Undécima de A.A. Para nosotros sin embargo representa algo más que una sana política de relaciones con el público. Es algo más que la negación del envanecimiento personal. Esta Tradición nos recuerda en forma práctica y constante que las ambiciones personales no tienen lugar en A.A., pero también implica que cada miembro debe convertirse en un guardián activo de nuestra comunidad en sus relaciones con el público en general.

Como hemos visto, el anonimato es el manto protector que cubre toda nuestra sociedad. Pero es más que una protección. Tiene otra dimensión de significado espiritual. Y esto conduce a la Tradición Duodécima que dice: *“El anonimato es la base espiritual de todas nuestras Tradiciones, recordándonos siempre anteponer los principios a las personalidades”*.

En mi opinión, todo el futuro de nuestra comunidad depende de este principio vital. Si continuamos llenos del espíritu y la práctica del anonimato, habrá escollos que puedan hacernos naufragar. Si olvidamos este principio, se abrirá la caja de Pandora, y saltarán para perdernos los duendes malignos del dinero, el poder y el prestigio. Obsesionados por estos genios malignos, podríamos explotar. Espero sinceramente que esto nunca nos suceda. Ningún principio de A.A. merece mayor estudio y aplicación que éste. Afirmo positivamente que el anonimato es la clave de la supervivencia perpetua.

La substancia espiritual del anonimato es el sacrificio. Como quiera que las Doce Tradiciones de A.A. repetidamente nos exigen que dejemos a un lado los deseos personales en pro del bien común, comprendemos que el espíritu de sacrificio, cuyo símbolo más apropiado es el anonimato, viene a ser la base de todas ellas. La comprobada voluntad de los A.A. para someterse a esos sacrificios, es lo que le da a todas las personas una gran fe en nuestro porvenir.

Pero en un principio el anonimato no tuvo su origen en nuestra fe; sino que era hijo de nuestros tempranos temores. Nuestros primeros grupos de alcohólicos anónimos eran sociedades secretas. Los nuevos socios nos descubrían por intermedio de unos cuantos amigos de confianza. La sola insinuación de la publicidad, por más que sólo se tratase de nuestro trabajo, nos causaba sobresaltos. A pesar de que ya no bebíamos, todavía pensábamos que era necesario ocultarnos de la desconfianza y el desprecio del público.

Cuando apareció el Libro Grande, en 1939, lo llamamos “Alcohólicos Anónimos”. En el prólogo hicimos esta reveladora declaración: “Es muy importante que seamos anónimos porque somos muy pocos, por el momento, para atender el irresistible número de peticiones personales que pueden resultar de esta publicación. Como somos comerciantes o profesionales, no podríamos muy bien atender a nuestras ocupaciones en este caso”. Entre líneas se advierte fácilmente nuestro temor de que un gran número de gentes que ingresaran podrían romper nuestro anonimato.

A medida que los grupos se multiplicaban, también surgían problemas relacionados con el anonimato. Entusiasmados con la recuperación de algún hermano alcohólico, en ocasiones discutíamos con quien nos lo había encomendado, los detalles

más íntimos y conmovedores del caso. La ofendida víctima procedía entonces a acusarnos de haber violado su secreto. Cuando esas historias comenzaron a correr fuera del círculo de A.A., se hizo sentir con fuerza la pérdida de fe en nuestra promesa de secreto. Con frecuencia fue causa de que se retirasen algunos posibles nuevos miembros. Claro está que el nombre de cada miembro, y su historia tenían que mantenerse en reserva si esos eran sus deseos. Esa fue nuestra primera lección sobre la aplicación práctica del anonimato.

Con característica intemperancia, sin embargo, algunos de los recién llegados no se preocupaban porque guardásemos su secreto. Deseaban contar a gritos que eran miembros de A.A., y así lo hacían. Los alcohólicos recién recuperados acudían a contarle a alguno los detalles de sus casos particulares. Otros volaban a hablar ante los micrófonos y a hacerse retratar. A veces se emborrachaban y desencantaban a los miembros de sus grupos. Habían pasado del papel de miembros de A.A. al de simples vanidosos.

El fenómeno de los contrastes, a menudo nos hace pensar. Teníamos ante nosotros la pregunta: “¿Qué tan anónimos deben ser los miembros de A.A.?” Nuestro desarrollo nos mostraba que no podríamos seguir siendo una sociedad secreta, pero también comprendíamos que no podríamos convertirnos en un circo. Nos tomó mucho tiempo fijar una vía intermedia entre esos dos extremos.

Por regla general, casi todos los recién llegados deseaban que sus familias se enterasen inmediatamente de lo que estaban tratando de hacer. También querían decírselo a quienes habían tratado de ayudarlos, a sus médicos, consejeros espirituales y amigos íntimos. A medida que iban adquiriendo confianza en sí mismos, se sentían con el derecho de explicarles la nueva vida a sus jefes y a sus relacionados comerciales. Cuando se presentaba la oportunidad de ayudar, les resultaba fácil hablarle a todo el mundo acerca de A.A. Esas tranquilas exposiciones les ayudaban a perderle el miedo al estigma alcohólico y además ayudaban a que toda la comunidad se enterase de la existencia del grupo de A.A. A ellas debemos el que muchos nuevos hombres y mujeres se presentasen a A.A. Pase a que esa no es una forma muy estricta de mantener el anonimato, cabía muy bien dentro del espíritu de la asociación.

Pero pronto se vio que este método de comunicación de boca en boca era demasiado limitado. Nuestro trabajo como tal, necesitaba publicidad. Los grupos de A.A. debieran ser accesibles a tantos alcohólicos desesperados como fuese posible. Por consiguiente, muchos de los grupos comenzaron a tener reuniones a las que podrían concurrir los amigos interesados y el público, de modo que los ciudadanos pudiesen darse cuenta por sí mismos de lo que era A.A. La reacción a esas reuniones fue ampliamente satisfactoria. Pronto los grupos comenzaron a recibir solicitudes para que los oradores de A.A. pronunciaran discursos ante organizaciones cívicas, sociedades médicas, etc. Siempre y cuando no se divulgase el nombre de los oradores y se advirtiese a los periodistas que no publicasen nombres ni retratos, todo resultaba muy bien.

Vinieron luego nuestras primeras excursiones al campo de la publicidad en grande, y resultaron sorprendentes. Un periódico importante, el *Cleveland Plain Dealer*, publicó artículos que hicieron subir el número de nuestros miembros, de unos pocos a varios centenares, de la noche a la mañana. Las noticias acerca de la cena que el Sr. Rockefeller ofreció a Alcohólicos Anónimos, ayudaron a duplicar el número total de miembros en el curso de un año. El famoso artículo que Jack Alexander publicó en el *Saturday Evening Post* convirtió a A.A. en una institución nacional. En esa forma fueron siendo cada día mayores las oportunidades de reconocimiento de los méritos de

A.A. Las empresas de cine querían nuestros retratos. La radio y finalmente la televisión nos asediaron con solicitudes de que nos presentásemos. ¿Qué era lo mejor que podíamos hacer?.

A medida que crecía la marea de aprobación pública, caímos en la cuenta que podrían hacernos muchísimo bien o muchísimo mal. Todo estaba en que supiésemos cómo encauzarla. Sencillamente no podíamos exponernos a que algunos miembros se presentasen como los mesías de A.A. ante el público. El instinto de propagandistas iba a ser nuestra propia perdición. Bastaría con que uno se emborrachase en público o emplease nuestro nombre para ventaja propia, y se nos habría causado daño irreparable. A esas alturas de los acontecimientos se imponía volver al ciento por ciento del anonimato (en la prensa, la radio, el cine y la televisión). Era el caso en que los principios debían anteponerse a las personalidades, sin excepción alguna.

Esas experiencias nos enseñaron que el anonimato es la verdadera humildad en acción. Es la cualidad espiritual que hoy en día sirve de pauta la vida de A.A. en todas partes. Gracias al espíritu del anonimato, tratamos de dejar a un lado nuestros deseos de distinción personal como miembros de A.A., tanto ante los demás miembros como ante el público en general. Y al dejar a un lado esas aspiraciones, creemos que cada uno de nosotros teje el manto protector de nuestra sociedad, bajo el cual podremos trabajar unidos.

Estamos convencidos de que la humildad, por medio del anonimato, es la mayor protección que siempre podrá tener Alcohólicos Anónimos.

En los años recientes nuestra convicción del profundo significado del anonimato ha crecido en forma maravillosa y animadora. En una época muchos miembros de A.A. rompieron su anonimato y yo fui uno de ellos. En la actualidad este número se ha reducido a un puñado, a pesar de nuestra continua ansiedad por la vanagloria. Esta es una garantía formidable de que habrán de llegar resultados aun mejores.

La clase de sacrificio que siempre tendremos necesidad de hacer se ilustra maravillosamente en una charla que tuve recientemente con una dama de Texas. Su tentación era extrema debido a que ella trabaja en el mundo de los espectáculos y tiene gran popularidad nacional como artista. Esto fue lo que me dijo: “Yo canto únicamente en los mejores clubes y llevo en ese trabajo quince años. En el año siguiente de mi ingreso en A.A., perdí cinco kilos, desaparecieron las bolsas de mis párpados y empecé a parecerme a un ser humano. Mi apoderado no se explicaba la razón hasta que por fin le conté lo que me había sucedido. Inmediatamente me dijo: “¿Por qué no empezamos a contarle al público estas cosas? Esto haría una tremenda publicidad tanto para A.A. como para usted”. “Está bien”, le dije, “yo sé que temporalmente eso podría acontecer. Hay otras personas que lo han probado. Pero, por favor, eso no es para mí. A.A. tiene un principio que se llama anonimato, por el cual no se permiten los figurones. Sabemos que A.A. no puede manejarse como se maneja el negocio del espectáculo, ni nos importan los beneficios a corto término. A.A. salvó mi vida y mi carrera; por consiguiente, el bienestar futuro de A.A. es más importante para mí que cualquier publicidad que yo pueda obtener como miembro de esa comunidad”. Luego añadió tristemente: “Usted sabe, Bill, que yo tengo en mi audiencia frecuentemente muchos borrachos y me pregunto qué puedo hacer por ayudarlos. Sería muy fácil decirles desde el escenario que yo estoy en A.A. Pero sería un éxito temporal, ¿verdad? A la larga, todos nos arruinaríamos si cada uno de nosotros hiciera lo mismo”. Miré a la dama de Texas y me sentí muy satisfecho.

Todas las Tradiciones de A.A. han llegado a mi profundo sentir con gran fuerza, ya que yo mismo siempre he tenido fuerte tendencia hacia la búsqueda del prestigio, la

riqueza y el poder. Ustedes recordarán aquel episodio de nuestra sala en la Calle Clinton. Fue la ocasión en que mi grupo me dijo que yo nunca podría volverme un terapeuta profesional. Lo mismo me ha sucedido con casi todas las Tradiciones. Al principio las obedecí porque tenía que hacerlo, de lo contrario hubiera perdido mi posición en A.A. Después de algún tiempo empecé a obedecerlas porque vi que las Tradiciones eran sabias y acertadas. Mientras yo me conformaba porque era lo más correcto, interiormente todavía me resistía.

Esto fue particularmente cierto en el caso del anonimato. Hoy espero haber llegado a una etapa en mi vida de A.A. en que puedo obedecer porque realmente deseo obedecer, porque realmente deseo las Tradiciones para mí tanto como para A.A. como un todo. Por consiguiente cada una de las Doce Tradiciones es realmente una expresión de la deflación que cada uno de nosotros tiene que afrontar, del sacrificio que todos tenemos que hacer para poder vivir y trabajar unidos.

El Dr. Bob fue en esencia una persona más humilde que yo. en algunos aspectos él tuvo una clase de espiritualidad “natural” y este tema del anonimato lo entendió muy fácilmente. No podía entender por qué algunas personas necesitaban tanta publicidad. En los años precedentes a su muerte, su ejemplo personal respecto al anonimato hizo mucho para ayudarme a guardar el mí propio. Recuerdo una oportunidad particular, que creo que todos los A.A. debieran conocer. Cuando se supo con seguridad que el Dr. Bob tenía una afección mortal, algunos de sus amigos sugirieron que se erigiese un monumento o mausoleo en su honor y en el de su esposa Anne, algo digno de un fundador y su esposa. Naturalmente este era un tributo muy espontáneo y natural. El comité llegó inclusive a mostrarle una maqueta del monumento propuesto. Contándome esto, el Dr. Bob se sonrió ampliamente y dijo: “Dios los bendiga. Tienen buena intención. Pero por Dios Santo, Bill, que nos entierren a ti y a mí como a cualquier hijo de vecino”. Un año después de su muerte visité el cementerio de Akron donde yacen el Dr. Bob y Anne. La lápida sencilla no dice ni una palabra acerca de A.A. Algunas personas pueden pensar que esta maravillosa pareja llevó demasiado lejos el anonimato personal cuando rehusaron tan firmemente usar, la palabra “Alcohólicos Anónimos” hasta en su losa funeral. Para mí, no lo creo así. Creo que este ejemplo conmovedor y definitivo de modestia tiene un valor mayor y más permanente para A.A. que cualquier cantidad de promoción pública o cualquier grandioso monumento.

EL TERCER LEGADO: SERVICIO

Estamos reunidos aquí para celebrar las horas finales del vigésimo aniversario de A.A.

Sobre nosotros flota un emblema en el cual está inscrito el nuevo símbolo de A.A., un triángulo inscrito en un círculo. ^{30/X}El círculo significa toda la comunidad de

^{30/X} EL CIRCULO Y EL TRIANGULO.

A.A. y el triángulo, los Tres Legados de Recuperación, Unidad y Servicio. Dentro de este maravilloso nuevo mundo, hemos encontrado la liberación de nuestra obsesión fatal. Quizás no sea una mera casualidad el que hayamos escogido este símbolo en particular. Los sacerdotes y jefes religiosos de la antigüedad vieron en el triángulo inscrito en el círculo una protección contra los espíritus del mal, y para nosotros el círculo de A.A. y el triángulo de la Recuperación, la Unidad y el Servicio han significado todo eso.

En nuestra primera reunión aquí en San Luis, miramos a la base de nuestro triángulo, el primer Legado de Recuperación, sobre el cual descansa todo el resto. Durante nuestra segunda reunión contemplamos la Unidad, el Segundo Legado, y todo su amplio significado para nuestro futuro. Ahora deseamos meditar sobre el tercer lado de nuestro triángulo, el Tercer Legado de Servicio, el cual en esta hora final de la reunión de esta tarde se les pondrá en sus manos para todo el devenir futuro. Entonces se completará nuestro símbolo; ojalá la Recuperación, la Unidad y el Servicio, los medios por los cuales ha sido creada nuestra comunidad, bajo Dios, estén siempre bajo Su comando durante tanto tiempo como El quiera utilizar esta agrupación.

El Duodécimo Paso de A.A., *llevar el mensaje*, es el servicio básico que presta la comunidad; es nuestro propósito principal y la razón primordial de nuestra existencia. A.A. es más que una serie de principios; es una sociedad en acción de alcohólicos recuperados. Debemos transmitir el mensaje o, de otra manera, nosotros mismos podemos caer en decadencia y aquellos a quienes no hemos llevado todavía esta verdad pueden perecer. Este es el por qué nosotros decimos tan frecuentemente que *acción* es la palabra mágica. La acción para transmitir el mensaje de A.A. es, por consiguiente, el corazón de nuestro Tercer Legado de Servicio.

Sin embargo, algunos de nosotros estamos todavía un poco confundidos acerca de este Legado. Todavía preguntamos: “¿Qué es exactamente este asunto del Tercer Legado? Y exactamente ¿cuánto territorio se comprende la acción de servicio?”.

La respuesta es simple. Un servicio de A.A. es cualquier cosa que legítimamente nos ayude a alcanzar y llegar a nuestros compañeros que sufren. Como hemos visto, la visita de Paso Doce es el mayor de todos los servicios de A.A. Pero también la publicidad que hizo que el candidato se pusiera en contacto con nosotros, el automóvil en el cual lo transportamos, la gasolina que pagamos, la taza de café que le obsequiamos, todas estas ayudas fueron necesarias para hacer posible y efectiva nuestra visita. Y esto es sólo el comienzo. Los servicios involucran los sitios de reunión, la cooperación con hospitales, las oficinas de intergrupos, los folletos y los libros. Los servicios pueden necesitar comités, delegados, custodios y conferencias. Incluyen pequeñas contribuciones voluntarias de dinero para que el grupo, la región y A.A. como un todo puedan funcionar. Van, desde una taza de café, hasta la Oficina de Servicios Generales para la acción nacional e internacional. La suma de todos estos servicios forma el Tercer Legado. Tales servicios son absolutamente necesarios para la existencia y el crecimiento de A.A. Tratando de buscar la simplicidad, frecuentemente nos

Al comienzo de mi vida en A.A. empecé a participar en los servicios y encontré que la explicación del logotipo de nuestra sociedad es muy apropiada. Primero un círculo de amor y servicio con un triángulo bien equilibrado en su interior, la base del cual representa nuestra Recuperación por los Doce Pasos. Los otros dos lados representan la Unidad y el Servicio, respectivamente. Según me desarrollaba en A.A., muy pronto me identifiqué con este símbolo. Yo soy el círculo, y los lados del triángulo representan tres aspectos de mi personalidad: físico, cordura emocional y espiritualidad, esta última la base del símbolo. Juntos, los tres aspectos de mi personalidad se traducen en una vida sobria y feliz.- Reflexiones Diarias – 30/IX.

preguntamos si podríamos eliminar algunos de los servicios actuales. Sería maravilloso no tener preocupaciones, ni políticas a seguir, ni gastos, ni responsabilidades. Pero esto es sólo soñar con la simplicidad. Sin sus servicios esenciales, A.A. se convertiría rápidamente en una anarquía informe, confusa e irresponsable.

Al observar cualquier servicio particular, necesitamos preguntarnos solamente si éste o aquel servicio es realmente necesario. Si no lo es, entonces debe ser eliminado. Pero si es necesario, debemos mantenerlo o fallaríamos en nuestra misión ante aquellos que buscan y desean a A.A. Durante veinte años hemos estado tratando de determinar cuáles servicios son necesarios y cuáles no lo son. A medida que yo cuente la historia del crecimiento de estos servicios, espero que se aclare la idea de nuestro Tercer Legado.

Empecemos por mi propio padrino, Ebby. Cuando Ebby supo la seriedad del problema alcohólicos en que yo me encontraba, decidió visitarme. El estaba en Nueva York y yo en Brooklyn. Su decisión no era suficiente, tuvo que tomar acción y gastar dinero. Me llamó por teléfono y luego utilizó el subterráneo; costo total: diez centavos. A nivel de la cabina telefónica y de la taquilla del subterráneo, la espiritualidad y el dinero empezaron a mezclarse. Uno sin otro no hubiera llegado a nada. En ese preciso instante y lugar, Ebby estableció el principio de que la acción de A.A. exige el sacrificio de mucho tiempo y muy poco dinero.

Echemos una mirada a una de aquellas pequeñas reuniones que tuvimos durante el primer verano en Akron. Nos reunimos en la sala del Dr. Bob. Anne alistó su hogar para nosotros, de suerte que tuvimos un techo sobre nuestras cabezas. Hubo algún gasto para el café y el Dr. Bob lo pagó. Si Anne y el Dr. Bob no hubieran facilitado estos servicios de hospitalidad, no hubieran podido tener lugar esas reuniones.

Cuando el grupo de Akron se ensanchó, se trasladó a la casa de T. Henry y Clarace Williams. Estos compraron un número adicional de sillas, sirvieron muchas comidas y soportaron mucho uso y desgaste de su casa. Nosotros los alcohólicos no les pagamos un centavo. T. Henry y Clarence sacrificaron una gran cantidad de tiempo y algún dinero. Si no lo hubieran hecho no habrían podido celebrarse reuniones.

En estos obvios ejemplos creo haber señalado la prueba de lo que un servicio de A.A. es realmente. Bien sea un libro, una traducción, una conferencia de servicios o una convención de vigésimo aniversario, el principio es el mismo. La prueba es idéntica: *¿Necesitamos o no este servicio particular?* Esta es la única pregunta por formular.

Pero a medida que A.A. crecía, las casas y a no eran lo suficientemente grandes para contener las reuniones. Tuvimos que mudarnos a salas de reuniones e hoteles. Esto marcó la época en que los grupos empezaron a pagar por sí mismos. Los caseros obviamente querían su dinero, de manera que tuvo que hacerse la colecta. Estas colectas eran voluntarias, pero sin embargo empezaron los clamores. No se suponía que A.A. costara nada, decían. ¡No podemos mezclar esta gran idea espiritual con el comercialismo de un casero! Pero los caseros no se dejaban impresionar. O pagábamos o nos íbamos para otra parte. Entonces tuvimos que pagar. Y las contribuciones voluntarias se volvieron una realidad en la vida de A.A. No podíamos funcionar sin ellas. Más aún, alguien tenía que recoger el dinero, consignarlo y llevar cuentas; esto significó la necesidad de un tesorero. El grupo rápidamente vio que necesitaba también un secretario y a veces un presidente o coordinador. Era absolutamente necesario efectuar algunos arreglos y había que elegir o nombrar las personas encargadas de los trabajos. Con frecuencia esto trajo fricción y lucha electoral, pero se vio que el grupo tenía que sobrevivir y funcionar, sin que importase el costo. Hubo que hallar medios de mantener quietas y en su sitio a las personas muy promotoras o causantes de fricción. La

respuesta se vio en un comité adecuado de servicios, una amable presión y mucho amor y comprensión. Por ello estas experiencias que en ocasiones nos atemorizan no fueron malas del todo para nosotros. Ayudaron a que todos creciéramos. Entre tanto el grupo continuó funcionando. Tenía que funcionar y fracasaría en su misión.

Las ciudades y las regiones tuvieron también sus propios problemas de servicio. Siéndoles imposible ponerse en contacto por teléfono con A.A., los alcohólicos y sus familias se desanimaron. Esto ocasionó sufrimientos innecesarios y en ocasiones pérdidas de vidas. Los hospitales también se cansaron de admitir, en forma súbita e irresponsable, a los pacientes en sus instituciones. Este estado de cosas no era sencillo en ningún modo. Era una complicación. Se volvió imperativo el apadrinamiento en estos lugares y fuera de ellos, o de otra manera los hospitales podrían cansarse y quitarnos su apoyo. Ignorando los gritos de “mantengámoslo sencillo” y preocupados por la apremiante necesidad de la situación, los antiguos miembros responsables de tales áreas empezaron a alquilar pequeñas oficinas, a conseguir secretarías a sueldo y a actuar entonces como comités de dirección para los centros de servicios. Posteriormente, los antiguos empezaron a solicitar contribuciones voluntarias a los grupos de la región. Cuando éstas no alcanzaban a suplir las necesidades de una organización tan simple y barata, frecuentemente los miembros tuvieron que desembolsar de sus propios fondos. Si la secretaria recientemente contratada era casualmente miembro de A.A., seguramente habría problemas. Esta chica atemorizada aprendía muy rápidamente que era considerada una “profesional A.A.” que hacía dinero gracias al programa. Por supuesto esto era infundado porque ante todo estaba haciendo un trabajo de secretaria. A través de los años las áreas aprendieron las mismas lecciones que los grupos. Encontraron lo que era necesario para hacer funcionar un área de A.A., y lo que no era necesario. De esta lucha larga ya trabajosa, han emergido los actuales centros intergrupales y oficinas regionales de servicios. En muchas ciudades están efectuando un trabajo vitalmente importante.

Entre tanto vimos que necesitábamos servicios que no podíamos llevar a cabo nosotros mismos. El principal de éstos fue la hospitalización adecuada. El cuidado médico y físico para los pacientes muy enfermos no era y no podía ser asunto de A.A. Aquí vinieron en nuestra ayuda grandes amigos, como el Dr. Silkworth y la Hermana Ignacia. Un número siempre creciente de hospitales nos ha recibido desde entonces, en la más estrecha cooperación. Entre estos pioneros estuvieron el Hospital Charles B. Towns de Nueva York, el Hospital Santo Tomás, de Akron, el Hospital de Caridad San Vicente en Cleveland, y el Hospital Knickerbocker de Nueva York. Estos y muchos otros son ejemplos supremos de aquello que nuestros amigos ajenos a A.A. han hecho para ayudarnos mejor a funcionar y servir.

Además de estos hospitales, encontramos en la actualidad una impresionante lista de lugares de desintoxicación (granjas, clínicas estatales y provinciales, y muchos grupos diferentes de personas profesionales y cívicas) todos ellos interesados en la solución del problema del alcoholismo. Juristas, penalistas, comités educativos, psiquiatras, grandes empresas industriales, todos están ayudando. Lo que han significado estos servicios ajenos en términos de ayuda a A.A. y apoyo de nuestra sociedad, se encuentra fuera de toda estimación.

El mundo de la religión ha venido similarmente en nuestra ayuda. Gozamos de la bendición de prácticamente todas las sectas y denominaciones religiosas. Muchos de nosotros, como individuos, hemos sido aconsejados y conducidos a un mayor crecimiento y comprensión espiritual con la ayuda de clérigos amigos.

Sin toda esta ayuda exterior, A.A. probablemente nunca hubiera podido empezar a crecer como lo ha hecho desde entonces. Estos fueron y son todavía, servicios indispensables.

Otro enorme servicio ha sido proporcionado por los amigos de A.A. en la prensa, radio y toda suerte de medios de comunicación. Estas entidades le han dado a A.A. millones de dólares en publicidad gratuita. Nos han traído alcohólicos por millares. Y nunca nos han pedido nada excepto nuestra cooperación para suministrar al mundo la historia de A.A. Sabemos que sin la ayuda de estos amigos nuestro crecimiento hubiera sido muy lento en realidad.

Ahora llegamos a la historia de los servicios mundiales de A.A. Debido a que estas actividades son tan remotas para la mayoría de nosotros, no existen muchas personas que conozcan la forma como se organizó la estructura general de servicios o las realizaciones que ha tenido. Para quienes la conocen, esta historia es una de las más vitales y su desarrollo uno de los más interesantes en todo nuestro proceso.

Cuando el Dr. Bob y yo nos dimos cuenta en el otoño de 1937 de que unas ochenta personas se habían recuperado del alcoholismo, nos preguntamos: “¿Cómo podemos compartir esta experiencia? ¿Cómo podremos difundir al mundo este mensaje?” El Dr. Bob se había recuperado dos años y medio antes, y yo había estado sobrio durante tres años.

Nos había tomado todo el tiempo el perfeccionar un programa de recuperación y llevar la sobriedad a un puñado de pacientes. El número de alcohólicos en el mundo que deseaban recuperarse podía ascender a muchos millones. ¿Cómo podríamos llevar esta gran oportunidad a esas personas? Al paso lento al que nos movíamos, claramente no podríamos alcanzar a la gran mayoría de aquellos alcohólicos.

No podíamos por consiguiente continuar siendo una sociedad secreta. La comunicación verbal con los pocos alcohólicos que podíamos tratar con nuestros métodos corrientes de entonces no sólo sería muy lenta sino también peligrosa; peligrosa porque el mensaje de recuperación en el cual teníamos ahora depositada toda nuestra confianza podría ser rápidamente mutilado y totalmente deformado. Era obvio que nuestra naciente sociedad y su mensaje necesitaban hacerse públicos.

Solamente a una fracción muy pequeña del mundo alcohólico le era posible venir a Akron o a Nueva York en busca de tratamiento, y por lo tanto debíamos hallar alguna forma para llegar a donde se encontraban. Tal vez tendríamos que transformar a algunos miembros en misioneros subvencionados para hacer este trabajo. Era muy claro para nosotros que la mayor parte de los hospitales no deseaban ser molestados con los alcohólicos. Sus cupos se llenaban con gentes que presentaban mayores probabilidades de tratamiento. Tal vez necesitábamos hacernos cargo de una cadena de hospitales, y probablemente los ingresos provenientes de tal actividad pagarían a los misioneros. Sobre todo, tendríamos que poner por escrito nuestros métodos. Un libro que contara nuestras experiencias podría llevar nuestro mensaje a lugares distantes donde nosotros nunca podríamos ir personalmente. Más aún, tal libro podría prevenir la distorsión y el mutilamiento inevitables que de otra manera se presentarían tan pronto como llegase la publicidad. Tal libro no sólo podría guiar a los alcohólicos hacia la recuperación, sino volverse la plataforma para narrar nuestra historia al mundo y por consiguiente servir de guía a nuestras relaciones públicas. Tales eran nuestras reflexiones y proyectos.

El Dr. Bob acogió con entusiasmo la idea del libro. Pero cuando se trató de los misioneros a sueldo y de los hospitales con ánimo de lucro, se mostró francamente escéptico. Como yo era un promotor nato, compartí muy pocos de sus temores. Creía que deberíamos tener dinero tal vez en cantidades. Ninguno de nosotros le daría al

trabajo la atención que éste merecía, si no teníamos un sueldo o subsidio. Y no podríamos esperar que nuestros miembros abandonasen sus trabajos e ignorasen las necesidades de sus familias para convertirse en misioneros voluntarios y gratuitos. Si íbamos a establecer nuestros propios hospitales tendríamos que estar financiados. El libro, solamente, tomaría un considerable tiempo y algún dinero. Ni el Dr. Bob ni yo teníamos dinero, lo único que teníamos eran deudas. Todos los otros miembros estaban en muy similares condiciones. Simplemente tendríamos que solicitar fondos si queríamos ir a alguna parte. Convencido a medias, el Dr. Bob continuó preocupado por que estas complicaciones afectaran el espíritu de nuestra empresa, la transmisión de nuestro mensaje a los compañeros alcohólicos en forma incondicional y sin problemas de dinero. Finalmente dijo: “¿Por qué no llamamos a los muchachos de Akron y tenemos una reunión en la casa de T. Henry? Expliquémosles estas ideas y que ellos ayuden a resolverlas”.

En la casa de T. Henry, diez y ocho de los alcohólicos de Akron escucharon seriamente nuestras propuestas. Yo empecé a abrumarlos con mis argumentos en favor de misioneros, hospitales y el libro tan fervorosamente como pude. A pesar de sus dudas, el Dr. Bob me apoyó fuertemente, especialmente cuando se trató de la necesidad de un libro.

En el momento en que terminamos nuestra exposición, aquellos alcohólicos nos replicaron, ¡y de qué manera! Rechazaron la idea de los misioneros. Los trabajadores a sueldo, dijeron, destruirían la buena fama que ya teníamos entre los alcohólicos; ocasionarían una ruina total. Si nos metíamos al negocio de los hospitales, todos dirían que se trataba de un fraude. Algunos pensaron que deberíamos evitar la publicidad, ya que nos veríamos ahogados en ella y no podríamos manejar sus consecuencias. Algunos se mostraron contrarios a la edición de folletos y libros. Después de todo, según decían, los mismos apóstoles no necesitaron editorial para la propagación de su fe.

El Dr. Bob y yo volvimos a la lucha y renovamos nuestra argumentación; pero no llegamos a ningún acuerdo y por lo tanto necesitamos que se efectuase una votación. Por una escasa mayoría, y pasando por alto las más vigorosas objeciones, la reunión de Akron decidió finalmente dar su aprobación a todas las ideas propuestas (los misioneros, los hospitales y el libro). Aun entonces, nadie se ofreció voluntariamente para llevar a cabo alguno de esos trabajos. Si era necesaria una gran cantidad de dinero, era mejor que yo regresara a Nueva York donde el dinero existía en abundancia, y tratara de conseguir los fondos necesarios. Tal fue el veredicto de aquella reunión ; por agradecer muy sinceramente la oposición que nos hizo aquella poderosa minoría. La suposición de que involucrarnos en negocios y conseguir misioneros a sueldo podría destruirnos, resultó ser absolutamente correcta. Por otra parte, en caso de haber prevalecido los ultra conservadores, y de no haber hecho nada nosotros, A.A. nunca hubiera llegado a ninguna parte. Aunque yo mismo no lo vi así por entonces, la conciencia de grupo de A.A. ya estaba trabajando y labrando nuestras decisiones correctas para el futuro de A.A. La mayoría de la reunión me había dado permiso para adelantar lo que me proponía, y fue muy fácil en aquella época ignorar las advertencias de la minoría. Pero aquello no significó el fin de las minorías, y esto lo podemos observar en la actualidad.

Muy contento tomé el tren de regreso a casa. Me imaginé que los nuevos acontecimientos necesitarían millones de dólares. Nuestro pequeño grupo de Nueva York me animó mucho más que lo que habían hecho los Akronitas. La mayoría de mis compañeros se alió con mis nociones de grandiosidad. Se creyó que el conseguir dinero para una empresa tan noble no presentaría mayores dificultades. Nos decíamos unos a

otros: “Bien, éste es probablemente uno de los desarrollos más grandes de todos los tiempos en aspectos médicos y espirituales. Seguramente los ricos nos ayudarán. ¿Cómo podrían no hacerlo?” Por entonces, el grupo de Nueva York tenía entre sus filas un par de super-vendedores, gente que pensaba exactamente como yo. Así la primera (y última) gran cruzada de A.A. en busca de dinero tuvo su iniciación.

Conseguimos una lista de personas ricas que pudieran ayudarnos, y comenzamos a solicitar fondos. Para sorpresa nuestra no pudimos conseguir nada. Algunos de aquellos magnates nos recibían con mucha cortesía y mostraban su simpatía, pero realmente no estaban interesados. Casi unánimemente parecían pensar que era mejor ayudar a otras empresas de caridad tales como la tuberculosis, el cáncer o la Cruz Roja. ¿Para qué iban ellos a tratar de revivir a un montón de alcohólicos degenerados que habían llegado a ese estado por su culpa? Con profunda decepción vimos finalmente que los borrachos como objetivo de caridad nunca podrían ser una causa popular.

Yo estaba muy deprimido y airado, y en ese estado mental visité la oficina de mi cuñado, el Dr. Leonard V. Strong, Jr., a quien le endilgué una diatriba acerca de la tacañería y la falta de visión de la gente rica. El nuestro era un movimiento que, sin duda, abarcaría el mundo entero. ¿Qué le pasaba entonces a la gente? Leonard ya me había escuchado esto anteriormente y tal vez cansado con ello dijo: “Hace muchos años conocí a un hombre llamado Willard Richardson. Si mal no recuerdo, tenía algo que ver con las inversiones caritativas de John D. Rockefeller. Creo que él era muy amigo de la familia Rockefeller. Si todavía está vivo creo que me recuerda, y probablemente está todavía en las oficinas de Rockefeller. Voy a llamarlo”.

Leonard llamó e inmediatamente pasó al teléfono una persona que iba a ser uno de nuestros más grandes benefactores, el Sr. Willard Richardson. Dijo: “Hola, Leonard, ¿dónde te has metido todos estos años? Me gustaría verte”. Mi cuñado replicó: “Tengo un pariente aquí que ha logrado algún éxito en la recuperación de alcohólicos. ¿Podríamos ir a conversar contigo sobre esto?” El Sr. Richardson dijo: “Claro que sí. Vengan mañana”.

Al siguiente día, Leonard y yo ascendimos al piso cincuenta y seis del edificio RCA donde tenía sus oficinas el Sr. John D. Rockefeller, Jr. Muy pronto estábamos estrechando la mano al Sr. Richardson, un caballero de edad con ojos vivaces y una de las caras más distinguidas que yo he conocido. Se mostró afectuosamente cordial. Mostró el más profundo interés a medida que yo le conté la historia de nuestra incipiente comunidad. Después de que me hubo escuchado aquel maravilloso caballero dijo: “Creo que debemos reunirnos de nuevo. ¿Por qué no almorzamos juntos la semana entrante?”

En el corredor de aquel piso, mi cuñado se encontró con un amigo quien le dijo: “¿Así que han estado ustedes hablando con el Sr. Richardson? Si ustedes necesitan algo del Sr. Rockefeller personalmente, el Sr. Richardson es el hombre que los pondrá en contacto. El ha estado a cargo de las donaciones particulares de caridad del Sr. Rockefeller durante varios años”. Esto fue una gran noticia. Estábamos en la pista correcta. Por fin habíamos conseguido al hombre que necesitábamos. ¡Se habían acabado nuestros problemas financieros! Como promotores, lo estábamos haciendo muy bien.

En el almuerzo con el Sr. Richardson la semana siguiente, se confirmaron mis esperanzas. Se mostró gentilmente interesado en la historia de nuestra sociedad y sus necesidades. Propuso que tuviéramos otra reunión en la oficina privada del Sr. Rockefeller. Se encargó de citar al Sr. Albert Scott, Presidente de la Junta de Custodios de la Iglesia Riverside, al Sr. Frank Amos, un íntimo amigo suyo en el ramo de la publicidad, y al Sr. A. LeRoy Chipman, socio encargado de algunos de los negocios

personales del Sr. Rockefeller. Por supuesto, también asistiría el Dr. Strong, quien nos había presentado. Yo debería traer al Dr. Silkworth y a algunos de los alcohólicos de Nueva York, junto con el Dr. Bob y varios miembros del grupo de Akron. Corrí a mi casa de Brooklyn y en la mayor excitación llamé al Dr. Bob. Estábamos viviendo en una nube rosa.

Finalmente llegó aquella histórica noche de diciembre de 1937. Cenamos juntos y pasamos a la oficina privada del Sr. Rockefeller. La silla que me correspondió en aquella enorme mesa estaba todavía caliente, y se me explicó que el Sr. Rockefeller había estado sentado en ella hasta poco antes. Esto hizo que yo sintiera la silla más acogedora; ya nos íbamos acercando a nuestra meta.

Hubo un momento algo tenso de silencio mientras nuestros amigos esperaron que nosotros tomáramos la palabra. Creo que estábamos algo tímidos. entonces alguien sugirió que cada uno de los alcohólicos que estábamos presentes narrara su propia historia, tal como lo haríamos en una reunión. A medida que se escucharon las narraciones de la miseria alcohólica y la liberación obtenida, pudimos ver que causábamos una profunda impresión. Cuando terminamos, el Sr. Scott, quien presidía la reunión sentado en la cabecera de la mesa, exclamó: “¡Por Dios, esto es cristianismo del primer siglo!” Y luego, llegando al grano añadió: “¿Qué podemos hacer para ayudarles?”

Había llegado nuestro gran momento. Mencioné nuestra necesidad de dinero para pagar trabajadores, cadenas de hospitales y literatura. Aunque naturalmente podríamos empezar en forma muy modesta, estas ideas eventualmente podrían requerir grandes sumas de dinero. La necesidad era muy urgente. Aunque podrían ser muy considerables los riesgos de tales iniciativas, sería mucho mayor el riesgo de no hacer nada. El Dr. Silkworth y el resto de nuestro contingente expresó la misma opinión.

Entonces el Sr. Scott hizo la pregunta que todavía se escucha en A.A. hasta nuestros días: “¿No irá el dinero a estropear todo esto?”. La discusión se volvió general y nos vimos bombardeados con preguntas como: “Habiendo dinero de por medio, ¿no se creará una clase profesional?” “Si existen miembros profesionales, ¿no se perderá la efectividad del contacto de persona a persona que ahora tiene tanto éxito?” “¿No será una desviación fatal el comprometerse a manejar cadenas de hospitales, con toda la implicación de propiedad y dinero que eso requiere?” Esta barrera de preguntas nos desconcertó. Aunque nos las hicieron en forma pausada, aquellas voces sonaron en nuestros oídos como la minoría vociferante que tuvimos en Akron. Todos nos dimos cuenta de que, viniendo de amigos tan desinteresados, eran preguntas muy pertinentes. Contestamos que ya habíamos ponderado esos peligros y habíamos concluido finalmente que era mucho más peligroso no hacer absolutamente nada. Sintiéndonos profundamente convencidos de la veracidad de nuestro argumento, continuamos ansiosamente presionando nuestro caso con la misma lógica que habíamos usado en Akron. Impresionados finalmente con nuestra defensa, nuestros nuevos amigos empezaron a rendirse. Admitieron que realmente necesitábamos dinero, por lo menos algo de dinero.

En este punto, el Sr. Amos (quien habría de convertirse en un gran amigo y en Custodio de A.A. durante mucho tiempo) prometió hacer una investigación de nuestra sociedad que podría ser la base para solicitarle algunos fondos al Sr. Rockefeller. El Sr. Amos no había abierto su boca en toda la reunión, y por consiguiente nos sentimos profundamente agradecidos por esta prueba de su interés y generosidad.

Sugerimos al Sr. Amos que visitara primero al grupo Akron, que era el primero y el más grande de los grupos que teníamos. Funcionaba en una comunidad más típica que

la de Nueva York. Si era el caso iniciar un hospital de A.A., Akron tendría el sitio adecuado, además de que el Dr. Bob estaría allí para servir de superintendente. Por miedo de herir la susceptibilidad del Dr. Bob, no mencionamos otra razón que conocíamos. Aunque hacía más de dos años que estaba sobrio, el Dr. Bob no había podido revivir su práctica quirúrgica. La gente se alegraba de que estuviera sobrio, pero todavía tenía el temor de someterse a operaciones practicadas por él. Todos se preguntaban: “¿Qué pasará si en la mañana de mi operación el Dr. Bob resuelve emborracharse?” Sabíamos que el Dr. Bob estaba afrontando un plazo perentorio para pagar la hipoteca de su casa, y en caso de presentarse algún dinero, él lo necesitaba más que cualquiera de nosotros.

Una semana después, Frank Amos llegó a Akron e investigó cuidadosamente la situación en aquella ciudad. Se entrevistó con ciudadanos de la localidad y algunos colegas médicos del Dr. Bob. Asistió a varias reuniones y conversó con cada uno de los miembros alcohólicos. Buscó una gran mansión que estaba desocupada y que podría convertirse en un hospital donde el Dr. Bob podría comenzar su trabajo. Frank se contagió de nuestro entusiasmo y regresó a Nueva York plenamente convencido. La conclusión del informe que presentó al Sr. Rockefeller recomendaba que nos diera \$ 50,000 inicialmente. Con este dinero se podría subsidiar a dos o tres de nosotros, pagar también una cuota inicial para la compra del hospital, y se podía cancelar la obligación hipotecaria que tenía el Dr. Bob.

El Sr. Richardson presentó rápidamente este informe a su amigo, el Sr. Rockefeller, quien debía interesarse según nuestro criterio. Estábamos presentándole un paquete completo de ideas que incluía la medicina, la religión y una causa noble. Dick Richardson leyó el informe de Frank y añadió de su propia cosecha un recuento de lo que había visto y oído de nosotros. El Sr. Rockefeller escuchó atentamente; estaba tremendamente impresionado y así lo manifestó. Desde entonces ha continuado diciendo, y ha afirmado repetidamente que su conexión con los A.A. se cuenta entre las experiencias más conmovedoras y formidables de su vida.

Sin embargo, el Sr. Rockefeller declinó esta petición de una gran suma, a pesar del hecho de que nuestro proyecto tocaba directamente todas sus inclinaciones caritativas. Después de revisar el informe de Frank, le dijo a su viejo amigo: “Dick, me temo que el dinero puede destruir esta iniciativa”. Cuando manifestó sus razones, se vio que eran idénticas a aquellas que habían alegado los miembros de la minoría del grupo de Akron. John D. Rockefeller, Jr., fue destinado en ese preciso instante y lugar a salvar la comunidad de A.A. de su propia destrucción y de los peligros innecesarios del dinero, la propiedad y el profesionalismo. Fue uno de los puntos cruciales de la historia de A.A. Su enorme opulencia pudo habernos arruinado.

En esta coyuntura, Dick Richardson describió la desesperada situación financiera del Dr. Bob y yo. Al escuchar esto, el Sr. Rockefeller dijo: “Voy a consignar \$ 5,000 en la tesorería de la Iglesia Riverside para que ustedes los utilicen. Pueden ir retirando los fondos que necesiten. Así vamos a darles a estos dos hombres una ayuda temporal. Pero la comunidad debe muy pronto sostenerse a sí misma. Si usted y los otros no están de acuerdo, si ustedes creen que el movimiento necesita mucho dinero, no me opongo a que ustedes les ayuden a conseguirlo. Pero, por favor, nunca me vuelvan a pedir más”.

Estas fueron *muy* buenas noticias para Alcohólicos Anónimos, pero en esa época nos parecieron muy malas. Realmente fue un golpe demoledor para nuestras esperanzas. Sin embargo, el Dr. Bob y yo nos sentimos agradecidos de contar con esa donación, aunque fuera por un corto tiempo. Pudimos pagar la pequeña deuda hipotecaria del Dr. Bob, y cada uno de nosotros dos retiramos treinta dólares semanales hasta cuando se

terminó ese dinero. Pero, por otro lado, estábamos en el mismo sitio de siempre. Se había diluido nuestro proyecto de conseguir misioneros y hospitales y la edición del libro. El viejo Dick Richardson se sintió definitivamente defraudado, lo mismo que sus amigos Amos, Chipman y Strong. Al observar que éstos no estaban totalmente de acuerdo con el Sr. Rockefeller, renovamos nuestras peticiones de ayuda. Tal vez ellos conocieran otras personas solventes a quienes pudiéramos pedirles con mayor éxito. Para nuestra alegría, los cuatro pensaron que esto era posible y sostuvimos frecuentes reuniones para hablar de ello.

Hacia la primavera de 1938 se dio forma a un programa definido de acción. Se convino que necesitábamos establecer una fundación o entidad fiduciaria sin ánimo de lucro, de manera que los contribuyentes ricos pudieran deducir sus donaciones en sus declaraciones de renta. Tal fundación se haría cargo del manejo de los fondos y nos garantizaría el uso adecuado y correcto de todas las contribuciones. Los señores Richardson, Amos y Chipman se ofrecieron para servir de Custodios, lo mismo que mi cuñado, el Dr. Strong. Estos fueron los primeros pasos en la formación de la Fundación Alcohólica (nombre que se cambió recientemente al de Junta de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos).

Frank Amos aseguró poco después la valiosa ayuda de un joven amigo, John Wood, por entonces ayudante en una de las famosas oficinas de abogados de Nueva York. Esto nos proporcionó la mejor ayuda jurídica posible. John Wood empezó a asistir a nuestras reuniones, y nuestro trabajo se puso en marcha.

Lo primero que hicimos fue buscar un nombre para la nueva entidad. Después de largas discusiones decidimos llamarla "Fundación Alcohólica". Este nos pareció un título resonante, que pudiera crear la impresión de una gran importancia. Todavía obnubilados por ideas grandiosas, pensamos que nuestra entidad debiera tener estatutos que le permitieran hacer todo lo posible en el campo del alcohol o del alcoholismo, excepto tomar partido en la política de prohibición o ley seca. Queríamos lograr una personería cuyo objetivo social comprendiera la investigación, la educación y un montón de asuntos adicionales, entre los cuales la atención a nuestra comunidad de A.A. sería una, entre muchas funciones. Así fue como la Fundación Alcohólica recibió su nombre y sus estatutos.

Entonces nos vimos enfrentados a un escollo legal. Se creyó conveniente que la Junta de Custodios consistiese de alcohólicos y no alcohólicos. Estos últimos siempre deberían estar en mayoría por un margen de uno. Así se aseguraría a nuestra propia comunidad y a los otros contribuyentes que el manejo de los fondos estaría orientado por personas no alcohólicas. Entonces el Sr. Wood nos pidió la definición de alcohólico y no alcohólico. Concluimos que la definición de un alcohólico era la de una persona enferma que no podía beber. Por consiguiente el no alcohólico era un hombre en perfectas condiciones que podía beber si así lo deseaba. Como esto no tenía un significado jurídico claro, el Sr. Wood, todavía muy intrigado, desistió finalmente de tratar de describir al alcohólico en términos legales. Pero rápidamente encontró una salida al embrollo sugiriendo que redactáramos un simple acuerdo de custodia y lo firmáramos, evitando así todas las complicaciones legales de unos estatutos formalizados. Poco después se completó este documento y empezó a funcionar la Fundación Alcohólica.

Nuestra primera Junta constaba de cinco Custodios. Dick Richardson, Frank Amos, y el Dr. Strong fueron los miembros no alcohólicos, y escogimos al Dr. Bob y a uno de los miembros de A.A. en Nueva York para formar el contingente alcohólico. El miembro de Nueva York muy pronto volvió a emborracharse, pero esta posibilidad

había sido prevista. La recaída por parte de un Custodio alcohólico significaba la renuncia inmediata. Nombremos a otro alcohólico en lugar del recaído y procedimos con nuestra organización. Esto fue en mayo de 1938.

Nuestros amigos aparecieron con la lista de personas pudientes a las cuales podríamos solicitar ayuda, y desde principios del verano hasta el otoño, estuvimos buscando contacto con dichas personas. Teniendo una Fundación que recibía donaciones libres de impuestos y con la clase de amigos con que contábamos, pensamos que nuestros problemas económicos se resolverían fácilmente. Pero la atracción de las deducciones de impuestos y los Custodios responsables no parecieron tener mucha importancia. Temporalmente Carlton Sherwood, amigo de Dick Richardson, nos tendió la mano. El Sr. Sherwood era un hombre que conseguía muy fácilmente dinero para empresas caritativas, pero encontró que era muy poco lo que podía hacer por nosotros debido a que no estaban muy claramente definidos nuestros propósitos. Así naufragó todo este asunto y la tesorería de nuestra Fundación permaneció vacía. Nos pareció que habíamos llegado al final.

Más o menos en marzo o abril de 1938 empecé a trabajar en lo que habría de constituirse en el libro *Alcohólicos Anónimos*. Por la época de nuestra búsqueda de dinero yo había completado mi historia personal y hecho un borrador de lo que ahora es el segundo capítulo del libro. Entre la documentación incluida para la operación de conseguir dinero, estaban las copias mimeográficas de estos dos capítulos.

Ansiosos por animarnos, nuestros amigos insistieron en reuniones mensuales de la Junta de Custodios. Durante algún tiempo nada sucedió excepto nuestras conmisericordias al ver la tesorería de la fundación totalmente vacía. Pero en una de aquellas reuniones, en el otoño de 1938, Frank Amos propuso una idea que abrió las puertas de todo nuestro futuro. Dijo: “Uno de mis amigos, Eugene Exman, es el editor religioso de la revista Harper. Tal vez podría estar interesado en este nuevo libro. ¿Por qué no van allá y la muestran los capítulos que tienen escritos? Yo les conseguiré la cita”.

Fuimos entonces a visitar a Gene Exman, otro de los que habrían de constituirse en buenos amigos de nuestra sociedad. Le conté la historia de nuestras penalidades y le entregué mi primera tentativa como escritor. Mientras yo esperaba, Gene hojeó pensativamente los dos capítulos. Luego me preguntó: “¿Será usted capaz de escribir todo un libro con este estilo? ¿Cuántos meses le llevaría?” Yo estaba templando pero ya tenía lista mi respuesta. “Creo que puedo hacerlo y me tomaría nueve o diez meses”. Entonces me hizo una propuesta sorprendente: “Si esto ha de servirles de algo, creo que Harper podría adelantarles \$ 1,500 en regalías o derechos de autor. Esta suma será deducida de la factura final cuando termine el libro en 1939”.

Sintiéndome nuevamente en la nube rosa, salí de Harper para llevar las buenas noticias a mis amigos. Me encaminé a la oficina de Frank Amos, pero en el trayecto mi emoción se vio perturbada por algunos pensamientos inquietantes. Supongamos que nuestro libro, que hoy está en gestación, se convirtiese algún día en el texto principal de la comunidad. Entonces nuestro activo escrito principal sería propiedad de un editor extraño, seguramente muy caballeroso y confiable, pero de todas maneras extraño. Entonces me pregunté si nuestra comunidad debiera poseer su propio libro. Pero continuaba meditando sobre los \$ 1,500 ofrecidos en calidad de anticipo. Cuando el libro estuviera terminado, todavía deberíamos a Harper esa suma, y sería necesario para nosotros vender una gran cantidad de ejemplares para saldar esa cuenta. Supongamos entonces que cuando el libro saliera de la prensa gozara de una gran publicidad, y

recibiéramos miles de solicitudes de ayuda de los alcohólicos y sus familias; en ese evento no nos quedaría dinero para afrontar una situación tan posible.

Me guardé estas inquietudes, y me encantó ver que la cara de Frank se iluminó al recibir mis noticias. En todo caso era muy agradable saber que una firma como Harper quería el libro y que un editor del calibre de Gene creía que sería bueno. Esta experiencia fue una de las más importantes para ayudar a construir la confianza que hizo que el proyecto del libro continuara a pesar de las dificultades posteriores.

En la siguiente reunión de la Fundación nuestros amigos sonrieron ampliamente al escuchar los detalles del proyecto de Harper. Era el primer rayo de esperanza que había observado en muchos meses. Los Custodios fueron de la opinión unánime de que le trato propuesto por Harper era la respuesta a nuestros problemas.

Yo había compartido mis dudas con unos pocos amigos de Nueva York, pero no las había comentado en ninguna otra parte. Entonces ahora en forma muy diplomática les conté a los Custodios mis objeciones. Pero los custodios no alcohólicos no se dejaron impresionar por mis razones. Señalaron el hecho tan conocido de que los autores muy raramente publican sus propios libros y generalmente los entregan a un editor. Aquella reunión terminó sin llegar a algún acuerdo puesto que no alcanzamos veredicto ni conclusión.

Poco después, entró en escena una de las personas más dinámicas y emprendedoras que yo haya conocido. Se trataba de mi amigo Henry P., ex-funcionario de la Standard Oil y el primer alcohólico que logró permanecer sobrio por algún tiempo en el grupo de Nueva York. Había sido protegido del Dr. Silkworth y frecuente visitante del Hospital Towns. Por esta época había estado sobrio ya durante dos años. Henry era pelirrojo, producía una idea nueva cada minuto y su energía sobrepasaba cualquier descripción. No era Custodio de la Fundación y no tenía cargo oficial, pero eso no le importó. Era un porfiado vendedor y tenía mucho que vender. Me dijo: "Mire Bill, ¿para qué nos preocupamos por aquellos Custodios y su Fundación? Esos tipos no han conseguido un centavo hasta ahora y no van a conseguir nada. ¿Por qué no le damos un carácter comercial a esta idea y formamos una compañía por acciones? Vendámosles acciones a nuestros compañeros aquí en Nueva York. si les damos argumentos consistentes, le garantizo que ellos acogerán la idea". Yo había trabajado en Wall Street y ya había pensado esta misma idea, pero Henry era mucho más grandioso y respiraba confianza. Nuestra sociedad podía organizar su propia compañía editora y tal vez tendríamos que olvidarnos de la Fundación. Le dije que los Custodios nunca estarían de acuerdo con nuestro proyecto, y yo no deseaba herir sus sentimientos. Pero Henry tenía una piel más gruesa que la mía, era implacable y dijo que era el único camino que nos quedaba. Yo estuve de acuerdo finalmente.

Sintiéndome todavía muy preocupado con todo esto, volví donde Gene Exman y le expliqué lo que pensábamos hacer. Para mi sorpresa, se mostró de acuerdo, en contra de sus propios intereses, con el hecho de que una sociedad como la nuestra debería controlar y publicar su propia literatura. Más aún, creyó que muy posiblemente tendríamos éxito al llevarlo a cabo. Aunque la opinión de Gene no tuvo mucho impacto cuando fue transmitida ante los custodios, nos dio a Henry y a mí el ánimo que necesitábamos.

Henry no perdió el tiempo y empezó a vender la idea a nuestros compañeros de Nueva York inmediatamente. Los conversó uno a uno, persuadiendo, argumentando, hipnotizando. Yo seguía tras él, suavizando los sentimientos y tratando de eliminar las sospechas que se habían creado acerca de nuestra motivación. Después de un par de semanas de esta promoción algo violenta, obtuvimos el consentimiento de nuestra

comunidad de la región oriental. El Dr. Bob manifestó algunas dudas pero también consintió. Pensó que sería insensato en este momento exponer el asunto a los miembros de Akron. Tal vez en Nueva York podría justificarse que se hiciera este tipo de promoción, pero muy pocos en Akron estarían dispuestos a aprobarlo, expresó el Dr. Bob. También nos aconsejó que lleváramos la idea ante la Junta de Custodios, ya que seguramente no podíamos ignorarlos.

Entretanto Henry y yo fuimos perfeccionando nuestro plan. Sería necesario armar un proyecto persuasivo para inducir a los alcohólicos a participar con su dinero comprando acciones en una compañía que todavía no había producido ni un solo libro. Pero mientras más investigamos, mejor nos parecía la proposición. Fuimos donde Edward Blackwell, presidente de Cornwall Press, uno de los mayores editores de los Estados Unidos. Aquí averiguamos que el costo de impresión de un libro de tamaño normal es solamente un diez por ciento del precio de venta al público. Si fijábamos el precio del nuevo libro en \$3.50, como Henry y yo pensábamos, prácticamente todo esto sería ganancia. No tendríamos que pagar comisiones de venta, ni publicidad, ni las pérdidas usuales que los editores tenían que asumir sobre los libros que no se vendían. Nuestro libro, por supuesto, se vendería y nosotros no fallaríamos en el negocio. Nos parecía demasiado bueno para ser cierto.

Yo expuse esta información en la siguiente reunión de Custodios. Ya me imaginaba anticipadamente que la reacción podría ser mala, y realmente lo fue. La tarea más difícil fue estar en desacuerdo con estos maravillosos amigos. Una vez más, la reunión de los Custodios terminó sin llegar a ningún acuerdo. Yo me di cuenta de que tendríamos que adelantar todo este proyecto a pesar de las objeciones. Me pareció deprimente.

Pero Henry no se dejó deprimir. Había estado noches enteras trabajando en el proyecto. Los principales argumentos fueron éstos: Harper había dicho que el libro iba a ser bueno. Y aunque pagáramos a nuestros grupos y a las librerías un dólar por libro por concepto de comisión de distribución, todavía nos quedaría un margen de ganancia suficiente. El libro se imprimiría a muy bajo costo, y podría venderse a \$2.50 al por mayor o \$3.50 por correo. U una vez que las críticas literarias y otro tipo de publicidad se pusieran en movimiento, con toda seguridad tendríamos ventas muy importantes. El proyecto sugería que se formara una compañía con acciones con un valor unitario de \$25. Los alcohólicos de Nueva York y sus amigos podrían comprar una parte de las acciones en efectivo. Las otras dos terceras partes serían distribuidas entre Henry y yo en pago de nuestro trabajo. Para ablandar a los Custodios, se decidió que los derechos de autor que ordinariamente me pertenecían, serían donados a la Fundación Alcohólica. Henry adjuntó un programa que mostraba las utilidades estimadas con base en ventas de 100,000, 500,000, y aun un millón de libros. Ya he olvidado hasta qué punto llegaban sus esperanzas, pero eran fantásticas. Yo no era tan optimista pero me sentí seguro de que las utilidades del libro podrían permitirnos a varios de nosotros convertirnos en trabajadores de jornada completa y además poder costear unas oficinas centrales para nuestra sociedad. Bien fuera que esto funcionara o no, sin embargo, yo estaba convencido de que nuestra comunidad debería poseer y controlar su propia literatura.

Nuestra empresa carecía de dos puntos esenciales. No estaba constituida legalmente y no tenía nombre. Henry se hizo cargo de estos asuntos. Puesto que el libro solamente sería el primero de muchos “trabajos” pensó que nuestra compañía editora debería llamarse “Works Publishing, Inc.” Yo estuve de acuerdo, pero protesté por que no habíamos formado legalmente una sociedad para poder emitir acciones y por que la legalización nos exigiría dinero. Al siguiente día supe que Henry había comprado un

talónario de certificados de acciones en blanco en un almacén especializado, y encima de cada uno de esos certificados había colocado en máquina la leyenda: “Works Publishing, Inc., valor unitario \$ 25.00. Al final de la página había una firma: “Henry P. _____, Presidente”. Cuando protesté por estas irregularidades, Henry dijo que no había tiempo que perder y no debíamos preocuparnos por detalles menores.

Así empezó a navegar aquella gran empresa. Faltaba por ver si podía flotar. Henry conocía todas las estratagemas de los super-vendedores, y se dedicó directamente al trabajo. Descendió como un remolino sobre los alcohólicos de Nueva York y algunos de sus amigos, sugiriéndoles que tomaran acciones de la nueva empresa. Yo no iba muy a la zaga de Henry en este aspecto, y empecé también este trabajo.

Bien, no conseguimos vender ni una de las 600 acciones de Works Publishing, aunque proclamábamos que eran muy baratas. Los alcohólicos de Nueva York decían: “Realmente ustedes son descarados. ¿Qué les hace pensar que nosotros vamos a participar económicamente en una aventura de un libro que no se ha escrito todavía?” Pero Henry no se desanimaba. todavía le brotaban ideas. Me dijo: “Bill, usted y yo sabemos que este libro se va a vender. Pero estos borrachos neoyorquinos no lo ven así. Algunos creen que esto es una broma y el resto habla en forma muy elevada de mezclar una empresa espiritual con dinero y promociones publicitarias. Pero si ellos piensan que el libro podría venderse, comprarían inmediatamente todas las acciones. ¿Por qué no vamos al *Reader's Digest* y vemos si es posible que publiquen un artículo acerca de nuestra comunidad y este libro? Si el *Digest* nos incluye en su contenido, venderemos estos libros por cantidades. Cualquiera puede ver eso, inclusive aquellos avaros borrachos. ¿Qué esperamos? Vamos de una vez”.

Dos días después, en Pleasantville, Nueva York, nos sentamos en la oficina del Sr. Kenneth Payne, por entonces editor jefe del *Digest*. Le presentamos un cuadro pintoresco de nuestra comunidad y del libro en proyecto. Mencionamos el alto interés del Sr. Rockefeller y algunos de sus amigos. El Sr. Payne se mostró interesado, y después de escucharnos dijo: “Estoy casi seguro que al *Digest* le gustaría publicar esta historia, aunque por supuesto yo tendría que consultar con los otros editores de la junta. Personalmente creo que es la clase de noticias que a nosotros nos interesan. Cuando tengan listo su libro en la próxima primavera, háganmelo saber y yo creo que entonces pondremos a un escritor a que elabora el artículo. Esta podrá ser una magnífica historia. Pero, les repito, que debo consultarlo con los miembros de la junta editorial. Está claro, ¿verdad?”.

Henry y yo nos pusimos los sombreros y volvimos a Nueva York. Ahora sí teníamos artillería pesada. Esa misma noche empezamos una nueva correría, y los amigos indecisos empezaron a firmar. Casi todos estaban en la quiebra en esa época, de manera que les facilitamos las cosas. Aceptamos que comprasen sus acciones por cuotas de cinco dólares mensuales durante cinco meses, por cada unidad. Muchos sólo podrían pagar una sola acción. Cuando los Custodios, fueron puestos al día ellos también lealmente se adhirieron a la compañía. Algunos A.A. tenían amigos que también firmaron por pequeñas cantidades. Varios de mis antiguos amigos de Wall Street colaboraron, así como el Dr. Silkworth y el Dr. Tiebout. Rápidamente logramos una suscripción de 200 acciones por valor de \$ 5,000, y empezó a ingresar algo de dinero. Sin embargo, los suscriptores no estaban animados únicamente por el aspecto comercial. Al recibir la más mínima seguridad de que algún día podrían recuperar su dinero, realmente empezaron a aceptar el trato.

En el número 17 de la Calle William en Newark, Nueva Jersey, Henry tenía una oficina en la cual se manejaba un negocio que iba de mal en peor. contaba con una

secretaría llamada Ruth Hock, quien habría de ser una de las mayores ayudas para A.A. Los demás activos eran un gran escritorio y unos pocos muebles y enseres.

Todas las mañanas hacía yo el recorrido desde Brooklyn hasta Newark donde, caminando de aquí para allá en la oficina de Henry, empezaba a dictar los borradores de los capítulos del libro. Me guiaba por una lista elaborada apresuradamente, que contenía los posibles encabezamientos de los capítulos. Semana tras semana, Henry recurría a los suscriptores de acciones para obtener el dinero de las cuotas. Adicionalmente, el Sr. Charles B. Towns, nos prestó \$ 2.500. La mayor parte de estos fondos se destinaron para sufragar los costos de la oficina y comprar comestibles para Henry, Ruth, Lois y yo; con esta forma de operar, continuamos hasta el mes de Abril de 1939, fecha de la publicación del libro *Alcohólicos Anónimos*.

A medida que los capítulos iban siendo redactados, yo los iba leyendo en las reuniones semanales del grupo de Nueva York en el local de la Calle Clinton. Al Dr. Bob le enviábamos copias para que las revisaran y criticaran en Akron, donde obteníamos la más calurosa acogida. Algo muy distinto sucedía en las reuniones neoyorquinas, donde nuestros escritos eran literalmente aporreados, por lo cual fueron muchas las veces en que tuve que volverlos a redactar, para que Ruth los copiara a máquina una y otra vez. A pesar de las acaloradas discusiones, las críticas del grupo de Nueva York nos ayudaron enormemente, y sirvieron hasta cierto punto para que el entusiasmo y la confianza se incrementaran.

De esta manera fue adelantándose el trabajo hasta llegar al famoso Capítulo Quinto. Ya estaban escritos mi historia personal y tres capítulos más titulados “Hay una Solución”, “Algo más acerca del Alcoholismo” y “Nosotros los Agnósticos”. Nos dimos cuenta entonces de que ya teníamos suficiente material de presentación, pero que en este punto nos era necesario explicar la manera exacta como funcionaba nuestro programa de recuperación del alcoholismo. En este punto teníamos que insertar la columna vertebral de nuestro libro. Este era un problema que secretamente me había preocupado mucho. Yo nunca había escrito nada anteriormente, ni nadie en el grupo de Nueva York tenía experiencia como escritor. Las discusiones que se habían suscitado acerca de los cuatro capítulos iniciales habían sido terribles. En varias ocasiones estuve a punto de arrojar todos los borradores del libro por la ventana.

Mi estado de ánimo en la noche en que se escribieron los Doce Pasos de Alcohólicos Anónimos era muy poco espiritual. Me encontraba enfermo y cansado, reclinado en mi cama en el número 182 de la Calle Clinton con un lápiz en la mano y un legajo de papel borrador sobre la rodilla. No podía concentrarme en mi trabajo, ni mucho menos poner mi corazón en él. Pero me encontraba frente a una tarea que tenía que hacerse, y poco a poco en mi mente se fue aclarando el enfoque que iba a darle.

A partir de la visita que me hizo Ebby en el otoño de 1934, habíamos desarrollado gradualmente nuestro “programa verbal”; la mayor parte de las ideas básicas provenía de los Grupos Oxford, de William James y del Dr. Silkworth. Aunque se veían sometidas a considerables variaciones, podíamos resumirlas en un procedimiento muy consistente que comprendía seis etapas:

1. Admitimos que estábamos vencidos, que éramos impotentes ante el alcohol.
2. Hicimos un inventario moral de nuestros defectos o pecados.
3. Confesamos o compartimos nuestros defectos con otra persona, en forma confidencial.
4. Hicimos restitución a todas aquellas personas que habíamos perjudicado con nuestra bebida.

5. Tratamos de ayudar a otros alcohólicos, sin buscar recompensa en dinero o prestigio.
6. Rezamos al Dios en que cada uno creía pidiéndole la fuerza necesaria para practicar estos preceptos.

Esto era en esencia lo que, a fines del año de 1938, les decíamos a los recién llegados. Varias de las otras ideas y actitudes del Grupo Oxford habían sido rechazadas definitivamente, incluyendo aquellas que podrían envolvernos en controversias teológicas. Existía todavía mucho desacuerdo acerca de temas importantes, entre los puntos de vista de los grupos del Este y los del Medio Oeste. Estos estaban formados por miembros activos de los Grupos Oxford, mientras que los de Nueva York se habían retirado de tales grupos desde hacía un año. En Akron y sus alrededores se hablaba todavía de los absolutos que predicaban los Grupos Oxford, a saber: absoluta honradez, absoluta pureza, absoluto desinterés personal y absoluto amor. Los neoyorquinos habíamos encontrado muy exagerada esta posición, y abandonamos totalmente dichas expresiones. Pero tanto los de una región como los de otra estábamos dando cada vez mayor importancia a la expresión acuñada por el Dr. Silkworth para describir el dilema del alcohólico: la obsesión más la alergia. Por ese entonces ya sabíamos por nuestra experiencia que el recién llegado tenía que aceptar el Primer Paso si quería ir a alguna parte.

Aquella noche particular, a medida que en mi mente se abrían paso estas reflexiones, me pareció que el programa todavía no había sido bien delineado. Tendría que pasar un largo tiempo antes que los lectores del libro en sitios y países lejanos pudieran tener un contacto personal con nosotros. Por consiguiente, nuestra literatura debería ser tan clara y extensiva como fuera posible. Nuestros pasos tendrían que ser más explícitos. No podíamos dejar brechas por donde pudieran fugarse los alcohólicos de mente racionalizadora. Probablemente nuestras seis porciones de verdad deberían dividirse en trozos más pequeños. En esta forma podríamos hacerlas más accesibles al lector lejano, y al mismo tiempo estaríamos en mejores condiciones para ampliar y profundizar las implicaciones espirituales de toda nuestra presentación. Hasta donde puedo recordar, esto era todo lo que yo tenía en mente cuando empecé a escribir.

Finalmente me dispuse a la tarea de redactar más de seis etapas o pasos; cuántos más, no lo sabía. Tomé aliento y pedí la ayuda divina. Con una velocidad sorprendente, teniendo en cuenta mis alteradas emociones, completé el primer borrador. Esto me tomó media hora aproximadamente. Las palabras me fluían fácilmente. Cuando llegué al punto final, numeré los pasos resultantes. Sumaban doce. En alguna forma, tal número me pareció significativo; sin tener motivo ni razón especiales, los relacioné con los doce apóstoles. sintiéndome entonces sumamente aliviado, comencé a repasar el escrito.

En ese momento llegaron dos visitantes. Uno de ellos, mi buen amigo de aquella época, Howard A. Con él venía un nuevo miembro, quien llevaba escasamente tres meses de abstinencia. Yo estaba muy satisfecho con lo que había escrito, y les leí la nueva versión de nuestro programa, ahora sí los “Doce Pasos”. Howard y su amigo reaccionaron violentamente. ¿”Por qué *doce* pasos?, preguntaron. Y luego: “Le has metido mucho Dios a estos pasos; vas a amedrentar a la gente”. Además: “¿Qué significa eso de que el alcohólico tiene que arrodillarse cuando pide ser liberado de sus defectos?” Y añadían: “¿Quién va a querer que se le desaparezcan todos sus defectos?” Cuando Howard me vio un tanto molesto, añadió: “Bueno, algo de esto parece que está bien logrado. Pero, Bill, tienes que moderarlo un poquito. Está demasiado estricto. Un alcohólico corriente no se lo va a tragar en la forma en que está”.

Yo salté a la defensa de mi nueva creación, palabra por palabra. Empezamos así una larga discusión que sólo vino a enfriarse cuando Lois llegó un par de horas más tarde. “¿Por qué no se olvidan de todo esto por un momento, mientras tomen una taza de café?”, nos dijo. Y eso hicimos.

En Akron gustaron mucho los Doce Pasos, especialmente a personas como Paul y Dick S. A medida que las partes restantes del libro iban saliendo, basadas en los Doce Pasos, la gente de Akron continuó dándonos su aprobación. Pero en Nueva York se dobló y redobló el candente debate acerca de los Doce Pasos y del contenido general de libro. Había tres puntos de vista diferentes, el conservador, el liberal y el radical. Fitz M., el hijo de un ministro episcopal de Maryland y quien fue el segundo hombre recuperado en el Hospital Towns, hizo constantes viajes a Nueva York para reforzar la posición conservadora. Fitz pensaba que el libro debería ser cristiano en el sentido doctrinal de la palabra y que debía quedar claramente explícita esta posición. Se mostraba en favor de usar términos y expresiones bíblicas para que esto quedara claro. Otro miembro antiguo de Nueva York, Paul K., fue aún más enfático a este respecto.

Los liberales formaban el mayor contingente y no presentaron objeciones al uso de la palabra “Dios” en el contexto, pero se mostraron totalmente en contra de cualquiera otra proposición teológica. Ellos no tenían nada que ver con asuntos doctrinales. Espiritualidad sí, pero religión no, positivamente no. La mayor parte de nuestros miembros, afirmaban los liberales, creían en alguna clase de divinidad. Pero llegando a la teología nosotros mismos no podríamos ponernos de acuerdo, entonces ¿cómo podríamos escribir un libro que contenía un asunto tan delicado? No hubo una opinión general de grupo en esta área y no podía haberla. Los alcohólicos que habían ensayado las misiones religiosas siempre se mostraban escépticos a este respecto. La irrazonable rebeldía del alcohólico contra un acercamiento específicamente religioso, siempre había sido una desventaja para las misiones. Los liberales decían que no pretendían ser críticos, sino que solamente deseaban que tuviéramos presentes los hechos reales. No podíamos negar estas objeciones. Era totalmente cierto que nunca podríamos ponernos de acuerdo en una base religiosa para nuestra comunidad, y que el sistema religioso había funcionado bien en muy pocos casos.

Por consiguiente tono y la afinación espiritual de nuestro libro fueron grandemente influidos por los liberales. Pero los ateos y agnósticos, que conformaban el ala radical, hicieron una contribución tremendamente importante. Conducidos por mi amigo Henry y apoyados obstinadamente por Jim B., un vendedor recién llegado, este contingente procedió a ganar puntos. Al principio querían borrar la palabra “Dios” de todo el libro. Henry había llegado a creer en alguna clase de “poder universal”, pero Jimmy todavía nos criticaba acerbamente por mencionar a Dios en nuestras reuniones. Algunos miembros se habían airado tanto que quisieron expulsar a Jimmy del grupo. Pero la mayor parte de nosotros pensó que era mejor dejarlo hablar, esperando que eventualmente cambiara su mente, lo cual a la larga sucedió. Henry, Jimmy y sus compañeros deseaban un libro *psicológico* que atrajese a los alcohólicos. Una vez que llegasen, los alcohólicos podrían aceptar a Dios o no, a voluntad. Para el resto de nosotros ésta era una propuesta algo inusitada, pero afortunadamente la acogimos y pudimos aprender algo de mucho valor. Realmente nuestra conciencia de grupo empezó a funcionar para construir el libro más aceptable y efectivo posible. Cada una de las veces estaba entonando su papel para crear un resultado que iba a ser poco menos que providencial.

Siendo yo la persona que tenía a su cargo la redacción, me vi atrapado en el medio de toda esta polémica. Los liberales conformaban el grupo mayoritario, pero la

ventaja sobre los grupos radicales y conservadores combinados era muy escasa. Durante algún tiempo pareció que nunca podrían ponerse de acuerdo estas tendencias. Sintiendo impotente para dar gusto a todas las opiniones, pedí finalmente que se me permitiera ser el árbitro de lo que íbamos a colocar en el libro. Viendo que de no aprobar mi propuesta no llegaríamos a ninguna decisión, la mayoría del grupo convino en ella y empezamos a trabajar nuevamente.

No habíamos avanzado mucho con el texto del libro, cuando se hizo evidente que necesitábamos algo más. Debería incluirse una sección de casos o historias personales. Necesitábamos producir pruebas en forma de narraciones reales, como testimonio escrito de miembros de nuestra comunidad. Creímos también que esta sección de historias podría identificarnos con el lector distante, en una forma tal que el mismo texto no podría alcanzar. En este punto, el Dr. Bob y los miembros de Akron jugaron un papel vital. El grupo de Akron era el más numeroso y tenía más material de casos reales, así como los medios de ponerlos por escrito. Dos años antes, el grupo había confiado a un ex-periodista, Jim S., lo había rescatado de los más bajos estratos y había logrado su recuperación física y su sobriedad. Este y el Dr. Bob pidieron a todos los miembros de Akron que tenían alguna trayectoria en A.A. que dieran su testimonio. En la mayor parte de los casos Jim entrevistó a los escogidos y redactó sus historias. El Dr. Bob escribió personalmente la suya. Hacia enero los Akronitas habían producido diez y ocho magníficas historias. Dos de ellas provenían de oriundos de Cleveland que habían atendido las reuniones de Akron, y una se refería a Marie B., esposa de un alcohólico de Akron, y quien fue una de las primeras iniciadoras de lo que hoy constituyen los Grupos Familiares.

Con algo más de dificultad, el grupo de Nueva York escribió diez historias. Por esa época conformábamos una multitud muy heterogénea. Puesto que en Nueva York no teníamos a nadie comparable con el periodista Jim, se pensó que cada uno de nosotros que tuviéramos alguna trayectoria de sobriedad, tratara de escribir su propia historia. Ninguno de nosotros tenía experiencia como escritor, y hubo muchas complicaciones. Aquellos escritores decían que ¿quiénes éramos nosotros para adaptar sus narraciones? Era una buena pregunta, pero sin embargo, las adaptamos. Los clamores de los narradores de las historias que adaptamos fueron perdiendo intensidad y la sección de historias del libro se completó a finales de enero de 1939. Por fin teníamos el texto. Estaba muy próxima la terminación de nuestros recursos monetarios, y nos preparamos para llevar el libro a la imprenta.

Pero alguien, no recuerdo quién, expresó una idea cautelosa: “¿Cómo haremos para estar seguros de que este libro podrá ser ampliamente aceptable a todo el mundo? Tal vez contenga errores médicos o partes que puedan ofender a nuestros amigos de la religión. ¿Por qué no hacemos una copia del texto antes de publicarlo, incluyendo algunas de las historias, y damos a leer este material a nuestra propia comunidad y a todas las personas que tengan algo que ver con el problema del alcoholismo?” Este método consumiría mucho más tiempo y dinero y algunos objetaron, pero concluimos finalmente que era mejor para nosotros estar seguros de no equivocarnos. De suerte que hicimos cuatrocientas copias mimeográficas del libro y las enviamos a todos aquellos que pudieran estar interesados en el problema del alcoholismo. A cada hoja mimeografiada se estampó un sello que decía: “Copia prestada” para proteger nuestros derechos de autor.

Mientras esperábamos la devolución de los ejemplares repartidos, se presentaron dos grandes controversias. Aunque yo había bautizado como “Alcohólicos Anónimos” el volumen del mimeógrafo, este título era inaceptable para muchas personas.

Los grupos de Akron y de Nueva York habían estado discutiendo durante muchos meses el título para el libro. Esta discusión se había convertido en una agradable e interesante charla para después de la reunión. El título “Alcohólicos Anónimos” había aparecido a principios de la discusión, probablemente en octubre de 1938. No sabemos quién fue el primero en utilizar estas palabras. Después de que los neoyorquinos habíamos abandonado los Grupos Oxford en 1937, empezamos a describirnos como un “puñado anónimo de alcohólicos”. De esta frase a la idea de “Alcohólicos Anónimos” no medió más que un paso. Este es el origen exacto del nombre mencionado.

Al principio me había gustado mucho este título. Pero, a medida que las discusiones prosiguieron, empecé a tener ciertas dudas y tentaciones. El título “La Salida” (The way out) se hizo muy popular. Si le dábamos este nombre al libro, entonces yo podría añadir mi firma: “¡Por Bill W.!” Después de todo, ¿por qué no podía un autor firmar su libro? Empecé a olvidar que éste era un trabajo de todos y que yo había sido principalmente un árbitro en las discusiones que se habían originado. En un momento obnubilado alcancé a considerar que el libro se titulase “Movimiento B.W.”. Mencione estas ideas a unos pocos amigos y rápidamente fueron desechadas. Entonces vi la tentación como era realmente, una desvergonzada acción de egoísmo. Entonces empecé a votar nuevamente por el título “Alcohólicos Anónimos”.

Se mencionaron más de cien títulos. En Nueva York “Alcohólicos Anónimos” había logrado alcanzar una pequeña ventaja. Esta tendencia se había visto ayudada por la aparición de nuestro primer miembro de origen literario, Joe W., quien recientemente había sido rescatado del Bowery. Años atrás, Joe había fundado una revista muy popular y sofisticada. Se manifestó totalmente de acuerdo con el nombre “Alcohólicos Anónimos”. Hizo una ardiente defensa y la mayoría del grupo de Nueva York cerró filas a su alrededor. Pero no habíamos tenido en cuenta a nuestros amigos de Akron; en aquel lugar una considerable mayoría estaba en favor del título “La Salida”, y sumando los votos de las dos ciudades, “La Salida” obtenía una escasa ventaja.

En este punto se nos ocurrió una buena idea. Le envié un telegrama a nuestro amigo Fitz, quien se encontraba en su granja de Maryland. Le pedí visitar la Biblioteca del Congreso y averiguar cuántos libros habían sido registrados con el nombre de “La Salida” y cuántos se llamaban “Alcohólicos Anónimos”. Dos días después recibí su respuesta: “La Biblioteca del congreso tiene doce libros titulados “La Salida”, ninguno “Alcohólicos Anónimos”. Nos dijimos a nosotros mismos que no estábamos dispuestos a permitir que nuestro libro fuera la décima tercera “Salida”. Dejamos entonces el título “Alcohólicos Anónimos” en la copia que enviamos al editor. Esta fue la manera como le dimos título a nuestro libro formándose así el nombre de nuestra comunidad.

Poco antes de terminar el manuscrito tuvo lugar un evento de gran significación para nuestro futuro. En esa época pareció ser simplemente una nueva batalla acerca del libro. El escenario fue la oficina de Henry en Newark, donde se había llevado a efecto la mayor parte del trabajo. Estábamos Fitz, Henry, nuestra secretaria Ruth y yo. Nos encontrábamos discutiendo acerca de los Doce Pasos. Todo el tiempo yo había rechazado la idea de revisar los Pasos. No deseaba cambiar nada del borrador original, en el cual, como ustedes recordarán, había usado insistentemente la palabra “Dios”, y en una frase había incluido la expresión “de rodillas”. El tener que arrodillarse para orar era una gran afrenta para Henry. Argumentó, protestó, amenazó, y dijo que Jimmy lo respaldaba. Tenía la convicción de que millares de alcohólicos se amedrentarían al leer los Doce Pasos tal como estaban escritos. Poco a poco tanto Fitz como Ruth empezaron a comprender la validez de esta argumentación. Aunque al principio yo estaba en total

desacuerdo, empecé finalmente a considerar la posibilidad de llegar a un término medio. No sé quién fue el primero que usó las palabras que rompieron el desacuerdo, pero son palabras famosas a todo lo ancho y lo largo de nuestra actual literatura; en el Segundo Paso decidimos describir a Dios como un “Poder superior a nosotros mismos”. En los Pasos Tercero y Undécimo insertamos las palabras “Dios *como nosotros Lo concebimos*”. Tachamos la expresión “de rodillas” del Paso Séptimo. Y, como encabezamiento de todos los pasos escribimos estas palabras: “He aquí los pasos que nosotros dimos y que se sugieren como programa de recuperación”. Los Doce Pasos de A.A. se convirtieron entonces en meras *sugerencias*.

Tales fueron las concesiones finales para aquellos de poca o ninguna fe; ésta fue la gran contribución de los ateos y agnósticos que había entre nosotros. Ampliaron así nuestra puerta de entrada para que todos pudieran ingresar por ella, y apartaron el problema de la creencia o *falta de creencia religiosa*.

Ciertamente Dios está incluido en nuestros Pasos, pero expresado ahora en términos que *cualquier* persona podría aceptar y ensayar. Incontable ha sido el número de miembros A.A. que desde entonces han testimoniado que sin esta prueba de generosidad ellos nunca hubieran podido empezar el camino del progreso espiritual o acercársenos siquiera. Así tuvo lugar otro de aquellos providenciales golpes de suerte.

Por esta época nos habían devuelto muchos de los ejemplares mimeografiados que habíamos distribuido. La reacción general era muy buena, incluso podemos decir, maravillosa. Se nos hicieron muchas sugerencias constructivas, y dos de ellas fueron críticas muy importantes.

Una de ellas provino del Dr. Howard, un famoso psiquiatra de Montclair, Nueva Jersey. Nos indicó que el texto de nuestro libro estaba demasiado plagado de palabras tales como “usted tiene que . . .”. Sugirió que sustituyéramos dondequiera que fuese posible tales expresiones por otras tales como “nosotros debíamos”. Su idea era evitar toda clase de coacción, para que nuestra comunidad se implantase sobre la base de un “nosotros debíamos” en vez de “usted tiene que”. Hacer el cambio en todo el texto significaba un tremendo trabajo. Argumenté débilmente contra ello pero rápidamente me di por vencido; era perfectamente claro que el Dr. Howard tenía toda la razón. El Dr. Silkworth y el Dr. Tiebout nos dieron consejos similares y añadieron muchos más. Nunca debemos olvidar que fue el Dr. Silkworth quien escribió el prólogo de la primera edición de *Alcohólicos Anónimos*, proporcionando así al volumen la aprobación médica.

Durante todo este tiempo habíamos contado con el consejo y apoyo de Dick Richardson, Frank Amos y el Dr. Leonard Strong, miembros de nuestra Junta de Custodios, quienes habían seguido nuestro progreso con afectuoso interés y esperanza continuamente creciente.

Debemos hacer notar aquí que la creación del libro de A.A. sacó a la luz mucho más que meras discusiones acerca de su contenido. A medida que crecía el volumen, se incrementaba nuestra convicción de que estábamos siguiendo el camino adecuado. Vislumbramos lo que el libro habría de ser y podría hacer. Una gran expectación basada en la fe y la confianza, fue la sensación permanente y sustentadora que finalmente prevaleció entre nosotros. Al igual que el sonido de una tormenta que se aleja, el fragor de nuestras primeras batallas era ahora sólo un murmullo. Se aclaró la atmósfera y el cielo se tornó más brillante. Todos nos sentíamos bien.

En medio de este regocijo sucedió otro evento maravilloso. Nos preocupaba la forma en que el mundo de la religión iba a recibir nuestro libro. No tuvimos que esperar

mucho tiempo. El Dr. Harry Emerson Fosdick expresó su profunda satisfacción por el volumen y prometió escribir un informe sobre él en los periódicos cuando saliera de las prensas. El grupo de Nueva York no contenía ningún miembro perteneciente al catolicismo por la época en que el libro estaba en preparación. Un miembro católico de Akron había escrito su historia personal pero no había ofrecido voluntariamente opiniones adicionales. De suerte que estábamos totalmente a oscuras en cuanto la acogida que pudiera dar al libro la curia católica. Un grupo de laicos con muy poca experiencia y escasa preparación religiosa se había combinado para producir un volumen en el cual se describía la liberación del alcoholismo por medios espirituales. ¿Qué podían pensar nuestros amigos los católicos? No teníamos la más remota idea.

Por entonces nos llegaron buenas noticias. Con un mensajero habíamos enviado el libro al comité Católico de Publicaciones de la Archidiócesis de Nueva York. Nuestro mensajero era Morgan R., dado de alta unas pocas semanas antes del asilo de Greystone y el primer católico que aparición en los grupos de Nueva York. Casualmente conocía a un miembro del Comité de Publicaciones. Por eso enviamos a Morgan. Poco después retornó para contarnos cosas maravillosas.

El Comité había tenido el mejor de los conceptos acerca de nuestro esfuerzo. Desde su punto de vista el libro estaba perfectamente bien tal como había sido escrito. Después de revisar la sección acerca de la meditación y la oración, el Comité había dado algunas sugerencias para mejorarla, aunque ninguna suponía un cambio total. Morgan las trajo consigo y nos parecieron tan pertinentes que inmediatamente las adoptamos. Únicamente en una frase de todo el libro habían considerado necesario sugerir un cambio. Al terminar mi propia historia, en el Capítulo I del borrador original, yo había hecho una frase retórica diciendo que “hemos encontrado el cielo en esta tierra”. El amigo del Comité señaló esto a Morgan con una sonrisa y le dijo: “¿No crees que Bill pudiera cambiar esta palabra “cielo” por “utopía”? ¡Después de todo, los católicos le estamos prometiendo a la gente algo mucho mejor en la otra vida!” El Comité no envió una comunicación oficial, sino que se contentó con avisarnos de que nuestro trabajo estaba bien. En realidad este mismo ha sido desde entonces el veredicto de prácticamente todas las denominaciones religiosas, hecho por el cual estamos devotamente agradecidos.

Sólo nos restaba ahora preparar la copia para la imprenta. Seleccionamos uno de los ejemplares de mimeógrafo, y con la clara escritura de Henry se transcribieron todas las correcciones aprobadas. Había realmente pocos cambios importantes. Pero sí muchas correcciones menores. La copia era escasamente legible y nos preguntamos si el editor la aceptaría, estando tan borroneada. Henry y yo fuimos a Nueva York en busca de Edward Blackwell, presidente de Cornwall Press. Muy animados, le dijimos que estábamos listos para empezar.

El Sr. Blackwell quiso saber cuántas copias íbamos a ordenar. Teniendo en mente el artículo que nos habían prometido en *Reader's Digest*, todavía pensábamos en muchos millares. Aunque sin duda impresionado, el Sr. Blackwell sugirió que la primera edición la hiciéramos de 5.000 ejemplares. Luego preguntó los términos financieros que podíamos negociar. Prudentemente le hicimos saber que nuestro dinero estaba pasando por una baja temporal. Señalando la importancia que tendría el artículo del *Reader's Digest*. Henry mencionó la cifra de \$ 500 como cuota inicial para la impresión de los 5.000 libros. El Sr. Blackwell se sorprendió y lo miró, preguntándole: “¿Y qué pasó con la conexión que ustedes tenían con Rockefeller?” Le replicamos que considerábamos mejor dejarla como reserva, puesto que estábamos tratando de manejar todo este asunto con nuestros propios medios hasta donde nos fuera posible. El Sr.

Blackwell, que ya había absorbido el espíritu de A.A., dijo con una sonrisa: “Bueno, creo que está bien. Me agrada poderles ayudar”. Así se pusieron las prensas en movimiento y Alcohólicos Anónimos encontró otro maravilloso amigo.

Al efectuar la negociación con el Sr. Blackwell fijamos el precio de venta al detal en \$ 3.50. Esta cifra fue el resultado de largas y acaloradas discusiones. Algunos miembros habían insistido en que el precio fuera de \$ 1.00, otros deseaban una edición de \$ 2.50. Aquellas personas no habían querido escuchar el clamor de Henry de que necesitábamos ganar algo en el negocio o de lo contrario nunca nos sería posible operar una oficina, y mucho menos darles dividendos a los accionistas. Pero Henry finalmente pudo sacar adelante su idea y como consuelo para los contrincantes, le ordenamos al Sr. Blackwell la impresión del libro en el papel más grueso que existiera. La edición original apareció tan voluminosa que inmediatamente empezó a ser conocida como el “Libro Grande”. ¡Por supuesto la idea era convencer al comprador alcohólico de que estaba recibiendo lo que valía su dinero!

Muy pronto Henry, Ruth, Dorothy S. de Cleveland, y yo, viajamos hasta las instalaciones de Cornwall Press en Cornwall, N. Y., y nos registramos en el único hotel del lugar. Llevamos con nosotros la averiada pero preciosa copia del libro para el editor. Cuando el gerente de Cornwall vio tal mare magnum de correcciones y tachaduras, se sintió tan desalentado que casi nos envió de regreso para sacar en limpio una nueva copia. Pero Henry, como buen vendedor, lo convenció de que empezara a armar las galeras, y día tras día empezamos a corregirlas a medida que salían del taller.

Poco a poco se fue terminado nuestro dinero. La cuenta del hotel ya era casi el doble de la suma de que disponíamos. Para Ruth, Dorothy y yo esto era casi una catástrofe. Pero Henry afirmó tranquilamente que Dios proveería. Henry había adoptado últimamente la confortante teoría de que si Dios deseaba que hiciéramos algo, lo único que nosotros teníamos que hacer era acumular facturas que eventualmente El pagaría. Este era un ejemplo conmovedor de fe en Dios, pero dejaba sin resolver la cuestión práctica de quién sería el agente de Dios en materia financiera. Nuestros accionistas habían cumplido totalmente sus compromisos y no deseaban saber nada más de nosotros. Nuestro buen amigo Charlie Towns podía ser la persona. De manera que tuve que ir a Nueva York y ponerme en contacto con él. El Sr. Towns no se sintió muy favorablemente impresionado cuando supo la situación en que nos encontrábamos, pero convino en pagar la cuenta del hotel y proporcionarnos cien dólares para gastos.

Tuvimos entonces una renovación de nuestra esperanza. Dentro de muy poco estarían hechas las plantas del libro, las prensas empezarían a funcionar, y 5.000 libros estarían en disponibilidad cuando apareciese el artículo del *Reader's Digest*. Henry, Ruth y yo nos dividimos los últimos cien dólares y retornamos a Nueva York sumamente animados. Podíamos tener paciencia; la prosperidad se encontraba a la vuelta de la esquina.

Nunca sabré por qué, en todo ese tiempo en que el libro estuvo en preparación, a ninguno de nosotros se le ocurrió volver a conversar con el *Reader's Digest*. Nadie tuvo en cuenta la necesidad de programar la aparición de nuestro libro con el artículo en esa revista. Cuando Henry y yo pasábamos cerca de Pleasantville, caímos en la cuenta de esto. Estimamos que la preparación de un artículo necesitaría varios meses. Pero para que nos preocupáramos; era sólo cuestión de tiempo.

Fuimos recibidos por el Editor en Jefe Payne en la puerta de su oficina. No recordaba quiénes éramos. Henry le hizo notar con simpatía: “Bien, Sr. Payne, estamos listos para empezar”. El Editor, sorprendido, replicó débilmente: “¿Empezar qué?” Rápidamente lo ilustramos de nuevo, y empezó a recordar nuestra visita en el otoño

anterior. “Claro, claro”, dijo. “Ahora los recuerdo. Ustedes son los representantes de aquella comunidad de alcohólicos. Ustedes querían un artículo en el *Digest* acerca de su comunidad y del libro que están preparando. ¿Recuerdan ustedes que les advertí que tenía necesidad de pedir la opinión de nuestra junta editorial? Pues bien, así lo hice y para mi sorpresa, no les gustó nada la idea. Ellos no pensaron que pudiera tener mucho interés una sociedad de alcohólicos. Y opinaron además que todo este asunto podría ser motivo de controversias médicas y religiosas. Lo peor de todo, es que a mí se me olvidó llamarlos para contarles el resultado de mi gestión. Lo siento profundamente”.¹²

Esto fue un golpe tremendo. Aun el optimista Henry se sintió derrotado. Protestamos, pero no tenía sentido. La situación era clara. La empresa del libro había fracasado.

De regreso a nuestra ciudad, profundamente abatidos nos preguntamos cómo íbamos a poner la cara ante nuestros compañeros, los accionistas, el editor y el Sr. Towns. La comunidad de A.A. tenía más o menos cien miembros. Habíamos prometido veintiocho libros para quienes escribieran sus historias, cuarenta y nueve más tenían que enviarse gratuitamente a los accionistas alcohólicos y los amigos que nos habían colaborado. Tendríamos 5.000 libros guardados en las bodegas de Cornwall sin mercado para su venta. Probablemente el editor tendría que verse obligado a decomisarlos para pagar sus costos. No teníamos ni un solo centavo, y seguramente nuestro abono de \$ 500 no sería una compensación adecuada para el Sr. Blackwell. ¿Qué irían a decir los Custodios? Tal vez ellos tenían razón después de todo. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Cómo podríamos afrontar esta catástrofe? Ninguna idea nos iluminaba.

Nuestra llegada a casa, sin embargo, probó ser menos dolorosa de lo que esperábamos. En verdad algunas personas murmuraron y nos dijeron que ya nos habían advertido. Pero casi todos tomaron una actitud deportiva y nos preguntaron a dónde habíamos dejado nuestra fe. Los custodios también se mostraron condescendientes; surgieron reuniones semanales para considerar fórmulas y medios para colocar el libro en circulación. Y, en forma muy amable, el Sr. Edward Blackwell nos dijo que no tenía la intención de entregarle nuestra publicación a un agente extraño. Nos prometió ayudarnos y así lo hizo durante muchos meses y años inciertos.

Resultaba obvio que teníamos necesidad de hacer alguna publicidad para movilizar la venta de esos libros. Buscamos todas las revistas sin ningún resultado. Mientras estábamos en medio de toda esta preocupación, Cornwall Press informó que estaba lista la edición. Esto fue en Abril de 1939. Henry, totalmente en bancarrota, estaba tratando de conseguir trabajo. Ruth recibió como pago de su trabajo, acciones de la difunta Works Publishing, certificados que ahora no tenían ningún valor. Generosamente aceptó esta forma de pago y nunca nos enrostró los esfuerzos realizados. Nosotros estábamos viviendo con dinero prestado.

Luego, el primero de Mayo, llegó la calamidad al número 182 de la Calle Clinton. Lois y yo habíamos estado viviendo en esa casa, perteneciente a mis suegros. Después de la muerte de ellos, el banco se había hecho cargo de la casa y nos la había arrendado por una suma nominal. La hipoteca era tan grande que el banco había encontrado muchas dificultades para venderla. Por consiguiente habíamos podido pertenecer allí varios años. Pero en este momento encontraron un comprador y tuvimos que salir. Todos nuestros muebles fueron colocados en una bodega. El trasteo tuvo que

¹² Como muchos conocen, ninguna publicación ha sido más generosa con A.A. que el Reader's Digest. Ha publicado muchos artículos en los cuales A.A. ha sido destacado o mencionado en forma prominente y nos ha proporcionado ayuda invaluable en la traducción de nuestra literatura a lenguas extranjeras. El finado Fulton Oursler fue Editor Jefe del Digest y Custodio de A.A.

pagarlo el banco, puesto que nosotros no teníamos un solo centavo. A esa bodega fueron todas nuestras pertenencias, y allí tuvieron que permanecer empeñadas durante dos años. ¿A dónde podíamos ir nosotros?

Los amigos se agruparon a nuestro alrededor. Una suma ínfima, que representaba el primer dinero que nuestra Fundación había logrado reunir, recibió la destinación de “Fondo para Restauración del Hogar de Lois”. A este fondo, los familiares conocidos de A.A., empezaron a hacer pequeñas contribuciones. Muy pequeñas, en realidad, porque todos estábamos en bancarrota. Además de esto, los Custodios empezaron a pagarnos a Lois y yo, \$ 50 mensuales. Un miembro reciente, Jack C. nos prestó un viejo automóvil. Pero, ¿dónde íbamos a vivir? Esta cuestión se resolvió gracias a Howard, ya que su madre poseía una finca de veraneo a orillas de un lago muy lejano en el sector occidental de Nueva Jersey. Allí permanecimos hasta que cayeron las primeras nevadas en Noviembre. Este intervalo nos dio la oportunidad de revivir el proyecto del libro.

Poco después de la publicación de *Alcohólicos Anónimos* en Abril, el Dr. Fosdick hizo una hermosa descripción de nuestro libro, tal como había prometido. Su reseña fue publicada principalmente en periódicos religiosos, pero no tuvo influencia en lo concerniente a pedidos. Nos sentimos muy halagados cuando el *New York Times* también publicó una mención de nuestro libro. Pero nada sucedía. No nos llegaban órdenes. Fallaron todas nuestras diligencias durante el verano de 1939, para conseguir que las revistas de circulación nacional publicaran artículos acerca de A.A.

Entonces, a Morgan nuestro irlandés, se le ocurrió una idea. Nos dijo: “Yo estuve una época en el negocio de la publicidad y tuve mucho que ver con la radio. Conozco muy bien a Gabriel Heatter, y estoy seguro de que él podría ayudarnos”. Fue a ver a Heatter y rápidamente regresó muy sonriente. “Tal como les dije, Gabriel va a darnos su ayuda”. Por aquella época el Sr. Heatter estaba en una cadena nacional con un programa llamado “El Pueblo”, consistente en entrevistas de tres minutos de duración. Nuestra historia le impresionó favorablemente. Convino en entrevistar a Morgan, para que éste describiera rápidamente su caída y su recuperación, para luego preguntarle acerca de algunos hechos sobre A.A. y después hacer propaganda del libro. Esto, a nuestro entender, era formidable, mucho más siendo radiodifundida por una cadena de alcance nacional.

Los instintos de promotor de Henry se vieron reanimados en forma instantánea. En conexión con la emisión radiofónica quiso enviar tarjetas postales a todos los médicos registrados al oriente del río Mississippi. Se nos dijo que habría unos 20.000. Esta tarjeta los invitaría a escuchar el programa de Heatter y comprar el libro *Alcohólicos Anónimos* que era “una curación segura para el alcoholismo”. Como siempre, ésta era una magnífica idea y lo único que nos hacía falta era dinero. Entre nuestros nuevos amigos habían ingresado dos de clase alta. Henry fue tras ellos, blandiendo su legajo de acciones de Works Publishing. Ellos no quisieron acciones, pero aceptaron pagarés firmados por la compañía publicitaria y garantizados personalmente por Henry y yo. Aunque parezca increíble, Henry logró obtener que le prestaran \$ 500. Conseguimos una lista de todos los médicos habitantes de la región oriental de los Estados Unidos y les enviamos las tarjetas postales. Con ello obtuvimos la seguridad que lograríamos colocar al menos varios millares de ejemplares.

Entre tanto, Gabriel Heatter le había indicado a Morgan el día de su entrevista. Era sólo una semana después y nos sentimos muy excitados. Teniendo en mente algunos de los fracasos anteriores, alguien mencionó una nota de precaución: “¿Qué pasaría en el caso de que Morgan, un paciente dado de alta de un asilo poco antes, empezara a beber antes del programa? Una amarga experiencia nos decía que ésta era una

posibilidad bastante real. ¿Pudiéramos evitar tal calamidad? Muy gentilmente le sugerimos al sorprendido Morgan que se encerrara en alguna parte hasta la noche de la transmisión. Fue necesario que Henry apelase a todas sus artimañas para convencerlo, pero lo logró. Lo único que nos faltaba resolver era dónde y cómo podríamos recluirlo. Henry, quien tenía ahora totalmente restaurada su fe, declaró solemnemente que Dios proveería. Recordó que uno de aquellos nuevos miembros pertenecía al Club Atlético Downtown. Si nosotros pagábamos el alojamiento, ¿podría arreglarse que nos permitieran utilizar una habitación doble? Protestando clamorosamente, Morgan fue conducido a la cautividad. Durante varios días nos turnamos para vigilarlo las veinticuatro horas, sin permitirle ni un solo momento que desapareciera de nuestra vista.

La copiosa correspondencia para los médicos se puso en camino y todo estaba listo. ¿Por qué no habíamos pensado antes en la radio? Esto sería sólo un comienzo. Una vez más, se empezaron a escuchar conversaciones acerca de la venta de los libros por toneladas. Una hora antes de la señalada para la emisión, todos los miembros de nuestra comunidad y sus familiares se dispusieron a escuchar el gran momento. Tal como había sido provisto, Gabriel habló y presentó el programa. En todos los hogares de nuestros miembros en Nueva York se escucharon los suspiros de alivio cuando salió al aire la voz de Morgan, quien había logrado llegar a la cita en total estado de sobriedad. Fueron tres minutos emocionantes. Gabriel actuó sumamente bien, con el respaldo de Morgan, quien tampoco era un neófito en cuestiones de radio. Nos imaginamos que el impacto iba a ser tremendo, especialmente entre los doctores que ya hubieran recibido nuestras tarjetas postales. Creímos que en tres días el Apartado 658 de la Oficina Posta, Church Street Annex, en la ciudad de Nueva York, se vería inundado de peticiones de ayuda y solicitudes para el libro.

Haciendo un gran esfuerzo nos contuvimos durante tres días de ir al correo. Luego nos encaminamos hacia la Oficina Postal y llegamos directamente a nuestro apartado, cada uno de nosotros con un par de maletas para llevar a casa parte de la tremenda cantidad de correspondencia. Observando a través del vidrio, nos asombramos de ver sólo un puñado de cartas. Henry, el optimista, exclamó inmediatamente: “No se preocupen muchachos. Fue que no pudieron colocarlas todas en el apartado. Les apuesto que hay una bolsa llena en la oficina”. El dependiente nos entregó exactamente doce cartas. Henry le dijo: “No. Debe haber muchas más. ¿Dónde están?” A lo cual replicó: “Señor, esto es todo lo que hay” Casi enfermos, revisamos nuestras doce respuestas. Algunas nos criticaban acerbamente. Otras, evidentemente suscritas por médicos bebidos, eran totalmente ilegibles. Las dos restantes eran, ahora sí, pedidos de ejemplares de *Alcohólicos Anónimos*. La radio, como medio de difusión, perdió mucha dimensión a nuestros ojos y otros \$ 500 se gastaron irremediabilmente.

Pocos días después nuestro casero en Newark se mostró severo. Apareció el alguacil con una orden de desahucio. De manera que buscamos, en un edificio cercano, un cuartito apenas suficiente para albergar el enorme escritorio de Henry, su silla, un par de archivadores y el escritorio de Ruth con su máquina de escribir. Para los visitantes sólo se disponía de un cuarto donde debían quedarse de pie. Nos ingeniamos para pagar una pequeña cuota sobre el arrendamiento, temiendo pensar dentro de cuántos meses aparecería nuevamente el alguacil para un nuevo desahucio.

La finca de verano de Howard, frente a las tranquilas aguas del lago, fue un lugar maravillosos para descansar y renovar energías. Además, contábamos con \$50 mensuales y el auto prestado para movilizarnos. Pero ¿qué sucedería cuando llegara el invierno? Lois empezó a arrepentirse de haber dejado su trabajo en el almacén. Cuando las perspectivas del negocio del libro habían parecido más brillantes, yo la había

persuadido a renunciar. Lo único que faltaba ahora era continuar presionando. De alguna forma el proyecto del libro debería revivirse. Confieso que muy frecuentemente reflexionamos que después de casi cuatro años de mi sobriedad, nosotros no contábamos con ningún ingreso o la seguridad de un lugar dónde vivir.

Hacia el mes de Julio Henry había encontrado trabajo, y por consiguiente la reanudación del proyecto del libro quedó encomendada enteramente a Ruth y yo. Ella tenía todavía un sueldo teórico de \$ 25 semanales, pero esa cantidad se le estaba reconociendo con una ración semanal de acciones de Works Publishing. No podíamos darle ni un centavo en efectivo. Apenas en Octubre de ese año empezó a recibir algún sueldo real.

Durante el mes de Julio fui a la ciudad de Nueva York, donde visité al Sr. Charles Towns. Al igual que el Sr. Blackwell de Cornwall Press, a Charlie le debíamos mucho dinero. Pero ambos se habían portado espléndidamente con nosotros. Cuando salí del ascensor para entrar al piso correspondiente, Charlie me saludó con una amplia sonrisa. Había estado removiendo cielo y tierra para conseguírnos publicidad y había tenido éxito. Charlie era amigo hacía mucho tiempo del Sr. Morris Markey, famoso escritor. Intrigado con la historia de A.A., el Sr. Markey había interesado a Fulton Oursler, por entonces director de la revista *Liberty*. Aquel gran escritor, editor y futuro amigo, vio instantáneamente las posibilidades y comisionó a Morris Markey para escribir un artículo. Por consiguiente, Charlie nos dijo: “¿Cuánto van a trabajar con Morris?”.

Para satisfacción nuestra, Morris produjo rápidamente un artículo titulado “Los Alcohólicos y Dios”, que habría de aparecer en el número de *Liberty* correspondiente al mes de septiembre. En esta ocasión realmente tuvimos la esperanza y creímos que habíamos llegado a nuestra meta, como en la práctica sucedió.

Pero tendríamos que esperar a octubre antes de poder recoger pedidos del libro como resultado del artículo por editarse. ¿Qué íbamos a hacer entre tanto? El arrendamiento tendría que pagarse y algo teníamos que inventar para amortizar la deuda con los señores Blackwell, Towns y los otros acreedores. Teníamos simplemente que buscar por lo menos mil dólares.

Uno de nuestros miembros en Nueva York, Bert T., tenía un almacén de artículos para caballero en la Quinta Avenida, heredado de su padre. Pero el alcoholismo activo de Bert prácticamente había arruinado el negocio que iba de mal en peor. Llamé por teléfono a Bert y le dije lo que necesitábamos. Cuando le comenté que el *Liberty* seguramente imprimiría un artículo sobre nosotros en el mes de septiembre, me dijo: “Bill, ¿estás seguro realmente esta vez? Recuerda que Henry y tú nos dijeron que estaban totalmente seguros de la publicación en el Reader’s Digest. Pero, ven de todas maneras. Tal vez yo pueda hacer algo”.

Entre los clientes de Bert se incluían muchos personajes adinerados. Mirando su lista, escogimos a uno a quien llamaremos el Sr. G.

Bert dijo: “Bien, aquí tenemos a un hombre que conoce todo acerca de nosotros. Está sumamente interesado en el problema alcohólico, aunque debo admitir que está adherido al partido de la línea dura”. Cuando yo le expresé mis dudas acerca de aceptar la ayuda de un temperante, Bert replicó irónicamente: “Mira Bill, ésta no es ocasión para refinamientos. Necesitamos conseguir mil dólares y tendremos que aceptarlos de cualquiera que desee brindárnoslos”. Bert fue al teléfono y pidió larga distancia. De una vez, le solicitó al Sr. G. una contribución. El Sr. G. pareció vacilar. Entonces Bert le habló a su cliente acerca de Works Publishing, empresa que tenía un gran inventario de libros pero muy poco capital de trabajo. La publicación en *Liberty*, sin embargo, traería

una gran cantidad de pedidos. ¿Podría entonces el Sr. G. comprar algunas acciones? Este cliente se mostró más desconfiado todavía. Entonces Bert le propuso al Sr. G. que le hiciera un préstamo a Works Publishing. Después de todo, la compañía tenía un respaldo en su inventario de valiosos libros. Apenas supo el estado real de Works Publishing, el Sr. G. declinó enfáticamente la propuesta. Pero Bert buscó una vez más: “Sr. G., ¿aceptaría usted un pagaré de Works Publishing de mil dólares si yo lo respaldo? Usted bien sabe que tengo un próspero negocio aquí en la Quinta Avenida”.

“Claro que sí”, respondió el Sr. G. “Aceptaré ese documento si usted lo endosa. Mándemelo inmediatamente y con todo gusto le enviaré el dinero”. Esto fue un envío de Dios, que probablemente salvó la compañía del libro, puesto que pudimos funcionar hasta finales del otoño de 1939. Bert había empeñado su propio negocio, virtualmente en bancarrota por entonces, para salvar el libro *Alcohólicos Anónimos*. Bert era realmente un amigo.

En Septiembre de 1939, el artículo de *Liberty* apareció en los puestos de venta. Era un poco sensacionalista, y pensamos que el título “Los Alcohólicos y Dios”, podría atemorizar a muchos candidatos. Probablemente lo hizo, pero varios centenares de alcohólicos y familiares no se atemorizaron. La revista *Liberty* recibió 800 cartas en solicitud de ayuda, que fueron rápidamente enviadas a Ruth y a mí. Ella contestó con magníficas cartas personales a cada una de ellas, incluyendo un folleto descriptivo del libro A.A. La acogida fue maravillosa. Vendimos varios centenares de libros al precio de \$ 3.50 cada uno. Aun más importante, empezamos una correspondencia con alcohólicos, sus amigos y sus familiares en todo el país. Ruth pudo por fin empezar a retirar algunos dólares semanales como sueldo. Y todas aquellas conmovedoras peticiones de ayuda nos hicieron olvidar nuestros propios problemas. La preocupación por mantener el contacto con toda aquella gente nueva, y el relacionarlos en algunos casos unos con otros, y en otros casos con los grupos de Akron. Nueva York y Cleveland, se convirtió en nuestra principal ocupación hasta principios de 1940. Poco después de salir a la luz el artículo del *Liberty*, el *Plain Dealer* empezó su serie de artículos que describimos anteriormente. Esto trajo como consecuencia nuevos pedidos del libro y nuevos problemas. Alcohólicos Anónimos estaba en marcha, y saliendo de su infancia para entrar en la adolescencia.

Como mencionamos atrás, Lois y yo nos trasladamos a casa de Bob y Mag en Monsey, Nueva York, para permanecer allí el invierno de 1939 y la primavera de 1940. Un poco después fuimos al apartamento de un amigo en la ciudad de Nueva York, luego brevemente a una habitación en Greenwich Village, y finalmente al primer club de A.A., “El Viejo de la Calle Veinticuatro”, donde permanecimos hasta la primavera de 1941. Los contribuyentes del “Fondo para Restauración del Hogar de Lois” mantuvieron su buena acción. Por lo tanto nos fuimos sintiendo cada vez más cómodos, y nuestra felicidad creció a medida que veíamos desenvolverse nuestro movimiento.

Un penoso incidente ocurrió a principios de la primavera de 1940. Como no sabíamos dónde íbamos a vivir en el futuro, habíamos seleccionado el Apartado 658 de una de las oficinas de correos del centro de Nueva York, teniendo en cuenta que era el punto más central de toda el área metropolitana, incluidos Long Island y Nueva Jersey. Nos pareció lo mejor establecer una pequeña oficina cerca de este apartado. Apoyado por los accionistas del libro y por Ruth, hice esta propuesta. Henry, cuyo trabajo lo había llevado al oeste de Nueva Jersey, se opuso violentamente. Deseaba llevarse consigo el negocio del libro y a su secretaria Ruth a dondequiera que fuese trasladado. Su trabajo no iba muy bien y él se encontraba en lo que hoy en día llamamos “una rodada en seco”. Mientras más insistimos, más intolerante y violento se ponía. Estaba tremendamente

abrumado con otros problemas. Finalmente su tenacidad se quebrantó y empezó una nueva racha alcohólica después de cuatro años de sobriedad. Nunca volvió a mostrar ningún signo de recuperación real, y continuó bebiendo hasta su muerte ocurrida hace poco tiempo. Mi propio padrino, Ebby, también continuó bebiendo y no ha mostrado hasta ahora ningún deseo de parar. Todo nuestro grupo tembló de pies a cabeza y empezamos a preguntarnos: “Si recaen paladines como Henry y Ebby, ¿qué será del resto de nosotros?” En la realidad, sin embargo, el efecto fue que todos nosotros nos volvimos más vigilantes. De suerte que no siguió ninguna ola de recaídas al naufragio del pobre Henry.

Nuestra expansión se vio inmensamente acelerada por el artículo del *Liberty* y el fantástico crecimiento de Cleveland. En otros pueblos y ciudades habían empezado tímidos desarrollos, los cuales indicábamos colocando alfileres en un mapa de nuestra oficina. Para principios de 1940 podíamos estimar aproximadamente 800 recuperaciones. Esta cifra significaba un gran salto respecto a los 100 con que contábamos cuando el libro se publicó en abril del año anterior. En el libro habíamos encontrado un grupo en cada lugar. Aquella esperanza había empezado a convertirse en realidad.

Durante todo aquel incierto año de 1939 nuestros amigos no alcohólicos de la Junta de custodios habían permanecido con nosotros. Un miembro A.A. de Nueva York, Bill R., había sido nombrado Custodio, y el Sr. A. LeRoy Chipman, con quien habíamos permanecido en contacto, se nos unió y se convirtió en el tesorero de la Fundación. Sin embargo, la tesorería estaba aún tan vacía como siempre.

En 1940 presenciábamos el establecimiento del primer club y la inauguración de la primera granja de reposo.

Los miembros del grupo de Nueva York habían estado quejándose de que las reuniones semanales en un local arrendado en Steinway Hall no eran suficientes. Necesitábamos reunirnos más frecuentemente. Para ello requeríamos algo más hogareño, tal vez un club. La idea prendió y dos de los más antiguos, Howard y Bert, encontraron el sitio adecuado en el número 334 ½ West de la Calle Veinticuatro y personalmente se hicieron cargo del alquiler. Tom B., otro líder, tomó a su cargo los costos de energía, calefacción y teléfono del club.

Originalmente el edificio del club había sido un establo en el patio trasero de dos casas de ladrillo. Tenía una salida a la calle por una galería estrecha y cubierta. Años atrás los caballos habían cedido el campo a unos artistas que habían decorado y pintado el lugar. Cuando estas instalaciones resultaron muy pequeñas para el club de ilustradores, ellos se trasladaron y nosotros los A.A. ocupamos el sitio. El piso inferior podía contener una reunión de tamaño regular; el piso superior tenía un salón amplio para recreaciones y dos pequeñas habitaciones. Una de ellas se destinó para albergar al viejo Tom, nuestro famoso primer conserje, y poco después Lois y yo nos trasladamos a la otra habitación donde permanecemos cerca de un año. Nuestra asociación allí con otros amigos como Herb e Ila, Bobbie y Dick, Wilbur y Ruth, Henry y Lillian y muchos otros siempre será inolvidable.

Por supuesto que el club muy rápidamente empezó a tener sus propios problemas, tal como cientos de otros clubes similares los han tenido. Pero al igual que la mayoría de clubes en A.A. éste nos hizo mucho más bien que mal, especialmente después de que aprendimos que el club tendría que manejarse totalmente apartado del grupo A.A. como tal. El Viejo Club de la Calle Veinticuatro fue testigo de la historia temprana de A.A. Todavía en operación activa, es ahora un momento visitado por miembros de todo el mundo. Clubes similares y mucho más grandes se empezaron en

Filadelfia y en Mineápolis posteriormente en 1940. Muchos grupos parecidos tenemos en nuestra comunidad. Algunos de los más elegantes, especialmente los del estado de Texas, hay que verlos para creerlos.

Entre tanto en las montañas de Connecticut había tenido lugar un interesante acontecimiento. Una apreciada señora, afectuosamente conocida como la Hermana Francis, poseía un grupo de fincas. Aquella maravillosa alma había puesto en funcionamiento estas granjas con fines creativos: una para los ancianos, otra para niños desamparados, y otra para alojar peregrinos que pasaban por allí. En el verano de 1939, nuestro miembro de Nueva York, Marty, había patrocinado a una candidata llamada Nona W.; Nona, una de las primeras mujeres en A.A., había gozado de la hospitalidad de aquellas granjas ansiosamente condujo un grupo de nosotros a Connecticut, para que conociéramos a la Hermana Francis.

Aquella buena señora estaba pasando dificultades, y sólo estaba patrocinando a una de esas granjas. La llamaba El Ministro de la Alta Vigilancia. La Hermana Francis pareció tan encantada con nosotros como nosotros lo estábamos con ella. Nos ofreció el uso completo del lugar si creábamos una junta de custodios para encargarse de su administración. En forma por demás cordial, desde entonces ha admitido que ella se sintió aterrada, al mismo tiempo que cautivada por sus primeros visitantes alcohólicos. Hasta entonces, según contaba, el mayor escándalo en su familia había sucedido cuando su hermana fue vista en Roma en compañía de un oficial de ejército italiano, ¡sin carabina! Pero la Hermana Francis nos proporcionó una gran ayuda y cada año que transcurre, nosotros los A.A. la hemos amado más, y ella ha correspondido a nuestro afecto.

La granja de reposo que resultó de la donación de la Hermana Francis es un lugar encantador que con sus cabañas puede acomodar más de veinte huéspedes. Es un lugar maravilloso para aliviar a alguien que necesite un tiempo adicional para recuperarse después de la hospitalización y muchos miembros de A.A. la usan para vacaciones. Retiros similares se encuentran hoy en día en toda la extensión de nuestra comunidad. Aunque no son estrictamente empresas de A.A., a muchos de nosotros nos dan magnífica acogida y descanso. En nombre de todos quiero expresar aquí nuestra gratitud a la Hermana Francis y a su Ministro de la Alta Vigilancia que tanto hemos usufructuado.

En la reunión de febrero de 1940, el “Tío Dick” Richardson se presentó misterioso y reservado. En forma imprevista nos dio la noticia de que el Sr. John D. Rockefeller, Jr., de quien no sabíamos desde 1937, había estado al tanto de nuestros progresos con mucho interés.

El Sr. Rockefeller había decidido hacer algo por Alcohólicos Anónimos. Propuso una cena a la cual invitaría algunos centenares de sus amigos y conocidos, para que pudieran conocer y apreciar los comienzos de nuestra notable comunidad. El Tío Dick mostró la lista de las personas que habían sido invitadas. Contenía unos 400 nombres. Una real constelación de la alta sociedad y las altas finanzas de Nueva York. Cualquiera podría ver que el patrimonio total ascendía a muchos millones de dólares. Para nosotros los alcohólicos pareció como si el Sr. Rockefeller hubiera cambiado finalmente de parecer, y por tanto nuestros problemas de dinero pronto serían resueltos definitivamente. En este punto nos sentimos confortados al saber que el amigo de Dick Richardson, experto en levantar contribuciones, el Sr. Carlton Sherwood, había utilizado su influencia y buenos oficios para colaborar con esta promisoriosa iniciativa.

Hay una referencia a la cena del Sr. Rockefeller en páginas anteriores de este mismo libro, pero creo que debemos registrar con mayor amplitud los detalles de aquel

memorable evento. Porque éste fue el momento en el cual empezó a tomar forma definida la Tradición de A.A. acerca de rechazar contribuciones ajenas.

La noche del 8 de febrero de 1940, los invitados a la cena se reunieron en el Club Unión de Nueva York, un club mucho más tradicionalista que la Unión League. De los 400 invitados asistieron unos 75. Todos parecían muy distinguidos, pero a medida que iban reuniéndose en el salón-comedor, la mayor parte de ellos se mostraban intrigados. Obviamente, no podían imaginarse qué era todo ese asunto de los Alcohólicos Anónimos. Unos pocos temían que A.A. se trataba de un esquema más para prohibir el licor en todo el mundo, y así nos dijeron. Con el propósito de dar toda la información posible, habíamos intercalado un miembro de A.A. en cada una de las mesas. Durante la cena esta disposición nos ayudó a romper el hielo rápidamente. Hubo muchas preguntas, y algunas de nuestras respuestas sorprendieron a aquellos notables. En una mesa se sentó nuestro héroe, Morgan, impecablemente vestido. Un banquero de cabellos blancos le preguntó: “Sr. R., ¿en qué institución está usted?” Morgan sonrió y replicó: “Pues señor, yo no estoy en ninguna institución por el momento. Hace nueve meses, sin embargo, era paciente del asilo de Greystone”. La charla y el interés de aquella mesa se elevaron rápidamente de tono.

El Dr. Bob había llegado con un antiguo miembro de Akron, Paul, y también había traído a Clarence, un fundador del floreciente grupo de Cleveland. El Dr. Russell Blaisdell, quien durante el otoño anterior nos había permitido trabajar con algunos pacientes del asilo estatal de Rockland, en Nueva York, también se encontraba allí, junto con su buen amigo el Dr. Silkworth.

El programa nos incluía al Dr. Bob y a mí como oradores. Otros alcohólicos se programaron para responder las preguntas eventuales, y toda la reunión iba a ser coordinada por el Dr. Harry Emerson Fosdick, en representación de la religión, y el Dr. Foster Kennedy, el mundialmente famoso neurólogo, para hablar desde el campo de la medicina. El Dr. Fosdick había sido el primer clérigo en reconocernos. A principios de 1939 había visto la copia preparatoria de la publicación del libro *Alcohólicos Anónimos* e inmediatamente se había ofrecido voluntariamente para reseñarlo. Su magnífica crónica, que adjuntamos en el Apéndice de este libro, ilustra su profunda comprensión y la alta estima en que tuvo a nuestra comunidad. Similarmente, el Dr. Kennedy, nuestro primer amigo en el campo de la neurología, nunca perdió una oportunidad para declarar su gran fe en A.A.

El Sr. Rockefeller se había sentido indispuerto repentinamente y no pudo asistir a la reunión. Su hijo Nelson, a quien todos teníamos un gran aprecio, hizo los honres como presidente de la ocasión. Yo me senté entre el Dr. Blaisdell y Nelson Rockefeller. directamente frente a mí estaba Wendell Willkie. El plato principal fue una picada de carnes. Tratándose de un puñado de ex-borrachos, lo estábamos haciendo notablemente bien. Nos preguntábamos cómo se había atrevido el Sr. Rockefeller a ir tan lejos en favor de un oscuro y luchador grupo de alcohólicos.

Después de la cena el Sr. Nelson Rockefeller se puso en pie. Expresó el pesar de su padre por no haber podido asistir. Dijo qué tan profundamente el Sr. John D., Jr., había sido impresionado por su experiencia con esta sociedad de Alcohólicos Anónimos. Prometiéndonos una velada muy interesante, el Sr. Nelson Rockefeller empezó a presentar a los oradores. El Dr. Fosdick nos ofreció un maravilloso testimonio y expresó su completa confianza en nuestro futuro. El Dr. Kennedy nos elogió calurosamente y leyó una carta de protesta que había escrito al *Journal of the American Medical Association* porque en la reseña del libro *Alcohólicos Anónimos* nos había ridiculizado en algunos puntos. El Dr. Bob habló brevemente, y yo di un rápido recuento

de mi propia experiencia como bebedor, mi recuperación y la historia subsecuente de nuestra comunidad. Mirando las caras de los invitados, se hacía evidente que habíamos logrado su interés y simpatía. Una gran influencia y una poderosa riqueza estarían a nuestra disposición. El cansancio y la preocupación serían cosas del pasado.

Finalmente llegó el gran momento. Nelson Rockefeller, visiblemente conmovido, se levantó una vez más en nombre de su padre, y nos agradeció a todos la asistencia. Reiteró que muy pocas cosas habían afectado más la vida de su padre que Alcohólicos Anónimos. Añadió que su padre estaría encantado de saber cuantos invitados habían aprovechado la oportunidad de ver los comienzos de esta promisoriosa aventura de Alcohólicos Anónimos.

Sin respirar esperamos el clímax, el asunto del dinero. Nelson Rockefeller nos ensalzó y continuó diciendo: “Caballeros, todos ustedes pueden ver que ésta es una obra de buena voluntad. Su fuerza radica en el hecho de que un miembro lleva el buen mensaje al siguiente, sin que haya implícita ninguna consideración de recompensa e ingreso financiero. Por consiguiente, creemos que Alcohólicos Anónimos debe poderse automantener totalmente en cuanto concierne al dinero. Solamente necesita toda nuestra buena voluntad”. Mientras los invitados aplaudían afectuosamente y después de cordiales despedidas de todos los presentes, se marchó a su casa todo aquel patrimonio de billones de dólares.

Nos sentimos sorprendidos. ¿Por qué había ido el Sr. Rockefeller hasta tan lejos, únicamente para decirnos que le parecíamos una acción de buena voluntad? Simplemente no podíamos imaginárnoslo. Pero pocos días después empezamos a comprender, y a medida que el tiempo pasa Alcohólicos anónimos ve mucho más claramente, todo lo que él quiso decir y no lo que hizo.

Dick Richardson hizo transcripciones de todas las charlas que habían sido efectuadas durante la cena, y me pidió condensarlas y adaptarlas. Esto realmente significaba adaptar las charlas del Dr. Bob y mía, porque ¿quién se atrevería a hacerlo con las del Dr. Harry Emerson Fosdick y el Dr. Foster Kennedy? Dick dijo que el Sr. Rockefeller deseaba 400 libros, y se los entregamos con un enorme descuento, a razón de un dólar por unidad. La idea era enviarlos de regalo a cada uno de los invitados, junto con un folleto descriptivo de las charlas ofrecidas durante la reunión. Y el Sr. Rockefeller planeaba escribirle a cada uno de los invitados una tarjeta personal cuya copia sería enviada a nosotros.

La carta del Sr. Rockefeller, dirigida a todos los que asistieron a la cena, así como a los invitados que no se hicieron presentes, reiteraba su enorme confianza en Alcohólicos Anónimos, la satisfacción que tenía al saber que muchos de sus amigos habían presenciado el comienzo de un movimiento en el cual tenía tantas esperanzas, y su profunda convicción de que nuestra sociedad debía ser totalmente autosuficiente. A esto seguía la aseveración del hecho de que podríamos necesitar una pequeña ayuda temporal; por consiguiente él le donaba a Alcohólicos Anónimos la suma de mil dólares. En esta forma tan sutil sugería a las otras personas que contribuyeran modestamente si así lo deseaban.

A pesar de la curiosidad de la prensa, no se permitió la entrada de reporteros a la cena. Esto era muy comprensible puesto que el Sr. Rockefeller estaba asumiendo realmente un riesgo. En caso de que nosotros los alcohólicos fracasáramos en nuestro empeño, todo el asunto hubiera explotado ignominiosamente. Pero tan pronto se pudo observar que todo había salido bien, se nos puso en contacto con la firma de Ivy Lee, los consultores de publicidad del Sr. Rockefeller, y juntos redactamos un comunicado para la prensa.

La publicidad resultante fue favorable y muy amplia. Los medios de comunicación transmitieron las noticias de la cena del Sr. Rockefeller a todo el mundo. Algunas de las historias que aparecieron fueron algo sensacionalistas, con encabezamientos muy llamativos. Un letrado informaba al público: "John D. Rockefeller cena con borrachos". Pero todas las crónicas hicieron por igual buena prensa de A.A.; aun los tabloides nos tendieron una mano cordial. El efecto total fue el proporcionar a A.A. un status público de dignidad y valor. Animados así, muchos nuevos candidatos fueron a las librerías a comprar el libro de A.A. Los pedidos empezaron a llegar y nuestras dificultades financieras a aminorar. Tuvimos solicitudes de ayuda de centenares de alcohólicos y familiares de alcohólicos de toda la nación. Estos nombres fueron añadidos a nuestra creciente lista de corresponsales a los cuales esperábamos alcanzar posteriormente por medio de un contacto personal a medida que nuestra comunidad fuera creciendo. Nuestra sensación de abatimiento al finalizar la reunión había sido totalmente olvidada.

Más o menos por esta época nuestra Junta de Custodios empezó a crecer. El Sr. Robert Shaw, abogado y amigo del Tío Dick, fue elegido para la Junta. Dos neoyorquinos, mis amigos Howard y Bert, también fueron nombrados. a medida que el tiempo pasó, a aquellos dos se les unieron Tom B., y Dick S. Dick había sido uno de los primeros miembros en Akron y ahora vivía en Nueva York. También estaba Tom K., de Nueva Jersey, un gran trabajador y persona muy respetable. Algo más tarde otros no alcohólicos, especialmente Bernard Smith y Leonard Harrison, empezaron su larga trayectoria de servicio.

La Junta de Custodios concibió la idea de solicitar contribuciones a los invitados. Puesto que el Sr. Rockefeller había tenido la iniciativa de donarnos mil dólares, supusimos que la colecta no tendría un resultado económico muy considerable. Pero podríamos conseguir alguna ayuda importante. El Sr. Rockefeller consistió, y se inició la colecta. Tal como sospechábamos, no hubo contribuciones cuantiosas, pero las donaciones fueron muy numerosas. El cheque más pequeño fue por \$ 10 y el mayor por \$ 300. (Este último de un caballero que tenía un hermano alcohólico). El total de estas contribuciones sumó unos \$ 2.000 y esta suma, más la donación de \$ 1.000 del señor Rockefeller, llegó a los fondos de nuestra fundación que hasta ese momento habían permanecido vacíos.

En asuntos de dinero, El Dr. Bob y yo estábamos todavía en muy malas condiciones. Por lo tanto se nos dio una participación de 30 dólares semanales, y quedó suficiente para continuar con esta situación durante un año. Posteriormente cada año se volvió a solicitar ayuda a los invitados de la cena y las recaudaciones siempre se dividieron en la misma forma. Cuatro años después tuvimos el gusto de escribir al Sr. Rockefeller y a sus amigos del Club Unión, informándoles que en adelante no necesitaríamos más ayuda económica. Por entonces los beneficios del libro nos estaban proporcionando al Dr. Bob y a mí los ingresos que necesitábamos, y los grupos de A.A. habían empezado a colaborar con el mantenimiento de las Oficinas Centrales. En este punto la Tradición de A.A. de "rechazar contribuciones ajenas" se puso en pleno funcionamiento y efectividad. El Sr. Rockefeller y sus amigos nos habían dado algo mucho más valioso que el dinero: habían colocado a A.A. en el mapa universal.

Volvamos por un momento a la primavera de 1940. A pesar de las fuertes objeciones de Henry, nos habíamos trasladado de la pequeña oficina de Newark a una, un poco más grande, en la Calle Vesey de Nueva York, al lado de la oficina de correos donde teníamos el apartado. Ruth y yo continuamos respondiendo a la gran cantidad de cartas que llegaron como resultado de la cena del Sr. Rockefeller y a la publicidad

consecuente. Muchos nuevos grupos de A.A. empezaron a formarse cuando viajeros procedentes de los centros originales, que llevaba listas de nuevos candidatos, visitaban las distintas poblaciones. Las luchas y problemas de aquellas distantes avanzadas empezaron rápidamente a reflejarse en cartas pidiendo consejo para resolver sus múltiples dificultades. Casi todas las semanas podíamos felizmente añadir un nuevo alfiler a nuestro mapa para indicar que había un nuevo grupo en formación.

Las ventas del libro se incrementaron constantemente, y gracias a ellas podíamos costear el alquiler, los gastos de correo y las provisiones necesarias, y lo mejor de todo, pudimos empezar a pagarle un sueldo adecuado a Ruth. Lois y yo estábamos viviendo sin pagar nada en el Club de la Calle Veinticuatro, y gracias al aporte que nos dieron los invitados de la cena del Sr. Rockefeller y las contribuciones que le hacían al “Fondo de Restauración del Hogar de Lois “.”, ella y yo pudimos empezar a vivir cómodamente. Todos estábamos respirando más fácilmente.

Sin embargo, los negocios de Works Publishing estaban todavía en muy críticas condiciones. Esta firma nunca había sido constituida legalmente y la única prueba de su existencia eran los certificados de acciones que Henry y yo habíamos creado, el inventario de libros que teníamos en la bodega, y los cheques cancelados que nos daban una idea aproximada del dinero que habíamos gastado. Las 400 acciones que íbamos a dividir entre Henry y yo, nunca se emitieron y no podrían emitirse hasta tanto los suscriptores originales hubieran recibido todo el dinero que habían invertido.

Al saber que el libro ya estaba percibiendo ingresos, algunos de los suscriptores, entre ellos Charlie Towns, empezaron a sentirse preocupados; deseaban saber por qué todos los ingresos del libro se estaban gastando en financiar las Oficinas Centrales de A.A. Replicamos que no nos quedaba otro camino. No queríamos vernos obligados a tirar al cesto sin contestar todas aquellas solicitudes de ayuda que estábamos recibiendo. Pero unos pocos continuaron insistiendo en recuperar su dinero, y nos vimos en la necesidad de hacer algo para complacerlos.

Por consiguiente Ruth y yo nos dispusimos a presentar el primer estado de cuentas a los accionistas de Works Publishing. Describimos la historia del proyecto del libro y pintamos un brillante porvenir. Logramos extractar un balance aproximado de aquel mare magnum de cheques, facturas y recibos que todavía estaban sin clasificar. Si mal no recuerdo, la compañía editorial mostraba ya unos beneficios de \$ 3,000, los cuales habían sido gastados totalmente en el funcionamiento de la oficina de A.A.

Volvimos a pensar en nuestro legajo de certificados de acciones. A cada certificado le pusimos un sello que decía: “Works Publishing, Inc., Acción Preferencial, valor \$ 100”.

Armado con estos certificados fui a Washington, cuyo nuevo grupo incluía algunos miembros solventes y de buena voluntad: Bill E., Hardin C., y Bill A. Ellos amablemente compraron estas acciones, irregulares y extrañas, por un valor total de \$ 3,000. Así pudimos satisfacer algunos de los acreedores que nos acosaban y muy contentos pudimos devolverle al Sr. Charles Towns el dinero que nos había avanzado para facilitar la operación del proyecto del libro. Se mostró satisfecho, y así lo estuvimos nosotros también.

En este período, uno de nuestros amigos no alcohólicos llevó a efecto un servicio sobresaliente en nuestro favor. Fue el contador West, de la firma West, Flint & Co., asociada durante mucho tiempo con Dick Richardson. Se encargó de verificar que Works Publishing fuera registrada legalmente, y personalmente hizo la auditoría de sus negocios y de todos los de la fundación desde nuestros comienzos en 1938. Ruth no tenía tiempo para llevar los libros y yo no sabía hacerlo. La contabilidad de la compañía

demonstró ser un trabajo difícil. El incansable Sr. West gastó muchos días en ese trabajo sin recibir pago alguno. Cuando se completó esta difícil tarea de poner en orden nuestras cuentas, sentimos que no podíamos pedirle más al Sr. West. Desde ese momento, Wilbur S., contador público y miembro antiguo de A.A., se encargó de llevar al día nuestra contabilidad. Lo hizo gratuitamente durante mucho tiempo, y aún hoy en día nos preguntamos si le pagamos suficiente por toda la labor que desempeña.

Hacia 1940 habíamos empezado a observar que el libro de A.A. debería pertenecer enteramente a nuestra comunidad. Sus acciones no deberían continuar repartidas entre cuarenta y nueve suscriptores, además de Ruth Hock, Henry y yo. Si la Fundación pudiera adquirir estas acciones, el libro quedaría totalmente en poder de A.A. Los beneficios del libro se estarían exentos de impuestos si recuperábamos las acciones, y en esa forma nos evitaríamos las quejas muy razonables de que gastábamos el dinero en el mantenimiento de las oficinas de A.A.

El custodio A. LeRoy Chipman concibió la idea de pedir dinero prestado al Sr. Rockefeller, a dos de sus hijos, y a los invitados a la reunión para cancelar algunas deudas y para comprar todas las acciones de Works Publishing con excepción de las que teníamos Henry y yo. Todos los accionistas aceptaron gustosamente esta idea. Se sintieron muy contentos de poder recuperar su dinero. El Sr. Chipman logró recaudar unos \$ 8,000, para devolverlos a los prestamistas cuando el libro diera beneficios posteriormente. Los suscriptores devolvieron sus acciones y recibieron su dinero dejando así a nuestra Fundación en posesión de una tercera parte del capital de Works Publishing. Algunos de los suscriptores, tanto alcohólicos como no alcohólicos se mostraron muy generosos, y devolvieron todo o parte del dinero que habían recibido por sus acciones, en forma de donativos para la Fundación.

Así quedaron dos terceras partes del capital de Works Publishing en poder de Henry y yo. Viendo la necesidad de la situación, conviene en devolver mis 200 acciones a la Fundación. Pero el pobre Henry, que continuaba bebiendo, no fue fácil de convencer. Durante mucho tiempo se resistió a todas nuestras peticiones. Un día, completamente en la quiebra y muy tembloroso, se presentó en la oficina de la Calle Vesey. Nos recalcó que la mayor parte de los muebles de la oficina todavía le pertenecía, en especial el enorme escritorio y la pomposa silla. Esto nos dio una idea. Supongamos que la Fundación le comprara su mobiliario por, digamos \$ 200, ¿estaría entonces dispuesto a devolver sus acciones de Works Publishing a los Custodios?

Henry consintió finalmente y firmó el documento de promesa de venta. Es verdad que en cierta ocasión le habíamos abonado a Henry algún dinero con base en el mencionado mobiliario para ayudarlo a subsistir. Pero los custodios consideraron apropiado entregarle otros \$ 200; Henry endosó sus acciones. Yo hice lo propio con las mías y en esta forma la sociedad de Alcohólicos Anónimos, a través de los custodios, tomó posesión del Libro Grande.

Hubo un lento pero continuo crecimiento de nuestra sociedad durante 1940. A medida que los nuevos grupos iban empezando, los periódicos locales comenzaron a publicar artículos acerca de esta extraña y nueva comunidad. Tales crónicas nos ayudaron enormemente. Lois y Ruth empezaron sendos álbumes en los cuales coleccionaron los recortes de prensa que se iban presentando. Los grupos estaban empezando a funcionar en grandes ciudades como Boston, Filadelfia, Detroit, Chicago, San Francisco, y Los Angeles, y en muchos pueblos más pequeños tenían comienzos igualmente satisfactorios. Cleveland continuó el prodigioso crecimiento que había empezado el año anterior. El club de Nueva York escasamente podía albergar su numerosa concurrencia. En Akron el Dr. Bob había empezado su histórica fase de

colaboración con la Hermana Ignacia en el Hospital de Santo Tomás. Así fue incrementándose A.A. hasta la primavera de 1941, en que contábamos con 2,000 miembros, es decir, un incremento de 1,200 en un solo año. Pensamos que era un magnífico resultado, pero no sospechábamos lo que sobrevendría. Estábamos en los umbrales del evento que hizo de A.A. una institución nacional de la noche a la mañana.

El Dr. Wiese Hammer, un magnífico colaborador de A.A. en Filadelfia, había llamado la atención acerca de nuestra comunidad al Sr. Curtis Bok, uno de los propietarios del *Saturday Evening Post*. Al principio la junta editora del Post se mostró desconfiada. Pero el Sr. Bok había conocido a algunos de nuestros miembros de Filadelfia y estaba enterado de su recuperación; sabía de lo que estaba hablando. Lo próximo que supimos fue que el Sr. Jack Alexander, columnista destacado del *Post*, se presentó en nuestra oficina de la Calle Vesey. Conociendo la circulación y el prestigio del *Saturday Evening Post*, nos dejamos llevar de un gran entusiasmo.

Jack es un excelente reportero y no tomó las cosas a la ligera. Todavía tenía fresca la sensación de disgusto por las cuadrillas de bandoleros del estado de Jersey sobre las cuales había hecho su último reportaje. Viendo esto, le dimos la mayor información acerca de nuestra comunidad que ningún escritor había logrado. Primero conoció a nuestros Custodios y a los miembros de Nueva York, y luego lo acompañamos en una gira por todo el país.

Finalmente Jack dijo que había visto suficiente, y se encontraba listo para escribir. Pero se presentó una seria dificultad. El *Post* deseaba fotografías. No había problema, según ellos, en que el Dr. Bob, yo mismo y otros alcohólicos cambiáramos nuestros nombres en el reportaje. Pero necesitaban fotografías y algunas de ellas tenían que ser sensacionalistas. Objetamos que en esa forma podríamos alejar gente interesada. Finalmente el *Post* dijo, "Si no hay fotografías no hay artículo". La elección era nuestra y muy difícil de hacer. A pesar de las protestas de muchos miembros conservadores y temerosos, le dijimos al *Post* que siguiera adelante. Fue una decisión crucial que afortunadamente resultó correcta, al menos para aquella época.

El artículo apareció el 1 de marzo de 1941. La extensa investigación adelantada por Jack, su notable capacidad de comprensión y el conocimiento que logró adquirir de nosotros, produjeron una crónica que tuvo inmenso impacto. Por correo y telegrama un diluvio de solicitudes de ayuda y pedidos del libro *Alcohólicos Anónimos*, primero por centenares y luego por millares, golpeó nuestro apartado del Box 658. Ruth y yo nos reímos al recordar el día, menos de dos años atrás, cuando el empleado de la oficina postal nos entregó aquellas doce cartas con las cuales los médicos se mofaron de nuestro programa de radio. Viendo aquella enorme cantidad de cartas en solicitud de ayuda, nos sentimos totalmente abrumados y lloramos. ¿Qué podíamos hacer para responderlas?

Nos dimos cuenta de que necesitábamos ayuda. Entonces reclutamos a todas las mujeres de A.A. y esposas de miembros de A.A. que pudieran escribir a máquina. El piso superior del club de la Calle Veinticuatro se convirtió en una oficina de emergencia. Durante muchos días Ruth y las voluntarias trataron de responder a aquella marea creciente de correspondencia. Se sintieron casi tentadas a usar cartas en forma de circular. Pero la experiencia había mostrado que esto no tenía efecto. A cada una de aquellas cartas debía contestarse en forma personal y afectuosa. El punto crítico de la inundación pasó finalmente, pero el tráfico de correspondencia a través de las Sede permaneció tan grande que vimos la necesidad de contar permanentemente con trabajadores a sueldo, puesto que los voluntarios no alcanzaban a hacerse cargo de aquella situación.

Nos dimos cuenta también de que el presupuesto para atender aquella cantidad de peticiones no podría financiarse únicamente con los ingresos del libro. Entonces por primera vez pedimos la ayuda de los grupos de A.A. Después del artículo del *Post*, los Custodios Howard y Bert se pusieron en camino, el uno hacia Filadelfia y Washington, y el otro hacia Akron y Cleveland. Pidieron a todos los grupos de A.A. que contribuyeran a un fondo especial en la Fundación que tendría la destinación específica de “costear únicamente los gastos de la oficina”. Las contribuciones serían totalmente voluntarias. Se sugirió que cada grupo enviara un dólar por miembro por año. Gradualmente los fondos de los grupos empezaron a incrementarse y pudimos añadir dos ayudantes a nuestra oficina. La tradición de A.A. sobre la autofinanciación empezó a convertirse en realidad. Ahora todo el producto del libro podía destinarse a la Fundación. Cuandoquiera que los grupos no alcanzaran a costear los gastos de la oficina, este fondo podría ayudar a suplir el déficit, como en efecto sucedió durante muchos años. El libro *Alcohólicos Anónimos* no sólo estaba cooperando en la salvación de los alcohólicos sino que se convirtió en la piedra angular de la estructura financiera de la Sede y el fiador de nuestra solvencia económica.

A finales de 1941, cuando los secretarios de grupos enviaron sus informes, encontramos que el número de miembros había crecido a 8.000, es decir un incremento de 6.000 sobre las cifras de 1940. Se estaba comenzando a trabajar en el Canadá y en algunos países extranjeros. En todas partes estábamos creciendo rápidamente. En muchos aspectos el año de 1941 será recordado como el más excitante de nuestra historia. Pusimos poca atención a las nubes bajas que se cernían sobre el horizonte y que pronto nos envolverían en tormentas. A.A. estaba apenas entrando en el temible y maravilloso período de su adolescencia, fase que habría de durar casi quince años.

Los alfileres en el mapa de nuestra oficina mostraban decenas de grupos nuevos emergiendo cada semana. En algunas ocasiones miembros experimentados se trasladaban de centros ya establecidos para fundar sus hogares en otras ciudades, que en estos casos eran afortunadas. Pero, en la mayoría de los casos, los grupos recién formados no tenían ninguna guía experimentada, salvo el libro de A.A., un viajero ocasional y la correspondencia con la Sede. Sus dificultades y problemas parecieron interminables. Los comités se peleaban, los nuevos clubes tenían dolores de cabeza inusitados, los oradores hacían promoción, los grupos se dividían constantemente. Algunos miembros se volvieron profesionales y empezaron a vender la terapia de A.A. a los nuevos candidatos. Hubo ocasiones en que grupos enteros terminaron emborrachándose, y las relaciones públicas de las diversas localidades empezaron a ir de mal en peor. Tal fue el comienzo de una experiencia verdaderamente tenebrosa que duró mucho tiempo.

Por entonces en uno de nuestros mayores centros empezó a circular la fantástica historia de que la Fundación, la oficina de Nueva York y el libro *Alcohólicos Anónimos* no eran más que un enorme fraude en el cual el Sr. John D. Rockefeller había caído tontamente. En todo el auge de esta conmoción, algunos amigos A.A. organizaron una comida en la ciudad en donde estos rumores tenían la mayor incidencia. El Dr. Bob y yo fuimos invitados para hablar. La comida no estuvo muy concurrida y el buen humor usual pareció desaparecer misteriosamente. Cuando la fiesta terminó, el presidente de todos los grupos el pueblo nos condujo al Dr. Bob y a mí al salón de recepciones de un hotel. Allí aparecieron un abogado y un contador público. Ellos manifestaron haber escuchado tenebrosas historias acerca de la Fundación. Habían oído decir que el libro *Alcohólicos Anónimos* estaba produciendo grandes sumas de dinero, que el Dr. Bob y yo habíamos compartido unos beneficios de \$ 64,000 en un solo año. Ellos creían que

yo como promotor de Wall Street, había llevado un camión a donde el Sr. John D. Rockefeller tenía su caja fuerte, y lo había persuadido de llenarlo con dinero para mí y para mis amigos. El comité interrogador nos hizo saber que un miembro de esa ciudad conocía a uno de nuestros Custodios en Nueva York quien, según ellos, les había confirmado estas extraordinarias informaciones.

Esta fantasía increíble pero, al parecer, creída por aquellos amigos, nos golpeó duramente al Dr. Bob y a mí. Afortunadamente yo llevaba conmigo un informe certificado de todos nuestros negocios desde el comienzo. Este informe mostraba que el Dr. Bob, a pesar de que tenía asignados ciertos derechos de autor, nunca había recibido dinero, puesto que su parte la habíamos necesitado para el trabajo de la oficina de A.A. El estaba todavía recibiendo un estipendio semanal de \$ 30 del producto de la cena del Sr. Rockefeller. Lo mismo que el Dr. Bob, yo recibía \$ 30 semanales del fondo de los invitados a la cena, y desde la aparición del artículo del *Post* yo había empezado a retirar \$ 25 semanales de la compañía Works Publishing, lo cual nos pareció proporcionado a las ventas del libro. Mi ingreso total era de \$ 55 semanales. La Fundación propiamente no tenía todavía ningún patrimonio, ya que las contribuciones de los grupos que llegaban a la fundación se gastaban rápidamente en el funcionamiento de la oficina.

El contable del comité investigador leyó en voz alta nuestro modesto balance y atestiguó su veracidad y corrección. El comité se sintió apenado y por lo tanto nos ofreció excusas. El presidente de ese comité explicó que había convocado la reunión para que quedara constancia de los hechos, ya que muy pocos de los miembros de ese comité creían realmente las historias que circulaban. Prometió que él y sus amigos harían todo lo que estuviera a su alcance para detener el avance de los rumores. Pero nunca tuvieron éxito total. La historia acerca del fraude permaneció durante muchos años en aquella región.

Esa fue una magnífica experiencia para el Dr. Bob y yo. Nos obligó a examinar cuidadosamente nuestro status y buscar el consejo de gente amiga. Este fue uno de los casos principales en los cuales se vieron envueltas las Tradiciones de A.A. respecto al profesionalismo y a los trabajadores a sueldo. Se hizo evidente que yo no podría continuar sirviendo de jornada completa ni el Dr. Bob dedicar más de la mitad de sus horas de trabajo a nuestra comunidad, a menos que ambos contáramos con una fuente definida de ingresos estables. No podíamos esperar que los invitados a la cena nos mantuvieran indefinidamente; eso sería contrario a la Tradición que se estaba desarrollando el sentido de no recibir contribuciones del mundo exterior. Tampoco podíamos él y yo recibir donaciones de los grupos, que ya estaban dedicadas al sostenimiento de las Sede. Los beneficios del libro se estaban dirigiendo hacia el fondo de reserva de la Fundación y nosotros no teníamos por qué tocarlos tampoco.

Entonces las regalías del libro, siempre y cuando las ventas alcanzaran un nivel suficiente, parecieron la única respuesta al problema. De esta forma nosotros podríamos ser recompensados por los derechos de autor y por los trabajos de promoción de la compañía editora. ¿Pero constituiría esta solución profesionalismo en el sentido que nuestra naciente Tradición indicaba? Algunos miembros dijeron que esto nos haría profesionales, puesto que estaríamos obteniendo dinero de A.A. Pero nuestra experiencia general había empezado a indicarnos que esto no era necesariamente así. Nuestros clubes estaban pagando sueldos a los conserjes, la mayoría de los cuales eran, a su vez, miembros de A.A. Estos no recibían pago por el trabajo de Duodécimo Paso, sino recompensas por los servicios como conserjes y cocineros. Simplemente necesitábamos sus servicios de jornada completa. Nuestra oficina de Nueva York había contratado recientemente a un miembro alcohólico para trabajar con dedicación

exclusiva. ¿Se trataba entonces de un profesional A.A.? Obviamente no. Se le pagaban sus servicios especiales como secretaria y no como miembro de A.A.

Aun desde el comienzo del proyecto del libro, mis ideas habían fluctuado de un extremo al otro. En ocasiones pensé que debería mantener mi tercera parte de las acciones, y al mismo tiempo mantener mis regalías. Me sentía con méritos, según creía, para obtener la recompensa financiera que justificaba todo mi trabajo en el asunto del libro. En otras ocasiones pensaba que yo no debería retirar ni un centavo, a pesar de las dificultades que esa actitud nos ocasionara a Lois y a mí.

Poco después del episodio del comité investigador financiero, el Padre Ed Dowling, nuestro amigo Jesuita de San Luis, nos visitó en Nueva York. Todavía confuso le expuse la situación. Me preguntó, “¿Usted cree que A.A. necesita sus esfuerzos de jornada completa?”. Repuse, “Sí, creo que sí, tal vez indefinidamente”. Entonces preguntó, por su trabajo de Duodécimo Paso?” Yo le dije que este asunto había sido resuelto tiempo atrás. Enfáticamente manifesté que ni yo ni nadie podía hacer tal cosa, sin importar las consecuencias. “Entonces, Bill”, dijo el Padre Ed, “si usted fuera la única persona involucrada, probablemente no tendría que retirar ningún dinero. Pero ¿qué pensar de Lois? En una ocasión usted convino en hacer un contrato matrimonial para sostenerla. Supongamos que la pone a depender de la caridad de sus amigos de tal manera que usted pueda dedicarse gratuitamente a la organización del servicio de A.A. ¿Sería esta la clase de sostenimiento a que está obligado por su contrato matrimonial? Yo diría que las regalías pueden ser una magnífica solución”.

Esto significaba que el Dr. Bob y yo ciertamente nunca debíamos aceptar dinero por el trabajo del Duodécimo Paso, pero podríamos ser recompensados por servicios especiales. Ambos aceptamos el sensato consejo del Padre Dowling y desde entonces lo hemos seguido; me agrada manifestar que esta situación del Dr. Bob y mía fue posteriormente aceptada como un principio correcto por toda nuestra comunidad.

A principios de 1942, nuestra secretaria no alcohólica, Ruth Hock nos dejó para casarse, llevando consigo las congratulaciones afectivas de miles de miembros. La labor de aquella tesonera iniciadora del libro *Alcohólicos Anónimos* y de las primeras oficinas de A.A. dejó un ejemplo que nunca será olvidado. Fue reemplazada por Bobbie B., quien se convirtió en la segunda Secretaria Nacional de A.A. La absoluta lealtad y devoción de Bobbie, con su increíble energía y capacidad para el arduo trabajo, fueron ayudas invaluable durante los confusos y peligrosos años que hemos pasado.

Poco antes del retiro de Ruth, un recorte de prensa cuyo contenido iba a volverse famoso fue llevado a nuestra atención por un miembro de Nueva York, el periodista Jack. Se trataba de un obituario de un periódico neoyorquino. Bajo la descripción rutinaria de una persona que había fallecido, aparecían estas palabras: “Dios, concédenos serenidad para aceptar las cosas que no podemos cambiar, valor para cambiar las que podemos y sabiduría para reconocer la diferencia”.

Nunca habíamos visto tanta doctrina de A.A. en tan pocas palabras. Cuando Ruth y yo estábamos admirando la oración y preguntándonos cómo usarla, nuestro amigo Howard llegó a la oficina. Confirmando nuestras propias ideas exclamó: “Deberíamos imprimir esta oración en tarjetas y adjuntarlas a toda la correspondencia que enviemos. Yo pago la primera edición”. Durante varios años seguimos su sugerencia, y con velocidad sorprendente la Oración de la Serenidad llegó al uso general y tomó su lugar junto con las otras dos oraciones favoritas, la Oración del Padre Nuestro y la de San Francisco.

Nadie puede decir con seguridad quién fue el primero que escribió la Oración de la Serenidad. Alguien dice que proviene de la Grecia antigua; otros creen que se debe a

la pluma de un anónimo poeta inglés; otros más consideran que fue escrita por un oficial naval americano; y Jack Alexander, quien en alguna ocasión efectuó investigaciones al respecto, la atribuye al Reverendo Reinhold Niebuhr, del Seminario Teológico Unionista. De todas maneras, tenemos la oración y es rezada miles de veces al día. Contamos a su autor entre nuestros mayores benefactores.

Nuestra fenomenal expansión nos llevó muy pronto a afrontar el muy importante problema de las relaciones públicas. Estábamos ya a la vista de toda la nación. Tuvimos que empezar a tratar con el público en gran escala. Una mala voluntad entre el público podría frenar nuestro crecimiento o inclusive paralizarlo por completo. En cambio la confianza del público podría incrementar nuestras filas en cifras con las que nunca habíamos soñado anteriormente. El artículo del *Saturday Evening Post* lo había comprobado. Las relaciones públicas no eran solamente un gran problema, sino un problema muy delicado. Cualquier motivo que pudiera despertar el prejuicio general podría prolongar los sufrimientos de muchos y costarnos las vidas de algunos. Teníamos que conformar y poner en operación una política de relaciones públicas cuidadosamente meditada.

Dimos consideración primordial a nuestras relaciones con la medicina y la religión; bajo ninguna circunstancia nos podríamos permitir el entrar en competencia con dichos campos. Si tratábamos de aparecer como una nueva secta religiosa, seguramente nos meteríamos en dificultades. Y si tratábamos de entrar en el campo médico como tal, los problemas serían igualmente muy considerables. Por ello empezamos a martillar en el hecho de que A.A. era una forma de vida que no oponía conflicto a la creencia religiosa de nadie. Hicimos saber a los médicos hasta qué punto necesitábamos hospitalización, y sugerimos a los psiquiatras y lugares de desintoxicación las ventajas de la cooperación con nosotros. En toda ocasión, la religión sería un campo estrictamente individual y de acceso privado a los clérigos, y la práctica de la medicina sería únicamente para nuestros amigos los médicos. Como laicos alcohólicos, simplemente estábamos suministrando un eslabón perdido durante tanto tiempo, y tan sumamente necesario.

Estas actitudes de relaciones públicas se han mantenido a través de los años y nos han traído resultados muy confortantes. Hoy gozamos del apoyo de casi todas las denominaciones religiosas. La mayoría de los practicantes médicos que comprenden nuestro programa envían a nosotros sus pacientes alcohólicos. Nuestros miembros hablan frecuentemente ante reuniones religiosas y sociedades médicas. Y los hombres de la medicina y de la religión son vistos frecuentemente en las reuniones abiertas de A.A.

Pero la medicina y la religión, aun siendo importantes, probaron ser sólo una fracción de nuestro problema total de las relaciones públicas. Teníamos también que determinar la mejor manera de cooperar con la prensa, la radio, el cine y más recientemente la televisión; cómo tratar a los empresarios que deseaban ayuda especial; cuál debía ser nuestra actitud correcta hacia los campos de la educación alcohólica, la investigación, la rehabilitación, tanto privada como pública. ¿Qué íbamos a decir a las prisiones y hospitales que deseaban grupos de A.A. en sus recintos? ¿Qué íbamos a decir a los A.A. que ingresaban en alguno de aquellos campos y que pudieran verse tentados a utilizar el nombre de A.A. públicamente para propósitos publicitarios o de recolección de dinero? ¿Qué íbamos a decir o hacer si A.A. llegara a ser ampliamente difamada o atacada o explotada por personas extrañas? Nos era necesario encontrar soluciones prácticas para estos y muchos otros problemas similares o de lo contrario A.A. podría verse abocada a muy serias consecuencias.

El encontrar respuestas para todas estas cuestiones de relaciones públicas ha sido un largo proceso. Hemos ensayado y cometido errores, en ocasiones hemos tenido dolorosas experiencias, pero han emergido las actitudes y practicar que nos podrían servir en la mayor forma. Las bases pueden verse hoy en día en las Tradiciones de A.A.: anonimato al cien por ciento a nivel público; no utilizar el nombre de A.A. en beneficio de otras causas, aunque sean valiosas en sí mismas; no apoyar empresas ajenas; llevar el mensaje como propósito fundamental de Alcohólicos Anónimos; no tener profesionalismo; manejar nuestras relaciones públicas por el principio de atracción antes que el de promoción. Tales fueron algunas de las lecciones tan arduamente aprendidas.

Era natural que nuestra Junta de Custodios y las Sede Central se convirtieran en los puntos focales alrededor de los cuales se formaron las Tradiciones de A.A. Llovieron encima de nosotros problemas de todas clases. Pero hacia 1945 se tenían criterios claramente formados como resultado de lo que había sido una situación caótica. De todos los rincones de nuestra comunidad, los miembros solicitaban la orientación y la experiencia de la oficina de Nueva York para la solución de sus problemas. Las cosas finalmente empezaron a funcionar tan suavemente que cualquier miembro de A.A. toma hoy en día como normales los servicios que proporciona nuestra oficina mundial. Hasta hace muy poco, los servicios de estas oficinas eran prácticamente invisibles. Sin embargo, esta actividad escondida ha sido seguramente uno de los mayores factores de nuestro crecimiento y unidad.

A través de los años el funcionamiento de la Fundación, la utilización amplia del libro de A.A., la expansión de la literatura por medio de folletos, la contestación de millares de solicitudes de ayuda, la respuesta a peticiones de orientación acerca de problemas de grupo, el tratamiento dado a nuestras relaciones con el público, todo ello ha constituido un servicio siempre creciente para la comunidad universal de A.A. Por fin nuestra sociedad había empezado realmente a funcionar como un todo.

El período de 1941 a 1945 trajo consigo muchos más acontecimientos. Nuestra oficina de la Calle Vesey se trasladó al 415 de Lexington Avenue, frente a Grand Central Station. Hicimos ese traslado porque la necesidad de atender los incontables viajeros de A.A. que llegaban a Nueva York se había vuelto urgente. Nuestra nueva localización cerca a la Gran Central nos puso en contacto con visitantes que por primera vez empezaron a ver en A.A. una visión para mundo entero. Millares de A.A., sus amigos, familiares, sacerdotes, médicos y patronos han visitado desde entonces la Sede de Nueva York.

El crecimiento de A.A. continuó a un ritmo que fue para nosotros extenuante a veces. La multiplicación prosiguió en progresión casi geométrica año tras año. Ya no contábamos por millares; empezamos a sumar por decenas de miles.

Pero esta no fue toda la historia. Por primera vez empezamos a sentir que el carácter de A.A. estaba cambiando. Estábamos empezando a tener éxito con alcohólicos menos graves y aún con alcohólicos potenciales. En los primeros años, aquellos de nosotros que adquirirían la sobriedad en A.A., éramos casos extremos y casi desesperados, prácticamente sin excepción. Pero ahora empezó a aparecer gente más joven. Llegaron muchas personas que todavía tenían trabajo, hogar, salud, e inclusive buena posición social. Estos a su vez pudieron persuadir a otros como ellos de la necesidad de A.A. Naturalmente, era necesario para estos nuevos tipos de alcohólicos que iban ingresando, el haber llegado a tocar fondo. Pero nos dimos cuenta de que no había necesidad de tocar todos los fondos posibles para poder admitir la derrota. Empezamos a desarrollar una técnica de “levantar el fondo” y golpearlos con él. Cuando uno de esos casos medianos llegaba a la convicción de haber tenido los síntomas

principales del alcoholismo, con ello había suficiente. Tocaba fondo entonces y así se evitaba muchos años de angustia.

De una manera similar esta idea empezó a funcionar con otras clases de candidatos. Al principio no podíamos ayudar a las mujeres a adquirir la sobriedad, ya que según ellas, eran diferentes. Pero cuando empezaron a ver otras mujeres que mejoraban, lentamente empezaron a seguirlas. Los antisociales, los ricos, los pertenecientes a la alta sociedad, todos fueron personas que en su época pensaron que A.A. no era para ellos. Lo mismo sucedió con ciertas clases de gente de otras razas, lenguas y credos. Pero cuando vieron claramente la tragedia alcohólica hacia la cual se estaban encaminando, pudieron olvidar sus diferencias y unirse a A.A.

Cuando estas nuevas tendencias se volvieron más aparentes, nos sentimos muy contentos. Hoy en día más de la mitad de los miembros de A.A. pertenecen a casos no muy graves y a clases de personas que una vez pensamos que fueran diferentes.

Entonces empezó la extensión a los países extranjeros. Este desenvolvimiento nos trajo nuevos problemas por resolver. Cada avanzada tenía que pasar por períodos de vuelo a ciegas tal como los habíamos tenido en los Estados Unidos. Muy pronto estuvimos enfrentándonos a la barrera de lenguaje y poco a poco fue necesario traducir más y más nuestra literatura a idiomas distintos.

Adicionalmente, en nuestros amigos extranjeros surgieron dudas nuevas y especiales. Tal vez A.A. era una idea yanqui que no pudiera aplicarse en Irlanda, Inglaterra, Escandinavia, Australia o el Pacífico. Puesto que estos países eran tan diferentes, tal vez sus alcohólicos también lo fueran. Y se preguntaban, “¿Servirá A.A. en nuestras culturas?”. Muy pronto nos vimos fuertemente involucrados en la correspondencia, con mucha ayuda por parte de miembros americanos de Nueva York que hacían traducciones para nosotros. Buscamos a los viajeros de A.A. que iban a otros países. Gradualmente se fueron abriendo los caminos de comunicación. Pasó, sin embargo, un largo tiempo antes de que supiéramos con seguridad que A.A. podía cruzar las barreras de distancia, raza, credo e idioma. Pero en la actualidad, el mapa de A.A. indica que nuestra sociedad existe en más de setenta países y posesiones de los Estados Unidos. Tenemos la convicción de que sólo es una cuestión de tiempo hasta que todo alcohólico del mundo tenga una oportunidad de recuperarse por lo menos tan amplia como la que tenemos en los Estados Unidos. El servicio a los grupos extranjeros se ha convertido en una actividad principal de la Sede, aunque escasamente hemos arañado la superficie de las posibilidades totales.

Las buenas traducciones de la literatura de A.A. son cada vez más urgentemente necesarias. Pero siempre hemos encontrado ayudantes hábiles para suplir esta necesidad. Hace unos diez años, Frank M. tradujo el libro de A.A. al español. Frank trabajaba de día como intérprete para un importador neoyorquino y por la noche se dedicaba a su tarea favorita, la traducción del libro *Alcohólicos Anónimos*. Hoy esta traducción es la piedra angular de los países de habla castellana. Algún tiempo después, ciertos miembros de Quebec adelantaron un magnífico trabajo, esta vez en francés. Esperamos que nuestro Gran Libro sea editado próximamente en Oslo, traducido al noruego. Debido a la semejanza idiomática, los daneses y los suecos podrán leer nuestro texto básico en su edición noruega.

Muchos de nuestros folletos han sido ya publicados en otras lenguas, por ejemplo al alemán, holandés y finlandés. Luchamos constantemente por cruzar más barreras de lenguaje, arrojando así nuevas cuerdas de salvación para aquellos que no conocerán todavía la existencia de una salida para el problema alcohólico.

Puesto que A.A. estaba creciendo tan rápidamente, las oficinas tuvieron que crecer también. Los millares de donaciones de grupo y nuestra creciente venta de literatura demandó rápidamente un contable de jornada completa. El mantener al día nuestro directorio de grupos empezó a ser un trabajo tan arduo como la publicación de un directorio telefónico. Los archivos de cartas empezaron a ser cada vez más voluminosos. Por consiguiente tuvimos que contratar un mayor número de personal ayudante. Cuando el trabajo empezó a distribuirse entre ellos, empezaron a crearse los departamentos. Nuestra oficina actual está dividida en departamentos que cubren las siguientes actividades: relaciones de grupo, relaciones nacionales e internacionales, relaciones públicas. Conferencia de Servicios Generales, administración de oficina, correspondencia, empaque, contaduría, mecanografía y servicios especiales para grupos en prisiones y hospitales.

Afortunadamente la oficina no tuvo necesidad de crecer tan rápidamente como lo hizo A.A. De haber sido así, no habiéramos podido sufragar el costo resultante. A.A. creció tan rápidamente que no habiéramos podido dar instrucción a todos los miembros acerca de lo que estaba haciendo la Sede Central. Muchos grupos, preocupados con sus propios problemas, dejaron totalmente de lado la ayuda a la oficina. Menos de la mitad contribuyó permanentemente. Nos vimos afectados por constantes déficits en las contribuciones, que afortunadamente pudimos subsanar con el dinero, proveniente de la venta del Libro Grande y de nuestra literatura. Sin los beneficios del libro habiéramos fracasado por completo.

El año de 1944 nos trajo un acontecimiento de vital importancia. En la ciudad de Nueva York unos pocos miembros de A.A. con tendencias literarias y periodísticas, empezaron a publicar una revista mensual. El grupo original contaba con Marty, Priscilla, Lois K., Abbott, Maeve, y Kay. Además de éstos, Grace O. y su esposo se convirtieron en sus animadores permanentes. Denominaron su revista el *Grapevine*. De ninguna manera pretendió ser el primer boletín o revista local de A.A. El boletín central de Cleveland, de Los Angeles, y varios otros la habían precedido. Pero el *Grapevine* adquirió importancia nacional.

Después de los primeros meses se encontró envuelto en una curiosa dificultad. Resultó que el FBI había publicado durante mucho tiempo una hoja llamada el *Grapevine*. Esta publicación se dedicaba a mantener informados a los funcionarios del FBI acerca de las actividades desarrolladas por esa institución. Finalmente se logró arreglar la situación cuando empezamos a llamar a nuestra revista mensual el A.A. *Grapevine*. Habiendo solucionado esta dificultad, nuestro *Grapevine* creció y creció a tal punto que la circulación se ha incrementado hasta 40.000 ejemplares mensuales en 1957.

El *Grapevine* es el espejo del pensamiento y la acción de A.A. en todo el mundo. Es una especie de alfombra mágica sobre la cual todos nosotros podemos viajar de un lugar a otro dentro del mundo A.A., y se ha convertido así en un maravilloso medio de intercambio de nuestra experiencia y nuestras ideas actuales.

Poco tiempo después los editores del *Grapevine* vieron que tenían ante ellos una tarea bastante ardua. Siempre entretenido conseguir el material y editar los artículos, pero pegar aquella gran cantidad de sellos y enviar por correo tantos miles de ejemplares se convirtió finalmente en un trabajo imposible para los escasos medios de que se disponía. Por consiguiente pidieron que la Fundación se hiciera cargo de la revista. Cuando los Custodios preguntaron a los grupos A.A. si les gustaría que el *Grapevine* se convirtiese en la revista internacional de A.A., obtuvieron una respuesta

afirmativa. La publicación tomó forma legal, y dos Custodios de la Fundación fueron nombrados en la Junta de Directores, para asesorar a los editores de la revista.

El *Grapevine* tuvo necesidad también de contratar empleados permanentes originándose así un déficit cada vez mayor; para suplirlo, los fondos provenientes del Libro Grande también vinieron en su ayuda. Sin este apoyo la revista hubiera tenido que suspender su publicación.

Aun más que la oficina de servicios generales, el *Grapevine* puede siempre utilizar una gran cantidad de voluntarios. Sólo hay unos pocos trabajadores en nómina que incluyen al gerente-editor, sus ayudantes, el jefe del departamento de suscripciones y algún personal de oficina. El editor, la junta editorial, los artistas y muchos escritores siempre llevan a cabo una gran cantidad de trabajo voluntario en cada número. Sin esa ayuda técnica voluntaria no pudiéramos tener revista. Si hubiéramos de pagarles por sus servicios, las cuentas serían prohibitivas. Cómo se las arreglan estos hombres y mujeres profesionales tan sumamente ocupados para cumplir con la fecha de entrega del *Grapevine* cada mes, será siempre un misterio para el resto de nosotros. Es uno de los esfuerzos voluntarios más consistentes y brillantes que A.A. ha conocido.

Aun desde 1945, la solución de los problemas de grupo por correspondencia ha ocasionado un gran volumen de trabajo en las Oficinas Centrales. Las cartas a los centros metropolitanos de A.A. llenaban por completo nuestros archivos. Nos parecía como si cada corresponsal de cada grupo nos escribiera durante este confuso y excitante período.

Las ideas básicas para las Doce Tradiciones de A.A. emanaron directamente de esta vasta correspondencia. A finales de 1945 un buen amigo A.A. surgió que toda esta montaña de experiencia podría codificarse en una serie de principios que ofrecieran soluciones comprobadas de todos nuestros problemas de vivir y permanecer unidos, y de relacionar nuestra sociedad con el mundo exterior. Si ya teníamos criterios suficientes acerca de nuestra posición respecto a asuntos tales como afiliación, autonomía de grupo, unidad de propósito, no apoyo a otras causas, profesionalismo, controversia pública, anonimato en sus varios aspectos, etc., entonces podíamos escribir tal serie de principios. Un código de tradiciones no podía convertirse en regulación o ley. Pero podría servir como orientación para nuestros Custodios, la gente de las Oficinas Centrales, y especialmente para los grupos de A.A. que tuvieran problemas de crecimiento.

Puesto que nos encontrábamos en el centro de los acontecimientos, nos correspondió a nosotros los de la Oficina Central elaborar ese trabajo. Con la ayuda de mis colaboradores empecé a escribir. Las Tradiciones de A.A. se publicaron por primera vez en la llamada “forma larga” en el *Grapevine* del 6 de mayo de 1946. Nuevos artículos adicionales se publicaron en el *Grapevine* para explicar en detalle las Tradiciones, y así se continuó haciendo durante varios meses. Tiempo después estos artículos se agruparon en un folleto llamado “La Tradición de A.A. – Cómo se desarrolló”. Todos nuestros miembros y empleados de la Oficina Central y muchos secretarios de grupo confían todavía en copias de este primer folleto de la Tradición para orientarse en tiempos de dificultad.

En la Fundación entre tanto, habíamos tomado una acción importante que iba a incorporarse en estas Tradiciones. En 1945 le escribimos al Sr. John D. Rockefeller, Jr., y a los invitados de la cena de 1940 diciéndoles que ya no era necesaria su ayuda financiera; las regalías del libro suministraban una entrada suficiente al Dr. Bob y a mí; las contribuciones de grupo podían pagar los gastos generales de la oficina. En caso de resultar insuficientes estos recursos, la reserva acumulada proveniente de la

venta de literatura podía suplir el déficit. Esto significaba que finalmente habíamos llegado a un estado de autosostenimiento. Desde aquel tiempo la Junta de Custodios de A.A. ha rechazado sistemáticamente todas las contribuciones ajenas.

Cuando se publicaron por primera vez las Tradiciones recibieron una acogida heterogénea. Solamente los grupos que tenían serias dificultades las tomaron en serio. Pero en algunos sectores se presentó una violenta reacción contra ellas, especialmente en los grupos que tenían largas listas de regulaciones y normas protectoras. En el otro extremo, hubo mucha indiferencia y apatía. Hubo otros que dijeron, "Mantengamos simple a A.A.". Para ellos, las Doce Tradiciones parecían solamente la expresión innecesaria de las esperanzas y temores de la Oficina de Servicios Generales por el futuro de A.A.

En este punto empecé a trabajar, a viajar y a conversar acerca de los nuevos principios. Los miembros escuchaban cortésmente pero se mostraban obviamente aburridos. Después de algún tiempo empecé a recibir cartas que decían más o menos, "Bill, nos encanta que usted venga y hable con nosotros. Cuéntenos dónde solía esconder las botellas y nárenos aquella repentina experiencia espiritual que tuvo. Pero, por favor, no nos vuelva a hablar más de esas malditas Tradiciones".

El tiempo ha cambiado todo esto. Años después se reconoció que las Doce Tradiciones eran tan necesarias para la vida de nuestra sociedad como son los Doce Pasos para la vida de cada miembro en particular. Vimos que las Tradiciones de A.A. eran la clave de la unidad, el funcionamiento y la supervivencia de Alcohólicos Anónimos.

En realidad yo no fui el autor de las Tradiciones. Lo único que hice fue redactarlas de tal manera que sirvieran como principios que reflejaran aquellos que ya había desarrollado la experiencia de grupo en A.A. Realmente fueron la Sede Central de A.A., sus Custodios y colaboradores quienes formularon aquellos principios vitales. De no haber existido la Sede Central para diagnosticar nuestros problemas de grupo, las Doce Tradiciones de Alcohólicos Anónimos nunca se hubieran escrito.

Por esta época A.A. había empezado a verse favorecida en el mundo de la medicina. Dos de las mayores asociaciones médicas de los Estados Unidos tomaron acciones sin precedentes para reconocernos. En 1944 la Sociedad Médica del estado de Nueva York me invitó a presentar una ponencia en su reunión anual. Después de mi turno, tres de los médicos presentes (el Dr. Harry Tiebout, el Dr. Kirby Collier, y el Dr. Foster Kennedy) se levantaron y dieron a A.A. la más calurosa proposición de apoyo. La Sociedad misma fue mucho más allá. Publicó mi ponencia en su revista y permitió que A.A. hiciera reproducciones. Enormes cantidades de este folleto se han distribuido desde entonces por todo el mundo, transmitiendo a los médicos la seguridad de que A.A. tiene fundamento científico.

En 1949 la Asociación Psiquiátrica Americana hizo exactamente lo mismo. Presenté una ponencia en su convención anual en Montreal. En esta ocasión la responsabilidad era mucho mayor, y yo sinceramente me pregunté cómo iba a presentarme. Resolví describir la experiencia espiritual tal como la conocemos en A.A. Cuando leía, empecé a dudar si habría siquiera una mínima parte de la audiencia que estuviera de acuerdo con los puntos de vista que yo expresaba. Para mi sorpresa, al terminar hubo un gran aplauso. Pero no fue de ninguna manera un tributo a mi persona o al contenido de mi ponencia. Por el contrario, fue un tributo a Alcohólicos Anónimos, un tributo a una forma de vida que había funcionado para los alcohólicos cuando otros sistemas habían fracasado rotundamente. Esta respuesta generosa fue la prueba de que

nosotros mismos habíamos sido con ellos. Si pudiéramos tener una mente más abierta, entonces podría asegurarse una mayor cooperación con estos profesionales.

La Asociación confirmó muy pronto el punto de vista de sus miembros en Montreal. Mi ponencia se imprimió en el *American Journal of Psychiatry* y se nos permitió reproducirla en un folleto que ahora llamamos *Alcoholismo, la Enfermedad*. Nuestra buena posición con la profesión psiquiátrica se ha incrementado enormemente con el tiempo. Las asociaciones médicas federales y municipales empezaron a pedirle a los miembros de A.A. que hablaran en sus reuniones. Todos estos artículos médicos han servido muy especialmente a nuestros grupos extranjeros, ahorrándoles todos los años que una vez necesitamos en los Estados Unidos para demostrarles a los médicos el valor de A.A.

El aspecto médico del alcoholismo incluye el problema de la hospitalización, y en ello también hemos alcanzado un gran progreso. Muchos hospitales habían sido reacios a recibir alcohólicos. Las instituciones estatales y provinciales generalmente obligaban a los alcohólicos a permanecer durante largos períodos de confinamiento. Por consiguiente ha sido muy difícil, y todavía lo es, persuadir a los hospitales normales que reciban a los candidatos A.A. durante cortos períodos de tratamiento, y que permitan a los padrinos los privilegios de visita necesarios, en cooperación con nuestras asociaciones intergrupales de las respectivas localidades.

Me complace informar que esta situación está siendo cambiada y mejorada rápidamente. Nuestra primera actividad en este campo, junto con la utilización que la Oficina de Servicios ha podido hacer de aquella experiencia, tiene interés especial para todos nosotros. Dos hospitales nos proporcionaron magníficos ejemplos de la forma como la medicina y A.A. pueden lograr una buena cooperación. En el Hospital de Santo Tomás el Dr. Bob, la incomparable Hermana Ignacia, y los funcionarios del hospital presidieron un pabellón alcohólico que había dado tratamiento a varios millares de alcohólicos hasta el día en que murió el Dr. Bob en 1950. Y, comenzando en 1945, el Hospital Knickerbocker de Nueva York proporcionó un pabellón A.A. al cuidado de nuestro primer amigo de la medicina, el Dr. William D. Silkworth, quien tuvo la ayuda devota y experimentada de la enfermera al Knickerbocker por la Asociación de Intergrupos de Nueva York y habían ingresado a ese pabellón, la mayoría de ellos en camino hacia la liberación. Puesto que la hospitalización apropiada es uno de los problemas principales de A.A., la Oficina de Nueva York continúan proporcionando el conocimiento adquirido de aquella experiencia inicial, junto con los muchos desarrollos y ramificaciones subsecuentes, a todos los grupos del mundo entero.

Mientras tanto empezó a presentarse una oleada de aprobación pública estimulada por los amigos de la prensa, la radio y la televisión, que nunca ha dejado de crecer. Mes tras mes un servicio de recortes de prensa envía a nuestra oficina álbumes de una enorme cantidad de material. Los escritores piden constantemente a las oficinas que revisen sus manuscritos. Ayudamos a diversos miembros de A.A. a que aparezcan en forma anónima en la radio y la televisión. El hacer contactos y arreglos publicitarios se ha convertido en una actividad constante y creciente de nuestra oficina. Sólo Dios sabe cuántas vidas se han salvado, cuántos años de miseria se han evitado a los alcohólicos y sus familias.

Para mantener esta línea de servicio siempre en incremento, nuestra oficina tuvo que expandirse. En 1950 nos trasladamos al 141 East de la Calle Cuarenta y cuatro, más cercanos todavía a Grand Central Station. Hoy en día esta oficina está manejada por el presidente Hank, quien trabaja de media jornada y cuenta con la ayuda de seis formidables secretarías. Estas colaboradoras a sueldo reciben apoyo de miembros

voluntarios de comités que son a la vez expertos en leyes, finanzas y relaciones públicas. En los servicios de rutina hay doce personas no alcohólicas que tienen a su cargo la teneduría de libros, los archivos, la mecanografía y dos recepcionistas que atienden al público general. Los visitantes ven en las paredes mapas seccionales que muestran el alcance universal de nuestra comunidad. Sobre una mesa tenemos la Victoria Alada, símbolo del Premio Lasker dado a A.A. por la Asociación de Salud Pública Norteamericana en 1951.

Las oficinas editoriales del *Grapevine* están en el piso inferior. Aquí el editor Don y sus ayudantes voluntarios mantienen contacto permanente con el editor-gerente y su asistente para cumplir la fecha mensual de entrega. En otra parte de la ciudad, donde los arrendamientos son más baratos, el departamento de circulación de la revista tiene un gran espacio donde se atienden las necesidades y correspondencia de los 40.000 lectores del *Grapevine*.

A tres cuerdas de distancia de la oficina principal tenemos un espacio enorme de bodega donde se lleva a cabo el trabajo de empaque y despachos. Esta actividad maneja ahora varias toneladas mensuales. Seis trabajadores de jornada completa permanecen allí totalmente ocupados. El año anterior enviaron por correo unos 40.000 libros y cientos de miles de folletos, muchos de ellos recientemente diseñados y editados gracias a la labor de Ralph, nuestro asesor en literatura de folletos. Ellos enviaron por correo unas 30.000 cartas y boletines y manejaron grandes cantidades de trabajo de mimeógrafo.

A lo largo de una de las paredes del salón de empaques, en estanterías que van hasta el techo, se encuentran gran número de archivadores. Estos son los antiguos registros de nuestras Oficinas Centrales, que cubren todo el período desde los días de la Calle Vesey. La historia mundial de A.A. está guardada en estas cajas, esperando solamente que se empiece a seleccionar, y hemos empezado hace poco dicho trabajo. En una esquina de la oficina contigua a los archivos, nuestra bibliotecaria de investigación está organizando la historia de Alcohólicos Anónimos. En adición al breve recuento que se hace en el presente libro, espero que algún día pueda escribirse toda la historia de Alcohólicos Anónimos. Debido a esta actividad investigativa, tenemos la certeza de que los hechos básicos sobre el nacimiento y desarrollo de A.A. nunca serán distorsionados. Esta es una de nuestras más recientes iniciativas.

Ninguna descripción de los servicios mundiales de A.A. quedaría completa sin expresar el agradecimiento por todo lo que han contribuido nuestros Custodios no alcohólicos. A través de los años nos han dado una gran cantidad de tiempo y de esfuerzos. Suya ha sido la sabiduría gracias a la cual nuestras empresas han tenido sentido financiero; y frecuentemente con ocasión de acalorados debates, ellos han encontrado las decisiones sensatas que nosotros los volátiles alcohólicos no hubiéramos podido hallar. Algunos de ellos, como Jack Alexander, Fulton Oursler, Leonard V. Harrison, y Bernard Smith, nos han colaborado mucho en sus campos especializados tales como la literatura, el servicio social, las finanzas y el derecho. Su ejemplo está siendo continuado por Custodios más recientes como el Sr. Frank Gulden, El Dr. John Norris, el Sr. Archibald Roosevelt, y el Sr. Iván Underwood. Las contribuciones muy especiales de mi cuñado, el Dr. Leonard V. Strong, Jr., el Sr. Willard Richardson, el Sr. A. LeRoy Chipman, y el Sr. Frank Amos ya han sido descritas. Y un poco más adelante consideraremos con alguna extensión el papel vital que desempeñó el Sr. Leonard Harrison como presidente de la fundación durante el largo período de nuestra incierta adolescencia.

Dicho período, de 1945 a 1950, fue de inmensa tensión y lleno de pruebas. Nos vimos confrontados por tres graves asuntos. El primero relacionado con el dinero, el segundo con el anonimato; y el más peligroso de todos, el tercero, fue el asunto de qué iba a ser de Alcohólicos Anónimos cuando sus iniciadores y fundadores hubieran desaparecido.

En 1945 habíamos empezado a rechazar las contribuciones ajenas, pero muy pronto se presentó otro peligro similar. La gente adinerada, entre la cual había miembros de A.A., empezó a incluir cláusulas en sus testamentos con la indicación de que se le entregaran fondos a la Fundación Alcohólica en custodia para Alcohólicos Anónimos. Una de tales herencias se halló disponible durante un período en el cual las Oficinas Centrales estaban en severas dificultades económicas. En una ocasión las contribuciones de los grupos a la oficina arrojaban un déficit de \$ 2,000 mensuales, y los alcances del Grapevine sumaban otros mil. Entonces nos hicimos la pregunta: “Está bien que no podamos aceptar dinero de contribuyentes vivos. Pero ¿cuál es la razón para rechazar las donaciones de personas difuntas?” Después de un largo debate y extremas deliberaciones, los custodios finalmente resolvieron rechazar toda clase de donaciones, consolidando y cimentando la Tradición de A.A. sobre la autofinanciación para toda la vida de nuestra comunidad. Para los miembros sensatos de A.A. esta acción de los Custodios trajo una nueva sensación de profundo alivio y seguridad. Se había evitado un peligro real.

La fuerte tendencia que la mayoría de nosotros los alcohólicos tiene por el dinero, el prestigio y el poder, buscó una nueva salida que se encontró en las rupturas del anonimato al nivel público. Este desarrollo del período de 1945 a 1950 se hizo aún más peligroso por el hecho de que la mayoría de quienes rompieron su anonimato tenía buenas intenciones. Como yo mismo había roto mi anonimato en un período anterior, pude entender perfectamente la buena voluntad y la buena intención, puesto que en muchas ocasiones aquellos amigos deseaban usar el nombre de A.A. públicamente para poder ayudar con mejor efectividad a otras causas. A veces lo único que querían era que sus nombres y fotografías aparecieran en los periódicos, pero siempre, naturalmente, tratando de ayudar a A.A. Realmente creían que el salir fotografiados con el gobernador podía hacernos una buena propaganda. Finalmente vimos que el riesgo sería enorme para A.A. si todos los miembros de instinto promotor soltaran las riendas a nivel público. Ya muchos de ellos lo estaban haciendo.

Entonces las Oficinas Centrales empezaron a trabajar. Escribimos protestas, muy amables claro está, a todos los infractores. Enviamos cartas a casi todos los periódicos, la radio y otros medios de publicidad, explicando por qué los miembros de A.A. no deberían romper su anonimato ante el público en general. El sentimiento de grupo, junto con los esfuerzos de la Sede Central, logró finalmente hacer que el número de infractores se redujera a unos pocos en el curso de los años siguientes. De no haber revisado y tenido en cuenta esta tendencia, se hubiera cambiado todo el carácter de nuestra sociedad, y su futuro pudiera haber sido temiblemente comprometido.

En 1947 el Dr. Bob se vio sometido a una enfermedad que todos sabíamos que era fatal. Esto nos dio mucho qué pensar en las Oficinas Centrales. El nexo principal entre nuestros servicios mundiales y la comunidad de A.A. estaba constituido por el Dr. Bob, nuestro grupo de secretarías y yo. La Junta de Custodios era escasamente conocida por los miembros en general. Ni siquiera uno en un millar podía mencionar quiénes eran nuestros Custodios. Cuando la muerte o la incapacidad nos hiciera retirar a los miembros antiguos, ¿qué pasaría con los Custodios y las Sedes Centrales? Un solo error por su parte podría ocasionar la pérdida de la confianza que nunca podría repararse. Al

carecer del soporte moral y financiero de los grupos, toda nuestra organización de servicio podría fracasar completamente para nunca restaurarse porque nadie se sentiría autorizado para hacerlo.

Era evidente que contábamos con un movimiento a escala mundial sin acceso directo a sus asuntos de servicio. Los Custodios tenían la autoridad sobre nuestros servicios; A.A. en sí mismo no tenía autoridad. Una Junta de Custodios había sido la salvaguardia ideal durante nuestros períodos de infancia y adolescencia, pero ¿cómo seguiría funcionando en el futuro con estas premisas?.

Esta situación había sido para mí un motivo de gran preocupación desde la publicación de las Tradiciones en 1946. Yo había enviado a los custodios muchos memorandos sobre el tema. Habíamos tenido considerables debates. Al principio mencionamos vagamente la idea de un consejo asesor seleccionado por votación, o una conferencia elegida para tal efecto. Pero como no había un peligro inminente no tomamos ninguna acción. cuando el Dr. Bob se enfermó, yo empecé a sentir la urgencia del problema. Así lo hicieron el Sr. Bernard Smith y uno o dos más de los Custodios.

Per la mayoría de la Junta no compartía nuestros temores. Ellos creían que la creación de una conferencia, o de un consejo asesor podría involucrarnos en política o gastos innecesarios. La fundación había trabajado bien durante diez años, ¿por qué no podría continuar en la misma forma?

Con reacción típicamente alcohólica, me excité, y convertí la resistencia pasiva de mis amigos en sólida oposición. Se levantó una barrera entre los miembros alcohólicos de la Junta y yo, situación que empeoró más y más con el transcurrir del tiempo. Con mucha razón ellos criticaban mi táctica ruda y mi continua violencia. A medida que la tempestad se incrementaba, así también aumentaban mis memorandos a la Junta. Uno de ellos parecía una novela sorprendente. Después de una larga petición de que se eligiera una conferencia de A.A. y se efectuaran otras reformas, y después de puntualizar que los Custodios tenían toda la autoridad en sus manos, sin que a dicha autoridad correspondiera la responsabilidad equivalente, lo cual también se aplicaba al Dr. Bob y a mí, terminaba el memo con esta sorprendente frase: “Cuando yo estaba en la Facultad de Derecho, el libro más voluminoso que estudié fue el relativo a los custodios. Debo decirles, caballeros, que dicho estudio fue una larga y melancólica reseña de todos los desaciertos y disparates de las juntas de custodios”. Yo escribí esto a un grupo de los mejores amigos que tenía en el mundo, gente que se había dedicado sin egoísmo al bienestar de A.A. y de mi propia persona. Obviamente yo me encontraba en una racha en seco de la peor clase posible.

Este viperino memorando casi hizo explotar la Fundación. Nuestros amigos no alcohólicos estaban pasmados. Mis colegas alcohólicos de la oposición entre los Custodios murmuraron sombríamente que yo estaba enloqueciendo. Y se sintieron seguros de mi locura cuando me puse en camino en 1948 para sondear entre los grupos la posibilidad de elegir una conferencia ante la cual se hiciera la Junta de Custodios.

Pero después de que yo saliera de Nueva York, los Custodios alcohólicos reunieron a los miembros más antiguos de Akron, Nueva York y Cleveland para decidir en cónclave lo que debería hacerse con la situación planteada y especialmente conmigo. Ellos suponían que mientras yo estuviese en otros sitios, ventilaría las disputas y buscaría apoyo. Afortunadamente yo me abstuve de hacerlo. Y el cónclave de miembros antiguos ejerció también la autocontención. Aquellos miembros se limitaron a aconsejar a la Junta que dejara las cosas como estaban, puesto que no consideraban necesaria la elección de una conferencia o consejo asesor y que o había tampoco necesidad de efectuar los cambios internos que yo había sugerido.

Pero aunque yo no había mencionado este tema entre los grupos regresé de mi viaje con la convicción de que sería bien recibida la idea de que los grupos tuvieran, a través de una conferencia elegida por ellos mismos, el acceso directo al manejo de sus propios asuntos. De esto me encontraba totalmente seguro.

Hacia 1949 el Dr. Bob estaba definitivamente desahuciado. En la oficina, Bobbie sorprendida en medio de esta convulsión referente a la Conferencia, se encontraba prácticamente exhausta y al borde de una crisis nerviosa.

Nos encontrábamos en el punto más bajo de la marea. Luego lentamente, las cosas empezaron a cambiar. Dudo que el conflicto hubiera podido resolverse de no haber sido por nuestros amigos no alcohólicos de la Junta. Quienes salvaron finalmente la situación fueron el Sr. Leonard Harrison y el Sr. Bernard Smith. Aunque el Sr. Harrison no veía la necesidad de elegir una conferencia, proporcionó su tacto y buen sentido, que junto con el respeto y afecto que había logrado ganar entre nosotros, fueron las cualidades que lograron que nuestra débil fundación prosiguiera su curso.

La mayoría de los miembros no alcohólicos de la Junta habían sido directivos de diversas instituciones. Por otro lado Bernard Smith era hombre de negocios y abogado. Desde su iniciación como miembro de la Junta, tres años atrás, siempre había estado en favor de una corporación para el manejo de la oficina de A.A. y la elección de una conferencia para que junto con los Custodios formaran la estructura de servicios de Alcohólicos Anónimos.

En esta crítica coyuntura, el Sr. Harrison nombró a Bernard Smith Presidente del Comité de Custodios para deliberar sobre la Conferencia propuesta. Considerando sus diferencias de opinión, éste fue un acto magnánimo y generoso de parte de Leonard. Al recordarlo siempre recibo una magnífica inspiración.

Bernard Smith tenía una facilidad notable para la persuasión y la negociación. Más aún, sus ideas acerca de la conferencia habían dado cuenta. Después de que la atmósfera se aclaró un poco, se impuso la tarea de convencer al comité de Custodios. Después de efectuar sólo dos reuniones expuso ante el comité esta pregunta: ¿Debemos permitir esta Conferencia de delegados, o nos olvidamos de todo este asunto? Para mi sorpresa el comité respondió unánimemente, “Démosle una oportunidad a esa Conferencia”. Esto me pareció un milagro.

Poco antes de esta decisión crucial, Alcohólicos Anónimos había dado otro paso hacia la unidad y funcionamiento a escala universal.

En el verano de 1950 tuvimos nuestra primera convención internacional en Cleveland, Ohio. Asistieron unas 3.000 personas. Los puntos culminantes de esta celebración fueron la última aparición del Dr. Bob y la confirmación por parte de la Convención de nuestras Doce Tradiciones como plataforma permanente de unidad y funcionamiento sobre las cuales descansarían en lo sucesivo la Comunidad.

Las Doce Tradiciones habían sido ya reducidas de la “forma larga” inicial de 1946 a frases más cortas similares en longitud a nuestros ya conocidos Doce Pasos sugeridos para la recuperación.

Esto se había hecho gracias a la sugerencia de Earl T., fundador de nuestro grupo de Chicago. Un día de 1947, más o menos, llegó a mi casa con esta excelente idea. Después de trabajar una semana tratando de resumir la “forma larga”, obtuvimos un primer borrador que se parecía mucho a las Doce Tradiciones que tenemos hoy en día. Luego de consultar y refinar durante varios meses, estuvo listo el borrador final. El Grapevine empezó a publicarlas en esta forma en cada uno de sus números, y así se logró que los miembros de A.A. empezaran a familiarizarse con las Tradiciones. Ya en

la época de la Convención de Cleveland, la comprensión y aprobación de las Tradiciones se había vuelto general en toda nuestra sociedad.

En la Convención de Cleveland nos dimos cuenta de que el Dr. Bob muy pronto nos iba a dejar definitivamente y que rápidamente le seguirían otros miembros antiguos de A.A. Se le estaba dando un vuelco al orden establecido. En el futuro ya no podríamos depender de la autoridad e influencia de nuestros pioneros para la salvaguardia de la unidad de A.A.; por consiguiente necesitábamos confiar plenamente en principios espirituales como los establecidos por las Doce Tradiciones.

Varios oradores presentaron las Doce Tradiciones a la Convención. Luego yo las resumí y pedí a la misma que les diera una aprobación definitiva. Hoy todavía puede escucharse, gracias a las grabaciones tomadas en aquella ocasión, la voz unánime de consentimiento adoptada por la convención. Fue una hora maravillosa del mes de julio de 1950. Alcohólicos anónimos había pasado su décimo cumpleaños y asegurado el Segundo Legado de Tradición.

Unas pocas semanas después, vi al Dr. Bob en Akron y pude transmitirle la buena noticia de que los custodios, con toda probabilidad, consentirían en la formación de una conferencia de servicio mundial. Este nuevo desarrollo podría lograr para los servicios de A.A. aquello que las Tradiciones estaban haciendo para la preservación de la unidad.

El Dr. Bob sintió visiblemente contento por mi mensaje, pero no hizo comentarios inmediatos. Aunque en pleno uso de sus facultades, se encontraba gravemente enfermo. Me di cuenta de que aunque me pareciera difícil, debía buscar su consentimiento a la elección de la Conferencia.

Recuerdo haberle mencionado que una forma de actuar sería el no tomar ninguna acción. Si ambos permaneciéramos en silencio, todo el mundo podría suponer que estábamos dando nuestra plena aprobación al presente estado de cosas. En el caso de que las Oficinas Centrales fracasaran por la falta de vínculo que les podría proporcionar una Conferencia, los A.A. podrían con todo derecho increparnos: “¿Por qué no nos advirtieron de esto el Dr. Bob y Bill? ¿Por qué nos proporcionaron la oportunidad de manejar nuestros propios negocios y políticas?” Aventuré la idea de que debíamos convocar la Conferencia de todas maneras, aunque al principio fuera un fracaso. Los delegados de los grupos podrían venir a Nueva York y verificar en qué consistían los asuntos mundiales de A.A. Entonces estarían en condiciones de decidir si asumían la responsabilidad o no. En esa forma se lograría una decisión democrática, en vez de la decisión silenciosa tomada por el Dr. Bob y yo únicamente.

El siguió reflexionando mientras yo esperaba. Finalmente me miró y dijo, “Bill, esto tiene que ser una decisión de A.A., no nuestra. Convoquemos la Conferencia. Estoy de acuerdo”.

Algunas ^{22/1} horas después me despedí del Dr. Bob, sabiendo que la siguiente semana se sometería a una delicada operación. Ninguno de los dos se atrevió a expresar lo que sentían nuestros corazones. Ambos sabíamos que ésta podría ser la última decisión que íbamos a tomar en conjunto. Bajé las escalas y me volví a mirarlo. El Dr.

^{22/1} y ^{22/1} “MANTENGÁMOSLO SIMPLE”.

Después de años de sobriedad, de vez en cuando me pregunto a mí mismo: “¿Es posible que sea tan sencillo?”. Luego, en las reuniones, veo a los escépticos y a los desengañados de años pasados que han logrado salir del infierno siguiendo el camino de A.A., dividiendo sus vidas, sin alcohol, en segmentos de 24 horas, durante las cuales practican unos cuantos principios lo mejor que pueden. Y de nuevo me doy cuenta de que, aunque no sea siempre fácil hacerlo, si lo mantengo sencillo, funciona.- Reflexiones Diarias – 22/1

Bob estaba de pie en el piso superior, alto y espigado como siempre. El color había aparecido nuevamente en sus mejillas, y estaba vestido cuidadosamente con un traje gris claro. Este era mi socio, el hombre con quien nunca había cruzado una palabra dura. Su y ^{22/1} maravillosa y amplia sonrisa estaba en su rostro cuando me dijo en forma casi divertida, “Recuerda, Bill, no echemos esto a perder. ¡Mantengámoslo simple!” Yo salí, sin poder pronunciar una palabra. Esta fue la última vez que lo vi.

Poco después de mi llegada, los custodios aprobaron el plan de la Conferencia y me dieron la autoridad para proceder en consecuencia.

El costo para sostener anualmente esta reunión no era un obstáculo. Aún en el caso de que el presupuesto ascendiese a la suma de \$20,000 por año, representaría unos pocos centavos adicionales para cada miembro de A.A. y la idea bien los valía.

Pero ¿en qué forma podríamos evitar la lucha política y las batallas usuales en busca de prestigio y vanagloria, que podrían presentarse en las elecciones de los delegados? ¿Cuántos delegados necesitaríamos y qué sectores deberían representar? ¿Cómo los relacionaríamos con la Junta de Custodios, una vez que aquellos llegaran a Nueva York? ¿Cuáles serían sus derechos y deberes? Cualquiera que fuese el plan debía ser lo suficientemente sólido y meditado para que lograra funcionar bien desde el principio. No podíamos permitirnos omisiones que nos condujesen a un fracaso.

Por consiguiente, con muchas preocupaciones empecé a trabajar en el proyecto detallado. Los custodios y el personal de las oficinas me hicieron muchas sugerencias importantes. Hellen B., del personal de las oficinas, tenía un sentido intuitivo de la organización en el mejor sentido de la palabra y entendía la política práctica perfectamente. Su ayuda fue invaluable para mí.

Si bien la conferencia podría algún día agrandarse para incluir delegados de todo el mundo, consideramos suficiente que los primeros delegados proviniesen de los Estados Unidos del Canadá únicamente. Cada estado y provincia podría enviar un delegado, con la provisión de que los estados que tenían una mayor población de A.A. podrían enviar representación adicional. Para darle continuidad a la conferencia, los delegados serían divididos en dos secciones. La número uno se elegiría en 1951 y la número dos en 1952. en esta forma la mitad de los delegados terminaría su período simultáneamente y se daría rotación y continuidad a la conferencia. Las elecciones se efectuarían en los mayores centros de población en cada estado o provincia. Quedaba por ver cómo podrían los representantes de grupos escoger sus miembros de comité y delegados sin que se presentaran fricciones políticas impresionantes.

Como veteranos de muchos problemas de grupo y discusiones, en las oficinas de Intergrupos, nos preocupamos seriamente a este respecto. Entonces se nos presentó una magnífica idea. Sabíamos que la mayor parte de los problemas presentados en las elecciones eran debidos a nominaciones personales, ya fueran con base en reuniones internas o por comités autoelegidos. Otra causa primordial de preocupación era la elección cerrada y fuertemente disputada que casi siempre dejaba una minoría descontenta.

Por consiguiente diseñamos un sistema para escoger los miembros de comité por medio de papeletas escritas sin nominaciones personales. Pero la fricción personal podría ciertamente centrarse alrededor de la elección del correspondiente delegado. ¿Cómo podríamos disminuir este tipo de presiones? Se estipuló que cada delegado debería obtener por lo menos la votación de las dos terceras partes de la Asamblea para ser elegido. Con una mayoría tan substancial, la minoría no podrían tener mucha fuerza.

Pero teníamos que inventar algo para el caso en que se presentase un empate o una mayoría muy escasa que no alcanzara las dos terceras partes. En tal evento, el miembro con mayores votos y los dos siguientes someterían sus nombres a una elección por azar, colocando sus nombres en un sombrero del cual se extraería una sola papeleta. El ganador de tal sorteo sería elegido delegado. Puesto que las personas que estuvieran disputando esa elección serían en todo caso poseedoras de méritos suficientes para ser delegados, el representante elegido resultaría de todas maneras una persona adecuada y nuestra conferencia estaría bien formada. Naturalmente que estas ideas eran muy especulativas. Teníamos una gran esperanza de que pudieran funcionar.

Pensamos que los delegados elegidos, al reunirse en conferencia en Nueva York, debían tener una autoridad real. Por consiguiente el estatuto tentativo proyectado para la Conferencia establecía que los delegados, con un voto de las dos terceras partes, podían dirigir órdenes directas a los custodios. En caso de una simple mayoría se podía enviar fuertes sugerencias a los custodios. Sin embargo este tipo de sugerencia debería ser muy poderosa, porque en caso de no serlo la mayoría descontenta podía regresar a sus lugares de origen y encargarse de suprimir las contribuciones a la Sedes Centrales. Bajo el plan propuesto, también debería volverse tradicional que los custodios sometieran los nombres propuestos para la Junta, a la confirmación de la Conferencia. Así se daría a la conferencia una voz efectiva en la selección de los Custodios.

Junto con el esquema temporal para financiar la nueva operación, escribimos estas ideas y su aplicación detallada en un folleto llamado *El Tercer Legado*. Enviamos por correo 50.000 ejemplares de este documento a los grupos y les pedimos que formaran sus Asambleas para la elección de los miembros de comité y los delegados.

Fortalecido con la aprobación de los Custodios y del Dr. Bob, viajé por todo el país explicando el plan del Tercer Legado, hablando ante grandes audiencias A.A. y verificando que las Asambleas nombraran sus delegados en más de veinticuatro estados de la Unión.

Recuerdo particularmente el ensayo del nuevo plan en Boston. Antes de la reunión algunos de los políticos más antiguos hicieron una minuciosa disección de todo el esquema y resolvieron finalmente que el sistema podría funcionar. Esto fue muy confortante para mí, ya que aquellos amigos de Boston sabían de política mucho más que cualquiera de nosotros. Mostraron mucho interés, y los miembros se agruparon en masa para la reunión en la cual yo expliqué el plan del Tercer Legado. Cuando los representantes de los grupos de la región se reunieron finalmente para elegir sus miembros de comité y delegados, los resultados fueron muy favorables. Los miembros de comité se eligieron debidamente y tomaron asiento en la mesa principal de la reunión de la Asamblea. Luego los miembros de la Asamblea votaron y votaron, pero nadie pudo lograr la mayoría de dos terceras partes. Finalmente se decidió que todos los nombres de los miembros del comité se echaran a la suerte en el sombrero. De aquel recipiente tradicional se extrajo el nombre de un magnífico delegado. Todos nos sentimos satisfechos; sabíamos que no había problema. En ese lugar tuvimos nuestra primera impresión de que A.A. había superado la política de partido para entrar en la fase de la apreciación estadista.

Cuando se reunió la primera conferencia de Servicios Generales en 1951, encontramos que aproximadamente una tercera parte de los delegados estaba conformada por miembros antiguos. El resto estaba constituido por miembros sobrios durante cuatro o más años. Lo mejor de todo, era que la mayoría de ellos había sido seleccionada por votaciones de dos terceras partes, y sólo unos pocos habían sido elegidos al azar. Esto fue tremendamente alentador para nosotros.

En su primer día, los delegados inspeccionaron nuestra Sede Central, conocieron al personal de servicios, y fueron presentados a los Custodios. Por la tarde hubo una breve sesión bajo el nombre de “¿Qué está pensando usted?” Respondimos preguntas de todas clases. Los delegados empezaron a sentirse cómodos. Viendo su rápida comprensión y confianza, nuestros espíritus se levantaron. Todos tuvimos la sensación de que algo importante estaba aconteciendo y que éste era un momento histórico.

Una sesión de trabajo siguió a otra, a mañana, tarde y noche. Los delegados inspeccionaron las finanzas de A.A. y escucharon informes de la Junta de Custodios y de todos los departamentos de servicio. Hubo debates cálidos pero cordiales acerca de muchos problemas de política general de A.A. Los custodios sometieron algunos de sus problemas más serios a la opinión de la conferencia. Con mucha propiedad los delegados discutieron varios asuntos graves sobre los cuales estábamos en duda en la Sede Central. A pesar de que sus recomendaciones se encontraban en posición contraria a nuestros propios puntos de vista, vimos que frecuentemente tales recomendaciones eran correctas. Esto nos probó como nunca antes que la Segunda Tradición de A.A. tenía verdadero sentido. Nuestra conciencia de grupo podría actuar seguramente como la única autoridad y guía para Alcohólicos Anónimos. Cuando los delegados retornaron a sus hogares, llevaron consigo esta profunda convicción.

Por ejemplo, en su primera sesión la conferencia sugirió que la fundación Alcohólica cambiar su nombre por el de Junta de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos. Pero no se dieron mucha prisa en este asunto. Solamente después de dos años de cuidadosa consideración esta sugerencia se convirtió en decisión y se puso en práctica. En su concepto la palabra “Fundación” tenía un significado de caridad, paternalismo, y tal vez mucho dinero. Aquello que había sido bueno para nuestra infancia tal vez no sería bueno para nuestro futuro.

Ahora que la Conferencia de Servicios Generales había sido puesta en marcha con éxito para un período de ensayo de cinco años, la comunidad de A.A. y sus Oficinas Centrales entraron en un tiempo de calmado progreso y consolidación. Los dolores de crecimiento de nuestra juventud en los Estados Unidos se habían solucionado y no volvimos a sentir temor cuando empezaron a aparecer en países extranjeros.

Este nuevo y consolador estado de cosas se reflejó en las reuniones de nuestros Custodios y en nuestro trabajo rutinario en las Sedes Centrales. Podían vislumbrarse ahora los lineamientos finales de la estructura de servicios de A.A. Una maravillosa cooperación y un efectivo trabajo habían reemplazado el temor, la indecisión, los violentos debates de tiempos anteriores. La Junta fue nuevamente ampliada contando con la ayuda de nuestros miembros alcohólicos y no alcohólicos. En la nueva Conferencia pudimos empezar a escuchar la voz de la conciencia universal de A.A. Sabíamos que ya podíamos confiar plenamente en dicha voz. Por primera vez creímos entender totalmente lo que estábamos haciendo y lo que nos proponíamos hacer.

En esta era de tranquilo navegar la muerte se llevó a dos de nuestros antiguos amigos, el Tío Dick Richardson y Silky. Al igual que Anne y el Dr. Bob, aquellos dos murieron con la tranquila confianza de que A.A. estaba por fin segura y en buen camino. Nunca podrá olvidarse la herencia que nos dejaron Willard W. Richardson y William D. Silkworth en el trabajo pionero de servicio y amor.

Un evento notable adicional marcó este período de tranquilidad: la publicación de Doce Pasos y Doce Tradiciones en 1953. Este pequeño libro es estrictamente un libro de texto que explica los veinticuatro principios básicos de A.A. y su aplicación, detalladamente y con gran extensión.

Ayudado por mi equipo editorial, Betty L. y Tom P. empecé a trabajar en este proyecto a principios de 1952. El borrador final circuló ampliamente entre nuestros amigos de la medicina y de la religión, así como también entre muchos miembros antiguos de A.A. Esta rigurosa revisión fue culminada por nada menos que Jack Alexander, quien añadió el toque editorial final. Para la distribución a los grupos publicamos nosotros mismos el volumen, y nuestro viejo amigo Gene Exman de Harper nos ofreció unas condiciones favorables para su distribución a las librerías por medio de su firma.

La acogida fue mucho mayor de la esperada; cerca de 50.000 ejemplares estaban en circulación en 1957. Se tiene la sensación general de que el libro ha profundizado en el significado de nuestros Doce Pasos tal como pueden aplicarse a los problemas individuales del diario acontecer, y que nuestras Doce Tradiciones pueden ahora comprenderse y utilizarse mejor en la orientación de la vida de nuestra comunidad.

Este nuevo libro fue otra muestra indudable y portentosa de que A.A. estaba próxima a su mayoría de edad. Para quienes trabajamos en los servicios de A.A., estos años de consolidación y esperanza serán recordados como los mejores que hemos conocido.

Al llegar el año de 1955 adquirimos la confianza de que Alcohólicos anónimos se encontraba en puerto seguro. Su futuro ya no ofrecía temores.

Todos aquí en San Luis saben que acabamos de publicar la segunda edición del libro *Alcohólicos Anónimos*. Muchos de ustedes ya lo tienen en su poder. Hoy, que celebramos el vigésimo aniversario de A.A., nos damos cuenta de que esta edición cuidadosamente revisada es apta para el futuro. El alcance y fuerza de su sección de casos personales se ha incrementado, pero por supuesto el antiguo texto del libro permanece invariable. Esta edición contiene una reseña interesante de lo que aconteció con los veintiocho autores que en 1939 escribieron las historias para la primera edición. Vemos que veintitrés de ellos lograron su recuperación total del alcoholismo. De éstos, quince nunca han tenido recaída. La duración de la sobriedad de estos veteranos varía de quince a diecinueve años. Esta demostración es una maravillosa inspiración para todos nosotros. Apoya la tesis de A.A. de que casi cualquier alcohólico que pueda trabajar continuamente en el programa de A.A. tiene más de un setenta por ciento de probabilidades de permanecer sobrio por el resto de su vida.

Ahora unas palabras finales. Casi todos los últimos quince años de mi vida se han dedicado a la formación de la Sede Central de A.A. Mi corazón todavía está allí, y allí continuará. Para mí, los servicios mundiales de A.A. tienen extrema importancia.

No hay palabras para expresar la gratitud que siento hacia mis asociados, la gente que ha hecho realmente este trabajo. Mi agradecimiento va hacia todos ustedes que han proporcionado a este trabajo de servicio mundial la atención y apoyo que hemos necesitado. Lois y yo también deseamos dejar constancia de nuestra gratitud especial a los 300.000 compradores del libro *Alcohólicos Anónimos*. Como se ha visto los ingresos del libro han hecho posible el funcionamiento de la Sede Central; pero más aún, sus regalías nos han permitido a Lois y a mí tener un hogar, donde hemos recibido la visita de más de 3.000 personas en estos últimos años.

A Lois y a mi se nos ha presentado el otoño de nuestras vidas. Para el bien de ustedes y el nuestro, creemos que no nos es debido continuar las intensas actividades de días pasados. Sentimos vislumbrar en nuestro horizonte una etapa de reflexión acerca de todo lo que nos ha sucedido. Tal vez podamos emprender la tarea de escribir más sobre las grandes experiencias del pasado de A.A., para que puedan guardarse permanentemente para el futuro. Creemos también, que debemos dedicarnos a tratar de

mejorar nosotros mismos. Como antiguos maestros en la escuela espiritual de A.A., vemos que miles de nuestros alumnos han logrado muchas mayores demostraciones personales que las nuestras. Por consiguiente, es el momento de que nosotros mismos nos pongamos a tratar de imitarlos.

Por supuesto siento una gran tristeza al no poder seguir perteneciendo al personal de trabajo de la Sede Central. Pero me regocija el hecho de que Alcohólicos Anónimos haya alcanzado su mayoría de edad, y que, a través de su gran Conferencia de Servicios y por la gracia de Dios, haya tomado en sus manos la responsabilidad de su propio destino.

DE LA CARTA CONSTITUTIVA DE LA CONFERENCIA...

“En todas sus actividades, la conferencia de Servicios Generales observará el espíritu de la Tradición de A.A., teniendo gran cuidado de que la Conferencia no se convierta jamás en un lugar de peligrosa riqueza o poder; que su criterio financiero sea contar con fondos suficientes para gastos de operación, más una reserva adecuada y prudente; que ninguno de los miembros de la conferencia se coloque nunca en una posición de completa autoridad sobre cualquiera de los otros; que todas las decisiones importantes se logren por discusión, votación y, siempre que sea posible, por substancial unanimidad; que ninguna acción de la conferencia sea personalmente punitiva o incitante a la controversia pública; que, si bien la conferencia debe actuar al servicio de Alcohólicos Anónimos, nunca ejecute un acto de gobierno; y que, como la Sociedad de Alcohólicos Anónimos a la cual sirve, la conferencia misma permanezca democrática en intención y acción”.

LOS PRINCIPIOS DE SERVICIO DE A.A.

(Como están expresados en las 12 Tradiciones y los 12 Pasos)

Cada grupo de A.A. tiene un solo objetivo – llevarle su mensaje al alcohólico que aún está sufriendo.

Todo grupo de A.A. debe mantenerse a sí mismo.

Alcohólicos Anónimos nunca tendrá carácter profesional.

A.A. como tal nunca debe ser organizada, pero podemos crear juntas de servicio o comités que sean directamente responsables ante aquellos a quienes sirven.

Nuestros líderes no son más que fieles servidores; no gobiernan. Tratamos de llevar este mensaje a los alcohólicos, y de practicar estos principios en todos nuestros actos.

Nota: Los principios tradicionales de servicio de A.A. enunciados arriba, han sido ampliados por Bill W. y forman parte del Manual de Servicios de A.A. y de los Doce Conceptos para Servicio Mundial.

III

DOMINGO A LAS CUATRO DE LA TARDE

La siguiente sección describe los puntos relevantes de la convención de San Luis y la culminación de los primeros veinte años de Alcohólicos Anónimos.

La conferencia de Servicios Generales de A.A. toma asiento en el escenario del auditorio. Bernard Smith, Presidente de la Junta de custodios de A.A., presenta a Bill, quien da lectura a la resolución por medio de la cual él y los miembros antiguos de A.A. entregan su tarea de dirección de veinte años a nuestra sociedad, representada por sus delegados elegidos para la conferencia.

Esta ceremonia continúa con las charlas finales de Lois y Bill, que marcan el final de una era y el comienzo de la etapa en la cual A.A. asume la plena responsabilidad de sus propios asuntos.

Bernard Smith: Declaro la Quinta Conferencia Anual de la Conferencia de Servicios Generales en sesión. Hemos completado en cuatro días todas las tareas que nos han sido encomendadas, excepto una que es la adopción de la resolución que autoriza a la conferencia de Servicios Generales para actuar en nombre de Alcohólicos Anónimos y para convertirse en sucesora de sus co-fundadores. Solamente esta Conferencia, con toda humildad, tiene el poder, dentro de los conceptos de A.A., para adoptar esta resolución, y sólo después de que se cuente con la evidencia de la aceptación por parte de todos los A.A., reunidos en esta Convención. Propongo, por consiguiente, solicitarle a Bill que lea esta resolución, luego pida a la Conferencia observar la acción resultante de la Convención, y una vez que la Convención haya actuado, yo le pediré a la Conferencia poner en efecto, dentro del cuerpo de sus principios y tradiciones, la acción tomada por la Convención. La Conferencia permanecerá reunida y se disolverá simultáneamente con la disolución de la Convención. Y ahora, Bill, tenga la bondad de leer la resolución, y luego, si lo cree conveniente, pida el parecer de la Convención, de manera tal que la Conferencia adopte una posición para actuar.

Bill: Estamos en el umbral de una decisión importante. Esta es una de las horas más solemnes que ha de vivir nuestra comunidad, porque nos disponemos a confirmar su estructura permanente.

Los A.A. somos dados en ocasiones a alardear de las virtudes de nuestra comunidad. Recordemos que ninguna de estas virtudes ha sido aprendida. Nos hemos visto forzados a ellas, desde el principio, por el cruel dominio del alcohol. Hemos adoptado estas actitudes, estas prácticas, esta estructura, no porque quisiéramos sino porque tuvimos que hacerlo. Y luego, a medida que el tiempo iba confirmando la aparente bondad de nuestros principios básicos, empezamos a conformarnos porque nos pareció correcto. Algunos de nosotros, y notablemente yo mismo, nos conformamos aun

con algunas reticencias. Pero finalmente, creo que hemos llegado a someternos de buena voluntad y a conformarnos permanente y gustosamente a los principios que la experiencia, por la gracia de Dios, nos ha enseñado.

Algunos de nosotros podemos pensar que, hablando estructuralmente, formamos una rara especie. Pero esto no es enteramente así. Nuestros principios de recuperación son prestados, como lo son la mayoría de nuestras ideas organizativas. En A.A. podemos ver muchos de los medios por los cuales los hombres y mujeres a través de los siglos han tratado de unirse, y cada una de estas técnicas de asociación tiene sus ventajas y sus desventajas.

Cuando llegamos por primera vez a A.A., observamos inicialmente una libertad personal mayor que en cualquiera otra sociedad conocida. No se nos puede obligar a hacer nada. En este sentido nuestra comunidad es una benigna anarquía. La palabra "anarquía" tiene un mal significado para la mayoría de nosotros, probablemente a causa de que uno de sus más excitables partidarios hace algún tiempo arrojó bombas en las cercanías de Chicago. Pero creo que el noble príncipe ruso que tan fuertemente abogó por la idea sentía que si se garantizaba a los hombres una libertad absoluta y no se les obligaba a obedecer a nadie en persona, entonces voluntariamente se asociarían para el interés común. Alcohólicos Anónimos es una asociación de esta clase benigna que el príncipe se imaginaba.

Esta clase de asociación entre nosotros es maravillosa, libre, simple y alegre. Hasta aquí muy bien. Pero hemos visto que esto no es suficiente. Cuando necesitamos entrar en acción para funcionar como grupo, observamos que teníamos que actuar como una democracia. A medida que los antiguos se iban retirando, empezamos a elegir a nuestros servidores por el voto de la mayoría. Cada grupo se volvió en este sentido una democracia en acción.

Como empezamos los servicios mundiales por primera vez, el Dr. Bob, y yo mismo y nuestros antiguos amigos fuimos nombrados entre nosotros mismos para guardar y custodiar esta comunidad. Asumimos por nuestra propia iniciativa la tarea de proporcionar tales servicios. No lo digo en forma irreverente o exagerada pero afirmo que nuestra forma de actuar de aquellos días fue una especie de papado con dos cabezas y un colegio de cardenales. Estructuralmente habíamos creado una jerarquía de servicio.

Pero hemos aprendido que tal jerarquía no puede flotar sola para siempre; en alguna forma debe conectarse con el gran mar de la democracia que la rodea. La Conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos está dispuesta ahora a proporcionar esa conexión permanente que tanto se necesita entre nuestra sociedad y sus Custodios. Pero nuestra conferencia será más que una mera conexión. Representará la conciencia de A.A. a escala universal, ante la cual nuestros Custodios empezarán a rendir cuentas a partir de este momento.

En A.A. está viva otra forma de asociación, una forma de la cual el mundo conserva grandes dudas todavía. Tiene sus virtudes, sin embargo, especialmente para Alcohólicos Anónimos. Me refiero a la dictadura. En A.A. tenemos dos dictadores y nosotros nos beneficiamos y aprendemos de ambos. El uno es el alcohol que nunca está muy lejos del alcance de nuestra mano. El otro es el Padre de las Luces que preside sobre todos los hombres. Dios nos dice permanentemente, "Conoce mi voluntad y llévala a cabo". Y el alcohol nos dice a cada uno de nosotros, "O haces la voluntad de Dios o daré cuenta de ti".

Tal vez sea algo totalmente nuevo que una sociedad tome prestadas tantas cosas de tantas formas de asociación humana. Pero claramente, hemos tomado prestadas ideas de la anarquía, la democracia, la república, la jerarquía y la dictadura. Tenemos la

esperanza de haber evitado las desventajas de cada una, y especialmente creemos haber heredado la mayor cantidad de ventajas de dichas formas de asociación.

Espero que la resolución que nos disponemos a adoptar sea la voluntad de Dios para nosotros. Voy a proponérsela a ustedes y a pedirles la votación verbal. Si están de acuerdo, si su conciencia les dice que esto es lo más adecuado de acuerdo con lo mejor de nuestro conocimiento y creencias, entonces la Conferencia de Servicios Generales y su jerarquía de servicios confirmarán su voluntad para todo el futuro de Alcohólicos Anónimos. Esta es la resolución:

“Nosotros, los miembros de la Convención del vigésimo Aniversario de Alcohólicos Anónimos, reunidos en San Luis en julio del año de 1955, consideramos que nuestra Comunidad ha llegado a su mayoría de edad y está en capacidad de tomar posesión completa y permanente de los Tres Legados de nuestro patrimonio en A.A., los Legados de Recuperación, Unidad y Servicio.

Creemos que la conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos, creada en 1951 por nuestros co-fundadores, el Dr. Bob y Bill W. y autorizada por los custodios de la Fundación Alcohólica, es ahora enteramente apta para asumir la protección de las Doce Tradiciones y para tomar la completa orientación y control del Servicio Mundial de nuestra Sociedad, como se estipula en el Manual del Tercer Legado de Servicio Mundial recientemente revisado por nuestro co-fundador Bill W. y la Junta de Servicios de Alcohólicos Anónimos.

También hemos escuchado con asentimiento la propuesta de Bill W. de que la Conferencia de Servicios Generales debe convertirse en permanente sucesora de los fundadores de Alcohólicos Anónimos, heredando de ellos todos sus deberes anteriores y responsabilidades especiales, evitando así en el futuro toda posibilidad de empeño en prestigio individual o autoridad personal, y proporcionando a nuestra Sociedad los medios para funcionar en forma permanente.

Por lo tanto se resuelve: Que la Conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos se convierta, a partir de la fecha, del 3 de julio de 1955, en la protectora de las Tradiciones de Alcohólicos Anónimos, la perpetuadora de los Servicios Mundiales de nuestra Sociedad, la voz de la conciencia de grupo de nuestra Comunidad en general, y la única sucesora de sus co-fundadores, el Dr. Bob y Bill.

Y se entiende: Que ni las Doce Tradiciones de Alcohólicos Anónimos ni las garantías expresadas en el Artículo XII de la Carta de la Conferencia serán cambiadas o corregidas por la conferencia de Servicios Generales sino mediante el previo consentimiento de todos los grupos de A.A. del mundo. Los grupos serán debidamente notificados sobre cualquier proyecto de cambio, y se les concederá un tiempo no menor de seis meses para considerarlo. Y antes de que la Conferencia tome cualquier acción al respecto, debe recibirse por escrito, dentro del plazo estipulado, el consentimiento de por lo menos las tres cuartas partes de todos los grupos registrados que den respuesta a la correspondiente proposición.

Y entendemos además: Que, como se estipula en el Artículo XII de la Carta de la Conferencia, la conferencia se compromete con la sociedad de Alcohólicos Anónimos por los siguientes medios:

Que en todas sus actividades, la Conferencia de Servicios Generales observará el espíritu de la Tradición de A.A., teniendo gran cuidado en que la conferencia no se convierta en un lugar de peligrosa riqueza o poder; que su criterio financiero sea contar con fondos suficientes para gastos de operación más una reserva adecuada y prudente; que ninguno de los miembros de la Conferencia se coloque nunca en una posición de completa autoridad sobre cualquiera de los otros; que todas las decisiones importantes

se logren por discusión, votación, y siempre que sea posible, por substancial unanimidad; que ninguna acción de la Conferencia sea personalmente punitiva o incitante a la controversia pública; que si bien la conferencia debe actuar al servicio de Alcohólicos Anónimos y tradicionalmente puede dirigir sus Servicios Mundiales, nunca promulgará leyes o reglamentaciones que comprometan a A.A. como un todo o a cualquier grupo de A.A. o a uno de sus miembros, ni ejecutará ningún acto de gobierno; y, que, como la Sociedad de Alcohólicos Anónimos a la cual sirve, la conferencia permanecerá siempre democrática en intención y en acción”.

Bernard Smith: Señores miembros de la Conferencia, ustedes han escuchado la resolución que autoriza a la conferencia de Servicios Generales para actuar en nombre de Alcohólicos Anónimos y para convertirse en sucesora de sus co-fundadores, en caso de ser aprobada por la sociedad de Alcohólicos Anónimos en la convención reunida este tercer día de julio. Voy a pedir ahora una moción para que la resolución, tal como fue leída por Bill, y una vez aprobada por esta Convención, sea adoptada por esta Conferencia y se incluya en las actas de esta reunión. ¿Alguien desea hacer la moción? (Se lleva a efecto). ¿Alguien desea secundarla? (La moción fue secundada). Por favor, las personas que estén de acuerdo digan “Sí”. (La moción fue aprobada unánimemente).

Bernard Smith: En las vidas de los hombres que han hecho impacto poderoso en la sociedad humana es frecuente encontrar una gran mujer, la esposa y colaboradora que ha proporcionado la inspiración y la devoción permanente en tiempos de triunfo y de fracaso, sin cuyo aporte el impacto del hombre nunca se hubiera efectuado. Para nosotros, Lois no es sólo una mujer de tales características como la esposa de Bill, sino ciertamente un símbolo para todos nosotros de la forma de vida de A.A.

Lois: Buenas tardes a todos. Deseo expresar aquí ante ustedes toda mi gratitud por esta gran ocasión, mi agradecimiento por haberme permitido compartirla. Es este compartir lo que hace que A.A. tenga la fuerza bienhechora que posee. A través de estos veinte años, que llegan hoy a su zenit en esta conmovedora Convención, ustedes han sido una inspiración no sólo para mí y para muchos otros como yo, sino que nos han dado prueba del poder del bien sobre el mal. Nos han dado una demostración de que las vidas, no importa el punto sórdido y bajo al que hayan llegado, pueden cambiarse, y que los hombres y mujeres a través de la gracia de Dios, pueden volverse a motivar para convertirse en fuerzas útiles y constructivas. Creo que todos estos milagros han tenido lugar porque los principios de A.A. coinciden con los más altos preceptos que conocemos, con las leyes fundamentales del universo. Estos principios nos enseñan la buena voluntad para permitir que Dios pueda actuar por medio de nosotros.

Estoy particularmente agradecida a A.A. por haberme mostrado a mí personalmente, y a todas las esposas y esposos de miembros de A.A., el camino hacia una vida mucho más útil y mejor. Desde el principio, el ejemplo de A.A. ha hecho que muchos de nosotros deseemos aplicar los Doce Pasos y tratemos de ayudar a otros como nosotros, que se encuentran frustrados y solitarios, para que hagan otro tanto.

En los últimos diez años el número de cónyuges de alcohólicos que comparten esta misma necesidad se ha incrementado en forma tan notoria que se ha hecho posible el agrupamiento para poder resolver mejor nuestros problemas de temor e inseguridad y para transmitir nuestra experiencia a otros que buscan nuestra ayuda. Los Grupos Familiares de Al-Anon son la respuesta espontánea a esa necesidad vital. En los Grupos Familiares hemos seguido la huella de ustedes los A.A. Admitimos también que nosotros somos impotentes ante el alcohol. Tratamos de dejar en sus manos la solución de sus propios problemas. Tratamos de evitar los regaños y los consejos, reconociendo la integridad de las vidas de ustedes tanto como las nuestras. Tratamos de hacer nuestros

propios inventarios, de admitir ante Dios y ante otro ser humano la naturaleza exacta de nuestras faltas. Hacemos restitución a aquellos a quienes hemos perjudicado. Buscamos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto consciente con Dios tal como lo entendemos, y tratamos de llevar este mensaje a otros. En los Grupos Familiares estamos tratando con lo mejor que esté a nuestro alcance de vivir con los principios que les han dado a ustedes tantos beneficios. Este esfuerzo por nuestra parte parece tener resultados favorables para ustedes los alcohólicos, tanto como para nosotros. Y como consecuencia muchos hogares deteriorados han regresado a la serenidad y la unidad y se han convertido en lugares agradables.

Como Bill les dijo a ustedes la noche anterior, en la época de la Convención Internacional de A.A. en Cleveland en 1950 había probablemente menos de 100 Grupos Familiares en existencia. Ahora hay aproximadamente 700 en el continente americano, y existen grupos en diez países extranjeros. No sólo hemos crecido en cantidad sino también, espero, en calidad. Nos sentimos orgullosos de tomar parte en esta gran Convención y tenemos la seguridad de que, el beneficio para los A.A. y para sus familiares, será inmenso. Les agradezco esta gran oportunidad para difundir su mensaje que nosotros hemos adoptado como propio.

Bernard Smith: Y ahora que esta gran oportunidad de nuestras vidas se acerca a su final, sólo existe un ser humano que pueda clausurar esta reunión. A este hombre y al Dr. Bob, quienes fundaron Alcohólicos Anónimos, estos tiempos y los que vengan reconocerán algún día tienen una deuda tan grande como la que tienen quienes hoy toman asiento en esta Convención. No puedo menos de pensar en aquellos incontables seres humanos que vivieron en los siglos precedentes y que se vieron abocados a la destrucción, la disolución y la muerte por el estigma del alcohol, debido a que en aquella época no vino a la escena un hombre llamado Bill. Demos gracias a la Providencia quienes hoy estamos aquí de que nuestra edad fue seleccionada para el privilegio de tenerlo entre nosotros. Aquí está.

Bill: Sospecho que algunos de ustedes se están preguntando si este gran evento va a cambiar la posición de Lois y yo respecto a ustedes. La respuesta creemos que es a la vez positiva y negativa. Examinemos esta pregunta.

¿No es verdad que la mayoría de nosotros fuimos víctimas de relaciones paternas defectuosas? No lo digo en forma peyorativa; pero ¿no es verdad para la mayoría de nosotros los alcohólicos que nuestros padres adoptaron una de las siguientes alternativas: o se retiraron demasiado pronto y nos dejaron sueltos antes de tiempo o por el contrario nos abrumaron y nunca nos dejaron llegar a la mayoría de edad? ¿Y cuando nosotros los alcohólicos contrajimos matrimonio, no fue debido a nuestra incapacidad el hecho de que forzamos nuestras esposas o nuestros esposos para que se convirtieran en nuestras madres o padres? Estas fueron relaciones paternas defectuosas, que siempre perjudicaron nuestro crecimiento y nuestra posibilidad de vivir en comunidad. Es por consiguiente, el deber de cada padre de familia decir cuando llegue el momento, "aquí está nuestra experiencia aglutinada en esta familia. Esta es su herencia. A ustedes corresponde multiplicarla o evaporarla. Se las entregamos. Salgan a buscar la vida. Nosotros permaneceremos aquí. Estamos dispuestos a ayudarlos cuando existan grandes dificultades. Pero ahora ustedes son los dueños de sus vidas. No podemos continuar decidiendo ni actuando por ustedes ni protegiéndolos. Lo único que podemos hacer es amarlos con todos nuestros corazones. El resto lo dejamos a Dios y a ustedes mismos". Cuando los padres dejan de hacer esto, casi inevitablemente están sembrando las semillas de la miseria.

Así Lois y yo, junto con muchos otros miembros antiguos de esta comunidad, estamos tratando de no permanecer demasiado tiempo. Ya desde 1948, estábamos pensando en esto. El Dr. Bob y yo escribimos en una ocasión un artículo en común en el **Grapevine** preguntando, “¿Por qué no podemos unirnos a A.A. también?”. Bien, éste es el día en que realmente nos unimos a A.A.

Supongo que cuando los hijos han crecido y declaran ser mayores de edad (no personas mayores, sino en edad de ser responsables) es adecuado que sus padres les den una o dos palabras de admonición junto con el abrazo final de despedida.

Los tres días que hemos pasado aquí juntos han alcanzado su clímax y se acercan a su final. Muy pronto estaremos deseándonos buena suerte cuando retornemos a las tareas que cada uno tiene destinadas. Desde esta hora, sabemos que la amada comunidad de Alcohólicos Anónimos puede grata y confiadamente aceptar el destino que dios tenga reservado para todos nosotros. No creo que haya alguien entre nosotros que presuma que Alcohólicos Anónimos necesariamente permanezca para siempre en su forma actual. Sólo podemos esperar que conducirá a mejores resultados para todos aquellos que sufren del alcoholismo; que las lecciones y ejemplos de nuestra experiencia pueden, en alguna medida, traer comodidad y seguridad al mundo confuso y sufrido que nos rodea. Este mundo en el cual tenemos el privilegio de vivir, en este tiempo excitante y peligroso, este siglo en el cual el renacimiento espiritual puede ser la única alternativa a la extinción.

Naturalmente, en el curso de los próximos años cometeremos errores. La experiencia nos ha enseñado que no necesitamos temer el cometerlos, siempre y cuando mantengamos nuestra buena voluntad para confesar nuestras faltas y para corregirlas rápidamente. Nuestro crecimiento como individuos ha dependido de este saludable proceso de ensayo y error. Así crecerá nuestra comunidad como tal. Recordemos siempre que cualquier sociedad de hombres y mujeres que no pueda corregir libremente sus propias faltas debe inevitablemente llegar a la decadencia o al colapso total. Tal es el castigo universal por no continuar creciendo. Así como cada uno de los A.A. debe continuar haciendo su inventario moral y actuando consecuentemente, así toda nuestra comunidad debe hacerlo si quiere sobrevivir y desea servir útil y eficientemente.

Tengo una gran fe de que nunca nos aferraremos y persistiremos en errores fatales; sin embargo podríamos hacerlo puesto que somos seres humanos falibles. Esta es el área en la vida futura de A.A. donde nunca exageraremos en ser prudentes o vigilantes. No supongamos, por el hecho de que A.A. como tal nunca ha tenido un problema de gravedad que nunca podrá presentarse. Si una dificultad así llegara a sobrevivir, me siento seguro de que estará centrada alrededor del falso orgullo o la ira, los dos defectos más destructivos que tenemos los alcohólicos.

Como sociedad nunca debemos envanecernos a tal punto de suponer que hemos sido los autores o inventores de una nueva religión. Humildemente reflexionaremos que cada uno de los principios de A.A., cada uno de ellos, ha sido tomado de fuentes antiguas. Debemos recordar que somos laicos, que nos mantenemos en disposición para cooperar con los hombres de buena voluntad, sin importarnos su credo o nacionalidad.¹

1 Hablando en nombre del Dr. Bob y el mí propio, me gustaría decir que no ha existido la más remota intención por nuestra parte, de tratar de fundar una nueva denominación religiosa. El Dr. Bob mantenía ciertas convicciones religiosas, lo mismo que yo. Esto es por supuesto, privilegio personal de cada uno de los miembros de A.A.

Nada, sin embargo, podría ser tan infortunado para el futuro de A.A. como tratar de incorporar algunos de nuestros puntos de vista teológicos personales en la enseñanza, práctica o tradición de

Entonces, también sería un producto de falso orgullo el creer que Alcohólicos Anónimos es un curallotodo, aun para el alcoholismo. Debemos recordar nuestra deuda con la medicina. Aquí debemos ser amistosos y, sobre todo, tener una mente abierta hacia todos los nuevos desarrollos en los campos médicos o psiquiátricos que prometan ayuda para la gente enferma. Siempre debemos tener relaciones cordiales con aquellas personas que se encuentren en los campos de la investigación, la rehabilitación y la educación sobre el alcoholismo. No debemos apoyar a nadie en especial sino mantenernos en disponibilidad para cooperar hasta donde nos sea posible con todos ellos. Recordemos constantemente que los expertos en la religión son los clérigos; que práctica de la medicina es tarea reservada a los médicos, y que nosotros, como alcohólicos recuperados, somos únicamente sus colaboradores.

Hay quienes predicán que Alcohólicos Anónimos podría volverse una nueva punta de lanza para un despertar espiritual en todo el mundo. Al decir esto nuestros amigos son a la vez generosos y sinceros. Pero nosotros en A.A. debemos reflexionar que tal tributo y tal preferencia podría ser una amarga bebida para todos nosotros, esto es, si llegamos a convencernos que el propósito real de A.A. es una tarea espiritual, y comenzamos a comportarnos consecuentemente. Nuestra sociedad, por consiguiente, deberá ajustarse prudentemente a su único propósito cual es el de llevar el mensaje al alcohólico que aún sufre. Tratemos^{28/VII} de resistir a la orgullosa idea de que si Dios nos ha permitido el éxito en una determinada área, por ello estamos destinados a convertirnos en un canal de gracia salvadora para todos.

Por otro lado, nunca debemos convertirnos en corporación cerrada. No neguemos nuestra experiencia cuando sea útil o valiosa para el mundo que nos rodea. Permitamos a nuestros miembros que en forma individual atiendan el llamado de cada uno de los campos de la actividad humana. Dejémoslos transmitir la experiencia y el espíritu de A.A. en todos estos asuntos, siempre que exista un bien que pueda cumplirse. Porque no solamente Dios nos salvó del alcoholismo sino que el mundo nos ha recibido de nuevo en su seno. Y puesto que creemos en paradojas, debemos darnos cuenta de que mientras la sociedad de Alcohólicos Anónimos como tal tienda en mayor medida a manejar sus propios asuntos y preocuparse por sus propias actividades, mayor será nuestra influencia general, menor oposición encontraremos y más amplio será el círculo en el cual nuestra comunidad podrá moverse para gozar de la confianza y el respeto de todos los hombres.

Habiendo examinado los peligros del orgullo, demos una somera mirada a la forma como la ira, aun aquella indignación bienintencionada, puede perjudicarnos. Supongo que dentro de A.A. siempre estaremos disputando. Principalmente, creo yo, nuestros debates se efectuarán acerca de la forma como podremos llevar el bien a un mayor número de bebedores. Es probable que tengamos discusiones infantiles sobre pequeñas dificultades de dinero o quién va a coordinar el grupo durante los próximos

A.A. Si el Dr. Bob estuviera todavía con nosotros, tengo la seguridad de que estaría de acuerdo en que nunca podríamos ser demasiado enfáticos a este respecto.

^{28/VII} AQUELLOS QUE AUN SUFREN.

Los grupos de A.A. existen para ayudar a los alcohólicos a alcanzar la sobriedad. Grande o pequeño, firmemente establecido o recientemente formado, de oradores, de discusión o de estudio, cada grupo tiene solamente una razón de ser: llevar el mensaje al alcohólico que aún sufre. El grupo existe para que el alcohólico pueda encontrar una nueva manera de vida, una vida abundante de felicidad, de alegría y libertad. Para recuperarse, la mayoría de los alcohólicos necesitan el apoyo de un grupo de otros alcohólicos quienes comparten su experiencia, fortaleza y esperanza. Así, mi sobriedad y la supervivencia del programa dependen de mi determinación a poner primero lo primero.

REFLEXIONES DIARIAS – 28 de Julio.-

seis meses. Cualquier puñado de niños en crecimiento (y esto es lo que somos) haría una cosa similar y esto se ajustaría a su carácter. Tales son los dolores de crecimiento de la infancia, y actualmente estamos pasando por ellos. El remontar y solucionar estos problemas en la escuela de vida de A.A., es un saludable ejercicio.

Pero hay, sin embargo, algunas áreas donde la ira y la contención podrían hacernos fracasar. Sabemos esto porque sociedades mucho más fuertes que la nuestra se han deshecho. Todo el mundo moderno está en realidad dividiéndose como nunca antes a causa de desavenencias políticas y religiosas; porque los hombres persiguen ciegamente la riqueza, la fama, el poder personal sin tener en cuenta las consecuencias resultantes, aún para ellos mismos. Estas son las tendencias destructivas que inevitablemente son disfrazadas por la autojustificación, y en sus desastrosas colisiones son siempre dirigidas por la indignación bien intencionada, luego por una ira irrazonable y finalmente por la furia ciega.

Con la más afectuosa gratitud puedo informar que nunca hemos tenido que soportar este tipo de dificultades en A.A. En todos estos veinte maravillosos años nunca nos ha tocado la disensión religiosa o política. Son muy pocos los que han tratado de explotar el nombre de A.A. con propósitos de riqueza o poder personal. Hemos tenido grandes problemas, es cierto, pero siempre han sido resueltos. Nunca hemos tenido una división que no hubiéramos podido curar. Pero, repito, ésta no es una virtud aprendida por nosotros. Muchos de nosotros en nuestros días de bebedores hemos sufrido los terribles castigos del orgullo y la ira como para olvidarlos ahora. Estas penas han sido el comienzo de alguna sabiduría que, desde entonces, hemos incorporado a nuestras Doce Tradiciones. Por consiguiente, siento la confianza de que estas fuerzas de destrucción nunca prevalecerán entre nosotros. Estamos preparados para pagar el precio de la paz. Haremos ^{27/VII} todos los sacrificios personales necesarios para asegurar la unidad de Alcohólicos Anónimos. Y lo hacemos porque hemos aprendido a amar a Dios y a nuestros semejantes.

Así como estas reuniones empezaron con un tema de gratitud, así debieran terminar. Le damos gracias a nuestro Padre Celestial quien, a través de tantos amigos y tantos medios y formas distintos, nos ha permitido construir este maravilloso edificio del Espíritu en el cual ahora vivimos. Parece como si El nos hubiera dirigido para construir esta catedral cuyos cimientos reposan en todas las esquinas de la tierra. En su enorme edificación 200.000 de nosotros somos sostenidos en paz, y desde hace tiempo hemos inscrito en ella nuestros Doce Pasos de Recuperación. Los más antiguos de entre nosotros hemos visto alzarse los muros laterales de esta catedral, y uno a uno se han ido colocando los grandes capiteles de la Tradición de A.A. para contenernos en la unidad durante tanto tiempo como Dios tenga dispuesto. Y ahora, nuestros ansiosos corazones han alzado la torre de esta catedral y la han colocado en su lugar. Esta torre lleva el nombre de Servicio. ¡Que siempre señale hacia arriba!. ¡Hacia Dios!.

^{27/VII} DAR LIBREMENTE

Ser automantenido por mis propias contribuciones nunca era uno de mis puntos fuertes durante mis días de alcohólico activo. Dar tiempo o dinero siempre tenía que llevar una etiqueta con precio.- Como recién llegado se me dijo que “tenemos que darlo para mantenerlo”. Cuando empecé a adoptar los principios de Alcohólicos Anónimos en mi vida, muy pronto me di cuenta de que es un privilegio dar a la Comunidad como una expresión de la gratitud sentida en mi corazón. Mi amor a Dios y a otros se convirtió en el factor motivador de mi vida, sin ningún pensamiento de recompensa. Ahora me doy cuenta de que dar libremente es la manera en que Dios se expresa a través de mí.-

REFLEXIONES DIARIAS – 27 de Julio.-

IV

ALCOHOLICOS ANÓNIMOS VISTO POR LA MEDICINA

Sin sus amigos de la medicina, Alcohólicos Anónimos nunca hubiera nacido. De la profesión médica fue de donde aprendió A.A. la naturaleza física y emocional de nuestra enfermedad. En la actualidad miles de médicos en todo el mundo están trabajando en estrecha cooperación con nosotros.

En la siguiente sección presentamos a dos de estos amigos médicos, quienes gratuitamente nos dieron su más caluroso apoyo en la celebración del vigésimo aniversario de A.A. en San Luis, julio de 1955.

Reproducimos aquí el acta de la mesa redonda médica en la Convención. La primera alocución fue dada por el Dr. W. W. Bauer de la Asociación Médica Norteamericana. A ésta siguió una conferencia leída por el Dr. Harry M. Tiebout, el primer amigo de A.A. en la profesión de la psiquiatría. Ambos médicos expresaron su punto de vista sobre Alcohólicos Anónimos y nos dijeron cómo estaban cooperando con nosotros y cómo ha influido A.A. en sus propias creencias y prácticas. Esta sesión se abrió bajo la presidencia de un miembro A.A., el Dr. Clarence P.

Presidente A.A., Dr. Clarence P.: Es sobrecogedor para mí el ser trasladado de una pequeña población de 9.000 habitantes a un auditorio como este. Y me abruma el ser presentado simultáneamente con los talentos que tenemos aquí esta mañana.

Ustedes me han hecho un gran honor al permitirme actuar como coordinador. Mi intención es conducir esta reunión en forma puramente médica. Dispensaremos todas las formalidades y entraremos directamente al tema de la medicina y A.A.

En primer lugar, tenemos con nosotros esta mañana al más grande de los miembros vivientes de A.A., quien humildemente ha rechazado un título de doctor Honoris Causa en Leyes. Me parece que fue una acertada decisión. Yo solamente daré gracias a Dios por habernos dado esta oportunidad y por habernos permitido conocerlo. No existen palabras para describir nuestros sentimientos hacia Bill.

Bill: Yo sé que todos ustedes sienten que esta es una reunión muy significativa, en una ocasión muy significativa. Porque trata de nuestras relaciones con los hombres de la medicina. A.A. puede asimilarse a un templo sostenido en tres pilares: el uno es la religión, el otro la medicina y el tercero nuestra propia experiencia como gente que ha sufrido del alcoholismo. La medicina en sus amplios aspectos incluye la ciencia de la mente y su efecto sobre el cuerpo, tanto como el efecto de la enfermedad física sobre la mente. En nuestros dos distinguidos invitados, el Dr. Bauer y el Dr. Tiebout, tenemos personas verdaderamente expertas en cada una de estas modalidades.

Sería una lástima si Alcohólicos Anónimos llegara a pensar que tiene un monopolio en la curación de los bebedores. Creo que debemos estimular todas las

investigaciones en este campo, bien sea que conciernan a la mente o al cuerpo. Individualmente debemos asociarnos frecuentemente con tales actividades.

Nosotros los bebedores somos campeones en fabricar excusas y argumentos. Es tarea del psiquiatra buscar detrás de nuestras excusas para hallar las causas más profundas de nuestra conducta. A pesar de no tener instrucción en la psiquiatría, podemos, después de algún tiempo en A.A., ver que nuestros motivos no han sido los que pensábamos y que fueron causados por fuerzas desconocidas para nosotros. Por consiguiente debemos buscar, con el más profundo respeto, interés y beneficio, los descubrimientos de la psiquiatría, recordando que hasta ahora los psiquiatras han sido mucho más tolerantes con nosotros que nosotros con ellos. Así les damos gracias por la leal amistad y continuado apoyo que nos han dado en todas las especialidades de su profesión. Tratándose del practicante general o el especialista en la química del cuerpo, todos sus descubrimientos debemos usarlos como individuos. Naturalmente que como movimiento nunca debemos presumir de introducirnos en la ciencia médica. La práctica de la medicina está reservada a los médicos; la enseñanza de la religión formal es tarea de los clérigos. Por consiguiente cumplamos modestamente nuestro papel; y convirtámonos en el eslabón, ese eslabón que estuvo perdido durante tanto tiempo. Y demos gracias a Dios porque hay personas como el Dr. Bauer y el Dr. Tiebout.

Coordinador: En el programa de esta mañana he delegado algunas de mis propias responsabilidades. He tenido el placer de encontrarme con el Dr. Earle M. de San Francisco. Aunque no lo conocía anteriormente sino a través de alguna correspondencia que he tenido con él, siento como si lo conociera desde hace muchos años. Voy a pedirle el favor de actuar como presidente para presentar a nuestro próximo orador. Permítanme presentarles al Dr. Earle M.

Dr. Earle M.: Compañeros miembros de Alcohólicos Anónimos y distinguidos invitados: Voy a ser breve. Somos muy afortunados de contar entre nosotros con un hombre del calibre de quien van ustedes a escuchar. Es una persona que tiene una excelente posición en la Asociación Médica Americana. Alguien que nos lleva, a ustedes y a mí, muy dentro de su corazón. No podríamos contar con un mejor aliado que el siguiente orador para confirmar y fortalecer la ya creciente amistad de A.A. y la profesión médica. Es un profundo placer y un gran honor presentarles a mi jefe, este amigo mío y de ustedes, el Dr. W. W. Bauer.

Dr. W. W. Bauer: Gracias, doctor, por su amable presentación. Quiero asegurarles que yo no soy jefe de nadie; soy solamente uno de los empleados de la Asociación Médica Norteamericana, o tal vez podría decir que soy un altoparlante ambulante. Creo que mi status en esa Asociación fue muy bien expresado un día en la reunión anual en Atlantic City, cuando alguien me preguntó en qué hotel estaba alojado. Cuando yo mencioné el nombre de dicho hotel, me respondió, “Ah, usted no está alojado en los hoteles tales y tales donde se encuentran las cabezas; a usted lo mandaron donde están los hombros”.

Como altoparlante ambulante, he tenido innumerables auditorios. Uno de mis colaboradores me dijo no hace mucho que ha pronunciado más de mil discursos, lo cual es un magnífico tributo a la paciencia del pueblo americano. Ordinariamente no tengo que esforzarme para hablar. Pero tuve una invitación hace un año, cuando la Asociación Médica se reunió en San Francisco, para dirigirme a una reunión abierta de A.A. en la zona central de aquella ciudad, y debo admitir que nunca he sufrido mayor temblor en toda mi vida que en vísperas de aquella reunión porque no veía ninguna buena razón por la cual yo debería presentarme allí a hablar ante ustedes los A.A.

Recordé al joven rector de la Iglesia Episcopal a la cual pertenezco. Fue consagrado Obispo, lo cual, por supuesto, fue un gran evento en la vida de aquel joven clérigo episcopal. Después de la solemne ceremonia de consagración hubo un banquete, y la mesa principal se colocó sobre una plataforma para que todos pudiéramos ver al nuevo Obispo. Previamente a su presentación hubo algunas alabanzas y cuando llegó su turno para responder dijo, “Me siento como aquel caballero ligeramente ebrio en una noche de luna, que caminó hasta la mitad de un puente, miró abajo hacia el agua y al ver la luna reflejada allí movió su cabeza y se dijo, “¿Cómo diablos me trepé hasta este punto?”.

Ya no me siento tan temeroso en esta ocasión porque aquella audiencia de A.A. probó ser como todas las demás; muy considerada y amable con el orador; me escuchó con cortesía y después tuvieron la suficiente amabilidad de decir que les había gustado mi intervención. Pero la razón por la cual me siento mucho más en confianza en esta oportunidad se debe a lo que le sucedió a mi esposa, quien me acompañaba en aquella ocasión. Después de la reunión nos detuvimos a conversar con un grupo de aquellos A.A., y cuando estábamos charlando un caballero se unió al grupo y fue presentado a todos nosotros. Cuando vio a mi esposa la miró cordialmente y le dijo, “¿Dónde has estado? Hace ya dos años desde que te vi en una reunión”. Esto fue particularmente cómico porque mi esposa es prácticamente abstemia.

Mi experiencia con A.A. retrocede a los días en que acostumbraba transmitir programas de radio en la cadena NBC semanalmente, y tuve el privilegio de emitir un programa bajo la orientación y dirección de uno de sus miembros del área de Chicago. Desde aquel tiempo empecé a entender un poco de qué se trataba Alcohólicos Anónimos. Por supuesto, una persona como yo no podrá entenderlo plenamente. No soy siquiatra como el Dr. Tiebout, de suerte que mi conocimiento empírico es sólo el de un practicante. No soy miembro de A.A. y por lo tanto no tengo los antecedentes de experiencia que ustedes tienen y afirmo con toda seriedad que me siento muy humilde en esta posición ante un grupo de gente como ustedes.

Todo lo que puedo hacer es tratar de expresarles el sentimiento de la profesión médica. Un sentimiento que ha estado creciendo permanentemente a través de la vida de su organización y el cual, creo yo, puede ahora decirse que está totalmente cristalizado; es el sentimiento de que A.A. tiene una parte muy grande e importante en las respuestas que ahora poseemos para el problema del alcoholismo.

Sabemos, por supuesto, que el alcohólico es una persona enferma. Esto es una frase muy simple. Hoy en día es una frase que es aceptada amplia y generalmente. Y sin embargo ustedes y yo sabemos que no hace mucho tiempo el alcohólico era mirado como una molestia, una peste, una persona a la que podíamos despreciar si así lo deseábamos. Era mirado como un ser degenerado y como una molestia, una peste, una persona a la que podíamos despreciar si así lo deseábamos. Era mirado como un ser degenerado y como un inútil. Hoy en día sabemos que es un individuo enfermo, y que está enfermo en un área en la cual nuestra comprensión es tal vez la menor que existe en la medicina, es decir, la enfermedad de las emociones.

Estamos hoy en día algunos aspectos en la misma posición respecto a la enfermedad emocional en que estábamos hace cincuenta años respecto a la tuberculosis. Mi memoria no llega tan atrás. Hace solamente treinta y nueve años que salí de la facultad de medicina, pero por literatura anterior sé que en la mente de muchas personas persistía la idea de que la tuberculosis, una enfermedad infecciosa que ataca a las personas sin que exista culpa por parte de ellas, era una desgracia. Las familias escondían frecuentemente a la persona tuberculosa, así como hoy en día esconden al

alcohólico. Puedo recordar muy bien, así como todos los médicos que están en esta reunión, cuando teníamos las mismas actitudes respecto al cáncer. El cáncer era visto como un estigma, como una maldición, algo para esconderse porque tal vez se reflejaba sobre toda la familia. Hoy en día sabemos que el cáncer es una calamidad y estamos empezando a darnos cuenta de que debemos adoptar, respecto a las enfermedades mentales y emocionales, la misma actitud que hemos adoptado penosa y lentamente hacia la tuberculosis y el cáncer. La enfermedad de las emociones ya no es algo de lo cual debemos avergonzarnos más que de cualquier otra enfermedad del cuerpo. Ya no deberíamos vacilar para consultar al psiquiatra, excepto por la escasez de estos especialistas, de la misma forma que no vacilamos para consultar un ortopedista cuando tenemos un pie fracturado.

Hay mucho qué ver en las actitudes. Una estrella de cine de épocas pasadas. Clara Bow, dijo en cierta oportunidad que si ella decía que le dolían los pies obtenía la comprensión de todos, pero si decía, “¡Mis pies me están matando!” se reían de ella. Todo es cuestión de actitudes y debemos aprender a consultar al psiquiatra con la misma actitud que vamos donde cualquier otro especialista, sin sensaciones de vergüenza, sin creer que se trata de un estigma. Hay algunas frases que los médicos se ven obligados a usar que debemos aprender, comprender, aceptar y compensar.

Hemos aprendido en la medicina, y el público en general va a tener que aprenderlo, que existen tremendas diferencias individuales entre las personas. Diferencias en la resistencia física, por ejemplo. Algunas personas se cansan más fácilmente que otras. Algunas personas son víctimas de la infección más fácilmente que otras a causa de diferencias en su metabolismo. Existen marcadas diferencias, como ustedes saben, en la inteligencia de las personas. Y también debemos aprender a reconocer que existen diferencias en la estabilidad emocional. Hay personas que pueden soportar más penalidades que otras. El tener paciencia para tolerar estas dificultades es generalmente visto como una virtud y así es; realmente es maravilloso si uno la tiene. El valor también es algo admirable, y aun eminentes soldados y líderes militares al serles preguntado si han tenido miedo en las batallas responden, si son honrados, que usualmente lo han tenido. La respuesta ha sido, “Naturalmente que siempre tengo miedo en las batallas. Sería un loco si no lo tuviera. En las batallas siempre hay peligro”.

Nosotros también debemos aprender que hay situaciones de batalla para nosotros, en las cuales debemos tener miedo, miedo que será más fuerte en unas personas que en otras. No es para ufanarme que yo, como individuo, no me sienta tentado por el alcohol. Yo tengo mis propias tentaciones. Tengo la tentación del tabaco y de la comida, y existe tanta intemperancia en ceder a estas tentaciones como la que existe en ceder a la tentación que para ustedes y muchos otros ha sido o es el alcohol.

Por ello en la profesión médica agradecemos el tener esta asociación y colaboración con ustedes. Necesitamos colaborar con ustedes, así como ustedes lo necesitan con nosotros, para resolver este problema del alcoholismo. Hemos aprendido, por ejemplo, como ustedes, que la terapia de grupo es muy valiosa en ciertas situaciones. Supongo que la primera indicación de la terapia de grupo en medicina, por lo menos en la medicina moderna, fueron las reuniones de futuras madres, donde estas señoras expectantes se reunían para aprender lo que les estaba sucediendo y encontrar el por qué y el cómo actuar en determinada forma a ese respecto.

Luego se difundió la idea y un doctor muy valiente, de quien se hizo casi el ridículo en la profesión, decidió que no había ninguna razón por la cual los hombres no debieran aprender a preparar un biberón o a cambiar un pañal. Entonces hubo clases para futuros padres. Y así se vio que la terapia de grupo era un factor poderoso en el

campo de la salud emocional y mental. En algunas de nuestras instituciones mentales se utiliza la actuación de teatro, para permitir a la gente que exprese su hostilidad latente, si no en forma constructiva, por lo menos en forma inocua.

Hemos, inclusive, aplicado la terapia de grupo a una de nuestras más grandes tentaciones, el área de la comida, y se ha sugerido seriamente que se organicen los “Obesos Anónimos” o algo por el estilo. No me gustaría ver que A.A. fuera copiado frecuentemente, y mucho menos respecto a problemas de inferior trascendencia. Pero el hecho es que la gente con exceso de kilos puede llevar una dieta más agradablemente en grupo que en forma solitaria. Noté en uno de sus boletines algo acerca de un miembro solitario, y puedo imaginarme que es mucho más difícil para los miembros solitarios que para aquellos que asisten a los grupos, porque los miembros solitarios no tienen el apoyo directo ni la comprensión de otros que conocen cuál es su problema.

En medicina, hemos aprendido una gran cantidad acerca del tratamiento físico del alcohólico. Sabemos acerca de la nutrición, la importancia de una dieta bien balanceada con vitaminas y minerales. No las consideramos curaciones del alcoholismo porque ya no suponemos que la carencia de vitaminas sea la causa del alcoholismo. Esta es una posición demasiado simplista. Pero sabemos que estas cosas son necesarias en el tratamiento y la rehabilitación médica del alcohólico. Sabemos también que han fallado varios tipos de desintoxicación y otras formas de terapia. No son suficientes en sí mismas. Necesitamos algo más.

Sabemos también que la exhortación religiosa ha fracasado, como los consejos de personas que no tienen idea del problema, que simplifican demasiado, gente que supone que el alcohólico es una persona perpetuamente sedienta con una fiera ansiedad por el alcohol, gente que no sabe que muchos alcohólicos odian el alcohol peor que un veneno cuando están sobrios, porque saben perfectamente que es un veneno.

Hemos aprendido la inutilidad que tienen las promesas a largo plazo, porque son muy difíciles de mantener. Y ustedes nos han enseñado todas estas cosas, mucho más que cualquier otro grupo que yo conozca. Tengo muchos amigos en A.A. Sospecho que tengo más amigos en A.A. de los que yo mismo sé, puesto que tal vez algunos de mis amigos no me han contado que pertenecen a esta comunidad. Puedo recordar que, después de algunas de las presentaciones por radio que hice, fui detenido en las calles de la ciudad donde vivo, cerca a Chicago, por gentes que yo había conocido durante muchos años, que me expresaron su agradecimiento por los programas. Me sorprendí con ello, pero a medida que fue pasando el tiempo fue menor mi sorpresa cuando vi la efectividad del trabajo de ustedes. Conocía a un hombre de gran talento, íntimo amigo mío, que trabajaba en una profesión creativa que no voy a identificar porque posiblemente con ello identifique a la persona, un hombre que estaba prácticamente en los umbrales del genio. Vi cómo el alcohol insidiosamente se involucró en su carrera, en sus relaciones con su familia e hijos, en su posición dentro de la comunidad. Vi a su esposa protegiéndolo. Vi cuando ella describía sus frecuentes enfermedades, las cuales gradualmente empezamos a verlas como tales, aunque no de la clase que ella quería hacernos creer; lo vi casi a punto de perder su trabajo, y lo vi cuando lo despidieron; luego lo vi en su derrota total. Vi cuando dejó caer sus brazos disiento, “Yo no puedo lograrlo por mí mismo. Necesito encontrar alguna ayuda”. Y con la ayuda espiritual de su amigo religioso y de A.A., he visto a este hombre retornar a una posición de comando profesional, y veo a este hombre tan sobrio, tan brillante y despejado hoy en día como cualquier persona en este auditorio. Tengo fe en que va a continuar en esa forma. Este es uno solamente de un gran número de personas que he visto, y que otros doctores también han visto.

Así más y más estamos empezando a darnos cuenta que ustedes tienen en sus principios (derrota, humildad, búsqueda de la orientación divina, sobriedad cotidiana, y sobre todo anonimato) la seguridad de que nadie va a volverse famoso como líder de Alcohólicos Anónimos. Estos principios son todos de importancia vital. Ustedes que han visto lo que el alcohol puede hacer en sus vidas están trabajando unidos en grupo se individualmente, y están causando una impresión mayor sobre el problema del alcohol de lo que nunca había sido logrado. Necesitamos esa impresión en este mundo actual, mundo en el cual domina el temor.

El alcoholismo es un escape. ¿Pero de qué? Pues de las situaciones intolerables en su propia vida, y el mundo entero es una situación intolerable hoy en día. No es de maravillarnos que el alcoholismo continúe creciendo. No sólo por eso, sino porque estamos en una situación social en que las tentaciones alcohólicas nos rodean por todas partes. Supongo que esta es la única convención, exceptuando tal vez las convenciones estrictamente religiosas (y no todas ellas), en que no se consume licor. No sé si ustedes obtengan buena acogida en ciudades de convención. Realmente ustedes no le hacen un gran favor al negocio de bares y similares.

Gentes que, cuando yo era niño, se hubieran visto mortificadas con alguien que bebiera una copa están ahora sirviendo socialmente bebidas en sus casas. Nuestros hijos están siendo educados en un medio ambiente tremendamente alcohólico. Por medio de carteles, por la radio y la televisión, en todas las formas de publicidad, se glorifican las cualidades de las bebidas alcohólicas. Juntemos estos dos factores, un mundo que vive bajo la dominación del temor y un mundo lleno de alcohol y de sugerencia alcohólica, y podremos ver la importancia de que la gente se dé cuenta de lo que es realmente el alcoholismo: una enfermedad emocional profundamente arraigada que debe tratarse de acuerdo con los principios psicosomáticos. La palabra psicosomático significa simplemente cuerpo y alma. Escuchamos muchas cosas en estos días acerca de la medicina psicosomática, pero permítanme decirles que cualquier médico que realmente mereciera ese nombre, desde los albores de la humanidad hasta los días presentes, ha practicado la medicina psicosomática.

Sir William Osler dijo, "No es tan importante saber qué enfermedad tiene el paciente, como saber qué paciente tiene la enfermedad". Esta es una de las cosas que ustedes los A.A. han sacado nuevamente a la luz.

Por ello he venido ante ustedes con un gran sentido de agradecimiento por haberme invitado. Vine, como he dicho, para presentarme ante ustedes humildemente y admirar los grandes resultados obtenidos, y para decirles que nosotros, los de la profesión médica, tenemos la confianza de que tales resultados crecerán más y en forma más importante a medida que el tiempo transcurra, porque ustedes se han colocado en el camino ascendente. Además han tendido y siguen tendiendo la mano bondadosa para ayudar a aquellos que lo necesitan.

Yo no soy psiquiatra, pero tengo fe al decirles, como la he tenido al decir a miles de pacientes, que el factor más importante que hoy necesitamos es la tranquilidad de la mente. A esto se le han dado muchos nombres. Se han vuelto populares algunos libros que tratan de este tema. Algunos lo llaman el poder del pensamiento positivo, otros paz mental, otros más paz del alma, pero me inclino a tomar partido al lado de Billy Graham para llamarlo paz con Dios. Estas son las cosas que necesitamos. Y una organización como la de ustedes, en un mundo que parece haberse vuelto loco en forma materialista, nos da el valor para creer que todavía hay esperanzas, que existe el idealismo y que vamos a tener éxito sobre muchos, muchos de nuestros problemas, de los cuales uno de los más serios es el alcoholismo.

Presidente: Yo practico todos los oficios sin profundizar en ninguno, y por lo tanto soy un médico general. Pertenezco a la Academia Americana de Práctica General, que tiene su sede aquí en San Luis. (Y perdónenme esta cuña).

A.A. en sus primeros días fue apoyado por tres médicos eminentes. Ustedes han oído a Bill mencionar al Dr. Silkworth. Todos nosotros conocemos a nuestro amigo Harry Tiebout, y quisiera en esta ocasión mencionar al Dr. G. Kirby Collier del Estado de Nueva York, por cuya mediación se invitó a Bill W. a dirigirse ante la Asociación Psiquiátrica Norteamericana, ocasión en la cual leyó esa maravillosa ponencia, "La Medicina Mira a Alcohólicos Anónimos", que constituyó un hito en la historia médica. Por ello en esta ocasión me gustaría pagarle un tributo especial a G. Kirby Collier, quien nos dejó, por voluntad divina, hace un año aproximadamente. El Dr. Silkworth, el Dr. Tiebout, y el Dr. Collier fueron grandes colaboradores de A.A. durante sus años de formación, y nunca podremos expresar suficientemente nuestro sentimiento por aquellas tres personas.

El siguiente orador es, en mi opinión, un gran médico. Ante todo es un doctor en medicina, pero luego se especializó en la rama especial llamada psiquiatría. Ha escrito muchos artículos inspirativos, y yo quisiera llamar su atención sobre el más reciente, "El Factor del Ego en la Derrota Alcohólica". En nuestro grupo de Rochester tuvimos copias de este artículo que circularon entre los miembros. Creemos que ésta es una de las piezas más formidables que se han escrito en los últimos años. Por supuesto, todos los alcohólicos padecemos de este ego que el Dr. Tiebout describe tan efectivamente.

Es un gran placer para mí el presentarles a un antiguo amigo de Bill, un gran amigo de A.A., un magnífico médico, científico e investigador, el Dr. Harry Tiebout de Greenwich, Connecticut.

Dr. Harry M. Tiebout: En circunstancias ordinarias, yo le daría las gracias a la persona que me presentó por sus amables frases, pero durante años he estado enseñando la necesidad de la reducción del ego, y no me siento seguro de que mi ego haya quedado lo suficientemente reducido por esta cordial presentación.

Cuando me llegó la invitación para hablar ante este grupo respondí inmediatamente que sí concurriría. Durante muchos años, como todos ustedes saben, he estado asociado con A.A., y todas las experiencias que había tenido se presentaron repentinamente a mi memoria. Por consiguiente tenía tanto que decir que no sabía por dónde empezar. Por lo tanto, con su permiso, voy a utilizar un manuscrito para que los puntos que deseo tratar no se me olviden.

En una reunión de A.A. el orador generalmente se identifica como un alcohólico y luego procede a narrar su historia, usando la sabiduría o la gracia, o ambas, a medida que continúa su narración. Yo también voy a contarles mi historia, aunque no estoy tan seguro de igualar el ingenio o la profundidad de los oradores de A.A.

Me uní a A.A. fortuitamente en 1939 cuando un paciente mío se convirtió en miembro de un grupo de Nueva York. Recuerdo muy bien la primera reunión a que asistí. Estaba tenso y excitado. A.A. iba a salir al aire por primera vez. Uno de los miembros que trataba de adquirir la rehabilitación, había hablado con Gabriel Heatter, quien, al escuchar su historia, sugirió que el hombre de A.A. apareciera en el programa "Nosotros La Gente". Esta era la noche señalada para la transmisión, y era demasiado excitante y especial para que se tratase de una reunión corriente. El resultado real fue un poco menor de lo esperado. El hombre de A.A. habló brevemente acerca de sus

experiencias, y no hubo nada más. Sin embargo, A.A., había dado un paso para hacerse conocer, un paso no muy grande seguramente. Pero, de todas maneras, uno de los muchos pasos que condujeron finalmente a su presente posición en la escena nacional e internacional.

Posteriormente asistí a otras reuniones, más ortodoxas en carácter, y gradualmente se me fue adentrando la convicción de que este grupo había logrado encontrar un método para solucionar el problema del beber excesivo. En cierto sentido, esto era una respuesta a mis oraciones. Después de muchos años de haberme devanado los sesos con el problema de tratamiento del alcohólico, podía ahora empezar a tener esperanza.

A ese respecto mis dos o tres primeros años de contacto con A.A. fueron los más excitantes de toda mi vida profesional. A.A. se encontraba por entonces en su etapa milagrosa. Bebedores desahuciados se levantaban de su postración. Individuos que habían buscado infructuosamente todos los medios de ayuda conocidos, empezaron a responder a esta nueva orientación. El estar en contacto con uno de tales grupos, aunque fuera por casualidad, era sencillamente formidable.

Adicionalmente, desde un punto de vista profesional, se abría ante nuestros ojos toda una nueva avenida de tratamiento para los problemas del alcohol. En alguna parte, dentro de la experiencia de A.A., se encontraba la clave para la sobriedad. Aquí estaba la primera pista auténtica después de muchos años de esfuerzo inútil. Las posibilidades eventuales eran muy intrigantes. Tal vez yo pudiera aprender la forma en que A.A. funcionaba y así saber algo acerca de la forma como la gente dejaba de beber. En realidad yo compartí la excitación general de aquellos días. Podía ver por fin el amanecer frente a mí.

Mi futuro en este aspecto se hizo muy claro. Iba a tratar de descubrir en qué consistía la clave de A.A. En esta búsqueda de conocimientos nunca hubiera llegado muy lejos de no haber sido por Bill y muchos de los primeros miembros. Algo me ayudó el estudio de los Doce Pasos, pero de mucha mayor importancia fueron los conocimientos que ya poseían Bill y los otros respecto al proceso por el cual A.A. lograba sus resultados.

Supe de la necesidad de tocar fondo, de la necesidad de aceptar un Poder superior, de la absoluta necesidad de la humildad. Estas eran ideas que nunca habían cruzado mi horizonte profesional, ni ciertamente habían tenido influencia en mi pensamiento o actitudes no profesionales. Aunque eran ideas revolucionarias, tenían un sentido, y me encontré embarcado en una línea de descubrimientos.

Empecé a reconocer más claramente lo que realmente implicaba el tocar fondo, y trató de hacer todo lo posible para inducir esta experiencia en otras personas, preguntándome siempre qué era lo que sucedía en el interior del individuo cuando pasaba la crisis de la llegada al fondo.

Finalmente, la fortuna volvió a sonreírme, en esta ocasión con una paciente distinta. Durante algún tiempo ella había estado bajo mi nueva orientación psiquiátrica, diseñada para promover la llegada al fondo. Por razones completamente desconocidas, experimentó una leve pero típica conversión que la condujo a un estado mental positivo. Animada por estos elementos espirituales recientemente descubiertos, empezó a asistir a varias iglesias de la localidad. Un lunes por la mañana entró a mi oficina, con los ojos brillantes y comenzó a hablar inmediatamente. "¡Yo sé lo que me sucedió! Ayer lo escuché en la iglesia. **Me di por vencida**". Con esta palabra "vencida" me dio mi primera idea real de lo que sucede durante el periodo de llegada al fondo.

El individuo alcohólico siempre estaba rechazando la posibilidad de admitir que estaba derrotado, de reconocer que era impotente. Si, cuando se daba por vencido, dejaba de pelear, entonces admitía que estaba derrotado y aceptaba el hecho de que era impotente y necesitaba ayuda. Si no admitía la derrota, podían acontecerle miles de crisis sin que le sucediera nada constructivo. La necesidad de inducir la rendición se volvió ahora una meta terapéutica. El milagro de A.A. era ahora un poco más claro, aunque era todavía oscura la razón de por que el programa y la comunidad de A.A. podían inducir una rendición que a su vez conducía a un período de total abstinencia.

Como podría esperarse, gocé de enorme satisfacción personal. Estaba comprendiendo lo que sucedía. Todavía buscando ansiosamente cambio mi método terapéutico. El trabajo consistía ahora en inducir la rendición. Pero encontré una gran cantidad de resistencia esta idea. Tenía que explorarse previamente un territorio totalmente virgen. A medida que continué mi investigación se hizo más aparente que en cada una de las mentalidades existe un ego inconquistable que se opone amargamente a cualquier insinuación de derrota. Mientras ese ego no fuera reducido a la impotencia en alguna forma, no podría anticiparse ninguna esperanza de rendición. Este cambio conceptual en mi técnica, que pasó de buscar el fondo, a buscar la rendición y luego la reducción del ego, ocurrió durante los primeros cinco años de mi contacto inicial con A.A.

Recuerdo muy bien la primera reunión A.A. en la cual traté el tema de la reducción del ego. A.A., que se encontraba todavía en su infancia, celebraba el tercero o cuarto aniversario de uno de los grupos. El orador que me precedió habló en detalle sobre los esfuerzos de su grupo local, que constaba de dos hombres, para lograr la recuperación de este orador que se convirtió en el tercer miembro. Después de varios meses de vanos esfuerzos por parte de los dos primeros, y repetidos golpes por parte del orador, éste dijo, "Finalmente logré reducirme a mi tamaño real y desde entonces he estado sobrio". Cuando llegó mi turno para hablar usé su frase, "reducir al tamaño real", como el texto básico para hacer mis observaciones. No pasó mucho tiempo antes de que sintiera sobre mí una mirada desconcertante. Provenía del orador precedente. Mirándolo un poco más directamente pude ver sus ojos maravillados fijos en mí. Era muy claro que estaba totalmente asombrado de que hubiera dicho algo que proporcionara base y tema a un psiquiatra. La mirada de incredulidad nunca se alejó de sus ojos durante toda mi intervención. Este incidente tuvo un valor para mí. Mostró que dos personas, la una con una aproximación puramente clínica y la otra basada en su propia experiencia intuitiva de lo que le había acontecido, llegaban exactamente a la misma observación: la necesidad de la reducción del ego.

Durante la década pasada he centrado primordialmente mis investigaciones en este problema de la reducción del ego. No tengo certeza acerca del alcance que he logrado en la exploración de este territorio. He logrado, sin embargo, algún pequeño progreso, y en los minutos que me quedan voy a tratar, primero, de informarles algunos de mis descubrimientos, y segundo, de relacionarlos con la escena de A.A. como yo la veo actualmente.

Como ya he descrito, el hecho de tocar fondo para producir una rendición que reduzca el ego a su tamaño real se hizo evidente en forma muy rápida. Con el tiempo se manifestaron dos hechos adicionales. El primero, que un ego reducido tiene maravillosos poderes de recuperación. El segundo, que la rendición es una función disciplinaria y una experiencia esencial.

El primer hecho sólo repite algo que es conocido por todos ustedes. Es un lugar común que el retorno del crecimiento del ego puede suceder en cualquier momento. Los

años de sobriedad no son un seguro contra su resurgencia. Ningún A.A., sin importar su veteranía, puede bajar su guardia contra los golpes sostenidos de un ego que revive. Recientemente un A.A., escribiéndole a otro, le informaba que estaba sufriendo de, "halo-tosis", en referencia a la autocomplacencia y envanecimiento que pueden tan fácilmente hallar cabida en el individuo que tiene muchos años de sobriedad en su favor.

El creer que se tienen todas las respuestas, o lo contrario, que no se necesita conocer ninguna respuesta, sino únicamente seguir el programa de A.A., son dos indicadores de problemas. En ambos casos está notablemente ausente la mente abierta. Tal vez la manifestación más común del retorno del ego se manifiesta en el individuo que cae de su nube rosada, ese estado mental tan familiar para todos ustedes. El estado de nube rosada es una cosecha lógica de la rendición. El ego, que está lleno de problemas, se da por vencido, y el individuo siente paz y tranquilidad interior. El resultado es una enorme sensación de bienestar y descanso, y la persona rápidamente se siente en una nube rosa y cree que ha encontrado el cielo en la tierra. Todos saben que está propenso a una recaída. Pero tal vez no sea igualmente claro que es el ego, que vuelve lentamente a su posición inicial, quien fuerza la caída de esa nube a la arena de la vida donde, con la ayuda de A.A., puede ahora aprender a convertirse en una persona sobria y no en un ángel. Yo podría continuar con muchos más ejemplos conocidos por todos ustedes, para mostrar el peligro de creer siempre que el ego está muerto y enterrado. Su capacidad de renacimiento es pavorosamente sorprendente y nunca debe olvidarse.

Mi segundo descubrimiento, que la rendición es una experiencia disciplinaria, requiere alguna explicación. En artículos recientes he demostrado que el ego, básicamente, debe estar avanzando lenta pero continuamente, y que opera con la creencia inconsciente que nunca puede detenerse. Da por hecho que está bien el ir hacia adelante. No espera en ningún momento el ser detenido y por consiguiente no tiene capacidad para ajustarse a dicha eventualidad. La detención le dice, "No, usted no puede continuar" lo cual es la esencia del control disciplinario. El individuo que no puede detenerse es fundamentalmente una persona indisciplinada. Ahora se nos hace clara la función de la rendición en A.A. Produce esa detención obligando a los individuos a decir, "Me rindo. Voy a dejar de usar mis propias armas. He aprendido mi lección". Muy frecuentemente, por primera vez en la carrera adulta del individuo, ha encontrado la disciplina necesaria que lo detiene en su apresurada marcha. Y esto sucede porque podemos rendirnos al decir sencillamente, "Hágase Tu voluntad no la mía". Cuando esto es cierto nos hemos convertido realmente en servidores obedientes de Dios. El punto espiritual en este momento es una realidad. Nos hemos convertido en miembros de la raza humana.

He presentado los dos puntos que yo deseaba, a saber, primero, que el ego puede revivir, y segundo, que la rendición es una experiencia disciplinaria. Ahora deseo comentar su significación para A.A como yo la entiendo.

Primordialmente nos muestran simplemente que A.A. siempre será algo más que un milagro. El simple acto de la rendición puede producir la abstención por su efecto retardador en el ego. Infortunadamente, el ego siempre volverá a mostrarse a menos que el individuo aprenda a aceptar una forma de vida disciplinada, con lo cual esa tendencia de retorno del ego estará controlada permanentemente. Esto no es nuevo para los miembros de A.A.; ellos han aprendido que la simple rendición no es suficiente. Bajo la sabia orientación de los padres fundadores, se ha hecho hincapié en la necesidad del esfuerzo continuo para mantener ese milagro. Los Doce Pasos, que son inventarios reiterados, y el mismo Paso Duodécimo, que es un recordatorio permanente de que se

debe trabajar para merecer la sobriedad, todos ellos son esenciales. Más aún, hablamos de un trabajo de Duodécimo Paso, y eso es exactamente: un trabajo. Pero en esta ocasión el milagro se presenta para la otra persona.

Las Tradiciones también forman parte de un aspecto no milagroso de A.A. Representan, como Bill mencioné, los significados y lecciones de la experiencia. Sirven como guías para el inexperto. Controlan los caminos del inocente y el desprevenido. Hacen que el individuo ponga sus pies sobre la tierra y le presentan los hechos de la realidad. Dicen, "Ten en cuenta las lecciones de la experiencia o de lo contrario te verás envuelto en el desastre". No sin razón hablamos con la voz de la experiencia. El énfasis que he puesto en los elementos no milagrosos de A.A. tiene un propósito definido. Cuando por primera vez conocí a A.A., también me vi envuelto en la nube rosada en que estaban la mayoría de sus miembros. Yo también atravesé períodos de desilusión hasta que, afortunadamente para mí, logré establecer una fe mucho más fuerte que la que puede proporcionar una nube rosada.

Tomen ustedes en cuenta que no estoy restándole importancia a los milagros. Ellos alivian al individuo. Sin embargo sé, ahora, el significado del proverbio bíblico: "Por sus frutos los conoceréis". Sólo a través de un duro esfuerzo y trabajo continuo pueden obtenerse resultados perdurables. Como consecuencia de la necesidad de un trabajo arduo para complementar cualquier milagro, mi interés en los aspectos no milagrosos es muy importante.

Yo puedo aceptar más verdaderamente la necesidad de organización y de la estructura para delimitar tanto como para orientar. Creo que deben existir reuniones como ésta para proveer un sentido de pertenencia a una gran organización activa, de la cual cada individuo es sólo una parte. Y creo que cualquier grupo o individuo que deje de participar en la tarea de organización está omitiendo sus servicios al grupo y a sí mismo, al no someterse a los valores disciplinarios inherentes a aquellas actividades. Es probable que se mantenga libre de ataduras pero también está dejando que su ego permanezca incontrolado. Sus probabilidades de permanecer sobrio no tienen un alto porcentaje. Está caminando solitario y puede necesitar Otro milagro, que tal vez no llegue la próxima oportunidad.

Para concluir, permítanme afirmar mi condición de miembro afiliado por el sentimiento a A.A. He estado con ustedes desde el principio y he compartido sus dolores de crecimiento. Y ahora he alcanzado el estado de profunda convicción en la solidez del proceso de A.A., que incluye sus aspectos milagrosos. He tratado de dirigir a ustedes algunas de mis observaciones acerca de la naturaleza de ese proceso. Espero que ayuden a lograr que la experiencia de A.A. no sea solamente un milagro sino una forma de vida plena de valores eternos.

A.A. ha hecho esto por mí. Lo puedo asegurar. Muchas gracias.

ALCOHOLICOS ANONIMOS VISTA POR LA RELIGION

La sociedad de Alcohólicos Anónimos está centrada espiritual y moralmente. Casi todos los miembros de A.A. llegan a creer y a depender de un Poder superior que la mayoría de nosotros llamamos Dios. En A.A. prácticamente no se han obtenido plenas

recuperaciones del alcoholismo sin esta fe que es tan importante. Dios, **tal como lo concebimos**, es el fundamento sobre el cual está construida nuestra comunidad.

Presentamos aquí las alocuciones de dos de los más antiguos y apreciados amigos de A.A. en el campo religioso; el Padre Edward Dowling de la orden Jesuita, cuyo ejemplo personal y cuya influencia han significado tanto a miles de nuestros miembros y a A.A. como un todo; y el Dr. Samuel M. Shoemaker, clérigo Episcopal, quien en nuestro tiempo primigenio instruyó a algunos de nuestros miembros más antiguos en la mayor parte de los principios espirituales que se encuentran involucrados en los Doce Pasos de Alcohólicos Anónimos.

Bill: Con profunda alegría, les presento al Padre Ed Dowling, quien vive en la Casa Jesuita en esta ciudad de San Luis. El Padre Ed, quien conoce perfectamente de dónde proviene su fortaleza, es definitivamente alérgico a las alabanzas. Sin embargo creo que debo registrar algunos hechos acerca de él, hechos que las nuevas generaciones de A.A. deben escuchar, leer y saber.

El Padre Ed ayudó a empezar el primer grupo de A.A. en esta localidad; fue el primer religioso de su fe católica en notar la sorprendente similitud existente entre los Ejercicios Espirituales de San Ignacio (fundador de la orden Jesuita) y los Doce Pasos de Alcohólicos Anónimos. Como resultado de ello, se aprestó a escribir en 1940 la primera recomendación católica de A.A. de la cual tengamos conocimiento.

Desde entonces, su labor en nuestro favor ha sido prodigiosa. No sólo se han escuchado sus recomendaciones a través de todo el mundo, sino que ha dedicado su trabajo a A.A., a los viajeros de A.A., las reuniones de A.A., nos ha brindado consejo sabio y oportuno; estas obras pueden medirse en millares de kilómetros recorridos y millares de horas invertidas en nuestro favor.

De todas las personas que yo conozco, nuestro amigo el Padre Ed es la única de la cual nunca he escuchado una palabra de resentimiento o una simple crítica. Para mí ha sido continuamente un amigo, consejero, ejemplo formidable y fuente de gran inspiración hasta el punto que yo mismo no alcanzo a describir.

El Padre Ed está hecho de la madera de los santos. Aquí está con ustedes.

Padre Dowling: Se me olvidó traer mi dentadura postiza, de manera que si hay alguno que no entienda mis palabras hágame una seña con su pañuelo y yo trataré de mejorar mi pronunciación. Le pedí a mi amigo de reciente cosecha, el Dr. Shoemaker, que dijera una oración por mí y por ustedes durante esta charla, y me respondió, "Dios está con usted". Creo que ustedes saben lo que él quiso decir con eso, y esto es muy reconfortante; por lo tanto en el espíritu del Paso Undécimo, a través de la oración y la meditación, espero incrementar nuestro contacto consciente con Dios.

Permítanme sugerir algunas pocas ideas acerca de tres palabras sobre las cuales se me ha pedido que hable: "Dios", "nosotros" y "concebimos". Y, si ustedes tratan de escuchar con sus corazones, como sé que lo han hecho durante toda esta reunión, antes que con sus oídos físicos, creo que Dios nos bendecirá a todos.

Mi ensayo para entender a Dios me recuerda en alguna forma una definición de psiquiatría que escuché hace un par de días. Se referían a ella como "el bueno examinado por el regular", y yo creo que de aquí podríamos partir para explicar nuestro tópico: El **bueno** es la fuente primaria del poder, o sea Dios. **Examinado** podría significar **concebido**. Y el **regular** somos **nosotros**.

Primero que todo, demos un vistazo a nuestra condición. Somos tres cosas principalmente: alcohólicos, Alcohólicos Anónimos, y agnósticos.

Alcohólico significa para mí que tenemos una tremenda tendencia al temor, lo cual es un principio de sabiduría. Tenemos una tremenda tendencia hacia la vergüenza, lo cual es lo más aproximado que existe a la inocencia. Uno de los primeros miembros de los grupos irlandeses refiere frecuentemente una cita de un autor cuyo nombre se me escapa, que decía, "El alcohol ha hecho más que Milton para organizar los caminos de Dios para el hombre".

Alcohólicos Anónimos, no solamente alcohólicos, sino Alcohólicos Anónimos. Bill hablaba la noche anterior del enemigo exterior de Alcohólicos Anónimos, Juan Tequila. Pero yo siempre he creído que existe un enemigo interno que es mucho más cruel, localizado en el desprecio colectivo hacia la farsa, y ¿quién de nosotros no es un farsante? Yo creo que en todos los grupos ustedes tienen el problema de la gente virtuosa con ojos de lince.

La tercera calificación es que todos somos agnósticos. Supongo que hay varias clases de grupos, cualitativamente, en A.A. Existen los devotos que aparentemente no lograron aplicar las verdades religiosas aprendidas antiguamente. Ellos son agnósticos en cuanto a la aplicación. Existen personas como el sacerdote bíblico que pasó al lado del hombre malherido en la cuneta, antes de que el hombre fuera ayudado por el buen samaritano. Un buen amigo sacerdote dice. "Yo creo sinceramente que lo primero que vamos a decir cuando lleguemos al cielo es, '¡Dios mío, todo esto era verdad!' ". Yo creo que todos nosotros fallamos en algunos aspectos en la aplicación de nuestras creencias. Por último están los agnósticos sinceros de diez y ocho quilates que tienen realmente dificultades con los temas espirituales.

La siguiente palabra es **concebir**. A medida que nos movemos de una oscura y confusa idea de Dios a una concepción más clara y precisa, debemos darnos cuenta de que nuestra idea de Dios siempre será insuficiente, siempre será insatisfactoria. Porque comprender y concebir a Dios es igualarse a Dios. Pero nuestra comprensión crecerá. Estoy seguro que Bill, sentado en esa silla, y el Dr. Bob, cuyo ángel esta probablemente sentado en aquella silla vacía colocada al azar, ambos están creciendo en el conocimiento de Dios. Hay un proverbio alemán que podríamos aplicar aquí: "Muy pocos de nosotros saben lo mucho que hay que saber para poder saber lo poco que sabemos". Estoy seguro que el Dr. Bob y Bill podrían certificar lo que digo.

Hay un camino negativo del agnosticismo. Fue la actitud que tomó el apóstol Pedro. "¿Señor, a quién iremos?". Dudo que exista alguien en esta sala que haya realmente buscado la sobriedad. Creo que estábamos buscando evadir la borrachera. No creo que debiéramos despreciar la negativa. Tengo la sensación de que si alguna vez logro llegar al cielo, será huyendo del infierno. En este punto, el cielo parece tan aburrido como la sobriedad le parece a un alcohólico diez minutos antes de dejar de beber.

Sin embargo, existen actitudes positivas, y el Paso Doce menciona una de ellas: la experiencia. (Todavía me duele que los miembros antiguos hayan eliminado la palabra "experiencia" para cambiarla por "despertar"). La experiencia es uno de los caminos. Se menciona en el Paso Doce y en el Segundo. Ahora bien la experiencia puede ser de dos clases. Una de ellas es repentina y positiva como la experiencia de Bill y como la historia que cuenta el **Grapevine** de aquella noche de navidad en Chicago. Aquellas son de la misma categoría de la repentina y pasiva experiencia de Pablo cuando fue derribado de su caballo cuando iba hacia Damasco. Hay otras clases, probablemente más gratas a Dios puesto que son más comunes, y son nuestras observaciones activas y rutinarias. "Hoy estoy sobrio". Esta reunión esta mañana, esta convención en esta semana, a medida que la experiencia las destila y las condensa, han

nacido del sufrimiento. La noche anterior Bernard Smith, Presidente de los Custodios de A.A. (a mí se me confunden todas esas jerarquías), dijo algo que me pareció tan bueno que lo apunté. Dilo, "La tragedia de nuestra vida consiste en la profundidad hasta donde debe llegar nuestro sufrimiento antes de que aprendamos las verdades elementales que necesitamos para poder vivir".

Algún tiempo antes de que Whittaker Chambers se convirtiera en un personaje famoso, escribió en la publicación hermana **Life** (él se encontraba en el **Times** por entonces) un artículo llamado "El Diablo". Citando a Satanás, Whittaker Chambers dijo esto: "Es en este preciso momento que el hombre, esta criatura monstruosa, todavía lleva ventaja al diablo. Sufre. Ningún hombre, por vil que sea, carece de la capacidad del sufrimiento específico que es el sello de su comisión divina".

La segunda actitud para comprender se menciona en el Segundo Paso, "Llegamos al convencimiento. . .". Conozco muchos amigos católicos que en ese Paso han dicho, "Bueno, yo ya creo en Dios, de manera que no tengo que hacer nada más". Y en un raptó de gentileza continúan bebiendo para que los protestantes los puedan alcanzar!

La fe es una capitalización de la experiencia de los demás. Bienaventurados sean los perezosos, porque ellos encontrarán formas más fáciles de hacer las cosas. El mundo puede ahora capitalizar la experiencia de dos décadas de A.A. Newman dice que la esencia de la fe es mirar a nuestro alrededor. El Dr. Tiebout parece creer que, psiquiátricamente, el gran problema es volver nuestro afecto hacia el exterior. La fe es difícil, tan difícil y tan fácil como la sobriedad, que ha sido llamada el mayor de nuestros recursos subdesarrollados.

¿Qué debiera buscar la experiencia? ¿Que creencias debiéramos aceptar en nuestra búsqueda de Dios? La tercera palabra sería entonces **Dios**. Bill escribió hace tiempo una carta que yo conservo, en la cual decía, "Hasta dónde debe buscar el alcohólico su dependencia de Dios, es un asunto que no corresponde definir a A.A. Si el alcohólico está en una religión, si está en esta o en aquella religión, no nos concierne". De hecho, él implicaba con esta frase, "Yo no creo que esto le concierna a ninguno de los miembros. Esto es asunto de Dios". Y el asunto que concierne a A.A. se marca en el Undécimo Paso. Buscar a través de la meditación y la oración cuál es la voluntad de Dios y buscar la fortaleza para llevarla a cabo.

Me gustaría compartir con ustedes lo que yo he visto que es la voluntad de Dios. Tengo la opinión que el problema de la mitad de las personas que están en esta sala han tenido al buscar la sobriedad es lo mismo que yo he tenido al buscar fe y confianza. ¿Por dónde empezar? Bien, creo que hay algo que podemos decir acerca de empezar con la manifestación más próxima que tengamos de Dios. ¿Y dónde está Dios más cercano a mí? Francis Thompson lo contesta en su poema, "En Ninguna Tierra Extraña":

Si el pez no emprende vuelo para hallar su elemento
ni el águila naufraga para el aire encontrar.
¿por qué entonces pedimos al móvil firmamento
nos diga si Tu aliento cubre su inmensidad?

No es donde se oscurecen los remotos sistemas
ni donde Te supone nuestra imaginación. . .
dentro de nuestras almas cerradas y blasfemas
se oye el rumor pausado de Tus alas, Señor.

Sabemos que los Doce Pasos de A.A llevan al hombre hacia Dios. Permítanme sugerirles los Doce Pasos de Dios hacia el hombre en la forma en que el cristianismo me los ha enseñado.

El primer paso se describe en San Juan. Es la Encarnación. El verbo era Dios y el verbo se hizo carne y vivió entre nosotros. El entregó Su vida y Su voluntad al cuidado del hombre tal como El lo concebía. El segundo paso, nueve meses después, y más cercano nosotros por las circunstancias en que aconteció, es la Natividad. El tercer paso, que duró treinta años, fue su vida anónima y escondida. Este nos toca más de cerca, porque se parece mucho a lo nuestro. El cuarto paso, fueron tres años de vida pública.

El quinto paso, Su enseñanza, Su ejemplo, la Oración del Padre Nuestro. El sexto paso, el sufrimiento físico, que incluyó la sed en el Calvario.

El paso siguiente. el sufrimiento espiritual en Getsemaní; con él se nos aproxima mucho más. El alcohólico conoce muy bien, así como El conoció, la humillación, el temor, la soledad. el abatimiento y el vacío. Finalmente la muerte, otro paso cercano a nosotros, y creo que el pasaje donde un Dios yacente descansa sobre el regazo de una madre humana está lo más cercano posible al punto más bajo al que una divinidad pueda llegar, y la mayor altura que la humanidad pueda alcanzar.

A través de las edades El se nos acerca más como cabeza de una especie de Cristianos Anónimos, un cuerpo místico reunido alrededor de sus enseñanzas. "Lo que hagas al último de los míos lo harás por mi causa". "Puedo satisfacer lo que se desee por los sufrimientos de Cristo". "Estuve en la cárcel y me visitaste". "Estuve enfermo y tuve hambre y me diste de comer".

El siguiente paso es la Iglesia Cristiana, la cual yo creo que es Cristo entre nosotros. Muchas personas sinceras dicen, "Me gusta el cristianismo pero no me gusta la Iglesia". Yo puedo entender esto. Lo comprendo mejor que ustedes porque estoy metido en la iglesia y la beatería me cansa. Pero realmente eso suena un poco a decir, "Me gusta el agua potable pero detesto la plomería". Ahora bien, ¿a quién le gusta la plomería? Ustedes tienen gente a la cual le gusta la sobriedad, pero no aceptan a A.A.

Viene luego el paso undécimo que son los varios conductos o sacramentos para la ayuda de Dios.

Y el duodécimo paso, para mí, es el gran conducto o sacramento de la comunión. El verbo que fue Dios se hizo carne y se convirtió en nuestra comida, tan cercana a nosotros como el jugo de frutas o la tostada o el café que tuvimos hace una hora.

Todos conocemos la historia del alcohólico que huye de Dios, y luego lo busca de nuevo. "¡Señor, concédeme sobriedad, pero todavía no!". "¡Señor. yo creo, ayuda mi incredulidad!". Supongo que no existe ningún A.A. en este salón que no se preocupe sobre alguno de los Doce Pasos. "Señor, permíteme hacer este paso, pero todavía no!". El cuadro de la búsqueda del miembro A.A. por Dios, pero especial mente la amorosa cacería de Dios por el A.A., nunca ha podido ser mejor descrito que el poema que yo creo es uno de los mejores y mejor escritos en nuestro idioma inglés. Lo escribió un adicto a los narcóticos, y el alcohol es un narcótico. Es un poema de Francis Thompson llamado "Obsesión Celestial." Permítanme leerles algunas de las líneas y luego terminaré.

Lo abandoné en la noche y en el día;
Lo abandoné en el arco de los años;
Lo abandoné en el ciego laberinto

de mi propia memoria; y en medio de las lágrimas,
y detrás de las risas me escondía.

Esperanzas fugaces vislumbré de lo alto;
pero rápidamente me vi precipitado
a las sombras siniestras,
a las profundidades abismales,
para huir de esos Pies
que todas mis jornadas perseguían.

Y aquí su descripción de Dios:

Pero en persecución lenta y tranquila,
con paso imperturbable, majestuoso,
caminaban los Pies, siempre constantes.
Y una Voz, más constante todavía
que los serenos Pies, me repetía.
“Todo a ti te traiciona, porque Me traicionaste”.

De aquí pasará a:

“Nada quiere albergarte, porque tú no Me albergas;
todo de ti se evade, porque tú no Me llevas”.

Y la descripción de nuestra vida:

En la loca aventura de juveniles fuerzas
sacudí las columnas de mis horas más bellas
y entre mi propia vida me sepulté;
sangrante y mancillado
emerjo de las ruinas de mis años perdidos;
en los escombros yace mi juventud doliente;
y mis días crujientes, en humo evaporados
se esparcen y se rompen, Como el sol en un río.

La incesante búsqueda se aproxima al final:

Esa Voz me rodea como un mar tempestuoso.

Y la voz dice, en conclusión:

“¿Está la tierra acaso fragmentada,
sin piedra sobre piedra, destrozada?
¡Todas las cosas huyen de tu alcance
porque de Mí te fuiste! Vil quimera;
acción inútil, vana, lastimera.
¡No encontrarás quién quiera prodigarte
un amor que mitigue tus faenas!
¡El vacío será tu recompensa!”.

"Para lograr amor es necesario
algo que tú nos has hecho: merecerlo.
Barro humano. De todo lo creado
la más fútil arcilla. ¿No sabías
que no has ganado méritos eternos?
¿De quién esperarás amor sincero?
Sólo de Mí; tan sólo Yo lo entrego".

Y lo siguiente, que nos trae consuelo:

"Todo te lo quité, no para herirte
sino porque en Mis brazos lo buscaras.
Todo lo que creíste
perdido entre tus sueños infantiles,
lo tengo en Mis moradas.
Levántate. Mi mano te sostiene.
¡Ven a mi casa!".

La respuesta del alcohólico (y del no alcohólico) es:

A mi lado resuena Su pisada;
¿es acaso mi sombra,
la sombra de Su mano protectora
que se extiende cuidando mi jornada?

Y la respuesta de Dios:

"Ven, tú, el más amado,
el más débil, el más acongojado.
No busques más: ¡Yo soy El que buscabas!".

Muchas gracias.

Bill: Sentado a continuación del Padre Edward está otro hombre a quien me gustaría parecerme. He estado preguntándome cuántas horas suman las que se han gastado criticando los hombres de la religión entre todas las personas que estamos en este salón, incluyéndome yo mismo. Y sin embargo ellos nos han enseñado todo lo que sabemos acerca de lo espiritual. A través de Sam Shoemaker nos fue revelada la mayor parte de los principios espirituales de A.A. El fue el eslabón que permitió la conexión faltante. Todo lo que Ebby aprendió de Sam, y luego me lo transmitió, es la conexión entre Sam, que es un hombre de la religión, y nuestra comunidad. Recuerdo bien el primer día en que lo conocí. Fue en un servicio dominical en su iglesia. Todavía yo era tímido y desconfiado acerca de las religiones. Todavía lo recuerdo de pie ante el púlpito. Su cristalina honestidad, su tremenda veracidad y sinceridad, me impresionaron. Nunca podré olvidar ese momento. Deseo presentarles a Sam como uno de los grandes canales, una de las fuentes primordiales de influencia, que han logrado agruparnos en esto que hoy es A.A. Aquí está con nosotros.

Dr. Samuel Shoemaker: Dios los bendiga.

Cuandoquiera que Bill me da una oportunidad de hablarles a ustedes dice ciertas cosas acerca de mí, que si yo dijera a ustedes cosas similares respecto a él, él inmediatamente diría que le causan mucho perjuicio. El resto de nosotros sufre del egoísmo tanto como cualquier alcohólico, y es muy malo para nosotros también, el ser ensalzados en esa forma.

Yo me sentí muy alabado el otro día. Cuando llegué aquí una muchacha a quien no conocía me dijo, "¿Es usted alcohólico?". Yo te dije, "No". Entonces ella me contestó, "Bueno, usted habla como si lo fuera".

Ahora bien, quiero que conste que siempre he creído que Bill me ha dado mucho más crédito del que merezco por haber tenido que ver con la iniciación de este sorprendente acontecimiento. Pero Las percepciones de Bill son muy profundas, y como hemos notado en muchas de las reuniones en las cuales nos ha dirigido la palabra, su memoria es muy aguda. Por consiguiente acepto alegremente estas referencias que me hace puesto que una de las cosas más felices de toda mi vida que ha sido tan feliz, consiste en la asociación que he tenido con la gente de A.A. Y estoy profundamente agradecido por el privilegio de estar aquí con ustedes para esta importante ocasión.

El otoño pasado en su comida de vigésimo aniversario, es escuché por primera vez la historia que contó Bill acerca de las diversas fibras que, al ser anudadas, formaron el fuerte cable de A.A. Ahora sabemos que lo primero que logró entrar a su mente que ofreciera alguna esperanza real era el conversar con algunos hombres en los cuales existía el principio de una experiencia religiosa real. Uno de ellos está aquí con nosotros. Ellos habían empezado a encontrar este camino a través de los antiguos preceptos de los Grupos Oxford en sus días iniciales y, según creo, mejores. La mayor parte de su trabajo se centralizó en aquella época en mi antigua parroquia del Calvario, en Gramercy Park de Nueva York

Desde muy temprano en la vida de A.A. se hizo muy claro que a la simple declaración del Dr. Jung de que la ciencia no encontraba respuesta, a la ayuda incalculable del Dr. Silkworth en el campo de la medicina, y a la gran sabiduría de William James en sus *Varietades de la Experiencia Religiosa*, faltaba por añadir la necesidad de un factor espiritual que pudiera crear una especie de dinámica positiva. El problema consistía en traducir la experiencia espiritual en términos universales sin que se evaporara en meros ideales y generalidades. Por ello, inmediatamente después del Primer Paso que se refería a la condición ingobernable de la vida, vino el Paso Segundo: Llegamos al convencimiento de que un Poder Superior a nosotros mismos podría devolvernos el sano juicio. La base de aquella creencia no era teórica. Era una creencia probada. Frente a nosotros había gentes en cuyas vidas se mostraban los principios de una transformación espiritual. Se podía cuestionar la interpretación de la experiencia, pero no se podía dudar de la experiencia misma.

En el tercero y cuarto capítulos de los Hechos de los Apóstoles se encuentra la historia de la curación de un inválido por Pedro y Juan. Muchos sacerdotes quisieron saber cómo lo habían logrado. Los apóstoles les dijeron que esta curación se había logrado por el nombre de Cristo. La Biblia dice, "Y viendo presente al lado de ellos al hombre curado, no sabían qué replicar". Ahora bien, se puede discutir una teoría acerca de una experiencia, pero hay que reconocer la experiencia misma.

A.A. ha sido sumamente sabio, creo yo, al enfatizar la realidad de la experiencia, y al reconocer que proviene de un Poder superior al humano, dejando la interpretación

en ese punto. Hubiera sido muy fácil y probablemente se constituyó en una tentación el haberse involucrado en términos teológicos. Aquí había una prueba del poder espiritual. Entonces, definamos ese poder. Pero con ello se hubieran presentado varias posibles dificultades. Si A.A. hubiera añadido más, algunas personas hubieran deseado que se hubiera ido más allá para definir a Dios en una forma aceptable para todos. Sólo hubieran sido necesarios dos o tres grupos como éste, contrarios unos a otros, para destruir toda esta comunidad. Más aún, había gente con una escasa asociación con la religión, una iglesia muerta o una parroquia aburrida, o algunas personas miembros de iglesias cuyas vidas entre semana no coincidían con sus confesiones dominicales. Aquello hubiera añadido otro factor para ser tenido en cuenta, como si no hubiera ya suficientes. Además, había agnósticos y ateos que, o bien decían que no sabían nada acerca de estas realidades últimas o que sencillamente no creían en Dios.

Me gustaría citar para aquellos que creen que no tienen fe en Dios una frase maravillosa del filósofo católico español Unamuno: "Aquellos que niegan a Dios Lo niegan a causa de su desespero por no encontrarlo". Para una empresa como A.A. el convertirse en dogmática hubiera sido fatal, en mi opinión. Por consiguiente se aferraron a las experiencias indudables y dijeron a la gente que volviera su voluntad y su vida al cuidado de Dios **tal como cada cual Lo concebía**. Con eso se dejó la teoría y la teología, como el Padre Ed nos lo acaba de decir, a las iglesias a las cuales pertenecía cada uno de los miembros. En caso de que no perteneciesen a ninguna iglesia y no pudieran mantener una teoría consistente, entonces podrían entregarse a sí mismos al Dios que veían en otras personas. Esa no era una mala fórmula de poner en movimiento los comienzos de una experiencia espiritual. Tal vez eso es lo que todos nosotros hacemos en el punto en que la religión se nos transforma de una mera tradición a una fuerza vital.

Yo estoy convencido de la solidez psicológica de todo esto. No creo que se aplique únicamente a los alcohólicos. Creo que se aplica a todos los que busquen fe y experiencias espirituales y genuinas. Cuando se ha dicho todo lo posible con el razonamiento intelectual, viene una época de decisión y de acción. Puede ser una decisión relativamente simple, tal como entrar plenamente al experimento. Creo que la actitud es mucho más parecida a la científica que a la filosófica. Nosotros no tratamos mucho de razonar en lógica abstracta. Escogemos una hipótesis, actuamos como si dicha hipótesis fuera cierta y vemos qué sucede. Si no funciona satisfactoriamente la descartamos, pero si funciona nos sentimos con la libertad de llamar éxito al experimento.

Se puede considerar una idea en el vacío, bien sea en la intimidad de nuestra propia alcoba o en un aula académica o en un púlpito, y se puede discutir la verdad de una teoría interminablemente y con ello no se gana nada. Pero cuando se pone en acción esa verdad, cuando la vida se vuelve consecuente con la concepción de la verdad, entonces empiezan a suceder las cosas. Si la verdad es genuina las cosas se cumplirán en el plano de la vida social. Si Dios es lo que Cristo dijo, estará más ansioso por ayudarnos que nosotros de recibir su ayuda. El no traiciona la libertad del hombre, y podemos rechazarlo, negarlo e ignorarlo tanto como queramos. Pero cuando abrimos la puerta en una investigación espiritual y ponemos toda nuestra vida en ello, lo encontraremos siempre dispuesto para recibir nuestras más ligeras insinuaciones, nuestras más egoístas e infantiles oraciones y nuestros egos siempre enteramente inmerecidos. El siempre estará dispuesto a llegar a un acuerdo con nosotros. Esta actitud experimental me parece que es la esencia de nuestro descubrimiento de la ayuda de un Poder Superior. Primero nos apoyamos en otro ser humano que parece estar encontrando

la respuesta, y luego nos apoyamos en el Poder Superior que se encuentra tras de aquella primera persona.

William James, en el famoso pasaje de *Varietades de la Experiencia Religiosa*, dice esto: "La crisis de la rendición personal es el arrojar nuestros egos conscientes a merced de fuerzas que, cualesquiera que sean, son más ideales que las que tenemos, buscan nuestra redención. La rendición personal ha sido y siempre será vista, como el punto transformador de la vida religiosa". Aquella frase fue casi el punto transformador de mi propio pensamiento. Continúa diciendo, "Podría decirse que todo el desarrollo del cristianismo respecto a la vida interior no ha consistido más que en darle más y más énfasis a esta crisis de rendición persona". Aquello, por supuesto, se convirtió en el corazón de todas las religiones reales. La mayoría de nosotros llegamos a Dios, en primera instancia, por necesidad. Si tienen a bien decirlo así, llegamos en forma egoísta. Pero me gustaría anotar que antes de que podamos ser de alguna utilidad para alguien más debemos primero encontrar los caminos de una respuesta para nosotros mismos, para que esa especie de egoísmo pueda representar un paso necesario en nuestro progreso.

Hoy se escucha el irritado clamor de muchas personas acerca de aquellos que buscan beneficios de Dios. Me gustaría saber a dónde puede ir una persona humillada y derrotada en busca de la ayuda que necesita desesperadamente, si no va a buscarla en Dios. Claro está que esa persona se encuentra preocupada por su situación. No puede evitarlo. Tiene que estarlo. Y tiene que estarlo, si quiere volver a ser útil a otras personas. Pero posteriormente deberá madurar y dejar de usar a Dios para empezar a pedirle a Dios que haga uso de ella. Dejar de pedirle a Dios que haga lo que ella desea, y empezar a tratar de saber qué es lo que Dios desea. Muchas personas les dirán a ustedes que han renunciado a la fe. Pidieron en sus oraciones algo que deseaban y no les llegó, y por consiguiente, o no hay Dios o El no estaba interesado en favorecerlas. ¡Qué insensatez pueril! Cómo puede alguien esperar que Dios atienda las desatinadas oraciones que muchos de nosotros Le dirigimos. Si lo hiciera, en cinco minutos estaría el mundo en un caos peor del que tiene actualmente.

La oración verdadera no consiste en decirle a Dios lo que **nosotros** queremos. Es ponernos nosotros mismos a Su disposición para que El pueda decirnos lo que desea. La oración no es tratar de conseguir que Dios cambie Su voluntad. Es tratar de encontrar cuál es esa voluntad para ubicarnos o instalarnos en ese propósito que El tiene para el mundo y para nosotros. He aquí el por qué es tan importante que nosotros escuchemos y hablemos en nuestras oraciones. He aquí por qué es conveniente empezar estas reuniones con un silencio. En ocasiones llegamos muy alterados y confusos, y tenemos que serenarnos antes que Dios pueda hacer algo por nosotros. Mientras nuestras voces sean clamorosas y pedigüeñas, no hay lugar para que se escuche la voz de Dios. La mayor parte de nosotros los no alcohólicos nos emborrachamos con nuestra intemperancia de querer que la vida se desarrolle conforme a nuestros propios términos, y esto es tan neurótico como la mayor de las neurosis que existen. Todos los que se alejen de Dios y traten de hacer su propia voluntad desafiando a Dios están medio locos. Sólo cuando nuestras voces clamorosas y pedigüeñas se aquietan empezamos a escuchar la voz de Dios. Cuando dejamos que nuestras voluntades se enfríen, Dios puede hacernos llegar Su voluntad hasta donde necesitamos para ver nuestro camino. Dante lo expresó así, "En Su voluntad se encuentra nuestra paz".

Hay mucha gente a la cual no satisface la debilidad implícita en la palabra "rendición". Me sentí muy agradecido de escuchar al Dr. Tiebout usar esa palabra. La gente prefiere pensar que tiene un carácter fuerte, y que puede afrontar el destino. Ese es

un pensamiento siempre ficticio. Todos en este mundo tenemos alguna debilidad, y si no lo consideramos así, entonces el orgullo es esa debilidad, la mayor debilidad de todas.

La gente puede pensar que ha vencido o que nunca se ha dejado vencer de pecados infames, pero ¿quién de nosotros puede evitar el egoísmo, la tendencia a que todo gire a nuestro alrededor, al amor a la adulación, el poder y el orgullo? Creo que un hombre cuyos problemas son de tal índole que lo conducen a serios problemas, es muy afortunado puesto que tiene que hacer algo por solucionarlos. La intemperancia, el orgullo, la pereza, el resentimiento, la irritabilidad, la indiferencia a los problemas humanos y una sensación de pequeñez ante Dios, que es lo peor que nos puede suceder en un día en que todos estamos programados para ser grandes, todas aquellas cosas nos conducen a los no alcohólicos a muchas dificultades, dificultades que son tan malas como las que los llevaron a ustedes a los alcohólicos a tener sus problemas. Nadie es fuerte, y quien crea que es fuerte está solamente engañándose.

Actuamos como si el carácter y una conducta razonablemente buena fueran la finalidad de toda existencia. Las verdaderas preguntas en la vida que subrayan estos temas de conducta son definitivamente de naturaleza religiosa. Y sólo tienen una respuesta religiosa, respuesta que proviene de Dios. ¿De dónde vine, qué se supone que yo haga en este mundo y a dónde iré cuando muera? Estas son preguntas que, al no sernos contestadas, nos dejan sin dirección, sin anclaje, sin valores. La ciencia no tiene ninguna respuesta a estas preguntas y la filosofía sólo tiene las respuestas aproximadas que puede proporcionar una imaginación humana. La fe religiosa es la única antorcha en la oscuridad del hombre por el misterio de la vida. Si Cristo descendió del Cielo para representar a Dios y hablar por El, tenemos una respuesta. Las menores revelaciones a los profetas y videntes son de la misma naturaleza, aunque no de la misma autoridad (como el Padre Ed nos ha sugerido), pero todos los hombres verdaderamente sabios empiezan con el reconocimiento de su limitación, su oscuridad Y sus necesidades. Cuando nos encaminamos a Dios, cualquiera que el nombre con el que Lo distinguimos, o mejor, cuando Le permitimos entrar en nosotros, entonces empezamos a encontrar la luz y la respuesta.

Yo creo que la mayor necesidad de nuestro tiempo es un despertar espiritual vasto y de alcance universal. Hay muchas señales de que se encuentra próximo. El hombre occidental lo está adquiriendo gradualmente a través de la idea de que la mayor de todas las bendiciones humanas, que es la bendición de la libertad, se debe a Dios y a la religión.

Cuando Benjamín Franklin estaba en París a finales del siglo diez y ocho, llevó su hijo a visitar a Voltaire. Cuando se estaban despidiendo, le pidió a Voltaire que diera la bendición al niño. Se me ocurre que había hombres más indicados que Voltaire para extender esa bendición, pero eso fue lo que hizo Franklin. Voltaire puso sus manos sobre la cabeza del niño y dijo, "Dios y libertad, hijo mío. Recuerda estas palabras". Esas palabras son correlativas. Existe una conexión indisoluble entre las dos. Yo creo que la percepción gradual de este hecho, tanto como el darnos cuenta de nuestra inseguridad personal, está detrás del interés cada día mayor en asuntos religiosos que caracteriza a nuestra época.

Yo creo que hay cuatro factores universales en todos los despertares genuinamente espirituales: la conversión, la oración, la comunidad y el testimonio. Por conversión quiero decir el punto donde una persona se vuelve hacia Dios. Donde empieza a desear ser honrado consigo mismo a la luz de su religión. No quiero decir perfección; quiero decir la búsqueda de esa perfección y la iniciación hacia ella. Esa iniciación se encuentra al alcance de todos nosotros.

Pero esto es sólo el comienzo. ¿Saben ustedes a qué se parecen muchas personas religiosas? Son como un grupo de gente que se sienta en la estación de ferrocarril a pensar que están en el tren. Todos hablan acerca del viaje, se oyen los nombres de las estaciones y se compran billetes, se siente el olor del equipaje a nuestro alrededor y hay una gran inquietud, y si uno se sienta durante un tiempo suficiente llega casi a convencerse que está en el tren. Pero no lo está. Únicamente empieza al dirigirse hacia el punto donde se monta al tren y se aleja de la estación. Y es alejado de la estación; no camina por sus propios medios.

La oración, ya sea privada o en grupo o en público, es el punto donde nos ponemos en contacto con Dios y con la fuerza de Dios. La fuerza de Dios siempre está allí, así como siempre hay electricidad potencial en un alambre conectado a una dínamo. Pero la fuerza no se consigue mientras no se cierre el circuito. La oración, en formas que para mí son teóricamente casi inalcanzables pero que siempre están abiertas a nosotros en la práctica, cierra el circuito y nos entrega la fuerza. No es tanto que nosotros consigamos lo que queremos, sino que sabemos lo que debemos hacer. El despertar (individualmente, en grupos o en naciones) siempre incluye el descubrimiento de la fuerza que existe en la oración.

Es raro que nosotros nunca podamos lograr esto por nosotros solos. Desde el principio, Cristo atrajo a su alrededor una compañía. Para unirse a El, era necesario unirse a esa compañía. La iglesia siempre ha sido una compañía de pecadores. No se trata de las mejores personas de la comunidad que se reúnen para darse felicitaciones mutuas; es gente que sabe que tiene una gran necesidad y que se reúne para encontrar conjuntamente una respuesta a sus preocupaciones hacia Dios y hacia sus semejantes. La iglesia no es un museo sino un hospital. Es por ello que todos podemos y debiéramos pertenecer a ella.

Dos viejos paganos entraron en una ocasión a una iglesia Episcopal, justo a tiempo para oír al ministro que estaba predicando, "Hemos dejado de hacer aquellas cosas que deberíamos hacer, y hemos hecho las cosas que no deberíamos haber hecho, y por ello no tenemos salud". Los paganos dijeron, "¡Estamos en el lugar preciso!".

Abandonemos la idea de que somos buenos porque vamos a la iglesia. Si vamos a la iglesia es para tratar de ponernos en contacto en Dios y para dejar que Dios nos redima, e incidentalmente tratamos de mejorar por la gracia de Dios y no por nuestros propios méritos.

Luego viene el testimonio, en nuestra vida y en nuestra palabra. Creo que existe una gran cantidad de gente que se considera virtuosa y que cree que está haciendo una influencia enormemente bienhechora, pero se trata de personas iguales a las otras en el mundo; no existe mucha diferencia, no existen muchas ventajas. Cuando ha comenzado una experiencia espiritual que nos cambia profundamente nuestro interior, nos hace más humildes y conscientes de que no somos buenos en ningún sentido. Entonces es cuando, en mi opinión, la gente empieza a volverse interesante. Se preguntan qué les sucedió y empiezan a hacerse preguntas y es esta la ocasión para dar el testimonio de las palabras. No predicamos a otras personas, no las miramos como inferiores, Dios sabe que no nos señalamos como ejemplos sino que compartimos los comienzos de una victoria. Todo creyente real comparte el trabajo del Duodécimo Paso. Todo creyente real desea que su creencia se transmita a otras personas y se tomará el trabajo de tratar de aprender a hacerlo por medio de su vida y de su palabra.

Para mí A.A. es uno de los grandes signos de despertar espiritual en nuestro tiempo. Es de naturaleza experimental y no dogmática. Pero nadie puede dudar de que ha sido Dios quien ha logrado que A.A. sea hoy lo que es, que es Dios quien la inspira

quien lo mantiene funcionando, quien proporciona ese espíritu perfectamente pero absolutamente identificable que hemos sentido una y otra vez desde cuando estamos aquí en San Luis. Me siento agradecido de que la iglesia se haya asociado tan ampliamente con A.A. porque creo que las gentes de A.A. necesitan la iglesia para su estabilización y crecimiento personal, pero también porque creo que la iglesia necesita a A.A. como una manifestación continua para una mayor vitalidad, esperanza y fortaleza. Ambos deben complementarse y suplementarse.

Yo creo que A.A. continuará sirviendo a los hombres y mujeres durante tanto tiempo como sea necesario, si permanece abierta a la inspiración de Dios, abierta para que unos y otros formen su comunidad y abierta para brindar servicio al mundo exterior. Creo que A.A. ha obrado sabiamente al confinar su actividad organizada hacia los alcohólicos, pero espero y creo sinceramente que veremos reflejado un amplio efecto de A.A. sobre la medicina, la psiquiatría, la corrección, la educación, la problemática siempre presente de la naturaleza humana y los métodos de que nos valgamos para mejorarlas, así como influirá grandemente en la iglesia misma.

Creo que A.A. ha derivado su inspiración y su ímpetu indirectamente de las actitudes internas y creencias de la iglesia. Tal vez haya advenido la época de que la iglesia se despierte y vitalice por las actitudes y prácticas que se encuentran en A.A. No conozco ningún campo del devenir humano en el cual los Doce Pasos no sean útiles y aplicables. Creo que A.A. puede tener un efecto mucho mayor en el mundo actual que el que ya ha tenido, y puede contribuir grandemente al despertar espiritual que se siente llegar pero que todavía no se ha hecho presente porque el mundo de nuestra época no se siente bien.

Por eso en esta ocasión, cuando A.A. voltea una página histórica, cuando el liderazgo va a recaer en una compañía más amplia que en el pasado, demos gracias a Dios por su bondad para con nosotros, por la forma como ha guiado, prosperado, usado, enriquecido y desarrollado esta fuerza maravillosa de nuestro tiempo, y por toda la promesa que A.A. representa para incontables millares y tal vez millones de personas en el futuro.

Dios bendiga a A.A. por siempre.

Bill: Es un lugar común en A.A. el decir que nuestros líderes no gobiernan por el mandato sino que conducen por el ejemplo. Seguramente hemos sido conducidos esta mañana por un magnifico ejemplo, un ejemplo sin el cual esta sociedad nunca hubiera tenido existencia. Creo que sería muy pertinente para concluir esta sesión, el recitar la oración de San Francisco, uno de los santos cuyo ejemplo es tan cercano y tan apreciado por todos nosotros:

"Señor, hazme instrumento de tu paz, para que allí donde haya odio, pueda llevar amor; para que donde haya el mal, pueda llevar el espíritu del perdón; para que donde haya discordia, pueda llevar la armonía; para que donde haya error, pueda llevar la verdad; para que donde haya duda, pueda llevar la fe; para que donde haya desconsuelo, pueda llevar la esperanza; para que donde haya tinieblas, pueda llevar la luz; para que donde haya tristeza, pueda llevar alegría. Señor, concédeme que yo pueda consolar y no ser consolado; comprender y no ser comprendido; amar y no ser amado. Porque para encontrarse hay que olvidarse de sí mismo. Perdonando seremos perdonados. Al morir es cuando despertamos a la vida eterna".

ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS VISTA POR UN AMIGO

Los amigos de A.A. son incontables. Su inmensa buena voluntad y a menudo su ayuda directa han sido indispensables para nuestro progreso.

El Sr. Bernard Smith, abogado neoyorquino cuya alocución sigue a continuación, ha sido notable durante muchos años a causa de la experimentada devoción que él, en su función de Custodio y como Presidente de la Junta de Servicios Generales de A.A., ha dedicado a nuestros servicios mundiales. El suyo es un ejemplo de la clase de amistad que ha logrado que A.A. prospere y crezca.

EL INDIVIDUO, A.A., Y LA SOCIEDAD

Por Bernard Smith

Presidente de la Junta de Servicios
Generales de Alcohólicos Anónimos
1951 - 1956

(Basada en charlas del Sr. Smith en las primeras seis Conferencias de Servicios Generales).

A medida que se aproximaba la época en que yo iba a dejar de servir como Presidente, me hallé a mí mismo pensando en muchas cosas: en aquellos días excitantes de la lucha inicial cuando A.A. estaba tomando forma; en las muchas amistades que A.A. ha hecho posible para mí, una persona no alcohólica; en las incontables y gratas experiencias que me han acontecido dentro de la Comunidad de A.A.; en lo maravilloso que es el ver que en tan corto tiempo, A.A. hubiera producido una Conferencia de Servicios Generales con una parte tan numerosa de nuestra Sociedad representada por los delegados escogidos.

Más que cualquier otra cosa, tal vez, pensé en el milagro de la forma cómo se presenta el tiempo dentro de A.A., cómo las cosas parecen empezarse en A.A. únicamente cuando la oportunidad se presenta adecuada; cómo hemos discutido sobre asuntos pospuestos únicamente para darnos cuenta y agradecer posteriormente que esos asuntos se postergaran solamente debido a que la época para hacerlos no se había presentado.

Y pensé también en el dedo de Dios que determina nuestro curso, como individuos, como comunidad y en nuestra relación con el mundo que nos rodea. Claramente pensé, los Doce Pasos de A.A. deben haber sido concebidos espiritualmente para colocarnos ante un reto serio y creciente a todos, los alcohólicos y no alcohólicos. ¿Cuál es ese reto? Es el reto a una generación que negaría las bases espirituales de la existencia humana para aceptar en su lugar una base aceptada general y socialmente, mecánica y materialista. Es un reto ante el cual A.A. nunca se rendirá, porque el

fundamento de su fe y su misma existencia se basan en la certeza de una base espiritual para la vida sobre la tierra.

Confieso que cuando me vi expuesto por primera vez a A.A., no pensé en términos de conceptos amplios y sociales o en la aplicación de grandes verdades espirituales a los problemas que todos los hombres comparten en su búsqueda de lo que cada uno puede concebir como felicidad.

Las circunstancias de aquella primera exposición fueron bastante prosaicas. Los primeros miembros de A.A. y algunos de sus amigos no alcohólicos, conscientes de la necesidad de crear una estructura de servicio simple pero efectiva para el movimiento que estaban iniciando, necesitaban un abogado que les ayudara a enmarcar la documentación con miras a la incorporación de la Fundación Alcohólica, que ahora conocemos como la Junta de Servicios Generales de A.A.

Un amigo mío que era (y lo es todavía) miembro de A.A. me sugirió que conociera a Bill. Nunca podré olvidar aquella primera reunión en mi oficina, una tarde de hace quince años, y la larga conversación que tuvimos esa noche. Y siempre estaré agradecido a mi amigo que nos presentó a Bill y a mí en aquella tarde memorable, porque en alguna forma misteriosa me encontraba listo para recibir el mensaje de Bill. Aprendí algo entonces para lo cual parece que yo hubiera estado preparándome durante toda mi vida. Lo que Bill estaba logrando comunicarme era el hecho, por entonces sorprendente, de que en A.A., cuando los hombres dejan de beber para aplicar los Doce Pasos a sus propias vidas, lo que hacen en efecto es empezar a vivir sobre una base espiritual.

Para mí, como no alcohólico, fue un gran hallazgo comprender que A.A. era una forma de vida para mí también, y para muchos otros como yo que nunca habían buscado el escape en una botella o en aquellos otros refugios hacia los cuales se vuelven los hombres para huir de las presiones de un mundo materialista. El alcohólico activo, como parece claro para todos aquellos que observan la humanidad actual, no tiene el monopolio de la infelicidad o del sentimiento de que la vida carece de propósito y de motivación.

Durante todos los años desde aquella primera reunión con Bill, años maravillosos en los cuales he tenido el privilegio de servir como miembro y como Presidente de la Junta de Servicios Generales, nunca he perdido la seguridad inicial de que A.A. es mucho más que una comunidad de alcohólicos recuperados, sino que ciertamente es una forma de vida para todos aquellos que han perdido su camino en este mundo convulsionado.

He tratado frecuentemente de definir la comunidad de A.A. con muy poco éxito, hasta un día en que, encontrándome en Inglaterra, escuché por radio un programa del Canónigo C. E. Raven, famoso líder religioso británico. En el curso de su programa, el Canónigo Raven estableció las condiciones de una verdadera comunidad con estas palabras:

“Para que exista una verdadera comunidad son necesarias tres condiciones: La posesión de un ideal común que involucre el alejamiento completo de la división y el egoísmo. El propósito de una tarea común lo suficientemente grande para capturar la imaginación y darle expresión a la lealtad. Y la camaradería, la cualidad de unión, mezcladas en tal forma que puedan encontrarse la alegría y la fuerza de pertenecer a una sociedad orgánica que se compromete en un servicio de jornada completa. Podemos encontrarla en su mayor amplitud cuando el ideal es alto y valioso, cuando la tarea se extiende y se integra a cada onza de nuestra fortaleza y a cada elemento de nuestro ser, cuando la camaradería es tan sólida y profunda que respondemos unos por otros sin

esfuerzo consciente, nos damos cuenta de la necesidad inefable y reaccionamos a ella espontánea e inmediatamente.

Bajo tales condiciones, toda la vitalidad que nosotros derrochamos usualmente en nuestros celos y vanidades, manteniendo apariencias y tratando de colocar a las demás personas en su propio lugar, se vuelve disponible para el uso creativo".

Creo que estas palabras tienen significado para A.A., no sólo como definición de una verdadera comunidad y de nuestras metas y actitudes, sino para recordarnos que A.A. no es un organismo social estático y pasivo sino, en su más amplio sentido, una fuerza dinámica y creativa que pone en acción nuestro poder latente para vivir y para actuar constructivamente.

Hace no mucho tiempo volaba sobre los desiertos de nuestro Sur-Oeste. Aquí y allá, saliendo casi de la nada, se encontraban tímidos retazos de exuberante vegetación, rodeados por enormes extensiones de desierto árido y pardo. Empecé a pensar en las enormes fuentes de agua subyacentes bajo esta extensión desértica, las cuales, de aflorar, harían que todo el desierto empezara a florecer. Pensé que Dios Suministra el agua pero nosotros tenemos que cavar los pozos.

Asimilé aquellos retazos de vegetación a nuestros grupos en los cuales, con la fe derivada de los Doce Pasos, cavamos los pozos que causaron el florecimiento de los retazos verdes en nuestro desierto de la vida. Reflexioné que hemos aprendido que nosotros solos no Podíamos transformar el desierto en el cual vivíamos; no podíamos excavar el pozo por nuestros únicos recursos. Porque en A.A. el todo es mayor que la suma de las partes. El poder que se refleja del grupo, de nuestra comunidad, extrae algo más de cada uno de nosotros de lo que nosotros mismos podemos suministrar. Cada uno de nosotros, a su vez, extrae de la represa espiritual de nuestra comunidad el valor y la voluntad adicionales que a nosotros nos hace más fuertes y a nuestra comunidad más grande.

Lo que Podemos extraer de la vida de acuerdo con los principios de A.A., es mucho más de lo que el materialista considera como felicidad.

Recientemente tuve ocasión de examinar la definición de felicidad en un diccionario moderno. Para mi sorpresa, en la primera definición se leía "buena suerte, buena fortuna, prosperidad". Esta definición materialista está muy lejana del concepto de felicidad que se puede encontrar en A.A.

La segunda definición en ese diccionario, era directamente aplicable a la clase de felicidad que los hombres y mujeres buscan y encuentran en A.A. La clase que puede mantenerse viviendo de acuerdo con los Doce Pasos. Esta definición dice: "Un estado de bienestar caracterizado por una permanencia relativa, por una emoción agradable y dominante, que varía en valor desde la mera alegría hasta el júbilo total, y por un deseo natural por su continuación"

Si medirnos la felicidad por los términos de esta definición creo que aquellos que viven de acuerdo con los principios de A.A. gozan de una mayor felicidad que cualquier clase o grupo de personas de los cuales yo tenga noticia.

He dado un profundo y detenido examen a estas definiciones. Reflexioné, por ejemplo, que las definiciones del diccionario siguen el uso corriente socialmente aceptado, y me perturbó el hecho de que la primera definición de felicidad estuviera implantada en términos tan materialistas como "buena suerte, buena fortuna y prosperidad".

De suerte que me puse en la tarea de revisar varios diccionarios publicados a fines del siglo pasado. Encontré que la palabra "prosperidad" no aparecía en ninguno de ellos como parte de la definición de "felicidad". Luego busqué un diccionario corriente

publicado en 1927. Para esta época la definición "buena suerte, buena fortuna, prosperidad" no sólo habla aparecido sino que estaba en segundo lugar. Y en 1943 ya estaba en primer lugar, suplantando aquella definición con la cual nosotros en A.A. preferimos ser bendecidos, y va se había alcanzado una concepción totalmente material de la felicidad aceptada como definición y meta de los hombres y mujeres de la sociedad moderna.

Podría decirse por consiguiente, que nuestros Doce Pasos, si los juzgamos por los criterios de felicidad socialmente aceptados en nuestra época, son pasos reaccionarios. Pero son pasos que se devuelven para buscar el corazón universal del hombre, el espíritu verdadero de la humanidad. El mundo se habrá movido hacia adelante cuando nuestra definición de felicidad en el diccionario sea revisada en términos retroactivos.

Las verdades que emergen de una sociedad materialista tienden en ocasiones a ser paradójicas. Consideremos, por ejemplo, esta simple proposición: "Yo soy un alcohólico". La primera vez que un hombre o mujer se levanta delante de nosotros y dice, "Yo soy un alcohólico", pronuncia estas palabras cuando ya no está bebiendo alcohol. Así, cuando llega la ocasión en que los miembros se describen a sí mismos como alcohólicos, la sociedad deja de mirarlos como tales. Y sin embargo únicamente en el momento en que un miembro deja de beber es cuando comienza a describirse correctamente a sí mismo como un alcohólico.

Cuando los alcohólicos viven en forma materialista y beben excesivamente, rehusan aceptar el calificativo de "alcohólico". Pero cuando dejan de beber y se dicen a sí mismos y al mundo, "Somos alcohólicos", el mundo rehusa verlos como tales.

Aquello que un mundo irreflexivo podría mirar como derrota, los alcohólicos en A.A. lo conocen como un triunfo del espíritu, un triunfo de la humildad sobre el falso orgullo y el egoísmo. Cuán pocos seres humanos han tenido el coraje de levantarse ante sus vecinos y, con toda humildad, describirse verdaderamente a sí mismos diciendo: "Esto es lo que yo soy realmente".

Hay dos momentos en los cuales la afirmación explícita de las palabras "Yo soy un alcohólico" tienen gran significación. Uno de ellos es la primera vez que un miembro pronuncia estas palabras en una reunión de A.A. Existe, sin embargo, otra ocasión anterior que es tal vez de mucha mayor importancia. Es el momento en que el hombre le dice a su padrino, en la oscuridad y desesperación de su alma, "Yo soy un alcohólico". Y este momento nos indica otra paradoja de A.A.

La paradoja es que el miembro de A.A. se aproxima a su hermano alcohólico que sufre no desde una posición superior y más fuerte por la recuperación que ya tiene sino desde la posición del reconocimiento de las propias debilidades. El ^{21/I} miembro A.A. le habla al recién llegado no con un espíritu de poder sino con un espíritu de humildad y debilidad. No menciona la desorientación que tiene el alcohólico que aún

^{21/I} REFLEXION DIARIAS.

SERVIR A MI HERMANO. Según pasan los días en A.A., le pido a Dios que dirija mis pensamientos y mis palabras al hablar. En esta participación continua se me presentan muchas oportunidades de hablar.

Elevo mi pensamiento y pido: "Querido dios, ayúdame a vigilar siempre mis pensamientos y mis palabras, que sean las verdades, lo correcto, de nuestro programa. Ayúdame Dios, a reconcentrarme en busca de Tu amorosa guía, de manera que lo que diga sea verdaderamente amoroso, bondadoso, útil y sanador, pero lleno de humildad y despejado de cualquier matiz de superioridad.-

Tal vez hoy tenga que enfrentar palabras o actitudes desagradables características del alcohólico. Si esto ocurriera, hará una pausa para centrarme en Dios y entonces reaccionar desde un punto de vista de compostura, fortaleza y sensibilidad.-

sufre; menciona la desorientación que él mismo tuvo en otras épocas. No se pronuncia como juez de su prójimo sino como juez de sí mismo tal como había sido anteriormente.

La sociedad moderna, al referirse al alcohólico, emplea la expresión "la esclavitud del alcohol". Para el miembro de A.A., esta afirmación es paradójica en un sentido muy especial, en caso de que fuera totalmente cierta. Concretamente, el miembro nunca fue esclavizado por el alcohol. El alcohol simplemente sirvió como un escape de la esclavitud personal a falsos ideales de una sociedad materialista. Sin embargo, si aceptamos la definición socialmente aceptada del estado primigenio del alcohólico como de esclavitud por el alcohol, el miembro de A.A. no puede seguir resentido, porque le ha servido para liberarse de todas las trampas materialistas colocadas en todos los caminos que atraviesan la selva de nuestra sociedad. Porque el alcohólico tuvo primero que encarar el materialismo como una enfermedad de la sociedad antes de poderse liberar de la enfermedad del alcoholismo y libertarse de las enfermedades sociales que lo hicieron alcohólico.

Los hombres y mujeres que utilizan el alcohol como un escape no son los únicos que tienen miedo de la vida o sienten hostilidad hacia el mundo y se evaden de él para buscar la soledad. Hay millones que no son alcohólicos y viven actualmente en mundos ilusorios, que nutren las ansiedades e inseguridades básicas de la existencia humana en vez de afrontar su propia condición con valor y humildad. Para esta gente, A.A. ofrece una cura que no es una poción mágica, ni una fórmula química, ni una droga poderosa. Pero puede demostrarles cómo usar las herramientas de la humildad, la honradez, la devoción y el amor que, ciertamente, están en el corazón de nuestros Doce Pasos para nuestra recuperación.

Hay todavía otra afirmación paradójica de la sociedad humana que tiene aplicación especial en A.A. Esta afirmación es que "Una cadena es tan fuerte como su eslabón más débil". El corolario consiste en que la cadena es fuerte únicamente si no tiene eslabones débiles.

La paradoja de esta afirmación en cuanto su aplicación en A.A., es que en A.A. la cadena **es realmente** tan fuerte como su eslabón más débil. Porque la cadena interminable de A.A. crece en fortaleza al punto de que puede alcanzar los eslabones débiles. los hombres y mujeres alcohólicos que todavía sufren. En esta paradójica verdad descansa la certeza de la supervivencia de la comunidad. La perpetuación de A.A. está fundamentada en la así llamada debilidad de aquellos seres humanos que se escapan de las bases materialistas de la sociedad a través del medio alcohólico.

Debido a que conocemos el tremendo impacto que A.A. puede tener sobre las generaciones que nos seguirán. hemos tomado tanto cuidado al construir la estructura de servicios de A. A. en la Junta de Servicios Generales, la Conferencia de Servicios Generales y las incontables oficinas de servicio que cumplen las tareas cotidianas esenciales de transmitir el mensaje de A.A. a través del mundo entero. Con toda razón Bill ha descrito esta estructura de servicio como un Legado, que merece la misma atención y comprensión que han sido prodigadas al Primer Legado de los Doce Pasos y al Segundo Legado de las Doce Tradiciones.

Pero este Legado de Servicio tiene un anexo. Ese anexo consiste en que se nos garantiza el uso de este legado durante toda nuestra vida pero con la condición de que nosotros no solamente lo preservemos sino que tratemos de incrementar su contenido espiritual para las generaciones que vendrán después de nosotros. Cada generación sucesiva, a medida que reciba este legado, deberá protegerlo similarmente si desea emplearlo para ganar en su vida y para pasarlo a la siguiente generación con un contenido espiritual enriquecido.

La Conferencia de Servicios Generales de A.A. es, naturalmente, el instrumento práctico para la preservación, acrecentamiento y administración de este gran Tercer Legado de Servicio. El concepto de la Conferencia ha sido desde el principio simple y obligante. Se basa en la creencia de que todos nosotros quienes hemos estado asociados con A.A. durante su crecimiento inicial y su desarrollo posterior tenemos una obligación con la sociedad. Esa obligación consiste en asegurar la supervivencia de esta comunidad, para que nunca se extinga esta antorcha de fe, esta luz radiante de esperanza para el mundo.

Es probable que no necesitemos una Conferencia de Servicios Generales para asegurar nuestra propia recuperación. Pero sí la necesitamos para asegurar la recuperación del alcohólico que todavía tropieza en la oscuridad, en su búsqueda de la luz. La necesitamos para asegurar la recuperación de algunos niños recién nacidos que inexplicablemente están destinados al alcoholismo. La necesitamos para proveer, en contacto permanente con el Duodécimo Paso, un refugio para todos los alcohólicos que en el futuro puedan encontrar en A.A. ese renacimiento que trajo nuevamente a la vida a sus primeros miembros.

La necesitamos porque somos conscientes del efecto devastador de la tendencia humana hacia el poder y el prestigio que nunca debemos permitir que se introduzca a nuestra comunidad. Necesitamos una Conferencia para asegurar a A.A. contra cualquier clase de gobierno y al mismo tiempo prevenirla de la anarquía; la necesitamos para proteger la comunidad contra la desintegración al mismo tiempo que se evita la superintegración. La necesitamos para que Alcohólicos Anónimos y únicamente Alcohólicos Anónimos sea el depositario definitivo de sus propios Doce Pasos, sus Doce Tradiciones, y todos sus servicios.

Necesitamos una Conferencia para asegurar que los cambios dentro de A.A. se sucedan únicamente como respuesta a las necesidades y deseos de A.A. como un todo y no solamente de alguna de sus partes. La necesitamos para asegurar que las puertas de A.A. nunca se encuentren cerradas, para que todas las personas que tengan un problema alcohólico puedan entrar a nuestros recintos sin necesidad de responder preguntas y sabiendo que reciben afectuosa bienvenida. La necesitamos para asegurar que Alcohólicos Anónimos nunca tenga en cuenta la raza, el credo o la posición social de ninguna persona que busque y necesite nuestra ayuda.

He considerado un privilegio invaluable y una enorme experiencia e inspiración el haber podido servir a A.A. como Presidente de la Junta de Servicios Generales durante tantos años, posición que me permitió servir como Presidente de las primeras seis reuniones de la Conferencia de Servicios Generales. Cuando me retiré como Presidente, después de la sexta Conferencia en abril de 1956, no creí estar me retirando de A.A. Nadie que haya sido parte de A.A. como yo, puede retirarse. Simplemente se hace a un lado pero continúa sirviendo dentro de las filas, dando de sí mismo tan humildemente y tan hábilmente como pueda.

Yo no extendí mi renuncia como Presidente porque ya no deseara continuar en ese cargo. Asumí con mucho gusto esa responsabilidad. He encontrado, como no alcohólico, una gran satisfacción en la confianza que me han otorgado tantas personas. Para establecer una paradoja más, me retiré del cargo de Presidente movido por mi amor mi devoción a A.A. Porque yo declaré hace muchos años y he continuado creyendo, que A.A. debe aislarse a sí misma del derecho perpetuo de servir. Ninguna persona debe tener el derecho de permanecer en un cargo de A.A. indefinidamente.

El simple hecho de que nadie haya pedido mi renuncia, y afortunadamente de que lo cierto sea lo contrario, afirma con mayor razón la tradición en la rotación en todas

las posiciones de servicio de A.A. Algún día esta tradición de que nadie pueda servir como presidente durante un período indefinido puede ser más valiosa de lo que hoy podemos apreciar. Con toda seguridad al mantenemos dentro del cuerpo no escrito de una comprobada tradición podemos aceptar a través de A.A. que, si bien A.A. es importante para la existencia del individuo, ningún individuo puede ser vital para la existencia de A.A. Es A.A. la importante; importante para aquellos que han sido rechazados por la sociedad y para aquellos que han rechazado a la sociedad; importante para toda la sociedad humana como un símbolo de la fuerza de una gran reserva espiritual de la cual todos podemos servirnos si aspiramos a vivir una forma de vida verdadera.

Este precioso mensaje que hemos recibido, y por medio del cual hemos tratado de vivir, ha resultado en nuestros logros con una medida de felicidad humana mucho mayor de la que se encuentra en h sociedad y el ser humano corriente que puebla nuestra tierra en el presente y que no ha sido sujeto al agudo sufrimiento del alcoholismo. Debemos, sin embargo, como individuos y como comunidad, preocuparnos siempre por la estructura de servicios de Alcohólicos Anónimos que protege y expande nuestra forma de vida. Porque continuaremos debiendo a las generaciones futuras la obligación solemne de asegurar que esta forma de vida sea disponible para ellas, así como ha sido disponible para nosotros.

Como no alcohólico, como estudioso de todos esos movimientos sociales de los cuales hemos derivado lo mejor de nuestra herencia actual, observo la comunidad de Alcohólicos Anónimos como el fenómeno espiritual más sobresaliente de nuestro siglo. Veo en el concepto de vida que se involucra en A.A. una gloriosa esperanza para toda la humanidad. Porque los miembros de esta comunidad son testigos de excepción de la verdad activa de que el hombre puede vivir la vida del espíritu y funcionar efectivamente dentro de un mundo materialista.

Así llega a su final esta primera generación en la vida de A.A. Es rica en su fe, grande en su número y dedicada en su propósito. Me siento agradecido por haber tenido el privilegio de observar su irrupción en nuestra sociedad.

Al retirarme de la Presidencia de la Agencia de Servicios Mundiales de A.A., tengo que confesar un dolor que me asalta. Y es el no haber tenido la experiencia o los dones que me hubieran permitido hacer más de lo poco que he tratado de hacer para llevar adelante los propósitos de esta formidable y permanente comunidad.

APENDICES

APENDICE A

**Como ponerse en contacto con Alcohólicos Anónimos y
los Grupos Familiares de Al - Anon**

En los Estados Unidos y el Canadá, la mayor parte de los pueblos y ciudades tienen grupos de A.A. En tales lugares, se puede localizar a A.A. por medio del directorio telefónico local, algunas oficinas de prensa, estaciones de policía, o por medio de sacerdotes y clérigos locales. En las grandes ciudades, los grupos sostienen oficinas locales donde los alcohólicos y sus familias pueden arreglar lo pertinente a entrevistas u hospitalización. Estas oficinas llamadas intergrupales, se encuentran bajo el nombre "A.A." o "Alcohólicos Anónimos" en los directorios telefónicos.

En Nueva York, Alcohólicos Anónimos sostiene un centro de servicio internacional. Este consta de la Junta de Servicios Generales de A.A., cuyos Custodios administran la Oficina de Servicios Generales, A.A. World Services, Inc., y nuestra revista mensual, The A.A. Grapevine, Inc.

Si no se encuentra A.A. en su localidad, dirija una carta a, Box 459, Grand Central Station, New York, NY 10163, y recibirá rápida respuesta de este centro mundial, que le dirigirá al grupo A.A. más cercano. Si no existe ningún grupo cercano a usted, se le invitará a unirse a nuestra correspondencia y esto le ayudará mucho para asegurar su sobriedad a pesar de lo aislado que se encuentre.

En caso de que usted sea pariente o amigo de un alcohólico que no muestra interés inmediato en A.A., le sugerimos que escriba a los Grupos Familiares de Al-Anón Inc., P.O. Box 862, Midtown Station, New York, NY 10018-0862. Esta es una oficina mundial para los Grupos Familiares de Al-Anón que están compuestos principalmente de esposas, esposos y amigos de miembros de A.A. Estas Oficinas le darán la localización del Grupo Familiar más cercano y, si usted lo desea, mantendrán correspondencia con usted acerca de los problemas especiales que quiera seguir.

APENDICE B

POR QUE ALCOHOLICOS ANONIMOS ES ANONIMO

Por Bill

Este artículo podrá comprenderse mejor si recordarnos las Tradiciones referentes al anonimato. La Tradición Undécima dice: "Nuestra política de relaciones públicas se basa más bien en la atracción que en la promoción; debemos mantener siempre nuestro anonimato personal ante la prensa, la radio, la televisión y el cine". La Tradición Doce establece: "El anonimato es la base espiritual de todas nuestras tradiciones, recordándonos siempre que debemos anteponer los principios a las personalidades".

Como nunca antes, la lucha por el poder, el prestigio y la riqueza está desintegrando la civilización. Hombre contra hombre, familia contra familia, grupo contra grupo, nación contra nación.

Casi todos los que se hallan empeñados en esta feroz competencia declaran que sus propósitos son la paz y la justicia para ellos mismos, para sus vecinos y para sus naciones: "Dadnos poder y os daremos justicia; dadnos fama y os daremos nuestro buen ejemplo; dadnos dinero y todos estaremos cómodos y felices". La gente en todo el mundo cree profundamente en ello, y actúa consecuentemente. En esta encrucijada, la sociedad parece estar precipitándose hacia un callejón sin salida. La señal de "pare" está claramente indicada con una palabra: "Desastre".

¿Qué tiene que ver esto con el anonimato, y con Alcohólicos Anónimos?

Nosotros los A.A. debíamos saberlo. Casi todos nosotros hemos transitado por esa vía sin destino. Fortalecidos por el alcohol y la propia justificación, muchos de nosotros hemos perseguido los fantasmas del dinero y la importancia personal, justo hasta los límites de la señal de desastre final. Luego vino A.A.

Volvimos nuestras miradas y nos hallamos a nosotros mismos en una avenida cuyas señales direccionales no indicaban ni una sola palabra sobre poder, fama o riqueza. Las nuevas señales decían, "Una vía a la salud y la serenidad; el precio es el sacrificio personal".

Nuestro libro, *Doce Pasos y Doce Tradiciones*, establece que "el anonimato es la mejor protección que pueda tener nuestra sociedad". Dice también que "la substancia espiritual del anonimato es el sacrificio".

Miremos a los veinte años de experiencia de A.A. y veamos cómo se llegó a aquella creencia, expresada ahora en nuestras Tradiciones Once y Doce.

Al principio sacrificamos el alcohol. Tuvimos que hacerlo, o él hubiera acabado con nosotros. Pero no podíamos liberarnos del alcohol si no hacíamos otros sacrificios. La vanidad y la pomposa mentalidad tuvieron que desaparecer. Tuvimos que echar por la ventana la justificación propia, la autocompasión y la ira. Tuvimos que retirarnos de la desatinada competencia por el prestigio personal y los enormes saldos bancarios. Tuvimos que asumir la responsabilidad de nuestro lamentable estado y dejar de culpar a otros por ello.

¿Fueron aquellos realmente sacrificios? Sí, lo fueron. Para obtener la humildad y el respeto propio, suficiente siquiera para permanecer vivos, tuvimos que desechar aquello que había sido nuestra más cara posesión: nuestras ambiciones y nuestro ilegítimo orgullo.

Pero aun esto no fue bastante. El sacrificio tendría que ir mucho más lejos. Otra gente habría de beneficiarse también. De manera que empezamos el trabajo del Duodécimo Paso; empezamos a llevar el mensaje de A.A. Sacrificamos tiempo, energía y aun nuestro dinero para hacerlo. No podíamos conservar lo que teníamos si no lo entregábamos completamente.

¿Pedimos a los recién iniciados que nos dieran algo? ¿Les pedimos que nos dieran poder sobre sus vidas, o fama por nuestro trabajo, o algo de su dinero? No, no lo hicimos. Encontramos que si pedíamos alguna de aquellas cosas nuestro trabajo perdía su eficacia. Así, aquellos deseos naturales tuvieron que ser sacrificados; de otra manera, nuestros iniciados recibían muy poca o ninguna sobriedad, y nosotros tampoco la obteníamos.

Así aprendimos que el sacrificio debería tener un doble beneficio o ninguno en absoluto. Empezamos a conocer la clase de entrega de nosotros mismos que no tenía consigo un rótulo de precio.

Cuando el primer grupo de A.A. tomó forma, aprendimos rápidamente una mayor cantidad de hechos. Encontramos que cada uno de nosotros tenía que hacer sacrificios por el grupo, sacrificios por el bienestar común. El grupo, por su parte,

encontró que debía declinar muchos de sus propios derechos para garantizar la protección y el bienestar de cada miembro, y de A.A. como un todo. Estos sacrificios tenían que hacerse o de lo contrario A.A. dejaría de existir.

De estos hallazgos y experiencias, empezaron a derivar en su forma y substancia las Doce Tradiciones de Alcohólicos Anónimos. Gradualmente fuimos viendo que la unidad, la efectividad y aun la supervivencia de A.A. dependería siempre de nuestra continuada buena voluntad de sacrificar nuestros deseos y ambiciones personales en pro de la seguridad y bienestar comunes. Así como el sacrificio significa la supervivencia del individuo, así también el sacrificio significa la unidad y la supervivencia del grupo y de la comunidad entera de A.A.

Viéndolas en esa forma las Doce Tradiciones de A.A. no son más que una lista de sacrificios, los cuales nuestra experiencia de veinte años nos ha enseñado que debemos hacer individual y colectivamente, si queremos que A.A. continúe existiendo y creciendo.

En nuestras Doce Tradiciones hemos hecho frente a casi todas las tendencias del mundo exterior. Nos hemos negado a nosotros mismos el gobierno personal, el profesionalismo y el derecho a decidir quiénes han de ser nuestros miembros. Hemos abandonado la beatería, el reformismo y el paternalismo. Rechazamos la caridad económica y preferimos pagar a nuestra manera. Cooperamos con casi todo el mundo, pero sin entregar nuestra sociedad a nadie. Nos abstenemos de la controversia pública y tratamos de no discutir entre nosotros por aquellas cosas que mantienen dividida a la opinión pública: religión, política y moralidad. Sólo tenemos un propósito: llevar el mensaje de A.A. al alcohólico que lo desee.

No adoptamos aquellas actitudes por un prurito de virtud o sabiduría; lo hicimos porque la dura experiencia nos enseñó que lo debíamos hacer para que A.A. pudiera sobrevivir en el convulsionado mundo de hoy. También nos abstuvimos de nuestros derechos y nos sacrificamos porque debíamos hacerlo, o mejor, queríamos hacerlo. A.A. es un poder superior a cualquiera de nosotros; tiene que seguir adelante o incontables miles de nuestros semejantes morirán. Esto lo sabemos perfectamente.

Ahora, ¿dónde entra el anonimato en este cuadro? Y de todas maneras, ¿qué es el anonimato? ¿Por qué creemos que es la mayor protección que puede tener A.A.? ¿Por qué es nuestro más alto símbolo de sacrificio personal, la clave espiritual de todas nuestras Tradiciones y de nuestra manera de vivir?

El siguiente fragmento de la historia de A.A. revelará, así lo espero, la respuesta que todos buscamos. Hace años un famoso beisbolista obtuvo su sobriedad a través de A.A. Puesto que su recuperación fue tan espectacular, obtuvo una tremenda ovación personal en la prensa y se dio a Alcohólicos Anónimos gran parte del mérito. Su fotografía y su nombre completo como miembro de A.A. fueron vistos por millones de admiradores. Nos hizo mucho bien; los alcohólicos empezaron a llegarnos. Y nos gustó la cosa. Yo me sentí especialmente entusiasmado porque ello me dio muchas ideas.

Muy pronto yo también estaba a la luz pública, muy contento de obtener fotografías y entrevistas personales. Para mi propia delectación, me di cuenta que podía estar en las primeras páginas de los periódicos, como el beisbolista. Además, éste no podía sostener el ritmo de su publicidad, pero yo sí podía con el mío. Para mí sólo era necesario mantenerme viajando y hablando. Los grupos locales de A.A. y los periódicos hacían el resto. Recientemente me espanté hojeando aquellas viejas crónicas. Durante dos o tres años creo que fui el quebrantador número uno del anonimato de A.A.

Por ese motivo no puedo culpar al A.A. que a partir de entonces ha tratado de ser abanderado. Yo mismo di el ejemplo, hace años.

En esa época, nos pareció que era lo que había que hacer. Sintiéndome justificado, tragué el anzuelo. Qué gusto me dio ver aquellos titulares de dos columnas hablando de "Bill el Corredor de Bolsa" con mi nombre completo y fotografía, ¡el hombre que estaba salvando a los borrachos por millares!

Poco a poco este cielo de ensueño se fue oscureciendo. Fueron oyéndose las murmuraciones de los A.A. escépticos que decían: "Este Bill está acaparando todo. Al Dr. Bob debiera también corresponderle algo". O también: "Supongamos que toda esta publicidad se le sube a la cabeza y Bill termina emborrachándose a nuestra salud".

Eso me molestó. ¿Por qué me perseguían si yo estaba haciendo tanto bien? Dije a mis críticos que estábamos en América y que si no sabían que yo también tenía el derecho a la libre expresión ¿No estaban este país y todos los otros dirigidos por líderes de gran prestigio y fama? El anonimato podría estar bien para miembros corrientes de A.A., pero los cofundadores éramos excepciones. El público tenía ciertamente el derecho a saber quiénes éramos nosotros.

Pero otros A.A. también tomaron la iniciativa (gente ávida de prestigio; tipos iguales a mí). Ellos también iban a ser excepciones, ¿por qué no? Dijeron que el anonimato ante el público en general era para la gente tímida; las personas más valientes y sólidas, como ellos, debían alzarse para ser contados como ejemplo y tendrían que soportar la luz centelleante de las cámaras fotográficas. Esta clase de valor pronto borraría el estigma sobre el alcoholismo. El público podría darse cuenta de los magníficos ciudadanos que se podrían obtener de los borrachos recuperados. Así más y más miembros rompieron su anonimato, siempre por el bien de A.A. ¿Qué pasaba si un alcohólico se retrataba con el Gobernador? Tanto el alcohólico como el Gobernador merecían el honor, ¿verdad? Así nos fuimos precipitando hacia el callejón sin salida de que hablábamos inicialmente.

El siguiente paso en la ruptura del anonimato nos pareció aún más lisonjero. Una íntima amiga mía pensó en dedicarse a la educación alcohólica. Un departamento de una gran universidad, interesado en el alcoholismo, le pidió a ella que saliera y hablara al público en general que los alcohólicos eran gente enferma y que podrían hacerse muchas cosas a este respecto. Mi amiga era magnífica como oradora y como escritora. ¿Podría decirle al público que ella pertenecía a A.A.? ¿Por qué no? Usando el nombre de Alcohólicos Anónimos obtendría la mejor publicidad posible no sólo para su programa educativo sino para A.A. también. Me pareció que era una idea excelente y le di mi aprobación.

A.A. ya estaba adquiriendo un nombre famoso y valioso. Con el apoyo de nuestro prestigio y el de su propia habilidad, los resultados fueron inmediatos. En un corto lapso, su retrato y nombre completos acompañaron excelentes crónicas acerca de su proyecto educativo y de AA., en casi todos los grandes periódicos de Norteamérica. La comprensión pública del problema alcohólico se incrementó, el estigma sobre los borrachos disminuyó, y AA. adquirió nuevos miembros. Ciertamente, no parecía haber nada erróneo con ello.

Pero lo había. En aras de este beneficio a corto plazo, estábamos sometiéndonos a un riesgo futuro de inmensas y amenazadoras proporciones. Por esa época, un miembro de AA. empezó a publicar una revista dedicada por entero a la cruzada de la prohibición del alcohol; pensó que Alcohólicos Anónimos debería ayudarlo en su campaña por obtener un mundo sin alcohol. Se descubrió como miembro de A.A. y usó libremente nuestro nombre para atacar al licor, a quienes lo fabricaban y a quienes lo consumían. Señaló que él también era un "educador" y que el tipo de educación que él estaba ofreciendo era la "adecuada". En cuanto a poner el nombre de A.A. en

controversia pública, pensó que nosotros deberíamos estar a su lado. De tal manera que usó el nombre de A.A. para hacer justamente eso. Por supuesto, también rompió su anonimato para apoyar su amada causa.

A esto siguió una propuesta, proveniente de una asociación de comerciantes en licores, de que un miembro de A.A. tomase a su cargo una tarea de "educación". Había que decirle a la gente que el alcohol excesivo es dañino para cualquier persona y que cierta clase de gente (los alcohólicos) no deberían beber ni una gota. ¿Qué podría haber de malo en esto?

El problema radicaba en que nuestro amigo A.A. tendría que romper su anonimato; cada aviso publicitario y artículo educativo debería llevar su nombre completo como miembro de A.A. Esto, naturalmente, podría servir para crear en el público la impresión definida de que A.A. favorecía la "educación" al estilo propuesto por los comerciantes en licores.

A pesar de que las iniciativas mencionadas nunca fueron llevadas demasiado lejos, sus implicaciones fueron sin embargo, terribles. Nos hicieron abrir los ojos. Prestándose a cualquier causa, y luego declarando públicamente que pertenecía a A.A., le era posible a cualquier miembro el comprometer a Alcohólicos Anónimos con cualquier empresa o controversia, buena o mala. Y a medida que fuera siendo más apreciado el nombre de A.A., mayor iba a ser la tentación de usarlo.

La prueba de esto no demoró mucho en aparecer. Otro miembro empezó a meternos en el negocio de la publicidad. Había sido comisionado por una compañía de seguros de vida para preparar una serie de doce "conferencias" acerca de Alcohólicos Anónimos en una cadena nacional de radio. Esto serviría lógicamente para hacer propaganda a los seguros, a Alcohólicos Anónimos (y naturalmente al conferencista), todo presentado en una forma muy bonita.

En las Oficinas Centrales de A.A. leíamos los borradores de las conferencias. Estaba compuestas de un 50 por ciento A.A. y el otro 50 por ciento de las opiniones religiosas personales de nuestro amigo. Esto podría crear una falsa imagen en el público acerca de nosotros. Podría levantarse el prejuicio religioso contra A.A. Y objetamos el programa.

Nuestro amigo nos escribió una ardiente carta diciendo que él se sentía "inspirado" para dictar esas conferencias y que nosotros no podíamos interferir su derecho de libre opinión. Si bien era cierto que él iba a recibir un pago por su trabajo, su único interés era el bienestar de A.A. y que si nosotros no sabíamos qué era lo que nos convenía, peor para nosotros. Nosotros y la Junta de Custodios de A.A. podríamos irnos al diablo si queríamos, porque las conferencias serían radiodifundidas de todos modos.

Esto nos hizo reflexionar. Únicamente por el hecho de romper su anonimato y usar así el nombre de A.A. para sus propios fines, nuestro amigo se haría cargo de nuestras relaciones públicas, nos comprometería en polémicas religiosas y nos metería en el mundo publicitario.

Significaba esto que en lo sucesivo cualquier miembro despistado podría poner en peligro nuestra sociedad a cualquier hora y en cualquier lugar con el sólo hecho de romper su anonimato y empezar a decir cuánto bien nos estaba haciendo con ello. Alcanzamos a imaginarnos a todos los miembros de A.A. que negociaban en propaganda, buscando un patrocinador comercial para vender cualquier cosa usando el nombre de A.A., desde galletas hasta jugos de frutas.

Algo teníamos que hacer. Escribimos a nuestro amigo diciéndole que A.A. también tenía el derecho a expresarse libremente. No nos opondríamos a él públicamente, pero sí le garantizábamos que si el programa se, llevaba a la radio, su

patrocinador recibiría varios miles de cartas de miembros de A.A. rechazándolo. Así nuestro amigo abandonó su proyecto.

Pero el dique del anonimato continuó con filtraciones. Algunos miembros de A.A. empezaron a meternos en política. Empezaron a decir a los Comités Legislativos de los Estados Unidos (públicamente, por supuesto) lo que A.A. deseaba en materia de recuperación, dinero y legislación.

Así, con nombres completos y a menudo con fotografías, algunos de nosotros se volvieron politiqueros. Otros miembros empezaron a servir como jurados en cortes de justicia y audiencias públicas, aconsejando cuáles de los borrachos que estaban siendo juzgados debían ir a A.A. y cuáles debían ir a la cárcel.

Luego fueron apareciendo las complicaciones de dinero inherentes a la ruptura del anonimato. Por esa época, la mayor parte de nosotros sintió que debíamos suspender la solicitud pública de dinero para los fines de A.A. Pero entre tanto la empresa educativa de mi amiga, patrocinada por la universidad, había crecido. Ella tenía la necesidad legítima y natural de obtener dinero en abundancia para sus fines. Por consiguiente, empezó a pedir públicamente las contribuciones, indicando la forma en que se iban a emplear. Puesto que ella era miembro de A.A. y seguía identificándose como tal, muchos contribuyentes se sintieron confusos. Pensaron que A.A. tenía algo qué ver con el campo educacional, o que A.A. por sí mismo estaba levando fondos, lo cual no era cierto y no queríamos que lo fuera. En esta forma el nombre de A.A. se estaba utilizando para conseguir dinero en los precisos momentos en que estábamos tratando de decirle al público que A.A. no quería contribuciones de gente extraña a la asociación. Aquel antecedente puso en movimiento toda clase de solicitudes públicas de miembros de A.A. para obtener dinero, con fines tales como fincas de reposo para alcohólicos en tratamiento, programas del Duodécimo Paso, casas de alojamiento para miembros de A.A., clubes, etc. Y todo ello, fortalecido grandemente por rupturas deliberadas del anonimato.

Viendo lo que pasaba, mi amiga, como miembro magnífico que es, trató de volver nuevamente al anonimato. Pero ya que había sido tan profusamente anunciada, fue una labor muy difícil, y le ha tomado varios años llevarla a cabo. Pero hizo el sacrificio, y aquí quiero manifestar mi profundo agradecimiento por su proceder.

Después llegamos casi a alarmarnos al saber que estábamos siendo comprometidos en la política partidista, esta vez para el beneficio de un solo individuo. Al presentarse como candidato para un puesto público, un miembro enfatizó su propaganda política con el hecho de que él era un A.A. y por consiguiente una persona de sobriedad comprobada. Puesto que A.A. era muy popular en su estado, pensó atraerse en esta forma los votos de los electores.

Probablemente la mejor anécdota de estos temas nos narra cómo se usó el nombre de A.A. para apoyar una demanda por difamación. Una dama miembro de A.A. cuyo nombre y méritos profesionales son famosos en tres continentes, recibió cierta vez una carta que ella consideró insultante y lesiva para su reputación profesional. Creyó que algo debía hacerse al respecto, y obtuvo el apoyo de su abogado, también miembro de A.A. Ambos supusieron que tanto el público en general como A.A. tendrían un motivo justificado de ira al conocer los hechos. En consecuencia, varios periódicos publicaron que Alcohólicos Anónimos estaba apoyando a uno de sus miembros femeninos (con nombre propio, por supuesto), para ganar su demanda. Casi inmediatamente, un connotado periodista de la radio dijo lo mismo ante una audiencia estimada en doce millones de radioescuchas. Esto nos probó nuevamente que el nombre

de A.A. había sido utilizado con propósitos puramente personales, y esta vez a escala nacional.

La historia de A.A. registra muchos casos de experiencias obtenidas al romperse el anonimato. La mayoría de ellas nos señalan las mismas lecciones.

Ellas nos dicen que los alcohólicos somos los más grandes racionalistas del mundo; que fortificados con la excusa de que estamos haciendo grandes cosas por el bien de A.A. podemos, al romper el anonimato, continuar en nuestra antigua y desastrosa búsqueda de poder, prestigio personal, honores públicos y dinero, las mismas ambiciones implacables que cuando vimos frustradas una vez, nos condujeron a la bebida; las mismas fuerzas que hoy rompen la unidad en el mundo. Más aún, nos hacen comprender que un número suficiente de espectaculares pérdidas del anonimato, podrían algún día arrastrar a nuestra comunidad en forma total hacia el ruinoso punto final.

De manera que estamos ciertos de que si tales fuerzas pudieran gobernar nuestra Comunidad, nosotros también pereceríamos, tal como otras sociedades han perecido a través de la historia humana. No supongamos ni por un momento que los alcohólicos recuperados somos mejores o más fuertes que las otras personas; o que si en veinte años nada le ha pasado a A.A. entonces ya nada le podría suceder.

Nuestra gran esperanza realmente radica en el hecho de que nuestra experiencia, como alcohólicos y como miembros de A.A., nos ha enseñado finalmente el inmenso poder de aquellas fuerzas para la auto-destrucción. Esas lecciones tan duramente aprendidas nos han proporcionado la buena voluntad necesaria para acometer cualquier sacrificio personal que se haga necesario para la preservación de nuestra preciada Comunidad.

He aquí el por qué vemos nosotros el anonimato al nivel del público en general como nuestra mayor protección contra nosotros mismos, como el guardián de todas nuestras Tradiciones y el mayor símbolo de auto-sacrificio que conocemos.

Desde luego no es necesario que el miembro de A.A sea anónimo para su familia, sus amigos o vecinos. Revelar su condición a este nivel es generalmente correcto y útil. Ni tampoco hay peligro especial al hablar en el grupo o en reuniones públicas de A.A., siempre que m informaciones periodísticas revelen únicamente el nombre de pila.

Pero ante el público en general (prensa, radio, cine, televisión y similares), la revelación de nombres propios y fotografías es un punto peligroso. Aquí la llave puede y debe permanecer siempre cerrada.

Ahora nos darnos cuenta totalmente que un ciento por ciento de anonimato ante el público es tan vital para la vida de A.A. como lo es un ciento por ciento de sobriedad para la vida de cada miembro en particular. Este no es un consejo dado por el temor, sino la voz prudente de una larga experiencia. Estoy seguro que vamos a escucharla; que haremos todos los sacrificios necesarios. Verdaderamente hemos escuchado esa voz. Hoy sólo queda un puñado de personas que rompen su anonimato.

Digo todo esto con la mayor vehemencia que puedo; lo digo porque sé en qué consiste la tentación de la fama y el dinero. Además, porque yo mismo rompí mi anonimato una vez. Gracias a Dios que hace años la voz de la experiencia y los amables consejos de sabios amigos me sacaron de la senda peligrosa por la que estaba conduciendo a nuestra sociedad. Así aprendí que lo temporal y aparentemente bueno es a menudo el mortal enemigo de lo permanente y mejor. Cuando se trata de la supervivencia de A.A. sólo sirve que demos sin reticencia lo mejor de nosotros.

Deseamos mantener el ciento por ciento del anonimato por otro motivo poderoso, aunque a veces se deja de lado. En lugar de proporcionarnos mayor

publicidad, los repetidos quebrantamientos del anonimato para beneficio personal, pueden deteriorar severamente las magnificas relaciones de que ahora gozamos con la prensa y con el público, y llevarnos a sufrir de mala prensa y de la desconfianza pública.

Durante muchos años los canales noticiosos de todo el mundo han proporcionado a A.A. una entusiasta publicidad, en forma continua e indeterminable y a veces desproporcionada con el valor de las noticias en sí. Los editores nos han dicho el motivo. Nos han dado espacios y tiempos extras porque su confianza en A.A es completa. La base para tal confianza es, según nos comentan, nuestra continua insistencia en el anonimato personal a nivel de la prensa.

Nunca antes las agencias de noticias, y los expertos en relaciones públicas habían oído de una sociedad que tan absolutamente rechazara la propaganda personal a sus líderes o miembros. Para ellos esta novedad extraña y agradable ha sido siempre la prueba positiva de la solidez de A.A., y de que no hay aristas en la comunidad. Esto, nos dicen, es la principal razón para su estimación por nosotros. Y es el motivo por el cual en cualquier época del año, ellos siguen llevando el mensaje de recuperación de A.A. al mundo entero.

Si por causa de algunas pérdidas del anonimato hacemos que la prensa, el público y aun aquellos alcohólicos que están en camino de unirse a nosotros empiecen a preguntarse cuáles son nuestros verdaderos fines, seguramente perderemos esta magnífica ayuda que nos han proporcionado, y simultáneamente, aquellos alcohólicos ya no se nos unirán porque nuestra buena fama irá siendo menor y peor cada vez. Por consiguiente, nuestro rumbo está claramente marcado. Puesto que la mayoría de nosotros puede verlo y el resto pronto lo verá, tengo la plena confianza en que no permitiremos que llegue a nuestra sociedad el día que estamos advirtiendo.

APENDICE C

CARTA DE LA CONFERENCIA

Esta Carta de Constitución de la Conferencia de Servicios Generales, como se expresa seguidamente, es un conjunto de principios y relaciones a través del cual A.A. puede funcionar como un todo.

La Conferencia misma no es incorporada y su Carta de Constitución no es un instrumento legal. Sus principios son tradicionales, y su facultad de servir a A.A. está basada en la experiencia, la costumbre y el uso más bien que en el compromiso obligatorio de una ley. Es un acuerdo informal entre A.A. y sus Custodios enunciando los medios por los cuales A.A. puede dar un Servicio a escala mundial.

Las ramas de servicio de la Conferencia, tales como la Junta de Servicios Generales, Servicios Mundiales de A.A. Inc. y A.A. Grapevine, Inc., son por supuesto incorporados por separado y legalmente relacionados entre sí. Pero estas disposiciones

sólo se han establecido para el propósito de manejar fondos, hacer contratos necesarios y asegurar una buena administración.

Para fines de la Conferencia exclusivamente, los varios Custodios, Directores y Miembros del Cuerpo Directivo que guían eficazmente los servicios de las Oficinas Centrales son miembros de la Conferencia con deberes especiales y tienen derecho a un voto cada uno. Así los Custodios son miembros de la Conferencia que tienen deberes relativos a la protección; Servicios Mundiales de A.A. Inc. y los Directores de A.A. Grapevine y Cuerpos Directivos son miembros de la Conferencia con deberes editoriales o de Servicio.

Tradicionalmente, los Custodios de la Junta de Servicios Generales nombrarán sus propios sucesores, sujetos a la deliberación y aprobación de la Conferencia o un Comité de la misma.

Tradicionalmente, aunque no legalmente, una votación de las dos terceras partes del quórum de la Conferencia será considerada como obligatoria para los Custodios o cualquier elemento de servicio de las Oficinas Centrales. Pero una simple decisión de la mayoría de la Conferencia será solamente una sugerencia para la Junta de Servicios Generales.

Esta Carta puede ser reformada en cualquier tiempo por una votación compuesta por las tres cuartas partes de todos los miembros de la Conferencia, a excepción, sin embargo, de la reforma del Art. 12 de la Carta o de los Doce Pasos y las Doce Tradiciones de A.A. que debe ser aprobada por los Grupos de A.A. como lo establece el Art. 3 de la Carta de Constitución.

Mientras que la Conferencia puede moldear y dirigir sus Servicios Mundiales, nunca puede mandar o gobernar la Asociación de Alcohólicos Anónimos.

Tal es la esencia de la Carta de Constitución de la Conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos.

La Carta en sí se transcribe seguidamente.

CARTA DE CONSTITUCION DE LA CONFERENCIA DE SERVICIOS GENERALES DE ALCOHOLICOS ANONIMOS

(Sección Norteamericana)

Nota: La Carta Constitutiva de la Conferencia de Servicios Generales (EE.UU./Canadá) como está hoy se encuentra en El Manual de Servicios de A.A

1. *Propósito:* La Conferencia de Servicios Generales de A.A. es la protectora de los Servicios Mundiales y de las Doce Tradiciones de Alcohólicos Anónimos. La Conferencia será solamente un cuerpo de Servicio; nunca un gobierno para Alcohólicos Anónimos.

2. *Composición:* La Conferencia (Sección Norteamericana) estará compuesta por los Delegados de Estados y Provincias, los Custodios de la Junta de Servicios Generales, los Directores, el co-fundador sobreviviente de A.A., y los miembros de la Dirección de las Oficinas Centrales o Delegados extranjeros que la Conferencia desee invitar.

Otras Secciones de la Conferencia se podrán crear posteriormente en el extranjero si llega a ser necesario por razones geográficas o de lenguaje. La Sección Norteamericana de la Conferencia de Servicios Generales se convertirá entonces en la Sección Superior, ligada a las otras Secciones por vínculos de mutua consulta y de intercambio de Delegados.

Pero ninguna Sección de la Conferencia será en cuanto a autoridad superior a otra. Toda acción conjunta debe ser tomada solamente con base en una votación de las dos terceras partes de todas las Secciones juntas. Dentro de sus límites cada Conferencia debe ser autónoma. Solamente los casos que afecten seriamente las necesidades de A.A. a escala mundial serán objeto de consideración conjunta.

3. Relación de la Conferencia con A.A.: La Conferencia trabajará para A.A. en la perpetuación y dirección de sus Servicios Mundiales, y será también el vehículo por el cual el movimiento de A.A. puede expresar sus puntos de vista sobre la política vital de A.A. y todas las peligrosas desviaciones de la Tradición de A.A. Los Delegados deben ser libres para votar según les dicte su conciencia; ellos también deben ser libres para decidir qué asuntos deben ser llevados al nivel del Grupo, ya sea para información, discusión instrucción o como instrucción directa de ellos.

Pero ningún cambio en el Art. 12 de la Carta de Constitución o en las Tradiciones de A.A. o en los Doce Pasos de A.A. puede hacerse sin el consentimiento escrito de las tres cuartas partes de los Grupos de A.A., como se explica en la Resolución adoptada por la Conferencia y Convención de 1955.

4. Relación de la Conferencia con las Oficinas Centrales de A.A.: La Conferencia reemplazará a los fundadores de A.A. quienes anteriormente funcionaron como guías y consejeros de la Junta de Servicios Generales, y sus Servicios conexos de las Oficinas Centrales. Se espera que la Conferencia contará con el respaldo de diferentes secciones dignas de confianza, de la opinión de A.A. para este propósito.

Para adelantar efectivamente este mismo propósito se entenderá, como tradición, que una votación de las dos terceras partes del quórum de una Conferencia se considerará obligatoria para la Junta de Servicios Generales y sus correspondientes servicios conexos. Un quórum consistirá de las dos terceras partes de todos los miembros de la Conferencia inscritos.

Pero ninguna votación semejante debe debilitar los derechos legales de la Junta de Servicios Generales y de las corporaciones de servicios para dirigir los negocios de rutina y hacer contratos ordinarios en relación con ellos.

Se entenderá, además, a pesar de las prerrogativas legales de la Junta de Servicios Generales, Custodios y miembros de la Dirección de las Oficinas Centrales, como tradición, que una votación de las tres cuartas partes de todos los miembros de la Conferencia puede efectuar una reorganización de la Junta de Servicios Generales y las Oficinas Centrales, si, o cuando tal reorganización se considere esencial.

Bajo tal procedimiento, la Conferencia puede pedir renuncias, puede nombrar nuevos Custodios y puede tomar cualquier otra medida necesaria sin tener en cuenta las prerrogativas legales de la Junta de Servicios Generales.

5. Asambleas Estatales y Provinciales: Composición: Las Asambleas de Estados y Provincias están compuestas por Representantes de todos los Grupos A.A. que deseen participar, en cada Estado de los EE. UU. o Provincias del Canadá.

Cada Estado y Provincia siempre tendrá derecho a una Asamblea. Pero los Estados o Provincias con una gran población de A.A. estarán autorizados para tener Asambleas adicionales, como se estipula en este Manual de Servicios Mundial o en cualquier futura reforma del mismo.

6. Asambleas Estatales y Provinciales: Propósito: Las Asambleas de Estados y Provincias se convocan cada dos años para elegir los Miembros de los Comités de Estado y Provincia, de los cuales se escogen los Delegados para la Conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos. Tales Asambleas de Estado o Provincia tienen que ver solamente con los asuntos de Servicio Mundial de Alcohólicos Anónimos.

7. Asambleas Estatales y Provinciales: Método para elegir miembros de Comité y Delegados: Siempre que sea factible, los Miembros de Comités son elegidos por votos escritos sin firma. Y los Delegados son escogidos de entre los Miembros de Comité por las dos terceras partes de votos escritos o por suerte, como se estipula en el Manual de Servicio Mundial.

8. Asambleas Estatales y Provinciales: Período de duración de los Representantes de Grupos, Miembros de Comités y Delegados: A menos que sea decidido de otra manera por la Conferencia, estos periodos de duración deben ser concurrentes y de dos años cada uno. En aproximadamente la mitad de Estados y Provincias, las elecciones de las Asambleas se llevarán a cabo en años pares las demás Asambleas harán sus elecciones en los años "impares", creando así los Registros rotatorios Uno y Dos de la Conferencia, como se describe posteriormente en el Manual de Servicio Mundial.

9. Reuniones de la Conferencia de Servicios Generales: La conferencia se reunirá anualmente en la ciudad de New York, a menos que se estipule de otra manera. Reuniones especiales podrán ser convocadas si se presenta una grave emergencia. La Conferencia puede también rendir opiniones autorizadas en cualquier momento mediante un escrutinio realizado por correo o por teléfono en ayuda de la Junta de Servicios Generales o sus Servicios conexos.

10. La Junta de Servicios Generales: Composición, Jurisdicción, Responsabilidades: La Junta de Servicios Generales de A.A. será una corporación Administrativa compuesta por alcohólicos y no-alcohólicos, quienes escogen sus propios sucesores, siendo esta elección, sin embargo, sujeta a aprobación de la Conferencia o un Comité de ella. Los Custodios Alcohólicos son, sin embargo, nombrados primero por sus áreas o por sus Comités Estatales o Provinciales y luego ratificados por el Comité de Custodios de la Conferencia. Ellos son elegidos entonces para la Junta de Servicios Generales, estando los Custodios obligados por tradición a hacerlo así.

La Junta de Servicios Generales es la principal rama de Servicio de la Conferencia, y su carácter es esencialmente de protección.

Excepto para decisiones sobre asuntos de la política, finanzas o Tradición de A.A., expuestos a afectar seriamente a A.A. como un todo, la Junta de Servicios Generales tiene completa libertad de acción en la dirección rutinaria de los sistemas y asuntos de negocios de las Oficinas Centrales de A.A. y puede nombrar Comités

apropiados y elegir directores para sus entidades subsidiarias de Servicio en consecución de este propósito.

La Junta de Servicios Generales es sobre todo responsable de la integridad financiera y política de sus Servicios subsidiarios: A.A. Publishing, Inc.* y A.A. Grapevine Inc., y de otras corporaciones de Servicio semejantes que la Conferencia desee formar, pero con esto no se comprometerá el derecho del editor del Grapevine para aceptar o rechazar material para su publicación.

La Carta de Constitución y Estatutos de la Junta de Servicios Generales, o cualquier modificación de ellos estarán siempre sujetos a la aprobación de la Conferencia de Servicios Generales mediante la votación de las dos terceras partes de todos sus miembros.

Excepto en una grave emergencia, ni la Junta de Servicios Generales ni cualquiera de sus Servicios conexos debe nunca tomar una decisión que pueda afectar grandemente a A.A. como un todo, sin consultar antes a la Conferencia. No obstante se entiende que la Junta en cada caso se reserva el derecho a decidir cual de sus acciones o decisiones requiere la aprobación de la Conferencia.

11. La Conferencia de Servicios Generales: Procedimientos Generales: La Conferencia oirá los informes financieros y políticos de la Junta de Servicios Generales y sus correspondientes Oficinas de Servicios. La Conferencia examinará con los Custodios, Directores y miembros de la Dirección de las Oficinas Centrales todos los asuntos presentados que afecten a A.A. como un todo, abrirá los debates, nombrará los Comités necesarios y aprobará las resoluciones apropiadas para consulta o dirección de la Junta de Servicios Generales y las Oficinas Centrales.

La Conferencia puede además discutir y recomendar actitudes apropiadas respecto a serias desviaciones de la Tradición de A.A., o el peligroso uso impropio del nombre de Alcohólicos Anónimos.

La Conferencia puede redactar cualquier reglamento que sea necesario y nombrará sus propios oficiales y Comités por cualquier método de su propia elección.

Al final de cada sesión anual, la Conferencia redactará un informe completo de sus realizaciones para ser suministrado a todos los Delegados y Miembros de Comités; también un resumen del mismo, el cual se enviará a los Grupos de A.A. de todo el mundo.

12. Garantías Generales de la Conferencia: En todas sus actividades, la Conferencia de Servicios Generales observará el espíritu de la Tradición de A.A., teniendo gran cuidado en que la Conferencia no se convierta jamás en un lugar de peligrosa riqueza o poder; que fondos suficientes para gastos de operación, más una amplia reserva, sea su prudente principio económico; que ninguno de los miembros de la Conferencia se coloque nunca en una posición de completa autoridad sobre cualquiera de los otros; que todas las decisiones importantes se logren por discusión, votación y, siempre que sea posible, por verdadera unanimidad; que ninguna acción de la Conferencia sea personalmente punitiva o una indulgente incitación a controversia pública; que aunque la Conferencia puede actuar por el Servicio de Alcohólicos Anónimos, nunca ejecute ningún acto de gobierno; y que, como la Sociedad de A.A. a la cual sirve, la Conferencia misma permanezca siempre democrática en intención y acción.

* Ahora conocido como "Servicios Mundiales de A.A. Inc."

(Esta Carta de Constitución fue adoptada unánimemente por la Conferencia de 1955).

UNA RESOLUCION

**Presentada por Bill y aprobada en la Convención del
Vigésimo Aniversario de A.A.**

**(ESTA RESOLUCION AUTORIZA A LA CONFERENCIA DE SERVICIOS
GENERALES A ACTUAR PARA ALCOHOLICOS ANONIMOS Y
CONVERTIRSE EN LA SUCESORA DE SUS CO-FUNDADORES).**

Nosotros, los miembros de la Convención del Vigésimo Aniversario de Alcohólicos Anónimos, reunidos en St. Louis en julio del año 1955, consideramos que nuestra Asociación ha llegado a su mayoría de edad y está en capacidad de tomar posesión completa y permanente de los Tres Legados de nuestro Patrimonio en Alcohólicos Anónimos - Los Legados de Recuperación, Unidad y Servicio.

Creemos que la Conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos, creada en 1951 por nuestros co-fundadores, Dr. Bob y Bill W. y autorizada por los Custodios de la Fundación Alcohólica, es ahora enteramente apta para asumir la protección de las Doce Tradiciones de A.A. y para tomar la completa orientación y control del Servicio Mundial de nuestra Sociedad, como se estipula en el Manual del Tercer Legado de los Servicios Mundiales recientemente revisado por nuestro co-fundador sobreviviente, Bill W. y la Junta de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos.

También hemos escuchado con asentimiento la propuesta de Bill W., que la Conferencia de Servicios Generales debe convertirse en permanente sucesora de los fundadores de A.A., heredando de ellos todos sus deberes anteriores y responsabilidades especiales, evitando así en el futuro toda posibilidad de empeño en prestigio individual o autoridad personal; y proporcionado nuestra Sociedad los medios para funcionar en forma permanente.

POR LO TANTO, RESUÉLVASE: Que la Conferencia de Servicios Generales de Alcohólicos Anónimos se convierta, a partir de la fecha, julio 3 de 1955, en la protectora de las Tradiciones de Alcohólicos Anónimos, perpetuadora de los Servicios Mundiales de nuestra Sociedad, la voz de la Conciencia de Grupo de nuestra Confraternidad en general y la única sucesora de los co-fundadores, Dr. Bob y Bill.

Y SE ENTIENDE: Que ni las Doce Tradiciones de Alcohólicos Anónimos ni las garantías expresadas en el Artículo XII de la Carta de Constitución de la Conferencia serán cambiadas o corregidas por la Conferencia de Servicios Generales, sino mediante el previo consentimiento de todos los Grupos de A.A. del mundo. Los Grupos serán debidamente notificados sobre cualquier proyecto de cambio y se les concederá un tiempo no menor de seis meses para considerarlo. Y antes de que la Conferencia tome cualquier acción al respecto, debe recibirse por escrito dentro del tiempo estipulado, el

consentimiento de por lo menos las tres cuartas partes de todos los Grupos registrados que den respuesta a la correspondiente proposición.

ENTENDEMOS ADEMÁS: Que, como se estipula en el Artículo XII de la Carta Constitucional de la Conferencia, ésta se compromete para con la Sociedad de Alcohólicos Anónimos por los siguientes medios:

Que en todas sus actividades, la Conferencia de Servicios Generales observará el espíritu de la Tradición de A.A., teniendo gran cuidado en que la Conferencia no se convierta jamás en un lugar de peligrosa riqueza o poder; que fondos suficientes para gastos de operación, más una amplia reserva, su prudente principio económico; que ninguno de los miembros de la Conferencia se coloque nunca en una posición de completa autoridad sobre cualquiera de los otros; que todas las decisiones importantes se logren por discusión, votación y siempre que sea posible, por verdadera unanimidad; que ninguna acción de la Conferencia sea personalmente punitiva o una indulgente incitación a controversia pública; que aunque la Conferencia puede actuar en el Servicio de Alcohólicos Anónimos y tradicionalmente puede dirigir sus Servicios Mundiales, nunca promulgará leyes o reglamentaciones que comprometan a A.A. como un todo o a cualquier Grupo de A.A. o uno de sus miembros, ni ejecutará ningún acto de autoridad; y que, como la Sociedad de Alcohólicos Anónimos a la cual sirve, la Conferencia permanecerá siempre democrática en intención y acción.

(Esta Resolución fue aprobada por la Convención por aclamación, y por la Conferencia por determinación formal, por medio de votación).

St. Louis, Missouri-
Julio 3 de 1955.

APENDICE D

Texto del Premio Lasker

La Asociación de Salud Pública Americana otorga el Premio Lasker de 1951 a Alcohólicos Anónimos en reconocimiento a su especial y acertado enfoque del antiguo problema de salud pública y social, el alcoholismo.

Desde su fundación hace diez y seis años, Alcohólicos Anónimos ha traído la recuperación a más de 120.000 bebedores crónicos que fueron considerados sin esperanza. Hoy en día esta comunidad mundial de 4.000 grupos residentes en 38 países, está rehabilitando 25.000 personas adicionales por año. Al puntualizar que el alcoholismo es una enfermedad, se ha ido eliminando poco a poco el estigma social comunmente asociado a esta condición.

Alcohólicos Anónimos se basa en el nuevo principio de que un alcohólico recuperado puede hacer contacto y tratar a un compañero de problema como ninguna otra persona puede hacerlo. En esta forma, el alcohólico recuperado mantiene su propia sobriedad; el hombre que trata, pronto se convierte en un médico para el próximo paciente, creándose así una reacción en cadena de liberación, siempre creciente, con pacientes unidos por eslabones de sufrimiento común, entendimiento común y acción estimulante para una causa noble.

Este no es un movimiento de reforma, ni está operado por profesionales dedicados al problema. Se financia por contribuciones voluntarias de sus propios miembros, todos los cuales permanecen anónimos. No hay cuotas, ni terapias pagadas, ni trabajadores profesionales a sueldo. Gozan de la buena voluntad y a menudo del apoyo caluroso de muchos grupos médicos y científicos, logro que no es común en organizaciones manejadas enteramente por personas no profesionales.

Los historiadores señalarán algún día a Alcohólicos Anónimos como una sociedad que hizo mucho más que alcanzar una medida considerable de éxito con el alcoholismo y su estigma; ellos reconocerán que Alcohólicos Anónimos ha sido una gran aventura en la búsqueda social que forjó un nuevo instrumento para la acción social; una nueva terapia basada en la comprensión de un problema común, terapia que tiene un vasto potencial para las innumerables enfermedades que sufre la humanidad.

INFORME SOBRE A.A.

APENDICE E: a

Un Nuevo Enfoque en la Psicoterapia del Alcohólico Crónico

Por W. D. Silkworth. M.D.
New York New York

(Primer artículo médico escrito acerca de A.A. Tomado del *Journal-Lancet*, julio de 1939, Minneapolis, Minnesota)

El comienzo y desarrollo posterior de un nuevo enfoque al problema de la recuperación permanente del alcohólico crónico ha producido hasta el momento muy notables resultados y promete mucho para el futuro. Esta afirmación se basa en cuatro años de cuidadosa observación. Debido a que este desarrollo ha surgido de los mismos pacientes alcohólicos y en gran medida ha sido concebido y promovido por ellos, se cree que este nuevo tratamiento puede ser descrito libre y objetivamente.

La idea central consiste en una comunidad de hombres y mujeres ex-alcohólicos que se unen y agrupan para ayudarse mutuamente. Cada uno de los miembros se siente obligado a recibir y ayudar a los alcohólicos recién llegados para que puedan continuar por sí solos. Estos a su vez trabajan con otros nuevos pacientes, formando una cadena

interminable. Por consiguiente existe una gran posibilidad de crecimiento. En una localidad, por ejemplo, esta comunidad sólo tenía tres miembros en septiembre de 1935; diez y ocho meses después los tres habían tenido éxito con siete personas más. De entonces para acá estos diez han aumentado y hoy suman noventa.

Es mucho más que un sentido del deber, sin embargo, lo que suministra la fuerza dinámica necesaria y la armonía que son tan importantes para el éxito. Un factor poderoso es el de la autoconservación. Estos ex-alcohólicos encuentran frecuentemente que a menos que inviertan su tiempo ayudando a otros a recuperarse, no podrán permanecer sobrios. Frecuentemente, se hace imperativo un trabajo extenuante, casi sacrificado, en favor de los pacientes durante sus primeros días de recuperación. Este esfuerzo emana enteramente de una buena voluntad básica. Es una vocación. No hay cuotas ni contribuciones de ninguna especie, ni existe organización en el sentido ordinario de la palabra.

Estos hombres y mujeres ex-alcohólicos suman actualmente algo más de un centenar de personas. Un grupo se encuentra regado a lo largo de la costa atlántica teniendo a Nueva York como centro. Otro grupo un poco mayor se localiza en el medio oeste. En ellos están representados muchos oficios y profesiones, aunque predominan los profesionales y los hombres de negocios. El desinterés, los extremos a los cuales llegan estos hombres y mujeres para ayudarse unos a otros, el espíritu de democracia, tolerancia y buen juicio que prevalece, son sorprendentes para aquellos que saben algo de la personalidad alcohólica. Pero estas observaciones no explican adecuadamente por qué tantas personas tan gravemente afectadas pueden permanecer sobrias y encarar la vida nuevamente.

La respuesta principal es: Cada ex-alcohólico ha tenido y puede conservar, una experiencia vital "religiosa" o espiritual. Esta experiencia cumple cambios notables en la personalidad. Hay siempre, en todos los casos de éxito, un cambio radical en actitudes, apariencia física y hábitos de pensamiento, que en ocasiones suceden con una rapidez sorprendente; y en casi todos los casos, estos cambios se hacen evidentes en el curso de unos pocos meses.

Es un hecho conocido hace muchos siglos que el alcohólico crónico ha podido recuperarse en algunas ocasiones por medios religiosos. Pero estas recuperaciones han sido esporádicas, insuficientes en número o en características impresionantes como para encabezar una terapia para el problema alcohólico en conjunto.

La búsqueda consciente de estos alcohólicos por una respuesta adecuada los ha capacitado para encontrar el enfoque que ha sido efectivo en la mitad aproximadamente de los casos en los cuales ha sido ensayado. Esta es una cifra verdaderamente importante si recordamos que la mayoría de ellos se encontraba indudablemente más allá del alcance de las otras medidas médicas conocidas.

Los tópicos esenciales de este nuevo enfoque, sin un revestimiento psicológico, son:

1. Los ex-alcohólicos capitalizan un hecho que ellos han demostrado suficientemente, a saber: que un alcohólico puede asegurarse la confianza de otro en una forma y a un grado casi imposible de alcanzar por un extraño no alcohólico.

2. Después de haberse identificado plenamente con su prospecto, por medio de un recuento de los síntomas, conductas, anécdotas, etc., estos hombres le permiten al paciente que deduzca la consecuencia de que si se trata realmente de un alcohólico, es

probable que no tenga esperanzas si no recibe la experiencia espiritual. Ellos citan sus propios casos y se apoyan en opiniones médicas para probar este argumento. Si el paciente insiste en que no es un alcohólico grave, entonces le recomiendan que pruebe a permanecer abstemio por sus propios métodos. Usualmente, sin embargo, el paciente accede inmediatamente. Si no lo hace, algunas recaídas penosas a menudo lo pueden convencer.

3. Una vez que el paciente conviene en que es impotente, se ve enfrentado a un tremendo dilema. Ve claramente que debe tener una experiencia espiritual o de lo contrario será destruido por el alcohol.

4. Este dilema trae consigo una crisis en la vida del paciente quien se ve a sí mismo en una situación que no puede ser manejada por medios humanos. Ha sido colocado en esta posición por otro alcohólico que se ha recuperado gracias a una experiencia espiritual. Esta habilidad peculiar, que un alcohólico recuperado ejercita sobre uno que no ha logrado recuperarse, es el secreto principal del éxito sin precedentes que están teniendo estos hombres y mujeres. Pueden penetrar y transmitir la convicción a lugares donde no alcanzan el médico o el sacerdote. Bajo estas condiciones, el paciente regresa a la religión con completa buena voluntad y acepta fácilmente y sin reservas una proposición religiosa simple. Entonces puede adquirir mucho más que una simple serie de creencias religiosas: llega el cambio profundo mental y emocional que es común a la "experiencia" religiosa. (Véanse las *Variedades de la Experiencia Religiosa* de William James). Entonces, también, la esperanza del paciente se renueva y su imaginación se ilumina con la idea de pertenecer a un grupo de ex-alcohólicos donde le será permitido salvar las vidas y hogares de aquellos que han sufrido tanto como él mismo ha sufrido.

5. La comunidad es enteramente indiferente respecto a la manera que cada individuo enfoca el problema espiritual, siempre y cuando el paciente demuestre su deseo de entregar su vida y sus problemas al cuidado y la dirección de su Creador. El paciente puede figurarse la Deidad en cualquier forma. No se hace ningún esfuerzo para tratar de convertirlo a alguna fe religiosa o credo particular. Muchos credos están representados entre el grupo y prevalece la mayor armonía. Se hace notar que la comunidad no es sectaria y que el paciente es enteramente libre para seguir sus propias inclinaciones. No se exhibe la más mínima traza de evangelismo agresivo.

6. Si el paciente indica su buena voluntad para continuar, se le hace la sugerencia de llevar a efecto ciertas cosas que son obviamente mente buena psicología, buena moral y buena religión, sin tener en cuenta el credo religioso. Estas son:

a. Que haga una evaluación moral de sí mismo, y comente confidencialmente sus descubrimientos con una persona competente en la cual tenga confianza.

b. Que trate de reajustar las malas relaciones interpersonales, componiendo hasta donde sea posible los errores que él haya podido hacer en épocas pasadas.

c. Que se recomiende diariamente, o en caso de ser necesario. cada hora, al cuidado y la dirección de Dios, pidiéndole fortaleza.

d. Que de ser posible, asista a las reuniones semanales de la comunidad y ayude activamente a los alcohólicos recién llegados

Este es el procedimiento en síntesis. La forma de presentación puede variar considerablemente, dependiendo del enfoque que le dé cada individuo, pero los ingredientes esenciales del proceso son siempre similares. Cuando es presentado por un ex-alcohólico, la fuerza de este enfoque es muy notable. Para poder apreciarlo plenamente, uno debe haber conocido el trabajo y conocido a estos pacientes antes y después de su cambio.

Si consideramos la presencia del factor religioso, se podría esperar que se presentasen prejuicios y emocionalismos insanos. Este, sin embargo, no es el caso; por el contrario. Existe una instantánea reacción para descartar viejos métodos y utilizar los nuevos que producen mayores resultados. Por ejemplo, desde el principio se vio que la forma más ineficiente de aproximarse a un alcohólico es buscando el contacto directamente a través de su familia o de amigos, especialmente si el paciente está entregado fuertemente a la bebida. Los ex-alcohólicos insisten frecuentemente, por consiguiente, que un médico se haga cargo del paciente, ingresándolo a un hospital cuandoquiera que sea posible. Si no se consigue una hospitalización adecuada y el cuidado médico, el paciente se ve enfrentado al peligro del delirium tremens, del "cerebro mojado" o complicaciones similares. Después de permanecer interno durante algunos días, durante los cuales el paciente ha sido cuidadosamente desintoxicado, el médico trae a colación el problema de la abstinencia permanente, y si el paciente muestra interés, diplomáticamente le presenta a un miembro del grupo de ex-alcohólicos. Para esta época ya el paciente tiene autocontrol, puede pensar razonablemente y el enfoque puede hacerse en forma casual, sin que intervenga la familia o sus amigos. Más de la mitad de los miembros de esta comunidad han sido tratados en esta forma. El grupo es unánime en su creencia de que la hospitalización es deseable, y aun imperativa, en la mayoría de los casos.

¿Qué es lo que les ha sucedido a estos hombres y mujeres? Durante años, los médicos han investigado métodos que conllevan alguna similitud con éstos que acabamos de describir. Se hacen esfuerzos por procurar una discusión franca con el paciente que lo conduzca a su propia comprensión. Se indica que el paciente haga los reajustes necesarios en su medio ambiente. Deben asegurarse su cooperación y confianza. Los objetivos son buscar la extraversión y tener a mano una persona con la cual el alcohólico pueda comentar su dilema.

En un gran número de casos, este grupo alcohólico está logrando estos mismos objetivos porque sus métodos simples pero poderosos parecen llegar más profundamente que los otros métodos de tratamiento, por las siguientes razones:

1. A causa de sus experiencias alcohólicas y sus recuperaciones con éxito, ellos logran un alto grado de confianza de sus prospectos.

2. A causa de su confianza social, sus idénticas experiencias, y el hecho de que la discusión tiene lugar en términos morales y religiosos, el paciente narra su propia historia y hace su propia evaluación con cuidado y sinceridad extremos. Deja de vivir solo y se ve rodeado por una comunidad con la cual puede discutir sus problemas a medida que se van presentando.

3. A causa de la hermandad de los ex-alcohólicos, el paciente también puede salvar a otros alcohólicos de la destrucción. Al mismo tiempo, el paciente adquiere un ideal, un hobby, una vocación interesante y una vida social que empieza a disfrutar entre otros ex-alcohólicos y sus familias. Estos factores ayudan poderosamente a su extraversion.

4. A causa de la multitud de objetivos en los cuales puede invertir su confianza, el paciente puede volverse hacia los individuos a quienes entregó su confianza, el grupo ex-alcohólico como un todo, o el Poder superior. Es muy importante notar que el factor religioso tiene un valor preponderante aun desde el principio. Hay recién llegados que no han podido permanecer sobrios al tratar de aplicar el programa sin tener en cuenta a Dios, o al menos a un "Poder Superior" que es el mismo grupo.

La actividad mental de estas personas hacia el alcohol es muy interesante. La mayor parte de ellos informan que muy raras veces se ven tentados a beber. En estas ocasiones, su defensa contra la primera copa es enfática y adecuada. Citaremos uno de ellos, que fue una vez un caso muy serio en este hospital, pero que no ha tenido recaídas desde su experiencia hace cuatro años y medio:

Muy poco después de haber tenido mi experiencia, me di cuenta de que tenía la respuesta a mi problema. Durante los tres años anteriores a diciembre de 1934 yo había estado bebiendo dos y a veces tres botellas de ginebra al día. Aún en mis breves períodos de abstinencia, mi mente se encontraba obnubilada por el licor, especialmente si mis pensamientos se volvían hacia el hogar donde yo tenía botellas escondidas en cada uno de los pisos de la casa. Poco después de abandonar el hospital, comencé a trabajar con otros alcohólicos. En este trabajo, pensé mucho en el alcohol, aun hasta el punto de llevar una botella en mi bolsillo para ayudarles a pasar resacas muy severas. Pero desde el primer momento de mi experiencia, nunca se me ocurrió la idea de tomar un solo trago. Tuve la sensación de estar en una posición neutral. Yo ya no estaba luchando por permanecer en el vagón. Se me había eliminado el problema, simplemente dejó de existir para mí. Este nuevo estado mental vino en mi caso inmediata y automáticamente. Después de seis semanas de haber abandonado el hospital mi esposa me pidió que le alcanzara un pequeño utensilio colocado en un estante de nuestra cocina. Cuando lo estaba buscando, mi mano tropezó una botella que estaba parcialmente llena. Con un sentimiento de sorpresa y gratitud, me di cuenta que ni una sola vez durante las semanas anteriores había pensado en el licor que tenía almacenado en mi casa. Considerando el alcance con el cual el alcohol había dominado mi pensamiento, yo llamo esto un milagro. Durante cuatro años que lleva mi abstinencia he pensado seriamente en beber sólo en pocas ocasiones. En cada oportunidad, mi reacción fue de temor, seguida por la seguridad proveniente de mi habilidad recién hallada para pensar seriamente en el asunto, para trabajar con otro alcohólico o para entrar en un breve período de oración y meditación. Ahora tengo una defensa contra el alcohol que es positiva mientras yo logre mantenerme activo y dispuesto espiritualmente, lo cual hago en la forma más agradable.

Otro interesante ejemplo de reacción ante la tentación nos viene de un antiguo paciente que ahora se encuentra abstemio desde hace tres años y medio. Al igual que la mayor parte de esas personas, él estaba mucho más allá del alcance de los métodos psiquiátricos. El nos relata el siguiente incidente:

Aunque he estado sobrio durante varios años, todavía me molestan algunos períodos de profunda depresión y resentimiento. Yo vivo en una granja y pasan semanas

enteras en las cuales no tengo contacto con el grupo de ex-alcohólicos. Durante uno de esos períodos, me volví violentamente furioso al presentarse un incidente doméstico trivial. Deliberadamente decidí emborracharme, yendo al extremo de llenar mi alcoba de huéspedes con comida, pensando encerrarme allí cuando volviera del pueblo con una caja de licor. Subí a mi auto y me encaminé hacia el pueblo, todavía furioso. Cuando llegué a la portada paré el carro, sintiéndome repentinamente incapaz de llevar a cabo mi plan. Me dije, "Por lo menos tengo que ser honrado con mi esposa". Volví a la casa y le anuncié que me iba para el pueblo a emborracharme. Ella me miró calmadamente sin decir una sola palabra. Me di cuenta de lo absurda que era esa situación y me reí. Así pasó el incidente. En verdad, ahora tengo una defensa que funciona. Antes de mi experiencia espiritual yo nunca hubiera reaccionado en esa forma.

El testimonio que da la comunidad entera se resume en esto: Para la mayoría, estos hombres y mujeres son ahora indiferentes al alcohol, pero cuando sobreviene el deseo de tomar un trago, reaccionan sana y vigorosamente.

Esta comunidad alcohólica espera extender su trabajo a todos los sectores del país y hacer que sus métodos y respuestas sean conocidos por todos los alcohólicos que deseen recuperarse. Como primer paso, han preparado un libro que se llama *Alcohólicos Anónimos*. Se trata de un gran volumen de 400 páginas, donde se explican exhaustivamente sus métodos y experiencias, con mucha claridad y fuerza. La primera mitad de este libro es un texto dedicado a mostrar al alcohólico la actitud que se debe tomar y los pasos precisos que se deben seguir para llevar a efecto su propia recuperación. A continuación se encuentran instrucciones completas para hacer contratos y trabajar con otros alcohólicos. Dos capítulos se dedican a las relaciones familiares y uno a los empleadores como orientación para aquellos que rodean al enfermo. Hay un poderoso capítulo dirigido a los agnósticos, puesto que la mayoría de los miembros actuales encajaban en esa descripción. De interés particular para el médico es el capítulo sobre alcoholismo que trata principalmente los fenómenos mentales, en la forma en que estos hombres los ven.

Por medio del contacto personal con aquellos que están logrando resultados de este libro, los ex-alcohólicos esperan establecer nuevos centros. La experiencia ha demostrado que tan pronto como cualquier comunidad tiene tres o cuatro miembros activos, el crecimiento es inevitable, por la buena razón de que cada miembro siente la necesidad de trabajar con otros alcohólicos porque de lo contrario él mismo puede perecer.

¿Se extenderá este movimiento? ¿Serán permanentes todas estas recuperaciones? Nadie puede decirlo, Sin embargo, nosotros en este hospital, con la observación que hemos hecho en muchos casos, deseamos registrar nuestra opinión en la forma de un fuerte "Sí" a ambas preguntas.

El Mecanismo Terapéutico de Alcohólicos Anónimos ¹

Por Harry M. Tiebout, M. D.
Greenwich, Connecticut

(Tomado del *American Journal of Psychiatry*, de enero de 1944.
Se trata del primer artículo del Dr. Tiebout con el tema de Alcohólicos Anónimos.
Existen tres artículos más recientes que se enumeran al final de este capítulo).

Alcohólicos Anónimos es el nombre que se aplica a un grupo de ex-alcohólicos quienes, a través de un programa terapéutico que incluye un elemento definidamente religioso, han combatido con éxito el alcoholismo. Este grupo se deriva de los esfuerzos de un hombre, el Sr. "X", quien en 1934 encontró una respuesta a su problema con la bebida por medio de una experiencia religiosa personal. El fue capaz de traducir esta experiencia en términos que podían ser comprendidos por otras personas. Desde entonces, muchos alcohólicos han alcanzado la sobriedad utilizando este enfoque.

La labor de Alcohólicos Anónimos tiene tres facetas. Primero, el grupo tiene reuniones semanales en las cuales se comentan y discuten las experiencias y los problemas. Segundo, a todos se les encarece leer el libro *Alcohólicos Anónimos*, que contiene los principios básicos y debe leerse para poder llegar a comprender el programa. Tercero, los miembros trabajan con otros pacientes que están haciendo su contacto Inicial con el grupo. El ayudar a otros es una situación recíproca, puesto que no sólo se ayuda a los recién llegados en los primeros esfuerzos sino que también el patrocinador recibe ayuda, derivada de sus esfuerzos lo cual es algo esencial para su sobriedad permanente.

Las estadísticas en la oficina que tiene esta organización en Nueva York dicen lo siguiente:

5 recuperados al final del primer año.
15 recuperados al final del segundo año.
40 recuperados al final del tercer año
100 recuperados al final del cuarto año.
400 recuperados al final del quinto año
2.000 recuperados al final del sexto año
8.000 recuperados al final del séptimo año.

Alcohólicos Anónimos reclama una tasa de recuperación del 75 por ciento entre aquellas personas que ensayan realmente sus métodos. Esta cifra, aunada con su crecimiento impresionante, exige respeto y explicación.

Aunque soy un completo conocedor de los valores comunes en este grupo, de la ayuda que recibe cada miembro gracias a los esfuerzos que hace por ayudar a otras personas, y de la atmósfera general de esperanza y valor que emana de todas las personas que han sido tratadas con éxito observo todos estos hechos con accesos ante la fuerza terapéutica central que es la religión, una verdad que espero se hará más clara al finalizar este capítulo, y una conciencia que se desarrolló a través de muchas entrevistas que he tenido con el Sr. "X".

¹ Este artículo fue leído en la 99ª. reunión anual de la Asociación Siquiátrica Norteamericana, en Detroit, Michigan, mayo 10-12, 1943.

Mi primer contacto con el grupo vino por medio d una paciente de treinta y cuatro años que había tenido bajo mi cuidado en Blythwood durante varios meses. Ella había sido alcohólica crónica durante muchos años y a pesar de su inteligencia, posición familiar y éxitos juveniles, había literalmente llegado al fondo, después de una permanente pérdida en su fortuna que la había dejado prácticamente en la ruina. Aunque yo no conocía una paciente que deseara más desesperadamente aliviarse y que cooperara con mejor buena voluntad en el tratamiento, los resultados eran muy insatisfactorios. Finalmente, se hizo evidente que ella poseía una estructura de carácter tal, que a pesar de sus buenos esfuerzos y mi trabajo, permanecía imperturbable y era claramente culpable de la continuación de su problema alcohólico. Un día llegó a mis manos una copia mimeografiada del libro *Alcohólicos Anónimos*. La leí, y encontré que contenía una descripción muy precisa del problema de carácter que yo había estado tratando en mi paciente. En un esfuerzo por ubicarla un poco, le entregué el libro para que lo leyera. Sorprendentemente se mostró tan presionada que arregló su asistencia a una reunión de Alcohólicos Anónimos y muy rápidamente se convirtió en un miembro activo del grupo. Aún más sorprendente fue nuestro descubrimiento de que con el proceso de asimilación de ese programa, su estructura de carácter que había estado bloqueando cualquier ayuda, se disolvió y se vio reemplazada por una nueva estructura que le permitió a esta paciente permanecer abstemia.

Algo había tenido lugar bajo mi propia vista de lo cual no podíamos dudar y que no podíamos explicar como mera coincidencia. Me vi a mí mismo haciéndome la pregunta: ¿Qué fue lo que sucedió? Mi respuesta es que esa paciente había tenido una experiencia religiosa o espiritual. Esta respuesta, sin embargo, no mostró ser particularmente aclaratoria y por lo tanto me tomó mucho tiempo para empezar a apreciar su significado real.

Antes de tratar de explicar cómo se desarrolló la comprensión del significado del factor religioso, es necesario comentar la estructura de carácter que se había disuelto. Aunque existen muchas informaciones contrarias, existe también el reconocimiento creciente de ciertas cualidades comunes que se encuentran regularmente en los alcohólicos excepto aquellos que tienen una condición mental francamente subdesarrollada. La ^{2/II} característica del llamado alcohólico típico es un sentimiento egocéntrico narcisista, dominado por sensaciones de omnipotencia, que intenta mantener a toda costa su integridad interior. Si bien estas características también se encuentran en otros desajustes, aparecen en su forma relativamente pura en todos los alcohólicos. En un cuidadoso estudio de una serie de casos, Sillman informó recientemente que en su opinión se podían discernir los esquemas de una estructura de carácter común entre los bebedores problema, y que los mejores términos que se podían encontrar para ese grupo de cualidades anotadas eran la "individualidad desafiante" y la "grandiosidad". En mi opinión, aquellas palabras fueron escogidas muy certeramente. Interiormente ^{2/II} el alcohólico no acepta ser controlado por el hombre o por Dios. El, el

^{2/II} REFLEXION DIARIA.-

RESCATADO POR LA RENDICION.

El gran misterio es: "¿Por qué algunos de nosotros morimos de muerte alcohólica, luchando por conservar la 'independencia' de nuestro ego, mientras otros parecen lograr la sobriedad en A.A. sin ningún esfuerzo?". La ayuda de un Poder Superior, el regalo de la sobriedad, me llegó cuando un inexplicable deseo de dejar de beber coincidió con mi disposición de aceptar sugerencias de hombres y mujeres de A.A. Yo tuve que rendirme porque sólo podía ser rescatado pidiendo la ayuda de Dios y de mis compañeros.-

^{2/II} Idem.-

alcohólico, es y debe ser el dueño de su propio destino. Luchará hasta el final por preservar esa posición.

Sabiendo que existe la presencia más o menos constante de estos defectos de carácter, es muy fácil observar la razón por la cual la persona que los posee tiene dificultades para aceptar a Dios y a la religión. La religión por su exigencia de que el individuo reconozca la presencia de un Dios constituye un reto a la naturaleza misma del alcohólico. Pero, por otro lado, y este punto es básico en mi artículo, si el alcohólico puede aceptar verdaderamente la presencia de un Poder superior a él mismo, entonces, él, con ese simple paso, modifica por lo menos temporalmente y posiblemente en forma permanente su más profunda estructura interior y cuando lo hace sin resentimiento o reacción, entonces ya no es más un alcohólico típico. El hecho extraño es que si el alcohólico puede mantener esa sensación interior de aceptación, puede y podrá permanecer sobrio durante el resto de su vida. Para sus amigos y familiares, ha logrado la religión! Para los psiquiatras, ha logrado una forma de autohipnosis o como ustedes prefieran denominarlo. Sea lo que fuere que haya ocurrido en el interior del alcohólico, este puede ahora permanecer abstemio. Tal es la argumentación de Alcohólicos Anónimos, y yo creo que está basada en hechos reales.

Volvamos a mi paciente y describámosla después de su experiencia en Alcohólicos Anónimos. En su estado original ella correspondía perfectamente a la descripción que hemos dado de la estructura de carácter alcohólica. Después de que Alcohólicos Anónimos empezó a actuar, los cambios en su personalidad se volvieron aparentes. La agresión empezó a disminuir materialmente, desapareció la sensación de estar desubicada dentro del mundo, y con ella se desvaneció la tendencia a sospechar de las motivaciones y actitudes de las otras personas. A esto siguió una sensación de paz y tranquilidad que fue disminuyendo la tensión interior; luego los rasgos de su cara se ablandaron y se volvieron más amables y más comunicativos. Esa médula interior se había alterado lo suficiente para traer a esta paciente su abstinencia durante un período de cinco años.

¿Cuál fue la naturaleza de la experiencia que conmovió esta paciente cuando se unió a Alcohólicos Anónimos? La respuesta es que alguna especie de fuerza religiosa o espiritual se despertó. El Sr. "X" afirma que el éxito del grupo con cualquier alcohólico depende del grado al cual llegue el individuo por medio de la conversión o la activación espiritual. Su propia experiencia fue de la clase abrumadora y tectónica que lo levantó de su desesperación y lo transportó a alturas de éxtasis alegre y feliz donde permaneció durante varias horas. Este estado fue seguido por una sensación de paz, serenidad y convicción profunda de que se encontraba libre de la esclavitud del alcohol. Afirma además que aproximadamente el 10 por ciento ingresan a Alcohólicos Anónimos bajo el poder de una experiencia similar. El restante 90 por ciento que permanece sobrio alcanza los mismos resultados desarrollando lenta y mucho más gradualmente el lado espiritual de su naturaleza siguiendo los varios pasos del programa que ya hemos descrito. Según la experiencia de Alcohólicos Anónimos, la velocidad con la cual tiene lugar ese despertar espiritual no es un criterio de profundidades de aceptación o continuidad en la sobriedad. La entrega religiosa, aunque sea pequeña al principio, inicia este proceso; el programa ayuda a llevarla a una conclusión feliz.

¿Qué es entonces un despertar espiritual? Nuevamente la experiencia espiritual del Sr. "X" nos informa. Después de haber sido un hombre de gran energía, dinamismo y habilidad cuando tenía treinta años, se vio a sí mismo naufragado en la bebida. Por lo menos durante cinco años luchó con el proceso descendente en que se encontraba sin tener éxito. Dos semanas antes de su última permanencia en el hospital, recibió la visita

de un antiguo amigo alcohólico que había alcanzado la sobriedad a través del Buchmanismo. El Sr. "X" trató infructuosamente de aplicar las enseñanzas de su amigo y finalmente decidió tratar de adquirir la sobriedad ingresando a un conocido lugar de desintoxicación donde pudiera aclarar su mente y tener la oportunidad de ensayar las ideas de su amigo, en un estado mental libre de la obsesión por el alcohol. Se encontraba desesperado, deprimido, sin ánimo de luchar. Deseaba tratar cualquier cosa porque sabía que la alternativa que le esperaba era el hospital oficial o una vida de locura permanente. En la noche de su primer día de reclusión, recibió nuevamente la visita de su amigo quien una vez más le explicó los principios que le habían recuperado la salud. Después de que su amigo se fue, el Sr. "X" se vio sumido en una depresión aún más profunda, que él mismo describe como una "profunda sensación de melancolía y desesperación sin paralelo". Repentinamente en esta agonía espiritual, lanzó un grito, "Si existe Dios que se me muestre ahora". Y con este clamor empezó su experiencia religiosa. El puntualiza, y yo creo que con toda razón, que solamente cuando logró sentirse totalmente humilde pudo volverse hacia Dios a buscar la ayuda que allí podía encontrar.

En otras palabras, a la luz de la propia experiencia del Sr. "X", un despertar religioso o espiritual es un acto de dejar de confiar en la propia omnipotencia. La individualidad desafiante ya no sigue desafiando sino que acepta la ayuda, la orientación y el control del exterior. Y cuando el individuo abandona sus sentimientos vengativos y agresivos consigo mismo y con la vida, se ve abrumado por sentimientos fuertemente positivos tales como el amor, la amistad, la tranquilidad y la satisfacción, estado que es la antítesis completa de la intranquilidad e irritabilidad anteriores. El hecho significativo es que con este nuevo estado mental el individuo ya no se ve impelido a beber.

Una mirada más profunda al fenómeno del cambio espiritual proviene de otro paciente, cuyo caso desearía citar. Este es un hombre de unos cuarenta años. Proviene de una familia acomodada, y es el menor de varios hermanos, pero fue el hijo predilecto de una madre neurótica e hipocondríaca. Empezó a beber en su adolescencia. Casi inmediatamente aprendió a confiar en el licor para afrontar situaciones sociales, y a medida que los años fueron pasando, esta dependencia se volvió más pronunciada. Finalmente, después de una prolongada racha, fue admitido en Blythewood.

Mostró ser un paciente sumamente sensible y dispuesto a reconocer su tendencia alcohólica, y se vio rápidamente interesado en Alcohólicos Anónimos. Después de permanecer en el hospital durante un mes, le dimos de alta convencidos de que ya podía manejar el problema. Después de un corto tiempo, sin embargo, empezó a beber nuevamente y cuatro meses después regresó al hospital tras varias semanas de bebida ininterrumpida. Nuevamente mostró su disposición para las entrevistas, pero ahora se hizo aparente de que estaba librando una tremenda batalla, batalla que era exactamente la misma que anteriormente había librado la paciente que hemos mencionado. Los defectos que ya hemos descrito se presentaban como barreras insuperables para la terapia.

Durante las semanas en que estuvimos discutiendo estos obstáculos, el paciente empezó a tomar bebidas esporádicas y finalmente se vio envuelto en una racha que sólo vino a terminar cuando lo trajeron de nuevo a Blythewood. Como es usual con todos los alcohólicos, cuando lo desintoxicamos se vio lleno de remordimientos, sentido de culpa, y una tremenda sensación de humildad. La personalidad desafiante había sido golpeada por los excesos de su propia conducta y, en ese estado, se encontraba firmemente seguro de que nunca más volvería a tomarse ni una copa. Al tercer día de su recuperación, sin embargo, me pidió durante una entrevista que yo tratara de hacer algo acerca de ello. Y cuando yo le pregunté a qué se refería con "ello", me replicó, "Esa antigua sensación me

está volviendo. Siento que me cierro de nuevo para alejarme de usted y de todo lo que ha acontecido". La indiferencia a su problema, esa agresiva seguridad, la carencia absoluta de cualquier sentimiento real de humildad y culpabilidad, todos los defectos de carácter que habíamos llegado a identificar como el marco mental que lo conducía hacia la bebida se estaban haciendo presentes nuevamente para llenar las sensaciones, los pensamientos que le sobrevenían cuando podía emerger de su problema. El sabía que si se dejaba sobreponer de estos pensamientos tarde o temprano volvería a tener una racha alcohólica. Se dio cuenta que en alguna forma debía aferrarse a las actitudes que había tenido tan pronto se vio desintoxicado.

Al día siguiente empezó su entrevista con esta afirmación, "Doctor, creo que ya lo tengo". Continuó informándome que había tenido una experiencia la noche anterior. Denominó esta experiencia, a falta de un mejor término, "un despertar psicológico". Lo que sucedió fue un rayo repentino de comprensión acerca de sí mismo como persona. Esto ocurrió más o menos a las once de la noche, y permaneció acostado pero despierto hasta las cuatro de la mañana ajustando sus nuevos criterios y tratando de comprender y aplicar este conocimiento su propio caso.

No es fácil reconstruir los eventos de ese período de cinco horas, aunque esos eventos constituyeron una experiencia importante en la vida de ese paciente que le dieron una apreciación básica de sí mismo como alcohólico. Más aún, por primera vez, pudo verse a sí mismo como siempre había sido, y adicionalmente pudo formarse la idea de la clase de persona que debería ser para poder permanecer abstemio. Aunque no se dio cuenta de ello en esa ocasión había cambiado su punto de vista totalmente egocéntrico y subjetivo a una comprensión objetiva y madura de su propia condición y de su relación con la vida.

En retrospecto, es aparente que el paciente se dio cuenta de su egocentrismo básico. Por primera vez le fue posible penetrar detrás de la fachada de sus convicciones y reacciones de defensa y observar que hasta ese momento siempre se había colocado en primer lugar. Prácticamente hasta entonces él no se había dado cuenta que existían otras almas excepto cuando lo afectaban en alguna forma. Tampoco había tenido conciencia de que esas almas tenían existencias separadas, similares pero diferentes a la suya, y esto nunca se le había presentado con un aspecto de realidad. Ahora ya no se sentía el ser omnipotente que miraba al mundo únicamente en la relación que éste tenía con su persona. En vez de eso, pudo verse a sí mismo en relación con el mundo y pudo darse cuenta de que era sólo una pequeña fracción en un universo poblado por muchos otros individuos. Pudo compartir la vida con otros. Ya no tenía la necesidad de dominar y de luchar por mantener esa dominación. Podía ahora descansar y tomar las cosas con tranquilidad.

La nueva orientación puede ser mejor descrita con las propias palabras del paciente: "Bien doctor, usted sabe que yo he sido un fraude toda mi vida, pero eso nunca lo supe yo. Yo creía que estaba interesado en la gente, pero eso no era cierto. Yo no estaba interesado en mi madre como persona que estaba enferma. No me di cuenta que ella podía estar sufriendo como persona. Yo sólo pensaba en lo que me iba a suceder cuando ella se fuera. La gente me señalaba como un hijo ejemplar y cuidadoso, y yo lo creía. Pero nada de eso era cierto. Yo estaba simplemente ansioso de tenerla cerca porque ella me hacía sentir mejor. Ella nunca me criticaba y siempre me hizo sentir que todo lo que yo hiciera estaba bien hecho".

En su intuición se empezaron a presentar nuevas ideas respecto a sus relaciones anteriores con la gente. Hablando acerca de ese punto, él comentó: "Como usted sabe, empiezo a sentirme más cercano a los demás. Puedo pensar en ellos a veces. Y me

siento más cómodo con ellos también. Tal vez esto se deba a que yo ya no creo que ellos están en contra mía, puesto que ya no siento que estoy luchando con ellos. Yo creo ahora que inclusive puedo gustarle a la gente".

Podríamos citar muchas más frases acerca de sí mismo y de su relación con el mundo, pero sólo servirían para añadir pruebas de la manera de pensar de este paciente y de que por primera vez en su vida se habían vuelto totalmente objetivas. Este cambio hacia la objetividad, sin embargo, no es más que la mitad de la historia. Asociado con ese cambio, hubo una alteración igualmente sorprendente en el tono prevaleciente de sentimientos. En palabras que me hicieron recordar las del Sr. "X" en su experiencia espiritual, el paciente describió estas nuevas actitudes, "Me siento maravillosamente pero no parecido a como me sentía cuando estaba bebiendo. Es muy diferente de eso. Me siento calmado, no excitado y sin deseos de empezar a deambular. Estoy muy contento de quedarme quieto y no creo que voy a preocuparme mucho. Yo estoy descansado, aunque me siento mucho más capacitado para afrontar la vida ahora de lo que nunca antes estuve". Continuó diciendo, "Tengo ahora una sensación diferente respecto a Dios. No me preocupa la idea de que hay Alguien que maneja las cosas, ahora que yo ya no deseo manejarlas. En realidad, me siento contento de poder sentir que existe un Poder Superior que puede hacer que las cosas funcionen bien. Supongo que esto puede ser como el sentimiento espiritual de que hablan mis compañeros. Sea lo que sea, tengo la esperanza de que continúe puesto que nunca me he sentido tan sereno en toda mi vida".

Con esta afirmación, el paciente manifiesta una actitud diferente hacia Dios, y muestra también que ha llegado a darse cuenta del hecho de que, cuando suprime el esfuerzo por mantener su individualidad, puede descansar y gozar de la vida en una forma calmada, pero sumamente satisfactoria. Tales sentimientos son, como él mismo lo dice, claramente espirituales en su calidad, y él tiene razón en su apreciación, puesto que ha sido capaz de mantenerse abstemio durante un período de casi un año. El cambio hacia la objetividad y el tono distinto de sus sentimientos muestran ser lo que él necesitaba para permanecer sobrio. A pesar de su período relativamente breve de abstinencia, este paciente cree estar en un sendero mucho más firme. Hasta ahora, durante los períodos de abstinencia, él estaba constantemente luchando contra el licor. Ahora tiene paz mental verdadera, porque sabe lo que necesita para mantenerse pensando en forma sobria.

Hemos citado este caso porque representa a un individuo que sufrió una rápida reorientación psicológica, cuyo resultado fue una forma de vida totalmente nueva y diferente que implicó cambios en su actitud general. Aunque se puede cuestionar la permanencia de esta nueva estructura, no puede dudarse del hecho de que la experiencia misma ha ocurrido.

De mucha mayor significación para los propósitos de este artículo es el hecho de que el paciente, como resultado de su experiencia, utilizó las mismas palabras descriptivas de sus nuevos sentimientos que usó el Sr. "X" después de su experiencia religiosa, así como también mi otra paciente después de que las actividades de Alcohólicos Anónimos empezaron a tener un sentido y a actuar en ella. El Sr. "X" me informa que del 10 por ciento que tiene un rápido despertar, algunos lo alcanzan sobre la base de una verdadera experiencia religiosa y otros como resultado de un evento psicológico total, como le sucedió a mi paciente. El otro 90 por ciento llega al mismo resultado en forma más gradual, como sucedió con la mujer que citamos anteriormente. Independientemente de la trayectoria por la cual se consigue ese resultado, no parece existir duda de que todos terminan en esta sensación de paz y seguridad, que ellos

asocian con el lado espiritual de la vida. El componente narcisista en el carácter se sumerge, por lo menos durante una época, y en su lugar se presenta una persona mucho más madura y objetiva, que puede afrontar positiva y afirmativamente las situaciones de la vida sin buscar el escape del alcohol. Según el Sr. "X", todos los miembros de Alcohólicos Anónimos que tienen éxito en su abstinencia, tarde o temprano se ven sometidos a un cambio en su personalidad. Ellos deben perder radicalmente el elemento narcisista; de lo contrario el programa de Alcohólicos Anónimos sólo puede actuar en forma temporal.

Permítanme hacer aquí dos observaciones adicionales. Primera, existe una gran diferencia entre el sentimiento verdadero emocional y religioso y la creencia vaga, escéptica e intelectual que aparenta ser una sensación religiosa en las mentes de muchas personas. Independientemente de la concepción final del Poder Superior, a menos que el individuo obtenga con el transcurso del tiempo un sentido de la realidad y la proximidad de ese Poder Superior, su naturaleza egocéntrica volverá a presentarse con intensidad creciente, y la bebida eventualmente ingresará nuevamente al cuadro. Segunda, que la mayor parte de los individuos que alcanzan finalmente el estado espiritual necesario lo hacen únicamente siguiendo el programa de Alcohólicos Anónimos y sin experimentar aun conscientemente el acceso repentino de la sensación espiritual. En lugar de ello, crecen lenta pero seguramente hasta un estado mental en el cual, después de que ha permanecido durante algún tiempo, pueden repentinamente reconocer que es muy diferente del que tenían inicialmente. Para su sorpresa, descubren que sus puntos de vista han tomado una coloración muy espiritual.

El efecto central de Alcohólicos Anónimos, es, por consiguiente, desarrollar en la persona un estado espiritual que le servirá como una fuerza directa para neutralizar los elementos egocéntricos del carácter del alcohólico. El paciente podrá permanecer abstemio, siempre y cuando ese estado se integre completamente en nuevos hábitos de vida. El Sr. "X" dice que el proceso de integración tiene lugar en un periodo de varios años y que si no hay cambios apreciables en la estructura de la personalidad después de seis meses, el ángulo espiritual sucumbirá probablemente para que retorne el ego alcohólico que ha estado sumergido. En otras palabras, a menos que el ímpetu religioso de Alcohólicos Anónimos efectúe un cambio en los componentes más profundos de la personalidad, la influencia del programa no es duradera. Es muy significativo que este cambio típico tenga lugar sin la ayuda psiquiátrica; sin embargo, tal como lo describe el Sr. "X", tiene características, que nosotros como psiquiatras, esperamos que se presenten en nuestros pacientes mejorados. Brevemente, él resume sus observaciones con estas palabras, "El alcohólico debe lograr objetividad y madurez o de lo contrario no permanecerá sobrio".

En conclusión, es mi opinión que el valor terapéutico del enfoque de los Alcohólicos Anónimos depende de la utilización que hace de una fuerza religiosa o espiritual para atacar el narcisismo fundamental del alcohólico. Al desarraigar ese componente, el individuo experimenta toda una nueva serie de pensamientos y sentimientos que tienen naturaleza positiva y que lo conducen en la dirección del crecimiento y la madurez. En otras palabras, este grupo confía en una fuerza emocional, la religión para alcanzar un resultado emocional que consiste en el rechazo de la serie de emociones negativas y hostiles y la suplantación de ellas por una serie positiva en la cual el individuo ya no necesite mantener su individualidad desafiante, sino que pueda vivir en paz y armonía con su propio mundo, compartiéndolo y participando de él libremente.

Un comentario final. La psiquiatría actual se cuida muy bien de aceptar las curaciones puramente emocionales. Esas curaciones se consideran en suspenso, hasta tanto ocurra un cambio firmemente asociado entre la mente y el intelecto. Hoy se hace énfasis en el análisis que se basa en la mente para investigar las causas del fracaso y para alcanzar un estado de síntesis, que es realmente una condición emocional de liberación del conflicto y la tensión. Se supone que, cuando se remueven y descubren las emociones que bloquean la mente y se liberan por medio del análisis, en su lugar emociones positivas y sintéticas. Es igualmente lógico entonces, usar las emociones para cambiarlas y entonces, una vez que se ha obtenido el cambio, sacar a flote la mentalidad y el intelecto para que sirvan de anclaje al nuevo contexto de emociones dentro de la estructura de la personalidad. En cierto sentido, esto es lo que ocurre en Alcohólicos Anónimos; la religión actúa sobre el narcisismo y lo neutraliza para producir una sensación de síntesis. Refiriéndose a su propia experiencia espiritual, el Sr. "X" la llama frecuentemente una "gran experiencia sintetizadora en la cual todo se volvió claro para mí por primera vez. Fue como si una gran nube se hubiera levantado y todo se me mostrara con una indescriptible iluminación". Mi segundo paciente, al referirse a este punto dijo, "Me siento como si ya me hubiera integrado en una sola pieza. Ya me siento unido en mí mismo, y no saliendo disparado en todas las direcciones simultáneamente". Fue a la luz de esta nueva serie de emociones como el paciente pudo responder más satisfactoriamente a una conversación acerca de lo que habían sido sus dificultades previas y de lo que ahora podría hacer para evitar las complicaciones posteriores. Después de esta experiencia sintetizadora, estaba por primera vez dispuesto para llevar a cabo un trabajo honrado y decente de comprensión personal.

La lección para los psiquiatras es muy clara, en mi opinión. Aunque hemos tratado permanentemente con los problemas emocionales, nosotros que formamos un grupo que tiende a ser intelectual, desconfiamos mucho de las emociones. Nos sentimos un poco avergonzados y reservados cuando nos vemos forzados a utilizar esas emociones, y siempre pedimos disculpas a nuestros colegas si sospechamos que ellos tienen razones para pensar que nuestros métodos son muy emocionales. Entre tanto, otros, menos apegados a la tradición, siguen adelante obteniendo resultados que nosotros no conseguimos. Es altamente imperativo para nosotros, como científicos de mentalidad abierta, observar objetiva y permanentemente los resultados que otros obtienen en nuestro campo de acción. Es probable que estemos más ciegos de lo que creemos.

Artículos recientes del Dr. Tiebout:

"El Papel de la Psiquiatría en el Campo del Alcoholismo", 1951.

"La Rendición contra la Sumisión en la Terapia", 1953.

"El Factor del Ego en la Rendición en el Alcoholismo", 1954.

**PONENCIA ANTE LA SOCIEDAD MIEDICA
DEL ESTADO DE NUEVA YORK**

Por Foster Kennedy, M.D.

Hemos escuchado un discurso realmente emocionante y elocuente, emocionante en su forma y en su contenido.¹

No me cabe duda de que un hombre que se ha curado a sí mismo de la obsesión por el alcohol tiene un mayor poder para curar el alcoholismo del que tiene un médico que nunca ha sido afligido por la misma penalidad.

No importa cuán atento y paciente sea el doctor al aproximarse a su paciente, éste sentirá o imaginará seguramente que lo miran en forma condescendiente, o que está siendo señalado por uno de los profetas menores.

Esta organización de Alcohólicos Anónimos hace uso de las mayores reservas de fuerza conocidas por el hombre: la religión y el instinto de asociación con sus semejantes que Trotter ha llamado el "instinto gregario".

La fe religiosa ha sido descrita por Matthew Arnold como una creencia convencida en un poder superior a nosotros mismos que nos conduce a obrar bien; de aquí se deriva una sensación de utilidad que puede adquirirse gracias a una conversión espiritual que podría muy bien ser llamada una variedad de experiencia religiosa.

La asociación de este hombre enfermo con aquellos que, habiendo sido enfermos, se han curado o se están curando es una sugerencia terapéutica de curación y una destrucción de la sensación de ser un paria en la sociedad; este desenvolverse de las fuerzas internas y profundas se muestra por el enorme crecimiento de este vigoroso y benéfico movimiento. Más aún, este movimiento suministra un objetivo de alto dinamismo emocional que hace de cada borracho recuperado un misionero para llevar su mensaje a otros enfermos.

Nosotros los médicos, creo yo, hemos tenido siempre dificultad para encontrar una ocupación a nuestros pacientes convalecientes, que sea lo suficientemente atractiva y emocional como para reemplazar los resultados psicológicos del alcohol que hemos quitado del paciente.

Estos hombres se sienten llenos de un celo divino y ese mismo celo mantiene su carácter misionero mientras se recupera el próximo paciente.

Creo que nuestra profesión debe tener muy en cuenta y apreciar esta herramienta de gran valor terapéutico. Si no lo hacemos seremos convictos de esterilidad emocional y de haber perdido la fe que mueve montañas, sin la cual es muy poco lo que la medicina puede hacer.

¹ Se refiere a la ponencia de Bill en 1944, que había sido leída previamente.

APENDICE E:d

RESEÑA DEL LIBRO ALCOHOLICOS ANONIMOS (en 1939)

Por el Dr. Harry Emerson Fosdick

Este libro extraordinario merece una cuidadosa atención de todas las personas interesadas en el problema del alcoholismo. Ya sea que se trate de víctimas, amigos de víctimas, médicos, clérigos, psiquiatras o trabajadores sociales, y hay muchos que tienen estas condiciones, este libro les dará, como no puede hacerlo ningún otro tratamiento conocido por este escritor, una visión interna del problema que afronta el alcohólico. Los vitrales de las catedrales góticas no son las únicas cosas que pueden estimarse verdaderamente desde el interior. El alcoholismo es una de esas cosas. Todas las miradas exteriores se ven nubladas e inseguras. Únicamente una persona que ha sido alcohólica y ha escapado de la tragedia puede interpretar la experiencia.

Este libro representa la experiencia conjunta de cien hombres y mujeres que han sido víctimas del alcoholismo (muchos de ellos declarados desahuciados por los expertos) y que han obtenido su liberación y recuperado el sano juicio y el autocontrol. Sus historias son detalladas y explícitas, llenas de interés humano. Hoy en día la enfermedad del alcoholismo se está incrementando en América. El licor ha sido un fácil escape de la depresión. Así como el oficial inglés en la India, reprobado por su excesivo beber, levantó su copa y dijo, "Esta es la salida más rápida que tiene la India", así muchos americanos han estado utilizando los licores fuertes como medio de evasión de sus problemas hasta encontrar tristemente que aunque son libres para empezar, no son libres para detenerse. Cien hombres y mujeres, en este volumen, narran su experiencia de esclavitud y de liberación.

El libro no es sensacionalista en lo más mínimo. Es notable por su sensatez, su criterio juicioso y su forma de evitar el fanatismo y el énfasis excesivo. Es un tratamiento sobrio, cuidadoso, tolerante y comprensivo del problema alcohólico y de las técnicas exitosas por medio de las cuales sus co-autores han obtenido su liberación. El grupo que patrocina este libro empezó con dos o tres ex-alcohólicos, quienes descubrieron entre sí una experiencia conjunta. A partir de esta afinidad personal empezó un movimiento de ex-alcohólicos trabajando con alcohólicos sin hacer escándalo ni publicidad, y este movimiento se ha extendido de una ciudad a otra. Este libro presenta la experiencia práctica del grupo y describe los métodos que ellos emplean.

La médula de todo su procedimiento es religiosa. Están convencidos de que para el alcohólico desesperado sólo existe una forma de salir, consistente en la expulsión de su obsesión gracias a un Poder Superior. Digamos de una vez que no hay nada sectario acerca de esta experiencia religiosa. Agnósticos, ateos, católicos, judíos y protestantes, narran su historia de la manera cómo descubrieron el Poder superior a ellos mismos. "QUIEN ERES TU PARA DECIR QUE NO HAY DIOS", fue la voz que escuchó un ateo de este grupo cuando, hospitalizado a causa del alcoholismo, afrontó la desesperada situación en que se encontraba. En ninguna parte se hace más evidente la tolerancia y amplitud mental del libro que en el tratamiento que le da a este aspecto central sobre el cual se basa la curación de todos estos hombres y mujeres. No son partidarios de ninguna forma particular de religión organizada, aunque recomiendan fuertemente que sus participantes pertenezcan a alguna comunidad religiosa. Por religión entienden una

experiencia que ellos conocen personalmente y que los ha salvado de la esclavitud, donde han fallado la psiquiatría y la medicina. Están de acuerdo en que cada hombre debe tener su propio método de concebir a Dios, pero se muestran totalmente seguros de ese Dios. Y sus historias victoriosas son en consecuencia una notable adición a las **Variedades de la Experiencia Religiosa** de William James.

En todas partes este libro tiene un acento de realidad y está escrito con inteligencia y técnicas inusitadas, y el humor y la modestia mitigan aquello que podría fácilmente haber sido una narración estridente y tenebrosa.

El Dr. Fosdick nos recomienda nuevamente

En su autobiografía llamada *La Vida de Estos Días* (Harper, 1956), el Dr. Fosdick ha dicho generosamente:

"Alcohólicos Anónimos, que ha crecido hasta su actual y sorprendente fortaleza, es un regalo de Dios para nosotros los sacerdotes. ¿Cómo podemos comprender al alcohólico, su deseo compulsivo del licor, la cautividad sin esperanza contra la cual lucha infructuosamente, viendo decisión tras decisión para tratar de suspender su bebida y terminando siempre en el fracaso? Cuando hablamos a un alcohólico, él sabe que nosotros no podemos entender su situación puesto que nunca hemos estado en su lugar. Pero cuando un ex-alcohólico que ha estado en esas profundidades y ha dado los Doce Pasos hacia la liberación, habla con otro alcohólico, resultan sorprendentes consecuencias que han salvado incontables vidas.

"Todos los meses leo el *Grapevine* la revista oficial de A.A., y que constituye la más emocionante colección de testimonios que yo conozca acerca de la posibilidad de la transformación personal. Más aún, estos testimonios nos llevan a la realidad religiosa puesto que Alcohólicos Anónimos es profundamente religioso. El Undécimo Paso es un factor esencial en el programa: "Buscarnos a través de la oración y la meditación mejorar nuestro contacto con Dios, tal como nosotros lo concebimos, pidiéndole solamente que nos dejase conocer Su voluntad para con nosotros y nos diese la fortaleza para aceptarla". Las reuniones de Alcohólicos Anónimos son el único lugar, que yo sepa, donde los católicos, los judíos, los protestantes de todas las denominaciones, y aun los agnósticos se reúnen armoniosamente sobre una base religiosa. Ellos no hablan de teología. La mayor parte nos diría que no sabe nada de esos temas. Lo que sí conocen es que en su absoluta desesperación fueron presentados a un Poder, superior a ellos mismos, con cuyo contacto encontraron una fuente prodigiosa que hizo posible la victoria antes increíble. He escuchado muchos argumentos cultos acerca de Dios, pero para encontrar pruebas experimentales y honestas de la existencia de Dios, de Su poder aplicado a las personas y de Su realidad indudablemente asegurada, ¡muéstrenme una buena reunión de A.A.!".

Publicaciones de A.A. Disponibles en la G.S.O.
Aprobadas por la Conferencia

LIBROS

ALCOHOLICOS ANONIMOS
COMO LO VE BILL
VIVIENDO SOBRIO
EL MANUAL DE SERVICIOS DE A.A.
(para los grupos en los EE.UU. y el Canadá)
DOCE PASOS Y DOCE TRADICIONES

FOLLETOS

44 PREGUNTAS
LOS JOVENES Y A.A.
TRES CHARLAS A SOCIEDADES MEDICAS POR BILL W.
ESTO ES A.A.
¿ES A.A.A PARA USTED?
COMO TRABAJA EL PROGRAMA
EL MIEMBRO DE A.A. – LOS MEDICAMENTOS Y
OTRAS DROGAS
ALCOHOLICOS ANONIMOS POR JACK ALEXANDER
CARTA A UNA MUJER ALCOHÓLICA
PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE
EL APADRINAMIENTO
EL GRUPO DE A.A.
LAS TRADICIONES DE A.A. – COMO SE
DESARROLLARON
CARTA A UN PRESO QUE PUEDE SER UN
ALCOHÓLICO
R.S.G.
LO QUE LE SUCEDIÓ A JOSE Y SU PROBLEMA
CON LA BEBIDA
A.A. COMO RECURSO PARA LA PROFESION MEDICA
EL MARIDO ALCOHOLICO
UN MINISTRO RELIGIOSO PREGUNTA ACERCA
DE A.A.
A.A. EN PRISIONES
COMO COOPERAN LOS MIEMBROS DE A.A. CON
OTROS ESFUERZOS DE LA COMUNIDAD PARA
AYUDAR A LOS ALCOHOLICOS
A.A. EN SU COMUNIDAD
EL PUNTO DE VISTA DE UN MIEMBRO DE A.A.
SOBRE LA ASOCIACION
LAS DOCE TRADICIONES ILUSTADAS
COMPRENDIENDO EL ANONIMATO
A.A. Y EL EMPLEADO ALCOHOLICO
UNA BREVE GUA A ALCOHOLICOS ANONIMOS
DENTRO DE A.A.

PROBLEMAS DIFERENTES DEL ALCOHOL
ES MEJOR QUE ETAR SENTADO EN UNA CELDA
A.A. EN LOS CENTROS DE TRATAMIENTO

Box 459
Grand Central Station
New York, NY 10163

INDICE

Akron, Ohio, Primer Grupo de A.A., 14, 15, 18, 22, 25, 27, 67, 68, 156, 160, 165, 195; y *Alcohólicos Anónimos* (libro), 172; expansión del, 74, 152; formación del, 66-74; estudiado por Frank Amos, 160.

Al-Anón, Grupos Familiares de: Long Beach, 28; Richmond, 29; Toronto, 29, 31; y *Alcohólicos Anónimos* (libro), 173; funcionamiento de, 35, 38, 95; cómo comunicarse con, 277; afiliación a, 230; origen de, 29; propósito de, 229; y Convención de San Luis, 36, 45.

Alcohólicos Anónimos (libro): contenido del, 10, 14, 23, 25, 200; finanzas para la publicación del, 24, 156, 163, 198, 206; importancia de, para los miembros, 27, 35, 44, 85, 91, 155, 203; uso en Sur Africa, 83; oficina para, 18; propiedad de, 22, 164, 194; elaboración de, 20, 22, 45, 163; publicación de, 18, 27, 75, 88, 146, 164, 221; publicidad de, 181, 189; regalías de, 198; ventas de, 166, 182, 185, 191, 221, 303, 304; títulos sugeridos para, 174, 178; traducciones de, 31, 34; ver también Works Publishing, Inc.

A.A., *La Tradición de* (folleto) 205.

Alcoholismo, el: y los principios de A.A., 243; y el ambiente alcohólico, 243; y la ira, 234; crónico, 297; diagnóstico del, 19; y la disciplina, 248-49; y la reducción del ego, 11, 247-49, 306; y las emociones, 239, 243, 312-14; como escape, 243; y la terapia de grupo, 241, aspectos médicos del, 209; leve, 203; y la objetividad, 309; como "obsesión más alergia", 69, 71, 170; y otras enfermedades, 239; y la paz interior, 311; tratamiento físico del, 241; y la medicina psicosomática, 243; reincidencias en el, 94; y las exhortaciones religiosas, 242; estigma social del, 239; y la rendición, 246, 248-49, 262, 273; y la tentación, 240, 301.

Alexander, Jack: y los *Doce Posos y Doce Tradiciones de A.A.*, 221; y el artículo sobre *Alcohólicos Anónimos*, 22, 24, 39, 85, 86, 147, 195; como custodio, 14, 211.

Allis Chalmers, 13.

American Academy of General Practice, 244.

American Journal of Psychiatry, 209.

American Medical Association, 11, 237.

American Psychiatric Association, 209, 244.

American Public Health Association, 12; ver también Premio Lasker.

Amos, Frank, 14,22, 160,176,211.

Anderson, Dwight, 10.

Anne: esposa del Dr. Bob, 14; como consejera, 71; como ejemplo, 28, 67; y las reuniones de los primeros grupos, 25, 162; pruebas y tribulaciones de, 70.

Anonimato: alocución sobre el, por Bill W., 279-88; rompimiento del, 112, 212; y el egoísmo, 46, 285; como escape del estigma, 74; y el dinero, 284; orígenes del, 279; personal, 30; y la política, 285; y el orgullo, 280; como principio, 148; y la publicidad, 143, 146, 281; y el sacrificio, 279-81; y la supervivencia de A.A., 145; una tradición, 202, 207; y la undécima y la duodécima tradiciones, 279; y el Paso Doce, 280.

Antabuse, uso del, 31.

Arnold, Matthew, 315.

Asambleas, de los estados y provincias: composición de, 292; elecciones, procedimientos de, 292; propósito de las, 292; duración de funciones en, 292.

Atlanta, Grupo de A.A. en, 30.

Austin, Texas, Grupo de A.A. en, 29.

Australia, 31, 84.

Bauer, Dr. W. W.; alocución por el, 238-242.

Bill D., 14, 25, 71.

Blackwell, Edward, y la publicación de *Alcohólicos Anónimos*, 166,177,180, 183.

Blaisdell, Dr. Russell E., 18, 189.

Bob, Doctor: y *Alcohólicos Anónimos* (libro), 156, 165, 172, 198; uno de los cofundadores de A.A., 10, 14, 75, 155; como consejero, 27; y las primeras reuniones de los grupos, 18, 25, 152; trabajo en el hospital del, 14, 20, 160, 209; enfermedad del, 213, 214, 216; a la memoria del, 17; dinero para AA., 159, 161; la propia historia del, 67-69; tributo al, por Bill W., 16; como custodio, 163; como orador en la cena del Club Union, 189.

Bobbie B., 22, 200.

Bok, Curtis, 24, 195.

Borton, T. T., 26.

Boston, Grupo de A.A. en, 92, 195.

Buffalo, Grupo de A.A. en, 92.

Calvario, Iglesia del, 17, 60; misión del, 60, 65, 73, 259.

Canadá, Grupos de A.A. en: Alberta, 83; Manitoba, 83; Montreal, 83; Ontario, 82; Saskatchewan, 83; Toronto, 29, 31, 37; Vancouver, 31, 83; Windsor, 31.

Carta Constitutiva de la Conferencia, 289, 294; ver también Conferencia de Servicios Generales.

Casa Club de la Calle Veinticuatro, Vieja, 19. Cleveland, ver Convenciones.

Cleveland, Grupo de A.A. en, 25, 27, 75; Grupo Orchard Grove en, 26; Grupo Lee Road en, 26.

Cleveland Central Bulletin, 206.

Cleveland Plain Dealer, 25, 147, 185.

Collier, Dr. Kirby, 10, 244.

Comité Católico de Publicaciones, 176.

Conciencia de Grupo: y *Alcohólicos Anónimos* (libro), 172; como autoridad de A.A., 96, 136, 157, 220; y el profesionalismo, 98, 110; como representada por la Conferencia de Servicios Generales, 137.

Conferencia de Servicios Generales: Presidencia de la, 220; Carta Constitutiva de la, 218, 224; de lleno, 289-294; composición de la, 290; delegados a la, en San Luis, 9; elección a la, 218; Quinta Conferencia Anual de la, 225; Primera, 17, 219; formación de la, 12, 216-17; estado de no gobierno, 134; y no incorporada, 140; procedimientos de la, 293; propósito de la, 274, 289; relación de la, con Alcohólicos Anónimos, 290; relación con la Junta de Servicios Generales, 291; sucesora de los fundadores de A.A., 43, 49, 137, 225, 227, 229; y las Doce Tradiciones, 9, 43, 227; ver también el Tercer Legado de Servicio.

Convención, Primera Internacional en Cleveland, 46, 215.

Convención, del Vigésimo Aniversario, en San Luis, 9, 151; y *Alcohólicos Anónimos* (libro), 221; puntos sobresalientes de la, 225; último día de la, 40; mesa redonda médica de la, 11, 236; reuniones de la, 12, 34, 36, 45; miembros presentes en la, 14, 18, 22, 25,

49; publicidad para la, 38; reacciones en la, de los miembros, 44; resolución pasada en la, 227-229; custodios presentes en la, 10, 21.

Cornwall Press, 166, 177, 183. Craske, Dr. Dan, 28.

Craske, Dr. Dan, 28.

Chambers, Whittaker, 254.

Chicago, Grupo de A.A. en, 27, 195, 215, 237.

Chipman, A. LeRoy, 21, 161, 194, 211.

Dallas, Grupo de A.A. en, 29.

Davis, Elrick B., 25.

Detroit, Grupo de A.A. en, 29, 195.

Dinamarca, 31.

Dinero: acusación de que A.A. era un "fraude" por, 198; y la Fundación Alcohólica, 162-63; cuotas, 107; necesario para sostenimiento de hospital, 156; política de A.A. sobre el, 106-09, 152; y la publicidad, 181; solicitud de, 157-58; tentaciones de, 107, 108.

Doce Pasos de Recuperación, Los: 10,15, 25, 134, 208, 319; y los Grupos Familiares de Al-Anon, 28, 36-38; y la reducción del ego, 249; enumerados en su totalidad, 53; origen de, 169; y los principios de Ignacio, 41, 251; y el debate religioso, 168; y Samuel Shoemaker, 42; como principios espirituales, 268, 271; resumen de, 300; y los "Siete Pasos" de Suecia, 31; traducciones de, 31, 79; y los Doce Pasos de Dios hacia el hombre, 255.

Primer Paso, 53, 169, 259.

Segundo Paso, 53, 175, 253, 259.

Tercer Paso, 53,175.

Cuarto Paso, 53.

Quinto Paso, 53.

Sexto Paso, 53.

Séptimo Paso, 53, 175.

Octavo Paso, 53.

Noveno Paso, 53.

Décimo Paso, 53.

Undécimo Paso, 53, 175, 252, 254, 260, 319.

Duodécimo Paso, 26, 53; y la conversión, 263; como disciplina, 249; y la paz mental, 244; y el profesionalismo, 80, 111, 200; y el propósito, 151; resultados del, 309; y la simplicidad, 34; Despertar Espiritual, 253, 260, 261, 263, 298, 307; como testimonio, 265.

Doce Pasos y Doce Tradiciones (libro), 280.

Doce Tradiciones: conformidad a las, de los A.A., 135; al cuidado de la Conferencia de Servicios Generales, 9, 43, 228; lista completa de las, 76-77; un Legado, 78, 215; origen de las, 46, 93, 207, 281; como principios para la vida, 78; disposición para su reforma, 248; publicación de las, 221; y el Espíritu de Sacrificio, 145, 149; resumen de las, 215; y la unidad, 94, 208, 215, 216.

Primera Tradición, 94.

Segunda Tradición, 95, 101, 213, 220.

Tercera Tradición, 98, 195, 197, 203, 207.

Cuarta Tradición, 99, 207.

Quinta Tradición, 102, 105, 202, 207.

Sexta Tradición, 103, 202, 207.

Séptima Tradición, 34, 110, 153, 188, 192, 197, 207, 212.

Octava Tradición, 110-12, 156, 159, 197, 202, 207, 281.

Décima Tradición, 138, 142, 207.

Undécima Tradición, 142, 145, 202, 207.

Duodécima Tradición, 145; ver también Anonimato.

Dowling, Padre Edward: alocución por el, 252-56; y *Alcohólicos Anónimos* (libro), 200; en la Convención de San Luis, 12, 41, 46; como inspiración para AA., 10; presentado por Bill W., 251.

Duffy, Clinton T., Alcaide de San Quintín, 87.

Du Pont, 87.

Earle M., Doctor, 11, 237.

Eastman Kodak Company, 13.

"Ebby", 49, 59, 61, 152, 186.

Educación, Rehabilitación e Investigación, 24, 202.

Eisenhower, Dwight, D., 40.

Escocia, Grupo de A.A. en, 31, 81.

Este, Grupo de A.A.: y la recaudación de fondos, 165; y desacuerdo con el Medio Oeste, 170.

Evanston, Grupo de A.A. en, 28.

Exman, Eugene, 163-65, 221.

Eye-Opener, The, revista de los primeros tiempos de A.A., 206.

Filadelfia, Grupo de A.A. en, 23, 75, 195.

Finlandia, 31.

Fosdick, Rev. Harry Emerson, reseña de *Alcohólicos Anónimos* (libro), 176, 181, 317; en la Cena de Rockefeller, 21, 190.

Francia, 31.

Francisco de Asís, 106; oración de San, 266.

Franklin, Benjamín, 263.

Fraternidad en A.A., 135, 270, 279, 297.

Freud, Sigmund, 11.

Fundación Alcohólica: finanzas de la, 23, 108, 162, 163, 165, 167; como antecesora de la Junta de Servicios Generales, 20, 203, 213, 216, 220; formación de la, 22, 162; funciones de la, permitidas por la Carta Constitutiva, 103; constitución de, 269; reuniones de, 164; denominación de la, 162; organizada, 21.

Granja de Reposo, 186-87, "El Ministro de la Alta Vigilancia", 187.

Grapevine, The A.A., (revista mensual): comunicación del pensamiento de A.A., 35, 44, 253, 319; finanzas del, 212; oficinas del, 210; origen del, 206; personal del, 36; publica las Doce Tradiciones, 207.

Green Bay, Wisconsin, Grupo de A.A. en, 28.

Greenwich, Conn.: Grupo de A.A. en, 24; y A.A. en Noruega, 32.

Groenlandia, 31.

Grupos, Directorio de los, 205.

Gulden, Frank, 14, 211.

Hammer, Dr. A. Wiese, 24,195.

Harper & Brothers, 163, 166, 167, 221.

Harrison, Leonard V.: en la Convención de San Luis, 12; y la Conferencia de Servicios Generales, 214; como custodio, 192, 211.

Hawaii, 31.

Heatter, Gabriel, 181, 245.

Henry P.: financiamiento de Works Publishing, Inc., 165-67, 178; reuniones de grupo, 18; oficina de, 168; socio de Works Publishing, Inc., 22; recuperación de, 73; recaída de, 185; y la religión, 172; y los Doce Pasos, 175.

Hermana Ignacia de las Hermanas de la Caridad de San Agustín, 14, 20, 25, 67.

Hock, Ruth, 21, 168,175, 200. Holanda, 31.

Hospitales, 34, 57, 103,154, 156, 159, 202; pabellones de alcohólicos en los, 15; mentales, 13; número atendido por A.A., 13; en Akron, 71; en el Sanatorio de Blythewood, 24; en el Charles B. Towns, 17, 19, 54, 62, 65, 73, 96, 154, 165; Deaconess, 26; Asilo de Greystone, 19; St. John's, 26; Santo Tomas, 14, 15, 25,154, 195, 209; Hospital de Caridad de San Vicente, 15, 26, 154; San Francisco County, 86; Rockland State, 18, 189; Knickerbocker, 20, 154, 210; Asilo de Overbrook, 19; Filadelfia, 24.

Hospitalización: de alcohólicos, 62, 300; como cura, 15; comienzo de la, 14, 154, 209.

Houston, Grupo de A.A. en, 29.

Iglesia, La, y A.A., 164; ver también la Religión y A.A.

Ignacio de Loyola, y los Doce Pasos, 251.

Incorporación, 141-43, 167.

India, 79.

Industria, La, y A.A.: Allis Chalmers, 12; Du Pont, 12; Eastman Kodak, 13; Astilleros Kaiser, 86.

Inglaterra, 31, 82.

Instituciones, las, y A.A., 13, 34, 86; ver también Hospitales.

Intergrupales, Asociaciones, 28, 34, 210; Oficinas Centrales de, 154; Asociación de Nueva York, 209.

Irlanda, 31,81. Islandia, 31.

James, William, 20, 69, 169; *Variedades de la Experiencia Religiosa*, 64, 259, 261, 318.

Japón, 31, 80.

Johnson, Dr. Gordon, 33.

Jóvenes, Departamento de, 72.

Jung, Carl, 11,65,68, 259.

Junta de Custodios: consejo asesor de la: 213; y *Alcohólicos Anónimos* (libro), 180; y las Tradiciones de A.A., 202, 208; aprobación de la, 217, 219; autoridad de la, 213; en la Convención, 9, 36; elección a la, 214; primera, 163; y el recaudo de fondos, 165; reuniones de la, 163; informe de la, 220; y los servicios mundiales, 211; primeros miembros citados: Alexander, 14; Amos, 14, 22, 162, 176; Bill R., 186; Chipman, 21, 162; Gulden, 14; Harrison, 12; MacCormick, 13; Oursler, 179; Richardson, 161, 176; Smith, 12, 49, 225; Strong, 116, 176.

Junta de Servicios Generales: composición, jurisdicción y responsabilidades de la, 292; presidencia, 275; antes la Fundación Alcohólica, 103; relación con la Conferencia de Servicios Generales, 291; estructura de los servicios en la, 273; custodios de la, 9, 12, 267.

Kaiser, Henry J., 88.

Kansas City, Mo., Grupo de A.A. en, 92.

Kennedy, Dr. Foster, 21, 41, 189-90; alocución por el, 315.

Krauweel, Kenk, 31.

Lasker, Premio, 12, 86; texto del, 296.

Legados, ver Tres Legados.

Liberty (revista), 23, 85,183, 186.

"Libro Grande, el", ver *Alcohólicos Anónimos* (libro)

Little Rock, Grupo en, 31.

Lois W., 17, 48, 62; habla ante la Convención de San Luis, 229; Fondo para el Hogar, 180, 185, 193.

Los Angeles: Grupos de A.A. en, 29, 88-92, 195; *Reunión en el Hotel Cecil*, 90.

Lupton, Dilworth (Rev.), 26.

Markey, Morris, 23, 85, 183.

Materialismo, El, y A.A., 268-76.

Medicina, La y AA., 189,202,208,315; alocuciones sobre, 238-44; necesidad de separación de la, 233.

México, 31.

Mielcarek, Henry A., 12.

Minneapolis, Grupo de A.A. en, 28, 92.

Mujeres, las y A.A., 204.

Mundialmente, A.A., 31, 81; número de países que tienen grupos, 10; ver también bajo países individuales.

Negros, Primer Grupo de A.A. entre los, 40.

Niebuhr, Reinhold, 201.

Norris, Dr. John L., 13,211.

Noruega, Grupo de A.A. en, 32-34.

Nueva Jersey, Grupo de A.A. en, 18.

Nueva York, Segundo Grupo de A.A. en, 17,23,25,27,245,298; expansión de, 195; formación de, 73; ver también, Hospitales, Iglesia del Calvario y Vieja Gasa Club de la Calle Veinticuatro.

Obesos Anónimos, 241.

Oficina de Servicios de A.A. (Sede), 30, 36,45, 83, 134, 202, 222; delegados, 141, 218; expansión de la, 205, 210; apoyo financiero de la, 107; primera, 200; ubicación de la, 86, 203.

Oración de la Serenidad, 200.

Organización de A.A.: y la anarquía, 101, 226; y la democracia, 99, 153; autonomía del grupo en la, 99-101; enfoque individual, 133; liderazgo, 136; simplicidad de la, 152, 153.

Orgullo y el futuro de A.A., 232-234.

Osler, Sir William, 243.

Oursler, Fulton, 23,85, 179, 183,211.

Oxford, Movimiento de los Grupos, 25, 42, 60, 65-68, 259; absolutos del, 73, 169.

Países Bajos, Los, Grupo de A.A. en, 31.

Payne, Kenneth, 167, 179.

Obsesión Celestial, La (poema), 256-58.

Pittsburgh, Grupo de A.A. en, 92.

Pobreza, Principio de Pobreza Corporativa, 106-09.

Política, la y A.A., 104, 217.

Portland, Oregón, Grupo de A. A. en, 92.

Principios: de A.A., 12,207; básicos, 226; de recuperación, 226; de servicio, 224.

Prisiones, 13, 34, 202; número de, atendidas por A.A., 13; San Quintín, 87.

Profesionalismo, Ver Octava Tradición.

"Programa Verbal", 169.

Prohibición, la y A.A., 283.

Psiquiatría, la y A.A., 10, 13, 172, 175.

Publicaciones de A.A., 320-21.

Publicidad: y el anonimato, 143, 147; necesidad de, 147, 155; en periódicos y revistas, 147, 155, 195; por la radio y la televisión, 25, 38, 155, 182, 210, 239; y la Cena de Rockefeller, 191.

Puerto Rico, Grupo de A.A. en, 31. *Reader's Digest*, 167, 177-79.

Recuperación, casos de, 11, 13, 186; y la Conferencia de Servicios Generales, 274; un Legado, 53; propio interés en la, 262; ver también Doce Pasos.

Relaciones Públicas: adquisición de la aprobación pública para A.A., 210; actitudes y prácticas de A.A. respecto de las, 202; necesidad de sensatez para las, 145, 202; informe sobre A.A., 297; trabajo de las Oficinas Centrales, 38.

Religión, la y A.A.: alocuciones sobre, 251-66; ayuda de los clérigos, 155, 189; "Los Alcohólicos y Dios" (artículo), 23; en la experiencia de los miembros, 23, 60, 64, 68; "*Dios como nosotros Lo concebimos*" en los Doce Pasos, 23, 80, 171, 175; oraciones, 201, 262, 264; relaciones con la, 176, 201; catolicismo, 176; y el sectarismo, 232, 233, 319; y el Despertar Espiritual, ver Duodécimo Paso.

Richardson, Willard, 21,180, 191, 194, 221; acopio de fondos, 158,161; reuniones de A.A. con, 21, 158; y la Cena del Sr. Rockefeller, 188, 190; como custodio, 161,211.

Richmond, Virginia, Grupo de A.A. en, 30.

Rickenbacker, Eddie, 94.

Riverside, Iglesia de, 21, 161.

Rockefeller, John D., padre, 21.

Rockefeller, John D., hijo: consejo de, a AA., 107, 161; cena para AA., 21, 85, 108, 147, 189, 191, 207; regalos de, para AA., 161, 191, 194; interés de, en A.A., 167, 188, 190.

Rockefeller, Nelson, 189.

Roosevelt, Archibald, 211.

San Luis, Grupo de A.A. en, 251; ver también Convención.

San Francisco, Grupo de A.A. en, 195; trabajo institucional, 85-87.

Saturday Evening Post. artículo sobre A~A., 22, 24, 28, 39, 85, 86, 88, 91, 107, 147, 195, 202.

Scott, Albert, 21,159.

Seattle, Grupo de A.A. en, 92.

Seiberling, Henrietta, 25, 66, 72, 74.

Servicios, meta de los, 135; de hospital, 153, 154; como Legado, 151; primer centro local, 28; Principios de, 224; y el apadrinamiento individual, 26; sostenimiento de los, 107; variedad de, 151; mundiales, 22, 43, 49,154, 202, 211, 213, 222; ver también Conferencia de Servicios Generales.

Servicios Mundiales: ver Servicios

Seis Pasos, origen de los, 169.

Shaw, Robert, 191.

Shoemaker, Rev. Samuel, 10, 43; alocución del, en la Convención de San Luis, 12, 42; texto de, 258-66; y los Doce Pasos de AA., 251, 258; y la Iglesia de Calvario, 60, 65, 73.

Siete Pasos (Suecia), 31.

Silkworth, Dr. William Duncan: y *Alcohólicos Anónimos* (libro), 176; y el Hospital Charles B. Towns, 20, 73, 154, 165; ayuda financiera de, para A.A., 168; y el primer artículo médico sobre A.A., 297-303; como "fundador" de A.A., 19, 244; y John D. Rockefeller, hijo, 159, 189; y el "programa verbal", 169; trabajo de, con los alcohólicos, 19, 23, 42, 54, 62, 73, 165, 170, 210, 221.

Símbolos de A.A., 151.

Smith, Bernard B.: alocución de, 268-76; Presidente de la Convención de San Luis, 49; y la Conferencia, 215; declaración por, 254; como custodio, 12, 140, 192,211,225,267.

Sobriedad, 135; logro de la, 15; producción masiva de, 25.

Sociedad Médica del Estado de Nueva York, 208, 315.

Strong, Dr. Leonard B. Jr.: y la formación de la Fundación Alcohólica, 21, 158, 162; y el acopio de fondos, 21, 158; como custodio, 14, 176,211.

Suecia, Grupo de A.A. en, 31.

Sur Africa, Grupo de A.A. en, 31, 83.

Sur América, Grupo de A.A. en, 31.

Tailandia, Grupo de A.A. en, 80.

Tampa, Grupo de A.A. en, 29.

Tercer Legado, El, (folleto), 219.

Tercer Legado, Manual de, 228.

Thompson, Francis, 255, 256-58.

Tiebout, Dr. Harry: alocución del, 10-11, 244-50; primer artículo sobre A.A., 304-14; otros artículos que se mencionan, 314; tributo al, 244.

Towns, Charles B., 19, 21, 168,178, 183,193.

Tradiciones, ver Doce Tradiciones.

Traducciones, de la literatura de A.A., 31, 34, 204.

Tres Legados, Los, de Recuperación Unidad y Servicio, 9, 52-223; ver también Recuperación, Servicio, Doce Pasos, Doce Tradiciones, Unidad.

Unamuno y Jugo, 260.

Underwood, Ivan, 211.

Unidad, ver Doce Tradiciones.

Unión Club, Cena, 188-90.

Utah, Grupo de A.A. en, 31.

Varietades de la Experiencia Religiosa, Las, 64, 259, 261, 318.

Viajeros, y A.A., 27, 29, 186.

Voltaire, 263.

Washington, D.C., Grupo de A.A. en, 23, 75.

Washingtoniano, Movimiento, 76, 139.

Williams, T. Henry y Clarace, 74, 153,156.

Wilkie, Wendell, 189.

Works Publishing, Inc.: La Fundación Alcohólica asume su manejo, 21; finanzas de, 23, 180,183, 194; constitución de, 167, 193; denominación de, 167; publicidad para *Alcohólicos Anónimos* (libro), 181.

CONTENIDO

SUCESOS SIGNIFICATIVOS EN LA HISTORIA DE A.A.

PREFACIO

I. Cuando A.A. Llegó a su Mayoría de Edad, por Bill W., cofundador de Alcohólicos Anónimos

II. Los Tres Legados de Alcohólicos Anónimos: Recuperación (p. 52), Unidad (p. 78), Servicio (p, 151)

III. Domingo a las Cuatro de la Tarde

VI. Un médico opina sobre Alcohólicos Anónimos, por el Dr. W. W. Bauer y el Dr. Harry M. Tiebout

V. Alcohólicos Anónimos visto por la Religión, por Edward Dowling, S. J., y el Rev. Samuel Shoemaker

VI. Un amigo opina sobre Alcohólicos Anónimos, por el Dr. Bernard Smith

APENDICES

Apéndice A: Cómo ponerse en contacto con Alcohólicos Anónimos y los Grupo. Familiares de Al-Anón. 277

Apéndice B: Por qué Alcohólicos Anónimos es Anónimo, *por Bill* 279

Apéndice C: Carta de la Conferencia 289

Apéndice D: Texto del Premio Lasker 296

Apéndice E: Informes sobre A.A. 297

a. Un Nuevo Enfoque en la Psicoterapia del Alcohólico Crónico, por el Dr. William D. Silkworth

b. El Mecanismo Terapéutico de Alcohólicos Anónimos, por el Dr. Harry M. Tiebout, M.D.

c. Ponencia ante la Sociedad Médica del Estado de Nueva York, por el Dr. Foster Kennedy

d. Reseña del libro *Alcohólicos Anónimos* (en 1939), por el Dr. Harry Emerson Fosdick; también una cita tomada de su autobiografía

Apéndice F: Lista de Publicaciones 320

INDICE

Las Ilustraciones están en la página 113

ACONTECIMIENTOS SIGNIFICATIVOS EN LA HISTORIA DE A. A.

Fecha

- 1934, Verano El Dr. William D. Silkworth declara a Bill W. un alcohólico incurable
- 1934, Agosto Los Grupos Oxford logran la sobriedad de Ebby T., un amigo de Bill
- 1934, Noviembre Ebby visita a Bill y le cuenta su historia
- 1934, Diciembre Experiencia espiritual de Bill en el Hospital Towns
- 1934, Diciembre a mayo de 1935 Bill trabaja con alcohólicos, pero no logra la sobriedad de ninguno de ellos
- 1935, Mayo El Dr. Bob y Bill se conocen en Akron 67
- 1935, 10 de Jun. El Dr. Bob bebe su ultimo trago. Se funda Alcohólicos Anónimos
- 1937 Los A.A. de Nueva York se separan de los Grupos Oxford
- 1937, Noviembre El Dr. Bob y Bill, al reunirse en Akron, hacen un recuento de los resultados. Cuarenta casos de sobriedad. Primera percepción de cierto éxito
- 1938, Febrero Contacto con John D. Rockefeller. Dona Dls. 5.000. Se rehusa dar más. Salva a A.A. del profesionalismo
- 1938, Mayo Establecimiento de la Fundación Alcohólica, como fideicomisaria para A.A.
- 1938, Mayo Se comienza a escribir el libro *Alcohólicos Anónimos* 168
- 1938, Diciembre Se escriben los Doce Pasos 170
- 1939 Los miembros llegan a 100
- 1939, Abril Se publica el libro *Alcohólicos Anónimos* 181
- 1939 Reseña del libro por el Dr. Fosdick 186, 314
- 1939, Verano Los A.A. del Medio Oeste se separan de los Grupos Oxford; A.A. es completamente independiente
- 1939, Agosto El Dr. Bob y la Hermana Ignacia empiezan a trabajar en el Hospital Santo Tomás de Akron. Tratan 5,000 casos en los diez años subsiguientes

- 1939, Sepbre. Una expansión súbita en Cleveland comprueba que A.A. puede tener un gran crecimiento
- 1939, Diciembre Primer grupo de A.A. en una institución mental, en el Hospital Estatal Rockland de Nueva York
- 1940 Aprobación de A.A. por parte de los líderes religiosos. El Padre Dowling y el Dr. Fosdick son los precursores de muchos más
- 1940, Febrero Primera oficina de servicios mundiales para A.A. en Vesey Street, Nueva York
- 1940, Febrero Primer Club de A.A. en 334 1/2 West 24th Street, Nueva York 186
1940. Febrero Cena ofrecida por Rockefeller 188-9
1941. Marzo Artículo en el *Saturday Evening, Post* causa una gran expansión y reconocimiento nacional. En 1941 la afiliación crece de 2,000 a 8,000 al finalizar el año 195-6
- 1942 Primer grupo en prisiones, en San Quintín, California 87-8
- 1944, Junio Se crea el A.A. *Grapevine*
- 1945 El Dr. Silkworth y Teddy R. empiezan a trabajar en el Hospital Knickerbocker de Nueva York. Tratan 10,000 casos en los diez años subsiguientes
- 1946 Por primera vez se formulan y publican las Doce Tradiciones de A.A.
- 1949 Reconocimiento de A.A. por parte de la Asociación Psiquiátrica Americana
- 1950, Junio Primera Convención Internacional en Cleveland. Las Doce Tradiciones son adoptadas por el movimiento
- 1950, Noviembre Muere el Dr. Bob
- 1951, Abril Se reúne la Primera Conferencia de Servicios Generales, iniciando un periodo experimental de cinco años, y vinculando a los custodios de A.A. con toda la Comunidad
- 1951, Octubre A.A. recibe el Premio Lasker en San Francisco, otorgado por la Asociación Americana de Salud Pública
- 1953, Junio Se publica el libro *Doce Pasos y Doce Tradiciones 221*
- 1954, Octubre La "Fundación Alcohólica" se convierte en la Junta de Servicios Generales de A.A. Se abandonó la idea de que una Fundación abarcara todos los campos

1955, Julio Convención del Vigésimo Aniversario en San Luis. Se publica la segunda edición de *Alcohólicos Anónimos*

1955, 3 de Julio Los miembros más antiguos traspasan al movimiento los Tres Legados de Recuperación, Unidad y Servicio

1956 Creación de un Comité de Información Pública para que se haga cargo de las relaciones públicas manejadas hasta entonces por Bill W.

1957 Creación de la primera Junta de Servicios Generales de ultramar en la Gran Bretaña e Irlanda. *A.A. Llega a su de Edad* se publica en octubre. La afiliación es de más de 200,000 miembros en 7,000 grupos establecidos en 70 pases y posesiones de 'os Estados Unidos

1958 "Días de Vino y Rosas", producción de largo metraje para televisión. La película fue producida en 1963. Ambas con la cooperación de A.A.

1959 A.A. Publishing, Inc. se convierte en A.A. World Services Inc.

1960 Convención del Vigésimo Quinto Aniversario, en Long Beach, California, en Julio

El libro *Avec Les Alcooliques* por Joseph Kessel estimula el crecimiento de A.A. en Francia y en Alemania

1961 Intercambio de cartas entre Bill y el Dr. Carl Jung. La ayuda del Dr. Jung a un alcohólico en 1930 se consideró más adelante como el primer paso para la formación de A.A.

1962 Publicación de "Los Doce Conceptos para el Servicio Mundial" escrito por Bill W.

1963 Elección de los primeros Custodios Regionales para la Junta de Servicios Generales. Este procedimiento reemplaza el Custodio de Area, que hasta entonces era elegido por un solo estado. Conforme al nuevo procedimiento, los Estados Unidos están divididos en seis regiones

1963-1967 Este período se caracteriza por el rápido crecimiento en ultramar. Es acelerado por nuestra creciente actividad en los servicios mundiales, tales como: más correspondencia dando asesoramiento, establecimiento de nuevos centros de literatura, grandes números de traducciones nuevas y efectivas, una mejor inculcación de las Tradiciones de A.A., etc.

1965 Convención del Trigésimo Aniversario en Toronto, Canadá, en julio. Asistencia de más de 10.000. La idea fundamental de esta reunión es la Declaración, tan ampliamente usada posteriormente, "Yo soy Responsable. Cuando cualquiera, dondequiera, extienda su mano pidiendo ayuda, quiero que la mano de A.A. esté siempre allí. Y por eso: Yo soy Responsable."

Edición tamaño bolsillo de *Doce Pasos y Doce Tradiciones* puesta a disposición en Toronto

Película documental en colores, producida para uso privativo de los grupos, en la que Bill y Lois cuentan el principio de la historia de A.A.

1966 Cambio en la proporción de los Custodios de la Junta de Servicios Generales para que haya una mayoría de dos tercios de miembros alcohólicos. Ocasión histórica en que la Comunidad de A.A. acepta la más alta responsabilidad del futuro manejo de todos sus asuntos. Con este cambio, el número de Custodios Regionales sube a ocho: seis de los Estados Unidos, y dos del Canadá

1967 y 1955-1967 Publicación del libro *El Sendero de Vida, (Como lo ve Bill)* en el que aparecen extractos de lo escrito por Bill W. En este período, el número de grupos de A.A. aumenta de 5,927 a 13,279. Mientras tanto, los grupos de A.A. de ultramar llegan a representar aproximadamente el 20% de la población de A.A.

1969 Primera Reunión de Servicios Mundiales tiene lugar en New York con delegados de 14 países

1970 XXXV Aniversario de A.A. es celebrado con la Convención Internacional en Miami Beach, Florida. Asisten aproximadamente 11,000 miembros. Última aparición en público de Bill W. El tema es la Declaración de la Unidad

1971 Muerte de Bill W., enero 24, en Miami Beach, Florida. Su nombre, su fotografía y su historia son llevadas al medio público a nivel mundial por primera vez. Los grupos A.A. a nivel mundial rinden homenaje a Bill el 14 de febrero

1972 Segunda Reunión de Servicios Mundiales tiene lugar en New York con delegados de 15 países. (De aquí en adelante se siguen celebrando cada dos años)

1973, Abril La distribución del libro *Alcohólicos Anónimos* alcanza el millón de ejemplares

1975 XXXX Aniversario de A.A. es celebrado con la Convención Internacional en Denver, Colorado. Mas de 19.000 miembros repiten el tema "Deja que Empiece por Mi"

1975 Publicación del libro *Viviendo Sobrio*, detallando algunos métodos prácticos que los miembros de A.A. han usado para no beber

1976 Número aproximado de miembros a nivel mundial: más de 1,000,000; en 28,000 grupos.

Se publica la tercera edición de *Alcohólicos Anónimos*

1978 La circulación del Grapevine excede 100,000 ejemplares. La distribución de *Alcohólicos Anónimos* pasa la marca de 2,000,000 ejemplares

1980 Se celebra el XXXXV Aniversario de A.A. con la Convención Internacional en New Orleans, Louisiana, donde asisten 22,500 miembros para celebrar "La Alegría de Vivir"

1981 agosto Distribución del libro *Alcohólicos Anónimos sobrepasa los 3,000,000 ejemplares*